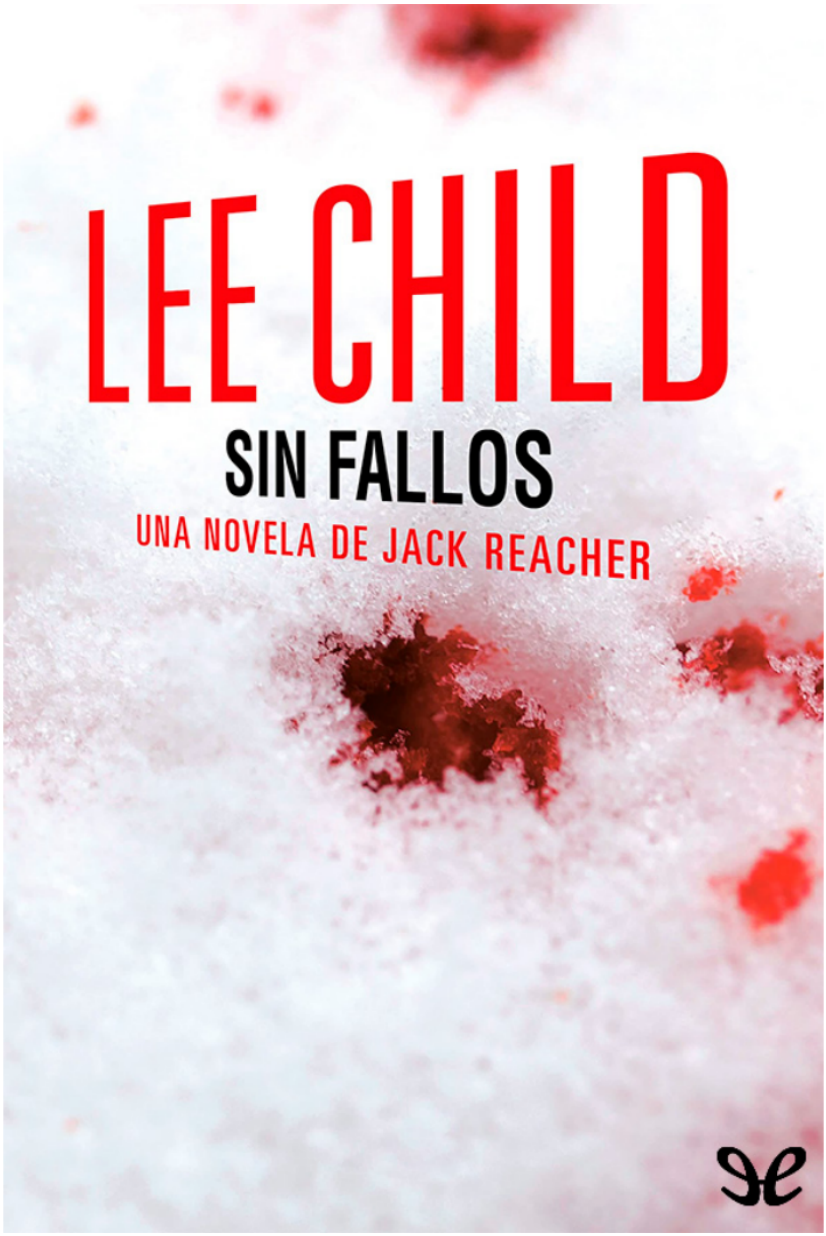

LEE CHILD
SIN FALLOS
UNA NOVELA DE JACK REACHER

Se acerca el invierno y a Jack Reacher lo buscan desde el corazón mismo del poder: el Servicio Secreto de los Estados Unidos lo necesita. La misión es tan secreta como urgente, y el más mínimo fallo puede poner en riesgo la democracia más sólida del planeta.

Entre pistas ambiguas, profundas desconfianzas y la presencia fantasmal de su hermano, Reacher deberá afinar al extremo sus sentidos y mantener su cabeza despejada —si su corazón se lo permite— para investigar las intrigas de Washington y de las fuerzas de seguridad. Una milésima de segundo puede resultar fatal, y de él y de su hábil colega Neagley dependerá el éxito de la misión.

Fiel a su estilo, Reacher deberá garantizar la seguridad del vicepresidente electo, descubrir el foco del peligro y responder a las agresiones sin fallos.

Lee Child

Sin fallos

Jack Reacher - 6

ePub r1.0
Titivillus 04.01.2023

Título original: *Without Fail*
Lee Child, 2002
Traducción: Aldo Giacometti

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Sobre el autor

Este libro es para mi hermano Richard en Gloucester, Inglaterra; para mi hermano David en Brecon, Gales; para mi hermano Andrew en Sheffield, Inglaterra; y para mi amigo Jack Hutcheson en Penicuik, Escocia.

UNO

Supieron de él en julio y estuvieron enfadados todo agosto. Trataron de matarlo en septiembre. Era demasiado pronto. No estaban preparados. El atentado fue un fracaso. Podría haber sido un desastre, pero de hecho fue un milagro. *Porque nadie se dio cuenta*.

Usaron su método habitual para burlar el control de seguridad y se instalaron a treinta metros de donde él daba su discurso. Usaron silenciador y no le dieron por dos centímetros. La bala debió de pasar justo por encima de su cabeza. Quizás incluso le *rozó el pelo*, porque inmediatamente levantó la mano y se lo arregló como si una corriente de aire se lo hubiese despeinado. Lo vieron una y otra vez, después, por la televisión. Levantaba la mano y se arreglaba el pelo. Nada más. Seguía con su discurso, como si nada, porque una bala disparada con silenciador es por definición demasiado rápida para la vista y demasiado silenciosa para el oído. Así que no le dio y siguió adelante. No dio a nadie de los que estaban detrás de él. No encontró ningún obstáculo, no impactó contra ningún edificio. Voló limpia hasta que se quedó sin energía y la gravedad la arrastró hacia el suelo, a lo lejos, donde no había nada más que un pastizal vacío. No hubo ninguna respuesta. Ninguna reacción. *Nadie se dio cuenta*. Fue como si esa bala nunca hubiera sido disparada. No dispararon de nuevo. Estaban demasiado conmocionados.

Así que fue un fracaso, pero un milagro. Y una lección. Pasaron todo el mes de octubre actuando como los profesionales que eran, empezando de nuevo, tranquilizándose, pensando, aprendiendo, preparándose para el segundo atentado. Sería un atentado mejor, cuidadosamente planificado y ejecutado correctamente, elaborado con técnica, matices y sofisticación, y mejorado por un miedo impío. Un atentado digno. Un atentado *creativo*. Sobre todo, un

atentado que no iba a fallar.

Entonces llegó noviembre, y las reglas cambiaron por completo. La taza de Reacher estaba vacía, pero seguía caliente. La levantó del plato, la inclinó y observó cómo la borra del fondo fluía hacia él, lenta y marrón, como el lodo de un río.

—¿Cuándo hay que hacerlo? —preguntó.

—Lo antes posible —dijo ella.

Él asintió. Se deslizó de lado por el banco de la cabina y se puso de pie.

—Te llamo en diez días —dijo.

—¿Con una decisión tomada?

Él negó con la cabeza:

—Para decirte cómo salió.

—Voy a *saber* cómo salió.

—Vale, para decirte adónde mandarme el dinero.

Ella cerró los ojos y sonrió. Él bajó la vista hacia ella.

—¿Pensabas que no iba a aceptar? —dijo.

Ella abrió los ojos:

—Pensé que serías un poco más difícil de convencer.

Él se encogió de hombros:

—Como te dijo Joe, me encantan los desafíos. Joe solía acertar en cosas como estas. Solía acertar en muchas cosas.

—Ahora no sé qué decir, además de gracias.

Él no respondió. Pero apenas empezó a alejarse, ella se plantó a su lado y lo retuvo donde estaba. Hubo una pausa incómoda. Por un segundo se quedaron cara a cara, atrapados por la mesa. Ella le dio la mano y él se la estrechó. Ella la sostuvo un poco más, y después se estiró y lo besó en la mejilla. Tenía los labios suaves. El contacto le quemó como una pequeña descarga eléctrica.

—Con darte la mano no basta —dijo ella—. Lo vas a hacer por nosotros. —Luego hizo una pausa—. Y estuviste a punto de ser mi cuñado.

Él no dijo nada. Solo asintió, esquivó la mesa y volvió la vista atrás una vez. Después subió las escaleras y salió a la calle. Tenía el perfume de ella en la mano. Fue paseando hasta el *cabaret* y les dejó una nota a sus amigos en el camerino. Después se dirigió hacia la autopista, con diez días por delante para resolver cómo matar a la cuarta persona mejor protegida del planeta.

Todo había empezado ocho horas antes, así: la líder del equipo M. E. Froelich llegó a trabajar ese lunes por la mañana, trece días después de las elecciones, una hora antes de la segunda reunión estratégica, siete días después de que se hubiera utilizado por primera vez la palabra *asesinato*, y tomó su decisión final. Fue en busca de su superior inmediato y lo encontró en la secretaría, delante de su oficina, claramente de camino hacia otro lado, claramente apurado. Tenía una carpeta bajo el brazo y una indudable expresión de *no se acerque* en el rostro. Pero ella respiró hondo y dejó claro que necesitaba hablar en ese mismo momento. Con urgencia. Y de manera extraoficial y en privado, obviamente. Por lo que él hizo una pausa, se dio la vuelta de manera abrupta y volvió a su oficina. La hizo pasar detrás de él y cerró la puerta a sus espaldas, con la suavidad suficiente como para que la reunión no programada pareciera un poco conspiratoria, pero con la firmeza suficiente como para que no le quedaran dudas de que estaba molesto por la interrupción de su rutina. Fue simplemente el ruido del pestillo al cerrarse, pero fue también un mensaje inconfundible, comunicado de manera exacta en el lenguaje de las jerarquías de toda oficina: *espero que no me esté haciendo perder el tiempo con esto*.

Era un veterano con veinticinco años de experiencia, bien entrado en la última vuelta antes de jubilarse y bien entrado en los cincuenta, el último eco de los viejos tiempos. Todavía era alto y se conservaba esbelto y atlético, pero estaba encaneciendo rápido y ablandándose en los sitios equivocados. Se llamaba Stuyvesant. Como el último director general de Nueva Ámsterdam, decía cuando le preguntaban cómo se escribía. Después, reconociendo el mundo moderno, decía: como la marca de cigarrillos. Se vestía con ropa de Brooks Brothers todos los días de su vida, sin excepción, pero se le consideraba flexible en sus tácticas. Lo mejor: nunca había fallado. Ni una sola vez, y llevaba largo rato en el mercado, con no pocas dificultades. Pero no había habido fallos, ni tampoco mala suerte. Por lo tanto, según el cálculo despiadado propio de toda organización, se le consideraba una buena persona para la que trabajar.

—Parece un poco nerviosa —dijo.

—Lo estoy, un poco —respondió Froelich.

La oficina era pequeña, y silenciosa, y poco amueblada, y muy limpia. Las paredes estaban pintadas de blanco brillante e iluminadas con halógenos. Había una ventana, con persianas verticales medio cerradas contra el clima gris de fuera.

—¿Por qué está nerviosa? —preguntó.

—Necesito pedir su autorización.

—¿Para qué?

—Para una cosa que quiero intentar —dijo ella.

Tenía veinte años menos que Stuyvesant: treinta y cinco, para ser exactos. Era más alta que baja, aunque no en exceso. Quizás solo tres o cinco centímetros por encima de la media de las mujeres americanas de su generación, pero la clase de inteligencia, energía y vitalidad que irradiaba dejaban la palabra *media* fuera de la ecuación. Estaba a medio camino entre ser ágil y ser fuerte, y un resplandor brillante en su piel y en sus ojos hacía que pareciera una atleta. Tenía el pelo corto, rubio e informalmente despeinado. Daba la impresión de haberse puesto la ropa de todos los días a toda prisa, tras haberse duchado corriendo, tras haber ganado un oro en las Olimpiadas por desempeñar un rol crucial en algún deporte en equipo. Como si no fuera nada importante, como si quisiera salir del estadio antes de que los periodistas televisivos terminaran de entrevistar a sus compañeras de equipo y empezaran con ella. Parecía una persona muy competente, pero muy modesta.

—¿Qué clase de cosa? —preguntó Stuyvesant. Se dio la vuelta y apoyó la carpeta en el escritorio. El escritorio era grande, acabado en una placa de laminado gris. Mobiliario de oficina moderno de alta gama, limpiado y pulido obsesivamente, como si fuera una antigüedad. Stuyvesant era famoso por mantener su escritorio siempre despejado de papeles y completamente vacío. Ese hábito creaba una impresión de efectividad extrema.

—Quiero que lo haga una persona externa —dijo Froelich.

Stuyvesant alineó la carpeta en la esquina del escritorio y le pasó los dedos por el lomo y por el borde adyacente, como corroborando que el ángulo fuera exacto.

—¿Cree que es una buena idea? —preguntó.

Froelich no dijo nada.

—¿Supongo que tiene a alguien en mente? —preguntó.

—Un excelente candidato.

—¿Quién?

Froelich negó con la cabeza:

—Usted debería mantenerse al margen —dijo—. Mejor así.

—¿Alguien lo recomendó?

—O la recomendó.

Stuyvesant asintió. *El mundo moderno*:

—¿Alguien recomendó a la persona que tiene en mente?

—Sí, una fuente excelente.

—¿Interna?

—Sí —dijo otra vez Froelich.

—Por lo que ya no estamos al margen.

—No, la fuente ya no es interna.

Stuyvesant se dio la vuelta otra vez y colocó la carpeta paralela al borde largo del escritorio. Después otra vez paralela al borde corto.

—Déjeme hacer de abogado del diablo —dijo—. La ascendí hace cuatro meses. Cuatro meses es mucho tiempo. Tomar la decisión de traer a alguien de fuera *ahora* podría ser visto como cierta falta de confianza en uno mismo, ¿no? ¿No le parece?

—No me puedo preocupar por eso.

—Quizás debería —dijo Stuyvesant—. Esto la podría perjudicar. Había seis personas que querían su puesto. Por lo que si lo hace y se filtra, se meterá en problemas de verdad. Tendrá a media docena de buitres murmurando *se lo dije* el resto de su carrera. Porque empezó a cuestionar sus propias capacidades.

—En algo como esto, *tengo* que cuestionarme a mí misma. Creo.

—¿Cree?

—No, lo sé. No veo alternativa.

Stuyvesant no dijo nada.

—Esto no me pone contenta —dijo Froelich—. Créame. Pero pienso que hay que hacerlo. Y es la decisión que tengo que tomar.

La oficina se quedó en silencio. Stuyvesant no dijo nada.

—¿Entonces lo autorizará? —preguntó Froelich.

Stuyvesant se encogió de hombros:

—No debería haber preguntado. Debería haber procedido y haberlo hecho sin miramientos.

—No es así como yo hago las cosas —dijo Froelich.

—Entonces no se lo diga a nadie más. Y que no quede nada

escrito.

—No iba a hacerlo. Comprometería la eficacia.

Stuyvesant asintió vagamente. Luego, como el buen burócrata en el que se había convertido, llegó a la pregunta más importante de todas.

—¿Cuánto costaría esta persona? —preguntó.

—No mucho —dijo Froelich—. Quizás nada. Quizás solo los gastos. Tenemos cierta historia en común. En teoría. De algún modo.

—Esto podría estancar su carrera. Ni un ascenso más.

—La alternativa *acabaría* con mi carrera.

—Usted fue mi elección —dijo Stuyvesant—. Yo la seleccioné. Por lo que cualquier cosa que la perjudique a usted me perjudica también a mí.

—Lo comprendo, señor.

—Así que respire hondo y cuente hasta diez. Después dígame que es realmente necesario.

Froelich asintió, respiró y se quedó en silencio, diez u once segundos.

—Es realmente necesario —dijo.

Stuyvesant recogió la carpeta.

—Vale, hágalo —dijo.

Empezó a encargarse del tema inmediatamente después de la reunión estratégica, consciente de repente de que *hacerlo* era la parte más dura. Pedir autorización le había parecido un obstáculo tan grande que en su cabeza se lo había representado como la etapa más difícil de todo el proyecto. Pero ahora no le parecía nada comparado con atrapar a su objetivo. Lo único que tenía era un apellido y una biografía esquemática que ya ocho años antes podría haber sido imprecisa y no haber estado actualizada. Eso en el caso de que recordara correctamente los detalles. Los había mencionado su amante de manera casual, medio en broma, tarde una noche, como parte de una conversación en la cama ya medio dormidos. Ni siquiera podía estar segura de haber prestado atención del todo. Así que decidió no confiar en los detalles. Confiaría solo en el nombre.

Lo escribió en mayúsculas grandes en lo alto de una hoja de papel amarillo. Le trajo muchos recuerdos. Algunos malos, la mayoría buenos. Lo miró durante un rato largo, y después lo tachó

y en su lugar escribió *SUDES*. Eso la ayudaría a concentrarse, porque lo volvía todo impersonal. Ponía su mente en marcha, la llevaba directamente al entrenamiento básico. Un *sujeto desconocido* era alguien a quien había que identificar y localizar. Eso era todo, ni más ni menos.

Su principal ventaja operativa era la potencia informática. Tenía acceso a más bases de datos que el ciudadano medio. El *SUDES* era militar, eso lo sabía con certeza, por lo que fue a la base de datos del Centro de Registros del Personal de la Nación. Estaba compilado en St. Louis, Missouri, y tenía registrados literalmente a todos los hombres y mujeres que hubieran prestado servicio con el uniforme militar de los Estados Unidos, en cualquier momento y lugar. Introdujo el apellido, esperó y el programa de consulta solo le devolvió tres breves resultados. Uno lo eliminó de inmediato, por el nombre de pila. *Sé con seguridad que no es él, ¿no?* Otro lo eliminó por la fecha de nacimiento. *Una generación completamente distinta, demasiado viejo*. Por lo que el tercero tenía que ser el *SUDES*. No había otra posibilidad. Observó el nombre completo durante un segundo y copió la fecha de nacimiento y el número de la Seguridad Social en su papel amarillo. Después hizo clic en el botón de *información* e introdujo su contraseña. La pantalla se actualizó y apareció un informe abreviado de su carrera.

Malas noticias. El *SUDES* ya no era militar. El informe terminaba abruptamente cinco años atrás, con una baja de honor tras trece años de servicio. Se había retirado con el rango de comandante. Se mencionaban varias medallas, incluyendo una Estrella de Plata y un Corazón Púrpura. Leyó las distinciones, anotó la información y partió con una raya el papel amarillo para significar el fin de una era y el inicio de otra. Luego continuó.

El siguiente paso lógico era buscar en el índice de Defunciones de la Seguridad Social. *Entrenamiento básico*. No tenía sentido intentar encontrar a alguien que estaba muerto. Introdujo el número y se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Pero la consulta no arrojó ningún resultado. Hasta donde sabía el gobierno, el *SUDES* estaba vivo. El siguiente paso era consultar el Centro Nacional de Información Criminal. *Otra vez parte del entrenamiento básico*. No tenía sentido intentar contratar a alguien

que estaba cumpliendo condena en la cárcel, por ejemplo, aunque ella no creía que eso fuese remotamente posible, no en el caso del *SUDES*. Pero nunca se sabía. Con cierto tipo de personalidades, la frontera era muy estrecha. La base de datos del Centro Nacional de Información Criminal iba siempre muy lenta, por lo que aprovechó para meter en los cajones montones de papeles acumulados y después se levantó y se sirvió más café. Volvió caminando despacio y se encontró con un expediente de «arresto o condena» en blanco esperándola en la pantalla, más una nota breve que informaba que el *SUDES* tenía un expediente abierto por el FBI en algún lugar de sus archivos. *Interesante*. Cerró la base de datos del Centro Nacional de Información Criminal y fue directo a la del FBI. Encontró el expediente y no pudo abrirlo. Pero conocía lo suficiente el sistema de clasificación del Bureau como para poder interpretar los encabezados. Era un simple expediente de historial, inactivo. Nada más. El *SUDES* no era un fugitivo, no se le buscaba por nada, no estaba metido en problemas actualmente.

Anotó todo, y después avanzó cliqueando por la base de datos nacional del Registro Automotor. *Otra vez malas noticias*. El *SUDES* no tenía carné de conducir. *Lo cual era muy raro. Y suponía un gran quebradero de cabeza*. Porque sin carné de conducir no había foto actual ni domicilio actual. Siguió cliqueando por el sistema de la Administración de Veteranos que estaba en Chicago. Buscó por nombre, rango y número. Las indagaciones no arrojaron ningún resultado. El *SUDES* no estaba recibiendo ayuda federal y no había dejado ninguna dirección. *¿Por qué no? ¿Dónde demonios estás?* Volvió a la Seguridad Social y pidió el registro de cotizaciones. No existían. El *SUDES* no había tenido ningún empleo desde que dejó el ejército, al menos no legalmente. Buscó en el Servicio de Impuestos Internos para confirmar. Misma historia. El *SUDES* no había pagado impuestos ninguno de los cinco años. No estaba ni siquiera registrado.

Vale, ahora vamos en serio. Se irguió sujetándose con fuerza a la silla, dejó atrás las páginas del gobierno y abrió un programa ilegal que la llevó directamente al mundo privado de la industria bancaria. Estrictamente hablando no lo debería haber usado con ese propósito. Ni con ningún propósito. Era una violación evidente del

protocolo oficial. Pero no esperaba obtener ninguna represalia. Y sí esperaba obtener un resultado. Si el *SUDES* tenía alguna cuenta bancaria en alguno de los cincuenta estados, aunque fuera una sola, aparecería. Aunque fuera humilde. Aunque estuviera vacía o abandonada. Muchas personas se las arreglaban sin cuentas bancarias, ella lo sabía, pero tenía el presentimiento de que el *SUDES* no sería una de ellas. No alguien que había sido comandante del Ejército de los Estados Unidos. Con medallas.

Introdujo el número de la Seguridad Social dos veces, una en la casilla del Número de la Seguridad Social y otra en la casilla del documento del contribuyente. Introdujo el nombre. Le dio a *buscar*. A doscientos noventa kilómetros de distancia, Jack Reacher sintió un ligero escalofrío. Atlantic City a mediados de noviembre no era el lugar más cálido del planeta. De ninguna manera. El viento soplaba desde el océano cargado de suficiente sal como para mantenerlo todo permanentemente húmedo y pegajoso. Azotaba, arremetía, hacía volar la basura de acá para allá y le aplastaba los pantalones contra las piernas. Hacía cinco días que había estado en Los Ángeles, y ya entonces estaba seguro de que se tendría que haber quedado allí. Ahora estaba seguro de que tenía que volver. El sur de California era un lugar muy agradable en noviembre. El aire era cálido, y las brisas marinas eran suaves caricias balsámicas en vez de interminables descargas de azotes de punzante frío salado. Tenía que volver. Tenía que ir a *algún lado*, eso seguro.

O quizás tenía que quedarse ahí, como le habían pedido, y comprar un abrigo.

Había regresado al este con una mujer mayor negra y su hermano. Había hecho autostop hacia el este de Los Ángeles para poder echarle un vistazo al desierto de Mojave durante un día. La pareja de ancianos lo había recogido en un Buick Roadmaster antiguo. En el maletero, entre las maletas, vio un micrófono, un viejo sistema de sonido y un teclado Yamaha en su funda, y la mujer le dijo que era cantante y que se dirigía cruzando todo el país hacia una breve residencia en Atlantic City. Le dijo que su hermano la acompañaba en los teclados y conducía el coche, pero que ya no era un gran conversador ni era ya un gran conductor, y que el Roadmaster tampoco era ya un gran coche. Era todo verdad. El hombre se mantuvo en completo silencio y los tres estuvieron en

peligro de muerte varias veces en los primeros diez kilómetros. La mujer empezó a cantar para tranquilizarse. Comenzó con algunos compases de «*You Don't Love Me*», de Dawn Penn, y Reacher decidió inmediatamente hacer todo el viaje al este con ella solo para poder escucharla más. Se ofreció a hacerse cargo de las tareas de conducción. Ella siguió cantando. Tenía esa clase de voz ronca y dulce que la debería haber convertido en una superestrella del *blues* hacía mucho tiempo, pero probablemente había estado demasiadas veces en el lugar equivocado y por lo tanto nunca le había tocado en suerte. La dirección asistida del viejo coche no funcionaba bien, y por debajo del ritmo martillado del V-8 se escuchaban todo tipo de ruidos, traqueteos y chirridos que a más o menos ochenta kilómetros por hora salían todos a la vez y servían de acompañamiento de fondo. La señal de radio era débil y captaba una sucesión interminable de emisoras AM locales durante más o menos veinte minutos cada una. La mujer cantaba con la radio y el hombre permaneció en silencio y durmió la mayor parte del camino en el asiento trasero. Reacher condujo dieciocho horas al día durante tres días seguidos, y llegó a Nueva Jersey sintiendo que había estado de vacaciones.

La residencia estaba en un bar de quinta categoría a ocho manzanas del paseo marítimo, y el encargado no era el tipo de persona en la que uno necesariamente confiaría para respetar el contrato. Así que Reacher se puso como tarea contar a los clientes y llevar la cuenta del dinero que tenía que aparecer en el sobre de la paga al final de la semana. Lo hizo de manera muy obvia y vio cómo al encargado le iba molestando cada vez más. El tipo se puso a hacer unas llamadas telefónicas breves y crípticas, tapando el auricular con la mano y con los ojos clavados en la cara de Reacher. Reacher se quedó mirándolo fijamente, con una sonrisa fría y sin parpadear, y no se movió de su lugar. Estuvo ahí durante las tres funciones de las dos noches del fin de semana, pero después se empezó a inquietar. Y empezó a tener frío. Así que el lunes por la mañana, cuando estaba a punto de cambiar de opinión y volver a la carretera, el viejo teclista le siguió después del desayuno y rompió finalmente su silencio.

—Quiero pedirle que se quede —dijo. Pronunció *quier pirle*, y en sus viejos ojos vidriosos había cierta clase de esperanza.

Reacher no contestó.

—Si no se queda, el encargado nos va a robar seguro —continuó, como si ser robados fuese una cosa que a los músicos les sucedía, como un pinchar una rueda o resfriarse—. Pero si nos pagan, tendremos dinero para gasolina hasta Nueva York, quizás B. B. King nos da una fecha en Times Square y resucitamos nuestras carreras. Alguien como usted podría marcar una gran diferencia en ese ámbito, sin duda.

Reacher no dijo nada.

—Por supuesto, veo que está preocupado —dijo el hombre—. Un encargado como ese, seguro que tiene algún personaje indeseable esperando al fondo.

Reacher sonrió ante la sutileza.

—¿Qué es usted, de todos modos? —preguntó el hombre—. ¿Un boxeador o algo así?

—No —dijo Reacher—. No soy boxeador.

—¿Un luchador? —preguntó el viejo. Pronunció *tachador*—. ¿Como en la televisión por cable?

—No.

—Es lo suficientemente grande, de eso no cabe duda —dijo el hombre—. Lo suficientemente grande como para ayudarnos, si quisiera.

Dijo *ayud'nos*. No tenía dientes delanteros. Reacher no dijo nada.

—¿Qué es usted, de todos modos? —preguntó otra vez el viejo.

—Fui policía militar —dijo Reacher—. En el ejército, trece años.

—¿Renunció?

—Casi lo mismo.

—¿No hay trabajo para ustedes después?

—Ninguno que yo quiera —dijo Reacher.

—¿Vive en Los Ángeles?

—No vivo en ningún lado —dijo Reacher—. Me voy moviendo.

—Y la gente del camino tiene que mantenerse junta —dijo el hombre—. Tan simple como eso. Ayudarnos. Hacerlo algo mutuo.

Ayud'nos.

—Hace mucho frío aquí —dijo Reacher.

—No cabe la menor duda —dijo el hombre—. Pero podría comprarse un abrigo.

Así que estaba en una esquina ventosa con el ventarrón marino aplastándole los pantalones contra las piernas, tomando una decisión final. *¿La autopista, o una tienda de abrigos?* Se imaginó una breve fantasía, La Jolla quizás, una habitación barata, noches cálidas, estrellas brillantes, cerveza fría. Después: la mujer en el nuevo club de B. B. King en Nueva York, un joven cazador de talentos obsesionado con lo retro que pasa y le ofrece un contrato, ella graba un CD, consigue una gira nacional, una columna en la *Rolling Stone*, fama, dinero, una casa nueva. *Un coche nuevo*. Le dio la espalda a la autopista, se encorvó contra el viento y caminó hacia el este en busca de una tienda de ropa.

Ese lunes en particular había cerca de doce mil organizaciones bancarias aseguradas por la Corporación Federal de Seguro de Depósitos con licencia y operando en territorio estadounidense, y aunque contaban con más de mil millones de cuentas distintas, solo una estaba registrada bajo el nombre y el número de Seguridad Social del SUDES. Era una simple cuenta corriente de una sucursal de un banco regional que estaba en Arlington, Virginia. M. E. Froelich miró sorprendida la dirección de la sucursal. *Eso está a menos de siete kilómetros de donde estoy sentada ahora mismo*. Copió los datos en su hoja amarilla. Cogió el teléfono y llamó a un colega de mayor antigüedad y del otro lado de la organización y le pidió que contactara con el banco en cuestión para pedir todos los datos que le pudieran dar. En especial un domicilio. Le pidió que lo hiciera lo más rápido posible, pero también de manera discreta. Y que fuera completamente confidencial. Después colgó y esperó, frustrada y ansiosa por no poder hacer nada por un tiempo. El problema era que el otro lado de la organización les podía hacer preguntas discretas a los bancos de manera bastante sencilla, mientras que si lo hacía ella se vería como algo muy extraño.

Reacher encontró una tienda de descuentos tres manzanas más cerca del mar y entró. Era estrecha pero se metía en el edificio más de cincuenta metros. Había tubos fluorescentes todo a lo largo del techo y percheros con prendas de vestir que se extendían hasta donde llegaba la vista. Las cosas de mujer parecían estar a la izquierda, las de niños en el centro y las de hombres a la derecha. Empezó por el rincón del fondo y fue recorriendo el espacio hacia delante.

Había todos los tipos de abrigos disponibles en el mercado, eso seguro. De los dos primeros percheros colgaban chaquetas cortas acolchadas. *No sirven*. Se guiaba por lo que le había dicho un viejo compañero del ejército: *un buen abrigo es como un buen abogado. Te cubre el culo*. El tercer perchero era más prometedor. Tenía abrigos de tela largos hasta los muslos y de colores neutros, que además eran pesados porque tenían forros gruesos de franela. Quizás había algo de lana ahí, en medio de todo eso. Quizás también algo de algún otro material. Sin duda parecían lo suficientemente pesados.

—¿En qué le puedo ayudar?

Se dio la vuelta y vio que había una mujer joven detrás de él.

—¿Estos abrigos son adecuados para el frío de aquí? —preguntó.

—Son perfectos —dijo la mujer. Estaba muy animada. Le contó todo sobre un producto especial con el que estaba rociada la tela para repeler la humedad. Le contó todo sobre el aislamiento térmico interno. Le prometió que lo mantendrían abrigado hasta en temperaturas bajo cero. Él recorrió el perchero con la mano y sacó uno oliva oscuro talla XXL.

—Vale, me llevo este —dijo.

—¿No se lo quiere probar?

Hizo una pausa y se encogió de hombros para meterse en el abrigo. Le quedaba bastante bien. Casi. Quizás era un poco ajustado de espalda. Las mangas quizás le iban tres centímetros cortas.

—Necesita una 3XLT —dijo la mujer—. ¿Qué talla lleva, una cincuenta?

—¿Una cincuenta de qué?

—De pecho.

—No tengo idea. Jamás me lo medí.

—¿Sobre un metro noventa y cinco de altura?

—Supongo —dijo.

—¿Peso?

—Ciento diez kilos —respondió—. Quizás ciento quince.

—Definitivamente necesita tallas grandes —dijo—. Pruébese el 3XLT.

El 3XLT que le alcanzó era del mismo color apagado que el XXL que él había cogido. Le quedaba mucho mejor. Un poco holgado, lo cual le gustaba. Y las mangas le quedaban bien.

—¿Listo para los pantalones? —preguntó la mujer en voz alta. Se había ido hacia otro perchero y estaba haciendo pasar pantalones de trabajo de tela pesada, mirándole la cintura y el largo de sus piernas. Eligió un par que combinaba con uno de los colores del forro de franela del abrigo—. Y pruébese estas camisas —añadió. Saltó hacia otro perchero y le mostró un arcoíris de camisas de franela—. Se pone una camiseta debajo y ya está. ¿Qué color le gusta?

—Nada llamativo —dijo él.

Ella puso todo encima de uno de los percheros. El abrigo, el pantalón, la camisa, una camiseta. Las prendas quedaban bastante bien todas juntas, en tonos verde oliva terroso y caqui.

—¿Vale? —dijo ella alegremente.

—Vale —dijo él—. ¿También tienen ropa interior?

—Por aquí —dijo ella.

Él rebuscó en una cesta llena de calzoncillos con defectos de fábrica y eligió unos blancos. Después un par de calcetines, casi cien por cien algodón, salpicados de todo tipo de colores orgánicos.

—¿Vale? —dijo otra vez la mujer.

Él asintió y ella lo llevó hasta la caja registradora, en la parte delantera de la tienda, y con un bip pasó todas las etiquetas por la luz roja.

—Ciento ochenta y nueve dólares exactos —dijo.

Reacher miró los números rojos en la pantalla de la caja:

—Pensé que era una tienda de descuentos.

—Es un precio increíblemente razonable, de verdad —respondió ella.

Él negó con la cabeza y buscó en el bolsillo y sacó un fajo de billetes arrugados. Contó ciento noventa. Con el dólar que ella le dio de vuelto le quedaban tan solo cuatro.

El colega más veterano del otro lado de la organización llamó a Froelich en menos de veinticinco minutos.

—¿Conseguiste un domicilio? —le preguntó.

—Boulevard Washington 100 —respondió él—. Arlington, Virginia. Código postal 20310-1500.

Froelich lo anotó:

—Vale, gracias. Supongo que eso es lo único que necesito.

—Creo que podrías necesitar algo más.

—¿Por qué?

—¿Conoces el *boulevard* Washington?

Froelich hizo una pausa:

—Va hasta el Memorial Bridge, ¿no?

—Es una autopista.

—¿No hay edificios? Tiene que haber edificios.

—Hay *un* edificio. Bastante grande. Unos doscientos metros más allá del arcén este.

—¿Qué?

—El Pentágono —dijo el hombre—. Es un domicilio falso, Froelich. A un lado del *boulevard* Washington está el Cementerio de Arlington y al otro lado está el Pentágono. Eso es todo. No hay nada más. No hay número loo. No hay ningún domicilio privado para recibir el correo. Lo corroboré con el Servicio Postal. Y el código postal es el del Departamento del Ejército, dentro del Pentágono.

—Genial —dijo Froelich—. ¿Se lo dijiste a los del banco?

—Claro que no. Me pediste que fuera discreto.

—Gracias. Aunque estoy otra vez en el punto de partida.

—Quizás no. Es una configuración extraña, Froelich. Un saldo de seis dígitos, pero todo está paralizado en una cuenta corriente, sin ninguna ganancia. Y el cliente solo accede vía Western Union. Nunca entra. Es un acuerdo telefónico. El cliente llama con una contraseña y el banco transfiere efectivo a través Western Union, adonde sea.

—¿No tiene tarjeta de débito?

—No tiene ningún tipo de tarjeta. Tampoco le emitieron un talón de cheques.

—¿Solo Western Union? Nunca había escuchado algo así. ¿Existe algún tipo de registro?

—Geográficamente por todos lados, tal cual. En cuarenta estados y durante cinco años. Algunos ingresos ocasionales y muchas retiradas de cantidades muy bajas, todas a oficinas de Western Union en zonas alejadas, en ciudades, en todas partes.

—Extraño.

—Como te dije.

—¿Hay algo que puedas hacer?

—Ya lo hice. Me van a avisar la próxima vez que el cliente llame.

—¿Y después me vas a llamar a mí?

—Podría ser.

—¿Hay algún patrón de frecuencia?

—Varía. Recientemente, el intervalo máximo fue de unas pocas semanas. A veces es de pocos días. Los lunes son bastante frecuentes. Los bancos cierran el fin de semana.

—Por lo que hoy podría tener suerte.

—Claro que sí —dijo el hombre—. La pregunta es: ¿yo también voy a tener suerte?

—No esa clase de suerte —dijo Froelich.

El encargado del bar vio que Reacher entraba al motel. Después se metió en una calle lateral ventosa y encendió su móvil. Lo cubrió con la mano y habló bajo y de manera urgente, convincente y respetuosa, como era de esperar.

—Porque me está faltando al respeto —dijo el encargado, en respuesta a una pregunta.

—Hoy estaría bien —dijo, en respuesta a otra.

—Dos por lo menos —dijo, en respuesta a la última—. Es un tipo grande.

Reacher cambió uno de sus cuatro dólares por monedas de veinticinco centavos en la recepción del motel y se dirigió hacia el teléfono público. Marcó de memoria el número de su banco, les dio su contraseña y ordenó que le enviaran quinientos dólares al Western Union de Atlantic City ese mismo día antes del cierre. Después fue a su habitación, arrancó todas las etiquetas y se puso su ropa nueva. Trasladó de un lado a otro todas las cosas que tenía en los bolsillos, tiró la indumentaria de verano a la basura y se miró en el espejo alto que había en la parte interna de la puerta del armario. *Me dejo crecer la barba, me compro unas gafas de sol y podría ir caminando hasta el Polo Norte*, pensó.

Froelich supo de la orden de transferencia once minutos más tarde. Cerró los ojos un segundo y apretó las manos en señal de triunfo, después se estiró hacia atrás y sacó de un estante un mapa de la costa este. *Quizás tres horas si el tráfico coopera. Podría conseguirlo*. Cogió su chaqueta y su bolso, y bajó corriendo al garaje.

Reacher se quedó una hora en la habitación y después salió para evaluar las propiedades aislantes de su abrigo nuevo. *Prueba de*

campo, solían llamarlo por aquel entonces. Se dirigió hacia el este en dirección al mar, adentrándose en el viento. Más que ver a alguien detrás de él, lo sintió. Apenas el típico cosquilleo en la parte baja de la espalda. Aminoró la marcha y usó la vidriera de una tienda como espejo. Llegó a entrever un movimiento cincuenta metros más atrás. Demasiado lejos como para distinguir los detalles.

Siguió caminando. El abrigo era bastante bueno, pero se tendría que haber comprado también un sombrero. Eso estaba claro. El mismo amigo que opinaba sobre los abrigos solía comentar que la mitad de la pérdida del calor corporal se producía por la parte alta de la cabeza, y ciertamente así lo sentía. El frío le atravesaba el pelo y le hacía llorar los ojos. Un gorro militar de lana habría resultado valioso en noviembre en la costa de Jersey. Tomó nota mentalmente de estar atento a las tiendas de saldos cuando volviera de la oficina de Western Union. Según su experiencia, solían estar en los mismos barrios.

Llegó al paseo marítimo y caminó hacia el sur, con el hormigueo todavía ahí, en la parte baja de la espalda. Se dio la vuelta de repente y no vio nada. Caminó otra vez en dirección al norte, hacia el lugar del que había salido. Las tablas bajo sus pies estaban en buenas condiciones. Había un cartel que decía que eran de una madera dura especial, la madera más resistente que pudiera encontrarse en los bosques de todo el mundo. La sensación seguía allí, en la parte baja de su espalda. Se dio la vuelta y llevó a sus sombras invisibles hacia el muelle central, que conservaba su estructura original. Tenía el aspecto que, supuso, debía haber tenido cuando se construyó. No había nadie, lo cual no era ninguna sorpresa teniendo en cuenta el tiempo que hacía, pero aumentaba la sensación de irrealidad. Era como una fotografía arquitectónica de un libro de historia. Pero algunos de los puestos antiguos estaban abiertos y vendían cosas, incluido uno que vendía café moderno en vasos de poliespán. Se compró un solo de medio litro que le costó todo el dinero que le quedaba, pero le calentó el cuerpo. Caminó hasta el final del muelle mientras se lo bebía. Tiró el vaso a la basura y se detuvo a mirar el mar gris durante un rato. Después dio la vuelta, se encaminó hacia la costa y vio a dos hombres que avanzaban hacia él.

Eran dos tipos de tamaño adecuado, bajos pero anchos, vestidos

forma similar con abrigos azules y pantalones vaqueros grises. Los dos tenían sombrero. Gorritos de lana gris clavados en sus cabezas carnosas. Estaba claro que sabían cómo vestirse para ese clima. Tenían las manos en los bolsillos, por lo que no podía saber si llevaban unos guantes a juego. Los bolsillos estaban bastante altos en los abrigos, lo que les forzaba los codos hacia fuera. Ambos calzaban botas pesadas, como las que podría elegir un trabajador metalúrgico o un estibador. Ambos tenían las piernas un poco arqueadas, o quizás solo trataban de caminar con arrogancia intimidatoria. Ambos tenían una pequeña cicatriz en la zona de la frente. Parecían luchadores de feria o matones de astillero de hacía cincuenta años. Reacher miró hacia atrás y no vio a nadie, todo despejado hasta Irlanda. Así que detuvo la marcha, sin más. No se preocupó de poner la espalda contra la barandilla.

Los dos hombres siguieron caminando, se detuvieron a dos metros y medio de él y lo miraron frente a frente. Reacher flexionó los dedos al costado de su cuerpo, para comprobar cómo de entumecidos estaban. Dos metros y medio era una distancia interesante. Significaba que iban a hablar antes de enredarse. Movió los dedos de los pies e hizo subir un poco de tensión muscular por los gemelos, los muslos, la espalda, los hombros. Movió la cabeza a un lado y al otro, y después un poco hacia atrás para aflojar el cuello. Respiró por la nariz. El viento le llegaba por la espalda. El tipo de la izquierda sacó las manos de los bolsillos. No llevaba guantes. Y, o bien tenía un grave problema de artritis, o sostenía rollos de monedas de veinticinco céntimos con ambas palmas.

—Tenemos un mensaje para ti —dijo.

Reacher echó un vistazo a la barandilla del muelle y, detrás, al mar. Estaba picado y gris. Probablemente helado. Tirarlos habría sido casi un homicidio.

—¿Del encargado del bar? —preguntó.

—De su banda, sí.

—¿Tiene una banda?

—Esto es Atlantic City —dijo el tipo—. Por su puesto que tiene una banda.

Reacher asintió:

—Entonces déjame adivinar. Tengo que irme de la ciudad, largarme, pirarme de aquí, desaparecer, no volver nunca, no pisar

jamás este lugar, olvidarme de que alguna vez estuve aquí.

—Hoy hilas fino.

—Leo la mente —dijo Reacher—. Trabajaba en un puesto de feria. Justo al lado de la mujer barbuda. ¿Ustedes no trabajaban ahí también? ¿Tres puestos más allá? ¿No eran los Gemelos Más Feos del Mundo?

El tipo de la derecha se sacó las manos de los bolsillos. Tenía la misma dolencia neurálgica en los nudillos, o bien otro par de rollos de monedas de veinticinco. Reacher sonrió. Le gustaban esos rollos. Era una tecnología anticuada y noble, e implicaba que no había armas de fuego. Nadie se aferra a un rollo de monedas si tiene una pistola en el bolsillo.

—No queremos hacerte daño —dijo el de la derecha.

—Pero te tienes que ir —dijo el de la izquierda—. No necesitamos que nadie interfiera en los procedimientos económicos de esta ciudad.

—Así que márchate de la manera más fácil —dijo el de la derecha—. Déjanos acompañarte hasta la terminal de autobús. O los viejos también podrían terminar dañados. Y no solo económicamente.

Reacher escuchó una voz absurda en su cabeza: directamente desde su infancia, su madre diciendo *por favor, no te pelees cuando lleves puesta ropa nueva*. Después escuchó la voz de un instructor militar de lucha cuerpo a cuerpo diciendo *pégales rápido, pégales fuerte y pégales mucho*. Movió los hombros dentro del abrigo. De repente se sintió agradecido con la mujer de la tienda por haberle hecho comprar la talla más grande. Miró a los dos tipos, sin absolutamente nada en sus ojos excepto algo de diversión y mucha confianza en sí mismo. Se movió un poco hacia la izquierda y ellos giraron con él. Se les acercó un poco, ajustando el triángulo. Levantó la mano y se arregló el pelo donde el viento se lo estaba despeinando.

—Será mejor que se vayan ahora —dijo.

No se fueron. Sabía que no se irían. Respondieron al desafío acercándose entre sí y avanzando hacia él de manera imperceptible, apenas un mínimo movimiento muscular que inclinó su peso corporal hacia delante más que hacia atrás. *Los voy a postrar en la cama una semana*, pensó. *Los pómulos, probablemente. Un golpe*

afilado, fracturas deprimidas, quizás pérdida temporal de conocimiento, fuertes dolores de cabeza. Nada muy grave. Esperó hasta que el viento sopló de nuevo, levantó la mano derecha y se colocó el pelo detrás de la oreja izquierda. Después dejó la mano ahí, con el codo en alto, como si lo acabara de asaltar un pensamiento.

—¿Saben nadar? —preguntó.

No mirar hacia el mar habría requerido un autocontrol sobrehumano. Ellos solo eran humanos. Giraron la cabeza como robots. Reacher golpeó en la cara al de la derecha con el codo que tenía levantado, varias veces, y pegó al de la izquierda cuando giró la cabeza ante el ruido de los huesos de su amigo al romperse. Se derrumbaron a la vez sobre las tablas, sus rollos de veinticinco céntimos se abrieron y las monedas rodaron por todas partes, giraron en pequeños círculos plateados, chocaron y cayeron, caras y cruces. Reacher tosió en medio del frío intenso, se quedó quieto y repasó mentalmente: dos tipos, dos segundos, dos golpes, *game over. Todavía tienes de lo bueno*. Respiró hondo y se secó el sudor frío de la frente. Después se alejó caminando. Bajó del muelle al paseo marítimo y fue en busca del Western Union.

Había buscado la dirección en la guía telefónica del motel, pero no la necesitaba. Una oficina de Western Union se puede encontrar casi sensorialmente. Por intuición. Era un algoritmo sencillo: te paras en una esquina y te preguntas ¿ahora es más probable que esté a la izquierda o a la derecha? Luego giras a la izquierda o a la derecha, según corresponda, y en poco tiempo estás en el barrio indicado y la encuentras. En esta había una Chevy Suburban de dos años aparcada junto a una boca de incendio justo en la puerta. Era una furgoneta con ventanas polarizadas, y estaba inmaculada, limpia y brillante. Tenía en el techo tres antenas cortas de frecuencia ultraalta. Había una mujer sola en el asiento del conductor. La miró una vez y después otra. Tenía el pelo rubio, y parecía relajada y alerta al mismo tiempo. Había algo en la manera en que apoyaba el brazo contra la ventanilla. Y era guapa, sin duda. Tenía una especie de magnetismo. Él miró para otro lado, entró en la sucursal y pidió su dinero. Se lo guardó en el bolsillo, volvió a salir y se encontró con la mujer en la acera, de pie justo en frente, mirándolo directamente. A la cara, como si estuviera comparando

los parecidos y las diferencias con una imagen mental. Un proceso que él reconocía. Lo habían mirado así antes, una o dos veces.

—¿Jack Reacher? —dijo ella.

Indagó otra vez en su memoria, porque no quería estar equivocado, aunque no creía estarlo. Pelo rubio corto, ojos hermosos mirándolo directamente, una especie de confianza tranquila en su compostura. Tenía cualidades que habría recordado. Estaba seguro. Pero no las recordaba. Por lo que nunca antes la había visto.

—Conociste a mi hermano —dijo él.

Ella parecía sorprendida y un poco satisfecha. Y temporalmente sin palabras.

—Me doy cuenta —dijo él—. Cuando la gente me mira así, piensa en cuánto nos parecemos, pero también en lo distintos que somos.

Ella no dijo nada.

—Es un placer conocerte —dijo él, y comenzó a alejarse.

—Espera —dijo ella en voz alta.

Él se dio la vuelta.

—¿Podemos hablar? —dijo ella—. Te he estado buscando.

Él asintió:

—Podemos hablar en el coche. Aquí fuera me estoy congelando.

Ella se quedó quieta durante un segundo, con los ojos clavados en la cara de Reacher. Después se movió de repente y abrió la puerta del copiloto.

—Por favor —dijo.

Él se subió y ella dio la vuelta por adelante del capó y subió por su lado. Encendió el motor para prender la calefacción, pero no fue a ninguna parte.

—Conocí muy bien a tu hermano —dijo ella—. Salíamos juntos, Joe y yo. En realidad era algo más que salir. Durante un tiempo fue bastante en serio. Antes de que muriera.

Reacher no dijo nada. Ella se sonrojó.

—Bueno, obviamente antes de que muriera —dijo—. Qué estupidez.

Se quedó callada.

—¿Cuándo? —preguntó Reacher.

—Estuvimos juntos dos años. Nos separamos un año antes de

que sucediera.

Reacher asintió.

—Soy M. E. Froelich —dijo ella.

Dejó suspendida en el aire una pregunta no dicha: *¿habló de mí alguna vez?* Reacher asintió de nuevo, tratando de que pareciera que el nombre significaba algo. Pero no era así. *Nunca oí hablar de ti*, pensó. *Pero quizás me habría gustado*.

—¿Eme? —dijo él—. ¿Cómo la letra M?

—M. E. —dijo ella—. Son mis iniciales.

—¿Y a qué nombres les corresponden?

—Eso no te lo voy a decir.

Él hizo una pausa:

—¿Cómo te llamaba Joe?

—Me llamaba Froelich —dijo ella.

Él asintió:

—Sí, seguro.

—Todavía lo extraño —dijo ella.

—Yo también, supongo —dijo Reacher—. ¿Entonces esto va de Joe o va de alguna otra cosa?

Se quedó quieta de nuevo, un momento más. Después se sacudió un poco, un mínimo temblor subliminal, y volvió al tema.

—De las dos cosas —dijo—. Bueno, sobre todo de otra cosa, en realidad.

—¿Me quieres contar qué es?

—Te quiero contratar para una cosa —dijo ella—. Por una especie de recomendación póstuma de Joe. Por lo que solía decir él acerca de ti. Hablaba de ti, de vez en cuando.

Reacher asintió:

—¿Contratarme para qué?

Froelich hizo otra pausa y le dedicó una media sonrisa:

—Esta frase la he ensayado —dijo—. Un par de veces.

—Déjame oírla, entonces.

—Quiero contratarte para que asesines al vicepresidente de los Estados Unidos.

DOS

—Muy buena frase —dijo Reacher—. Interesante propuesta.

—¿Y cuál es tu respuesta? —preguntó Froelich.

—No —dijo él—. Creo que ahora mismo esa es la respuesta más segura para todos, probablemente.

Ella volvió a esbozar una media sonrisa y cogió su bolso:

—Permite que te muestre mi documentación —dijo.

Él negó con la cabeza:

—No lo necesito —dijo—. Eres del Servicio Secreto de los Estados Unidos.

Ella lo miró:

—Eres bastante rápido.

—Es bastante evidente —respondió él.

—¿Sí?

Él asintió. Se tocó el codo derecho. Estaba herido.

—Joe trabajaba allí —dijo—. Y sabiendo cómo era probablemente trabajaba muy en serio, y era un poco tímido, por lo que cualquier persona con la que saliera sería probablemente de la oficina, de lo contrario nunca la hubiera conocido. Además, ¿quién si no el gobierno mantiene así de brillante una furgoneta Suburban de hace dos años? ¿Y aparca junto a bocas de incendio? ¿Y quién, aparte del Servicio Secreto, podría rastrearme de manera tan eficiente a través de mis movimientos bancarios?

—Eres bastante rápido —dijo ella de nuevo.

—Gracias —contestó él—. Pero Joe no tenía nada que ver con vicepresidentes. Trabajaba en Delitos Económicos, no en la seguridad de la Casa Blanca.

Ella asintió:

—Todos empezamos en Delitos Económicos. Pagamos nuestro tributo como soldados de antifalsificación. Y él dirigía antifalsificación. Y tienes razón, nos conocimos en la oficina. Pero

en ese entonces él no quería salir conmigo. Decía que era inadecuado. De todos modos, mi plan era que me trasladaran lo antes posible a seguridad, y en cuanto ocurrió, empezamos a salir.

Después se quedó un poco callada. Bajó la vista hacia su bolso.

—¿Y? —dijo Reacher.

Ella alzó la vista:

—Algo que dijo una noche. Por aquel entonces yo era apasionada y ambiciosa, ya sabes, cuando empiezas un trabajo nuevo y todo eso, siempre estaba intentando saber si lo hacíamos lo mejor que podíamos, y Joe y yo estábamos tonteando, y él dijo que la única manera que teníamos de ponernos realmente a prueba era contratar a alguien externo para que intentara alcanzar el objetivo. Para ver si era posible. Una auditoría de seguridad, lo llamó. Yo le pregunté: ¿alguien como quién? Y él respondió: mi hermano menor sería la persona indicada. Si alguien fuese capaz de hacerlo, sería él. Hizo que parecieras bastante aterrador.

Reacher sonrió:

—Eso suena a Joe. Un típico plan descabellado.

—¿Tú crees?

—Para ser tan inteligente, Joe podía llegar a ser bastante tonto a veces.

—¿Por qué tonto?

—Porque si contratas a alguien externo, lo único que necesitas es quedarte esperando y verlo venir. Lo vuelve demasiado fácil.

—No, su idea era que la persona llegara de manera anónima y sin previo aviso. Como ahora: absolutamente nadie sabe nada de ti salvo yo.

Reacher asintió:

—Vale, quizás no era tan tonto.

—Él creía que era la única manera. Ya sabes, por más concienzudamente que trabajemos, siempre pensamos dentro de nuestros propios límites. A él le parecía que teníamos que estar preparados para ponernos a prueba contra algún desafío arbitrario que viniera de fuera.

—¿Y me nombró a mí?

—Dijo que serías ideal.

—¿Y entonces por qué esperasteis tanto para intentarlo? Haya sido cuando haya sido esa conversación, tienen que haber pasado al

menos seis años. No te llevó seis años encontrarme.

—Fue hace ocho años —dijo Froelich—. En el momento en que estábamos empezando nuestra relación, justo después de que me trasladaran. Y me llevó solo un día encontrarte.

—Así que también eres bastante rápida —dijo Reacher—. Pero ¿por qué esperasteis ocho años?

—Porque ahora yo estoy a cargo. Me ascendieron a jefa de la seguridad personal del vicepresidente hace cuatro meses. Y sigo siendo apasionada y ambiciosa, y sigo queriendo saber que lo estamos haciendo como corresponde. Por lo que decidí seguir el consejo de Joe, ahora que soy yo la que dispone. Decidí probar con una auditoría de seguridad. Y te recomendaron a ti, por así decir. Hace todos esos años, alguien en quien yo confiaba mucho. Por lo que estoy aquí para preguntarte si aceptarías.

—¿Quieres tomar un café?

Ella pareció sorprendida, como si un café no tuviera hueco en la agenda:

—Es un asunto urgente —dijo.

—Nada es tan urgente como para no poder tomar un café —dijo él—. Esa ha sido mi experiencia. Llévame a mi motel y vayamos al bar que está abajo. El café está bueno y es un salón muy oscuro. Lo adecuado para una conversación como esta.

La Suburban del gobierno tenía incorporado un sistema de navegación en DVD en el salpicadero, y Reacher miró cómo ella lo encendía y elegía la dirección del motel entre una larga lista de destinos potenciales en Atlantic City.

—Yo te podría haber dicho dónde está —dijo él.

—Estoy acostumbrada a esta cosa —respondió ella—. Me habla.

—Mi plan no era guiarte por señas —dijo él.

Ella sonrió otra vez y se incorporó al tráfico. No había demasiado. Caía la tarde. El viento seguía soplando. Los casinos podían funcionar, pero el paseo marítimo, los muelles y las playas no iban a tener mucha actividad durante los seis meses siguientes. Él se quedó sentado quieto junto a ella al calor de la calefacción, y por un momento la imaginó con su hermano. Después simplemente la miró conducir. Lo hacía bien. Aparcó en la puerta del motel y él la guio hacia adentro y hacia abajo medio tramo de escaleras, hasta el bar. Olía a estancado y pegajoso, pero hacía una temperatura

agradable y había una jarra de café en la máquina detrás de la barra. Él señaló el café, después se señaló a sí mismo y a Froelich, y el camarero se puso manos a la obra. Luego caminó hasta la cabina de la esquina y se deslizó por encima del vinilo de espaldas a la pared con todo el salón enfrente. *Viejas costumbres*. Froelich claramente tenía las mismas costumbres porque hizo lo mismo, así que terminaron cerca y uno al lado del otro. Sus hombros casi se tocaban.

—Eres muy parecido a él —dijo ella.

—En algunos aspectos —respondió Reacher—. En otros no. Por ejemplo, yo todavía estoy vivo.

—No estuviste en su funeral.

—Fue en un momento poco oportuno.

—Hablas igual.

—Suele pasar entre hermanos.

El camarero llevó el café en una bandeja de corcho manchada de cerveza. Negro, dos tazas, dos botecitos de plástico de leche falsa, saquitos de azúcar. Dos cucharitas baratas, prensadas, de acero inoxidable.

—Gustaba a la gente —dijo Froelich.

—Todo bien con Joe, supongo.

—¿Eso es todo?

—Eso es un cumplido, entre hermanos.

Él levantó la taza y sacó del plato la leche, el azúcar y la cuchara.

—Lo bebes negro —dijo Froelich—. Igual que Joe.

Reacher asintió:

—Lo que no me cabe en la cabeza es que siempre fui el hermano menor, pero ahora soy tres años mayor de lo que él llegó a ser.

Froelich miró hacia otro lado:

—Lo sé. Él dejó de estar ahí, pero el mundo siguió adelante. Debería haber cambiado, un poco al menos.

Ella bebió un sorbo de café. Negro, sin azúcar. *Igual que Joe*.

—¿A nadie se le ocurrió hacerlo nunca, además de a él? —preguntó Reacher—. ¿Usar a alguien externo para una auditoría de seguridad?

—A nadie.

—El Servicio Secreto es una organización relativamente vieja.

—¿Y entonces?

—Y entonces te voy a hacer una pregunta obvia.

Ella asintió:

—El presidente Lincoln firmó nuestra existencia el 14 de abril de 1865, justo después de comer. Esa misma noche fue al teatro y lo asesinaron.

—Irónico.

—Ahora, desde nuestra perspectiva. Pero en aquel entonces se suponía que solo debíamos proteger la moneda. Después, cuando McKinley fue asesinado en 1901, resolvieron que necesitaban tener a alguien cuidando al presidente a tiempo completo, así que nos dieron el trabajo.

—Porque no hubo FBI hasta la década de 1930.

Ella negó con la cabeza:

—En realidad hubo una encarnación previa que se llamaba Oficina del Examinador Jefe, fundada en 1908. Se convirtió en el FBI en 1935.

—Esa es la clase de información pedante que Joe conocería.

—Creo que me lo dijo él.

—Seguro. Le encantaban todas esas cuestiones históricas.

La vio esforzándose por no quedarse callada otra vez.

—Entonces, ¿cuál era tu pregunta obvia? —dijo ella.

—Vais a usar a alguien externo por primera vez en ciento un años, no puede deberse solamente a tu perfeccionismo, tiene que haber algo más.

Ella empezó a responder, y luego se detuvo. Hizo una pausa. Él vio cómo decidía mentir. Pudo sentirlo en el ángulo de su hombro.

—Estoy bajo mucha presión —dijo ella—. Ya sabes, profesionalmente. Hay muchas personas esperando que cometa un error. Necesito estar segura.

Él no dijo nada. Esperó los adornos. Los mentirosos siempre adornan las cosas.

—No fui una elección sencilla —dijo ella—. Sigue siendo raro que una mujer dirija un equipo. Hay una cuestión de género, lo mismo que en todas partes, supongo, lo mismo de siempre. Algunos de mis colegas son como neandertales.

Él asintió. No dijo nada.

—No me lo puedo sacar de la cabeza —dijo ella—. Tengo que

cerrar el caso de una vez por todas.

—¿Qué vicepresidente? —preguntó él—. ¿El nuevo o el viejo?

—El nuevo —dijo ella—. Brook Armstrong. El vicepresidente electo, estrictamente hablando. Me asignaron para dirigir su equipo cuando se sumó a la candidatura presidencial, y queremos continuidad, por lo que es un poco como unas elecciones para nosotros también. Si gana el nuestro, conservamos nuestros puestos. Si pierde, volvemos a ser soldados de a pie.

Reacher sonrió:

—¿Y entonces lo votaste?

Ella no contestó.

—¿Qué dijo Joe de mí? —preguntó él.

—Dijo que te encantaría el desafío. Que te romperías la cabeza para encontrar el modo de sacarlo adelante. Dijo que eras muy ingenioso, que encontrarías tres o cuatro maneras de hacerlo y que aprenderíamos mucho de ti.

—¿Y tú qué dijiste?

—Fue hace ocho años, no lo olvides. Yo era muy engreída, supongo. Dije que ni siquiera te acercarías.

—¿Y él?

—Dijo que muchas personas habían cometido ese mismo error.

Reacher se encogió de hombros:

—Hace ocho años yo estaba en el ejército. Probablemente a quince mil kilómetros de distancia, cubierto de mierda.

Ella asintió:

—Joe lo sabía. Era algo más bien teórico.

Él la miró:

—Pero parece que ahora no es teórico. Ocho años más tarde, lo vas a hacer. Y yo me sigo preguntando por qué.

—Como te dije, ahora es mi decisión. Y estoy muy presionada para hacerlo bien.

Él no dijo nada.

—¿Lo considerarías? —preguntó Froelich.

—No sé tanto de Armstrong. No he oído hablar mucho de él.

Ella asintió:

—Nadie lo ha hecho. Fue toda una sorpresa. Senador junior de Dakota del Norte, un hombre con una familia normal, una esposa y una hija mayor de edad, que se ocupa a distancia de su madre,

mayor y enferma. Nunca tuvo impacto a nivel nacional. Pero para ser político es un buen tipo. Mejor que la mayoría. Por el momento, me gusta mucho.

Reacher asintió. No dijo nada.

—Te pagaríamos, obviamente —dijo Froelich—. Eso no es un problema. Ya sabes, una tarifa profesional, siempre y cuando sea razonable.

—No estoy muy interesado en el dinero —dijo Reacher—. No necesito un trabajo.

—Podrías ofrecerte voluntario.

—Fui soldado. Los soldados nunca se ofrecen voluntarios para nada.

—No es lo que Joe decía de ti. Decía que hacías todo tipo de cosas.

—No me gusta ser el empleado de nadie.

—Bueno, si lo quieres hacer gratis, te aseguro que nosotros no vamos a oponernos.

Él se quedó un instante en silencio:

—Habría gastos, probablemente, si alguien se ocupara de esto como corresponde.

—Los reembolsaríamos, naturalmente. Todo lo que esa persona necesite. De forma oficial y en blanco, una vez terminado el trabajo.

Él bajó la vista hacia la mesa:

—¿Qué querrías que hiciera esa persona exactamente?

—Quiero que seas tú, no cualquier persona. Solo quiero que interpretes el papel del asesino. Que analices las cosas desde una perspectiva externa. Que encuentres los huecos. Que me demuestres si el vicepresidente es vulnerable, con horas, fechas, lugares. Podría empezar dándote información de su cronograma, si quieres.

—¿Les ofreces esto a todos los asesinos? Si lo haces, deberías hacerlo en serio, ¿no lo crees?

—Vale —dijo ella.

—¿Sigues creyendo que nadie se le podría acercar?

Pensó cuidadosamente la respuesta, quizás diez segundos:

—En general, sí. Trabajamos muy duro. Creo que tenemos todo cubierto.

—¿Entonces piensas que Joe estaba equivocado?

Ella no contestó.

—¿Por qué os separasteis? —preguntó él.

Ella miró hacia otro lado por un segundo y negó con la cabeza:

—Eso es un asunto privado.

—¿Qué edad tienes?

—Treinta y cinco.

—Por lo que hace ocho años tenías veintisiete.

Ella sonrió:

—Joe tenía casi treinta y seis. Un hombre maduro. Celebré su cumpleaños con él. Y también el de los treinta y siete.

Reacher se movió un poco hacia un lado y la miró de nuevo. *Joe tenía buen gusto*, pensó. De cerca era muy guapa. Olía bien. Piel perfecta, ojos bonitos, largas pestañas. Pómulos definidos, nariz pequeña y recta. Se la veía ágil y fuerte. Era atractiva, sin duda. Se preguntó cómo sería tenerla entre sus brazos, besarla. Acostarse con ella. Se imaginó a Joe preguntándose lo mismo la primera vez que ella entró en la oficina que dirigía. Finalmente, lo averiguó. *Bien hecho, Joe*.

—Supongo que me olvidé de mandar una tarjeta de cumpleaños —dijo él—. Las dos veces.

—No creo que le importara.

—No teníamos una relación muy cercana —dijo él—. No entiendo por qué, la verdad.

—Le gustabas —dijo ella—. Eso lo dejaba claro. Hablaba de ti de vez en cuando. Creo que, a su manera, estaba bastante orgulloso de ti.

Reacher no dijo nada.

—¿Me ayudarás entonces? —preguntó ella.

—¿Cómo era él? Como jefe.

—Era increíble. Profesionalmente era una superestrella.

—¿Y como novio?

—Bastante bueno también.

Hubo un largo silencio.

—¿Dónde has estado desde que abandonaste las fuerzas armadas? —preguntó Froelich—. Apenas dejaste rastros de documentación.

—Ese era el plan —dijo Reacher—. Guardo lo mío para mí.

De los ojos de Froelich salían preguntas.

—No te preocupes —dijo él—. No soy radiactivo.

—Lo sé —dijo ella—. Porque lo comprobé. Pero ahora que te he conocido tengo un poco de curiosidad. Antes eras solo un nombre.

Él bajó la vista hacia la mesa, intentando verse desde fuera, descrito de oídas, ocasionalmente y a trozos por su hermano. Era una perspectiva interesante.

—¿Me ayudarás? —preguntó ella de nuevo.

Y se desabrochó el abrigo, porque en el salón hacía calor. Debajo llevaba una blusa blanca. Se acercó un poco y se giró levemente para mirarlo de frente. Estaban tan cerca como dos amantes en una tarde tranquila.

—No lo sé —dijo él.

—Va a ser peligroso —dijo ella—. Debo advertirte de que nadie más que yo sabrá dónde estás. Sería un gran problema que te vieran en algún lado. Quizás es una mala idea. Quizás no te debería estar pidiendo esto.

—Nadie me vería en ningún lado —dijo Reacher.

Ella sonrió:

—Eso fue exactamente lo que Joe me dijo que dirías, hace ocho años.

Él no dijo nada.

—Es muy importante —dijo ella—. Y urgente.

—¿Me quieres decir por qué es importante?

—Ya te dije por qué.

—¿Me quieres decir por qué es urgente?

Ella no dijo nada.

—Yo creo que no son especulaciones y que está sucediendo algo concreto —dijo él.

Ella no dijo nada.

—Yo creo que sabes que hay alguien por ahí dando vueltas —continuó él—. Una amenaza activa.

Ella miró hacia otro lado:

—No puedo hacer comentarios al respecto.

—He estado en el ejército —insistió—. He escuchado muchas respuestas como esa.

—Es solo una auditoría de seguridad —replicó ella—. ¿Lo harás por mí?

Él se quedó en silencio por un largo rato.

—Con dos condiciones —dijo.

Ella se dio la vuelta y lo miró:

—¿Cuáles?

—La primera es trabajar en un lugar donde haga frío.

—¿Por qué?

—Porque me acabo de gastar ciento ochenta y nueve dólares en ropa de abrigo.

Ella sonrió un instante:

—Todos los lugares a los que el vicepresidente tiene que ir deberían ser lo suficientemente fríos para ti a mediados de noviembre.

—Vale —dijo él. Buscó en su bolsillo, deslizó hacia ella una caja de cerillas y señaló el nombre y la dirección que estaban allí impresos—. La segunda: hay una pareja de gente mayor trabajando una semana en este club y están preocupados de que les roben parte de su paga. Son músicos. Deberían estar bien, pero necesito estar seguro. Quiero que hables con la policía de aquí.

—¿Son amigos tuyos?

—Sí, recientes.

—¿Qué día les pagan?

—El viernes por la noche, después de la última función. A medianoche, quizás. Tienen que recoger su dinero y llevar sus cosas al coche. Después se irán para Nueva York.

—Le pediré a uno de nuestros agentes que los vigile todos los días. Es mejor que la policía, creo. Tenemos una oficina aquí. Hay muchísimo lavado de dinero en Atlantic City. Por los casinos. Entonces, ¿lo harás?

Reacher se quedó callado otra vez y pensó en su hermano. *Volvió para atormentarme*, pensó. *Sabía que en algún momento volvería*. Su taza de café estaba vacía pero seguía caliente. La levantó del plato, la inclinó y observó cómo la borra del fondo fluía hacia él, lenta y marrón, como el lodo de un río.

—¿Cuándo hay que hacerlo? —preguntó.

En ese mismo momento, a doscientos kilómetros de allí, en un almacén detrás del puerto interior de Baltimore, se intercambió finalmente el dinero por dos armas y su correspondiente munición. Mucho dinero. Buenas armas. Munición especial. La planificación del segundo atentado había comenzado con un análisis objetivo del fracaso del primero. Como profesionales realistas, eran reticentes a

echarle toda la culpa de la debacle a un equipamiento inadecuado, pero convinieron que una mejor potencia de fuego no podía hacerles daño. Así que investigaron sus necesidades y localizaron a un proveedor. Tenía lo que querían. El precio estaba bien. Negociaron una garantía. Era el tipo de acuerdo que manejaban. Le dijeron al tipo que si había algún problema con la mercancía regresarían, le dispararían bien abajo en la médula espinal y lo dejarían en silla de ruedas.

Dar con las armas era el último preparativo. Ahora estaban listos para entrar de lleno en materia.

El vicepresidente electo Brook Armstrong tenía seis tareas importantes por hacer en las diez semanas que separaban las elecciones y la toma de posesión. La sexta y menos importante era continuar con sus deberes como senador junior de Dakota del Norte hasta que terminara oficialmente su mandato. Había cerca de 650 000 habitantes en el estado y cualquiera de ellos podía reclamar atención en cualquier momento, pero Armstrong asumió que todos comprenderían que estaban en un limbo hasta que lo reemplazara su sucesor. Del mismo modo, el Congreso estaba bastante parado hasta enero. Por lo que sus obligaciones como senador no ocupaban demasiado su atención.

La quinta tarea era facilitarle las cosas a su sucesor en Dakota del Norte. Había organizado dos actos en el estado con el objetivo de presentarle a sus ya domesticados contactos mediáticos. Tenía que ser algo muy visual, los dos hombro a hombro, estrechándose las manos y sonriendo a la cámara, Armstrong dando un metafórico paso hacia atrás, el nuevo dando un metafórico paso hacia adelante. El primer acto estaba programado para el 20 de noviembre, el segundo, cuatro días después. Ambos iban a ser complicados, pero la lealtad al partido lo exigía.

La cuarta tarea consistía en aprender algunas cosas. Iba a ser miembro del Consejo de Seguridad Nacional, por ejemplo. Iba a estar expuesto a situaciones que un senador junior de Dakota del Norte no podía conocer. Se le había asignado como tutor un administrativo de la CIA, y también lo visitaba gente del Pentágono y del Servicio Exterior. Intentaban llevarlo con la mayor fluidez posible, pero había mucho trabajo que encajar alrededor de todo lo demás.

Y todo lo demás era cada vez más urgente. En la tercera tarea la cosa empezaba a ponerse importante. Algunas decenas de miles de contribuyentes habían apoyado la campaña a nivel nacional. Los donantes realmente grandes recibirían un trato especial, pero los particulares que de forma individual hubieran donado cantidades superiores a mil dólares también debían sentirse parte del éxito. Para ello, el partido había programado una serie de grandes recepciones en el D. C. por las que podían pasearse y sentir que eran importantes y estaban en el centro de las cosas. Sus comités locales les animarían a viajar a Washington, ponerse elegantes y codearse con los asistentes. Les dirían que aún no estaba confirmado si sería el nuevo presidente o el nuevo vicepresidente quien los recibiera. En la práctica, tres cuartas partes de las obligaciones ya estaban programadas para Armstrong.

En la segunda tarea la cosa empezaba a ponerse importante *de verdad*. Consistía en mimar a Wall Street. Económicamente, un cambio de administración era algo delicado. En realidad no había motivos para que no se diera una continuidad fluida, pero los nervios y la crispación temporal se expanden rápido, y un mercado inestable podía perjudicar a la nueva presidencia desde el principio. Por lo que se ponía mucho esfuerzo en tranquilizar a los inversores. De la mayor parte de esta tarea se encargaba el presidente electo, que les dedicaba mucho tiempo exclusivo y personal en D. C. a las figuras cruciales, pero Armstrong tenía que ir a Nueva York a encargarse de los de segunda división. Había cinco viajes programados durante esas diez semanas.

Pero la primera tarea de Armstrong, y la más importante de todas, era dirigir al equipo de transición. Una administración nueva necesita una nómina de casi ocho mil personas y alrededor de ochocientas tienen que ser confirmadas por el Senado, de las cuales cerca de ochenta son realmente piezas clave. El trabajo de Armstrong era participar en su selección y luego utilizar sus contactos en el Senado para allanarles el camino en el inminente proceso de confirmación. Las operaciones de transición tenían su sede en el local oficial de G Street, pero para Armstrong tenía más sentido dirigirlas desde su viejo despacho del Senado. En conjunto, no era divertido. Era trabajo pesado, pero esa era la diferencia entre ir de primero e ir de segundo en la papeleta.

Así que la tercera semana después de las elecciones transcurrió de la siguiente manera: Armstrong pasó el martes, el miércoles y el jueves dentro de la circunvalación, trabajando con el equipo de transición. Su esposa disfrutaba de un muy merecido descanso poselectoral en su casa en Dakota del Norte, por lo que él estaba viviendo temporalmente solo en su casa adosada de Georgetown. Froelich envió a sus mejores agentes a protegerlo, y los mantuvo a todos en alerta máxima.

Había cuatro agentes acampando con él en la casa y cuatro coches de policía aparcados fuera de forma permanente, dos en la fachada y dos en el callejón de atrás. Una limusina del Servicio Secreto iba a buscarlo todas las mañanas y lo llevaba a las oficinas del Senado, con un segundo coche escoltándoles. El coche de las armas, lo llamaban. Antes y después tenía lugar el habitual y eficiente traslado por la acera. Luego, tres agentes permanecían con él todo el día. Era su guardia personal: tres hombres altos, con trajes oscuros, camisas blancas, corbatas sobrias y gafas de sol incluso en noviembre. Lo mantenían en un triángulo de protección apretado y discreto, siempre serios, con los ojos siempre alerta, ajustando sutilmente, siempre, su posición. A veces él alcanzaba a oír sonidos tenues provenientes de sus auriculares de radio. Llevaban micrófonos en la muñeca y armas automáticas bajo sus chaquetas. Aunque toda aquella experiencia le impresionaba bastante, sabía que dentro del edificio no corría ningún peligro real. Fuera estaba la policía del D. C., dentro la seguridad exclusiva del Capitolio, había detectores de metales permanentes en todas las puertas de acceso, y todas las personas a las que veía eran miembros electos o personal administrativo, y ya habían pasado muchas veces por controles de seguridad.

Pero Froelich no era tan optimista como Armstrong. Buscó a Reacher en Georgetown y en el Capitolio: no vio rastro de él. No estaba allí. Tampoco había nadie más de quien preocuparse. Eso debería haberla tranquilizado, pero no lo hizo.

La primera recepción programada para donantes de nivel medio se celebró el jueves por la noche en el salón de baile de un hotel de una gran cadena. Barrieron el edificio entero con perros por la tarde, y establecieron posiciones clave dentro del hotel que quedarían cubiertas por policías hasta que Armstrong se marchara,

muchas horas más tarde. Froelich puso a dos agentes del Servicio Secreto en la puerta, a seis en el vestíbulo y a ocho en el salón de baile. Otros cuatro vigilaban la zona de carga y descarga, que era por donde entraría Armstrong. Unas discretas cámaras de seguridad cubrían por completo el vestíbulo y el salón de baile, cada una conectada a su propia grabadora. Todas las grabadoras estaban conectadas a un reloj maestro, por lo que habría un registro permanente en tiempo real de todo el evento.

La lista de invitados ascendía a mil personas. El clima de noviembre impedía que hicieran cola en la acera y el tono del evento pedía que la seguridad fuera discreta y agradable, por lo que se aplicó el protocolo estándar de invierno, que consistía en hacer pasar a los invitados de la calle al vestíbulo a través de un detector de metales temporalmente instalado en el marco de la puerta principal. Luego daban unas cuantas vueltas hasta que finalmente llegaban a la puerta del salón de baile. Una vez allí se comprobaban sus invitaciones y se les pedía un documento de identidad con foto. Colocaban las invitaciones boca abajo sobre un cristal durante un momento y luego se las devolvían para que las guardaran de recuerdo. Debajo del cristal había una cámara con el mismo reloj que las demás, por lo que nombres y caras quedaban unidos para siempre en el registro visual. Por último pasaban por un segundo detector de metales y continuaban su camino hacia el salón de baile. El equipo de Froelich era serio pero agradable, y daba la impresión de estar protegiendo a los invitados de un peligro emocionante no especificado, en lugar de estar protegiendo a Armstrong de *ellos*.

Froelich estuvo un rato observando los monitores de vídeo en busca de rostros que no encajaran. No vio ninguno, pero de todos modos siguió preocupada. Ni rastro de Reacher. No estaba segura de si eso tenía que aliviarla o molestarla. *¿Lo estaba haciendo o no?* Pensó en hacer trampa y facilitarle a su equipo una descripción. Después lo pensó mejor. *Gane o pierda, necesito saberlo*, pensó.

El convoy de dos coches en el que se movía Armstrong entró en la zona de carga y descarga media hora más tarde, cuando los invitados ya habían bebido un par de copas de vino espumante barato y comido todos los canapés pastosos que hubieran querido comer. Sus tres guardaespaldas lo condujeron al interior a través de

un pasadizo trasero y se mantuvieron todo el tiempo en un radio de tres metros. Su aparición estaba programada para dos horas, lo que le concedía a cada invitado una media de poco más de siete segundos. En línea recta, siete segundos supondrían una eternidad, pero esta situación era distinta, principalmente por el método con el que estrechaba la mano. Un político en campaña aprende muy pronto a desviar el apretón de manos y agarrar el *dorso* de la mano de la persona, no la palma. Eso crea un drama jadeante al estilo «muchos me apoyan aquí, tengo que apresurarme», o mejor aún: la sensación de que el momento de soltar la mano es estrictamente una decisión del político, no de la otra persona. Pero en un evento de esta naturaleza, Armstrong no podía utilizar esa táctica. Así que tuvo que saludar adecuadamente y apresurarse para no sobrepasar los siete segundos por asistente. Algunos invitados quedaban satisfechos con la brevedad y otros lo retenían un poco más, explayándose en sus felicitaciones como si Armstrong nunca las hubiera recibido antes. Hubo algunos que llegaron a agarrarle el antebrazo. Otros le rodearon los hombros para sacarse una foto. A algunos les decepcionó que su esposa no estuviera allí. A otros no. Una mujer en particular le tomó la mano con firmeza y lo retuvo durante diez o doce segundos, e incluso tiró un poco de él para acercarlo a ella amablemente y decirle algo al oído. Era sorprendentemente fuerte y casi le hace perder el equilibrio. En realidad no escuchó lo que le susurró. Quizás el número de habitación. Pero era guapa y delgada, con el pelo oscuro y una sonrisa preciosa, por lo que no le molestó mucho. Tan solo le devolvió una sonrisa agradecida y continuó. Los del Servicio Secreto ni siquiera pestañearon.

Armstrong dio una vuelta completa al salón, sin comer nada, sin beber nada, y salió por la puerta de atrás al cabo de dos horas y once minutos. Su guardia personal lo subió otra vez al coche y lo condujo a su casa. El cruce de acera transcurrió sin ningún incidente y ocho minutos más tarde la casa quedó cerrada y asegurada. En el hotel el resto del equipo de seguridad se retiró inadvertidamente y los mil invitados terminaron de irse más o menos una hora después.

Froelich regresó en coche directamente a su oficina y llamó a Stuyvesant a su casa justo antes de medianoche. Stuyvesant

contestó de inmediato, parecía que hubiese estado conteniendo la respiración y esperando a que sonara el teléfono.

—Seguro —dijo ella.

—Vale —respondió él—. ¿Algún problema?

—No que yo haya visto.

—De todos modos debería repasar el vídeo. En busca de caras.

—Es lo que planeo hacer.

—¿Contenta con respecto a mañana?

—No estoy contenta con respecto a nada.

—¿La persona externa ya está trabajando?

—Fue una pérdida de tiempo. Tres días completos y no se le ve por ninguna parte.

—Se lo dije. No era necesario.

El viernes por la mañana no había nada que hacer en el D. C, así que Armstrong se quedó en casa e hizo venir a su hombre de la CIA para que lo instruyese durante dos horas. Después su equipo ensayó la evacuación de toda la comitiva. Usaron un Cadillac blindado con dos Suburban de escolta flanqueados por dos coches de policía y otra escolta en moto. Lo llevaron a la Base Andrews de la Fuerza Aérea para coger un vuelo a mediodía con destino a Nueva York. Como cortesía, los derrotados en ejercicio le permitieron usar el Air Force Two, aunque técnicamente el avión no podía utilizar ese nombre hasta que no llevara a bordo a un verdadero vicepresidente en funciones, así que por el momento no era más que un cómodo avión privado. Voló hasta La Guardia, los fueron a buscar en tres coches de la oficina del Servicio Secreto en Nueva York y los condujeron hacia el sur, a Wall Street, con una escolta en moto del Departamento de Policía de Nueva York abriéndoles el paso.

Froelich ya estaba en su puesto de la Bolsa. La oficina de Nueva York tenía muchísima experiencia trabajando con el Departamento de Policía y ella se sintió cómoda porque el edificio era lo suficientemente seguro. Las reuniones de Armstrong para brindarles tranquilidad a los inversores se realizaron en una oficina interna y duraron dos horas, así que Froelich se relajó hasta la sesión de fotos. Los encargados de prensa del equipo de transición querían fotografías mediáticas en la acera de en frente de las columnas del edificio, en algún momento después del cierre. No tenía ninguna oportunidad de convencerlos para que no lo hicieran, porque

necesitaban desesperadamente agradar a la opinión pública. Pero le disgustaba profundamente el hecho de que la persona a la que tenía que proteger tuviera que estar de pie al aire libre durante el tiempo que fuera. Tenía agentes filmando a los fotógrafos para que quedaran registrados, comprobando sus acreditaciones de prensa dos veces y revisando las fundas de las cámaras de fotos y los bolsillos de todos los chalecos. Se comunicó por radio con el teniente de policía de Nueva York y confirmó que el perímetro estuviera perfectamente asegurado a trescientos metros a la redonda y ciento cincuenta metros de altura. Después permitió que Armstrong saliera con varios corredores de bolsa y varios banqueros y posaron durante cinco agonizantes minutos. Los fotógrafos se acuclillaron en la acera, justo a los pies de Armstrong, para lograr tomas del grupo en primer plano con la inscripción *Bolsa de New York* que está grabada en el dintel flotando por encima de sus cabezas. *Demasiado cerca*, pensó Froelich. Armstrong y los financieros miraban a media distancia de manera optimista y resuelta, interminablemente. Después, por suerte, se acabó. Armstrong saludó con la mano haciendo su gesto patentado de *me encantaría quedarme* y regresó al edificio. Los financieros lo siguieron y los fotógrafos se dispersaron. Froelich otra vez se relajó. Lo siguiente era un viaje rutinario por carretera hasta el Air Force Two y un vuelo a Dakota del Norte para el primero de los dos actos de traspaso de Armstrong al día siguiente, lo cual significaba que Froelich tenía quizás unas catorce horas sin demasiada presión.

A Froelich le sonó el teléfono móvil en el coche ya cerca de La Guardia. Era su colega más antiguo, el que trabajaba en la misma organización, pero del lado del Tesoro. La llamaba desde su despacho en el D. C.

—¿La cuenta bancaria que estamos siguiendo? —dijo él—. El cliente acaba de llamar otra vez. Está transfiriendo veinte mil dólares a Western Union en Chicago.

—¿En efectivo?

—No, un cheque de caja.

—¿Un cheque de caja de Western Union? ¿Por veinte mil dólares? Le está pagando a alguien por algo. Bienes o servicios. Tiene que ser eso.

Su colega no respondió, y ella cortó la llamada y se quedó con el

teléfono en la mano un segundo. *¿Chicago?* Armstrong no tenía que ir a ningún lugar cerca de Chicago.

El Air Force Two aterrizó en Bismarck y Armstrong fue a su casa a estar con su esposa y a pasar la noche en su cama del hogar familiar, en la zona de los lagos, al sur de la ciudad. Era un lugar viejo y grande con un apartamento encima del edificio del garaje, que el Servicio Secreto se apropió. Froelich retiró a la guardia personal de la señora Armstrong para darle un poco de privacidad a la pareja. Les dio el resto de la noche libre a todos los agentes personales y les ordenó a otros cuatro que vigilaran la casa por fuera, dos al frente, dos al fondo. El resto se completó con policías del estado, aparcados en coches en un radio de trescientos metros. A modo de verificación final, ella misma recorrió toda el área a pie, y cuando estaba regresando por la entrada para coches le sonó el móvil.

—¿Froelich? —dijo Reacher.

—¿Cómo has conseguido este número?

—Fui policía militar. Puedo conseguir números.

—¿Dónde estás?

—No te olvides de los músicos, ¿vale? ¿Los de Atlantic City? Esta noche es la noche.

Y el teléfono quedó en silencio. Caminó hasta el apartamento que estaba encima del garaje y se quedó un rato sin hacer nada. Llamó a la oficina de Atlantic City a la una de la mañana y le dijeron que a la pareja de ancianos le habían pagado el dinero correcto a la hora correcta y que había sido escoltada hasta el coche y durante todo el recorrido hasta la autopista I-95, donde habían tomado rumbo al norte. La llamada se cortó y se quedó un rato sentada junto a una ventana, pensando. Era una noche tranquila, muy oscura. Muy solitaria. Fría. De vez en cuando, en la distancia, ladraban algunos perros. No había luna, no había estrellas. Odiaba las noches como esa. Las situaciones en la casa familiar eran siempre las más tramposas. Al final, cualquiera termina harto de estar rodeado de guardias, y aunque a Armstrong aún le divertía la novedad, ella se daba cuenta de que ya estaba listo para pasar algo de tiempo fuera de todo eso. Y sin duda su mujer ya se encontraba en esa situación. Por lo que no había puesto ni una sola persona en el interior de la casa y dependía exclusivamente del perímetro de

defensa. Sabía que debería hacer algo más, pero no tenía una opción real, al menos no hasta que le explicaran a Armstrong la magnitud del peligro que estaba corriendo, algo que hasta el momento no habían hecho, porque el Servicio Secreto nunca lo hace.

El sábado amaneció brillante y frío en Dakota del Norte, y los preparativos empezaron inmediatamente después del desayuno. El acto estaba programado para la una del mediodía en el predio del centro comunitario de una iglesia en la parte sur de la ciudad. A Froelich le había sorprendido que fuera un evento al aire libre, pero Armstrong le había dicho que solo tendrían que ir muy abrigados, nada más. Le había dicho que los habitantes de Dakota del Norte no solían encerrarse en sus casas hasta bien pasado el Día de Acción de Gracias. En ese momento casi la invade un deseo irracional de cancelar todo el evento. Pero sabía que el equipo de la transición se opondría, y no quería librar batallas perdidas tan pronto. Así que no dijo nada. Después casi le propuso a Armstrong que usara un chaleco antibalas debajo de su abrigo pesado, pero finalmente decidió no hacerlo. *El pobre tipo tiene por delante cuatro años de esto, quizás ocho*, pensó. *Ni siquiera asumió el cargo todavía. Demasiado pronto*. Más tarde, deseó haber seguido su primer instinto.

El predio del centro comunitario de la iglesia tenía más o menos el tamaño de un estadio de fútbol, y estaba limitado al norte por la iglesia propiamente dicha, que era una bonita estructura blanca de madera, típica en todos los sentidos. Los otros tres lados del predio estaban bien vallados, dos daban al fondo de unas parcelas de viviendas y el tercero daba al frente a la calle. Había un portón grande que servía de entrada a un pequeño aparcamiento. Froelich prohibió que se aparcara allí durante ese día y puso dos agentes y un policía local en el portón, con doce policías a pie más dentro, en el césped dentro del perímetro. Puso dos coches de policía en cada una de las calles circundantes e hizo que la división canina local revisara la iglesia y que después la dejaran completamente cerrada. Duplicó la guardia personal a seis agentes, porque la esposa de Armstrong iba con él. Le dijo al equipo de seguridad que permaneciera todo el tiempo muy cerca de la pareja. Armstrong no discutió. Ser visto en el medio de un grupo de seis tipos duros

aparentaba muy alto nivel. A su sucesor también lo pondría muy contento. Se le podía pegar algo de ese estatus de élite poderosa del D. C.

Los Armstrong tenían como regla no comer nunca en eventos públicos. Resultaba demasiado fácil pasar por idiotas, con los dedos grasientos, tratando de hablar con la boca llena. Así que comieron un almuerzo temprano en su casa, fueron hasta allá en el convoy y se pusieron manos a la obra. Era bastante sencillo. Incluso relajante, de algún modo. La política local ya no era problema de Armstrong. A decir verdad, tampoco sería un gran problema para su sucesor. Tenía una hermosa mayoría recién adquirida y estaba disfrutando de todo el brillo que reflejaba. Así que la tarde no resultó ser mucho más que un agradable paseo por una finca agradable. Su mujer estaba hermosa, su sucesor se quedó todo el tiempo a su lado, los periodistas no hicieron preguntas incómodas, las cuatro filiales de los canales grandes de televisión y la CNN estaban allí, todos los periódicos locales habían enviado fotógrafos y el *New York Times* y el *Washington Post* también mandaron a sus enviados especiales. En conjunto iba todo tan bien que empezó a desear que no se hubiesen molestado en programar el siguiente evento. Realmente no era necesario.

Froelich vigiló las caras. Vigiló los perímetros. Vigiló a la gente, con la atención puesta en percibir cualquier alteración en el comportamiento de grupo que pudiese indicar tensión, ansiedad o pánico repentino. No vio nada. Tampoco vio rastro de Reacher.

Armstrong se quedó media hora más de lo previsto, porque el tenue sol de otoño bañaba el campo de dorado, y no había ni una brisa, y la estaba pasando bien, y no había nada programado para esa tarde salvo una cena tranquila con miembros clave de la legislatura estatal. Así que escoltaron a su esposa a la casa y su guardia personal lo llevó de vuelta a los coches y lo condujo hacia el norte, a la ciudad de Bismarck propiamente dicha. Al lado del restaurante había un hotel, y Froelich había reservado habitaciones para el tiempo muerto antes de la comida. Armstrong durmió una hora de siesta y después se duchó y se vistió. La comida iba bien hasta que su jefe de gabinete recibió una llamada. El presidente y el vicepresidente salientes convocaban formalmente al presidente y al vicepresidente electos a una reunión de transición de un día de

duración en el Centro de Apoyo Naval en Thurmont, que empezaría a la mañana siguiente, temprano. Era una invitación convencional, porque inevitablemente había cosas de las que hablar. Y se la estaban anunciando de la manera tradicional, en el último momento y con pompa, porque los perdedores querían hacer que todo dependiera de ellos por última vez. Pero Froelich estaba encantada, porque el nombre extraoficial del Centro de Apoyo Naval en Thurmont es Camp David, y no hay lugar más seguro en el mundo que ese particular claro de bosque en las montañas de Maryland. Decidió que todos tenían que volar inmediatamente de vuelta a Andrews y tomar los helicópteros del Cuerpo de Marines directamente hasta el complejo. Si pasaban allí toda la noche y todo el día, ella podría relajarse por completo durante veinticuatro horas.

Pero a última hora de la mañana del domingo, durante el desayuno, un auxiliar naval se acercó a ella en el comedor y enchufó su teléfono en una toma del zócalo al lado de su silla. Nadie usa teléfonos inalámbricos o móviles en Camp David. Son demasiado vulnerables a las escuchas electrónicas.

—Llamada transferida desde su oficina principal, señora —dijo el auxiliar.

Durante un segundo se oyó un silencio hueco, y luego una voz.

—Deberíamos reunirnos —dijo Reacher.

—¿Por qué?

—No te lo puedo decir por teléfono.

—¿Dónde has estado?

—Aquí y allá.

—¿Dónde estás ahora?

—En una habitación del hotel que usasteis para la recepción el jueves.

—¿Tienes algo urgente para mí?

—Una conclusión.

—¿Ya? Pasaron tan solo cinco días. Dijiste diez.

—Bastó con cinco.

Froelich tapó el teléfono con la mano:

—¿Cuál es la conclusión? —Se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—Es imposible —dijo Reacher.

Ella respiró aliviada y sonrió:

—Te lo dije.

—No, tu trabajo es imposible. Tienes que hablar conmigo de manera urgente. Deberías venir aquí ahora mismo.

TRES

Froelich regresó al D. C. en su Suburban y discutió consigo misma durante todo el viaje. *Si las noticias son realmente malas, ¿cuándo involucro a Stuyvesant? ¿Ahora? ¿Después?* Al final se detuvo al llegar a la rotonda Dupont, lo llamó a casa y le preguntó directamente.

—Me involucraré cuando sea necesario —dijo él—. ¿A quién recurrió?

—Al hermano de Joe Reacher.

—¿*Nuestro* Joe Reacher? No sabía que tuviera un hermano.

—Bueno, tiene un hermano.

—¿Cómo es?

—Como Joe, quizás un poco más rudo.

—¿Mayor o menor?

—Ambos —dijo Froelich—. Empezó siendo menor, ahora es mayor.

Stuyvesant se quedó callado un momento.

—¿Es tan inteligente como Joe? —preguntó.

—Aún no lo sé —respondió Froelich.

Stuyvesant se quedó callado otra vez:

—Llámeme cuando lo necesite. Pero mejor antes que después, ¿vale? Y no le diga nada a nadie más.

Ella colgó el teléfono, se incorporó otra vez al tráfico dominical, condujo durante el último kilómetro y medio y aparcó en la puerta del hotel. En la recepción ya la estaban esperando, y la enviaron directamente a la habitación 1201, en el piso doce. Cruzó la puerta detrás de un camarero que llevaba una bandeja con una jarra de café y dos tazas boca abajo sobre sus respectivos platos. Sin leche, sin azúcar, sin cucharas, y con una rosa de color rosa en un florero de cerámica estrecho. Era la típica habitación de un hotel urbano.

Dos camas de matrimonio, cortinas con motivos florales, litografías insípidas en las paredes, una mesa, dos sillas, un escritorio con un teléfono complicado, una cómoda con una televisión, una puerta que conectaba con la habitación de al lado. Reacher estaba sentado en la cama más cercana. Llevaba una cazadora deportiva de nailon negra con una camiseta negra, pantalón vaquero negro y zapatos negros. Tenía un auricular en la oreja y una insignia del Servicio Secreto, falsa pero bastante lograda, en la solapa. Estaba perfectamente afeitado y llevaba el pelo muy corto y bien peinado.

—¿Qué tienes para mí? —preguntó ella.

—Más tarde —respondió él.

El camarero dejó la bandeja en la mesa y se retiró de la habitación en silencio. Froelich observó cómo se cerraba la puerta a sus espaldas y se dio la vuelta para mirara Reacher. Hizo una pausa.

—Pareces uno de los nuestros —dijo ella.

—Me debes muchísimo dinero —dijo él.

—¿Veinte mil?

Él sonrió:

—Casi. ¿Te avisaron?

Ella asintió:

—¿Pero por qué un cheque? Eso me desconcertó.

—Pronto dejará de hacerlo.

Él se levantó y se acercó a la mesa. Les dio la vuelta a las tazas, levantó la jarra y sirvió café.

—Coordinaste bien el servicio de habitación —dijo ella.

Él sonrió de nuevo:

—Sabía dónde estabas, sabía que vendrías en coche. Es domingo, no hay tráfico. Es fácil calcular un tiempo estimado de llegada.

—¿Y qué tienes que decirme?

—Que eres muy buena —dijo él—. Que eres muy, muy buena. Que no creo que alguien pueda hacer esto mejor que tú.

Ella se quedó callada:

—¿Pero?

—Pero no eres lo suficientemente buena. Tienes que aceptar que quien sea que esté ahí puede venir y hacer el trabajo.

—Nunca dije que hubiera alguien ahí.

Él no dijo nada.

—Solo dame la información, Reacher.

—Tres y medio —dijo él.

—¿Tres y medio qué? ¿Sobre diez?

—No, que Armstrong está muerto, tres veces y media.

Ella lo miró fijo:

—¿Ya?

—Ese es mi resultado —dijo él.

—¿A qué te refieres con media?

—Tres seguras y una posible.

Ella se detuvo antes de llegar a la mesa y se quedó allí, confundida.

—¿En cinco *días*? —dijo—. ¿Cómo? ¿Qué es lo que no estamos haciendo?

—Bebe un poco de café —respondió él.

Ella fue hacia la mesa como una autómata. Él le dio una taza. Ella la cogió y retrocedió hasta la cama. La taza repiqueteaba en el plato.

—Dos enfoques principales —dijo Reacher—. Como en las películas, John Malkovich o Edward Fox. ¿Has visto esas películas?

Ella asintió de manera ausente:

—Tenemos una persona supervisándolas. En la Oficina de Investigaciones sobre Protección. Analiza todas las películas de asesinatos. John Malkovich actuó en *En la línea de fuego* con Clint Eastwood.

—Y con Rene Russo —dijo Reacher—. Ella estaba bastante bien.

—Edward Fox actuó en *El día del Chacal*, mucho antes.

Reacher asintió:

—John Malkovich quería eliminar al presidente de Estados Unidos y Edward Fox quería eliminar al presidente de Francia. Dos asesinos competentes trabajando en solitario. Pero había una diferencia fundamental entre ellos. John Malkovich sabía todo el tiempo que no iba a sobrevivir a la misión. Sabía que moriría un segundo después que el presidente. Pero Edward Fox pretendía salir con vida.

—Pero no lo consiguió.

—Era una película, Froelich. Tenía que terminar así. Podría haber salido con vida muy fácilmente.

—¿Entonces?

—Nos permite considerar dos estrategias. Una misión suicida desde muy cerca o un trabajo limpio a distancia.

—Todo eso ya lo sabemos. Te dije que tenemos a una persona trabajando en ello. Nos hacen llegar transcripciones, análisis, circulares, informes de situación. A veces hablamos con los guionistas, si hay cosas nuevas. Queremos saber de dónde sacan las ideas.

—¿Aprendéis algo?

Ella se encogió de hombros y bebió un sorbo de café, y Reacher la vio revisando en su memoria, como si tuviera todas las transcripciones, todas las circulares y todos los informes de situación guardados en un archivo mental.

—*El día del Chacal* nos impresionó, creo —dijo ella—. Edward Fox interpretaba a un tirador profesional que tenía un fusil construido como para que pareciera la muleta de un veterano discapacitado. Se disfrazó así para entrar en un edificio cercano unas horas antes de un acto público, y planeaba un disparo en la cabeza de largo alcance desde la ventana de un piso alto. Usó silenciador, para poder escaparse después. En teoría podría haber funcionado. Pero la historia transcurre hace mucho tiempo. Antes de que yo naciera. A principios de los sesenta, creo. Era el general De Gaulle, después de la crisis de Argelia, ¿no? Ahora aseguramos perímetros mucho más grandes. La película contribuyó a eso, supongo. Además de nuestros propios problemas a principios de los sesenta, claro.

—¿Y *En la línea de fuego*? —preguntó Reacher.

—John Malkovich interpretaba a un agente renegado de la CIA —respondió ella—. Fabricó una pistola de plástico en su sótano para burlar los detectores de metales y se coló en un acto de campaña con la idea de disparar al presidente muy desde cerca. En ese caso, como tú dices, lo hubiéramos eliminado inmediatamente.

—Pero el viejo Clint se interpone en el camino de la bala —dijo Reacher—. A mí me pareció una buena película.

—A nosotros nos pareció inverosímil —contestó Froelich—. Tiene dos fallos importantes. En primer lugar, la idea de que se puede construir una pistola que funcione con materiales de aficionado es absurda. Vemos cosas así todo el tiempo. El arma habría explotado, lo habría dejado sin mano. La bala habría caído al

suelo, sencillamente, con los restos del arma. Y en segundo lugar, el personaje gastó cerca de cien mil dólares durante el proceso. Multitud de viajes, oficinas falsas para la correspondencia y una donación de cincuenta mil dólares al partido que le permitió entrar en primera línea de campaña. Nuestra evaluación fue que una personalidad así de maníaca no dispondría de esa cantidad de dinero. Lo desestimamos.

—Era solo una película —dijo Reacher—. Pero era ilustrativa.

—¿De qué?

—De la idea de ir a un acto y atacar al objetivo desde cerca, por oposición a la vieja idea de buscar la seguridad de la larga distancia.

Froelich hizo una pausa. Después sonrió, un poco cautelosa al principio, como si un grave peligro se estuviese perdiendo a lo lejos.

—¿Esto es lo único que tienes? —dijo—. ¿Ideas? Me tenías preocupada.

—Como el acto que hubo aquí el jueves por la noche —dijo Reacher—. Mil invitados. Hora y lugar anunciados con antelación. Incluso promocionados.

—¿Encontraste la página web de la transición?

Reacher asintió:

—Fue muy útil. Mucha información.

—Lo revisamos y lo aprobamos nosotros.

—Pero aun así me informó de todos los lugares en los que va a estar Armstrong —dijo Reacher—. Y cuándo. Y en qué clase de contexto. Como el acto que hubo aquí mismo, el jueves por la noche. Con los mil invitados.

—¿Qué pasa con los mil invitados?

—Una de ellos era una mujer de pelo oscuro que le sujetó fuerte la mano a Armstrong y lo desequilibró un poco.

Ella lo miró:

—¿Estuviste allí?

Él negó con la cabeza:

—No, pero me enteré.

—¿Cómo?

Él ignoró la pregunta:

—¿Lo has visto?

—Solo en el vídeo —dijo ella—. Después.

—Esa mujer podría haber matado a Armstrong. Esa fue la primera oportunidad. Hasta entonces ibas realmente bien. Sacaste un diez en todo el asunto gubernamental en el Capitolio.

Ella sonrió de nuevo, un poco despectivamente:

—¿Podría? Me estás haciendo perder el tiempo, Reacher. Esperaba algo más que un *podría*. Es decir, cualquier cosa *podría* suceder. Al edificio podría partirlo un rayo. O incluso podría caerle un meteorito encima. El universo podría dejar de expandirse y el tiempo podría empezar a retroceder. Esa mujer era una invitada. Era una contribuyente del partido, pasó por dos detectores de metales y se comprobó su documentación en la puerta.

—Como John Malkovich.

—Ya hemos pasado por eso.

—Supongamos que fuera una experta en artes marciales. Quizás con entrenamiento militar en operaciones encubiertas. Le podría haber roto el cuello a Armstrong igual que se rompe un lápiz.

—Supongamos, supongamos.

—Supongamos que estaba armada.

—No estaba armada. Pasó por dos detectores de metales.

Reacher metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un objeto marrón delgado.

—¿Alguna vez viste una de estas? —le preguntó.

Parecía una navaja, como de unos nueve centímetros de largo. Con el mango curvo. Apretó un botón y salió una hoja marrón moteada.

—Es de cerámica —dijo—. El mismo material que el de un azulejo de baño, básico. Es lo más duro que existe, solo por detrás de los diamantes. Sin duda más duro que el acero, y más afilado. Y no activa un detector de metales. Esa mujer podría haber llevado esto encima. Con esto le podría haber abierto un tajo a Armstrong desde el ombligo hasta el mentón. O le podría haber cortado el cuello. O se lo podría haber clavado en el ojo.

Le pasó el arma. Froelich la agarró y la examinó.

—La fabrica una empresa que se llama Böker —dijo Reacher—. En Solingen, Alemania. Son caras, pero están bastante disponibles.

Froelich se encogió de hombros:

—Vale, así que has comprado una navaja. Eso no prueba nada.

—Esa navaja estaba en el salón de baile el jueves por la noche.

Esa mujer la sostuvo en su mano izquierda, dentro de su bolsillo, con la hoja abierta, todo el tiempo que le estrechó la mano a Armstrong y tiró de él hacia sí. Su estómago estaba a menos de diez centímetros.

Froelich lo miró fijamente:

—¿Hablas en serio? ¿Quién era?

—Era una contribuyente del partido que se llamaba Elizabeth Wright, de Elizabeth, Nueva Jersey, casualmente. Donó cuatro mil dólares a la campaña, mil de su parte, mil de su marido y mil por cada uno de sus dos hijos. Rellenó sobres durante un mes, puso un gran letrero en el jardín delantero de su casa y se hizo a cargo de una línea telefónica el día de las elecciones.

—¿Y entonces por qué iba a llevar una navaja?

—Bueno, de hecho, no llevaba una navaja.

Reacher se puso de pie y se acercó a la puerta que conectaba con la otra habitación. Abrió la de su lado y golpeó fuerte la otra.

—Ahora, Neagley —dijo en voz alta.

La puerta de la otra habitación se abrió y entró una mujer. Tenía algo menos de cuarenta años, estatura media, delgada. Llevaba un pantalón vaquero azul y una sudadera gris claro. Tenía el pelo oscuro. Ojos oscuros. Una sonrisa preciosa. La manera en que se movía y los tendones de sus muñecas dejaban claro que se tomaba el gimnasio muy en serio.

—Tú eres la mujer del vídeo —dijo Froelich.

Reacher sonrió:

—Frances Neagley, te presento a M. E. Froelich. M. E. Froelich, Frances Neagley.

—¿Eme? —dijo Frances Neagley—. ¿Cómo la letra M?

—Son sus iniciales —dijo Reacher.

Froelich lo miró:

—¿Quién es?

—La mejor sargento mayor con la que haya trabajado jamás. Además de una gran experta en todos los tipos de combate cuerpo a cuerpo que te puedas imaginar. Yo le tengo miedo, definitivamente. Dejó el ejército más o menos en la misma época que yo. Ahora trabaja como consultora de seguridad en Chicago.

—Chicago —repitió Froelich—. Por eso el cheque venía de ahí.

Reacher asintió:

—Ella lo pagó todo, porque yo no tengo tarjeta de crédito ni talón de cheques. Como probablemente sabías.

—¿Y qué le pasó a Elizabeth Wright de Nueva Jersey?

—Me compré esta ropa —dijo Reacher—. O más bien, vosotros me la comprasteis. Y los zapatos. También las gafas de sol. Mi versión del uniforme del Servicio Secreto. Fui a la peluquería. Me afeité a diario. Quería resultar creíble. Luego necesitaba una mujer de Nueva Jersey que viajara sola, y encontré un par de vuelos que llegaban desde Newark el jueves. Observé a la gente en el aeropuerto, me acerqué a la señora Wright y le dije que era un agente del Servicio Secreto, que había un grave problema de seguridad y que tenía que acompañarme.

—¿Cómo sabías que estaba yendo al acto?

—No lo sabía. Solo observé a todas las mujeres que salían de la zona de recogida de equipaje y decidí de acuerdo con su aspecto y su indumentaria. No fue fácil. Elizabeth Wright fue la sexta mujer a la que me acerqué.

—¿Y te creyó?

—Mi credencial de identificación era muy impresionante. Compré este auricular en Radio Shack por dos dólares. Con un cablecito que desaparece abajo en la nuca, ¿ves? Tenía un Town Car alquilado, negro. Representé bien el papel, créeme. *Ella* me creyó. Estaba bastante emocionada con la situación, en realidad. La traje a esta habitación y la vigilé toda la noche mientras Neagley se hizo pasar por ella. Yo seguía escuchando por el auricular y hablándole al reloj.

Froelich pasó a mirar a Neagley.

—Nos interesaba Nueva Jersey por un motivo —dijo Neagley—. Sus carnés de conducir son los más fáciles de falsificar, ¿sabías? Llevaba conmigo un portátil y una impresora a color. Acababa de hacerle a Reacher su identificación del Servicio Secreto. No tenía idea de si se parecía a la verdadera o no, pero sin duda daba el pego. Así que hice un carné de Jersey con mi foto y con el nombre y el domicilio de la señora Wright, lo imprimí, lo plastifiqué con un material que compramos en Staples por sesenta dólares, le lijé los bordes, lo rayé un poco y me lo guardé en la cartera. Después me arreglé, me llevé su invitación y bajé. Entré en el salón de baile sin problemas. Con la navaja en el bolsillo.

—¿Y?

—Di unas vueltas por ahí y luego le estreché la mano a Armstrong. Aguanté un rato.

Froelich la miró a los ojos:

—¿Cómo lo habrías hecho?

—Le sujeté la mano derecha con mi mano derecha. Tiré y lo acerqué hacia mí, él apenas se giró, tenía un tiro limpio en el lado derecho de su cuello. Era una hoja de nueve centímetros, se la habría clavado en la arteria carótida. Después la habría movido un poco. Habría muerto desangrado en menos de treinta segundos. Estuve a un movimiento de brazo de hacerlo. Tus hombres estaban a tres metros de distancia. Después me habrían cogido, claro, pero no podrían haber impedido que lo hiciera.

Froelich estaba pálida y callada. Neagley miró hacia otro lado.

—Sin la navaja habría sido más difícil —dijo—. Pero no imposible. Romperle el cuello habría sido complicado porque es bastante musculoso en esa zona. Tendría que haber dado un paso rápido para poner su peso en movimiento, y si tus hombres eran lo suficientemente veloces podrían haberme detenido a medio camino. Así que supongo que habría decidido darle un golpe en la laringe, lo suficientemente fuerte como para destrozarla. Con un golpe con mi codo izquierdo lo habría logrado sin problema. Probablemente yo habría muerto antes que él, pero él se habría asfixiado poco después, a no ser que tuvierais a alguien que pudiera hacer una traqueotomía de emergencia ahí mismo, en el salón de baile, cosa que supongo no tenéis.

—No —dijo Froelich—. No tenemos. —Después se quedó callada otra vez.

—Lamento arruinarte el día —dijo Neagley—. Pero bueno, esto era lo que querías saber, ¿no? No tiene ningún sentido hacer una auditoría de seguridad y no decirte los resultados.

Froelich asintió:

—¿Qué fue lo que le dijiste al oído?

—Le dije: tengo una navaja. Sin ningún motivo. Pero se lo dije sin alzar la voz. Si alguien me hubiese increpado aseguraría que había dicho: ¿tu esposa hoy trabaja? Como insinuándome. Imagino que eso sucede, de vez en cuando.

Froelich asintió de nuevo:

—Sí —dijo—. De vez en cuando. ¿Qué más?

—Bueno, en su casa está a salvo —dijo Neagley.

—¿Lo comprobasteis?

—Todos los días —dijo Reacher—. Hemos estado en Georgetown desde el martes por la noche.

—No te vi.

—Ese era el plan.

—¿Cómo saben dónde vive?

—Seguimos las limusinas.

Froelich no dijo nada.

—Hermosas limusinas —dijo Reacher—. Buenas tácticas.

—La mañana del viernes estuvo especialmente bien —dijo Neagley.

—Pero el resto del día fue bastante malo —dijo Reacher—. La falta de coordinación produjo un error de comunicación importante.

—¿Dónde?

—Tu gente del D. C. tenía un vídeo del salón de baile pero claramente tu gente de Nueva York nunca lo vio. Porque además de ser la mujer con el vestido de fiesta del jueves por la noche, Neagley fue también uno de los fotógrafos en la puerta de la Bolsa.

—Busqué algún diario de Dakota del Norte que tuviera página web —dijo Neagley—. Como todos, tendría un gráfico de cabecera. Lo descargué y lo modifiqué para hacerme un pase de prensa. Lo plastifiqué y le hice unos agujeros de latón y me lo colgué al cuello con una cinta de nailon. Recorrí las tiendas de segunda mano del sur de Manhattan en busca de un equipo de fotógrafo usado. Tuve la cámara delante de mi cara todo el tiempo para que Armstrong no me reconociera.

—Deberían trabajar con lista de acceso —dijo Reacher—. Controlarlo de algún modo.

—No podemos —dijo Froelich—. Lo impide la Constitución. La Primera Enmienda garantiza el acceso periodístico en todo momento. Pero todos los periodistas fueron registrados.

—Yo no iba armada —dijo Neagley—. Burlé tu control de seguridad solo porque sí. Pero *podría* haber ido armada, sin duda. Por un control como ese podría haber pasado con una bazoca.

Reacher se levantó y fue hasta la cómoda. Abrió un cajón y sacó una pila de fotos. Eran copias comerciales de diez por quince

reveladas en una hora. Cogió la primera. Era una foto en contrapicado de Armstrong posando en la entrada de la Bolsa con la inscripción tallada en el dintel flotando como un halo por encima de su cabeza.

—La sacó Neagley —dijo Reacher—. Me pareció una buena foto. Quizás se la deberíamos vender a las revistas para cubrir parte de los veinte mil.

Regresó a la cama, se sentó y le pasó la fotografía a Froelich. Ella la cogió y la miró fijamente.

—La cuestión es que estuve a poco más de un metro de él —dijo Neagley—. Lo podría haber hecho si hubiese querido. Una situación John Malkovich de nuevo, qué demonios.

Froelich asintió ausente. Reacher repartió la siguiente copia, como si fuera una baraja de cartas. Era una foto con mucho grano, claramente sacada desde muy lejos con teleobjetivo, mirando hacia abajo desde una ubicación muchos pisos sobre el nivel de la calle. Se veía a Armstrong en la entrada de la Bolsa, diminuto en el centro de la imagen. Alrededor de su cabeza había una mirilla de arma dibujada toscamente con un bolígrafo.

—Esta es la media —dijo Reacher—. Yo estaba en el piso sesenta de un edificio de oficinas a trescientos metros de distancia. Dentro del perímetro policial, pero más alto de lo que estaba controlado.

—¿Con un fusil?

Él negó con la cabeza:

—Con un pedazo de madera que tenía el mismo tamaño y la misma forma que un fusil. Y con otra cámara, obviamente. Y un objetivo grande. Pero me lo tomé en serio. Quería ver si era posible. Supuse que a la gente no le gustaría ver un paquete con forma de fusil, así que conseguí una caja grande cuadrada de una pantalla de ordenador y metí la madera en diagonal, de la esquina superior a la inferior. Después la transporté hasta un ascensor en un carrito, fingiendo que era una carga muy pesada. Vi algunos policías. Tenía puesta esta ropa sin la insignia falsa ni el auricular. Imagino que pensaron que era un repartidor o algo así. El viernes después del cierre, la zona empieza a estar lo suficientemente tranquila como para no resultar inoportuno. Encontré una ventana en una sala de reuniones vacía. No se podía abrir, así que imagino que le tendría que haber abierto un círculo en el cristal. Pero tal y como saqué la

foto podría haber disparado. Y habría sido Edward Fox. Me podría haber escapado.

Froelich asintió de mala gana:

—¿Por qué solo media? —preguntó—. Da la sensación de que lo tenías bajo control.

—No en Manhattan —dijo Reacher—. Estaba casi a trescientos metros de distancia y a treinta metros de altura. Es un disparo a trescientos treinta metros más o menos. Normalmente no sería un problema para mí, pero las corrientes térmicas y de aire alrededor de esas torres hacen que sea una lotería. Cambian todo el tiempo, segundo a segundo. Se arremolinan, hacia arriba y hacia abajo y de un lado al otro. Impiden que tengas la garantía de dar en el blanco. Esas son las buenas noticias, en realidad. Ningún tirador competente intentaría un disparo a distancia en Manhattan. Solo lo haría un idiota, y un idiota fallaría de cualquier manera.

Froelich asintió de nuevo, un poco aliviada:

Grace estaba todavía a cinco horas, mucho más allá de Casper. En el mapa aparecía en medio de la nada con imponentes montañas a un lado y pastizales infinitos al otro.

—Nos detendremos en Medicine Bow —dijo Reacher—. Parece que es un buen lugar. Intentaremos llegar a Grace mañana al amanecer.

En la oscuridad, Medicine Bow no parecía muy buen lugar, pero a tres kilómetros de distancia había un motel con habitaciones disponibles. Neagley las pagó. Después encontraron un asador a un kilómetro y medio en dirección contraria y comieron unos filetes de lomo de trescientos cincuenta gramos que les costaron menos que una bebida en el D. C. Cuando empezaron a cerrar el restaurante, captaron la indirecta y emprendieron el viaje de vuelta a sus habitaciones. Reacher dejó su abrigo en la furgoneta para esconder las armas de las miradas curiosas. Se dijeron buenas noches en el aparcamiento. Reacher se fue directamente a la cama. Escuchó a Neagley en la ducha. Cantaba. El canto le llegaba a través de la pared.

Se despertó a las cuatro de la mañana, era sábado. Neagley se estaba duchando de nuevo y seguía cantando. Pensó: *¿cuándo demonios duerme?* Salió de la cama y fue al baño. Encendió el agua caliente de la ducha, lo que debió hacer que la de ella saliera fría,

porque escuchó un grito apagado al otro lado de la pared. Así que cerró el agua y esperó hasta escuchar que ella había terminado. Después se duchó y se vistió y ambos se encontraron junto al coche. Seguía estando totalmente oscuro. Seguía haciendo mucho frío. El viento soplaba con copos de nieve desde el oeste. Caían moviéndose despacio entre las luces del aparcamiento.

—No encuentro café —dijo Neagley.

Lo encontraron una hora al norte. En un *diner* junto a la carretera que estaba abriendo para el desayuno. Vieron las luces del sitio un kilómetro y medio antes de llegar. Estaba al lado de la entrada a un camino de tierra que se perdía en la oscuridad hacia el Bosque Nacional de Medicine Bow. El *diner* parecía un granero, largo y bajo, con tablones de madera rojos. Frío afuera, dentro calor. Se sentaron en una mesa junto a una ventana con cortinas, comieron huevos con beicon y tostadas y bebieron un café fuerte y amargo.

—Vale, los llamaremos uno y dos —dijo Neagley—. Uno es el de Bismarck. Tú lo reconocerás. Dos es el del vídeo del garaje. Podríamos reconocerlo por su complexión. Pero no sabemos realmente qué aspecto tiene.

Reacher asintió:

—Por lo que buscaremos al de Bismarck acompañado de otra persona. No tiene sentido planearlo a fondo.

—No te escucho muy entusiasmado.

—Deberías irte a tu casa.

—¿Ahora que te he traído hasta aquí?

—Tengo un mal presentimiento con todo esto.

—Estás tenso porque mataron a Froelich. Eso es todo. No significa que me vaya a pasar algo malo a mí.

Él no dijo nada.

—Somos dos contra dos —dijo Neagley—. Tú y yo contra dos tarados, ¿y estás preocupado?

—No mucho —dijo él.

—Quizás ni vengan. Según Bannon, sabrán que es una trampa.

—Vendrán —dijo Reacher—. Los han desafiado. Es una cuestión de testosterona. Y les faltan los suficientes tornillos como para lanzarse sin pensarlo.

—Si lo hacen, a mí no me va a pasar nada.

—Me sentiría mal si te pasara algo.

—Eso no va a suceder —dijo ella.

—Dime que no te estoy obligando a hacer esto.

—Es mi propia voluntad.

Él asintió:

—Entonces vamos.

Volvieron a la carretera. Los copos de nieve flotaban a la luz de los focos delanteros. Caían moviéndose despacio y sin peso desde el oeste, brillaban intensamente en la luz y desaparecían deprisa y hacia atrás a medida que la furgoneta avanzaba. Eran copos grandes, secos y tupidos, no muchos. La carretera era estrecha. Serpenteaba hacia la izquierda y hacia la derecha. La superficie era desigual.

—Vale —dijo.

Así que no le preocupan los Idiotas, pensó Reacher. *Tiene que ser un profesional.*

—Entonces —continuó él—, digamos que el resultado final es tres, si quieres, y olvidemos la media. No nos preocupemos por Nueva York. Fue poco claro.

—Pero Bismarck no —dijo Neagley—. Llegamos más o menos a medianoche. En vuelos comerciales, con escala en Chicago.

—Te llamé cuando estaba a un kilómetro y medio —dijo Reacher—. Por lo de los músicos.

Repartió las dos fotografías siguientes.

—Película infrarroja —dijo—. En la oscuridad.

En la primera foto se veía la parte trasera de la casa familiar de Armstrong. Los colores estaban lavados y distorsionados por la fotografía infrarroja. Pero había sido tomada desde bastante cerca. Todos los detalles se veían claramente. Puertas, ventanas. Froelich vio incluso a uno de sus agentes, de pie en el jardín.

—¿Dónde estabas? —preguntó.

—En el terreno del vecino —dijo Reacher—. Como a unos quince metros. Una maniobra nocturna simple, infiltración en la oscuridad. La típica técnica de infantería, silenciosa y furtiva. Ladraron un par de perros, pero los evitamos. Los policías estatales no vieron nada.

Neagley señaló la segunda foto. Se veía la fachada frontal de la casa. Mismos colores, mismo detalle, misma distancia.

—Yo estaba al otro lado de la calle, por delante —dijo—. Detrás del garaje de alguien.

Reacher se inclinó hacia delante:

—El plan habría sido tener un M16 cada uno, con lanzagranadas. Y algunas otras armas largas automáticas. Quizás incluso ametralladoras M6o con trípodes. Sin duda tuvimos tiempo suficiente para instalarlas. Le habríamos lanzado granadas de fósforo al edificio con los M16, por delante y por detrás simultáneamente, una cada uno, a la planta baja, y Armstrong hubiese ardido en la cama o lo habríamos matado cuando saliera corriendo por la puerta o cuando saltara por la ventana. Lo habríamos programado para las cuatro de la mañana, quizás. La conmoción habría sido total. La confusión habría sido tremenda. Podríamos haber derribado a tus agentes en medio de todo ese lío sin ningún problema. Podríamos haber destrozado toda la casa. Probablemente también habríamos salido de allí con éxito y después todo quedaría reducido a una persecución normal, lo que no es ideal en esa zona tan apartada, pero que, con un poco de suerte, hubiéramos logrado. Edward Fox de nuevo.

Hubo un silencio.

—No me lo creo —dijo Froelich. Miraba fijamente las fotos—. Esto no puede haber sido el viernes por la noche. Fue alguna otra noche. No habéis estado allí realmente.

Reacher no dijo nada.

—¿Estuvisteis? —preguntó ella.

—Bueno, mira esto —dijo Reacher.

Le alcanzó otra fotografía. Estaba tomada con teleobjetivo. Se la veía a ella sentada en la ventana del apartamento de encima del garaje, mirando hacia fuera a la oscuridad, con el móvil en la mano. Su marca de calor estaba compuesta por rojos, naranjas y violetas extraños. Pero era ella. No había duda. Tan cerca como para poder tocarla.

—Estaba llamando a Nueva Jersey —dijo, en voz baja—. Tus amigos músicos se fueron sin problema.

—Bien —dijo Reacher—. Gracias por organizar eso.

Froelich se quedó mirando las tres fotos en infrarrojo, una detrás de otra, y no dijo nada.

—Así que el salón de baile y la casa familiar fueron ocasiones

claras —dijo Reacher—. Dos a cero para los malos. Pero la decisiva fue la del día siguiente. Ayer. El acto en la iglesia.

Le pasó la última foto. La película era normal y la foto estaba sacada desde un ángulo elevado. Se veía a Armstrong con su abrigo pesado caminando por el césped del centro comunitario. El sol dorado de la tarde proyectaba una sombra larga a sus espaldas. Lo rodeaba un grupo de gente desperdigada, pero se le veía claramente la cabeza. Tenía otra mirilla toscamente dibujada alrededor.

—Yo estaba en la torre de la iglesia —dijo Reacher.

—La iglesia estaba cerrada.

—La cerraron a las ocho de la mañana. Yo estaba allí desde las cinco.

—La revisaron.

—Estaba arriba, donde las campanas. En lo alto de una escalera de madera, al otro lado de una trampilla. Puse pimienta en la escalera. Tus perros perdieron el interés y se quedaron en la planta baja.

—Era una división local.

—Fueron negligentes.

—Pensé en cancelar el evento.

—Deberías haberlo hecho.

—Después pensé en pedirle que se pusiera un chaleco antibalas.

—No habría importado. Le habría apuntado a la cabeza. Era un día precioso, Froelich. Cielo despejado, sol, sin viento. Aire denso y fresco. Aire *de verdad*. Yo estaba a cincuenta o sesenta metros. Le podría haber dado en los ojos.

Ella se quedó callada.

—¿John Malkovich o Edward Fox? —preguntó.

—Le habría disparado a Armstrong y después a tanta gente como hubiese podido, durante tres o cuatro segundos. Sobre todo policías, supongo, pero también mujeres y niños. Habría tirado a herirlos, no a matarlos. En el estómago, probablemente. Es más efectivo así. Gente cayendo al suelo y sangrando por todas partes, habría ocasionado un pánico masivo. Probablemente el suficiente como para poder escapar. Habría salido disparado de la iglesia en menos de diez segundos, y habría llegado a la siguiente comarca lo suficientemente rápido. Neagley estaría esperando en un coche. Se habría puesto en marcha apenas escuchase los disparos. Así que

probablemente habría sido Edward Fox.

Froelich se puso de pie y se acercó a la ventana. Apoyó las manos en el alféizar con las palmas hacia abajo y miró hacia afuera.

—Esto es un desastre —dijo.

Reacher no dijo nada.

—Supongo que no anticipé tu nivel de intensidad —continuó—. No sabía que iba a ser una guerra de guerrillas sin cuartel.

Reacher se encogió de hombros:

—Los asesinos no son las personas más amables del mundo. Y aquí son ellos los que ponen las reglas.

Froelich asintió:

—Y no sabía que alguien te iba a ayudar, mucho menos una mujer.

—De alguna manera te lo advertí —dijo Reacher—. Te dije que no podía funcionar si estabas pendiente de que yo apareciera. No puedes esperar que los asesinos te llamen antes para contarte sus planes.

—Lo sé —dijo ella—. Pero me imaginaba a un hombre solo, eso es todo.

—Siempre es un equipo —dijo Reacher—. No hay hombres solos.

Reacher vio una media sonrisa irónica reflejada en el cristal.

—¿Así que no te crees el informe de la Comisión Warren? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza:

—Y tú tampoco —respondió—. Ningún profesional se lo creería.

—Hoy no me siento demasiado como una profesional —dijo ella.

Neagley se levantó, se acercó y se apoyó en el alféizar de la ventana junto a Froelich, de espaldas al cristal.

—El contexto —dijo—. Tienes que pensar en eso. No está tan mal. Reacher y yo fuimos especialistas de la División de Investigación Criminal del Ejército de los Estados Unidos. Nos entrenaron de todas las maneras posibles. Para pensar, sobre todo. Para ser imaginativos. Para ser implacables, sin duda, y para estar seguros de nosotros mismos. Y para ser más duros que la gente de la que éramos responsables, y algunos de *ellos* eran duros de verdad. Por lo que somos muy poco comunes. No debe de haber más de diez mil personas tan especializadas como nosotros en todo el país.

—Diez mil es mucho —dijo Froelich.

—¿Entre doscientos ochenta y un millones? ¿Y cuántos de esos diez mil tienen la edad indicada y están disponibles y motivados? Una parte estadísticamente irrelevante. Así que no te preocupes. Porque de todas maneras tienes un trabajo imposible. Dejar vulnerable a Armstrong es un *requerimiento*. Porque es un político. Está obligado a hacer todas esas cosas para dejarse ver. Nosotros no habríamos ni soñado con permitir que alguien hiciera lo que él hace. Ni en un millón de años. Nunca. Estaría fuera de toda discusión.

Froelich se dio la vuelta y quedó de frente a la habitación. Tragó saliva una vez y asintió vagamente mirando a media distancia.

—Gracias —dijo—. Por tratar de hacer que me sienta mejor. Pero tengo algunas cosas en las que pensar, ¿no?

—Perímetros —respondió Reacher—. Mantón los perímetros a ochocientos metros a la redonda, mantón al público lejos de él y mantón al menos a cuatro agentes a un brazo de distancia, literalmente, en todo momento. Eso es todo lo que puedes hacer.

Froelich negó con la cabeza:

—No puedo hacerlo —dijo—. Pensarían que es irracional. Antidemocrático, incluso. Y va a haber cientos de semanas como esta en los próximos tres años. Y *después* de esos tres años la cosa se pondrá peor, porque estarán en el último año de legislatura, intentando ser reelegidos, y todo tendrá que ser aún más laxo. Y dentro de siete años Armstrong empezará a buscar la candidatura por derecho propio. ¿Habéis visto cómo lo hacen? ¿Eventos multitudinarios por todas partes, de New Hampshire en adelante? ¿Encuentros regionales en mangas de camisa? ¿Recaudaciones de fondos? Es una verdadera pesadilla.

La habitación quedó en silencio. Neagley se despegó del alféizar y cruzó la habitación hasta la cómoda. Sacó dos carpetas delgadas del cajón en el que habían estado las fotos. Levantó la primera.

—Un informe escrito —dijo—. Con puntos destacados y recomendaciones, desde una perspectiva profesional.

—Vale —dijo Froelich.

Neagley levantó la segunda carpeta.

—Y nuestros gastos —dijo—. Están todos especificados. Con recibos y todo. El cheque debería estar a nombre de Reacher. El

dinero era de él.

—Vale —dijo Froelich de nuevo. Cogió las carpetas y se las apretó contra el pecho, como si la protegieran de algo.

—Y queda el tema de Elizabeth Wright de Nueva Jersey —dijo Reacher—. No os olvidéis de ella. Hay que conservarla. Le dije que por haberse perdido la recepción probablemente la invitarían al Baile de Inauguración.

—Vale —dijo Froelich por tercera vez—. El baile, lo que sea. Hablaré con alguien al respecto.

Después simplemente se quedó quieta.

—Esto es un desastre —dijo de nuevo.

—Tienes un trabajo imposible —dijo Reacher—. No te castigues.

Ella asintió:

—Joe solía decirme lo mismo. Decía que, dadas las circunstancias, una tasa del noventa y cinco por ciento debería considerarse un triunfo.

—Noventa y cuatro por ciento —dijo Reacher—. Desde que estáis al cargo perdisteis a un presidente de dieciocho. Una tasa de error del seis por ciento. No está tan mal.

—Noventa y cuatro, noventa y cinco —dijo ella—. Como sea, supongo que tenía razón.

—Joe tenía razón en muchas cosas, según recuerdo.

—Pero nunca perdimos a un vicepresidente —dijo ella—. No todavía.

Se puso las carpetas debajo del brazo, amontonó las fotos sobre la cómoda y les colocó los bordes con la punta de los dedos hasta formar un montón ordenado. Las levantó y las guardó en su cartera. Después miró las cuatro paredes, una a una, como si estuviese memorizando los detalles exactos. Un gesto distraído. Asintió sin responder a nada en particular y se dirigió hacia la puerta.

—Me tengo que ir —dijo.

Salió de la habitación y la puerta se cerró a sus espaldas. Durante un momento todo quedó en silencio. Después Neagley se puso de pie junto al extremo de una de las camas, sujetó los puños de su sudadera con las palmas de las manos y estiró bien los brazos por encima de su cabeza. El pelo le cayó en cascada sobre los hombros. Se le subió el bajo de la camiseta y Reacher vio sus músculos por encima de la cintura del pantalón vaquero. Tenían

tanto relieve como el caparazón de una tortuga.

—Aún estás muy bien —dijo él.

—Igual que tú, de negro.

—Siento que llevo un uniforme —dijo—. La última vez que me puse uno fue hace cinco años.

Neagley terminó de estirarse. Se colocó el pelo y se bajó la camiseta.

—¿Hemos terminado aquí? —preguntó.

—¿Estás cansada?

—Exhausta. Nos partimos la espalda arruinándole el día a esa pobre mujer.

—¿Qué te pareció?

—Me gustó. Y como le dije a ella, creo que tiene un trabajo imposible. En general creo que es muy buena en lo que hace. Dudo que alguien pudiera hacerlo mejor. Y creo que de alguna manera ella lo sabe, pero la está carcomiendo tener que conformarse con el noventa y cinco por ciento y no poder apuntar al cien.

—Estoy de acuerdo.

—¿Quién es este Joe del que hablaba?

—Un novio que tuvo.

—¿Lo conociste?

—Mi hermano. Ella salió con él.

—¿Cuándo?

—Se separaron hace seis años.

—¿Cómo es él?

Reacher bajó la vista al piso. No corrigió el *es* por un *era*.

—Como una versión civilizada de mí —respondió.

—Así que quizás ella también quiera salir contigo. Civilizado puede ser una virtud sobrevalorada. Y completar la colección siempre es algo divertido para una chica.

Reacher no dijo nada. La habitación se quedó en silencio.

—Supongo que me iré a casa —dijo Neagley—. De vuelta a Chicago. De vuelta al mundo real. Pero debo decir que fue un placer trabajar otra vez contigo.

—Mentirosa.

—No, lo digo en serio.

—Entonces quédate. Diez a uno a que regresa en una hora.

Neagley sonrió:

—¿A qué, a invitarte a salir?
Reacher negó con la cabeza:
—No, a decirnos cuál es su verdadero problema.

CUATRO

Froelich cruzó la acera hasta su furgoneta Suburban. Desparramó las carpetas sobre el asiento del acompañante. Encendió el motor y mantuvo el freno bien apretado con el pie. Sacó su teléfono del bolso y lo abrió. Marcó el número de Stuyvesant dígito por dígito y después hizo una pausa con el dedo sobre el botón de llamar. El teléfono esperó pacientemente con el número escrito en la pantalla verde. Miró hacia delante a través del parabrisas, luchando consigo misma. Bajó la vista hacia el teléfono. De nuevo miró hacia la calle. El dedo seguía en el botón. Después cerró el teléfono y lo tiró encima de las carpetas. Puso la palanca de cambios en posición de avance y se alejó del bordillo haciendo que los cuatro neumáticos chirriaran fuerte. Giró a la izquierda y a la derecha y se dirigió hacia su oficina.

El chico del servicio de habitaciones volvió para llevarse la bandeja de café. Reacher se quitó la chaqueta y la colgó en el armario. Se sacó la camiseta por fuera del pantalón vaquero.

—¿Has votado en las elecciones? —le preguntó Neagley.

Él negó con la cabeza:

—No estoy empadronado en ningún lado. ¿Tú?

—Claro —respondió ella—. Siempre voto.

—¿Has votado a Armstrong?

—Nadie vota al vicepresidente. Salvo su familia, quizás.

—¿Pero has votado por esa papeleta?

Ella asintió:

—Sí. ¿Tú la habrías votado?

—Supongo —dijo él—. ¿Habías escuchado hablar de Armstrong antes?

—No realmente —contestó—. Es decir, me interesa la política, pero no soy una de esas personas que se saben los nombres de los cien senadores.

—¿Te presentarías a algún cargo?

—Ni en un millón de años. Me gusta el perfil bajo, Reacher. Siempre fui sargento y siempre lo seré, por dentro. Nunca quise ser oficial.

—Tenías potencial.

Ella se encogió de hombros y sonrió, todo al mismo tiempo:

—Quizás lo tenía, sí. Pero lo que no tenía era el deseo. ¿Y sabes qué? Los sargentos tienen mucho poder. Más del que vosotros os hayáis dado cuenta.

—Oye, yo me di cuenta —dijo él—. Créeme, me di cuenta.

—No va a volver, ¿sabes? Estamos aquí sentados hablando y perdiendo el tiempo, yo estoy dejando pasar todos los vuelos a Chicago, y ella no va a volver.

—Va a volver.

Froelich aparcó en el garaje y subió las escaleras. La seguridad presidencial funcionaba las veinticuatro horas, pero aun asilos domingos parecían distintos. La gente se vestía de otra manera, el ambiente estaba más tranquilo, no había tantas llamadas telefónicas. Algunas personas pasaban el día en sus casas. *Como Stuyvesant, por ejemplo*. Froelich cerró la puerta de su oficina, se sentó en su escritorio y abrió el cajón. Sacó las cosas que necesitaba y las puso dentro de un gran sobre marrón. Después abrió la carpeta de los gastos de Reacher, copió la cifra en el último renglón de la primera hoja de su bloc amarillo y encendió la trituradora de papeles. Echó todo el expediente, hoja por hoja, y después siguió con el de las recomendaciones y con las seis fotografías de diez por quince, una por una. Tiró también las carpetas y removió las largas tiras ensortijadas en la bandeja de salida hasta que quedaron irremediablemente enredadas. Después apagó la máquina, cogió el sobre y bajó otra vez al garaje.

Reacher vio su coche desde la ventana de la habitación del hotel. Lo vio doblar la esquina y reducir la velocidad. En la calle no había tráfico. Última hora de la tarde, un domingo de noviembre en el D. C. Los turistas estaban en sus hoteles, duchándose, preparándose para la cena. Los locales estaban en sus casas, leyendo el periódico, viendo la NFL en la televisión, pagando facturas, haciendo las tareas del hogar. El atardecer empañaba el aire. Se empezaban a encender las luces de la calle. La Suburban negra tenía los faros delanteros

encendidos. Dio una amplia vuelta en U cruzando ambos carriles y se metió en una zona reservada para taxis.

—Ha vuelto —dijo Reacher.

Neagley fue con él a la ventana:

—No la podemos ayudar.

—Quizás no está buscando ayuda.

—¿Y entonces por qué iba a volver?

—No lo sé —dijo él—. ¿Una segunda opinión? ¿Aprobación? Quizás solo quiere hablar. Ya sabes, un problema compartido es un problema que se reduce a la mitad.

—¿Y por qué querría hablar con nosotros?

—Porque nosotros no la contratamos y no la podemos despedir. Y no fuimos sus rivales en el puesto. Ya sabes cómo funcionan estas organizaciones.

—¿Tiene *permitido* hablar con nosotros?

—¿Nunca has hablado con quien no debías?

Neagley hizo una mueca:

—Algunas veces. Contigo, por ejemplo.

—Y yo contigo, lo cual era peor, porque no eras un oficial.

—Pero tenía potencial.

—Sin duda —dijo él, mirando hacia abajo—. Ahora está ahí sentada, sin más.

—Está hablando por teléfono. Está llamando a alguien.

Sonó el teléfono de la habitación.

—A nosotros, evidentemente —dijo Reacher.

Contestó.

—Todavía estamos aquí —dijo.

Después escuchó un momento.

—Vale —dijo, y colgó el teléfono.

—¿Va a subir? —preguntó Neagley.

Él asintió y volvió junto a la ventana a tiempo para ver a Froelich bajar del coche. Llevaba un sobre en la mano. Cruzó rápido la acera y desapareció. Dos minutos más tarde escucharon el timbre distante del ascensor al llegar a su piso. Veinte segundos después, un golpe en la puerta. Reacher se acercó a abrirle, y Froelich entró y se detuvo en el medio de la habitación. Miró primero a Neagley y después a Reacher.

—¿Podemos hablar un minuto en privado? —preguntó ella.

—No es necesario —respondió él—. La respuesta es sí.

—Aún no sabes la pregunta.

—Confiaste en mí, porque confiabas en Joe y Joe confiaba en mí, por lo tanto ese círculo está cerrado. Ahora quieres saber si yo confío en Neagley, así puedes cerrar también *ese* círculo, y la respuesta es sí, confío plenamente en ella, por lo tanto tú también puedes hacerlo.

—Vale —dijo Froelich—. Supongo que esa era la pregunta.

—Así que quítate la chaqueta y ponte cómoda. ¿Quieres más café?

Froelich se quitó la chaqueta y la tiró en la cama. Se acercó a la mesa y dejó el sobre encima.

—Más café estaría bien —dijo.

Reacher llamó al servicio de habitación y pidió una jarra grande, tres tazas y tres platos, absolutamente nada más.

—Antes solo te conté la verdad a medias —dijo Froelich.

—Me lo imaginaba —dijo Reacher.

Froelich asintió a modo de disculpa y levantó el sobre. Abrió la solapa y sacó una funda de plástico transparente. Tenía algo adentro.

—Es una copia de algo que llegó por correo —dijo.

La dejó caer sobre la mesa y Reacher y Neagley acercaron las sillas unos centímetros para ver mejor. La funda protectora era un producto estándar de oficina. Lo que había adentro era una foto en color de veinte por veinticinco de una hoja de papel blanco. La hoja estaba sobre una superficie de madera y tenía una regla de madera al lado para indicar la escala. Parecía una hoja normal tamaño carta. Centradas de izquierda a derecha, a unos tres centímetros por encima del centro, había tres palabras: *Vas a morir*. Nítidas y en negrita, obviamente impresas desde un ordenador.

La habitación se quedó en silencio.

—¿Cuándo llegó? —preguntó Reacher.

—El lunes después de las elecciones —dijo Froelich—. Correo de primera clase.

—¿Iba dirigida a Armstrong?

Froelich asintió:

—Al Senado. Pero él todavía no la vio. Abrimos todo el correo que llega a nombre de las personas que estamos protegiendo. Solo

les hacemos llegar lo adecuado. No creímos que esto lo fuera. ¿Tú qué piensas?

—Dos cosas, me parece. Primero, que es verdad.

—No si puedo impedirlo.

—¿Descubriste el secreto de la inmortalidad? Todos vamos a morir, Froelich. Yo, tú. Quizás cuando tengamos cien años, pero no vamos a vivir para siempre. Así que técnicamente es una constatación de un hecho. Una predicción certera, además de una amenaza.

—Lo que nos plantea una pregunta —dijo Neagley—. ¿El remitente es lo suficientemente inteligente como para haberse expresado así a propósito?

—¿Cuál sería el propósito?

—¿Evitar una acusación en el caso de que lo encuentren? ¿O la encuentren? ¿Tener la posibilidad de decir bueno, no era una amenaza, era la constatación de un hecho? ¿Algo que podamos inferir de la investigación forense respecto a la inteligencia del remitente?

Froelich la miró sorprendida. Y con cierto respeto.

—Ya llegaremos a eso —dijo—. Y estamos casi seguros de que es él, no ella.

—¿Por qué?

—Ya llegaremos a eso —dijo Froelich de nuevo.

—¿Pero por qué les preocupa? —preguntó Reacher—. Esa es la segunda cosa. Seguro que tipos como Armstrong reciben toneladas de amenazas por correo.

Froelich asintió:

—Varios miles al año, como norma. Pero la mayor parte se las mandan al presidente. Es poco común recibir una dirigida específicamente al vicepresidente. Y la mayoría están escritas en viejos trozos de papel, con lápiz, faltas de ortografía, tachones. Son defectuosas, de algún modo. Y esta no. Esta nos llamó la atención desde el principio. Así que la analizamos con detenimiento.

—¿Desde dónde la enviaron?

—Desde Las Vegas —dijo Froelich—. Lo cual no nos ayuda demasiado. En términos de estadounidenses viajando por Estados Unidos, es el lugar con mayor tasa de población visitante.

—¿Estáis seguros de que la envió un estadounidense?

—Es una cuestión de probabilidad. Nunca hemos recibido una amenaza escrita por un extranjero.

—¿Y descartáis que sea alguien residente en Las Vegas?

—Es muy poco probable. Creemos que viajó allí para enviarla.

—¿Por? —preguntó Neagley.

—Por los análisis forenses —dijo Froelich—. Son espectaculares. Apuntan a alguien muy prudente y cuidadoso.

—¿Datos?

—¿Eras una especialista? ¿En la policía militar?

—Era especialista en partir cuellos —dijo Reacher—. Pero supongo que, sabiamente, supo interesarse por otras cosas.

—No le hagas caso —dijo Neagley—. Hice un entrenamiento de seis meses en los laboratorios del FBI.

Froelich asintió:

—Esto se lo enviamos al FBI. Sus instalaciones son mejores que las nuestras.

Alguien llamó a la puerta. Reacher se levantó, fue hasta ella y miró por la mirilla. Era el chico del servicio de habitaciones, con el café. Reacher abrió la puerta y recibió la bandeja. Una jarra grande, tres tazas boca abajo, tres platos, ni leche ni azúcar ni cucharas, y una rosa de color rosa en un florero de cerámica estrecho. Llevó la bandeja a la mesa y Froelich movió la foto para que tuviera dónde apoyarla. Neagley les dio la vuelta a las tazas y empezó a servir el café.

—¿Qué encontró el FBI? —preguntó.

—El sobre estaba limpio —dijo Froelich—. Tamaño carta, marrón estándar, solapa con pegamento, broche metálico de mariposa. La dirección estaba impresa en una etiqueta autoadhesiva, presumiblemente con el mismo ordenador que imprimió el mensaje. El mensaje estaba dentro sin doblar. El pegamento de la solapa había sido humedecido con agua del grifo. Sin saliva, no hay ADN. No había huellas dactilares en el broche metálico. En el sobre había cinco huellas distintas. Tres eran de empleados de correos. Sus huellas están archivadas como las de cualquier trabajador del sector público. La cuarta era del encargado de la correspondencia del Senado, que nos la dio a nosotros. Y la quinta era de nuestro agente, que la abrió.

Neagley asintió:

—Así que olvidémonos del sobre. Excepto porque lo del agua del grifo fue algo pensado. Este tipo es un lector, se mantiene al día.

—¿Qué hay de la carta en sí? —preguntó Reacher.

Froelich cogió la fotografía y la ladeó hacia la luz de la habitación.

—Es muy rara —contestó—. Los del laboratorio del FBI nos dijeron que el papel fue fabricado por la Georgia Pacific Company, que era el de mayor brillo, de noventa gramos, satinado, de material láser libre de ácido y de un tamaño carta estándar de veintidós por veintiocho centímetros. Georgia Pacific es la tercera proveedora más grande del mercado del material de oficina. Venden cientos de toneladas cada semana. Por lo que resulta imposible rastrear una hoja suelta. Pero el paquete es uno o dos dólares más caro que el del papel común, y eso debe querer decir algo. O tal vez no.

—¿Y la impresión?

—Es de una Hewlett-Packard láser. Lo saben por los químicos del tóner. No pueden saber qué modelo, porque todas las impresoras láser en blanco y negro de esa marca utilizan el mismo polvo básico de tóner. La tipografía es Times New Roman, del Microsoft Works 4.5 para Windows 95, cuerpo catorce, negrita.

—¿Pueden identificar el programa informático concreto?

Froelich asintió:

—Tienen una persona especializada en eso. Las tipografías tienden a cambiar muy sutilmente entre distintos procesadores de texto. Los programadores modifican el *kerning*, que es el espacio entre caracteres, y no el espacio entre palabras. Si te fijas lo suficiente, terminas por percibirlo. Luego lo puedes medir e identificar el programa. Pero no nos ayuda mucho. Debe de haber miles de millones de PC con el Works 4.5 instalado.

—Ninguna huella dactilar, supongo —dijo Neagley.

—Bueno, aquí es donde la cosa se pone rara —contestó Froelich. Movió un par de centímetros la bandeja y apoyó la foto plana sobre la mesa. Señaló el borde superior—. Aquí en el borde mismo tenemos rastros microscópicos de talco. —Después señaló un punto unos dos centímetros por debajo del borde—. Y aquí encontramos dos marcas claras de talco, una en el dorso y una en el frente.

—Guantes de látex —dijo Neagley.

—Exacto —dijo Froelich—. Guantes de látex desechables, como los de los médicos o los dentistas. Vienen en cajas de cincuenta o cien pares. Tienen talco en el interior, para que resulte más fácil ponérselos. Pero en la caja siempre queda un poco de talco suelto, por lo que también se adhiere a la parte externa de los guantes. El polvo en el borde superior está como quemado, pero las dos marcas no.

—Vale —dijo Neagley—. Así que el tipo se pone los guantes, abre un paquete nuevo de papel y airea las hojas para que no se atasquen, lo cual deja talco en los bordes superiores donde apoya el dedo, luego carga la impresora e imprime el mensaje, con lo que el polvo queda como quemado.

—Porque una impresora láser utiliza calor —dijo Froelich—. El papel atrae el polvo del tóner mediante una carga electromagnética con la forma de las letras requeridas, y después un calentador lo quema para que quede permanentemente en su lugar. Más o menos a doscientos grados, creo, momentáneamente.

Neagley se acercó:

—Después retira el papel de la bandeja de salida sujetándolo con los dedos corazón y pulgar, lo que explica las marcas en el frente y en el dorso cerca de la parte superior, que no están quemadas porque son posteriores al proceso térmico. ¿Y sabes qué? Es una oficina doméstica, no la oficina de una empresa.

—¿Por qué?

—El gesto de sujetar con los dedos el frente y el dorso significa que el papel sale de la impresora verticalmente. Hacia arriba, como una tostadora. Si saliera en horizontal, las marcas serían distintas. Habría más bien una mancha en la cara frontal, donde se apoya el dedo para deslizar la hoja, y no tanto una marca en el dorso. Y las únicas Hewlett-Packard láser a las que se les pone el papel de manera vertical son las pequeñas. Productos para el hogar. Yo tengo una. Es demasiado lenta para imprimir cantidades grandes. Y el cartucho del tóner solo dura dos mil quinientas páginas. Estrictamente *amateur*. Así que la persona que hizo esto, lo hizo desde casa.

Froelich asintió:

—Tiene sentido, supongo. Sería un poco raro que se hubiera puesto guantes de látex delante de otras personas en una oficina.

Neagley sonrió, como si estuviera progresando:

—Vale, está en el estudio de su casa, saca el papel de la impresora, lo coloca directamente en el sobre y lo pega con agua del grifo con los guantes todavía puestos. Por lo que no deja ninguna huella.

La cara de Froelich cambió:

—No, aquí es donde la cosa se pone *muy* extraña. —Señaló la fotografía. Apoyó la uña en un punto unos dos centímetros por debajo del mensaje impreso y un poco a la derecha del centro del papel—. ¿Qué esperaríamos encontrar aquí, si esto fuese una carta normal, por ejemplo?

—Una firma —respondió Reacher.

—Exacto —dijo Froelich. Dejó la uña en el mismo punto—. Y lo que *tenemos* aquí es la huella de un pulgar. Una huella grande, clara y definida. Obviamente deliberada. Audaz, vertical, clara como el agua. Demasiado grande como para que sea de una mujer. Firmó el mensaje con su pulgar.

Reacher sacó la foto de debajo del dedo de Froelich y la examinó.

—Obviamente, estaréis rastreando la huella dactilar —dijo Neagley.

—No vais a encontrar nada —dijo Reacher—. El tipo tiene que estar muy seguro de que sus huellas no están registradas en ninguna parte.

—Por el momento no hemos obtenido ningún resultado —dijo Froelich.

—Lo cual *es* muy extraño —apuntó Reacher—. Firma la nota con su dedo pulgar, con total tranquilidad porque sus huellas no están registradas en ninguna parte, pero toma todas las medidas necesarias para asegurarse de que sus huellas no aparezcan en ningún otro lugar de la carta o del sobre. ¿Por qué?

—¿Para provocar algún efecto? —propuso Neagley—. ¿Drama? ¿Pulcritud?

—Pero eso explica el papel caro —dijo Reacher—. El satinado retiene la tinta. El papel barato es muy poroso.

—¿Qué utilizaron en el laboratorio? —preguntó Neagley—. ¿Yodo? ¿Ninhidrina?

Froelich negó con la cabeza:

—Apareció enseguida en el fluoroscopio.

Reacher se quedó callado un momento, mirando la fotografía. Al otro lado de la ventana había oscurecido completamente. Era una oscuridad urbana, brillante, húmeda.

—¿Qué más? —le preguntó a Froelich—. ¿Por qué estás tan nerviosa?

—¿Necesita algo más? —le preguntó Neagley a él.

Él asintió. *Sabes cómo funcionan estas organizaciones*, le había dicho.

—Tiene que haber algo más —dijo—. O sea, vale que esto da un poco de miedo y que es desafiante e intrigante, supongo, pero ella está asustada de verdad.

Froelich suspiró, recogió el sobre y sacó un segundo objeto. Era idéntico al primero casi en todos los sentidos. Una funda protectora de plástico, con una fotografía color de veinte por veinticinco dentro. En la foto se veía una hoja de papel blanco. Tenía ocho palabras impresas: *El vicepresidente electo Armstrong va a morir*. El papel estaba apoyado sobre una superficie distinta, y tenía una regla distinta al lado. La superficie era de laminado gris, y la regla de plástico transparente.

—Es prácticamente idéntica —dijo Froelich—. Los resultados forenses son los mismos, y va firmada con el mismo dedo pulgar.

—¿Y?

—Apareció en el escritorio de mi jefe —dijo Froelich—. De repente una mañana *ahí* estaba. Sin sobre, sin nada. Y no hay absolutamente ninguna manera de saber cómo llegó.

Reacher se levantó y se acercó a la ventana. Buscó el cordón del riel, lo sujetó y cerró las cortinas. Sin ningún motivo, en realidad. Simplemente sintió que era lo más adecuado.

—¿Cuándo apareció? —preguntó.

—Tres días después de que la primera nota llegara por correo —respondió Froelich.

—Estaba dirigida a vosotros —dijo Neagley—. En vez de a Armstrong. ¿Por qué?

¿Para asegurarse de que os tomarais en serio la primera?

—Ya nos la estábamos tomando en serio —dijo Froelich.

—¿Cuándo se va Armstrong de Camp David? —preguntó Reacher.

—Hoy cenan allí —respondió Froelich—. Probablemente se queden charlando un rato. Regresarán en avión después de medianoche, supongo.

—¿Quién es tu jefe?

—Se llama Stuyvesant —dijo Froelich—. Como la marca de cigarrillos.

—¿Le has contado algo de los últimos cinco días?

Froelich negó con la cabeza:

—He decidido no contárselo.

—Una decisión inteligente —dijo Reacher—. ¿Qué es exactamente lo que quieres que hagamos?

Froelich se quedó en silencio un momento.

—Realmente no lo sé —contestó—. Hace seis días que me lo pregunto, desde que decidí ir a buscarte. Me pregunté a mí misma: en una situación como esta, ¿qué es lo que quiero realmente? ¿Y sabes qué? Lo que realmente quiero es hablar con alguien. En concreto, quiero hablar con Joe. Porque esto tiene algunas dificultades, ¿no? ¿Las veis, no es cierto? Y Joe sabría cómo atravesarlas. Era así de inteligente.

—¿Quieres que yo sea Joe? —preguntó Reacher.

—No, quiero que Joe esté vivo.

Reacher asintió:

—Tú y yo, los dos. Pero no lo está.

—Por tanto, quizás tú seas la segunda mejor opción.

Después se quedó otra vez en silencio.

—Lo lamento —dijo—. Eso no ha sonado muy bien.

—Háblame de los neandertales —le pidió Reacher—. En tu oficina.

Ella asintió:

—También fue eso fue lo primero que pensé yo.

—Es una posibilidad concreta —dijo él—. Alguien está celoso y resentido, te echa todo esto encima y espera que te quiebres y quedes ahí como una tonta.

—Fue lo primero que pensé —repitió.

—¿Algún candidato en particular?

Ella se encogió de hombros:

—A primera vista, ninguno. Más allá, todos. Hay seis tipos con mi salario anterior que no se tuvieron en cuenta cuando me

ascendieron. Todos tienen amigos, aliados y simpatizantes por debajo de su escalafón. Como redes dentro de redes. Podría ser cualquiera.

—¿Algún presentimiento?

Ella negó con la cabeza:

—No puedo señalar a ninguno. Y las huellas dactilares de todos ellos están registradas. También es un requisito laboral para nosotros. Y en este período entre elecciones e investidura hay mucho trabajo. Estamos al límite. Nadie tiene tiempo para ir a pasar un fin de semana en Las Vegas.

—No tiene por qué haber sido un fin de semana. Puede haber ido y vuelto en el mismo día.

Froelich no dijo nada.

—¿Y problemas de disciplina? —preguntó Reacher—. ¿Hay alguien a quien le moleste la *manera* en la que estás dirigiendo el equipo? ¿Alguien que esté rindiendo por debajo de lo esperado?

Ella negó con la cabeza:

—He modificado algunas cosas. Y he hablado con un par de personas. Pero lo hice todo con mucho tacto. Además, la huella del pulgar no coincide con la de ninguno aquí, haya hablado con ellos o no. Por lo que creo que es una amenaza genuina que viene del exterior.

—Yo también —dijo Neagley—. Pero debe de haber algún tipo de participación interna, ¿no? Es decir, ¿quién más podría pasearse por tu edificio y dejar algo sobre el escritorio de tu jefe?

Froelich asintió:

—Necesito que vengáis a ver la oficina —dijo—. ¿Lo haríais?

Recorrieron el breve trayecto en la Suburban gubernamental. Reacher se sentó cómodamente en el asiento trasero y Neagley viajó delante con Froelich. El aire de la noche era húmedo, a medio camino entre llovizna y niebla nocturna. Las carreteras brillaban por el agua y las luces anaranjadas. Los neumáticos siseaban y los limpiaparabrisas rebotaban de un lado al otro. Reacher divisó las rejas de la Casa Blanca y la fachada del edificio del Tesoro antes de que Froelich girara en una esquina y se metiera por un estrecho callejón para dirigirse a una entrada de garaje que estaba justo enfrente. Había una rampa empinada, un guardia en una cabina de vidrio y un haz de luz blanca y brillante. El techo era bajo y las

columnas de hormigón. Aparcó la Suburban al final de una fila de seis modelos idénticos. Había algunos Lincoln Town Car desperdigados por ahí, y Cadillacs de distintas épocas y tamaños con singulares marcos reconstruidos en las ventanillas en los que habían colocado cristales antibalas. Todos los vehículos eran negros y brillantes y todo el garaje estaba pintado de un blanco brillante, tanto las paredes como el techo y el suelo. El lugar parecía una foto monocromática. Había una puerta con un pequeño ojo de buey de cristal armado. Froelich los hizo pasar por allí y los condujo por una estrecha escalera de caoba hasta un pequeño vestíbulo en el primer piso. Había columnas de mármol y una puerta de ascensor.

—Vosotros dos no deberíais estar aquí —dijo Froelich—. Así que no digáis nada, quedaos cerca de mí y caminad deprisa, ¿vale?

Después hizo una pausa:

—Pero primero venid a ver una cosa.

Los hizo pasar por otra puerta más o menos oculta y dobló la esquina para salir a un espacio grande y oscuro que parecía del tamaño de un campo de fútbol.

—El vestíbulo principal del edificio —dijo.

Su voz resonó en el vacío de mármol. Había una luz muy tenue. La piedra blanca parecía gris en la penumbra.

—Aquí —dijo ella.

En las paredes había gigantescos paneles de mármol, con los bordes tallados al estilo clásico. En la parte superior del panel frente al que se detuvieron estaba grabado lo siguiente: *Departamento del Tesoro de los Estados Unidos*. La inscripción se extendía lateralmente unos tres metros. Debajo había otra inscripción: *Cuadro de Honor*. A continuación, desde el rincón superior izquierdo del panel, comenzaba una lista de fechas y nombres grabados. Quizás tres o cuatro docenas. En el penúltimo lugar ponía *J. Reacher*, 7997. En el último, *M. B. Cordon*, 7997. Después había un enorme espacio vacío. Quizás una columna y media.

—Ahí está Joe —dijo Froelich—. Es nuestro homenaje.

Reacher alzó la vista para ver el nombre de su hermano. Estaba pulcramente cincelado. Cada letra tenía unos cinco centímetros de alto y el interior estaba chapado en oro. El mármol parecía frío, y tenía las mismas vetas y marcas que cualquier otro mármol. Entonces apareció en su mente un destello del rostro de Joe, quizás

con doce años, quizás sentado a la mesa para cenar o para desayunar, siempre una milésima de segundo más rápido que el resto para reconocer una broma, siempre una milésima de segundo más lento para empezar a sonreír. Después, un destello de él abandonando el hogar familiar, que en ese momento era una vivienda militar en algún lugar caluroso, su camisa mojada de sudor, la mochila al hombro, dirigiéndose a la línea de vuelo y a un viaje de quince mil kilómetros hasta West Point. Después junto a la tumba en el funeral de su madre, la última vez que lo vio con vida. También la había conocido a Molly Beth Gordon. Unos quince segundos antes de que muriera. Era una mujer rubia, brillante y vivaz. No muy diferente de Froelich.

—No, ahí no está Joe —dijo—. Ni Molly Beth. Son solo nombres.

Neagley lo miró y Froelich no dijo nada y los llevó otra vez al pequeño vestíbulo del ascensor. Subieron tres pisos y llegaron a un mundo diferente, lleno de pasillos estrechos, techos bajos y metódicas reformas. Había paneles acústicos sobre sus cabezas, luces halógenas, linóleo blanco y alfombras grises en el suelo, oficinas separadas en cubículos con separadores de tela acolchada con patas ajustables que llegaban a la altura de los hombros. Teléfonos, faxes, montones de papeles, ordenadores por todas partes. Había literalmente un zumbido de actividad provocado por el murmullo de los discos duros, los ventiladores de los ordenadores, el chirriar mudo de los módems y el suave timbre de los teléfonos. Pasando la puerta principal había un mostrador de recepción con un hombre de traje. Tenía un teléfono apoyado en el hombro y estaba escribiendo algo en un cuaderno de mensajes, así que no pudo hacer mucho más que mirarlos desconcertado y saludarlos con un distraído gesto de la cabeza.

—Agente de guardia —dijo Froelich—. Trabajan en tres turnos las veinticuatro horas del día. En este escritorio siempre hay alguien.

—¿Solo se puede entrar por aquí? —preguntó Reacher.

—Hay una escalera de emergencia al fondo —respondió Froelich —. Pero no te adelantes. ¿Veis las cámaras?

Señaló el techo. Había cámaras de vigilancia diminutas allí donde fuera necesario para cubrir todos los pasillos.

—Tenedlas en cuenta.

Se adentraron en el complejo, girando a la izquierda y a la derecha hasta que llegaron a lo que parecía ser el fondo de la planta. Un pasillo largo y estrecho se abría a un espacio cuadrado sin ventanas. Junto a una pared lateral había un puesto de secretaría para una persona, con un escritorio, archivadores y estantes llenos de carpetas y montones de informes sueltos. De la pared colgaba un retrato del presidente actual y había una bandera de Estados Unidos enrollada en un rincón. Un perchero junto a la bandera. Nada más. Todo estaba ordenado. Nada fuera de su lugar. Detrás del escritorio de la secretaria estaba la salida de emergencia. Era una puerta robusta con un cartelito de plástico en el que se veía un hombre verde corriendo. Sobre la salida había una cámara de seguridad. Miraba fijamente hacia delante como un ojo de cristal imperturbable. Al otro lado de la secretaría había una puerta sin ninguna marca. Estaba cerrada.

—El despacho de Stuyvesant —dijo Froelich.

Abrió la puerta y los hizo pasar. Encendió el interruptor y una luz halógena blanca inundó la sala. Era una oficina razonablemente pequeña. Más pequeña que la antesala cuadrada que la precedía. Había una ventana con cortinas blancas de tela cerradas a la noche.

—¿La ventana se abre? —preguntó Neagley.

—No —respondió Froelich—. Y, de todos modos, da a la avenida Pennsylvania. Si un ladrón trepara tres pisos por una cuerda, alguien se daría cuenta, créeme.

En el medio de la oficina había un escritorio enorme con una superficie de laminado gris. Estaba totalmente vacío. Y había una silla de cuero perfectamente encajada en él.

—¿No usa teléfono? —preguntó Reacher.

—Lo guarda en el cajón —dijo Froelich—. Le gusta tener el escritorio despejado.

En la pared había unos armarios altos, con el mismo acabado en laminado gris que el escritorio. Había dos sillas para visitas, de cuero. Nada más. Era un espacio sereno. Hablaba de una mente ordenada.

—Vale —dijo Froelich—. La carta con la primera amenaza llegó el lunes de la semana posterior a las elecciones. El miércoles siguiente por la noche, Stuyvesant se fue a su casa alrededor de las siete y media. Dejó su escritorio despejado. Su secretaria se fue una

media hora más tarde. Asomó la cabeza por la puerta antes de irse, como hace siempre. Afirma que el escritorio estaba despejado. Y se habría dado cuenta, ¿no? Si hubiese habido una hoja de papel encima, la habría visto.

Reacher asintió. La superficie del escritorio parecía la cubierta principal de un buque de guerra lista para la inspección de un almirante. Habría visto hasta una mota de polvo.

—La secretaria vuelve ese jueves por la mañana, a las ocho en punto —continuó Froelich—. Va directamente a su escritorio y comienza a trabajar. No abre la puerta de Stuyvesant para nada. A las ocho y diez aparece Stuyvesant. Lleva un maletín y un chubasquero. Se saca el chubasquero y lo cuelga en el perchero. Su secretaria le dice algo, él apoya el maletín sobre su escritorio y hablan sobre alguna cosa. Después abre la puerta y entra en su despacho. No lleva nada en las manos. Se ha dejado el maletín en el escritorio de la secretaria. Cuatro o cinco segundos después sale de nuevo. Llama a su secretaria. Ambos afirman que, en ese momento, la hoja de papel estaba sobre el escritorio.

Neagley recorrió la oficina con la mirada: la puerta, el escritorio, la distancia entre la puerta y el escritorio.

—¿Solo tenemos su testimonio? —preguntó—. ¿O hay alguna grabación de las cámaras de seguridad?

—Las dos cosas —respondió Froelich—. Cada cámara registra en cintas separadas. Consulté la que nos interesa, y todo sucede exactamente como ellos lo describen, en ambos sentidos.

—Por lo que a menos de que sean cómplices, ninguno puso el papel allí.

Froelich asintió:

—Así lo veo yo.

—¿Y quién lo hizo? —le preguntó Reacher—. ¿Qué más aparece en la cinta?

—El personal de limpieza.

Froelich los llevó a su oficina y sacó tres cintas de vídeo del cajón del escritorio. Se acercó a un mueble con estantes, en el que había un pequeño televisor Sony con vídeo incorporado entre una impresora y un fax.

—Estas son las copias —dijo—. Los originales están guardados bajo llave. Las grabadoras están programadas, registran seis horas

en cada cinta. Desde las seis de la mañana hasta mediodía, de mediodía hasta las seis de la tarde, desde las seis de la tarde hasta medianoche, de medianoche hasta las seis de la mañana, y vuelta a empezar.

Sacó el mando de un cajón y encendió la tele. Metió la primera cinta en el aparato. Tras un clic y un pequeño zumbido, una imagen algo borrosa se instaló en la pantalla.

—Esto es el miércoles por la noche —dijo—. De las seis en adelante.

La imagen era gris y blancuzca y no tenía muy buena definición, pero la claridad era perfectamente adecuada. La cámara mostraba la sala cuadrada, entera, desde atrás de la cabeza de la secretaria. Ella estaba en su escritorio, hablando por teléfono. Parecía una señora mayor. Tenía pelo blanco. La puerta de Stuyvesant estaba a la derecha de la imagen. Cerrada. En la esquina inferior izquierda aparecía la fecha y la hora. Froelich pulsó el botón de rebobinar y el movimiento se aceleró. La cabeza blanca de la secretaria se movía con cómicas sacudidas. Su mano se agitaba arriba y abajo a medida que colgaba unas llamadas y atendía las siguientes. Una persona entraba bruscamente en el plano, le entregaba una pila de correo interno, se daba vuelta y se iba con la misma brusquedad. La secretaria clasificaba el correo a la velocidad de una máquina. Abría cada uno de los sobres, apilaba ordenadamente su contenido, sacaba un sello y una almohadilla de tinta y sellaba cada nueva carta en la parte superior.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Reacher.

—Fecha de recepción —respondió Froelich—. Este departamento funciona gracias a un trabajo administrativo riguroso. Siempre ha sido así.

La secretaria usaba la mano izquierda para pasar las hojas y la derecha para sellar la fecha. El rápido movimiento de la cinta la hacía parecer frenética. La fecha se mantuvo fija en la esquina inferior de la imagen, pero el tiempo corría tan rápido que apenas se podía leer. Reacher apartó su vista de la pantalla y miró la oficina de Froelich. Era el típico espacio del gobierno, casi el equivalente civil de las oficinas en las que él había pasado tanto tiempo, agresivamente sencillo y metido con calzador en un edificio antiguo y distinguido.

Moqueta gris sintética, muebles de laminado, el cableado informático cuidadosamente encaminado por un conducto de plástico blanco. Torres de papel hasta el tobillo por todas partes, informes y circulares clavados con chinchetas en las paredes. Había una vitrina con un montón de manuales de procedimiento en su interior. No había ventanas. Pero aun así ella tenía una planta. Sobre el escritorio, en una maceta de plástico, pálida, seca y luchando por sobrevivir. No había fotos. Ningún recuerdo. Nada personal salvo un tenue rastro de su perfume en el aire y en el tapizado de su silla.

—Vale, aquí es cuando Stuyvesant se va a su casa —dijo Froelich.

Reacher volvió a mirar la pantalla y vio que el reloj pasaba a toda velocidad por las siete y media, y después por las siete y treinta y uno. Stuyvesant salía de su oficina el triple de rápido. Era un hombre alto, ancho de hombros, ligeramente encorvado, con canas incipientes en las sienes. Llevaba un maletín delgado. El vídeo le hacía moverse con una energía absurda. Corría hacia el perchero y descolgaba un chubasquero negro. Se lo echaba sobre los hombros y regresaba corriendo al escritorio de la secretaria. Se inclinaba de manera abrupta, decía algo y salía corriendo de nuevo hasta que se perdía de vista. Froelich apretó más fuerte el botón de rebobinar y la velocidad se multiplicó de nuevo. La secretaria se sacudía y se bamboleaba en la silla. El reloj ya no se podía leer bien. Cuando el siete se transformó en ocho la secretaria se levantó de un salto y Froelich desaceleró la cinta hasta solo tres veces por encima de la velocidad normal para ver por un segundo cómo abría la puerta de Stuyvesant. Agarraba el picaporte, se inclinaba hacia adentro con un pie levantado del suelo e inmediatamente se daba vuelta y cerraba la puerta. Avanzaba a toda prisa por la sala cuadrada, cogía su bolso, un paraguas y un abrigo y desaparecía en la penumbra al fondo del pasillo. Froelich duplicó otra vez la velocidad de reproducción y el reloj comenzó a pasar más rápido, pero la imagen se mantuvo estática. La quietud de una oficina sin gente pasó a ocupar la escena y así permaneció mientras el tiempo seguía contando.

—¿A qué hora llega el personal de limpieza? —preguntó Reacher.

—Justo antes de medianoche —respondió Froelich.

—¿Tan tarde?

—Son trabajadores del turno nocturno. Este departamento funciona las veinticuatro horas del día.

—¿Y hasta esa hora no se ve nada?

—Nada de nada.

—Puedes adelantar la cinta, entonces. Se entiende la idea.

Froelich manejaba los botones y pasaba de acelerar hasta generar ruido blanco en la pantalla a una velocidad de reproducción normal para comprobar el contador. A las once cincuenta dejó correr la cinta. El reloj avanzaba segundo a segundo. A las once cincuenta y dos empezó a sentirse movimiento al fondo del pasillo. Un grupo de tres personas salió de la penumbra. Eran dos mujeres y un hombre, los tres llevaban monos oscuros. Parecían hispanos. Los tres eran bajos y compactos, de pelo oscuro, estoicos. El hombre iba empujando un carrito. El carrito tenía una bolsa grande de basura sujetada alrededor de un aro en la parte delantera, y bandejas apiladas con trapos y productos de limpieza en los estantes de la parte de atrás. Una de las mujeres llevaba una aspiradora. La cargaba en la espalda como una mochila. Tenía una manguera larga con un cepillo ancho. La otra mujer llevaba un cubo en una mano y una fregona en la otra. La fregona tenía una almohadilla de gomaespuma cuadrada en la punta y un complicado artefacto retráctil en la mitad del mango para escurrir el agua sobrante. Los tres llevaban guantes de goma. En sus manos, los guantes parecían pálidos. Quizás transparentes, quizás amarillo claro. Los tres parecían cansados. Como trabajadores nocturnos. Pero se les veía ordenados, limpios y profesionales. Sus peinados eran pulcros y su expresión decía: *sabemos que este no es el trabajo más divertido del mundo, pero lo vamos a hacer como corresponde*. Froelich dio el botón de pausa y los detuvo en el momento en que se acercaban a la puerta de Stuyvesant.

—¿Quiénes son? —preguntó Reacher.

—Funcionarios públicos —dijo Froelich—. La mayoría de las personas que limpian oficinas en esta ciudad son contratadas: salario mínimo, sin prestaciones, alta rotación de personal. Igual que en cualquier otra ciudad. Pero a los nuestros los contratamos nosotros. El FBI también. Necesitamos un alto grado de confianza,

obviamente. Mantenemos dos equipos en todo momento. Los entrevistamos, averiguamos sus antecedentes y no entran aquí a no ser que sean buena gente. Les pagamos muy bien, y tienen cobertura médica y odontológica completa y vacaciones pagadas, todo el paquete. Son miembros del departamento, como cualquier otro.

—¿Y responden?

Ella asintió:

—Por lo general son geniales.

—Pero tú crees que esta cuadrilla fue la que ha colado la carta dentro.

—No podemos llegar a otra conclusión.

Reacher señaló la pantalla:

—¿Y en este momento dónde está?

—Podría estar en la bolsa de basura, en un sobre grueso. Podría estar en una funda protectora pegada debajo de una de las bandejas o de los estantes. Podría estar pegada a la espalda de alguno de ellos, debajo del mono.

Le dio a *play* y los limpiadores siguieron avanzando hasta la oficina de Stuyvesant. La puerta se cerró a sus espaldas. La cámara apuntaba fija. El reloj avanzaba, cinco minutos, siete, ocho. Luego la cinta se terminó.

—Medianoche —dijo Froelich.

Sacó la primera cinta y puso la segunda. Le dio a *play*, la fecha cambió a jueves y el reloj empezó exactamente a medianoche. Siguió avanzando, dos minutos, cuatro, seis.

—Sin duda trabajan a conciencia —dijo Neagley—. Nuestro personal de limpieza ya habría terminado de limpiar todo el edificio. Lo mínimo indispensable.

—A Stuyvesant le gusta que el lugar de trabajo esté limpio —dijo Froelich.

A las doce y siete minutos se abrió la puerta y el equipo de limpieza salió.

—Entonces tú piensas que ahora la carta está sobre el escritorio —d jo Reacher.

Froelich asintió. En el vídeo se mostraba a los limpiadores empezando a trabajar en la secretaría. No dejaban nada sin limpiar. Desempolvaban, frotaban y pulían todo enérgicamente. Le pasaban

la aspiradora a cada centímetro cuadrado de moqueta. Vaciaban la basura en la bolsa negra, que había doblado su tamaño. El hombre parecía un poco desaliñado por el esfuerzo. Empujaba el carrito hacia atrás metro a metro y las mujeres se retiraban con él. A las doce y dieciséis se alejaron otra vez por la zona en penumbra y dejaron la imagen silenciosa y quieta, como había estado antes de que llegaran.

—Eso es todo —dijo Froelich—. No hay nada más en las siguientes cinco horas y cuarenta y cuatro minutos. Después cambiamos de cinta otra vez y no encontramos nada desde las seis hasta las ocho de la mañana, cuando llega la secretaria, y después todo sucede exactamente como ella y Stuyvesant dicen que sucedió.

—Como cabría esperar —dijo una voz desde la puerta—. Creo que se puede confiar en nuestra palabra. Después de todo, llevo veinticinco años al servicio del gobierno, y mi secretaria incluso más, creo.

CINCO

El hombre de la puerta era Stuyvesant, sin duda. Reacher lo reconoció por el vídeo. Era alto, ancho de hombros, pasaba de los cincuenta y todavía estaba razonablemente en forma. Rostro atractivo, ojos cansados. Iba vestido de traje y corbata, un domingo. Froelich lo miraba preocupada. Pero él miraba fijamente a Neagley.

—Usted es la mujer de la grabación —le dijo—. En el salón de baile, el jueves por la noche.

Era evidente que pensaba a toda velocidad. Sacaba conclusiones mentales y después asentía imperceptiblemente para sí mismo cuando cada cosa iba teniendo sentido. Un momento después trasladó su mirada de Neagley a Reacher y entró en la oficina.

—Y usted es el hermano de Joe Reacher —dijo—. Es igual a él.

Reacher asintió:

—Jack Reacher —dijo, y le ofreció la mano.

Stuyvesant se la estrechó:

—Lo lamento mucho —dijo—. Cinco años tarde, lo sé, pero el Departamento del Tesoro aún recuerda a su hermano con mucho aprecio.

Reacher asintió otra vez:

—Ella es Frances Neagley —dijo.

—Reacher la trajo para que ayudara con la auditoría —apuntó Froelich.

Stuyvesant sonrió muy brevemente:

—Eso fue lo que deduje —dijo—. Una jugada inteligente. ¿Cuáles fueron los resultados?

La oficina quedó en silencio.

—Le pido disculpas si le he ofendido, señor —dijo Froelich—. Hace un momento. Hablando del vídeo así. Solo estaba explicando la situación.

—¿Cuáles fueron los resultados de la auditoría? —preguntó

Stuyvesant otra vez.

Ella no respondió.

—¿Tan malos? —le preguntó Stuyvesant—. Bueno, definitivamente eso espero. Yo también conocí a Joe Reacher. No tanto como usted, pero estuvimos en contacto, de vez en cuando. Era muy impresionante. Asumo que su hermano es por lo menos la mitad de inteligente. La señorita Neagley, probablemente más inteligente aún. En cuyo caso deben haber encontrado maneras de burlar los controles de seguridad. ¿Estoy en lo cierto?

—Tres muy rotundas —respondió Froelich.

Stuyvesant asintió:

—El salón de baile, obviamente —dijo—. Probablemente la casa familiar y también ese maldito evento al aire libre en Bismarck. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí —dijo Froelich.

—Niveles extremos de rendimiento —apuntó Neagley—. Es muy poco probable que se puedan repetir.

Stuyvesant levantó la mano para interrumpirla:

—Vayamos a la sala de reuniones —dijo—. Quiero hablar de béisbol.

Los llevó por unos pasillos estrechos y serpenteantes hasta una sala relativamente espaciosa en el centro del complejo. En ella había una larga mesa con diez sillas, cinco a cada lado. Sin ventanas. La misma moqueta gris sintética en el suelo y los mismos paneles acústicos en el techo. Las mismas luces halógenas brillantes. En una pared había un mueble bajo. Tenía las puertas cerradas y tres teléfonos encima. Dos eran blancos y uno rojo. Stuyvesant se sentó y señaló las sillas al otro lado de la mesa. Reacher echó un vistazo a un enorme tablón de anuncios en la pared, lleno de notas etiquetadas como *confidenciales*.

—Voy a ser inusualmente franco —dijo Stuyvesant—. Solo temporalmente, ya me entienden, porque creo que les debemos una explicación, porque Froelich los involucró en esto con mi aprobación inicial y porque el hermano de Joe Reacher es parte de la familia, por así decir, y por lo tanto su colega también.

—Trabajamos juntos en las fuerzas armadas —dijo Neagley.

Stuyvesant asintió, como si esa fuera una conclusión que había sacado ya hacía tiempo:

—Hablemos de béisbol —dijo—. ¿Siguen ese deporte?

Todos esperaron.

—Los Washington Senators ya se habían ido cuando yo llegué a la ciudad —dijo—. Por lo que me tuve que conformar con los Baltimore Orioles, que han traído de todo en términos de diversión. ¿Pero entienden lo singular de este deporte?

—La duración de la temporada —dijo Reacher—. Los porcentajes de partidos ganados.

Stuyvesant sonrió, como si les estuviera haciendo un elogio.

—Quizás usted sea más que la mitad de inteligente —dijo—. La cuestión con el béisbol es que la temporada regular dura ciento sesenta y dos partidos. Mucho, mucho más larga que la de cualquier otro deporte, que tiene quince, veinte o treinta y pico partidos. Básquet, *hockey*, fútbol, fútbol americano, el que sea. En cualquier otro deporte, los jugadores pueden arrancar pensando que pueden ganar todos los partidos de la temporada. Es una meta motivacional más o menos realista. Algunos incluso lo han logrado, aquí y allá, de vez en cuando. Pero en béisbol es imposible. Los mejores equipos, los grandes campeones, todos pierden alrededor de un tercio de los partidos. Pierden al menos cincuenta o sesenta veces al año. Imagínense lo que se debe sentir, desde el punto de vista psicológico. Puedes ser un deportista excelente, extremadamente competitivo, pero sabes con certeza que vas a perder reiteradamente. Hay que hacer algunos ajustes mentales, si no es imposible de soportar. La seguridad presidencial es exactamente lo mismo. Ese es mi punto. No podemos ganar todos los días. Así que nos acostumbramos.

—Solo perdieron una vez —dijo Neagley—. En 1963.

—No —replicó Stuyvesant—. Perdemos reiteradamente. Pero no todas las derrotas son significativas. Igual que en el béisbol. No todas las bolas que te batean te marcan una carrera, no en todas las derrotas pierdes la Serie Mundial. Y en nuestro caso, no todos los errores matan a la persona que nos toca proteger.

—¿Entonces qué es lo que está queriendo decir? —preguntó Neagley.

Stuyvesant se inclinó hacia delante:

—Estoy queriendo decir que a pesar de lo que su auditoría pueda haber demostrado, deberían tener una considerable confianza

en nosotros. No todas las equivocaciones nos cuestan una carrera. Ahora bien, entiendo perfectamente que esta clase de confianza en uno mismo le pueda parecer muy descuidada a alguien externo. Pero *ustedes* deben entender que estamos obligados a pensar así. Su auditoría evidenció unos cuantos agujeros, y lo que nosotros tenemos que hacer ahora es considerar si es posible taparlos. Si es *razonable*. Eso lo voy a dejar a criterio de Froelich. Es su función. Pero lo que sugiero es que se deshagan de cualquier sensación de duda que tengan con respecto a nosotros. Como ciudadanos particulares. Cualquier sensación de que estamos fallando. Porque no estamos fallando. Siempre va a haber agujeros. Es parte del trabajo. Esto es una democracia. Acostúmbrense.

Se apoyó otra vez en el respaldo, como si hubiera terminado.

—¿Qué hay de esta amenaza específica? —le preguntó Reacher.

Stuyvesant hizo una pausa, y después negó con la cabeza. Le había cambiado la cara. El humor de toda la sala había cambiado.

—Precisamente ahí es donde dejo de ser franco —respondió—. Les dije que era una indulgencia temporal. Y fue un serio descuido por parte de Froelich revelar la existencia de una amenaza. Lo único que puedo decir es que interceptamos muchas amenazas. Después nos ocupamos de solucionarlas. *Cómo* nos ocupamos de solucionarlas es totalmente confidencial. Así que les voy a pedir que comprendan que están bajo la absoluta obligación de no mencionar esta circunstancia a nadie, nunca, una vez salgan de aquí esta noche. Ni ningún otro aspecto de nuestros procedimientos. Esa obligación está escrita en el estatuto federal. Hay sanciones a mi disposición.

Permanecieron en silencio. Reacher no dijo nada. Neagley se quedó quieta. Froelich parecía molesta. Stuyvesant la ignoró por completo y miró a Reacher y a Neagley, primero de manera hostil, y luego repentinamente pensativo. Empezó a pensar a toda velocidad de nuevo. Se puso de pie y se dirigió al mueble en el que estaban los tres teléfonos. Se agachó. Abrió las puertas y sacó dos blocs de notas amarillos y dos bolígrafos. Regresó a la mesa y soltó uno de cada frente a Reacher y otro de cada frente a Neagley. Volvió a rodear la cabecera de la mesa y se sentó en su silla.

—Escriban sus nombres completos —dijo—. Todos ellos, y cualquier seudónimo que tengan, fecha de nacimiento, número de

la seguridad social, número de documento militar y domicilio actual.

—¿Para qué? —preguntó Reacher.

—Solo háganlo —respondió Stuyvesant.

Reacher hizo una pausa y cogió el bolígrafo. Froelich lo miró, ansiosa. Neagley lo miró de reojo, se encogió de hombros y comenzó a escribir en su bloc. Reacher esperó un segundo y después siguió con el ejemplo. Él terminó mucho antes que ella. No tenía segundo nombre ni domicilio actual. Stuyvesant dio la vuelta por detrás de ellos y recogió los blocs de notas de la mesa. No dijo nada y siguió caminando hacia fuera de la sala con los blocs apretados bajo del brazo. La puerta se cerró con un golpe a sus espaldas.

—Me he metido en problemas —dijo Froelich—. Y también os he metido a vosotros.

—No te preocupes por eso —dijo Reacher—. Nos va a hacer firmar algún tipo de acuerdo de confidencialidad, eso es todo. Supongo que estará ordenando que los escriban.

—¿Y qué me va a hacer a mí?

—Nada, probablemente.

—¿Me va a relegar? ¿A despedir?

—Él autorizó la auditoría. La auditoría era necesaria debido a las amenazas. Las dos cosas estaban conectadas. Le diremos que te presionamos con preguntas.

—Me relegará —dijo Froelich—. La idea de hacer una auditoría ya no le gustaba de entrada. Me dijo que mostraba falta de confianza en uno mismo.

—Tonterías —dijo Reacher—. Hacíamos cosas así todo el tiempo.

—Las auditorías son las que *generan* la confianza en uno mismo —dijo Neagley—. Esa fue nuestra experiencia. Más vale saber algo con certeza que solo esperar que pase lo mejor.

Froelich miró hacia otro lado. No respondió. La sala se quedó en silencio. Los tres se quedaron esperando, cinco minutos, después diez, después quince. Reacher se levantó y se estiró. Se acercó al mueble y miró el teléfono rojo. Lo descolgó y se lo acercó a la oreja. No daba tono. Lo colgó de nuevo y echó un vistazo a las notas confidenciales del tablón de anuncios. El techo era bajo y podía sentir el calor de los halógenos en la cabeza. Se sentó otra vez, giró

la silla, la inclinó hacia atrás y apoyó los pies encima de la que tenía al lado. Miró el reloj. Stuyvesant se había ido hacía veinte minutos.

—¿Qué está haciendo? —dijo—. ¿Los está escribiendo él?

—Quizás está llamando a sus agentes —propuso Neagley—. Quizás nos meta a todos en la cárcel para garantizar nuestro eterno silencio para siempre.

Reacher bostezó y sonrió:

—Le daremos diez minutos más. Después nos vamos. Saldremos todos de aquí y nos iremos a comer algo.

Stuyvesant tardó cinco minutos. Entró en la sala y cerró la puerta. No llevaba ningún papel. Se dirigió a su silla inicial, se sentó y apoyó las manos sobre la mesa. Tocó un breve ritmo staccato con la punta de los dedos.

—Vale —dijo—. ¿Dónde estábamos? Reacher tenía una pregunta, creo.

Reacher bajó los pies de la silla y se giró para quedar frente a frente.

—¿Sí? —dijo.

Stuyvesant asintió:

—Me preguntó acerca de esta amenaza específica. Bueno, o viene de dentro o viene de fuera. Tiene que ser una cosa o la otra, obviamente.

—¿Vamos a hablar de esto ahora?

—Sí —dijo Stuyvesant.

—¿Por qué? ¿Qué ha cambiado?

Stuyvesant ignoró la pregunta:

—Si viene de fuera, ¿deberíamos preocuparnos? Tal vez no, porque es como el béisbol, otra vez. Si los Yankees vienen a la ciudad diciendo que van a ganar a los Orioles, ¿significa que es verdad? Alardear de algo no es lo mismo que hacerlo.

Nadie dijo nada.

—Les estoy pidiendo su opinión —insistió Stuyvesant.

Reacher se encogió de hombros:

—Vale —dijo—. ¿Usted piensa que *es* una amenaza externa?

—No, yo creo que es una intimidación interna con la intención de perjudicar la carrera de Froelich. Ahora pregúnteme qué voy a hacer al respecto.

Reacher lo miró. Miró su reloj. Miró la pared. *Veinticinco minutos, un domingo por la noche, en lo profundo del triángulo D. C.-Maryland-Virginia*.

—Ya sé lo que va a hacer al respecto —dijo.

—¿Lo sabe?

—Nos va a contratar a Neagley y a mí para que llevemos a cabo una investigación interna.

—¿Ah sí?

Reacher asintió:

—Si le preocupa una intimidación interna, necesita una investigación interna. Está claro. Y no puede acudir a uno de los suyos, porque podría tocarle el malo. Y no quiere traer al FBI, porque no es así como funciona Washington. La ropa sucia se lava en casa. Así que necesita una persona externa. Y tiene a dos sentadas justo enfrente de usted. Ya están implicadas, porque Froelich lo acaba de hacer. Así que, o le pone fin a esa implicación, u opta por expandirla. Y prefiere expandirla, porque así no tiene que censurar el comportamiento de una agente excelente a la que acaba de ascender. ¿Puede contar con nosotros? Por supuesto que sí. ¿Quién mejor que el hermano pequeño de Joe Reacher? En el Tesoro, Joe Reacher es prácticamente un santo. Así que tiene cubiertas las espaldas. Y yo también. Porque gracias a Joe tendré credibilidad automáticamente, desde el principio. Yo fui un buen investigador en las fuerzas armadas. Y Neagley también. Usted lo sabe, porque lo acaba de verificar. Supongo que acaba de pasar veinticinco minutos hablando con el Pentágono y con la Agencia de Seguridad Nacional. Por eso quería esa información. Introdujeron los datos en sus sistemas y salimos limpios. Mucho más que eso, probablemente, porque estoy seguro de que nuestras autorizaciones de acceso a información clasificada siguen estando en los expedientes, y estoy seguro de que llegan mucho más lejos de lo que usted de hecho necesita.

Stuyvesant asintió. Parecía satisfecho.

—Excelente análisis —dijo—. El trabajo será suyo en cuanto reciba las copias impresas de esas autorizaciones. Deberían llegar en una o dos horas.

—¿Puede hacer eso? —preguntó Neagley.

—Puedo hacer lo que quiera —respondió Stuyvesant—. Los

presidentes tienden a dar mucha autoridad a las personas que esperan que los mantengan con vida.

Silencio en la sala.

—¿Yo seré uno de los sospechosos? —preguntó Stuyvesant.

—No —respondió Reacher.

—Quizás debería. Quizás yo debería ser su principal sospechoso. Tal vez me sentí forzado a ascender a una mujer por la presión social contemporánea, pero en secreto estoy molesto, por lo que estoy trabajando a sus espaldas para aterrorizarla y así desacreditarla.

Reacher no dijo nada.

—Podría haber encontrado a un amigo o a un pariente al que nunca le hubieran tomado las huellas dactilares. Podría haber dejado el papel en mi escritorio a las siete y media el miércoles por la noche y haberle dado instrucciones a mi secretaria para que no dijera nada. Ella habría cumplido mis órdenes. O podría haber instruido al personal de limpieza para que lo metiera a escondidas esa noche. Ellos también habrían cumplido mis órdenes. Pero del mismo modo habrían cumplido las órdenes de Froelich. Ella debería ser su sospechosa número dos, probablemente. Quizás tiene un amigo o un pariente sin huellas registradas, y quizás está montando todo esto para resolver el caso de manera espectacular y ganar un poco más de credibilidad.

—Solo que no estoy montado nada —dijo Froelich.

—Ninguno de ustedes está entre los sospechosos —dijo Reacher.

—¿Por qué no? —preguntó Stuyvesant.

—Porque Froelich me vino a buscar por su propia voluntad, y ella sabía un poco de mí a través de mi hermano. Y usted nos contrató inmediatamente después de haber visto nuestros expedientes. Ninguno de ustedes lo habría hecho si tuviera algo que ocultar. Demasiado riesgo.

—Quizás nos creemos más inteligentes que ustedes. Una investigación interna que nos pasara por alto sería la mejor coartada.

Reacher negó con la cabeza:

—Ninguno de ustedes es tan estúpido.

—Bien —respondió Stuyvesant. Parecía satisfecho—. Convengamos entonces que es un rival celoso en algún otro sector

del departamento.

—O una rival —apuntó Froelich.

—Asumamos que él o ella está conspirando con el personal de limpieza.

—¿Dónde están esos tres ahora? —preguntó Reacher.

—Suspendidos —dijo Stuyvesant—. En casa, con salario completo. Viven juntos. Una de las mujeres es la esposa del hombre y la otra mujer es su cuñada. El otro equipo está haciendo horas extras para reemplazarlos, y me están costando una fortuna.

—¿Qué dicen ellos?

—Que no saben nada. Que no trajeron ninguna hoja de papel, que nunca la vieron, que no estaba allí cuando ellos estaban.

—Pero usted no les cree.

Stuyvesant se quedó callado durante un rato largo. Jugueteó con los puños de la camisa y después apoyó las manos sobre la mesa otra vez.

—Son empleados de confianza —dijo—. Estar bajo sospecha los pone muy nerviosos. Están dolidos. Asustados, incluso. Pero también están *tranquilos*. Como si no pudiéramos demostrar nada, porque no hicieron nada. Están un poco desconcertados. Pasaron el detector de mentiras. Los tres.

—Entonces sí les cree.

Stuyvesant negó con la cabeza:

—No les puedo creer. ¿Cómo podría hacerlo? Usted vio los vídeos. ¿Quién más puede haber dejado esa maldita cosa allí? ¿Un fantasma?

—¿Y cuál es su opinión?

—Yo creo que alguien que conocían dentro del edificio les pidió que lo hicieran, que les dijo que era un procedimiento de evaluación rutinario, como un juego de guerra o una misión secreta, que no tenía nada de malo, y les indicó lo que iba a suceder y lo que tendrían que hacer después en relación con los vídeos, las preguntas y el detector de mentiras. Creo que eso le podría dar a una persona suficientes tablas para pasar el polígrafo. Estar convencidos de que no habían cometido ningún error y de que no habría consecuencias adversas. Estar convencidos de que estaban ayudando realmente, de algún modo, al departamento.

—¿Ya lo ha hablado con ellos?

Stuyvesant negó con la cabeza:

—Ese será su trabajo —dijo—. No se me dan bien los interrogatorios.

Se fue tan repentinamente como había llegado. Se levantó y salió de la sala. La puerta se cerró a sus espaldas y dejó a Reacher, a Neagley y a Froelich sentados juntos en la mesa en medio de la luz brillante y el silencio.

—No vais a ser muy populares —advirtió Froelich—. Los investigadores internos nunca lo son.

—No me interesa ser popular —respondió Reacher.

—Ya tengo un trabajo —dijo Neagley.

—Tómate unas vacaciones —dijo Reacher—. Quédate conmigo, seamos impopulares.

—¿Me pagarán?

—Estoy segura de que habrá unos honorarios —respondió Froelich.

Neagley se encogió de hombros:

—Vale. Supongo que mis socios pueden considerar que esto nos da prestigio. Ya sabéis, ¿trabajar para el gobierno? Puedo regresar al hotel, hacer algunas llamadas, ver si pueden arreglárselas un rato sin mí.

—¿No quieres que vayamos a cenar algo primero, como dijo Reacher? —preguntó Froelich.

Neagley negó con la cabeza:

—No, yo comeré algo en mi habitación. Id vosotros a cenar.

Recorrieron otra vez los pasillos hasta la oficina de Froelich y ella pidió un coche para Neagley. Después la acompañó al garaje y cuando regresó se encontró a Reacher sentado tranquilamente en su escritorio.

—¿Estáis juntos? —preguntó.

—¿Quiénes?

—Neagley y tú.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—La noté rara con lo de la cena.

Él negó con la cabeza:

—No, no estamos juntos.

—¿Tuvisteis algo alguna vez? Parecéis muy unidos.

—¿Sí?

—Es obvio que tú le gustas, y es obvio a ti que te gusta ella. Y es guapa.

Él asintió:

—Sí me gusta. Y es guapa. Pero nunca tuvimos nada.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? Sencillamente nunca ocurrió. ¿Sabes a qué me refiero?

—Supongo.

—No entiendo muy bien qué tiene que ver contigo, de todos modos. Eres la ex de mi hermano, no mi ex. Ni siquiera sé cómo te llamas.

—M. E. —dijo ella.

—¿Martha Enid? —dijo él—. ¿Mildred Eliza?

—Vamos —respondió ella—. Cena, en mi casa.

—¿En tu casa?

—Es imposible ir a un restaurante aquí el domingo por la noche. Y además son muy caros para mí. Y todavía tengo algunas cosas de Joe. Quizás deberías quedártelas.

Froelich vivía en una casa adosada pequeña y acogedora, en un barrio poco atractivo al otro lado del río Anacostia, cerca de la Base Bolling de la Fuerza Aérea. Era una de esas casas urbanas en las que cierras las cortinas y te concentras solo en el interior. Tenía un aparcamiento en la calle y una puerta principal de madera con un pequeño vestíbulo detrás que daba directamente a una sala de estar. Era un espacio cómodo. Suelos de madera, una alfombra, muebles antiguos. Un televisor pequeño conectado a un gran conversor de TV por cable. Algunos libros en un estante, un pequeño equipo de música con un montón de CD apoyados al lado. La calefacción estaba alta, así que Reacher se sacó la chaqueta negra y la colgó en el respaldo de una silla.

—No quiero que sea alguien de dentro —dijo Froelich.

—Mejor eso que una verdadera amenaza externa.

Ella asintió y fue hacia el fondo de la habitación, donde un arco se abría a una cocina-comedor. Miró a su alrededor, un poco perdida, como si se preguntara para qué servían todas esas máquinas y armarios.

—Podemos pedir comida china —dijo Reacher en voz alta.

Ella se sacó la chaqueta, la dobló por la mitad y la apoyó sobre

un taburete.

—Quizás deberíamos hacer eso, sí —dijo ella.

Llevaba una blusa blanca y sin la sudadera parecía más suave y femenina. La cocina estaba iluminada con bombillas a baja intensidad, que eran más amables con su piel que el halógeno brillante de la oficina. La miró y vio lo que Joe debía de haber visto ocho años antes. Ella encontró la carta de comida para llevar en un cajón, marcó un número e hizo un pedido. Sopa agridulce y pollo General Tso, dos porciones de cada cosa.

—¿Está bien? —preguntó.

—No me lo digas —respondió él—. Es lo que le gustaba a Joe.

—Todavía tengo algunas cosas suyas —dijo ella—. Deberías venir a verlas.

Caminó delante de él pasando otra vez por el vestíbulo, escaleras arriba. Había un cuarto para invitados en la parte delantera de la casa. Tenía un profundo armario con una sola puerta. Al abrirlo se encendió automáticamente una lamparita. Dentro había todo tipo de cosas, pero de la barra colgaba una fila larga de trajes y camisas todavía envueltos en el plástico de la tintorería. El plástico había amarilleado y se había secado un poco con los años.

—Son suyos —dijo Froelich.

—¿Los dejó aquí? —preguntó Reacher.

Ella tocó el hombro de uno de los trajes a través del plástico.

—Me imaginé que iba a volver a buscarlos —dijo—. Pero no volvió en todo el año. Supongo que no los necesitaba.

—Debe de haber tenido un montón de trajes.

—Un par de docenas, supongo —dijo ella.

—¿Cómo hace una persona para tener veinticuatro trajes?

—Le gustaba vestir bien —respondió ella—. Debes recordarlo.

Se quedó quieto. Por lo que él recordaba, Joe había vivido siempre con un pantalón corto y una camiseta. En invierno usaba pantalones caqui. Cuando hacía mucho frío, añadía una cazadora de cuero de aviador gastada. Y eso era todo. En el funeral de su madre llevaba un traje negro muy formal, que Reacher asumió que era alquilado. Pero quizás no lo era. Quizás trabajar en Washington había cambiado su manera de ver las cosas.

—Deberías quedártelos —dijo Froelich—. Son tuyos, de todos

modos. Eras su familiar más cercano, supongo.

—Supongo que sí —dijo él.

—Hay una caja también —añadió—. Cosas que se dejó y que nunca vino a buscar.

Siguió su mirada hacia la parte inferior del armario y vio una caja de cartón justo debajo de la barra. Las solapas estaban enganchadas entre sí.

—Cuéntame de Molly Beth Gordon —le pidió él.

—¿Qué pasa con ella?

—Después de sus muertes deduje que habían tenido algo.

Ella negó con la cabeza:

—Estaban muy unidos. Sin duda. Pero trabajaban juntos. Ella era su asistente. No salía con gente de la oficina.

—¿Por qué os separasteis? —le preguntó.

Abajo sonó el timbre. Se escuchó muy fuerte en el silencio del domingo.

—La comida —dijo Froelich.

Bajaron y comieron juntos en la mesa de la cocina, en silencio. El ambiente se volvió curiosamente íntimo, pero también distante. Como cuando te sientas al lado de un extraño en un largo viaje en avión. Te sientes conectado y desconectado a la vez.

—Te puedes quedar aquí esta noche —dijo ella—. Si quieres.

—No he dejado el hotel.

Ella asintió:

—Déjalo mañana. Y puedes hacer base aquí.

—¿Y Neagley?

Silencio por un segundo.

—Ella también, si quiere. Hay otro cuarto en el segundo piso.

—Vale —dijo él.

Terminaron la comida y él tiró los recipientes a la basura y fregó los platos. Ella puso el lavavajillas. Después sonó el teléfono. Fue a la sala de estar para cogerlo. Habló durante un buen rato y después colgó y volvió.

—Era Stuyvesant —dijo—. Para daros el visto bueno formal.

Él asintió:

—Entonces llama a Neagley y dile que mueva el culo.

—¿Ahora?

—¿Tienes un problema? Lo resuelves —dijo—. Así son las cosas

para mí. Dile que esté en la puerta del hotel en media hora.

—¿Por dónde vas a empezar?

—Por el vídeo —dijo—. Quiero ver otra vez las cintas. Y quiero hablar con la persona que está a cargo de esa parte del departamento.

Treinta minutos después recogieron a Neagley frente a la puerta del hotel. Se había cambiado la ropa y llevaba un traje negro con una chaqueta corta. El pantalón era ajustado. A Reacher le pareció que le quedaba muy bien por detrás. Vio que Froelich llegaba a la misma conclusión. Pero no dijo nada. Solo condujo, cinco minutos, de vuelta otra vez a las oficinas del Servicio Secreto. Froelich fue directamente a su despacho y dejó a Reacher y a Neagley con el agente que se encargaba de las cámaras de seguridad. Era un hombre delgado, bajo y nervioso, vestido con ropa de domingo, que se acercó para reunirse con ellos casi sin previo aviso. Parecía un poco abrumado por eso. Los llevó a una sala de equipos del tamaño de un armario llena de estantes con grabadoras. Una pared entera era una estantería, del suelo al techo, con cientos de cintas de VHS cuidadosamente ordenadas en cajas de plástico negro. Las grabadoras eran productos industriales grises. Todo ese espacio diminuto estaba inundado por un limpio cableado, papeles con instrucciones clavados en la pared, el suave ruido de pequeños motores en marcha, el olor de las placas de circuito calientes y el brillo verde de números LED avanzando de manera implacable.

—El sistema se cuida solo, en realidad —dijo el hombre—. Hay cuatro grabadoras por cada cámara y seis horas por cada cinta, por lo que cambiamos todas las cintas una vez al día, las archivamos, las guardamos tres meses y después las reutilizamos.

—¿Dónde están las originales de la noche en cuestión? —preguntó Reacher.

—Aquí —respondió el hombre. Revolvió en su bolsillo y sacó un montón de pequeñas llaves de latón sujetas con una argolla. Se agachó en lo limitado del espacio y abrió un armario bajo. Sacó tres cajas.

—Estas son las tres que copié para Froelich —dijo, arrodillado.

—¿Hay algún lugar en el que las podamos ver?

—Son iguales que las copias.

—El proceso de copiado hace que se pierda detalle —dijo

Reacher—. Regla número uno, empezar por los originales.

—Vale —dijo el hombre—. Supongo que las pueden ver aquí mismo.

Se levantó como pudo, empujó y tiró de algunos equipos que estaban sobre un banquito, colocó un pequeño monitor para que quedara mirando hacia fuera y encendió un reproductor aparte. En la pantalla apareció un cuadrado gris, sin nada.

—Estos trastos no tienen mando —dijo—. Tienen que usar los botones.

Puso las cajas de las tres cintas en el orden cronológico correcto.

—¿Sillas? —preguntó Reacher.

El hombre salió y regresó arrastrando dos sillas de oficina. Se le atascaron en la puerta y le costó colocarlas frente a un banco tan estrecho. Después miró alrededor como si no le gustara meter a extraños en su pequeño territorio.

—Creo que voy a esperar en recepción —dijo—. Avísenme cuando terminen.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Neagley.

—Nendick —dijo el hombre, tímidamente.

—Vale, Nendick —dijo ella—. Nos aseguraremos de avisarte.

Salió de la pequeña sala y Reacher introdujo la tercera cinta en la máquina.

—¿Sabes qué? —dijo Neagley—. El tipo no me ha mirado el culo.

—¿No?

—Normalmente me lo miran cuando llevo este pantalón.

—¿Sí?

—Normalmente.

Reacher mantuvo la mirada firme en la pantalla.

—Quizás es gay —dijo.

—Llevaba un anillo de casado.

—Entonces quizás se esfuerza por evitar sentimientos inapropiados. O quizás está cansado.

—O quizás me estoy haciendo vieja —dijo ella.

Reacher dio al botón de rebobinar. El motor zumbó.

—Tercera cinta —dijo—. Jueves por la mañana. Iremos hacia atrás.

El reproductor rebobinó rápido. Reacher miró el contador, le dio

a *play* y apareció la imagen de la oficina vacía y el reloj, que mostraba la fecha del jueves y la hora: las ocho menos cinco de la mañana. Aceleró la imagen y la congeló cuando la secretaria entraba en escena, exactamente a las ocho de la mañana. Se acomodó en la silla, le dio a *play* y vio a la secretaria entrar en la sala cuadrada, quitarse el abrigo y colgarlo en el perchero. La vio caminar hasta quedarse a un metro de la oficina de Stuyvesanty agacharse detrás de su escritorio.

—Guarda su cartera —dijo Neagley—. En el suelo, en el espacio para los pies.

La secretaria era una mujer de alrededor de sesenta años. Por un momento quedaba de frente a la cámara. Parecía una matrona. Estricta, pero amable. Se sentaba como con pesadez, arrimaba la silla y abría un libro sobre el escritorio.

—Revisa la agenda —dijo Neagley.

La secretaria se ocupaba su silla firmemente, atareada con la agenda. Después empezaba a ocuparse de una gran montaña de informes. Algunos los archivaba en un cajón y a otros les estampaba el sello de goma y los pasaba del lado derecho al lado izquierdo del escritorio.

—¿Has visto alguna vez tanta documentación? —preguntó Reacher—. Es peor que en el ejército.

La secretaria interrumpió su trabajo con la montaña de informes dos veces para coger el teléfono. Pero no se movía de la silla. Reacher avanzó hasta que apareció Stuyvesant, a las ocho y diez. Llevaba un chubasquero oscuro, quizás negro o color carbón. Y un maletín fino. Se sacaba el abrigo y lo colgaba en el perchero. Avanzaba por la sala cuadrada y la cabeza de la secretaria se movía como si estuviera hablando con él. Apoyaba el maletín sobre el escritorio en un ángulo exacto y después corregía la posición. Se inclinaba para consultarle algo. Asentía una vez, se erguía, avanzaba hacia su puerta sin el maletín y desaparecía dentro de su oficina. En el reloj pasaban cuatro segundos. Después Stuyvesant aparecía otra vez en la puerta, llamando a su secretaria.

—La encontró —dijo Reacher.

—Lo del maletín es raro —apuntó Neagley—. ¿Por qué lo dejó ahí?

—Quizás tenía una reunión temprano —sugirió Reacher—.

Quizás lo dejó fuera porque sabía que se iba a ir enseguida.

La siguiente hora pasó rápido. Entraba y salía gente de la oficina. Froelich aparecía dos veces. Después llegaba un equipo de la policía científica y se iba veinte minutos más tarde con la carta en una bolsa de plástico para pruebas. Reacher rebobinó hacia atrás. Toda la mañana transcurrió de nuevo, en dirección contraria. El equipo de la policía científica se iba y luego llegaba, Froelich salía y entraba dos veces, Stuyvesant llegaba y se iba, y después su secretaria hacía lo mismo.

—Ahora viene la parte aburrida —dijo Reacher—. Horas y horas de nada.

La imagen se congeló en un plano fijo de una sala vacía, con el reloj corriendo deprisa hacia atrás. No sucedía absolutamente nada. El nivel de detalle de la cinta original era mejor que el de la copia, pero no había mucho más que ver. Era gris y blancuzca. Estaba bien para ser una grabación de seguridad, pero no habría ganado ningún premio a la técnica.

—¿Sabes qué? —dijo Reacher—. Fui policía durante trece años, y nunca he encontrado nada significativo en un vídeo de seguridad. Ni siquiera una vez.

—Yo tampoco —dijo Neagley—. Con las horas que he pasado así.

A las seis de la mañana la cinta se detuvo. Reacher la sacó, adelantó la segunda hasta el final y comenzó de nuevo su paciente búsqueda hacia atrás. El reloj pasaba rápido por las cinco en punto y se encaminaba hacia las cuatro. No sucedía nada. La oficina simplemente estaba ahí, quieta, gris y vacía.

—¿Por qué hacemos esto esta misma noche? —preguntó Neagley.

—Porque soy una persona impaciente —dijo Reacher.

—Quieres apuntarte un tanto para los militares, ¿no? Les quieres demostrar a los civiles cómo trabaja un verdadero profesional.

—No hay nada que demostrar —dijo Reacher—. Ya nos hemos apuntado tres tantos y medio.

Se acercó más a la pantalla. Se esforzó por enfocar la mirada. Cuatro en punto de la mañana. No sucedía nada. Nadie entregaba ninguna carta.

—Quizás hay otro motivo por el cual hacemos esto esta noche —

dijo Neagley—. Quizás estás tratando de apuntar más tantos que tu hermano.

—No necesito hacer eso. Sé exactamente cómo éramos uno comparado con el otro. Y no me interesa lo que los demás piensen al respecto.

—¿Qué le sucedió?

—Murió.

—Aunque tarde, eso logré deducirlo. ¿Pero cómo?

—Lo mataron. En acto de servicio. Poco después de que yo dejara el ejército. En Georgia, al sur de Atlanta. Una reunión clandestina con un informante en un operativo de falsificación. Les tendieron una emboscada. Le dispararon en la cabeza, dos veces.

—¿Cogieron a quienes lo hicieron?

—No.

—Qué terrible.

—No tanto. Porque los cogí yo.

—¿Y qué hiciste?

—¿Tú qué crees?

—Vale, ¿cómo?

—Eran padre e hijo. Al hijo lo ahogué en una piscina. Al padre le prendí fuego. Después de dispararle en el pecho con una bala calibre 44 de punta hueca.

—Con eso tuvo que haber llegado.

—Moraleja: no te metas conmigo ni con los míos. Solo desearía que lo hubieran sabido antes.

—¿Algún contratiempo?

—Me exfiltré rápido. Me mantuve fuera de circulación. Tuve que perderme el funeral.

—Mal negocio.

—El tipo con el que se iba a reunir también recibió lo suyo. Murió desangrado bajo la rampa de una autopista. Además había una mujer. De la oficina de Joe. Su asistente, Molly Beth Gordon. La apuñalaron en el aeropuerto de Atlanta.

—Vi su nombre. En el cuadro de honor.

Reacher se quedó callado. El vídeo iba rápido hacia atrás. Tres de la mañana, después dos cincuenta y algo. Después dos cuarenta. No sucedía nada.

—El asunto era un gran lío —dijo—. Fue su culpa, en realidad.

—Eso es muy duro.

—Se le fue de las manos. O sea, ¿a ti te podrían tender una trampa en una reunión?

—No.

—A mí tampoco.

—Haría todo lo que se espera —dijo Neagley—. Ya sabes, llegar tres horas antes, analizar la situación, vigilar, bloquear los accesos.

—Pero Joe no hizo nada de eso. Estaba fuera de su alcance. Lo que pasaba con Joe es que parecía un tipo duro. Un metro noventa y ocho, ciento quince kilos, un castillo. Manos como palas, cara como el guante de un *catcher*. Físicamente éramos clones. Pero teníamos mentes distintas. En el fondo, él era un tipo cerebral. *Puro*, de algún modo. Incluso inocente. Nunca pensaba mal. Para él todo era como una partida de ajedrez. Recibe una llamada, arregla una reunión, se sube al coche y se dirige al lugar. Como si estuviera moviendo el caballo o el alfil. Sencillamente no esperaba que alguien llegara e hiciera saltar el tablero por los aires.

Neagley no dijo nada. La cinta seguía avanzando hacia atrás. No sucedía nada. La sala cuadrada permanecía allí, estable y oscura.

—Durante un tiempo me enfadó que hubiera sido tan descuidado —continuó Reacher—. Hasta que me di cuenta de que no podía culparlo por eso. Para ser descuidado, primero debes saber con qué tienes que tener cuidado. Y él no lo sabía. Simplemente. No veía ese tipo de cosas. No pensaba así.

—¿Y entonces?

—Entonces supongo que me enfadó no haberlo hecho yo por él.

—¿Podrías haberlo hecho?

Reacher negó con la cabeza:

—Hacía siete años que no lo veía. No tenía idea de dónde estaba. Él no tenía idea de dónde estaba yo. Pero alguien *como* yo debería haberlo hecho por él. Podía haber pedido ayuda.

—¿Demasiado orgulloso?

—No, demasiado inocente. Esa es la conclusión.

—¿Podía haber reaccionado? ¿En el momento?

Reacher puso una mueca:

—Eran muy buenos, supongo. Semiprofesionales, para nuestros estándares. Tuvo que haber alguna oportunidad. Pero debió de haber sido cosa de un segundo, algo puramente instintivo. Y los

instintos de Joe estaban enterrados bajo su manto cerebral. Probablemente dejó de pensar. Siempre lo hacía. Lo suficiente como para resultar tímido.

—Inocente y tímido —dijo Neagley—. Aquí no comparten esa opinión.

—Aquí debe haber parecido un salvaje. Todo es relativo.

Neagley se removió en la silla y miró la pantalla.

—Prepárate —dijo—. Se acerca la hora de las brujas.

El reloj avanzó hacia atrás hasta las doce y media de la noche. La oficina seguía inalterable. Después, a las doce y dieciséis, el equipo de limpieza salió deprisa de la penumbra caminando para atrás por el pasillo de salida. Reacher los observó a alta velocidad hasta que, siete minutos pasada la medianoche, entraron retrocediendo a la oficina de Stuyvesant. Entonces puso la cinta a velocidad normal y los observó salir y limpiar la secretaría.

—¿Qué piensas? —preguntó.

—Parecen bastante normales —dijo Neagley.

—Si acabasen de dejar la carta allí, ¿estarían tan tranquilos?

No se apresuraban. No parecían furtivos ni ansiosos ni preocupados ni agitados. No miraban de reojo la puerta de Stuyvesant. Simplemente limpiaban, de manera eficiente y veloz. Reacher rebobinó de nuevo, retrocedió hasta las doce y siete minutos y avanzó hasta que la cinta dejó de funcionar, a las doce en punto. La sacó y puso la primera. La dejó correr hasta el final y la examinó con cuidado hacia atrás hasta que aparecieron por primera vez en la imagen, justo antes de las once cincuenta y dos. Hizo que la cinta avanzara hacia delante, los observó entrar en el plano y congeló la imagen cuando se les veía a todos con claridad.

—¿Dónde podía estar? —preguntó.

—Como supuso Froelich —respondió Neagley—. Podría estar en cualquier parte.

Él asintió. Tenía razón. Entre los tres limpiadores y el carrito de limpieza, se podrían haber escondido una docena de cartas.

—¿Se los ve preocupados? —preguntó.

Ella se encogió de hombros:

—Deja que avance la cinta. Veamos cómo se mueven.

Los dejó caminar hacia delante. Se dirigieron directamente a la puerta de Stuyvesant y desaparecieron dentro de su oficina,

exactamente a las once cincuenta y dos.

—Pónmelo otra vez —dijo Neagley.

Reacher puso otra vez ese fragmento. Neagley se inclinó hacia atrás y entrecerró los ojos.

—El nivel de energía es un poco distinto al de cuando salieron —dijo.

—¿Tú crees?

Ella asintió:

—¿Un poco más lento? ¿Como si estuvieran dudando?

—¿O como si temieran hacer algo malo allí adentro?

Lo puso otra vez.

—No sé —dijo ella—. Es un poco difícil de interpretar. Y por supuesto no es ningún tipo de prueba. Solo una sensación subjetiva.

Lo puso otra vez. No había ninguna diferencia real. Quizás parecían un poco menos tensos al entrar que al salir. O más cansados. Pero habían pasado quince minutos allí dentro. Y era una oficina relativamente pequeña. Ya de por sí bastante limpia y ordenada. Quizás solían tomarse un descanso de quince minutos allí, fuera del alcance de la cámara. El personal de limpieza no es idiota. Quizás apoyaron los pies sobre el escritorio, pero no una carta.

—No sé —repitió Neagley.

—¿No concluyente? —preguntó Reacher.

—Claro que no. ¿Pero quién más tenemos?

—Nadie en absoluto.

Reacher pulsó el rebobinado rápido y se quedó mirando al infinito hasta que llegó a las ocho en punto de la noche. La secretaria se ponía de pie y se alejaba del escritorio, asomaba la cabeza dentro de la oficina de Stuyvesanty se iba a su casa. Retrocedió hasta las siete y media y observó cómo se retiraba Stuyvesant.

—Vale —dijo—. Lo hizo el personal de limpieza. ¿Por iniciativa propia?

—Tengo serias dudas.

—¿Y quién les dijo que lo hicieran?

Pasaron por la recepción, encontraron a Nendick y le dijeron que ya podía ir a ordenar la sala de equipos. Fueron en busca de Froelich y la encontraron en su escritorio, en medio de una gran montaña de

papeles, al teléfono, coordinando el regreso de Brook Armstrong desde Camp Davis.

—Tenemos que hablar con el personal de limpieza —dijo Reacher.

—¿Ahora? —preguntó Froelich.

—Es un buen momento. Los interrogatorios tarde por la noche siempre funcionan mejor.

Se quedó con la vista en blanco:

—Vale. Os llevo con ellos.

—Será mejor que tú no estés allí —dijo Neagley.

—¿Por qué no?

—Somos militares. Probablemente queramos abofetearlos un poco.

Froelich la miró fijamente:

—No pueden hacer eso. Son miembros del departamento, igual que yo.

—Está bromeando —dijo Reacher—. Pero se van a sentir mejor hablando con nosotros si nadie del departamento está presente.

—Vale, esperaré fuera. Pero voy con vosotros.

Terminó sus llamadas telefónicas, colocó los papeles y los llevó otra vez hasta el ascensor y luego al garaje. Se subieron a la Suburban y Reacher cerró los ojos durante veinte minutos mientras ella conducía. Estaba cansado. Había estado trabajando duro seis días seguidos. Después el coche se detuvo y abrió los ojos en un barrio bastante feo lleno de sedanes de diez años y terrenos alambrados. El brillo naranja de las farolas resplandecía aquí y allá. Asfalto remendado y algunos yerbajos en la acera. Los graves de la radio de un coche sonaban a todo volumen unas manzanas más lejos.

—Es aquí —dijo Froelich—. En el 2301.

El 2301 era la puerta izquierda de una casa con dos entradas independientes. Era una estructura baja de tablones con las dos puertas en el centro y ventanas simétricas a izquierda y derecha. Un alambrado bajo rodeaba el jardín delantero. El césped estaba parcialmente muerto. No había arbustos, ni flores, ni plantas, pero estaba bastante limpio. No había basura. Los escalones que llevaban a la puerta estaban relucientes.

—Os espero aquí —dijo Froelich.

Reacher y Neagley bajaron del coche. El aire nocturno era frío y la radio se escuchó más fuerte en la distancia. Cruzaron el portón del alambrado. Fueron hasta la puerta principal por un caminito de hormigón agrietado. Reacher llamó al timbre y lo escuchó sonar dentro de la casa. Esperaron. Escucharon unos pasos sobre lo que sonaba a suelo sin revestir, y después algo metálico que alguien apartaba del camino. La puerta se abrió y vieron a un hombre de pie, con la mano en el picaporte. Era el del vídeo, sin duda. Lo habían observado hacia delante y hacia atrás durante horas. No era joven ni viejo. No era bajo ni alto. Era completamente normal. Tenía puesto un pantalón de algodón y una sudadera de los Redskins. Tenía la piel morena y los pómulos altos y lisos. Su cabello era negro y brillante, con un corte anticuado bastante reciente y cuidado en los bordes.

—¿Sí? —dijo.

—Tenemos que hablar de lo que pasó en la oficina —dijo Reacher.

El tipo no hizo ninguna pregunta. No les pidió sus credenciales. Tan solo miró la cara de Reacher y dio un paso hacia atrás sobre lo que antes había movido para abrir la puerta. Era un balancín para niños hecho de tubos metálicos de colores brillantes. Tenía un pequeño asiento en cada uno de los extremos, como los de los triciclos, y cabezas de caballo de plástico con manillares a los lados, debajo de las orejas.

—No lo puedo dejar fuera de noche —dijo el hombre—. Me lo robarían.

Neagley y Reacher pasaron por encima y entraron en un estrecho recibidor. Había más juguetes ordenadamente colocados en unos estantes. En la puerta de la nevera había dibujos de colegio de colores llamativos. Olía a comida. Tras el recibidor, en una sala de estar, había dos mujeres en silencio y asustadas. Llevaban vestidos de domingo, muy distintos de sus monos de trabajo.

—Necesitamos que nos digan sus nombres —dijo Neagley.

Su voz estaba entre una calidez amigable y las frías campanadas de un entierro. Reacher sonrió para sus adentros. Así lo hacía Neagley. Lo recordaba bien. Nadie discutía nunca con ella. Era uno de sus puntos fuertes.

—Julio —dijo el hombre.

—Anita —dijo la primera mujer.

Reacher asumió que era la esposa de Julio, por cómo lo miró antes de contestar.

—María —dijo la segunda mujer—. Soy la hermana de Anita.

Había un sofá pequeño y dos sillones. Anita y María se apretaron un poco para que Julio se pudiera sentar con ellas. Reacher tomó eso como una invitación y se sentó en uno de los sillones. Neagley ocupó el otro. Eso los dejó a los dos en un ángulo simétrico, como si el sofá fuera una pantalla y ellos se sentaran a ver la tele.

—Creemos que ustedes dejaron la carta en la oficina —dijo Neagley.

No hubo respuesta. Ningún tipo de reacción. Ninguna expresión en ninguno de los tres rostros. Solo una especie de estoicismo inexpresivo y silencioso.

—¿Fue así? —preguntó Neagley.

No hubo respuesta.

—¿Los niños están en la cama? —preguntó Reacher.

—No están aquí —dijo Anita.

—¿Son tuyos o de María?

—Míos.

—¿Niños o niñas?

—Dos niñas.

—¿Dónde están?

Ella hizo una pausa.

—Con unos primos.

—¿Por qué?

—Porque nosotros trabajamos por la noche.

—Eso está a punto de cambiar —dijo Neagley—. No volverán a trabajar si no nos dicen algo.

No hubo respuesta.

—Se acabó el seguro de salud, se acabaron todas las prestaciones.

No hubo respuesta.

—Hasta podrían ir a la cárcel.

Silencio en la sala.

—Lo que nos tenga que pasar, pasará —dijo Julio.

—¿Alguien les pidió que la dejaran allí? ¿Alguien de la oficina?

No hubo ninguna respuesta.

—¿Alguien de fuera de la oficina?

—No hicimos nada con ninguna carta.

—¿Y qué fue lo que *sí* hicieron? —preguntó Reacher.

—Limpiamos. Para eso estábamos allí.

—Estuvieron allí dentro demasiado tiempo.

Julio miró a su esposa, como desconcertado.

—Vimos el vídeo —dijo Reacher.

—Sabemos que hay cámaras —dijo Julio.

—¿Siguen la misma rutina todas las noches?

—Tenemos que hacerlo.

—¿Pasan tanto tiempo allí dentro todas las noches?

Julio se encogió de hombros:

—Supongo que sí.

—¿Descansan allí dentro?

—No, limpiamos.

—¿Lo mismo todas las noches?

—Todo es lo mismo todas las noches. A no ser que alguien haya tirado el café o haya dejado mucha basura, algo así. Eso podría retrasarnos un poco.

—¿Había pasado algo así en la oficina de Stuyvesant esa noche?

—No —respondió Julio—. Stuyvesant es una persona limpia.

—Pasaron un buen rato allí dentro.

—No más de lo normal.

—¿Tienen una rutina exacta?

—Supongo que sí. Pasamos la aspiradora, limpiamos, sacamos la basura, ordenamos, vamos a la siguiente oficina.

Silencio en la sala. Solo los tenues bajos de la radio del coche a lo lejos, muy amortiguados por las paredes y las ventanas.

—Vale —dijo Neagley—. Escuchad, chicos. En el vídeo se ve cómo entráis en la oficina. Después hay una carta en el escritorio. Creemos que la dejasteis ahí porque alguien os lo pidió. Quizás os dijeron que era un juego o una broma. Quizás os dijeron que estaba bien hacerlo. Y está bien. No hay ningún problema. Pero necesitamos que nos digáis quién os lo pidió. Porque nosotros tratando de averiguarlo también somos parte del juego. Y ahora nos lo tenéis que decir, porque si no el juego se termina y no nos queda más remedio que deducir que la dejasteis ahí por iniciativa propia. Y eso no está bien. Eso está muy mal. Eso es amenazar al

vicepresidente electo de los Estados Unidos. Y por eso pueden ir a la cárcel.

No hubo reacción. Otro largo silencio.

—¿Nos van a despedir? —preguntó María.

—¿No estáis escuchando? —dijo Neagley—. Iréis a la cárcel a no ser que nos digáis quién fue.

El rostro de María se quedó rígido como una piedra. Y el de Anita, y el de Julio. Rostros rígidos, miradas inexpresivas, semblantes estoicos y miserables llegados de mil años de experiencia campesina: *tarde o temprano, la cosecha siempre falla*.

—Vamos —dijo Reacher.

Se levantaron y atravesaron el recibidor. Pasaron por encima del balancín y salieron a la noche. Llegaron a la Suburban a tiempo para ver a Froelich colgando el teléfono. Tenía pánico en los ojos.

—¿Qué? —preguntó Reacher.

—Recibimos otra —respondió—. Hace diez minutos. Y es peor.

SEIS

Los esperaba en el centro de la mesa larga en la sala de reuniones. Un pequeño grupo de gente se había reunido alrededor. Los focos halógenos del techo la iluminaban perfectamente. Había un sobre marrón de veintitrés por treinta centímetros con cierre metálico y con la solapa rasgada. Y una sola hoja de papel blanco tamaño carta. Con diez palabras impresas: *El día en el cual morirá Armstrong se avecina deprisa*. El mensaje estaba dividido en dos líneas, perfectamente centrado entre los márgenes y un poco por encima de la mitad de la hoja. No se veía nada más. La gente lo miraba en silencio. El hombre de traje de la recepción se abrió paso entre la gente y se dirigió a Froelich.

—Yo he entregado el sobre —dijo—. No he tocado la carta. Solo la di a conocer.

—¿Cómo ha llegado? —preguntó ella.

—El guardia del garaje hizo una pausa para ir al baño. Regresó y la encontró sobre el estante de la cabina. Me la trajo enseguida. Por lo que creo que sus huellas también están en el sobre.

—¿Cuándo exactamente?

—Hace media hora.

—¿Cómo organiza el guardia sus pausas para ir al baño? —preguntó Reacher.

La sala se quedó en silencio. La gente se giró hacia la voz nueva. El tipo de recepción puso una mirada agresiva de *quién demonios eres tú*. Pero después vio el rostro de Froelich, se encogió de hombros y contestó de manera obediente.

—Baja la barrera —dijo—. Eso es lo que hace. Corre al baño, vuelve corriendo. Quizás dos o tres veces por turno. Pasa ahí ocho horas seguidas.

Froelich asintió:

—Nadie lo está culpando de nada. ¿Han llamado ya a la policía científica?

—La estábamos esperando.

—Vale, déjenla en la mesa, que nadie la toque, y acordonen bien esta sala.

—¿Hay una cámara en el garaje? —preguntó Reacher.

—Sí, hay.

—Haz que Nendick nos traiga la cinta de esta noche, ahora mismo.

Neagley estiró el cuello por encima de la mesa:

—Una redacción un poco rebuscada, ¿no lo crees? Y «deprisa» deja definitivamente fuera la excusa de la predicción, diría yo. Lo transforma todo en una amenaza abierta.

Froelich asintió:

—Tienes razón —dijo lentamente—. Si alguien entendió esto como un juego o una broma, se acaba de transformar en algo muy serio de repente.

Lo dijo alto y claro, y Reacher captó su intención lo bastante rápido como para observar las caras en la gente. No hubo absolutamente ninguna reacción en ninguna. Froelich miró el reloj.

—Armstrong está volando —dijo—. Camino a casa.

Después se quedó callada un momento.

—Reúnan a un equipo extra —dijo—. Que la mitad vaya a Andrews y la otra mitad a casa de Armstrong. Y que el convoy tenga un coche extra también. Y que vuelva por un camino alternativo.

Tras un segundo de duda, todos empezaron a moverse con la eficiencia entrenada de un equipo de élite que se prepara para la acción. Reacher los observó atentamente y le gustó lo que vio. Después él y Neagley siguieron a Froelich a su oficina. Ella llamó a un número del FBI y pidió urgentemente un equipo de policías científicos. Escuchó la respuesta y colgó.

—Aunque ya me imagino lo que encontrarán —le dijo al aire.

Después Nendick llamó a la puerta y entró con dos cintas de vídeo:

—Dos cámaras —dijo—. Una está dentro de la cabina, arriba, mirando hacia abajo y de lado para identificar individualmente a los conductores de los coches. La otra está fuera, mirando hacia el

callejón, para ver los vehículos que se aproximan.

Dejó las dos cintas sobre el escritorio y se fue. Froelich cogió la primera y se acercó al televisor con la silla. La puso y le dio a *play*. Era la cámara que miraba lateralmente desde dentro de la cabina. El ángulo era elevado, pero adecuado para filmar a un conductor enmarcado en la ventanilla del coche. Rebobinó treinta y cinco minutos. Le dio a *play* otra vez. Se veía al guardia sentado en su taburete con la parte posterior del hombro izquierdo dentro del plano. Sin hacer nada. Adelantó la cinta hasta que se puso de pie. Tocó un par de botones y desapareció. Durante treinta segundos no sucedía nada más. Después aparecía un brazo en el extremo derecho de la imagen. Solo un brazo, enfundado en una manga gruesa y suave. Un abrigo de *tweed*, quizás. La mano llevaba un guante de cuero. En la mano había un sobre. Lo empujaba por la ventana corrediza medio abierta y lo dejaba caer sobre el estante. Después, el brazo desaparecía.

—Sabía que había una cámara —afirmó Froelich.

—Claramente —dijo Neagley—. Estaba a un metro de la cabina, y estiró el brazo desde ahí.

—¿Pero sabía que había otra? —preguntó Reacher.

Froelich sacó la primera cinta y puso la segunda. Rebobinó treinta y cinco minutos. Le dio a *play*. Apuntaba al callejón. La calidad era mala. Había charcos de luz de unos focos exteriores y el contraste con las zonas oscuras era muy intenso. Las sombras no tenían detalle. El ángulo era alto y cerrado. La parte superior de la imagen se cortaba mucho antes de que el callejón desembocara en la calle. La parte de abajo del plano terminaba unos dos metros antes de llegar a la cabina. Pero el ancho estaba bien. Muy bien. Las dos paredes del callejón se veían claramente. No había manera de acercarse a la entrada del garaje sin pasar por el campo de visión de la cámara.

La cinta avanzaba. No sucedía nada. Miraron el reloj hasta que llegó a veinte segundos antes de que apareciera el brazo. Después miraron la pantalla. En lo alto apareció una figura. Un hombre, definitivamente. Sin duda. Los hombros y la manera de caminar eran inconfundibles. Llevaba puesto un abrigo gordo de *tweed*, quizás gris o marrón oscuro. Pantalones oscuros, zapatos grandes, una bufanda alrededor del cuello. Y un sombrero en la cabeza. Un

sombrero de ala ancha, oscuro también, bastante inclinado hacia abajo en la parte delantera. Caminaba con la barbilla bien recogida. El vídeo mostraba perfectamente la copa del sombrero, de un extremo al otro del callejón.

—Sabía lo de la segunda cámara —dijo Reacher.

La cinta siguió avanzando. El hombre caminaba rápido pero con decisión, sin apresurarse, sin correr, sin perder la compostura. Tenía el sobre en la mano derecha, lo llevaba pegado al cuerpo. Desaparecía por la parte de abajo del encuadre y reaparecía tres segundos más tarde. Sin el sobre. Caminaba con el mismo paso decidido durante todo el trayecto hasta el final del callejón y salía del encuadre por la parte alta de la pantalla.

Froelich congeló la imagen:

—¿Descripción?

—Es imposible —dijo Neagley—. Hombre, tirando a bajo y rechoncho. Diestro, probablemente. Ningún defecto visible al caminar. Más allá de eso no tenemos la menor idea. No vimos nada.

—Quizás no tan rechoncho —dijo Reacher—. El ángulo achata un poco las cosas.

—Tenía información interna —dijo Froelich—. Estaba al tanto de las cámaras y de las pausas para ir al baño. Por lo que es uno de los nuestros.

—No necesariamente —dijo Reacher—. Podría ser alguien de fuera que os estuvo vigilando. La cámara exterior debe de verse si uno la busca. Y la de dentro se la puede haber imaginado. Casi siempre las hay. Y vigilando un par de noches puede haber aprendido cómo funcionaban las pausas para ir al baño. Pero ¿sabes una cosa? Sea alguien de dentro o de fuera, pasamos junto a él con el coche. Tiene que haber sido así. Cuando salimos para ir a ver al personal de limpieza. Porque incluso si es alguien de dentro, necesitaba medir con total precisión el tiempo de la pausa. Por lo que tenía que estar vigilando. Debe haber estado del otro lado de la calle durante un par de horas, mirando el callejón. Quizás con prismáticos.

La oficina se quedó en silencio.

—Yo no vi a nadie —dijo Froelich.

—Yo tampoco —dijo Neagley.

—Yo tenía los ojos cerrados —dijo Reacher.

—No lo habríamos visto —replicó Froelich—. Seguramente escuchó un vehículo acercarse por la rampa y se escondió.

—Supongo —dijo Reacher—. Pero por un momento estuvimos muy cerca de él.

—Mierda —dijo Froelich.

—Sí, mierda —repitió Neagley.

—¿Y entonces qué hacemos? —preguntó Froelich.

—Nada —respondió Reacher—. No hay nada que podamos hacer. Esto fue hace más de cuarenta minutos. Si es alguien de dentro, ahora estará ya en su casa. Quizás metido en la cama. Si es alguien de fuera, ya estará en la I-95 o por ahí, en dirección al oeste o al norte o al sur, a cincuenta kilómetros de aquí. No podemos llamar a la policía de cuatro estados y pedirle que busque a un hombre diestro que no tiene defectos al caminar y que va en coche, y no tenemos una descripción mejor.

—Podrían buscar un sombrero y un abrigo en el asiento trasero o en el maletero.

—Estamos en noviembre, Froelich. Todo el mundo va con abrigo y sombrero.

—¿Y entonces qué hacemos? —preguntó otra vez.

—Esperar lo mejor, prepararse para lo peor. Concéntrate en Armstrong, solo por si todo esto va en serio. Mantenlo bien vigilado. Como dijo Stuyvesant, amenazar es una cosa y llevarlo a cabo, otra.

—¿Cómo es su agenda? —preguntó Neagley.

—Esta noche su casa, mañana el Capitolio —respondió Froelich.

—Entonces estarás bien. En la zona del Capitolio obtuviste una puntuación perfecta. Si Reacher y yo no pudimos acercarnos a él allí, no va a lograrlo un tipo bajito con abrigo. Asumiendo que eso es lo que *quiere* hacer el tipo bajito con abrigo, en vez de provocaros solo para divertirse.

—¿Tú crees?

—Como dijo Stuyvesant, respira hondo y aguanta. Ten confianza.

—Esto no me gusta nada. Necesito saber quién es ese tipo.

—Lo sabremos, tarde o temprano. Hasta entonces, si no podemos atacar por un lado tendremos que defender por el otro.

—Tiene razón —dijo Reacher—. Concéntrate en Armstrong, por

si acaso.

Froelich asintió vagamente, sacó la cinta de la máquina y puso otra vez la primera. La reinició y miró la pantalla hasta que el guardia del garaje regresaba del baño, veía el sobre, lo cogía y salía de cuadro a toda prisa.

—Esto no me gusta nada —dijo otra vez.

Una hora más tarde llegó un equipo de policías científicos del FBI y fotografió la hoja de papel en la mesa de la sala de reuniones. Usaron una regla de oficina como referencia de la escala y después unas pinzas de plástico esterilizadas para guardar el papel y el sobre en diferentes bolsas para pruebas. Froelich firmó un formulario para mantener intacta la cadena de pruebas y se llevaron los dos objetos para examinarlos. Después habló por teléfono durante veinte minutos y siguió los movimientos de Armstrong desde que bajó del helicóptero del Cuerpo de Marines en Andrews hasta que llegó a su casa.

—Vale, estamos seguros —dijo—. Por ahora.

Neagley bostezó y se estiró:

—Así que tómate un descanso. Prepárate para una semana difícil.

—Me siento estúpida —dijo Froelich—. No sé si esto es un juego o va en serio.

—Sientes demasiado —dijo Neagley.

Froelich miró el techo:

—¿Qué haría Joe ahora?

Reacher hizo una pausa y sonrió:

—Probablemente iría a una tienda y se compraría un traje.

—No, en serio.

—Cerraría los ojos un minuto y lo solucionaría todo como si fuera un problema de ajedrez. Leía a Karl Marx, ¿sabías? Decía que Marx tenía un truco para explicarlo todo con una sola pregunta, que era: ¿quién se beneficia?

—¿Y?

—Digamos que *es* alguien de dentro el que lo está haciendo. Karl Marx diría: vale, esta persona planea beneficiarse de esto. Joe preguntaría: vale, ¿cómo planea beneficiarse de esto?

—Haciéndome quedar mal frente a Stuyvesant.

—Y haciendo que te releguen o que te despidan o lo que sea,

porque eso lo recompensa de algún modo. Ese sería su objetivo. Pero ese sería su *único* objetivo. En una situación así, no hay ninguna amenaza seria contra Armstrong. Ese es un punto importante. Y entonces Joe diría: vale, supongamos que no es alguien de dentro, supongamos que es alguien de fuera. ¿Cómo planea beneficiarse *esa persona*?

—Asesinando a Armstrong.

—Lo que lo gratifica de alguna otra manera. Por lo que Joe diría que lo que tienes que hacer es proceder *como si* fuera alguien externo, con mucha tranquilidad y sin pánico, y sobre todo tener éxito. Dos pájaros de un tiro. Si estás tranquila, le niegas su beneficio al que actúa desde dentro. Si tienes éxito, le niegas *su* beneficio al de fuera.

Froelich asintió, frustrada:

—¿Pero cuál es el beneficio? ¿Qué os han dicho los de la limpieza?

—Nada —dijo Reacher—. Mi interpretación es que alguien que conocen los ha persuadido para meter la carta, pero no han admitido nada.

—Le diré a Armstrong que mañana se quede en casa.

Reacher negó con la cabeza:

—No puedes. Si lo haces vas a estar viendo sombras todos los días y él permanecerá escondido durante los próximos cuatro años. Mantén la calma y aguanta.

—Fácil de decir.

—Fácil de hacer. Solo respira hondo.

Froelich se quedó callada y quieta durante un momento. Luego asintió.

—Vale —dijo—. Os conseguiré un coche. Volved aquí a las nueve de la mañana. Habrá otra reunión estratégica. Exactamente una semana después de la última.

La mañana era húmeda y muy fría, como si la naturaleza quisiera deshacerse ya del otoño y empezar el invierno. Por las calles el humo de los escapes circulaba en nubes blancas y los peatones apuraban el paso por las aceras con sus caras escondidas detrás de bufandas. Neagley y Reacher quedaron a las ocho cuarenta en una parada de taxis delante del hotel y se encontraron con un Town Car del Servicio Secreto esperándolos. Estaba aparcado en doble fila con

el motor en marcha y el conductor al lado, de pie. Tendría unos treinta años, llevaba abrigo oscuro y guantes, y estaba de puntillas, examinando ansiosamente a todas las personas que pasaban. Respiraba rápido y su aliento formaba volutas de vapor en el aire.

—Parece preocupado —dijo Neagley.

Dentro del coche hacía calor. El conductor no habló ni una sola vez durante todo el recorrido. Ni siquiera dijo su nombre. Simplemente atravesó el tráfico matutino y entró chirriando al garaje subterráneo. Los condujo a paso rápido hasta el vestíbulo y al ascensor. Subieron tres pisos y atravesaron la recepción. Allí había otro hombre. Señaló el pasillo en dirección a la sala de reuniones.

—Empezó sin ustedes —dijo—. Será mejor que se den prisa.

En la sala de reuniones no había nadie más que Stuyvesant y Froelich, que estaban sentados uno frente al otro con la mesa de por medio. Los dos estaban callados y quietos. Los dos pálidos. Sobre la madera pulida entre ellos había dos fotografías. Una era una foto oficial del FBI, de veinte por veinticinco, donde aparecía la escena del crimen con el mensaje de diez palabras del día anterior: *El día en el cual morirá Armstrong se avecina deprisa*. La otra era una Polaroid de otra hoja de papel. Reacher se acercó y se inclinó para mirarla.

—Mierda —dijo.

En la Polaroid se veía una sola hoja de papel tamaño carta, igual a las tres primeras en todos los detalles. Seguía el mismo formato: un mensaje impreso de dos líneas cuidadosamente centrado cerca de la mitad de la página. Diez palabras: *Hoy se llevará a cabo una demostración de su vulnerabilidad*.

—¿Cuándo llegó? —preguntó.

—Esta mañana —dijo Froelich—. Por correo. Dirigida a Armstrong, con la dirección de su oficina. Pero hemos ordenado que toda su correspondencia pase primero por aquí.

—¿De dónde viene?

—De Orlando, Florida, con sello del viernes.

—Otro destino turístico muy concurrido —dijo Stuyvesant.

Reacher asintió:

—¿El informe forense de ayer?

—Solo algunas novedades por teléfono —dijo Froelich—. Es idéntico, la huellas dactilares y todo. Estoy segura de que con esta

será igual. La están analizando en este mismo momento.

Reacher miró las fotos. Las huellas del pulgar eran completamente invisibles, pero tuvo la sensación de que podía verlas, como si brillaran en la oscuridad.

—He arrestado al personal de limpieza —dijo Stuyvesant.

Nadie dijo nada.

—¿Intuición? —dijo Stuyvesant—. ¿Es en broma o en serio?

—En serio —dijo Neagley—. Creo yo.

—No importa —dijo Reacher—. Porque todavía no ha pasado nada. Pero vamos a actuar como si fuera en serio hasta que se demuestre lo contrario.

Stuyvesant asintió:

—Eso fue lo que me recomendó Froelich. Citó a Karl Marx. *El Manifiesto Comunista*.

—*Das Kapital*, en realidad —dijo Reacher. Levantó la Polaroid y la miró otra vez. El enfoque era un poco flojo y el papel estaba muy blanco por el *flash*, pero no había duda de lo que significaba el mensaje.

—Dos preguntas —dijo—. Primera, ¿cómo de seguros son hoy sus movimientos?

—Tanto como se puede —respondió Froelich—. Dupliqué la seguridad. Tiene programado salir de su casa a las once. Voy a volver a usar el coche blindado en vez del Town Car. La caravana completa. Vamos a poner túneles de lona a ambos lados de las aceras. No va a quedar al descubierto en ningún momento. Le diremos que es otro ensayo.

—¿Todavía no sabe nada de esto?

—No —respondió Froelich.

—Práctica estándar —dijo Stuyvesant—. No se les dice.

—Miles de amenazas al año —añadió Neagley.

Stuyvesant asintió:

—Exacto. La mayoría son solo ruido de fondo. Esperamos hasta estar completamente seguros. E incluso así, no siempre les damos importancia. Ellos tienen mejores cosas que hacer. Preocuparnos por esto es nuestro trabajo, no el suyo.

—Vale, la segunda pregunta —dijo Reacher—. ¿Dónde está su esposa? Y tiene una hija mayor de edad, ¿no? Tenemos que asumir que meterse con su familia sería una muy buena demostración de su

vulnerabilidad.

Froelich asintió:

—Su esposa está aquí en el D. C. Vino de Dakota del Norte ayer. Mientras se quede cerca o dentro de casa va a estar bien. Su hija está haciendo una residencia de posgrado en la Antártida. Meteorología o algo así. Está en una cabaña rodeada de tres mil kilómetros cuadrados de hielo. Mejor protección que la que le podríamos facilitar nosotros.

Reacher dejó la Polaroid otra vez sobre la mesa.

—¿Te sientes segura? —preguntó—. ¿Con respecto a hoy?

—Estoy terriblemente nerviosa.

—¿Pero?

—Estoy todo lo segura que puedo estar.

—Quiero que Neagley y yo estemos en el terreno, observando.

—¿Crees que vamos a cometer errores?

—No, pero creo que vais a estar al límite. Si el tipo está en el barrio, podéis estar demasiado ocupados para localizarlo. Y debe de estar en el barrio si va en serio y quiere demostrar algo.

—Vale —aceptó Stuyvesant—. Usted y la señorita Neagley, en el terreno, observando.

Froelich los llevó hasta Georgetown en su Suburban. Llegaron justo antes de las diez. Bajaron tres manzanas antes de llegar a la casa de Armstrong y Froelich continuó. Era una mañana fría, pero un sol acuoso hacía todo lo que estaba a su alcance. Neagley se detuvo y miró alrededor, en las cuatro direcciones.

—¿Cómo procedemos? —preguntó.

—En círculos, en un radio de tres manzanas. Tú te mueves en el sentido de las agujas del reloj y yo en el sentido contrario. Después te quedas al sur y yo al norte. Nos encontramos de nuevo en la casa cuando él se haya ido.

Neagley asintió y se alejó caminando hacia el oeste. Reacher avanzó hacia el este en dirección al débil sol de la mañana. No estaba especialmente familiarizado con Georgetown. Más allá de los breves ratos que pasó observando la casa de Armstrong la semana anterior, tan solo había explorado el barrio una vez, por poco tiempo, inmediatamente después de abandonar la vida militar. Estaba familiarizado con la energía universitaria, las cafeterías y las casas elegantes. Pero no lo conocía como lo conoce un policía. Un

policía depende de un sentido de *inadecuación*. ¿Qué no encaja? ¿Qué está fuera de lugar? ¿Cuál es la cara equivocada o el coche equivocado para el barrio? Es imposible contestar estas preguntas sin una larga adaptación al entorno. Y quizás son completamente imposibles de contestar en un lugar como Georgetown. Todas las personas que viven allí vienen de otra parte. Fueron por algún motivo concreto, para estudiar en la universidad o para trabajar en el gobierno. Es un lugar transitorio. Tiene una población temporal, cambiante. Te gradúas y te vas. No te votaron de nuevo y te retiras a otro lugar. Te vuelves rico y te mudas a Chevy Chase. Quiebras y te vas a dormir a una plaza.

Por lo que de algún modo cada persona que veía era sospechosa. Podría haber argumentado en contra de cualquiera. ¿Quién pertenecía y quién no? Un Porsche viejo con el tubo de escape roto pasó retumbando a su lado. Matrícula de Oklahoma. Un conductor sin afeitar. ¿Quién era? Un Mercury Sable nuevo estaba aparcado justo detrás de un Rabbit en pésimo estado. El Sable era rojo y casi con seguridad de alquiler. ¿Quién lo estaba usando? ¿Alguien que había ido a pasar el día por algún motivo en particular? Pasó cerca y él miró por las ventanillas el asiento trasero. No había abrigo, tampoco sombrero. No había un paquete abierto de papel Georgia-Pacific. No había una caja de guantes de látex. ¿Y de quién era el Rabbit? ¿De un estudiante de posgrado? ¿O de algún anarquista rural con una impresora Hewlett-Packard en su casa?

Había gente en las aceras. Quizás cuatro o cinco personas a la vista en cualquier momento y en cualquier dirección. Jóvenes, viejos, blancos, negros, mulatos. Hombres, mujeres, gente joven cargando mochilas llenas de libros. Algunos corriendo, otros paseando. Algunos obviamente yendo al mercado, otros obviamente regresando. Algunos con aspecto de no estar yendo a ningún sitio en particular. Los miraba a todos por el rabillo del ojo, pero nada le llamaba la atención.

De vez en cuando comprobaba las ventanas de los pisos más altos de las casas mientras caminaba. Había muchas. Era un buen territorio para un fusil. Un laberinto de casas, puertas traseras, callejones estrechos. Pero un fusil no serviría contra una limusina blindada. Para eso se necesita un misil antitanque. Entre los que hay muchos para elegir. El AT-4 sería el favorito. Se trata de un

tubo de fibra de vidrio de un metro de largo, desechable, que dispara un proyectil de tres kilos que puede atravesar treinta centímetros de blindaje. Después se impone el principio del *Efecto del otro lado del Blindaje*. Como el orificio de entrada es pequeño y ajustado, la situación explosiva queda confinada al interior del vehículo. Armstrong quedaría reducido a pedacitos flotantes de carbón, no mucho más grandes que confetis de boda quemados. Reacher alzó la vista hacia las ventanas. No estaba seguro de que una limusina tuviera una placa blindada demasiado resistente en el techo, de todos modos. Tomó nota mentalmente para preguntarle a Froelich al respecto. Y para preguntarle si solía viajar en el mismo coche que su protegido.

Giró en una esquina y salió al final de la calle de Armstrong. Miró otra vez las ventanas altas. Una simple demostración no requeriría un misil de verdad. Un fusil sería funcionalmente ineficaz, pero dejaría las cosas claras. Un par de zonas astilladas en el cristal antibalas de la limusina servirían como una especie de aviso. Un arma de *paintball* cumpliría el cometido. Un par de manchones rojos en la ventanilla trasera sería el mensaje. Pero las ventanas de los pisos de arriba estaban tranquilas hasta donde alcanzaba la vista. Limpias y ordenadas, con las cortinas corridas y cerradas contra el frío. Las propias casas estaban tranquilas y en calma, serenas y prósperas.

Un pequeño grupo de curiosos observaba cómo el Servicio Secreto montaba un túnel de lona entre la casa de Armstrong y el borde de la acera. Era como una carpa blanca, larga y estrecha. Tela blanca gruesa, totalmente opaca. El final del lado de la casa pegaba justo contra el ladrillo de alrededor de la puerta principal. El final del lado de la acera tenía una parte plegable como un puente de embarque. Rodearía el lateral de la limusina. La puerta podría abrirse dentro del túnel. Armstrong pasaría directamente de la seguridad de su casa al coche blindado, sin quedar a la vista de ningún observador en ningún momento.

Reacher dio la vuelta alrededor del grupo de curiosos. Parecían inofensivos. Vecinos en su mayoría, supuso. Vestidos como si no fueran a ir muy lejos. Regresó al final de la calle y continuó su búsqueda de ventanas abiertas en pisos altos. Serían inadecuadas, debido al clima. Pero no había ninguna ventana abierta. Buscó

gente que pareciera estar haciendo tiempo. Había mucha. Había una manzana donde uno de cada dos locales era una cafetería, y en todas ellas había gente pasando el rato. Tomaban un *espresso*, leían el periódico, hablaban por el móvil, escribían en pequeñas libretas, jugaban con agendas electrónicas.

Eligió una cafetería desde la que tenía una buena vista de la calle hacia el sur y una vista limitada hacia el este y el oeste, compró un café solo grande y se sentó en una mesa. A esperar y observar. A las once menos cinco apareció por la calle una Suburban negra y aparcó bien pegada al bordillo, justo pasada la carpa. La siguió un Cadillac negro que aparcó muy pegado a la abertura de la carpa. Detrás iba un Town Car negro. Los tres coches parecían muy pesados. Los tres tenían los marcos de las ventanillas reforzados y cristales de espejo. De la Suburban de delante bajaron cuatro agentes y ocuparon sus puestos en la acera, dos al norte de la casa y dos al sur. Dos coches de la policía de la ciudad se asomaron por la calle, el primero se detuvo en medio del camino, pasado el convoy del Servicio Secreto, y el segundo esperó por detrás. Encendieron las luces para retener el tráfico. No había mucho. Un Chevy Malibu azul y un SUV Lexus dorado esperaban para continuar. Reacher no había visto ninguno de esos dos vehículos antes. Ninguno de los dos había estado recorriendo la zona. Miró la carpa e intentó adivinar el momento en el que Armstrong la cruzaba. Imposible. Todavía estaba mirando el límite de la casa cuando oyó el golpe de una puerta blindada cerrándose a lo lejos. Los cuatro agentes regresaron a la Suburban y todo el convoy partió. El coche de policía que iba a la cabeza abrió la marcha y la Suburban, el Cadillac y el Town Car lo siguieron y avanzaron rápido por la calle. El segundo coche de policía cubrió la retaguardia. Los cinco vehículos giraron hacia el este justo frente a la cafetería en la que estaba Reacher. Los neumáticos chirriaron contra el asfalto. Los coches aceleraron. Vio cómo desaparecían. Después se dio la vuelta y vio cómo se dispersaba por la calle el pequeño grupo de gente. Todo el vecindario se quedó tranquilo y en silencio.

Observaron cómo se alejaba la caravana desde una buena posición, a unos ochenta metros de donde estaba sentado Reacher. Su vigilancia les confirmó lo que ya sabían. El orgullo profesional les impidió descartar el viaje de Armstrong al trabajo como algo

completamente *imposible*, pero como oportunidad viable iba a estar muy abajo en su lista. Muy, muy abajo. Justo ahí, al final. Lo cual hizo que el hecho de que la página web de la transición ofreciera tantas otras opciones tentadoras fuera aún más afortunado.

Recorrieron un camino enrevesado por las calles y regresaron sin ningún incidente a su Sable rojo alquilado.

Reacher terminó el último trago de café y se acercó caminando a la casa de Armstrong. Se bajó de la acera donde la carpa la bloqueaba. Era un túnel de lona blanca que llevaba directamente a la puerta principal. Estaba cerrada. Siguió avanzando, subió otra vez a la acera y se encontró con Neagley, que se acercaba en la dirección contraria.

—¿Y bien? —le preguntó él.

—Oportunidades —dijo ella—. No vi a nadie que estuviera allí para aprovecharlas.

—Yo tampoco.

—Me gustaron la carpa y el coche blindado.

Reacher asintió:

—Deja los fusiles fuera de la ecuación.

—No del todo —dijo Neagley—. Un fusil de francotirador calibre 50 atravesaría el blindaje. Con munición Browning AP o con la API.

Reacher hizo una mueca. Cualquiera de las dos balas era una propuesta formidable. El producto estándar para perforar blindajes atravesaba las placas de acero, y la alternativa incendiaria lo perforaba prendiéndole fuego. Pero al final negó con la cabeza.

—No hay posibilidades de apuntar —dijo—. Primero tendrías que esperar a que el coche se pusiera en marcha, para asegurarte de que está ahí. Después tendrías que disparar a un vehículo grande en movimiento con las ventanillas oscuras. Es prácticamente imposible alcanzar a Armstrong ahí dentro.

—Entonces necesitarías un AT-4.

—Es lo que yo pensé.

—Bien apuntando con el explosivo de alta potencia directamente al coche, o bien usándolo para lanzar una bomba de fósforo a la casa.

—¿Desde dónde?

—Yo usaría la ventana de un piso alto en una casa que estuviera

detrás de la de Armstrong. Al otro lado del callejón. Su defensa se concentra sobre todo en el frente.

—¿Cómo entrarías?

—Haciéndome pasar por alguien de una compañía de servicios: agua, electricidad… Cualquiera que pudiese entrar con una gran caja de herramientas.

Reacher asintió. No dijo nada.

—Van a ser cuatro años infernales —dijo Neagley.

—U ocho.

Después oyeron el silbido de unos neumáticos y el sonido de un gran motor a sus espaldas, se dieron la vuelta y vieron a Froelich frenando con su Suburban. Detuvo el coche al lado de ellos, a veinte metros de la casa de Armstrong. Les hizo un gesto para que subieran. Neagley se subió adelante y Reacher atrás.

—¿Habéis visto a alguien? —preguntó Froelich.

—A un montón de gente —dijo Reacher—. Pero nadie que destacara ni siquiera un poco.

Froelich levantó el pie del freno y dejó que el coche avanzara por la calle muy despacio. Lo mantuvo pegado al bordillo y lo detuvo otra vez cuando la puerta trasera del lado de la acera estaba exactamente a la misma altura que el final de la carpa. Sacó la mano del volante y habló por el micrófono que tenía conectado en la muñeca.

—Uno, listo —dijo.

Reacher miró hacia la derecha a través del largo del túnel de lona y vio cómo se abría la puerta principal y a un hombre que salía. Era Brook Armstrong. Sin duda. Su foto había aparecido en todos los periódicos durante cinco meses seguidos, y Reacher se había pasado cuatro días enteros vigilando todos sus movimientos. Llevaba un chubasquero caqui y un maletín de cuero. Avanzó caminando bajo la carpa, ni rápido ni despacio. Un agente de traje lo vigilaba desde la puerta.

—El convoy era un señuelo —dijo Froelich—. De vez en cuando hacemos eso.

—A mí me engañó —admitió Reacher.

—No le digáis que esto no es un ensayo —dijo Froelich—. No os olvidéis de que todavía no está al tanto de nada.

Reacher se sentó erguido y se movió para dejar espacio.

Armstrong abrió la puerta y se subió a su lado.

—Buenos días, M. E. —dijo.

—Buenos días, señor —respondió ella—. Ellos dos son personal adjunto, Jack Reacher y Frances Neagley.

Neagley se dio la vuelta a medias y Armstrong estiró un largo brazo por encima del asiento para estrecharle la mano.

—Yo a usted la conozco —dijo—. La conocí en la fiesta el jueves por la noche. Usted ha hecho una contribución a la campaña, ¿no es así?

—Es personal de seguridad, en realidad —dijo Froelich—. Estuvimos probando algunas cosas en secreto. Un análisis de efectividad.

—Estoy impresionada —dijo Neagley.

—Excelente —le dijo Armstrong—. Créame, señora, me siento muy agradecido por cómo me cuidan todos. Mucho más de lo que me merezco. Realmente.

Era magnífico, pensó Reacher. Su voz, su cara y sus ojos no expresaban más que una ilimitada fascinación por Neagley. Como si hubiese preferido hablar con ella a hacer cualquier otra cosa en el mundo. Y tenía esa impactante memoria visual que le permitía recordar una cara entre las mil de hacía cuatro días. Eso estaba claro. Un político nato. Se dio la vuelta, le estrechó la mano a Reacher e iluminó el coche con una sonrisa de auténtico placer.

—Encantado de conocerle, señor Reacher —dijo.

—El gusto es mío —respondió Reacher. Y se encontró devolviéndole la sonrisa. El hombre le cayó bien de inmediato. Tenía encanto para aburrir. Derrochaba carisma. E incluso si descartabas el noventa y nueve por ciento de eso como pose de político, te podía gustar lo que quedaba. Te podía gustar mucho.

—¿También trabaja en seguridad? —le preguntó Armstrong.

—Soy asesor —respondió Reacher.

—Bueno, hacen realmente un gran trabajo. Me alegra que estén con nosotros.

Del auricular de Froelich salió un sonido minúsculo y ella puso en marcha el coche para dirigirse hacia la avenida Wisconsin. Se incorporó al tráfico y avanzó en dirección sureste hacia el centro. El sol había desaparecido otra vez y la ciudad se veía gris a través del tono oscuro de las ventanillas. Armstrong hizo un pequeño ruido,

como un suspiro alegre, y miró hacia afuera, como si la ciudad todavía le resultara emocionante. Por debajo del chubasquero vestía un traje inmaculado con una camisa de paño fino y corbata de seda. No parecía un simple mortal. Reacher tenía cinco años, diez centímetros y veinticinco kilos más que él, pero parecía pequeño, opaco y deteriorado en comparación. Además parecía *real*. Auténtico. Podías olvidar el traje y la corbata e imaginártelo con una chaqueta de cuadros vieja y rota, al aire libre, cortando leña en el jardín. Tenía pinta de ser un político muy serio, pero también un hombre divertido. Era alto y estaba lleno de energía. Ojos azules, rasgos sencillos, pelo algo revuelto con mechones dorados. Parecía estar en buen estado físico. No con la clase de acabado que proporciona un gimnasio, sino como si simplemente hubiera nacido fuerte. Tenía buenas manos. Una alianza fina de oro y ningún otro anillo. Las uñas rotas, descuidadas.

—Pasado militar, ¿no es así? —preguntó.

—¿Yo? —dijo Neagley.

—Ambos, diría. Están siendo cuidadosos. Él me mira a mí y usted mira por la ventanilla, especialmente en los semáforos. Reconozco las señales. Mi padre era militar.

—¿De carrera?

Armstrong sonrió:

—¿No leyeron mi biografía de campaña? Su plan era hacer carrera, pero lo licenciaron por invalidez antes de mi nacimiento y se dedicó a la industria maderera. Pero nunca perdió la forma. Y siempre hizo lo que predicó, eso seguro.

Froelich salió de la calle M y avanzó en paralelo a la avenida Pennsylvania, pasando por el Edificio de la Oficina Ejecutiva y frente a la Casa Blanca. Armstrong estiró el cuello para mirar. Sonrió y se le marcaron las líneas de expresión alrededor de los ojos.

—Increíble, ¿no? —dijo—. Yo soy el *más* sorprendido de todos los que se sorprenden de que yo vaya a formar parte de eso, créanme.

Froelich siguió recto pasando por su propia oficina en el Departamento del Tesoro y se dirigió hacia el domo del Capitolio, a lo lejos.

—¿No había un Reacher en el Departamento del Tesoro? —

preguntó Armstrong.

Una memoria increíble también para los nombres, pensó Reacher.

—Mi hermano mayor —dijo.

—Qué pequeño es el mundo —contestó Armstrong.

Froelich cogió la avenida Constitution y avanzó por un lado del Capitolio. Giró a la izquierda en la calle Primera y se dirigió hacia una carpa blanca que se conectaba con una de las puertas laterales de las Oficinas del Senado. Junto a la carpa había dos Town Car del Servicio Secreto. Cuatro agentes en la acera, con pinta de estar muy atentos y de tener frío. Froelich condujo directamente hacia la carpa y redujo la velocidad hasta detenerse bien pegada al bordillo. Comprobó su posición y avanzó otros treinta centímetros para dejar la puerta de Armstrong justo dentro de la protección de lona. Reacher vio a un grupo de tres agentes que esperaban dentro del túnel. Uno se acercó y abrió la puerta de la Suburban. Armstrong alzó las cejas, como si toda esa atención le desconcertara un poco.

—Encantado de conocerles a ambos —dijo—. Y gracias, M. E.

Después se bajó dentro de la penumbra del túnel, cerró la puerta y los agentes lo rodearon y avanzaron con él a través de la carpa hacia el edificio. Reacher pudo ver que dentro los esperaba gente uniformada de la seguridad del Capitolio. Armstrong entró y la puerta se cerró firmemente a su espalda. Froelich se alejó del bordillo, esquivó los coches aparcados y se dirigió hacia el norte en dirección a Union Station.

—Vale —dijo, como si sintiera un gran alivio—. Hasta aquí todo va bien.

—Te has arriesgado —dijo Reacher.

—Dos en doscientos ochenta y un millones —dijo Neagley.

—¿De qué estáis hablando?

—El que mandó las cartas podría haber sido uno de nosotros.

Froelich sonrió:

—Mi apuesta es que no. ¿Qué os ha parecido?

—A mí me gustó —dijo Reacher—. Me gustó mucho.

—A mí también —dijo Neagley—. Ya me gustaba desde el jueves. ¿Y ahora qué?

—Va a estar ahí dentro todo el día, con reuniones. Almuerzo en el comedor. Lo llevaremos de vuelta a su casa alrededor de las siete

en punto. Su mujer está allí. Así que les alquilaremos una película o algo. Los mantendremos bien encerrados toda la noche.

—Necesitamos información —dijo Reacher—. No sabemos exactamente qué forma podría adoptar esa demostración. O dónde será. Podría ser cualquier cosa, desde un grafiti. No queremos que pase por nuestro lado sin darnos cuenta. Si es que ocurre.

Froelich asintió:

—Lo comprobaremos todo a medianoche. Asumiendo que llegamos a medianoche.

—Y quiero que Neagley interrogue otra vez al personal de limpieza. Si obtenemos lo que necesitamos de ellos, podemos quedarnos tranquilos.

—Me encantaría —dijo Froelich.

Dejaron a Neagley en el centro de detención federal y regresaron a la oficina de Froelich. Fabián llegado los informes forenses del FBI relativos a los dos mensajes más recientes. Eran idénticos a los dos primeros en todos los aspectos. Pero había un informe suplementario de un químico del Bureau. Había detectado algo inusual en las huellas dactilares.

—Escualeno —dijo Froelich—. ¿Has oído hablar de eso alguna vez?

Reacher negó con la cabeza.

—Es un hidrocarburo acíclico. Una clase de aceite. Hay rastros en las huellas dactilares. Un poco más en la tercera y en la cuarta que en la primera y en la segunda.

—Las huellas siempre tienen aceites. Así es como se producen.

—Pero por lo general es aceite común del dedo humano. Esto es distinto. C-treinta-H-cincuenta. Es un aceite de pescado. Aceite de hígado de tiburón, básicamente.

Puso el papel al otro lado del escritorio. Estaba lleno de complicadas cuestiones de química orgánica. El escualeno era un aceite natural que se utilizaba como lubricante anticuado para maquinarias delicadas, como los mecanismos de relojería.

Había una adenda al final que decía que cuando se lo hidrogenaba, el escualeno con «e» se convertía en escualano con «a».

—¿Qué es hidrogenar? —preguntó Reacher.

—¿Que le añades agua? —dijo Froelich—. ¿Como en la energía

hidroeléctrica?

Él se encogió de hombros y ella sacó un diccionario de la estantería y pasó las hojas hasta la H.

—No —dijo—. Significa que se le añaden átomos de hidrógeno a la molécula.

—Bueno, eso no aclara nada. Saqué notas bastante malas en química.

—Significa que el tipo podría ser pescador de tiburones.

—O que se gana la vida destripando peces —dijo Reacher—. O que trabaja en una pescadería. O que es un relojero de antigüedades con las manos manchadas de lubricar algo.

Froelich abrió un cajón, ojeó un expediente y separó una sola hoja. La movió hacia el otro lado. Era una fotografía de fluoroscopio en tamaño real de la huella de un pulgar.

—¿Es de la persona que estamos buscando? —preguntó Reacher.

Froelich asintió. Era una huella muy nítida. Quizás la huella dactilar más nítida que Reacher hubiera visto jamás. Las crestas y los surcos estaban perfectamente delineados. Era clara y asombrosamente provocativa. Y era grande. Muy grande. La yema del pulgar medía cerca de cuatro centímetros de un lado al otro. Reacher apoyó su pulgar al lado. Era más pequeño, y eso que no tenía las manos más delicadas del mundo.

—Ese no es el pulgar de un relojero —dijo Froelich.

Reacher asintió despacio. El tipo debía tener manos como racimos de plátanos. Y la piel curtida como para dejar su huella con ese grado de nitidez.

—Un trabajador manual —dijo.

—Un pescador de tiburones —apuntó Froelich—. ¿Dónde se pescan muchos tiburones?

—En Florida, quizás.

—Orlando está en Florida.

Sonó el teléfono. Cogió la llamada y se le transformó la expresión. Alzó la vista hacia el techo y apretó el teléfono contra el hombro.

—Armstrong tiene que ir al Departamento de Trabajo —dijo—. Y quiere caminar.

SIETE

Del Departamento del Tesoro a las oficinas del Senado había exactamente tres kilómetros, y Froelich condujo todo el camino con una sola mano mientras hablaba por teléfono. El cielo era gris, el tráfico denso y el viaje lento. Aparcó junto a la boca de la carpa blanca en la calle Primera, apagó el motor y colgó el teléfono, todo al mismo tiempo.

—¿La gente del Departamento de Trabajo no puede venir aquí? —preguntó Reacher.

Ella negó con la cabeza:

—Es una cuestión política. Va a haber cambios allí y es más correcto que sea Armstrong el que haga el esfuerzo.

—¿Por qué quiere ir caminando?

—Porque le gusta el aire libre. Sentir el viento fresco. Y porque es terco.

—¿Exactamente a dónde tiene que ir?

Ella señaló hacia el oeste:

—A menos de un kilómetro en esa dirección. Digamos unos setecientos u ochocientos metros por el parque del Capitolio.

—¿Los ha llamado él o lo han llamado?

—Los ha llamado él. Se van a filtrar las malas noticias, así que está intentando adelantarse a la situación.

—¿Puedes evitar que vaya?

—En teoría sí —dijo—. Pero en realidad no quiero. Esa no es la clase de discusión que quiero tener ahora mismo.

Reacher se dio la vuelta y miró la calle que estaba a sus espaldas. Solo se veía el cielo gris y los coches que pasaban por la avenida Constitution.

—Entonces que vaya caminando —dijo—. Él los ha llamado. Nadie lo está haciendo salir. No es una trampa.

Ella miró hacia delante a través del parabrisas. Después giró y

miró más allá de Reacher, por la ventanilla que estaba de su lado, a lo largo del túnel. Abrió su teléfono y habló otra vez con la gente de su oficina. Usó abreviaturas y un torrente de jerga que Reacher no pudo seguir. Terminó la llamada y colgó.

—Haremos que venga un helicóptero de tráfico de la policía local —dijo—. Lo mantendremos a baja altura para que esté bien visible. Tendrá que pasar por la embajada de Armenia, así que pondremos allí algunos policías extra. Pasarán desapercibidos. Yo lo seguiré en el coche por la calle D, a cincuenta metros de distancia. Quiero que tú vayas por delante suyo, con los ojos bien abiertos.

—¿Cuándo vamos a hacer todo esto?

—En menos de diez minutos. Camina por esta calle y luego gira a la izquierda.

—Vale —dijo él.

Froelich arrancó otra vez el coche y avanzó para que Reacher pudiera bajarse en la acera fuera de la carpa. Bajó, se abrochó la cremallera de la chaqueta y se alejó caminando en medio del frío. Subió por la calle Primera y giró a la izquierda por la calle C. Había tráfico en la avenida Delaware delante de él y más allá llegaba a ver el parque del Capitolio. Había árboles bajos sin hojas y terrenos abiertos de césped marrón. Senderos de piedra de arenisca triturada. Una fuente en el centro. Un estanque a la derecha. A la izquierda y más allá, una especie de obelisco para conmemorar a alguien.

Esquivó los coches y cruzó Delaware corriendo. Llegó a la plaza. La arena crujía bajo sus pies. Hacía mucho frío. Las suelas de sus zapatos eran delgadas. Parecía como si hubiera cristales de hielo mezclados con las piedras en el suelo. Se detuvo un poco antes de llegar a la fuente. Miró a su alrededor. Los perímetros estaban bien. Hacia el norte había un terreno abierto, y luego un semicírculo con las banderas estatales, algún otro monumento y la mole de Union Station. Hacia el sur no había nada más que el edificio del Capitolio, a lo lejos, al otro lado de la avenida Constitution. De frente, hacia el oeste, había un edificio que asumió que era el Departamento del Trabajo. Dio la vuelta a la fuente con la mirada atenta a media distancia y no vio nada que le preocupara. Pocos lugares donde esconderse, ninguna ventana cerca. En el parque había gente, pero ningún asesino se pasa todo el día por ahí solo

por si la agenda de alguien cambia inesperadamente.

Siguió caminando. La calle C volvía a empezar al otro lado de la plaza, justo frente al obelisco. En realidad era más bien un bloque vertical. Había un cartel que lo señalaba: *Taft Memorial*. La calle C cruzaba la avenida New Jersey y después la avenida Louisiana. Había caminos peatonales. Tráfico rápido. Armstrong iba a pasar algún tiempo allí esperando que se abrieran los semáforos. La embajada de Armenia estaba de frente a la izquierda. Un coche patrulla se detuvo delante de la entrada. Aparcó junto al bordillo y se bajaron cuatro policías. Oyó un helicóptero a lo lejos. Se dio la vuelta y lo vio volando bajo, al norte y al oeste, recorriendo el espacio aéreo prohibido alrededor de la Casa Blanca. El Departamento del Trabajo estaba justo delante. Tenía muchas puertas laterales de lo más convenientes.

Cruzó la calle C hacia la acera norte. Volvió caminando cincuenta metros hasta donde podía ver la plaza. Esperó. El helicóptero permanecía quieto en el aire, lo suficientemente bajo como para resultar visible, lo suficientemente alto como para no resultar ensordecedor. Vio que la Suburban de Froelich giraba la esquina, muy pequeña a lo lejos. Se detenía y esperaba junto al bordillo. Reacher observaba a la gente. La mayoría andaba apresurada. Hacía demasiado frío para pasear. Vio a un grupo de hombres al otro lado de la fuente. Seis hombres con abrigos oscuros rodeaban a un séptimo que llevaba un chubasquero caqui. Caminaban por el medio del camino de piedra de arenisca. Los dos agentes que iban delante estaban alertas. Los demás iban muy juntos, como un escuadrón en movimiento. Pasaron la fuente y se dirigieron a la avenida New Jersey. Esperaron en el semáforo. Armstrong no llevaba sombrero. El viento le agitaba el pelo. Pasaban los coches. Nadie prestaba atención. Los conductores y los peatones ocupaban mundos distintos, basados en la relatividad del tiempo y el espacio. Froelich mantuvo las distancias. Su Suburban esperaba junto al bordillo cincuenta metros por detrás del grupo. El semáforo se puso en rojo y Armstrong y su equipo siguieron caminando. Hasta ahí todo iba bien. La operación estaba funcionando.

Y después dejó de funcionar.

Primero el viento hizo que el helicóptero de la policía se

moviera un poco de su posición. Después, cuando Armstrong y su equipo estaban a mitad de camino en el estrecho espacio triangular entre la avenida New Jersey y la avenida Louisiana, un peatón solitario los miró dos veces a diez metros de distancia. Era un hombre de mediana edad, flaco de tan abandonado, con barba y pelo largo, desaliñado. Llevaba un chubasquero con cinturón, viejo y grasiento. Se quedó completamente quieto durante una fracción de segundo y después se lanzó hacia Armstrong saltando con largas zancadas, agitando los brazos sin sentido y emitiendo un gruñido con la boca muy abierta. Los dos agentes que estaban más cerca corrieron a interceptarlo y los otros cuatro retrocedieron y se replegaron alrededor de Armstrong. Se movieron bruscamente y maniobraron hasta que los seis cuerpos quedaron entre aquel loco y Armstrong. Lo cual dejó a Armstrong completamente vulnerable en la dirección opuesta.

Reacher pensó *un señuelo* y giró sobre sus talones. No había nada allí. No había nada en ningún lado. Solo el paisaje urbano, quieto, frío, indiferente. Miró hacia las ventanas en busca de algún movimiento. Buscó algún destello de sol contra un cristal. Nada. Nada de nada. Miró los coches en las avenidas. Todos ajenos y moviéndose deprisa. Ninguno disminuía la velocidad. Se dio la vuelta y vio al loco en el suelo con los dos agentes que lo habían reducido encima y dos más que le apuntaban con sus armas. Vio cómo aceleraba la Suburban de Froelich y giraba rápido en la esquina. Cómo frenó de golpe junto a la acera y dos agentes sujetaron a Armstrong, lo movieron y lo subieron al asiento de atrás.

Pero la Suburban no fue a ningún lado. Simplemente se quedó allí con el tráfico moviéndose alrededor. El helicóptero volvió a su posición, perdió un poco de altitud y bajó para observar más de cerca. El ruido batía el aire. No sucedió nada. Después Armstrong se bajó del coche otra vez. Los dos agentes también se bajaron y le acompañaron hasta donde estaba el loco en el suelo. Armstrong se agachó. Apoyó los codos en sus rodillas. Parecía que estaba hablando. Froelich dejó el motor en marcha y se acercó a donde estaba. Levantó la mano y habló por el micrófono que tenía en la muñeca. Después de un largo rato un coche patrulla de la policía local giró en la esquina y se detuvo detrás de la Suburban.

Armstrong se puso de pie y miró cómo los dos agentes de las armas metían al tipo en la parte de atrás del coche de policía. El coche se fue, Froelich regresó a su Suburban y Armstrong se reagrupó con su escolta y siguió caminando hacia el Departamento del Trabajo. El helicóptero flotaba sobre de ellos. Cuando cruzaban finalmente la avenida Louisiana en un sentido, Reacher la cruzó en el otro y corrió hasta llegar al coche de Froelich. Ella estaba sentada en el asiento del conductor con la cabeza hacia el otro lado para ver cómo se alejaba Armstrong. Reacher dio unos golpecitos en la ventanilla y ella se dio la vuelta sorprendida. Vio quién era y bajó el cristal.

—¿Estás bien? —le preguntó Reacher.

Ella se dio la vuelta otra vez para mirar a Armstrong:

—Debo estar loca.

—¿Quién era ese tipo?

—Alguien de la calle. Indagaremos, pero te puedo decir desde ya que no está conectado. No hay manera. Si ese tipo hubiese mandado los mensajes todavía seguiríamos oliendo el *bourbon* en el papel. Armstrong quiso *hablarle*. Le dijo que le daba pena. Y después insistió en seguir con el paseo. Está loco. Y yo estoy loca por permitirlo.

—¿Va a volver caminando?

—Probablemente. Necesito que llueva, Reacher. ¿Por qué no llueve cada vez que uno quiere? Un verdadero diluvio de aquí a una hora me ayudaría mucho.

Reacher alzó la vista al cielo. Estaba gris y frío, pero las nubes eran altas e inofensivas. No iba a llover.

—Deberías decírselo —dijo.

Ella negó con la cabeza y se dio la vuelta para quedar frente a frente:

—No hacemos eso.

—Entonces deberías hacer que alguien de su equipo lo llame con la excusa de algo urgente. Así regresará en coche.

Ella negó con la cabeza otra vez:

—Está encargado de la transición. Él marca el paso. Nada es urgente a no ser que él lo diga.

—Entonces dile que es otro ensayo. Una nueva estrategia o algo así.

Froelich lo miró:

—Supongo que podría hacer eso. Todavía estamos en precampaña. Tenemos derecho a ensayar con él. Quizás.

—Inténtalo —dijo él—. El paseo de vuelta es más peligroso que el de ida. Habrá un par de horas en medio en las que alguien puede averiguar que lo va a hacer.

—Sube —dijo ella—. Tienes frío.

Reacher rodeó el capó de la Suburban y se subió del lado del acompañante. Se bajó la cremallera de la chaqueta y la mantuvo abierta para permitir que el aire caliente de la calefacción le entrara por dentro. Se quedaron ahí sentados observando hasta que Armstrong y sus guardaespaldas desaparecieron dentro del edificio del Trabajo. Froelich llamó inmediatamente a su oficina. Dejó instrucciones para que le informaran antes de que Armstrong fuera a moverse de nuevo. Después puso el coche en marcha, arrancó en dirección suroeste hacia el Ala Este de la Galería Nacional y pasó junto al estanque reflectante del Capitolio. Después dio un giro a la derecha en la avenida Independence.

—¿Adónde estamos yendo? —preguntó Reacher.

—A ningún lugar en particular —respondió ella—. Estoy matando el tiempo. Y tratando de decidir si debería renunciar hoy o seguir rompiéndome la cabeza.

Pasaron por delante de todos los museos y giraron a la izquierda en la calle 14. La Oficina de Grabado e Impresión se alzaba a la derecha, entre ellos y la Cuenca Tidal. Era un edificio grande y gris. Froelich detuvo el coche junto a la acera delante de la entrada principal. Dejó el motor en marcha y el pie en el freno. Miró hacia arriba a una de las ventanas altas de las oficinas.

—Joe pasó un tiempo allí —dijo—. Cuando estaban diseñando el nuevo billete de cien dólares. Pensaba que si iba a tener que protegerlo, le correspondía participar en el proceso. Fue hace mucho tiempo.

Tenía el cuello estirado y la cabeza hacia arriba. Reacher le miró la curva de su garganta. Vio cómo se juntaba con el lugar en el que se le abría la camisa. No dijo nada.

—A veces quedaba con él aquí —continuó—. O en las escalinatas del Monumento a Jefferson. Caminábamos alrededor del estanque, de noche. En primavera o en verano.

Reacher miró hacia la derecha. El Monumento estaba escondido entre los árboles sin hojas y se reflejaba perfectamente en el agua inmóvil.

—Lo quería mucho —dijo.

Reacher no dijo nada. Simplemente miró la mano que había dejado apoyada en el volante. Y la muñeca. Era delgada. Su piel era perfecta. Tenía un resto algo descolorido del bronceado del verano.

—Y tú eres muy parecido a él.

—¿Dónde vivía?

Ella lo miró:

—¿No lo sabes?

Silencio en el coche con el motor en marcha.

—Tenía un departamento en el Watergate —dijo ella.

—¿Alquilado?

Ella asintió:

—No tenía prácticamente nada. Como si fuera algo temporal.

—Iba a ser temporal. Los Reacher no compran propiedades. Creo que nunca tuvimos.

—La familia de tu madre sí. Tenían fincas en Francia.

—¿Sí?

—¿Tampoco sabías eso?

Él se encogió de hombros:

—Sabía que eran franceses, obviamente. No estoy seguro de haber oído hablar de su situación inmobiliaria.

Froelich levantó el pie del freno, miró por el espejo retrovisor, aceleró el motor y se incorporó al tráfico otra vez.

—Qué idea más rara teníais de la familia —dijo.

—En esa época parecía normal —dijo él—. Creíamos que todas las familias eran así.

Sonó el teléfono de ella. Una vibración electrónica grave en medio del coche en silencio. Lo cogió. Escuchó un momento, dijo «vale» y colgó.

—Neagley —dijo—. Ya ha terminado con el personal de limpieza.

—¿Ha conseguido sacarles algo?

—No dijo. Nos vamos a ver en la oficina.

Dio la vuelta al sur de la Explanada Nacional y siguió hacia el norte por la calle 14. Le sonó otra vez el teléfono. Lo cogió como

pudo con una sola mano y escuchó mientras conducía. No dijo nada y colgó. Miró el tráfico que tenía delante en la calle.

—Armstrong está listo para regresar —dijo—. Voy a ir a intentar que vuelva conmigo en el coche. Te dejaré en el garaje.

Descendió por la rampa y detuvo el coche el tiempo justo para que Reacher se bajara. Después dio la vuelta en el espacio abarrotado y subió otra vez hacia la calle. Reacher encontró la puerta con la ventana de cristal armado y subió las escaleras hasta el vestíbulo del ascensor. Subió hasta el tercer piso y se encontró a Neagley esperando en recepción. Estaba sentada erguida en una silla de cuero.

—¿Stuyvesant anda por aquí? —le preguntó Reacher.

Ella negó con la cabeza:

—Ha ido aquí al lado. A la Casa Blanca.

—Quiero ver la cámara de seguridad.

Juntos pasaron al lado del mostrador, hacia el fondo de la planta y salieron a la sala cuadrada delante de la oficina de Stuyvesant. La secretaria estaba en el escritorio con el bolso abierto. Tenía en las manos un espejo diminuto de carey y un brillo de labios. La pose hacía que pareciera humana. Eficiente, sin duda, pero también un alma vieja y buena. Los vio llegar y guardó sus cosméticos deprisa, como si le diera vergüenza que la pillaran usándolos. Reacher miró por encima de donde estaba ella hacia la cámara de seguridad. Neagley miró la puerta de Stuyvesant. Después miró a la secretaria.

—¿Se acuerda de la mañana en la que apareció el mensaje allí dentro? —le preguntó.

—Por supuesto que sí —dijo la secretaria.

—¿Por qué el señor Stuyvesant dejó su maletín aquí fuera?

La secretaria lo pensó un instante:

—Porque era jueves.

—¿Qué pasa los jueves? ¿Tiene alguna reunión temprano?

—No, su mujer viaja a Baltimore, martes y jueves.

—¿Qué relación hay entre una cosa y otra?

—Hace trabajo voluntario en un hospital de allí.

Neagley la miró directo a los ojos:

—¿Y eso qué tiene que ver con el maletín de su marido?

—Va conduciendo —dijo la secretaria—. Se lleva el coche. Solo tienen uno. Tampoco cuentan con un vehículo del departamento,

porque el señor Stuyvesant ya no está operativo. Así que tiene que venir a trabajar en el metro.

Neagley miró de manera inexpresiva:

—¿El metro?

La secretaria asintió:

—Tiene un maletín especial para los martes y los jueves porque se ve obligado a apoyarlo en el suelo de los vagones del metro. No haría eso con su maletín normal, porque piensa que se le ensucia.

Neagley se quedó quieta. Reacher repasó mentalmente los vídeos, Stuyvesant yéndose el miércoles por la noche, regresando temprano el jueves por la mañana.

—No he notado ninguna diferencia —dijo—. A mí me pareció el mismo maletín.

La secretaria asintió de nuevo.

—Son dos artículos idénticos —dijo—. La misma marca, la misma antigüedad. No le gusta que la gente lo note. Pero uno es para su coche y el otro para el vagón del metro.

—¿Por qué?

—Odia la suciedad. Creo que le tiene miedo. Los martes y los jueves no entra en su oficina con el maletín para el vagón del metro bajo ningún concepto. Lo deja aquí fuera todo el día y yo le tengo que ir llevando las cosas que hay dentro. Si ha llovido también deja los zapatos fuera. Como si su oficina fuera un templo japonés.

Neagley miró a Reacher. Hizo una mueca.

—Es una excentricidad inofensiva —dijo la secretaria. Luego bajó la voz, como si la pudieran escuchar desde la Casa Blanca—. Y totalmente innecesaria, para mí. El metro del D. C. es famoso por ser el más limpio del mundo.

—Vale —dijo Neagley—. Pero es raro.

—Es inofensivo —dijo la secretaria otra vez.

Reacher perdió el interés, fue detrás de donde ella se sentaba y miró la salida de emergencia. Tenía una barra de empuje de acero a la altura de la cintura, como lo requerían, sin duda, las leyes municipales de edificación. Apoyó los dedos en la barra y esta se hundió con una precisión suave. Presionó un poco más fuerte, se plegó contra la madera pintada y la puerta se abrió. Era un producto pesado e ignífugo y había tres bisagras grandes de acero que sostenían su peso. Entró al espacio pequeño y cuadrado de la

escalera. La escalera era de hormigón, más nueva que la piedra del edificio. Subía a los pisos más altos y bajaba al nivel de la calle. Tenía un pasamanos de acero. Había unas tenues luces de emergencia detrás de un cristal en unas jaulas de alambre. Claramente durante la modernización se habían apropiado de un espacio estrecho al fondo del edificio y lo habían consagrado a un sistema de evacuación completo.

Al otro lado la puerta tenía un picaporte normal que accionaba el mismo pestillo que la barra de empuje. Tenía una cerradura, pero sin llave. Giraba fácilmente. *Tiene sentido*, pensó. El edificio era seguro en todo su conjunto. No había necesidad de que cada piso estuviera aislado. Dejó que la puerta se cerrara a sus espaldas y esperó un segundo en la escalera, en medio de la penumbra. Hizo girar el picaporte, abrió otra vez la puerta y regresó a lo luminoso de la secretaría, un paso. Se giró y alzó la vista hacia la cámara de seguridad. Estaba allí mismo por encima de su cabeza, puesta de tal manera que podría verlo en cuanto diera un segundo paso. Avanzó unos centímetros y dejó que la puerta se cerrara a sus espaldas. Miró otra vez la cámara. Ahora ya lo estaría viendo. Y le quedaban todavía casi tres metros por recorrer antes de llegar a la puerta de Stuyvesant.

—El personal de limpieza dejó el mensaje allí —dijo la secretaria—. Es la única explicación posible.

Después sonó el teléfono, se disculpó amablemente y lo cogió. Reacher y Neagley regresaron caminando por el laberinto de pasillos y dieron con la oficina de Froelich. Estaba tranquila, oscura y vacía. Neagley encendió los halógenos y se sentó en la silla del escritorio. No había otra, así que Reacher se sentó en el suelo con las piernas estiradas y la espalda apoyada contra un lado de un archivador.

—Háblame del personal de limpieza —dijo.

Neagley repiqueó con los dedos en el escritorio. El cliqueteo de las uñas se alternaba con unos golpecitos como de papel que hacían las yemas de sus dedos.

—Los tres tienen abogados —dijo—. Se los mandó el departamento, uno a cada uno. Conocen perfectamente sus derechos. Están totalmente protegidos. Maravilloso, ¿no? ¿El mundo civil?

—Grandioso. ¿Qué te dijeron?

—No mucho. Mantuvieron la boca cerrada. Muy tercos. Pero también muy preocupados. Están entre la espada y la pared. Obviamente revelar quién les dijo que dejaran el papel ahí les asusta tanto como perder el trabajo y quizás ir a la cárcel. No pueden ganar. No fue muy bonito.

—¿Mencionaste el nombre de Stuyvesant?

—Alto y claro. Conocen su nombre, obviamente, pero no estoy segura de que sepan específicamente quién *es*. Son trabajadores del turno de noche. Lo único que ven son un montón de oficinas. No ven gente. No reaccionaron ante el nombre en absoluto. No reaccionaron ante nada, realmente. Solo se quedaron ahí sentados, muertos de miedo, mirando a sus abogados, sin decir ni una palabra.

—Estás de capa caída. Por lo que recuerdo, a ti nunca nadie se te resistía.

Ella asintió:

—Te lo dije, me estoy haciendo vieja. No pude entrarles por ningún lado. Con los abogados no había manera, la verdad. El sistema judicial civil es muy poco apetecible. Nunca me sentí tan desconectada.

Reacher no dijo nada. Miró su reloj.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Neagley.

—Esperar —respondió él.

La espera fue lenta. Froelich regresó una hora y media después e informó de que Armstrong estaba otra vez a salvo en su oficina. Lo había convencido para que fuera con ella en el coche. Le dijo que entendía que prefiriera caminar, pero recalcó que su equipo necesitaba algunos ajustes operativos y que no había mejor momento que ese para hacerlos. Lo puso en una situación en la que negarse habría parecido un capricho de *prima donna*, y Armstrong no era así, por lo que se subió a la Suburban bastante contento. El traslado a través de la carpa por las Oficinas del Senado había transcurrido sin incidentes.

—Ahora haz tus llamadas —dijo Reacher—. Corrobora si ha sucedido algo que debamos saber.

Froelich habló primero con la policía del D. C. Tenían una lista de infracciones y delitos urbanos habituales, pero habría sido una

exageración catalogar cualquiera de ellos como una demostración de la vulnerabilidad de Armstrong. Pidió que le pasaran con la comisaría en la que estaba el loco y le hicieron un largo informe verbal de su situación. Colgó y negó con la cabeza.

—No está conectado —dijo—. Lo conocían. Coeficiente mental por debajo de ochenta, alcohólico, duerme en la calle, apenas sabe leer y escribir y las huellas dactilares no coinciden. Tiene una montaña de antecedentes por saltar encima de cualquiera que haya visto en los periódicos con los que se abriga para dormir. Tiene algún tipo de desorden bipolar. Sugiero que nos olvidemos del tema.

—Vale —dijo Reacher.

Entonces Froelich abrió la base de datos del Centro Nacional de Información Criminal y revisó las entradas recientes. Llegaban a raudales de todas partes del país, a una media de más de una por segundo. Más rápido de lo que alcanzaba a leer.

—No tiene sentido —dijo—. Tendremos que esperar hasta medianoche.

—O hasta la una de la mañana —dijo Neagley—. Podría suceder en la hora central, allá en Bismarck. Podrían dispararle a su casa. O tirar una piedra por la ventana.

Así que Froelich llamó a la policía de Bismarck y pidió que se le notificara inmediatamente cualquier cosa que pudiera tener la mínima conexión con algo de interés para Armstrong. Después le hizo la misma petición a la Policía Estatal de Dakota del Norte, y al FBI en todo el país.

—Quizás no suceda —dijo.

Reacher miró para otro lado. *Te conviene que sí*, pensó.

Alrededor de las siete de la tarde el complejo de oficinas comenzaba a tranquilizarse. La mayoría de las personas que se veían en los pasillos se dirigían en una sola dirección, hacia la salida principal. Llevaban chubasqueros, bolsas y maletines.

—¿Ya habéis dejado el hotel? —preguntó Froelich.

—Sí —dijo Reacher.

—No —dijo Neagley—. Soy una pésima invitada.

Froelich hizo una pausa, un poco confundida. Pero a Reacher no le sorprendió. Neagley era una persona muy solitaria. Siempre había sido así. No sabía por qué.

—Vale —dijo Froelich—. Pero deberíamos tomarnos un rato libre. Descansar y volvernos a encontrar más tarde. Os dejaré a vosotros y después iré a intentar que Armstrong llegue bien a casa.

Bajaron juntos al garaje y Froelich encendió la Suburban y llevó a Neagley al hotel. Reacher caminó con ella hasta el puesto del jefe de botones y pidió su ropa de Atlantic City. Estaba guardada con sus zapatos viejos, su cepillo de dientes y su maquinilla de afeitar, doblada dentro de una bolsa de basura negra que había sacado del carrito de una empleada de limpieza. Al botones no le impresionó. De cualquier modo, la llevó hasta la Suburban, donde Reacher la recogió y le dio un dólar. Luego volvió a subir al lado de Froelich y ella arrancó. Hacía frío, estaba oscuro y húmedo, y había mucho tráfico. Atascos por todas partes. Largas filas de luces de freno rojas se movían delante de ellos, largas filas de luces delanteras blancas se movían hacia ellos. Se dirigieron al sur cruzando el puente de la calle II y se enfrentaron al laberinto de calles hasta la casa de Froelich. Ella aparcó en doble fila con el motor en marcha y moviendo las manos frente al volante sacó de su llavero la llave de la puerta. Se la dio a Reacher.

—Volveré en un par de horas —le dijo—. Siéntete como en casa.

Él cogió su bolsa, se bajó y vio cómo se alejaba. Ella giró a la derecha para volver al norte por un puente distinto y desapareció de su vista. Él cruzó la acera y abrió la puerta. La casa estaba oscura y cálida. Olía a ella. Cerró la puerta tras de sí y buscó el interruptor. Una bombilla de bajo voltaje se encendió dentro de la pantalla amarilla de una lámpara sobre una cómoda. Emitía una luz suave y tenue. Dejó la llave junto a ella, dejó la bolsa al pie de la escalera y entró en la sala de estar. Encendió la luz. Fue hasta la cocina. Miró a su alrededor.

Detrás de una puerta había una escalera que llevaba a un sótano. Se quedó quieto un segundo, con su habitual curiosidad fastidiándole. Era un acto reflejo, como respirar. ¿Pero era adecuado revisar la casa de su anfitriona? ¿Solo por costumbre? *Claro que no*. Pero no se pudo resistir. Bajó las escaleras, encendiendo las luces a su paso. El sótano era un espacio oscuro con paredes de hormigón viejo y liso. Había un calentador y un descalcificador de agua. Una lavadora y una secadora. Estanterías. Maletas viejas. Muchos trastos diferentes amontonados por todas

partes, pero nada relevante. Volvió a subir. Apagó las luces. Frente a la escalera había un espacio cerrado, justo al lado de la cocina. Era más grande que un armario, pero más pequeño que una habitación. Quizás originalmente fuera una despensa. Lo habían habilitado como un pequeño estudio. Había una silla giratoria, un escritorio y estanterías, todo un poco usado. Parecían las versiones caseras de muebles de oficina de verdad, más desgastados y con marcas. Quizás eran de segunda mano. Había un ordenador bastante viejo. Tenía una impresora de inyección conectada mediante un cable grueso. Volvió a la cocina.

Revisó todos los sitios en los que las mujeres suelen guardar cosas en las cocinas, y encontró quinientos dólares en billetes de distinto valor dentro de una cacerola de barro en un estante alto dentro de un armario. Dinero de emergencia. Quizás una antigua precaución contra el efecto 2000 que decidió mantener. Encontró una Beretta M9 nueve milímetros en un cajón, cuidadosamente escondida debajo de un montón de manteles individuales. Era vieja y estaba rayada y manchada con aceite seco de forma irregular. Probablemente fuera un excedente del ejército que fue redistribuido a otro departamento del gobierno. Un artículo de alguna generación anterior del Servicio Secreto, sin duda. Estaba descargada. Faltaba el cargador. Abrió el siguiente cajón a la izquierda y apoyó la mano sobre cuatro repuestos colocados en fila debajo de un guante de cocina. Estaban todos cargados con cartuchos encamisados estándar. Buenas y malas noticias. La colocación era inteligente. Coges el arma con la mano derecha, accedes a los cargadores con la izquierda. Parece ergonómico. Pero guardar los cargadores con las balas era una mala idea. Si se dejan mucho tiempo sin usar, el muelle que está dentro del cargador se acostumbra a estar comprimido y no funciona correctamente. Se atascan más armas por resortes de los cargadores cedidos que por cualquier otro motivo. Es mejor tener el arma con un solo cartucho en la recámara y las demás balas sueltas. Así se puede disparar una vez con la mano derecha mientras que con el pulgar de la izquierda se rellena el cargador vacío. No es la velocidad ideal, pero es mucho mejor que apretar el gatillo y no escuchar nada más que un clic sordo.

Cerró los cajones de la cocina y volvió a la sala de estar. Allí no había nada: un libro hueco en las estanterías, pero sin nada dentro.

Encendió el televisor: funcionaba. Una vez conoció a un tipo que escondía cosas dentro de un televisor al que le había sacado todas las piezas. Habían registrado su casa ocho veces antes de que a alguien se le ocurriera revisar que todo era exactamente lo que parecía ser.

En el recibidor no había nada. Nada pegado con celo debajo de los cajones de la cómoda. Nada en los baños. Nada relevante en los dormitorios, salvo una caja de zapatos debajo de la cama de Froelich. Estaba llena de cartas con la dirección escrita con la letra de Joe. Las devolvió a su sitio sin leerlas. Volvió a bajar y subió su bolsa de basura a la habitación de invitados. Decidió que esperaría una hora y comería solo si ella todavía no había vuelto. Pediría otra vez sopa agridulce y General Tso. Le había gustado. Dejó sus cosas de aseo junto al lavabo. Colgó su ropa de Atlantic City en el armario, al lado de los trajes abandonados de Joe. Los miró, se quedó delante un buen rato, eligió uno al azar y lo descolgó de la barra.

La funda de plástico se rompió al sacarla. Estaba dura y quebradiza. La etiqueta interior de la chaqueta del traje tenía una sola palabra italiana bordada en letra elegante. No reconocía la marca. La tela era una especie de lana fina. Era de color gris muy oscuro y tenía un ligero brillo. El forro era de acetato que imitaba una seda roja oscura. Quizás *era* seda. Tenía una marca de agua. No tenía abertura por detrás. La dejó en la cama y apoyó el pantalón al lado. Era muy simple. Sin pinzas, sin dobladillo.

Volvió al armario y sacó una camisa. Le quitó el plástico. Era una tela de paño fino de color blanco inmaculado. Sin botones en el cuello. Tenía una pequeña etiqueta en la parte interior del cuello con dos nombres en cursiva, muy difíciles de leer. *Alguien el Alguien*. O un exclusivo sastre de Londres o la imitación de un taller clandestino. La tela era gruesa. No gruesa como la ropa de faena, pero bastante pesada.

Se desató los zapatos. Se sacó la chaqueta y los pantalones vaqueros y los dobló encima de la silla. Encima puso la camiseta y los calzoncillos. Fue al baño y abrió el agua. Se metió en la ducha. Había jabón y champú. El jabón estaba seco y duro como una piedra y el bote de champú se había atascado con restos viejos. Claramente Froelich no solía tener invitados. Puso el bote bajo el

chorro de agua caliente y lo abrió a la fuerza. Se lavó el pelo y se enjabonó el cuerpo. Se inclinó hacia fuera, cogió la maquinilla y se afeitó minuciosamente. Se aclaró entero, salió, mojó el suelo y buscó una toalla. Encontró una en un aparador. Era gruesa y nueva. Demasiado nueva para cumplir bien su función. No secaba, solo le deslizaba el agua por la piel. La usó lo mejor que pudo y después se la ató en la cintura y se peinó con la mano.

Volvió a la habitación y cogió la camisa de Joe. Dudó un segundo y después se la puso. Le levantó el cuello y abrochó el primer botón. Se la abotonó hacia abajo. Abrió la puerta del armario y se miró al espejo para ver cómo le quedaba. Le estaba perfecta, más o menos. Parecía hecha a su medida. Se abrochó los puños. El largo de manga era excelente. Se giró hacia la izquierda y hacia la derecha. Vio un estante detrás de la barra. El espacio que habían dejado el traje y la camisa le permitió verlo. Había corbatas cuidadosamente enrolladas y colocadas una al lado de otra. Paquetes de papel de seda de una lavandería, cerrados con etiquetas autoadhesivas. Abrió uno y encontró un montón de *boxers* blancos limpios. Abrió otro y encontró calcetines negros doblados por pares.

Se acercó otra vez a la cama y se vistió con la ropa de su hermano. Eligió una corbata granate oscuro con un estampado discreto. Británico, como si representara a una asociación de regimiento o a uno de esos colegios caros. Se la puso y dobló hacia abajo el cuello de la camisa. Se puso unos *boxers* y unos calcetines. Se puso el pantalón de traje. Se encogió de hombros dentro de la chaqueta. Se puso sus zapatos nuevos y con el papel de seda desechado les limpió algunas marcas que tenían. Se levantó y volvió al espejo. El traje le quedaba muy bien. Quizás un poco largo de brazos y piernas, porque él era un poco más bajo que Joe. Quizás un poco ajustado, porque era un poco más ancho. Pero en conjunto, el traje le daba un aspecto muy impresionante. Parecía una persona completamente distinta. Más mayor. Con más autoridad. Más serio. Más parecido a Joe.

Se agachó y cogió la caja de cartón que estaba en el suelo del armario. Era pesada. Entonces escuchó un ruido abajo en el recibidor. Había alguien fuera, en la entrada, golpeando la puerta. Dejó la caja otra vez debajo de la barra y bajó las escaleras. Abrió. Era Froelich. Estaba allí de pie en medio de la neblina nocturna con

la mano levantada lista para golpear de nuevo. La luz de la calle que le llegaba desde atrás hizo que su cara le quedara en la sombra.

—Te he dado mi llave —dijo.

Él dio un paso hacia atrás y ella dio uno hacia delante. Froelich alzó la vista y se quedó inmóvil. Tanteó a sus espaldas, cerró la puerta y apoyó en ella todo su peso. Solamente lo miró. Tenía algo en la mirada. Asombro, miedo, pánico, duda, Reacher no lo sabía.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Pensé que eras Joe —respondió ella—. Solo por un segundo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y echó la cabeza hacia atrás contra la madera de la puerta. Pestañeó como para contenerlas, lo volvió a mirar y rompió a llorar. Él se quedó quieto un segundo y después se acercó a ella y la abrazó. Ella dejó caer su bolso y se hundió en su pecho.

—Lo siento mucho —dijo él—. Me he probado su traje.

Ella no dijo nada. Simplemente lloraba.

—Ha sido una estupidez, supongo —dijo él.

Ella movió la cabeza, pero él no supo si estaba diciendo *sí, fue una estupidez* o *no, no fue una estupidez*. Cerró los brazos alrededor de su cuerpo y los mantuvo ahí. Él le puso una mano en la parte baja de la espalda y con la otra le acarició el pelo. Estuvieron así varios minutos. Ella contuvo las lágrimas, tragó saliva dos veces y se alejó de él. Se secó los ojos con el dorso de la mano.

—No es culpa tuya —dijo.

Él no dijo nada.

—Parecías tan real. Yo le compré esa corbata.

—Debería haberlo pensado —dijo Reacher.

Ella se agachó hacia el bolso y se irguió con un pañuelo de papel en la mano. Se sonó la nariz y se colocó el pelo.

—Ay Dios mío —dijo.

—Lo siento mucho —repitió él.

—No te preocupes —dijo ella—. Voy a estar bien.

Él no dijo nada.

—Estabas tan guapo, es eso —dijo ella—. Ahí de pie.

Lo miró abiertamente. Después estiró los brazos y le ajustó la corbata. Tocó una marca en la camisa donde las lágrimas la habían humedecido. Pasó los dedos por la parte interior de las solapas de la

chaqueta. Se puso de puntillas, rodeó su cuello con las manos y lo besó en la boca.

—Qué rico —dijo, y lo besó de nuevo, más fuerte.

Él se quedó paralizado un segundo y después también la besó. Fuerte. La boca de ella estaba fresca. Su lengua era ágil. Tenía un leve sabor a barra de labios. Sus dientes eran pequeños y suaves. Pudo oler su perfume en la piel y en el pelo. Puso una mano en su costado y la otra detrás de su cabeza. Sintió su pecho contra el suyo. Sus costillas, cediendo un poco bajo su mano. Su pelo entre los dedos. La mano de ella estaba fría e inquieta en su nuca. Los dedos peinaban suavemente hacia arriba el pelo que empezaba a crecerle por fuera del corte. Sintió sus uñas en la piel. Él le subió la mano por la espalda. Entonces ella dejó de moverse. Se quedó quieta. Se apartó. Respiraba agitada. Tenía los ojos cerrados. Se llevó el dorso de la mano a la boca.

—No deberíamos hacer esto —dijo.

Él la miró:

—Probablemente no —respondió.

Ella abrió los ojos. No dijo nada.

—¿Y qué deberíamos hacer? —preguntó él.

Ella se echó a un lado y pasó a la sala de estar:

—No lo sé —contestó—. Cenar, supongo. ¿Me has esperado?

Él la siguió:

—Sí —dijo—. Te he esperado.

—Eres muy parecido a él —dijo ella.

—Lo sé —dijo él.

—¿Sabes a qué me refiero?

Él asintió:

—Lo que viste en él lo ves en mí, un poco.

—¿Pero *eres* como él?

Él sabía exactamente lo que le estaba preguntando. *¿Veían las cosas del mismo modo? ¿Compartían gustos? ¿Les atraían las mismas mujeres?*

—Como ya te he dicho —dijo—. Hay semejanzas. Y hay diferencias.

—Eso no es una respuesta.

—Está muerto —dijo Reacher—. Eso sí es una respuesta.

—¿Y si no estuviera muerto?

—Entonces muchas cosas serían distintas.

—Supongamos que nunca lo hubiese conocido. Supongamos que yo hubiese dado contigo por otras vías.

—Entonces podría no estar aquí.

—Supongamos que sí.

Él la miró. Respiró hondo, contuvo la respiración y la dejó salir.

—Entonces dudo que estuviésemos hablando de la cena —dijo.

—Quizás no serías un sustituto —dijo ella—. Quizás tú serías el de verdad y Joe el sustituto.

Él no dijo nada.

—Es muy raro esto —dijo ella—. No lo podemos hacer.

—No —dijo él—. No podemos.

—Fue hace mucho tiempo —dijo ella—. Seis años.

—¿Armstrong está bien?

—Sí —respondió ella—. Está bien.

Reacher no dijo nada.

—Nos separamos, te acuerdas —dijo ella—. Un año antes de que muriera. No es que yo sea su triste viuda o algo así.

Reacher no dijo nada.

—Y tú tampoco eres el hermano afligido —añadió—. Apenas lo conocías.

—¿Eso te molesta?

Ella asintió:

—Era un hombre solitario. Necesitaba a alguien. Así que me molesta un poco, sí.

—Ni la mitad de lo que me molesta a mí.

Ella no respondió. Simplemente movió la muñeca y miró la hora. Fue un gesto extraño, así que él también miró la hora en su reloj. El minutero marcaba las nueve y media exactas. Su teléfono móvil sonó dentro del bolso abierto, fuera en el recibidor. Resultó muy ruidoso en medio del silencio.

—Mi gente informando —dijo—. Desde la casa de Armstrong.

Volvió al recibidor, se agachó y atendió la llamada. Colgó sin hacer ningún comentario.

—Todo tranquilo —dijo—. Les dije que me llamaran cada hora.

Él asintió. Ella miraba a cualquier parte menos a él. El momento se había esfumado.

—¿Pedimos comida china otra vez?

—Por mí está bien —dijo él—. Lo mismo.

Ella llamó desde la cocina y desapareció escaleras arriba para darse una ducha. Él esperó en la sala de estar y recibió la comida del repartidor cuando finalmente apareció. Ella bajó y comieron uno a cada lado de la mesa de la cocina. Ella preparó café y bebieron dos tazas cada uno, despacio, sin hablar. Su teléfono sonó otra vez a las diez y media en punto. Lo tenía a su lado en la mesa y contestó de inmediato. Solo un mensaje breve.

—Todo tranquilo —dijo—. Hasta aquí todo va bien.

—Deja de preocuparte —dijo él—. Solo mediante una incursión aérea podrían derribarlo en su casa.

Ella sonrió de repente:

—¿Te acuerdas de Harry Truman?

—Mi presidente favorito —dijo Reacher—. Por lo que sé de él.

—También el nuestro —dijo—. Por lo que *nosotros* sabemos de él. Una vez, alrededor de 1950, vivió en la Blair House, al otro lado de la avenida Pennsylvania, mientras remodelaban la Casa Blanca. Dos hombres fueron ahí a matarlo. A uno lo redujeron los policías en la calle, pero el otro llegó hasta la puerta. Nuestra gente tuvo que sacar a *Truman* de encima del asesino. Decía que iba a quitarle la pistola y se la iba a meter por el culo.

—Truman era así.

—Puedes apostar que sí. Deberías escuchar algunas de las historias que se cuentan.

—¿Armstrong será así?

—Quizás. Supongo que depende de cómo le afecte el momento. Físicamente es bastante delicado, pero no es cobarde. Y yo lo he visto muy enfadado.

—Y parece ser bastante fuerte.

Froelich asintió. Miró la hora:

—Deberíamos regresar a la oficina. Comprobar si ha sucedido algo en otro sitio. Tú llama a Neagley mientras yo recojo aquí. Dile que esté lista en veinte minutos.

Antes de las once y cuarto estaban de vuelta en la oficina. Los registros de mensajes estaban en blanco. Nada relevante del departamento de policía del D. C. Nada de Dakota del Norte, nada del FBI. La base de datos del Centro Nacional de Información Criminal seguía recibiendo actualizaciones. Froelich empezó a ojear

los informes del día. No encontró nada interesante. Le sonó el teléfono a las once y media. En Georgetown todo estaba en paz y tranquilo. Regresó al ordenador. Nada que hacer. Dieron las doce de la noche. El lunes terminó y empezó el martes. Llegó otra vez Stuyvesant. Apareció en la puerta como había hecho otras veces. No dijo nada. La única silla que había era la de Froelich. Stuyvesant se apoyó contra el marco. Reacher estaba sentado en el suelo. Neagley encaramada en un archivador.

Froelich esperó diez minutos y llamó a la policía del D. C. No tenían nada que transmitir. Llamó al Edificio Hoover y el FBI le dijo que en el este no había pasado nada importante antes de medianoche. Se quedó otra vez frente a la pantalla del ordenador. De vez en cuando leía en voz alta algunas de las cosas que le llegaban, pero ni Stuyvesant ni Reacher ni Neagley lograban encontrarles ninguna conexión con una potencial amenaza a Armstrong. El reloj avanzó hasta la una de la mañana. Medianoche, hora central. Llamó a la comisaría de Bismarck. No tenían nada que decirle. Llamó a la Policía Estatal de Dakota del Norte. Nada de nada. Probó otra vez con el FBI. No habían recibido nada de ninguna de sus oficinas locales en los últimos sesenta minutos. Colgó el teléfono y alejó la silla del escritorio. Exhaló.

—Bueno, eso es todo —dijo—. No ha pasado nada.

—Excelente —dijo Stuyvesant.

—No —dijo Reacher—. No es excelente. No es para nada excelente. Es la peor noticia que podríamos haber recibido.

OCHO

Stuyvesant los condujo otra vez a la sala de reuniones. Neagley caminó al lado de Reacher, hombro con hombro por los pasillos estrechos.

—Buen traje —susurró.

—El primero que me pongo en mi vida —susurró él—. ¿Estamos de acuerdo con esto?

—Estamos de acuerdo y sin trabajo, probablemente —dijo ella —. Es decir, si estás pensando lo mismo que yo.

Doblaron la esquina. Siguieron caminando. Stuyvesant se detuvo y los hizo pasar a la sala de reuniones. Entró detrás de ellos, encendió las luces y cerró la puerta. Reacher y Neagley se sentaron juntos a un lado de la mesa larga y Stuyvesant se sentó junto a Froelich al otro, como si anticipara que la conversación iba a tener un componente antagónico.

—Explíquese —dijo.

Un segundo de silencio.

—Definitivamente, esto no es un trabajo interno —dijo Neagley.

Reacher asintió:

—Aunque nos engañamos a nosotros mismos al pensar que tenía que ser una cosa o la otra. Fueron siempre las dos. Pero el planteamiento fue útil. La verdadera pregunta es hacia qué lado se inclina la balanza. ¿Es un trabajo fundamentalmente interno con una insignificante ayuda externa? ¿O es básicamente un trabajo externo con una ayuda insignificante desde dentro?

—¿Cuál sería esa ayuda insignificante? —preguntó Stuyvesant.

—Alguien potencialmente de dentro necesitaría una huella de pulgar que no fuera la suya. Alguien potencialmente de fuera necesitaría una forma de meter el segundo mensaje en el edificio.

—¿Y han llegado a la conclusión de que es alguien de fuera?

Reacher asintió otra vez:

—Lo cual es la peor noticia que podríamos haber recibido. Porque mientras alguien de dentro por ahí rondando no es más que una molestia, alguien de fuera es un verdadero peligro.

Stuyvesant miró hacia otro lado:

—¿Quién?

—No tengo idea —dijo Reacher—. Simplemente alguien de fuera con una conexión puntual con alguien de dentro, suficiente como para introducir el mensaje, nada más.

—Y ese alguien de dentro sería uno de los de la limpieza.

—O los tres —apuntó Froelich.

—Eso creo, sí —dijo Reacher.

—¿Está seguro de ello?

—Totalmente.

—¿Por qué? —preguntó Stuyvesant.

Reacher se encogió de hombros:

—Por muchos motivos —respondió—. Algunos pequeños, uno grande.

—Explíquese —dijo Stuyvesant otra vez.

—Yo busco la sencillez —dijo Reacher.

Stuyvesant asintió:

—Yo también. Si oigo ruido de cascos, pienso en caballos, no en cebras. Pero la explicación simple aquí es que alguien de dentro intenta fastidiar a Froelich.

—En realidad no —dijo Reacher—. El método elegido es demasiado complejo para eso. Si quisieran fastidiar a Froelich, harían las cosas más típicas. Las más fáciles. Estoy seguro de que todos lo hemos visto. Misteriosos fallos en las comunicaciones, ordenadores bloqueados, llamadas de falsa alarma de direcciones inexistentes en la peor parte de la ciudad: ella llega, pide refuerzos, no aparece nadie, se asusta, entra en pánico en la radio, alguien lo graba y hace circular la grabación. Cualquier departamento de las fuerzas de seguridad tiene una montaña de ejemplos.

—¿Incluyendo la policía militar?

—Claro. En especial con oficiales mujeres.

Stuyvesant negó con la cabeza:

—No —dijo—. Eso es una conjetura. Lo que estoy preguntando es cómo lo *sabe*.

—Lo sé porque hoy no pasó nada.

—Explíquese —dijo Stuyvesant por tercera vez.

—Este es un adversario inteligente —respondió Reacher—. Es brillante y está seguro de sí mismo. Él *manda*. Pero amenazó con algo y no lo cumplió.

—¿Entonces? Falló, ya está.

—No —dijo Reacher—. Ni siquiera lo *intentó*. Porque no sabía que tenía que hacerlo. Porque no sabía que su carta había llegado hoy.

Silencio en la sala.

—Esperaba que llegara mañana —dijo Reacher—. La echaron al correo el viernes. De viernes a lunes es muy poco tiempo para el correo de Estados Unidos. Fue una casualidad. Contaba con que llegara el martes.

Nadie dijo nada.

—Es alguien de fuera —continuó Reacher—. No tiene ninguna conexión directa con el departamento y por lo tanto no sabe que su amenaza llegó con un día de anticipación, de lo contrario la hubiese cumplido, *seguro*. Porque es un arrogante hijo de puta, y no habría querido defraudarse a sí mismo. Cuenten con eso. Así que está ahí fuera en algún lado, esperando para cumplir su amenaza a que sea mañana, exactamente cuando creía que tenía que hacerlo.

—Genial —dijo Froelich—. Mañana hay otra recepción para las personas que aportaron dinero a la campaña.

Stuyvesant permaneció callado un instante.

—¿Y qué sugiere? —preguntó.

—La tenemos que cancelar —respondió Froelich.

—No, me refería a la estrategia a largo plazo —dijo Stuyvesant —. Y no podemos cancelar *nada*. No podemos rendirnos así como así y asumir que no podemos proteger a nuestro jefe.

—Tienen que aguantar —dijo Reacher—. Será solo una demostración. Pensada para atormentarlos. Mi opinión es que va a evitar a Armstrong por completo. Se dirigirá hacia algún lugar en el que haya estado o en el que va a estar en algún otro momento.

—¿Como cuál? —preguntó Froelich.

—Su casa, quizás —respondió Reacher—. La de aquí o la de Bismarck. Su oficina. Algún lugar. Será teatral, como estos malditos mensajes. Será algo espectacular en algún lugar en el que Armstrong acaba de estar o hacia el que se dirige. Porque ahora

todo es una *competición*, el tipo prometió una demostración y yo creo que cumplirá con su palabra, pero apuesto a que su próximo movimiento será similar en algún punto. Si no, ¿por qué redactaría el mensaje como lo redactó? ¿Por qué hablaría de demostración? ¿Por qué no decir, sencillamente: «Armstrong, hoy vas a morir»?

Froelich no respondió.

—Tenemos que identificarlo —dijo Stuyvesant—. ¿Qué sabemos de él?

Silencio.

—Bueno, sabemos que nos estamos engañando de nuevo —dijo Reacher—. O que estamos hablando rápido. Porque no es *él*. Sino *ellos*. Es un equipo. Siempre es un equipo. Son dos personas.

—Eso es una conjetura —dijo Stuyvesant.

—Eso es lo que a usted le gustaría —contestó Reacher—. Se puede demostrar.

—¿Cómo?

—Desde el principio me molestó que en la carta hubiera tanto una huella de pulgar como claras pruebas de guantes de látex. ¿Por qué habría de oscilar entre una cosa y otra? O sus huellas están en los expedientes o no están. Pero son dos personas. El de la huella no está registrado. El de los guantes, sí. Son dos personas trabajando juntas.

Stuyvesant parecía muy cansado. Eran casi las dos de la mañana.

—Ya no nos necesitan —dijo Neagley—. Esto ya no es una investigación interna. Está pasando ahí fuera.

—No —dijo Stuyvesant—. Mientras el personal de limpieza siga teniendo una información que nosotros no tenemos, esto sigue siendo interno. Ellos se tienen que haber reunido con esas personas. Tienen que saber quiénes son.

Neagley se encogió de hombros:

—Ustedes les pusieron abogados. Hicieron que se volviera muy difícil.

—Tenían que tener defensores, por el amor de Dios —dijo Stuyvesant—. Fueron arrestados. Es la ley. Es su derecho según la Sexta Enmienda.

—Supongo que sí —dijo Neagley—. Pero entonces dígame, ¿hay una ley para cuando matan al vicepresidente antes de asumir el cargo?

—Sí, hay —dijo Froelich en voz muy baja—. La Vigésima Enmienda. El Congreso elige otro.

Neagley asintió:

—Bueno, entonces espero que ya tengan su lista de candidatos.

Silencio en la sala.

—Debería llamar al FBI —dijo Reacher.

—Lo haré —respondió Stuyvesant—. Cuando tengamos nombres. Antes no.

—Ya vieron las cartas.

—Solo en los laboratorios. Su mano izquierda no sabe lo que hace su mano derecha.

—Necesitan su ayuda.

—Y la pediré. En cuanto tengamos los nombres se los voy a entregar al Bureau en bandeja de plata. Pero no les voy a decir de dónde salieron. No les voy a decir que estuvimos comprometidos internamente. Y de ningún modo voy a llamar al FBI mientras todavía *estemos* comprometidos internamente.

—¿Tan importante es?

—¿Está bromeando? La CIA tuvo un problema con ese tal Ames, ¿se acuerda? El Bureau se hizo cargo y se rieron durante años. Después tuvieron sus propios problemas con Hanssen, y ya no parecían tan inteligentes. Estas son las grandes ligas, Reacher. Ahora mismo el Servicio Secreto es el número uno, por un margen bastante amplio. Hemos registrado una sola derrota en toda nuestra historia, y fue hace casi cuarenta años. Por lo que no vamos a descender en clasificación solo porque sí.

Reacher no dijo nada.

—Y no vaya de listo conmigo —dijo Stuyvesant—. No me diga que el ejército actuaba de otra manera. No recuerdo que hayan ido al Bureau corriendo a pedir ayuda. No recuerdo sus secretitos vergonzosos en los titulares del *Washington Post*.

Reacher asintió. La mayor parte de los escándalos del ejército fueron incinerados. O enterrados a dos metros bajo tierra. O encerrados en alguna prisión militar, demasiado asustados como para abrir la boca. O de vuelta en sus casas, demasiado asustados como para contarles a sus madres por qué. Él mismo se había ocupado personalmente de algunas de esas situaciones.

—Así que vamos a ir paso a paso —dijo Stuyvesant—.

Demuestren que son gente de fuera. Hagan que el personal de limpieza les dé los nombres. Con o sin abogados.

Froelich negó con la cabeza:

—La prioridad es hacer que Armstrong llegue a medianoche con vida.

—Va a ser solo una demostración —dijo Reacher.

—Ya te he oído —dijo ella—. Pero la que decide soy yo. Y lo tuyo son suposiciones. Lo único que tenemos son diez palabras en un papel. Y tu interpretación podría ser completamente errónea. ¿Qué mejor demostración podría haber que *hacerlo* realmente? Si consiguen llegar hasta él estarán demostrando su vulnerabilidad, ¿no? ¿Qué mejor manera *hay* de demostrarla?

Neagley asintió:

—Y además sería una manera de cubrirse las espaldas. Un atentado que falla podría pasar por una demostración, quizás. Ya saben, para no quedar mal.

—Si es que están en lo cierto —dijo Stuyvesant.

Reacher no dijo nada. La reunión terminó un par de minutos después. Stuyvesant hizo que Froelich repasara la agenda de Armstrong para ese día. Era una amalgama de cosas conocidas. Primero, sesiones informativas con la CIA en su casa, como el viernes por la mañana. Después, por la tarde, reuniones de la transición en el Capitolio, igual que casi todos los días. Después, por la noche, la recepción, en el mismo hotel que el jueves pasado. Stuyvesant lo anotó todo y se fue a su casa poco antes de las dos y media. Dejó a Froelich sola en la mesa larga bajo la luz brillante y en medio del silencio, enfrente de Reacher y Neagley.

—¿Alguna recomendación? —preguntó.

—Ve a tu casa y duerme —respondió Reacher.

—Genial.

—Y después haz exactamente lo mismo que has estado haciendo —añadió Neagley—. En su casa está seguro. En su oficina está seguro. Mantén las carpas donde están, los traslados también son seguros.

—¿Y la recepción en el hotel?

—Que sea breve y ten mucho cuidado.

Froelich asintió:

—Es lo único que puedo hacer, supongo.

—¿Eres buena en tu trabajo? —le preguntó Neagley.

Froelich hizo una pausa.

—Sí —respondió—. Soy muy buena.

—No, no eres muy buena —dijo Reacher—. Eres la mejor. La mejor de todos los tiempos. Eres tan buena que parece increíble.

—Así es como tienes que pensar —dijo Neagley—. Date ánimos. Hasta que sea imposible imaginar que estos estúpidos con sus estúpidas notitas van a poder acercarse ni a un millón de kilómetros de donde tú estás.

Froelich esbozó una sonrisa:

—¿Esto es entrenamiento al estilo militar?

—Sí en mi caso —dijo Neagley—. Reacher nació pensando así.

Froelich sonrió de nuevo.

—Vale —dijo—. A casa y a dormir. Mañana es un día importante.

En el medio de la noche Washington D. C. es una ciudad tranquila y vacía, y les llevó solo dos minutos llegar al hotel de Neagley y diez más volver a la casa de Froelich. Su calle estaba llena de coches aparcados. Parecían estar dormidos: oscuros, quietos, inertes y densamente rociados por la fría niebla. La Suburban medía más de cinco metros de largo y tuvieron que recorrer dos manzanas enteras hasta encontrar un sitio lo suficientemente grande. Cerraron la furgoneta y caminaron juntos en medio del frío. Llegaron a la casa, abrieron la puerta y entraron. Las luces seguían encendidas. La calefacción seguía muy alta. Froelich se detuvo en el recibidor.

—¿Estamos bien? —preguntó—. ¿Con lo de antes?

—Sí —respondió él.

—No quiero que nos demos señales confusas.

—No creo que sean confusas.

—Lamento no haber estado de acuerdo contigo —dijo ella—. Con respecto a lo de la demostración.

—Eres tú la que decide —dijo él—. Solo tú puedes hacerlo.

—Tuve otros novios —dijo ella—. Ya sabes, después.

Él no dijo nada.

—Y Joe tuvo otras novias —continuó—. No era tan tímido, realmente.

—Pero dejó sus cosas aquí.

—¿Eso es importante?

—No lo sé —dijo él—. Algo tiene que significar.

—Está muerto, Reacher. Ya nada puede afectarle.

—Lo sé.

Ella se quedó callada un segundo.

—Voy a hacerme un té —dijo ella—. ¿Quieres?

Él negó con la cabeza:

—Me voy a la cama.

Ella pasó a la sala de estar camino a la cocina y él subió la escalera. Cerró en silencio la puerta de la habitación de invitados y abrió el armario. Se quitó el traje de Joe y lo puso de nuevo en la percha de alambre de la tintorería. Lo colgó en la barra. Se quitó la corbata, la enrolló y la puso de nuevo en el estante. Se quitó la camisa y la tiró en el suelo del armario. No tenía necesidad de guardarla. Había otras cuatro colgadas de la barra, y no esperaba estar allí más de cuatro días. Se quitó las medias y las tiró encima de la camisa. Entró al baño solo con los *boxers*.

Se tomó su tiempo en el baño y cuando salió Froelich estaba de pie en la entrada de la habitación de invitados. Llevaba un camisón. Era de algodón blanco. Un poco más largo que una camiseta, pero no mucho. La luz del pasillo que le llegaba desde atrás lo hacía transparente. Tenía el pelo despeinado. Sin zapatos parecía más baja. Sin maquillaje parecía más joven. Tenía muy buenas piernas. Un cuerpo maravilloso. Parecía suave y firme, todo al mismo tiempo.

—Él rompió conmigo —dijo—. Fue su decisión, no la mía.

—¿Por qué?

—Conoció otra persona.

—¿A quién?

—No importa a quién. Nadie de quien hayas oído hablar. Alguien.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Negación, supongo —dijo—. Quizás trataba de protegerme a mí misma. Y trataba de proteger su memoria frente a su hermano.

—¿No se portó bien?

—No demasiado.

—¿Cómo sucedió?

—Sencillamente un día me lo dijo.

—¿Y se fue?

—En realidad no vivíamos juntos. Pasaba tiempo aquí, yo pasaba tiempo allá, pero siempre mantuvimos casas separadas. Sus cosas están aquí porque yo no le dejaba venir a buscarlas. No le dejaba entrar en la casa. Estaba dolida y enfadada con él.

—Supongo.

Ella se encogió de hombros. El dobladillo del camisón se le levantó un par de centímetros en el muslo.

—No, fue una tontería por mi parte —dijo—. O sea, no es que esas cosas nunca pasen, ¿no? Solo fue una relación que empezó y terminó. Nada especial en la historia de la humanidad. Nada especial en *mi* propia historia. Y la mitad de las veces fui yo la que se fue.

—¿Por qué me lo estás contando ahora?

—Sabes por qué —dijo ella.

Él asintió. No dijo nada.

—Así que puedes empezar desde cero —continuó—. La manera en la que reacciones ante mí puede ser algo entre tú y yo, no entre tú, yo y Joe. Él se fue solo. Fue su decisión. Así que no es asunto suyo, ni siquiera lo sería si todavía estuviese aquí.

Él asintió de nuevo.

—¿Pero tú estás en el cero? —le preguntó.

—Era una gran persona —dijo ella—. En algún momento lo amé. Pero tú no eres él. Eres una persona distinta. Eso lo sé. No estoy buscando que vuelva. No quiero un fantasma.

Dio un paso dentro de la habitación.

—Eso es bueno —dijo Reacher—. Porque yo no soy como él. Casi en nada. Eso lo tienes que tener claro desde el principio.

—Lo tengo claro —dijo ella—. ¿Desde el principio de qué?

Dio otro paso y se quedó quieta.

—El principio de lo que sea —dijo él—. Pero el final será el mismo. Eso también lo tienes que tener claro. Me iré, igual que él. Siempre me voy.

Ella se acercó. Estaban a un metro de distancia.

—¿Pronto? —preguntó ella.

—Quizás —respondió él—. Y quizás no.

—Me arriesgaré —dijo ella—. Nada dura para siempre.

—No está bien —dijo él.

Ella lo miró a la cara:

—¿El qué?

—Estar aquí de pie usando la ropa de tu examante.

—No mucha ropa —dijo ella—. Y es una situación que se puede remediar fácilmente.

Él hizo una pausa.

—¿Sí? —dijo—. ¿Quieres enseñarme cómo?

Él avanzó un paso y ella le apoyó las manos en la cintura. Metió los dedos debajo del elástico del bóxer y remedió la situación. Se alejó un poco y levantó los brazos por encima de la cabeza. El camisón le salió muy fácil. Cayó al piso. Casi no llegan a la cama.
Durmieron tres horas y se despertaron a las siete, cuando la alarma de Froelich empezó a sonar en su cuarto. Sonaba distante y suave a través de la pared de la habitación de invitados. Él estaba boca arriba y ella acurrucada en su brazo. Su muslo estaba enganchado por encima del de él. Su cabeza apoyada en su hombro.

Su pelo le rozaba la cara. Él se sentía cómodo en esa posición. Y a gusto. A gusto y cómodo. Y cansado. Lo suficientemente a gusto, cómodo y cansado como para ignorar el ruido y quedarse donde estaba. Pero ella se liberó y se sentó en la cama, desorientada y semidormida.

—Buenos días —dijo él.

Por la ventana entraba una luz gris. Ella sonrió, bostezó, llevó los codos hacia atrás y se estiró. La alarma seguía sonando en el cuarto de al lado. Después pasó a un modo nuevo y empezó a sonar más fuerte. Él le apoyó la mano en la barriga. La subió al pecho. Ella bostezó de nuevo, sonrió de nuevo, se giró, hundió la cabeza y le acarició el cuello con la cara.

—Buenos días a ti también —dijo ella.

La alarma retumbaba a través de la pared. Claramente tenía un dispositivo que hacía que fuera cada vez más insistente si nadie respondía. Él la subió encima suyo, le apartó el pelo de la cara y la besó. El reloj lejano empezó a trinar y a aullar como un coche de policía. Se alegraba de no estar en esa habitación.

—Hay que levantarse —dijo ella.

—Nos vamos a levantar —dijo él—. Pronto.

La sujetó. Ella dejó de resistirse. Hicieron el amor de manera agitada, como si la alarma los estuviese jaleando. Sonaba como si estuviesen en un búnker nuclear con sirenas de misiles marcando

los últimos momentos de sus vidas. Terminaron, jadeando, y ella saltó de la cama, corrió hasta su habitación y apagó el ruido. El silencio fue ensordecedor. Él se recostó en la almohada y miró al techo. Una barra oblicua de luz gris que entraba por la ventana dejaba ver algunas imperfecciones en el yeso. Ella regresó, desnuda, andado despacio.

—Vuelve a la cama —dijo él.

—No puedo —dijo ella—. Tengo que ir a trabajar.

—Él va a estar bien durante un rato. Y si no es así, siempre pueden conseguir otro. Eso de la Vigésima Enmienda. La cola rodeará toda la manzana.

—Y yo haré cola para conseguir un trabajo nuevo. Quizás haciendo hamburguesas.

—¿Alguna vez te ha pasado?

—¿El qué, tener que hacer hamburguesas?

—Quedarte sin trabajo.

Ella negó con la cabeza:

—Nunca.

Él sonrió:

—Yo no he trabajado realmente en los últimos cinco años.

Ella le devolvió la sonrisa:

—Ya lo sé. Busqué tus datos en los ordenadores. Pero hoy te toca trabajar. Así que levanta el culo de la cama.

Ella le ofreció una buena vista de su propio culo al alejarse caminando hacia el baño. Él se quedó acostado un segundo más con una vieja canción de Dawn Penn que le volvía a la mente. *You don't love me, yes i know now*. Se la sacó de la cabeza, se destapó, se levantó y se estiró. Un brazo levantado hacia el techo, luego el otro. Arqueó la espalda. Apuntó a los dedos del pie y estiró las piernas. Ahí terminó su rutina de ejercicios. Fue al baño de invitados e hizo la ablución completa de veintidós minutos. Dientes, barba, pelo, ducha. Se vistió con otro de los viejos trajes de Joe. Este era totalmente negro, de la misma marca, con los mismos detalles de sastrería. Lo combinó con otra camisa limpia, con la misma etiqueta de *Alguien* el mismo algodón blanco puro. *Boxers* limpios, calcetines limpios. Una corbata de seda azul oscuro salpicada de minúsculos paracaídas plateados. Tenía la etiqueta de un fabricante inglés. Quizás era de la Royal Air Force. Se miró en el

espejo y arruinó el conjunto poniéndose su abrigo nuevo de Atlantic City sobre del traje. En comparación era tosco y torpe, y los colores no combinaban, pero supuso que iba a pasar algún tiempo fuera al frío, y no parecía que Joe hubiese dejado ningún abrigo. Seguro que se había escapado en verano.

Se encontró con Froelich al lado de la escalera. Llevaba una versión femenina de su propio vestuario, un traje negro de pantalón con una blusa blanca de cuello abierto. Pero su abrigo era mejor. Era de lana gris oscuro, muy formal. Se estaba poniendo el auricular. Tenía un cable espiralado que se estiraba quince centímetros más abajo para bajarle por la espalda.

—¿Quieres ayudarme? —le preguntó.

Llevó los codos hacia atrás con el mismo gesto que había hecho al despertarse. Se apartó el cuello de la chaqueta de la nuca. Él dejó caer el cable entre la chaqueta y la blusa. El plug diminuto ejercía de contrapeso y lo hizo llegar hasta la cintura. Ella apartó la chaqueta y el abrigo y él vio la radio negra enganchada a su cinturón en la parte baja de la espalda. La conexión del micrófono ya estaba en su sitio, le subía por la espalda y le bajaba por la manga izquierda. Él conectó el auricular. Ella soltó la chaqueta y el abrigo para que volvieran a su posición y él le vio el arma en una funda enganchada al cinturón cerca de la cadera izquierda, con la culata hacia adelante para poder acceder fácilmente con la mano derecha. Era una SIG-Sauer P 226 grande y angulosa, de lo cual se alegró. En conjunto era una propuesta mejor que la Beretta del cajón de la cocina.

—Vale —dijo ella. Después respiró hondo. Miró su reloj.

Reacher hizo lo mismo. Eran casi las ocho menos cuarto.

—Tenemos dieciséis horas y dieciséis minutos por delante —dijo —. Llama a Neagley y dile que estamos de camino.

Usó su móvil mientras iban hacia la Suburban. La mañana era fría y húmeda, exactamente igual que la noche, salvo que había una reticente luz gris en el cielo. Las ventanillas de la Suburban estaban cubiertas de rocío. Pero arrancó al primer giro de llave, la calefacción funcionó rápido y para cuando Neagley se subió en la puerta del hotel el interior ya estaba cálido y confortable.

Armstrong se puso una chaqueta de cuero encima del jersey y salió por la puerta trasera de su casa. El viento le despeinó y se subió la

cremallera del abrigo mientras caminaba hacia la puerta. Dos pasos antes de llegar fue captado por la mirilla. La mirilla era de una Hensoldt 1,5-6x42 BL, que originalmente venía con el fusil SIG SSG 3000, pero había sido adaptada por el armero de Baltimore para que encajara en su nuevo hogar, que era encima de un Vaime MI2. *Vaime* era una palabra registrada por *Vaimennin Metalli Ab*, un especialista en armas finlandés que supuso acertadamente que necesitaría un nombre simplificado si iba a vender sus excelentes productos en el Oeste. Y el MI2 *era* un excelente producto. Un fusil con silenciador que utilizaba una versión de menor potencia del cartucho estándar de 7,62 milímetros OTAN. De menor potencia, porque la bala tenía que volar a velocidad subsónica para conservar el silencio que creaba el silenciador integrado. Y debido a esa potencia menor, y al complejo esquema de control de gases del silenciador, tenía muy poco retroceso. Prácticamente ninguno. Apenas la patadita más amable que se pudiera imaginar. Era un buen fusil. Con una buena mirilla, como la Hensoldt, era un asesino garantizado a doscientos metros de distancia. Y el hombre que tenía el ojo en la mirilla estaba a tan solo ciento quince metros de la puerta trasera de la casa de Armstrong. Eso lo sabía de manera exacta, porque acababa de comprobar la distancia con un telémetro láser. Estaba expuesto a las inclemencias del tiempo, pero iba adecuadamente preparado. Sabía cómo hacer lo que tenía que hacer. Llevaba un abrigo largo verde oscuro y un gorro polar negro. Tenía guantes del mismo material, con la punta de los dedos de la mano derecha recortadas para un mejor control. Estaba en el suelo boca abajo al abrigo del viento, lo cual hacía que no le lloraran los ojos. Confiaba en que no tendría ningún problema.

La manera en que un hombre cruza una puerta es la siguiente: deja de caminar momentáneamente. Se queda quieto. Tiene que hacerlo, independientemente del lado hacia el que se abra. Si se abre hacia él, estira el brazo hasta el pestillo, lo abre, tira de la puerta, se pone más o menos de puntillas y arquea las piernas para que pase. Si se abre hacia el otro lado, se queda quieto mientras lleva la mano al pestillo y lo empuja para abrirla. Es más rápido, pero del mismo modo hay un momento en el que no se da ningún movimiento hacia delante. En concreto, esta puerta se abría hacia la casa. Eso era claramente visible si se miraba con la Hensoldt. Iba a

haber una ventana de dos segundos de oportunidad perfecta.

Armstrong llegó a la puerta. Se detuvo. A ciento quince metros de distancia el hombre con el ojo en la mirilla movió el fusil un milímetro hacia la izquierda hasta que el objetivo quedó exactamente centrado. Contuvo la respiración. Colocó el dedo. Lo ajustó bien en el gatillo. Después apretó hasta el fondo. El fusil zumbó fuerte y pateó suavemente. La bala tardó un poco más de cuatro décimas de segundo en recorrer los ciento quince metros. Le dio a Armstrong en lo alto en la frente con un golpe húmedo. Le atravesó el cráneo y siguió en ángulo descendente a través del lóbulo frontal, de los ventrículos centrales, del cerebelo. Le destrozó la primera vértebra y le salió por la base del cuello a través de tejido blando cerca de la parte superior de la médula espinal. Siguió su recorrido, impactó contra el suelo tres metros más lejos y se enterró hondo en la tierra.

Armstrong estaba clínicamente muerto antes de caer al suelo. La trayectoria de la bala le causó una lesión cerebral severa y su energía cinética empujó hacia afuera a través de la corteza cerebral y rebotó hacia adentro en la parte interna de los huesos del cráneo, como una ola grande en una piscina pequeña. El daño fue catastrófico. Toda función cerebral cesó antes de que la gravedad tumbara el cuerpo.

A ciento quince metros de distancia el hombre con el ojo en la mirilla permaneció totalmente quieto en el suelo durante un segundo. Después pegó el fusil contra su torso y se apartó rodando hasta que estuvo en un lugar seguro para ponerse de pie. Accionó el cerrojo del fusil, atrapó el casquillo caliente con su mano enguantada y se lo guardó en el bolsillo. Retrocedió hasta quedar a cubierto y después se alejó caminando, totalmente resguardado de cualquier mirada.

Neagley estuvo inusualmente callada en el coche. Quizás le preocupaba el día que tenían por delante. Quizás podía percibir la química alterada. Reacher no lo sabía, y en cualquiera de los casos no tenía ninguna prisa en averiguarlo. Sencillamente se quedó sentado tranquilo mientras Froelich lidiaba con el tráfico. Dio una vuelta en dirección noroeste, cruzó el río por el puente Whitney Young y pasó junto al estadio RFK. Después cogió por la avenida Massachusetts y se mantuvo alejada de la congestión que había en

la zona de los edificios públicos de la ciudad. Pero la avenida Massachusetts era lenta de por sí, y dieron casi las nueve en punto antes de que llegaran a la calle de Armstrong en Georgetown. Froelich aparcó detrás de otra Suburban cerca de la entrada de la carpa. Un agente bajó de la acera y dio la vuelta al capó para hablar con ella.

—Acaba de llegar el espía —le dijo—. Ya deben estar en la clase de Espionaje i.

—Seguramente ya sea Espionaje 2 —dijo Froelich—. Lleva haciéndolo mucho tiempo.

—No, las cosas de la CIA son horriblemente complicadas —contestó el agente—. Al menos para la gente normal.

Froelich sonrió y el agente se alejó. Volvió a su puesto en la acera. Froelich subió su ventanilla y se giró a medias para mirar a Reacher y a Neagley por igual.

—¿Patrulla a pie? —preguntó.

—Para eso me puse el abrigo —respondió Reacher.

—Cuatro ojos son mejor que dos —añadió Neagley.

Se bajaron juntos y dejaron a Froelich en el calor del coche. El lado de la casa que daba a la calle estaba tranquilo y bien cubierto, por lo que caminaron en dirección norte y giraron a la derecha para tener una vista de la parte trasera. Había coches de policía en ambos extremos del callejón. No pasaba nada. Estaba todo bien cerrado contra el frío. Siguieron caminando hasta la siguiente calle. Allí también había coches de policía.

—Una pérdida de tiempo —dijo Neagley—. Nadie le va a hacer nada en su casa. Asumo que la policía se daría cuenta de que alguien está cargando una pieza de artillería.

—Entonces vayamos a desayunar —dijo Reacher.

Regresaron a la calle transversal y encontraron una tienda de donuts. Compraron café y bollos y se subieron a unos taburetes frente a un mostrador largo que estaba contra el cristal en la parte de dentro del local. El cristal estaba empañado. Neagley usó una servilleta y limpió unos trozos con forma de media luna para poder ver.

—Otra corbata —dijo ella.

Él bajó la vista y la miró.

—Otro traje —añadió.

—¿Te gusta?

—Me gustaría si todavía estuviéramos en los noventa.

Él no dijo nada. Ella sonrió.

—Entonces —dijo ella.

—¿Qué?

—La señorita Froelich completó la colección.

—¿Cómo te diste cuenta?

—Es obvio.

—Fue por voluntad propia —dijo Reacher.

Neagley sonrió de nuevo:

—No pensé que te hubiera violado.

—¿Ahora me vas a juzgar?

—Eh, es tu decisión. Es una mujer guapa. Pero yo también. Y *a mí* nunca te has acercado.

—¿Alguna vez has querido?

—No.

—Ese es el punto. Me gusta que mi interés sea bienvenido.

—Lo cual debe limitar un poco tus opciones.

—Un poco —dijo él—. Pero no del todo.

—Por lo que se ve no —dijo Neagley.

—¿No te parece bien?

—Por favor. Adelante. ¿Por qué crees que me quedé en el hotel? No quise entrometerme en su camino, es todo.

—¿Su camino? ¿Tan evidente era?

—Oh, vamos —dijo Neagley.

Reacher bebió un poco de café. Se comió un bollo. Tenía hambre y estaba muy rico. Crujiente por fuera, suave por dentro. Se comió otro y se chupó los dedos. Sintió cómo la cafeína y el azúcar le llegaban al torrente sanguíneo.

—¿Y entonces quiénes son estos tipos? —preguntó Neagley—. ¿Tienes algún presentimiento?

—Más o menos —dijo Reacher—. Tengo que concentrarme mucho para identificarlos. No tiene sentido empezar con eso hasta que no sepamos si seguimos en el trabajo.

—No seguiremos —dijo Neagley—. Nuestro trabajo termina con el personal de limpieza. Y eso es una pérdida de tiempo de por sí. No hay manera de que nos den un *nombre*. O si nos lo dan, será falso. Lo mejor que podemos conseguir es una descripción. Que

seguramente no servirá de nada.

Reacher asintió. Se terminó el café.

—Vamos —dijo—. Una vuelta manzana más para guardar las formas.

Caminaron lo más lento que les permitió el frío. No estaba sucediendo nada. Estaba todo en calma. En cada calle había coches de policía o vehículos del Servicio Secreto. El humo de los tubos de escape formaba nubes blancas y ascendía en el aire inmóvil. Más allá de eso no se movía nada. Doblaron algunas esquinas y llegaron a la calle de Armstrong desde el sur. La carpa blanca estaba delante de ellos a la derecha. Froelich estaba fuera del coche, haciéndoles señas urgentes con la mano. Apuraron el paso hasta allí.

—Cambio de planes —dijo—. Hubo un problema en el Capitolio. Armstrong interrumpió lo de la CIA y se dirigió hacia allá.

—¿Ya se ha ido? —preguntó Reacher.

Froelich asintió:

—Va en camino.

Después hizo una pausa y escuchó una voz que le hablaba por el auricular.

—Está llegando —dijo.

Levantó la muñeca y habló por el micrófono.

—Informe de situación, cambio —dijo, y escuchó de nuevo.

Hubo una espera. Treinta segundos. Cuarenta.

—Vale, ya está dentro —dijo—. Seguro.

—¿Y ahora qué? —dijo Reacher.

Froelich se encogió de hombros:

—Ahora esperamos. Este trabajo consiste en eso. Esperar.

Volvieron a la oficina y esperaron el resto de la mañana y la mayor parte de la tarde. Froelich recibía regularmente informes de situación. Reacher se hizo una imagen bastante buena de cómo estaban organizadas las cosas. Fuera de los edificios de las Oficinas del Senado había policías locales en coche. En la acera había agentes del Servicio Secreto. De puertas para dentro había miembros de las propias fuerzas de seguridad del Capitolio, con un agente en cada detector de metales y muchos más patrullando los pasillos. Entre ellos había más agentes del Servicio Secreto. El asunto de la transición transcurría en oficinas de los pisos de arriba con pares de agentes delante de cada puerta. La guardia personal de

Armstrong se quedaba con él en todo momento. Los informes que llegaban por la radio hablaban de un día bastante estático. Había muchas reuniones y negociaciones en marcha. Se estaban cerrando muchos acuerdos. Eso estaba claro. Reacher recordó la frase *salones llenos de humo*, a no ser porque seguramente ya no se les permitía fumar.

A las cuatro en punto fueron en la Suburban hasta el hotel de Neagley, que otra vez estaba siendo la sede del acto con los donantes de la campaña. La hora de inicio estaba programada para las siete de la tarde, lo cual les dejaba tres horas para asegurar el edificio. Froelich tenía un protocolo previamente planeado que incluía una inspección que empezaba simultáneamente por los dos extremos: la zona de carga y descarga de la cocina y por las *suites* del ático. Los policías locales con los perros iban acompañados del personal del Servicio Secreto, y trabajaban pacientemente, piso por piso. Cuando un piso quedaba despejado, tres policías se quedaban en él de guardia permanente, uno en cada extremo del pasillo de las habitaciones y otro cubriendo las puertas de los ascensores y la escalera. Los dos equipos de inspección se encontraron en el noveno piso a las seis en punto, momento para el cual ya había detectores de metales instalados en el vestíbulo y en el salón de baile. Las cámaras estaban programadas y grabando.

—Esta vez pide dos identificaciones distintas —propuso Neagley —. Carné de conducir y una tarjeta de crédito, quizás.

—No te preocupes —dijo Froelich—. Es parte del plan.

Reacher se detuvo en la entrada del salón de baile y lo recorrió con la mirada. Era un espacio grande, pero mil personas lo iban a llenar hasta la incomodidad.

Armstrong bajó en ascensor desde la planta de su oficina y giró a la izquierda en el vestíbulo. Empujó una puerta que no tenía ninguna indicación y se dirigió hacia una salida trasera. Llevaba un chubasquero y un maletín. El pasillo detrás de la puerta sin indicación era un espacio estrecho y vacío que olía a productos de limpieza. Alguna clase de detergente. Tuvo que pasar apretado entre dos pilas de cajas. Una estaba limpia y nueva, la de las entregas recientes. La otra era inestable y estaba desordenada, la de las cajas vacías a la espera del recolector de basura. Se puso de lado para poder pasar junto a la segunda pila. Sostuvo el maletín detrás

suyo y guio el movimiento con el antebrazo derecho. Empujó la puerta y salió al frío.

Había un pequeño patio interior cuadrado y semiabierto en la cara norte. Era un espacio muy poco agradable. Había conductos de hojalata para la ventilación del edificio enganchados a las paredes, por encima de la altura de la cabeza. Había cañerías pintadas de rojo y válvulas de latón a la altura de la pantorrilla, para alimentar los aspersores contra incendios. Había una hilera de tres contenedores de basura pintados de azul oscuro. Eran grandes cajas de acero del tamaño de un automóvil. Armstrong tuvo que pasar por delante de ellos para llegar a la calle de atrás. Pasó el primero. Pasó el segundo. Y en ese momento una voz tranquila lo llamó.

—Eh —dijo la voz.

Se dio la vuelta y vio a un hombre metido en el pequeño espacio entre el segundo y el tercer contenedor. Llegó a identificar un abrigo oscuro, un sombrero y alguna clase de arma brutal. Era corta, robusta y negra. Se levantó y zumbó.

Era un subfusil con silenciador Heckler & Koch MP5SD6, en la posición de ráfagas de tres disparos. Utilizaba munición *Parabellum* estándar nueve milímetros. No precisaba versiones de menor potencia, porque el cañón del SD6 tiene treinta agujeros para dejar salir el gas y reducir la aceleración de salida a velocidades subsónicas. Dispara a una tasa cíclica de ochocientas balas por minuto, por lo que cada ráfaga de tres disparos se completa en una fracción de más un quinto de segundo. La primera ráfaga le dio a Armstrong en el centro del pecho. La segunda le dio en el centro de la cara.

El H&K MP5 básico tiene muchas ventajas, incluyendo una extrema fiabilidad y una precisión extrema. La versión silenciada funciona aún mejor porque el peso del silenciador integrado mitiga la tendencia natural que tiene cualquier subfusil de hacer que la boca del cañón escale durante su utilización. Su única desventaja es la fuerza con la que escupe los casquillos vacíos. Salen por el costado casi tan rápido como las balas salen por adelante. Vuelan lejos. No es un verdadero problema en los entornos previstos para su utilización, que están limitados a las operaciones necesarias de las unidades de élite militares y paramilitares del mundo. Pero sí fue un problema en esta situación en particular. Obligó al tirador a

tener que dejar seis casquillos vacíos en el lugar de los hechos, mientras se escondía el arma debajo del abrigo, pasaba por encima del cuerpo de Armstrong, salía del pequeño patio y se dirigía hacia su vehículo.

A las siete menos veinte de la tarde ya había setecientos invitados en el recibidor del hotel. Formaban una larga fila irregular desde la puerta de calle hasta el guardarropa y hasta la entrada del salón de baile. En el ambiente se respiraba una conversación fuerte y entusiasmada, y el olor embriagador de muchos perfumes mezclados. Había vestidos nuevos, esmóquines blancos, trajes oscuros y corbatas brillantes. Había bolsos de mano tipo sobre y pequeñas cámaras en estuches de cuero. Zapatos de charol, tacones altos y destellos de diamantes. Permanentes recién hechas, hombros desnudos y mucha excitación.

Reacher lo observaba todo apoyado en una columna cerca de los ascensores. Vio a tres agentes al otro lado del cristal, en la calle. Dos en la puerta, encargados del detector de metales. Le habían puesto el nivel de sensibilidad al máximo, porque sonaba cada cuatro o cinco invitados. Los agentes revisaban los bolsos y palpaban los bolsillos. Mientras lo hacían sonreían de manera cómplice. A nadie le importaba. Había ocho agentes dando vueltas por el recibidor, la cara seria, los ojos siempre en movimiento. Había tres agentes en la puerta del salón de baile. Comprobaban los documentos e inspeccionaban las invitaciones. Su detector de metales estaba igual de sensible. A algunas personas las registraban dos veces. En el salón de baile ya había música, que se escuchaba a oleadas en los momentos en los que el ruido de la multitud llegaba al máximo y se apagaba.

Neagley estaba triangulada del otro lado del recibidor en el segundo escalón de la escalera del entresuelo. Su mirada se movía como un radar, de un lado al otro entre el mar de gente. Cada tres barridos establecía contacto visual con Reacher y le hacía un mínimo movimiento de la cabeza. Reacher podía ver a Froelich, que se movía aleatoriamente. Tenía buen aspecto. Su traje negro era lo suficientemente elegante para la noche, pero no se le confundía con una invitada. Estaba llena de autoridad. De vez en cuando hablaba con uno de sus agentes cara a cara. Otras veces hablaba por su muñeca. Reacher llegó al punto de poder distinguir exactamente el

momento en el que estaba escuchando mensajes por el auricular. Sus movimientos perdían algo de foco mientras se concentraba en lo que le decían.

A las siete en punto la mayoría de los invitados ya estaban seguros en el salón de baile. Había un pequeño grupo de impuntuales haciendo cola para pasar por el primer detector de metales y una cantidad semejante esperando en la puerta del salón. Algunos invitados que habían comprado un paquete para pasar la noche en el hotel bajaban de los ascensores en parejas o de cuatro en cuatro. Ahora Neagley estaba sola en la escalera del entresuelo. Froelich había enviado a sus agentes al salón de baile, uno a uno, a medida que la cantidad de gente en el recibidor iba disminuyendo. Se iban uniendo a los ocho que ya estaban allí dentro. Froelich quería que los dieciséis rondaran ese área para el momento en el que comenzara la acción. Además de los tres de la guardia personal, los tres de la puerta del salón de baile y los dos de la puerta de calle. Y más policías en la cocina, en la zona de carga y descarga, en cada uno de los diecisiete pisos, en la calle.

—¿Cuánto cuesta todo esto? —le preguntó Reacher.

—No quieres saberlo —dijo ella—. Lo digo en serio.

Neagley bajó de la escalera y se acercó a ellos junto a la columna:

—¿Él ya está aquí? —preguntó.

Froelich negó con la cabeza:

—Estamos reduciendo su tiempo de exposición. Va a llegar tarde y se va a ir antes.

Después se puso rígida y escuchó por el auricular. Lo presionó con el dedo para cortar el ruido de fondo. Alzó la otra muñeca y habló por el micrófono.

—Copiado, corto —dijo. Estaba pálida.

—¿Qué pasa? —preguntó Reacher.

Ella no le hizo caso. Giró sobre sus talones y llamó al último agente que estaba libre en el recibidor. Le dijo que quedaba como jefe del equipo en las instalaciones durante el resto de la noche. Habló por el micrófono y les repitió esa información a todos los agentes por la red local. Les dijo que duplicaran su vigilancia, que redujeran a la mitad sus perímetros y que comprimieran aún más el tiempo de exposición en la medida de lo posible.

—¿Qué pasa? —preguntó Reacher de nuevo.

—Volvemos a la base —dijo Froelich—. Ahora. Era Stuyvesant. Parece que tenemos un problema realmente serio.

NUEVE

Froelich encendió las luces estroboscópicas rojas que estaban detrás de la parrilla de la Suburban y se movió entre el tráfico como si fuera una cuestión de vida o muerte. Hacía sonar la sirena en cada semáforo. Se metía en cada hueco que encontraba y aceleraba. Reacher iba sentado completamente quieto en el asiento delantero del acompañante y Neagley se asomaba desde atrás con los ojos clavados en el camino. El vehículo de tres toneladas se sacudía y se movía de un lado para el otro. Los neumáticos se esforzaban por mantener el agarre sobre el asfalto resbaladizo. Llegaron de nuevo al garaje en menos de cuatro minutos. Treinta segundos más tarde estaban en el ascensor. Un minuto después, en la oficina de Stuyvesant. Él estaba sentado inmóvil detrás de su escritorio inmaculado. Desplomado en la silla como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Tenía en la mano un fajo de papeles. La luz brillaba a través de las hojas y dejaba ver el tipo de encabezados codificados al azar que salen al imprimir directamente desde una base de datos. Debajo de los encabezados había dos columnas de texto denso. Su secretaria estaba de pie junto a él, entregándole más papeles, hoja por hoja. Ella tenía el rostro pálido. Salió de la sala sin decir ni una sola palabra. Cerró la puerta, lo cual intensificó el silencio.

—¿Qué pasa? —dijo Reacher.

Stuyvesant alzó la vista y lo miró:

—Ahora *yo* lo sé.

—¿Ahora usted sabe el qué?

—Que es un trabajo externo. Con seguridad. Sin ningún tipo de duda.

—¿Por qué?

—Usted predijo que sería teatral —dijo Stuyvesant—. O espectacular. Esas fueron sus predicciones. A lo cual le podríamos

agregar dramático, o increíble, o lo que fuera.

—¿Y qué fue?

—¿Sabe cuál es la tasa de homicidios, a nivel nacional?

Reacher se encogió de hombros:

—Elevada, supongo.

—Casi veinte mil por año.

—Muy bien.

—Eso es alrededor de cincuenta y cuatro homicidios por día.

Reacher hizo la cuenta mentalmente:

—Más cerca de cincuenta y cinco —dijo—. Salvo los años bisiestos.

—¿Quieren escuchar algo acerca de dos que ocurrieron hoy? —preguntó Stuyvesant.

—¿Quiénes? —dijo Froelich.

—Una pequeña plantación de remolacha azucarera en Minnesota —dijo Stuyvesant—. El propietario sale por la puerta de atrás hoy por la mañana y le disparan en la cabeza. Sin motivo aparente. Después, esta tarde, en un pequeño centro comercial a las afueras de Boulder, Colorado. La oficina de un contable en uno de los locales de arriba. El tipo baja, sale por la entrada trasera y lo matan con una ametralladora en el área de servicio. De nuevo, sin motivo aparente.

—¿Y entonces?

—El agricultor se llamaba Bruce Armstrong. El contable Brian Armstrong. Ambos eran hombres blancos más o menos de la misma edad que Brook Armstrong, más o menos de la misma altura, del mismo peso, con un aspecto similar, con mismo color de ojos y de pelo.

—¿Son parientes? ¿Están relacionados?

—No —dijo Stuyvesant—. En ningún sentido. Ni entre sí, ni con el vicepresidente. Por lo que me pregunto: ¿qué probabilidades hay? ¿De que dos hombres al azar que se apelliden Armstrong y cuyo nombre empieza por BR sean asesinados sin sentido el mismo día en que enfrentamos una amenaza seria contra la persona que nos toca proteger? Y pienso que la respuesta debe ser de un trillón de billones a uno.

Silencio en la oficina.

—La demostración —dijo Reacher.

—Sí —dijo Stuyvesant—. Esa fue la demostración. Asesinato a sangre fría. Dos hombres inocentes. Por lo que estoy de acuerdo con usted. No son personas de dentro haciendo una broma.

Neagley y Froelich se acercaron a las sillas para visitas de Stuyvesant y se sentaron sin que nadie las invitara. Reacher se apoyó en un archivador alto y miró por la ventana. Las persianas seguían abiertas, pero fuera estaba completamente oscuro. Lo único que se veía era el brillo nocturno anaranjado de Washington.

—¿Cómo les han avisado? —preguntó—. ¿Llamaron y se responsabilizaron de los hechos?

Stuyvesant negó con la cabeza:

—Nos avisó el FBI. Tienen un programa que revisa los informes del Centro Nacional de Información Criminal. Armstrong es uno de los nombres que tienen marcados.

—Así que ahora ya están involucrados.

Stuyvesant negó otra vez con la cabeza:

—Nos transmitieron cierta información, eso es todo. No saben qué importancia tiene.

No se produjo ningún ruido en la sala. Solo el de cuatro personas respirando, perdidas en pensamientos oscuros.

—¿Tenemos alguna información de las escenas? —preguntó Neagley.

—Alguna —dijo Stuyvesant—. El primero fue un solo disparo en la cabeza. Lo mató instantáneamente. No han encontrado la bala. La esposa del hombre no oyó nada.

—¿Dónde estaba ella?

—En la cocina, a unos seis metros de distancia. Con las puertas y ventanas cerradas debido al clima. Pero uno supone que debería haber oído algo. Oye a los cazadores todo el tiempo.

—¿Qué tamaño tenía el agujero en la cabeza? —preguntó Reacher.

—Más grande que un calibre 22 —dijo Stuyvesant—. Si eso es lo que está pensando.

Reacher asintió. La única arma de mano inaudible a seis metros de distancia sería una calibre 22 silenciada. Con cualquier cosa más grande que esa, probablemente se escucharía algo, con silenciador o sin silenciador, con ventanas o sin ventanas.

—Así que fue un fusil —resolvió.

—Por la trayectoria eso es lo que parece —dijo Stuyvesant—. El médico forense supone que la bala se movía de manera descendente. Le cruzó la cabeza de adelante atrás y de arriba abajo.

—¿Una zona de montañas?

—Por todas partes.

—Por lo que fue un fusil desde lejos o un fusil con silenciador. Y no me gusta ninguna de las dos opciones. Un fusil desde lejos indica que alguien es un excelente tirador, un fusil con silenciador indica que alguien tiene unas cuantas armas exóticas.

—¿Y el segundo? —preguntó Neagley.

—Fue menos de ocho horas después —dijo Stuyvesant—. Pero a más de mil doscientos kilómetros de distancia. Así que lo más probable es que durante el día de hoy el equipo haya estado separado.

—¿Alguna otra información?

—Llega de manera fragmentaria. La primera impresión de la gente de la localidad es que el arma era alguna clase de ametralladora. Pero de nuevo, nadie oyó nada.

—¿Una ametralladora con silenciador? —dijo Reacher—. ¿Están seguros?

—No hay duda de que fue una ametralladora —dijo Stuyvesant —. El cadáver estaba totalmente triturado. Dos ráfagas, cabeza y pecho. Un desastre infernal.

—Una demostración infernal —dijo Froelich.

Reacher miró por la ventana. Había una leve neblina en el aire.

—¿Pero qué demuestra exactamente? —preguntó él.

—Que no son gente muy agradable.

Él asintió:

—Pero no mucho más que eso, ¿no? No demuestra realmente la vulnerabilidad de Armstrong en sí. No si no estaban conectados con él en ningún sentido. ¿Estamos *seguros* de que no estaban relacionados? ¿Primos muy lejanos o algo así? ¿Al menos el agricultor? Minnesota está al lado de Dakota del Norte, ¿no?

Stuyvesant negó con la cabeza.

—Fue lo primero que pensé, obviamente —dijo—. Pero lo comprobé. En primer lugar, el vicepresidente no es originario de Dakota del Norte. Antes vivía en Oregón. Y además tenemos el informe completo de la corroboración de antecedentes que llevó a

cabo el FBI antes de que fuera candidato. Es muy exhaustivo. Y no tiene ningún pariente vivo del que nadie esté al tanto más allá de una hermana mayor que vive en California. Su esposa tiene unos cuantos primos pero ninguno de apellido Armstrong, y la mayoría son más jóvenes. Niños, básicamente.

—Vale —dijo Reacher.

Niños. Le llegaron a la mente imágenes de un balancín, muñecos de peluche y dibujos de colores pegados con imanes en la nevera. *Primos*.

—Es raro —dijo—. Matar a dos personas cualquiera no relacionadas parecidas a él y que se llaman Armstrong es bastante dramático, supongo, pero no demuestra ninguna gran habilidad. No demuestra nada. No nos hace preocuparnos por nuestra seguridad aquí.

—Nos hace lamentarnos por ellos —dijo Froelich—. Y por sus familias.

—Sin duda —dijo Reacher—. Pero que eliminen a dos pueblerinos en el medio de la nada no nos hace *sudar*, ¿no? Nosotros no los estábamos protegiendo a ellos. No nos hace tener dudas sobre nosotros mismos. Pensé que sería algo más personal. Más intrigante. Como algún equivalente de la carta que apareció en su escritorio.

—Se le escucha decepcionado —dijo Stuyvesant.

—Estoy decepcionado. Pensé que podían llegar a acercarse lo suficiente como para que pudiéramos tener una oportunidad. Pero se mantuvieron a distancia. Son cobardes.

Nadie dijo nada.

—Los cobardes son abusadores —continuó—. Los abusadores son cobardes.

Neagley lo miró. Lo conocía lo suficientemente bien como para saber cuándo presionar.

—¿Entonces? —preguntó.

—Entonces tenemos que volver y repensar un par de cosas. La información se está acumulando rápido y no la estamos procesando. Ahora sabemos que estos tipos son de fuera. Ahora sabemos que esto no es un refinado juego interno.

—¿Entonces? —preguntó Neagley otra vez.

—Y lo que acaba de suceder en Minnesota y en Colorado nos

demuestra que están dispuestos a cualquier cosa.

—¿Entonces?

—El personal de limpieza. ¿Qué sabemos de ellos?

—Que están implicados. Que están asustados. Que no están diciendo nada.

—Correcto —dijo Reacher—. ¿Pero por qué están asustados? ¿Por qué no están diciendo nada? En algún momento pensamos que podían estar jugando algún juego simpático con alguien de dentro. Pero no es eso lo que están haciendo. Porque estos tipos no son de dentro. Y no son gente simpática. Y esto no es un juego. —¿Entonces?

—Entonces los están presionando seriamente. Los están asustando y obligando a guardar silencio. Y los que lo están haciendo son gente seria.

—Vale, ¿por qué?

—Dímelo tú. ¿Cómo asustas a alguien sin dejarle ninguna marca?

—Con amenazas. Un daño serio en el futuro, quizás.

Reacher asintió:

—A ellos o a algún ser querido. Hasta dejarlos completamente aterrorizados.

—Vale.

—¿Dónde han oído antes la palabra *primos*?

—En todas partes. Yo tengo primos.

—No, recientemente.

Neagley miró hacia la ventana:

—El personal de limpieza —dijo—. Sus hijas están con unos primos. Eso nos dijeron.

—Pero dudaron un poco antes de decírnoslo, ¿te acuerdas?

—¿Sí?

Reacher asintió:

—Hicieron una pequeña pausa y primero se miraron entre sí.

—¿Entonces?

—Quizás sus hijas *no están* con unos primos.

—¿Y por qué mentirían?

Reacher la miró:

—¿Hay alguna manera de presionar a alguien mejor que tomar sus hijos como garantía?

Se movieron deprisa, pero Stuyvesant se aseguró de que se movieran de la manera adecuada. Llamó a los abogados del personal de limpieza y les dijo que necesitaban la respuesta a una sola pregunta: el nombre y el domicilio de quien cuidaba a sus hijos. Les dijo que una respuesta rápida sería mucho mejor que una retraso. Recibió la respuesta rápida. Los abogados le devolvieron la llamada en menos de quince minutos. El nombre era Gálvez y el domicilio era el de una casa a kilómetro y medio de la de ellos.

Luego Froelich hizo un gesto para que permanecieran en silencio, se conectó a la red de la radio y pidió una actualización completa de la situación en el hotel. Habló con el agente que había quedado al cargo del lugar y con otros cuatro puestos clave. No había ningún problema. Todo estaba en calma. Armstrong estaba saludando en el salón. Los perímetros estaban ajustados. Ordenó que todos los agentes acompañaran a Armstrong por el área de carga y descarga al final de la función. Pidió un muro humano, todo el trayecto hasta la limusina.

—Y que sea pronto —dijo—. Reduzcan la exposición.

Después se apretaron dentro del ascensor de una sola puerta y bajaron al garaje. Se subieron a la Suburban de Froelich para hacer el mismo trayecto en el que Reacher se había dormido la primera vez. Esta vez permaneció despierto mientras Froelich aceleraba entre el tráfico en dirección a la parte pobre de la ciudad. Pasaron por delante de la casa del personal de limpieza. Recorrieron un kilómetro y medio más entre calles oscuras que se estrechaban a causa de los coches aparcados y se detuvieron frente a una casa alta con dos entradas independientes. Estaba alambrada todo alrededor y tenía cubos de basura encadenados a un poste. Tenía una tienda de bebidas alcohólicas de un lado y una larga hilera de casas idénticas del otro. Junto al bordillo había aparcado un Cadillac destruido de unos veinte años de antigüedad. Unas lámparas amarillas de sodio atravesaban la neblina.

—¿Qué hacemos? —dijo Stuyvesant.

Reacher miró por la ventanilla:

—Vamos a hablar con esta gente. Pero que no sea un hostigamiento. Ya están asustados. La idea no es que entren en pánico. Podrían pensar que los malos están de vuelta. Así que Neagley debería ir primero.

Stuyvesant estuvo a punto de objetar algo pero Neagley se bajó directamente del coche y se dirigió a la entrada. Reacher la vio girar velozmente sobre sí misma en la acera antes de entrar, para inspeccionar el entorno. La vio mirar a la izquierda y a la derecha mientras avanzaba por el camino. No había nadie alrededor. Hacía demasiado frío. Llegó a la puerta. Buscó un timbre. No lo encontró, por lo que golpeó la madera con los nudillos.

Esperó un minuto y luego la puerta se abrió y quedó frenada por una cadena. Se proyectó una franja de luz cálida. Hubo una conversación de un minuto. La puerta se movió hacia delante para soltar la cadena. La franja de luz se estrechó y se ensanchó de nuevo. Neagley se dio la vuelta y los llamó haciendo un gesto con la mano. Froelich, Stuyvesant y Reacher bajaron de la Suburban y recorrieron el camino. Había un hombre moreno y bajo de pie en la puerta, esperándolos, sonriendo tímidamente.

—El señor Gálvez —dijo Neagley.

Se presentaron y Gálvez retrocedió hacia el recibidor e hizo un gesto de *síganme* moviendo todo el brazo, como un mayordomo. Era un hombre bajo vestido con un pantalón de traje y un jersey de dibujos. Su corte de pelo era reciente y su expresión, abierta. Entraron. La casa era pequeña y quedaba claro que allí estaba viviendo más gente de la prevista, pero estaba muy limpia. Había una fila de siete abrigos de niño colgados ordenadamente en una fila de perchas en la parte interior de la puerta. Algunos eran pequeños, otros un poco más grandes. Había siete mochilas escolares alineadas en el suelo debajo de los abrigos. Siete pares de zapatos. Por todas partes juguetes cuidadosamente apilados. Tres mujeres a la vista en la cocina. Niños tímidos espiando desde detrás de sus faldas. Otros asomando la cabeza por la puerta de la sala de estar. Se movían. Seguían apareciendo y desapareciendo en secuencias aleatorias. Todos tenían el mismo aspecto.

Reacher no pudo hacer una cuenta precisa. Había ojos oscuros por todas partes, muy abiertos.

Stuyvesant parecía un poco fuera de lugar, como si no supiera cómo abordar el tema. Reacher pasó junto a él y siguió avanzando hacia la cocina. Se detuvo en la puerta. Había siete fiambreras alineadas sobre la mesa. Tenían la tapa abierta, como si estuvieran dispuestas en una línea de montaje para cargarlas una tras otra a

primera hora de la mañana. Regresó al recibidor. Pasó junto a Neagley y observó los abriguitos. Eran todas prendas de nailon coloridas, como versiones pequeñas de las cosas que había visto en la tienda de Atlantic City. Descolgó uno de su percha. Tenía un pedazo de tela blanca en la parte interior del cuello. Alguien le había escrito cuidadosamente *J. Calvez* con un bolígrafo para tela. Lo devolvió a su lugar y revisó los otros seis. Todos tenían un apellido y una sola inicial. Un total de cinco Gálvez y dos Álvarez.

Nadie hablaba. Stuyvesant parecía incómodo. Reacher estableció contacto visual con el señor Gálvez y le hizo un gesto con la cabeza para que fueran a la sala de estar. Dos niños salieron corriendo en el momento en que ellos entraron.

—¿Tiene cinco hijos? —le preguntó Reacher.

Gálvez asintió:

—Soy un hombre afortunado.

—¿Y de quiénes son los dos abrigos que dicen Álvarez?

—Son las hijas de Julio, el primo de mi esposa.

—¿De Julio y Anita?

Gálvez asintió. No dijo nada.

—Necesito verlas —dijo Reacher.

—No están aquí.

Reacher miró hacia otro lado:

—¿Dónde están? —preguntó en voz baja.

—No lo sé —contestó Gálvez—. En el trabajo, supongo. Trabajan de noche. Para el gobierno federal.

Reacher lo volvió a mirar:

—No, me refiero a sus hijas. No a ellos. Necesito ver a sus hijas.

Gálvez lo miró, desconcertado:

—¿Ver a sus hijas?

—Para corroborar que están bien.

—Las acaba de ver. En la cocina.

—Necesito saber exactamente cuáles son.

—No vamos a coger dinero —dijo Gálvez—. Salvo para su comida.

Reacher asintió:

—No es por un asunto de papeles ni nada. No nos interesa eso. Solo necesitamos ver que sus hijas están bien.

Gálvez seguía pareciendo desconcertado. Pero gritó rápido una

frase larga en español y dos pequeñas niñas se separaron del grupo de la cocina, pasaron entre Stuyvesant y Froelich y entraron corriendo en el salón. Se detuvieron cerca de la puerta y se quedaron totalmente quietas, una al lado de otra. Dos niñitas, muy guapas, con enormes ojos oscuros, pelo negro suave y expresiones serias. Quizás de cinco y siete años. Quizás de cuatro y seis. Quizás de tres y cinco. Reacher no tenía idea.

—Hola, niñas —dijo—. Enseñadme vuestros abrigos.

Hicieron exactamente lo que les pidieron, como a veces hacen los niños. Él las siguió hasta el recibidor y las miró ponerse de puntillas y tocar las dos chaquetitas que él sabía que ponían *Álvarez*.

—Vale —dijo—. Ahora vayan a por una galletita o algo.

Volvieron corriendo a la cocina. Él vio cómo se iban. Se quedó quieto y callado durante un segundo y después regresó a la sala de estar. Se acercó a Gálvez y bajó otra vez la voz.

—¿Alguna otra persona ha venido a preguntar por ellas?

Gálvez solo negó con la cabeza.

—¿Está seguro? —preguntó Reacher—. ¿Nadie las vigila, ningún extraño en los alrededores?

Gálvez negó otra vez con la cabeza.

—Podemos solucionarlo —dijo Reacher—. Si está preocupado por algo, nos lo debería decir ahora mismo. Nosotros nos ocuparemos.

Gálvez se quedó mirando al infinito. Reacher le miró a los ojos. Había pasado toda su carrera mirando a los ojos de la gente, y esos dos eran inocentes. Estaban un poco desconcertados, un poco confundidos, pero ese hombre no estaba escondiendo nada. No tenía ningún secreto.

—Vale —dijo—. Lamentamos haberles interrumpido.

Durante el viaje de vuelta a la oficina Reacher estuvo muy callado.

Usaron otra vez la sala de reuniones. Parecía ser la única con asientos para más de tres personas. Neagley dejó que Froelich se sentara junto a Reacher. Ella se sentó con Stuyvesant al otro lado de la mesa. Froelich se conectó a la red de la radio y escuchó que Armstrong estaba a punto de salir del hotel. Estaba acortando la velada. No parecía importarle a nadie. Funcionaba en los dos

sentidos. Dedícales mucho tiempo y quedarán naturalmente encantados. Pasa por ahí a toda prisa, y estarán igualmente encantados de que una persona tan ocupada e importante encuentre algo de tiempo para dedicarles. Froelich escuchó por el auricular para seguirlo mientras salía del salón de baile, cruzaba la cocina, entraba en el área de carga y descarga y después en la limusina. Después se relajó. Solo quedaba un convoy a alta velocidad hasta Georgetown y un traslado por la carpa en la oscuridad. Tanteó a sus espaldas y bajó un poco el volumen del auricular. Se apoyó en el respaldo de la silla y miró a los demás.

—Para mí no tiene sentido —dijo Neagley—. Implica que algo les preocupa *más* que sus hijas.

—¿Qué podría ser? —preguntó Froelich.

—¿Permisos de residencia? ¿Están en el país de manera legal?

Stuyvesant asintió:

—Por supuesto que sí. Son empleados del Servicio Secreto de los Estados Unidos, lo mismo que el resto de personas en este edificio. Comprobamos todos sus antecedentes, de aquí al infierno y vuelta. También cotilleamos su situación económica. Hasta donde pudimos saber, están limpios.

Reacher dejó que la conversación pasara a un segundo plano. Se frotó la nuca con la palma de la mano. El pelo recién cortado le estaba empezando a crecer. Se sentía más suave. Miró a Neagley. Bajó la vista hacia la moqueta. Era de un material sintético gris, acanalada, entre fina y rugosa. Llegaba a distinguirle algunos pelos separados brillando bajo la luz de los halógenos. Estaba inmaculadamente limpia. Cerró los ojos. Se concentró y pensó. Repasó mentalmente todo el vídeo de seguridad. Lo revisó como si tuviera una pantalla en el lado interno de los párpados. Transcurría de la siguiente manera: ocho minutos antes de medianoche aparecía el personal de limpieza. Entraban a la oficina de Stuyvesant. Siete minutos después de medianoche, salían. Pasaban nueve minutos limpiando la secretaría. Se iban por donde habían llegado dieciséis minutos después de medianoche. Lo repasó de nuevo, hacia delante y hacia atrás. Se concentró en cada plano. En cada momento. Después abrió los ojos. Todos lo miraban como si hubiese estado ignorando sus preguntas. Miró la hora en su reloj. Eran casi las nueve en punto. Sonrió. Con una sonrisa grande y feliz.

—Me gustó el señor Gálvez —dijo—. Parecía muy contento de ser padre, ¿no? ¿Todas esas fiambreras alineadas? Apuesto a que les dan pan de trigo integral. Fruta, también, probablemente. Buenos alimentos.

Todos lo miraron.

—Fui un niño del ejército —dijo—. Tenía una fiambrera. La mía era una vieja caja de municiones. Todos las teníamos. En aquel entonces era lo máximo, en las bases. Yo le puse mi nombre con esténcil, con un verdadero esténcil del ejército. Mi madre la odiaba. Pensaba que era demasiado militarista para un niño. Pero de todos modos me daba buena comida.

Neagley lo miró:

—Reacher, tenemos problemas importantes aquí, hay dos personas muertas, ¿y estás hablando de fiambreras?

Él asintió:

—Hablando de fiambreras y pensando en cortes de pelo. El señor Gálvez acababa de ir al peluquero, ¿lo notaste?

—¿Y?

—Y con el mayor respeto posible, Neagley, estoy pensando en tu culo.

Froelich lo miró. Neagley se sonrojó.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que no creo que *haya* nada más importante para Julio y Anita que sus hijas.

—¿Y por qué siguen sin abrir la boca?

Froelich se inclinó hacia delante y presionó el auricular con el dedo. Escuchó durante un segundo y levantó la muñeca.

—Copiado —dijo—. Buen trabajo a todo el mundo, cambio y corto.

Luego sonrió.

—Armstrong ya está en su casa —dijo—. Seguro.

Reacher miró otra vez su reloj. Las nueve en punto. Miró a Stuyvesant al otro lado de la mesa:

—¿Puedo volver a ver su oficina? ¿Ahora mismo?

Stuyvesant lo miró de manera inexpresiva, pero se levantó y salió de la sala antes que los demás. Lo siguieron por los pasillos y llegaron al fondo de la planta. La secretaría estaba tranquila y sin gente. La puerta de Stuyvesant estaba cerrada. La abrió y encendió

las luces.

Sobre el escritorio había una hoja de papel.

Todos la vieron. Stuyvesant se quedó totalmente quieto un segundo y después cruzó la distancia que lo separaba de la hoja y bajó la vista para mirarla. Tragó saliva. Exhaló. La cogió.

—Fax del departamento de policía de Boulder —dijo—. Informe balístico preliminar. Lo debe haber dejado mi secretaria. —Sonrió aliviado.

—Ahora revise —dijo Reacher—. Concéntrese. ¿Es este el aspecto que normalmente tiene su oficina?

Stuyvesant sostuvo el fax en la mano y recorrió la oficina con la mirada.

—Exactamente —dijo.

—¿Por tanto, así es como la ve el personal de limpieza cada noche?

—Bueno, normalmente no hay nada encima del escritorio —dijo Stuyvesant—. Pero por lo demás, sí.

—Vale —dijo Reacher—. Vamos.

Regresaron a la sala de reuniones. Stuyvesant leyó el fax.

—Encontraron seis casquillos —dijo—. *Parabellum* nueve milímetros. Con unas extrañas marcas de impacto a los lados. Mandaron un dibujo.

Deslizó la hoja sobre la mesa y se la pasó a Neagley. Ella la leyó. Puso una mueca. Deslizó la hoja hacia Reacher. Él miró el dibujo y asintió.

—Heckler & Koch MP5 —dijo—. Hace saltar los casquillos vacíos como nadie. El tipo lo tenía puesto para que disparara ráfagas de tres. Dos ráfagas, seis casquillos. Probablemente volaron unos veinte metros.

—Probablemente la versión SD6 —dijo Neagley—. Si estaba silenciado. Es una buena arma. Un subfusil de calidad. Caro. También poco común.

—¿Por qué quería ver mi oficina? —preguntó Stuyvesant.

—Nos equivocamos con el personal de limpieza —respondió Reacher.

La sala se quedó en silencio.

—¿En qué sentido? —preguntó Neagley.

—En todos los sentidos —respondió Reacher—. En todos los

sentidos posibles en los que nos podríamos haber equivocado. ¿Qué sucedió cuando hablamos con ellos?

—Se pusieron totalmente a la defensiva.

Él asintió:

—Yo pensé lo mismo. Guardaron una especie de silencio estoico. Los tres. Casi como un trance. Yo interpreté que eso era una respuesta a algún tipo de peligro. Como si estuvieran excavando realmente hondo y defendiéndose contra la presión que alguien estaba ejerciendo sobre ellos. Como si fuera de vital importancia. Como si supieran que no se podían permitir decir ni una sola palabra. ¿Pero sabes qué?

—¿Qué?

—Simplemente no sabían para nada de qué estábamos hablando. No tenían ni la menor idea. Para ellos éramos dos blancos locos haciéndoles preguntas imposibles, eso es todo. Eran demasiado amables y estaban demasiado cohibidos como para mandarnos a la mierda. Simplemente se quedaron allí sentados pacientemente mientras nosotros divagábamos.

—¿Qué es lo que estás queriendo decir?

—Piensa en las demás cosas que sabemos. En el vídeo se da una extraña secuencia de acontecimientos. Ellos parecen un poco cansados cuando se dirigen a la oficina de Stuyvesant, y un poco menos cansados cuando salen de allí. Se los ve limpios al entrar y desaliñados al salir. Pasan quince minutos allí dentro, y tan solo nueve en la secretaría.

—¿Entonces? —preguntó Stuyvesant.

Reacher sonrió:

—Su oficina es probablemente el lugar más limpio del mundo. Se podría usar como quirófano. Usted la mantiene así deliberadamente. Estamos al corriente del asunto del maletín y los zapatos mojados, por cierto.

Froelich lo miró de manera inexpresiva. Stuyvesant se sonrojó.

—Es un espacio pulcro hasta la obsesión —dijo Reacher—. Y aun así el personal de limpieza pasó allí quince minutos. ¿Por qué?

—Estaban sacando la carta —dijo Stuyvesant—. Dejándola en su lugar.

—No, no estaban haciendo eso.

—¿Fue María sola? ¿Julio y Anita salieron primeros?

—No.

—¿Entonces quién la dejó allí? ¿Mi secretaria?

—No.

La sala se quedó en silencio.

—¿Insinúa que fui yo? —preguntó Stuyvesant.

Reacher negó con la cabeza:

—Lo único que hago es preguntar por qué el personal de limpieza pasó quince minutos en un lugar que ya estaba muy limpio.

—¿Estaban descansando? —dijo Neagley.

Reacher negó con la cabeza de nuevo. Froelich sonrió de repente.

—¿Hacían algo que los dejara desaliñados? —preguntó.

Reacher le devolvió la sonrisa:

—¿Como qué?

—¿Como tener sexo?

Stuyvesant se puso pálido:

—Espero por favor que no —dijo—. Y de todos modos eran tres.

—Los tríos no son tan infrecuentes —dijo Neagley.

—Viven juntos —dijo Stuyvesant—. Si quieren hacerlo, pueden hacerlo en su casa, ¿no?

—Puede ser una aventura erótica —dijo Froelich—. Ya saben, besarse en el trabajo.

—Olvídense del sexo —dijo Reacher—. Piensen en el hecho de que estaban desaliñados. ¿Qué fue exactamente lo que nos llevó a tener esa impresión?

Todos se encogieron de hombros. Stuyvesant seguía pálido. Reacher sonrió.

—Otra cosa que sucedía en el vídeo —continuó—. Cuando entraron, la bolsa de residuos estaba bastante vacía. Cuando salieron estaba mucho más llena. Entonces, ¿había mucha basura en la oficina?

—No —respondió Stuyvesant como si estuviese ofendido—. Nunca dejo basura allí dentro.

Froelich se inclinó hacia delante:

—¿Entonces qué había en la bolsa?

—Basura —dijo Reacher.

—No lo entiendo —dijo Froelich.

—Quince minutos es mucho tiempo, gente —dijo Reacher—. Hicieron su trabajo de manera eficiente y concienzuda en la secretaría y lo terminaron en nueve minutos. Ese espacio es un poco más grande y está un poco más desordenado. Hay cosas por todas partes. Comparen los dos espacios, comparen la complejidad, asuman que trabajan con el mismo esfuerzo en todos lados y díganme cuánto tiempo *deberían* haber pasado en la oficina.

Froelich se encogió de hombros:

—¿Siete minutos? ¿Ocho? ¿Más o menos?

Neagley asintió:

—Yo diría nueve minutos como máximo.

—Me gusta que esté limpia —dijo Stuyvesant—. Doy instrucciones para ello. Me gustaría que estuviesen allí dentro al menos diez minutos.

—Pero no quince —dijo Reacher—. Eso es excesivo. Y nosotros les preguntamos al respecto. Les preguntamos ¿por qué estuvisteis tanto tiempo allí? ¿Y qué dijeron?

—No contestaron —dijo Neagley—. Solo nos miraron como desconcertados.

—Después les preguntamos si todas las noches pasaban el mismo tiempo allí dentro. Y dijeron que sí, que así era.

Stuyvesant miró a Neagley para que confirmara esa información. Ella asintió.

—Vale —dijo Reacher—. Lo hemos reducido a eso. Estamos analizando quince minutos en particular. Todos ustedes han visto los vídeos. Ahora díganme lo que hizo el personal de limpieza durante ese tiempo.

Nadie dijo nada.

—Hay dos posibilidades —dijo Reacher—. O no lo pasaron allí dentro, o lo pasaron haciéndose crecer el pelo.

—¿Qué? —dijo Froelich.

—Eso es lo que hace que parezcan desaliñados. Especialmente Julio. Su pelo está un poco más largo cuando sale que cuando entra.

—¿Cómo es posible?

—Es posible porque no vimos la actividad de una sola noche. Vimos dos noches distintas unidas en una sola secuencia. Dos mitades de dos noches diferentes.

Silencio en la sala.

—Dos cintas —dijo Reacher—. El cambio de cinta a medianoche es la clave. La primera cinta está bien. Así tiene que ser, porque antes se ve a Stuyvesant y a su secretaria yéndose a su casa. Eso era verdadero. Era el miércoles de verdad. El personal de limpieza llegó a las once cincuenta y dos. Parecían cansados, porque quizás era la primera noche de su semana laboral. Quizás estuvieron todo el día despiertos haciendo las cosas que se hacen de día. Pero hasta ese momento es una noche más en el trabajo. Llegaron puntuales. No hay café derramado por ninguna parte. Mi opinión es que terminaron con la oficina más o menos en nueve minutos. Que probablemente es su velocidad normal. Que es razonablemente rápido. Que es el motivo por el cual se mostraron desconcertados cuando les dijimos que habían sido lentos. Mi opinión es que salieron alrededor de un minuto después de la medianoche, pasaron otros nueve minutos limpiando la secretaría y se fueron de allí a las doce y diez.

—¿Pero? —preguntó Froelich.

—Pero una vez pasadas las doce vimos una noche totalmente distinta. Quizás de hace un par de semanas, antes de que Julio se cortara el pelo. Una noche en la que llegaron a la zona más tarde, y por lo tanto se fueron más tarde. A causa de algún desorden anterior en alguna otra oficina. Quizás una montaña de basura que les llenó la bolsa. Parecían más enérgicos al salir porque se estaban apresurando para poder llegar a tiempo a todo. Y quizás era una noche de mitad de su semana laboral y ya se habían ajustado al ritmo y dormido como corresponde. Por lo que los vimos entrar el miércoles y los vimos salir una noche completamente distinta.

—Pero la fecha era la correcta —dijo Froelich—. Era definitivamente la fecha del jueves.

Reacher asintió:

—Nendick lo planeó de antemano.

—¿Nendick?

—El hombre que trabaja con los vídeos —dijo Reacher—. Mi opinión es que durante una semana entera tuvo la cámara que va desde medianoche hasta las seis configurada para que tuviera la fecha de ese jueves en particular. Quizás durante dos semanas enteras. Porque necesitaba tres opciones. O bien el personal de limpieza entraría y saldría antes de medianoche, o bien entraría

antes de medianoche y saldría después de medianoche, o bien entraría y saldría *después* de medianoche. Si hubiesen salido y entrado antes de medianoche, les habría dado una cinta en la que no se vería nada entre medianoche y las seis. Si hubiesen salido y entrado después de medianoche, habrían visto exactamente eso. Pero de la manera en que sucedió, tuvo que utilizar una en la que solo se les ve salir.

—¿Nendick dejó la carta? —preguntó Stuyvesant.

Reacher asintió:

—Nendick es el que colabora desde dentro. No el personal de limpieza. Lo que esa cámara grabó *realmente* esa noche fue al personal de limpieza saliendo poco después de medianoche y luego, en algún momento antes de las seis de la mañana, a Nendick entrando por la puerta de emergencia con unos guantes puestos y con la carta en la mano. Alrededor de las cinco y media, diría yo, como para no tener que esperar mucho antes de deshacerse de la cinta verdadera y elegir el reemplazo.

—Pero en el vídeo se me veía a mí al llegar por la mañana. También a mi secretaria.

—Esa era la tercera cinta. Hubo otro cambio a las seis de la mañana, de vuelta al registro verdadero. La única cinta que se cambió es la del medio.

Silencio en la sala.

—Probablemente también les describió las cámaras del garaje —continuó Reacher—. Para la entrega del domingo por la noche.

—¿Cómo lo descubrió? —preguntó Stuyvesant—. ¿Por el pelo?

—En parte. En realidad fue por el culo de Neagley. Nendick estaba tan nervioso en el momento de entregarnos las cintas que no le prestó atención. Ella lo notó. Y me dijo que era algo muy poco frecuente.

Stuyvesant se sonrojó de nuevo, como si él también pudiera dar fe de eso.

—Así que deberíamos dejar ir al personal de limpieza —dijo Reacher—. Y luego hablar con Nendick. Él es quien se ha reunido con esos tipos.

Stuyvesant asintió:

—Y a quien amenazaron, presumiblemente.

—Eso espero —dijo Reacher—. Espero que no esté implicado

por voluntad propia.
Stuyvesant utilizó su llave maestra y entró en la sala de vídeo con un agente de guardia como testigo. Descubrieron que faltaban seis cintas consecutivas de las que iban desde medianoche hasta las seis previas al jueves en cuestión. Nendick las había anotado como grabaciones defectuosas en un cuaderno de incidencias. Después seleccionaron una docena de cintas al azar de los últimos tres meses y vieron distintas partes. Confirmaron que el personal de limpieza nunca pasaba más de nueve minutos en la oficina de Stuyvesant. Por lo que Stuyvesant hizo una llamada y se aseguró de que eran liberados inmediatamente.

Después de eso quedaban tres opciones: hacer que Nendick fuera hasta allí con alguna excusa, enviar algunos agentes para que lo arrestasen o que ellos mismos fueran a su casa para iniciar algún tipo de interrogatorio antes de que la Sexta Enmienda se entrometiera y comenzara a complicar las cosas.

—Deberíamos ir ahora mismo —dijo Reacher—. Explotar el factor sorpresa.

Se esperaba resistencia, pero Stuyvesant sencillamente asintió de forma ausente. Estaba pálido y parecía cansado. Parecía un hombre con problemas. Un hombre que oscilaba entre un sentimiento de traición e ira justificada y la tendencia al encubrimiento que rige dentro de la circunvalación. Y la tendencia al encubrimiento iba a ser mucho más fuerte con alguien como Nendick que con el personal de limpieza. Los de la limpieza se considerarían meras cifras. Antes o después alguien terminaría diciendo: *bueno, era el personal de limpieza, ¿qué se le va a hacer?* Pero con Nendick era distinto. Alguien así era un elemento esencial para una organización que no podía cometer ese tipo de errores. Por tanto, Stuyvesant encendió el ordenador de su secretaria y buscó su dirección particular. Estaba en un suburbio a quince kilómetros, en Virginia. Tardaron veinte minutos en llegar. Vivía en una calle tranquila y sinuosa en una urbanización. La urbanización era lo bastante vieja como para que los árboles y las plantas hubieran crecido, pero lo bastante nueva como para que el conjunto tuviera un aspecto elegante y bien mantenido. Era una zona de precio medio. Había coches importados en la mayoría de las entradas, pero no eran modelos de ese año. Estaban limpios, pero un poco desgastados. La

casa de Nendick era una casa de una sola planta, baja y ancha, con techo caqui y chimenea de ladrillos. Estaba oscura salvo por el parpadeo azul de la televisión en una de las ventanas.

Froelich entró directamente en el camino de entrada y aparcó delante del garaje. Se bajaron al frío y caminaron hasta la puerta principal. Stuyvesant apoyó el dedo en el timbre y lo dejó allí un rato. Treinta segundos más tarde se encendió una luz en el recibidor. Su brillo naranja resplandeció a través de una ventana en forma de abanico situada encima de la puerta. Una luz amarilla de exterior se encendió sobre sus cabezas. La puerta se abrió y Nendick apareció ahí de pie, en el recibidor, sin decir nada. Tenía el traje puesto, como si acabara de llegar del trabajo. Parecía flojo del miedo, como si una nueva calamidad estuviese a punto de caer sobre la anterior. Stuyvesant lo miró, hizo una pausa y luego entró. Froelich lo siguió. Luego Reacher. Luego Neagley. Ella cerró la puerta tras de sí y ocupó allí supuesto de centinela, con los pies separados y las manos agarradas en la parte baja de la espalda.

Nendick seguía sin decir nada. Solo estaba allí de pie, con el cuerpo flojo y la mirada perdida. Stuyvesant le puso una mano en el hombro e hizo que se diera la vuelta. Lo empujó hacia la cocina. No se resistió. Simplemente fue tambaleándose sin fuerza hacia el fondo de su casa. Stuyvesant lo siguió, le dio a un interruptor y unos tubos fluorescentes titilaron hasta encenderse encima de la encimera.

—Siéntate —le dijo, como si le estuviera hablando a un perro.

Nendick se acercó a un taburete en la barra de desayunar y se sentó. No dijo nada. Solamente se abrazó a sí mismo como si estuviera temblando de fiebre.

—Nombres —dijo Stuyvesant.

Nendick no dijo nada. Estaba haciendo el *esfuerzo* de no decir nada. Miraba la pared del fondo. Una de las luces fluorescentes funcionaba mal. No terminaba de encenderse. Su condensador llenaba el silencio con un zumbido molesto. Las manos de Nendick comenzaron a temblar, así que se las metió debajo de los brazos para que se quedaran quietas y empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás en el taburete. El taburete crujía bajo su peso. Reacher recorrió la cocina con la mirada. Era un espacio agradable. En la ventana había cortinas de cuadros amarillos. El techo estaba

pintado haciendo juego. Había flores en jarrones. Estaban todas muertas. Había platos en el fregadero. De un par de semanas. Algunos tenían costra.

Reacher regresó al recibidor. Pasó a la sala de estar. La televisión era un aparato enorme de un par de años de antigüedad. Estaba puesta una cadena comercial. El programa parecía montado con fragmentos de las cámaras de tráfico de la policía de hacía varios años. El volumen estaba bajo. Solo se escuchaba un murmullo constante que sugería una emoción extrema y sostenida. El mando estaba cuidadosamente colocado sobre el apoyabrazos de una silla que estaba frente a la pantalla. Había una repisa baja encima de la chimenea con una fila de seis fotografías en marcos de latón. En todas aparecían Nendick y una mujer. Ella tenía más o menos su edad, y era lo bastante alegre y lo bastante atractiva como para no describirla como una mujer común. Las fotografías seguían a la pareja a través de un recorrido que pasaba por la boda, algunas vacaciones y otros eventos inespecíficos. No había fotos de niños. Y esa no era una casa en la que vivieran niños. No había juguetes por ningún lado. Ningún desorden. Estaba todo adornado, combinado y calculado. Todo pertenecía al mundo de los adultos.

El mando que estaba en el apoyabrazos de la silla decía *Vídeo*, no TV. Reacher miró la pantalla y le dio a *play*. El sonido de la radio de la policía se apagó instantáneamente, el reproductor hizo unos ruidos y un segundo después la pantalla se puso negra y apareció la grabación de una boda. Nendick y su esposa le sonreían a la pantalla desde otra época. La cabeza de uno estaba muy cerca de la del otro. Parecían felices. Ella iba toda de blanco. Él llevaba un traje. Estaban en un jardín. En un día ventoso. El pelo de ella volaba para todas partes y lo que predominaba en el audio era el ruido del viento. Ella tenía una linda sonrisa. Ojos brillantes. Decía algo para la posteridad, pero Reacher no alcanzó a entender las palabras.

Dio al *stop* y volvió a empezar una persecución de coches nocturna. Regresó a la cocina. Nendick seguía temblando y balanceándose. Seguía teniendo las manos metidas bajo de los brazos. Seguía sin decir nada. Reacher miró otra vez los platos sucios y las flores muertas.

—Nosotros te la podemos traer de vuelta —dijo.

Nendick no dijo nada.

—Solo dinos quién fue, y la iremos a buscar ahora mismo.

No hubo respuesta.

—Cuanto antes mejor —dijo Reacher—. En una situación así, no queremos que ella esperara más de lo necesario, ¿no te parece?

Nendick miraba la pared del fondo totalmente concentrado.

—¿Cuándo vinieron a buscarla? —preguntó Reacher—. ¿Hace un par de semanas?

Nendick no dijo nada. No emitió ningún sonido. Neagley se acercó desde el recibidor. Fue hacia la parte de la cocina que estaba dispuesta como un espacio familiar. Un conjunto de muebles pesados se extendían contra una pared: biblioteca, aparador, biblioteca.

—Nosotros podemos ayudarlo —dijo Reacher—. Pero necesitamos saber por dónde empezar.

Nendick no respondió nada. Nada de nada. Solo miraba fijamente, temblaba, se balanceaba y se abrazaba muy fuerte a sí mismo.

—Reacher —dijo Neagley. Su voz era suave, con algo de tensión.

Él se apartó de Nendick y fue hacia Neagley, junto al aparador. Ella le dio algo. Era un sobre. Dentro había una foto Polaroid. En la foto se veía a una mujer sentada en una silla. Tenía el rostro blanco, lleno de pánico. Los ojos muy abiertos. El pelo sucio. Era la esposa de Nendick, aunque parecía cien años más vieja que en las imágenes de la sala de estar. Tenía un ejemplar del *USA Today* en la mano. La cabecera estaba justo por debajo de su mentón. Neagley le dio otro sobre. Con otra Polaroid dentro. Misma mujer. Misma pose. Mismo periódico, pero un día distinto.

—Pruebas de vida —dijo Reacher.

Neagley asintió:

—Pero mira esto. ¿De qué es esta prueba?

Le pasó otro sobre. Uno más grueso, acolchado, marrón. Dentro había algo blanco y suave. Ropa interior. Un par. Desteñida. Algo sucia.

—Genial —dijo él.

Luego ella le pasó un cuarto sobre. Otra vez acolchado y marrón. Más pequeño. Dentro había una caja. De cartón, muy pequeña, delicada, como la que podría utilizar un joyero para meter

un par de pendientes. Dentro tenía una base de algodón. El algodón estaba marrón de sangre vieja, porque tenía apoyada encima la punta de un dedo. Lo habían cortado a la altura del primer nudillo con algo duro y afilado. Tijeras de podar, quizás. Probablemente, a juzgar por el tamaño y la curvatura, era del dedo meñique de la mano izquierda. La uña todavía tenía esmalte. Reacher la miró durante un largo rato. Asintió y se la devolvió a Neagley. Se dio la vuelta, se acercó a Nendick y quedó frente a él al otro lado de la barra. Lo miró directamente a los ojos. Se la jugó.

—Stuyvesant —dijo en voz alta—. Y Froelich. Espérenme en el recibidor.

Ellos se quedaron quietos un segundo, sorprendidos. Él los miró con dureza. Se retiraron obedientemente de la sala.

—Neagley —dijo en voz alta—. Ven conmigo.

Ella se acercó y se quedó de pie a su lado, en silencio. Él se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la barra. Llevó el rostro al mismo nivel que el de Nendick. Habló con voz suave.

—Vale, ya no están aquí —dijo—. Ahora estamos nosotros solos. Y nosotros no somos del Servicio Secreto. Estás al tanto de eso, ¿verdad? Hasta el otro día nunca nos habías visto. Así que puedes confiar en nosotros. No vamos a meter la pata como lo harían ellos. Venimos de un lugar en el que no está permitido meter la pata. Y venimos de un lugar en el que no hay reglas. Así que podemos traerla de vuelta. Sabemos cómo hacerlo. Atraparemos a los malos y la traeremos de vuelta. A salvo. Sin fallos, ¿vale? Es una promesa. Personal. De mí hacia ti.

Nendick llevó la cabeza hacia atrás y abrió la boca. Tenía los labios secos. Estaban salpicados de saliva blanca espumosa. Luego cerró la boca. Muy fuerte. Apretó la mandíbula. Tanto que los labios le quedaron comprimidos en una línea fina y pálida. Sacó una mano temblorosa de debajo del brazo y juntó el pulgar y el índice como si estuviera sosteniendo algo pequeño. Llevó ese pequeño objeto imaginario de un lado al otro frente a su boca, despacio, como si estuviese cerrando una cremallera. Volvió a poner la mano debajo del brazo. Temblaba. Miraba la pared. En sus ojos había un miedo desesperado. Una especie de terror absoluto y salvaje. Comenzó a balancearse de nuevo. Comenzó a toser. Tosía y se atragantaba. No abría la boca. La mantenía muy cerrada. Temblaba y se sacudía

sentado en el taburete. Se agarraba los costados. Tragaba saliva desesperadamente dentro de su boca cerrada. Tenía los ojos desorbitados y fijos. Eran dos pozos de terror. Después se le fueron hacia atrás, se le quedaron en blanco y se cayó de espaldas del taburete.

DIEZ

Mientras estuvieron allí hicieron lo que pudieron, pero fue inútil. Nendick estaba tendido en el suelo de la cocina, sin moverse, no del todo consciente pero tampoco del todo inconsciente. Experimentaba algún tipo de fuga disociativa. Como en animación suspendida. Estaba pálido y empapado de sudor. Respiraba superficialmente. Su pulso era débil. Solo respondía al tacto y a la luz. Una hora más tarde estaba en una habitación vigilada del Centro Médico Militar Walter Reed con un diagnóstico provisional de catatonia inducida por trastorno psicótico.

—Paralizado de miedo, en otros términos —dijo el doctor—. Es una afección real. La vemos con mayor frecuencia en pueblos supersticiosos, como Haití, o en algunas partes de Luisiana. Regiones en las que se practica vudú, en otras palabras. Las víctimas empiezan a sudar frío, palidecen, les baja la tensión y llegan a un estado próximo a la inconsciencia. No es lo mismo que el pánico inducido por la adrenalina. Es un proceso neurogénico. El corazón se desacelera, los grandes vasos sanguíneos del abdomen le sacan la sangre al cerebro, la mayor parte de las funciones voluntarias se desconectan.

—¿Qué clase de amenaza podría desencadenar eso en una persona? —preguntó Froelich, en voz baja.

—Una amenaza que la persona se crea, sinceramente —contestó el doctor—. Esa es la clave. La víctima tiene que estar convencida. Yo pensaría que los que secuestraron a su esposa le describieron lo que iban a hacerle si él hablaba. Y luego su llegada disparó una crisis, porque tuvo miedo de *terminar* hablando. Quizás incluso quería hablar, pero sabía que no se lo podía permitir. No quisiera especular sobre la naturaleza exacta de la amenaza contra su mujer.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Stuyvesant.

—Depende del estado de su corazón. Si es propenso a las

enfermedades cardiovasculares podría tener problemas serios. El estrés cardíaco es realmente enorme.

—¿Cuándo podemos hablar con él?

—De momento no. Depende de él, básicamente. Tiene que volver en sí.

—Es muy importante. Tiene información crítica.

El doctor negó con la cabeza:

—Quizás en unos días —dijo—. Quizás nunca.

Esperaron durante una hora larga e improductiva durante la cual nada cambió. Nendick simplemente yacía inerte, rodeado de máquinas que emitían pequeños sonidos. Inhalaba y exhalaba, pero eso era todo. Por lo que se olvidaron del asunto, lo dejaron allí y volvieron a la oficina en medio de la oscuridad y el silencio. Se volvieron a encontrar en la sala de reuniones sin ventanas y se enfrentaron a la siguiente gran decisión.

—Hay que decírselo a Armstrong —dijo Neagley—. Ya hicieron su demostración. Lo único que les falta es llevar a cabo la acción verdadera.

Stuyvesant negó con la cabeza:

—Nunca se lo decimos. Es una política rígida. Lo ha sido durante ciento un años. No la vamos a cambiar ahora.

—Entonces deberíamos limitar su exposición —dijo Froelich.

—No —dijo Stuyvesant—. Eso sería admitir la derrota, y eso es una pendiente resbaladiza. Si nos retiramos una vez, nos estaremos retirando siempre, cada vez que recibamos una amenaza. Y eso no debe suceder. Lo que debe suceder es que lo defendamos lo mejor que podamos. Así que empezamos a planificar, ahora. ¿De qué nos estamos defendiendo? ¿Qué sabemos?

—Que ya hay dos hombres muertos —respondió Froelich.

—Dos hombres y una mujer —añadió Reacher—. Miren las estadísticas. Secuestrado es lo mismo que muerto, noventa y nueve veces de cada cien.

—Las fotografías eran una prueba de vida —dijo Stuyvesant.

—Hasta que Nendick cumpliera con lo que se le pedía. Lo cual sucedió hace casi dos semanas.

—Todavía lo está cumpliendo. No habla. Así que yo aún tengo esperanzas.

Reacher no dijo nada.

—¿Sabe algo de ella? —preguntó Neagley.

Stuyvesant negó con la cabeza:

—Nunca la conocí. Ni siquiera sé cómo se llama. Apenas conozco a Nendick. Es solo alguien que trabaja en asuntos técnicos y a quien veo a veces por ahí.

La sala se quedó en silencio.

—También hay que decírselo al FBI —dijo Neagley—. Esto ya no se trata solo de Armstrong. Hay una víctima de secuestro muerta o en grave peligro. Eso es competencia del Bureau, sin duda. Además del homicidio interestatal. Eso también les concierne.

La sala quedó sumida en el silencio. Stuyvesant suspiró y miró a los demás, despacio y detenidamente, de uno en uno.

—Sí —dijo—. Estoy de acuerdo. Ha llegado demasiado lejos. Lo tienen que saber. Dios sabe que no es lo que quiero, pero se lo diré. Recibiremos el golpe. Les daré todo lo que tenemos.

Se hizo un silencio. Nadie dijo nada. No había nada que decir. Dadas las circunstancias, era exactamente lo que había que hacer. Celebrar la decisión habría parecido sarcástico, y la conmiseración no era apropiada. Para la pareja de los Nendick y para las dos familias no relacionadas de apellido Armstrong, quizás sí, pero no para Stuyvesant.

—Mientras tanto nos centraremos en Armstrong —dijo Stuyvesant—. Es todo lo que podemos hacer.

—Mañana tenemos que volver a Dakota del Norte —dijo Froelich—. Más juegos y diversión al aire libre. El mismo lugar que el otro día. No muy seguro. Salimos a las diez.

—¿Y el jueves?

—El jueves es el Día de Acción de Gracias. Va a servir pavo en un refugio para personas sin hogar, aquí en el D. C. Estará muy expuesto.

Hubo un largo momento de silencio. Stuyvesant suspiró de nuevo, profundamente, y apoyó las manos sobre la larga mesa de madera.

—Vale —dijo—. Estén aquí mañana por la mañana a las siete en punto. Estoy seguro de que el Bureau estará encantado de enviarnos un agente de enlace.

Luego se levantó ayudándose con las manos y salió de la sala para volver a su oficina, donde haría las llamadas que pondrían una

muesca permanente en su currículum.

—Me siento inútil —dijo Froelich—. Quiero estar más activa.

—¿No te gusta el juego defensivo? —preguntó él.

Estaban en su cama, en su cuarto. Era más grande que la habitación de invitados. Más bonito. Y más silencioso, porque estaba en la parte de atrás de la casa. El techo estaba más liso. Aunque para comprobarlo realmente haría falta que llegase la luz del sol de manera oblicua. Lo que sucedería al atardecer en vez de a la mañana, porque la ventana estaba orientada en sentido opuesto. La cama estaba a una temperatura agradable. Era como una crisálida de calor en medio de la noche fría y gris de la ciudad.

—No tengo problema con defender —dijo ella—. Aunque atacar *es* defender, ¿no? ¿En una situación como esta? Pero siempre dejamos que las cosas lleguen a nosotros. Y después nos escapamos. Somos demasiado funcionales. No investigamos lo suficiente.

—Tienen investigadores —dijo él—. Como el tipo que mira las películas.

Ella asintió rozándole el hombro con la cabeza:

—La Oficina de Investigaciones sobre Protección. Es un rol extraño. Más académico que específico. Más estratégico que táctico.

—Y entonces hazlo tú. Intenta hacer algunas cosas.

—¿Como qué?

—Con Nendick inconsciente, volvemos a las pruebas originales. Así que tenemos que empezar de nuevo. Deberías concentrarte en las huellas dactilares.

—No están en el registro.

—Los registros tienen fallos técnicos. Los registros se actualizan. Se añaden huellas. Deberías intentarlo de nuevo, una vez cada pocos días. Y deberías ampliar la búsqueda. Inténtalo con otros países. Inténtalo con la Interpol.

—Dudo que estos tipos sean extranjeros.

—Pero quizás son americanos que viajaron a otros países. Quizás se metieron en problemas en Canadá o en Europa. O en México, o en Sudamérica.

—Quizás —dijo ella.

—Y deberías investigar sobre el uso de una huella de pulgar como *modus operandi*. Buscar en las bases de datos para ver si alguien alguna vez firmó cartas de amenaza con el pulgar. ¿Hasta

dónde llegan los archivos?

—Hasta el principio de los tiempos.

—Establece entonces un límite de veinte años. Imagino que al principio de los tiempos muchísima gente firmaba cosas con el pulgar.

Ella sonrió, soñolienta. Él lo sintió en el hombro.

—Antes de que aprendieran a escribir —dijo él.

Ella no respondió. Estaba profundamente dormida, respirando lentamente, acurrucada en su hombro. Él se acomodó en la cama y sintió una ligera inclinación de su lado del colchón. Se preguntó si lo habría dejado Joe. Se quedó allí quieto un rato y luego estiró el brazo hacia arriba y apagó la luz.

Pareció que hubiera pasado un minuto y medio y ya estaban otra vez levantados y duchados, de nuevo en la sala de reuniones del Servicio Secreto, comiendo donuts y tomando café con un agente de enlace del FBI que se llamaba Bannon. Reacher llevaba su abrigo de Atlantic City, el tercero de los trajes italianos abandonados por Joe, la tercera camisa de *Alguien* y una corbata azul lisa. Froelich llevaba otro traje de pantalón negro. Neagley llevaba la misma ropa que había usado el domingo por la noche. La que realzaba su figura. La que Nendick había ignorado. Su armario circulaba a la velocidad que le permitía la lavandería del hotel. Stuyvesant estaba inmaculado en su habitual Brooks Brothers. Quizás era uno nuevo, quizás no. No había manera de saberlo. Todos sus trajes eran iguales. Parecía muy cansado. De hecho, todos parecían muy cansados, y eso a Reacher le preocupaba un poco. En su experiencia, el cansancio perjudicaba la eficacia operativa tanto como una copa de más.

—Dormiremos en el avión —dijo Froelich—. Le diremos al piloto que vuele despacio.

Bannon tenía alrededor de cuarenta años. Llevaba una chaqueta deportiva de *tweed* y un pantalón gris de franela, parecía cordial e irlandés y era alto y robusto. Tenía una piel roja que no se había visto favorecida por la mañana invernal. Pero era amable y alegre, y fue quien compró los donuts y el café. En dos tiendas distintas, cada una elegida por su calidad. Había sido bien recibido. Veinte dólares en comida y bebida habían roto el hielo interagencial.

—Sin secretos por ninguna de las partes —dijo—. Eso es lo que

proponemos nosotros. Y sin culpabilizar a nadie. Pero sin tonterías. Creo que tenemos que asumir el hecho de que la mujer de Nendick está muerta. La buscaremos como si no fuera así, pero no deberíamos engañarnos a nosotros mismos. Por lo que ya tenemos tres bajas. Algunas pruebas, pero no muchas. Suponemos que Nendick se vio con estos tipos, y asumimos que ellos estuvieron en su casa, aunque solo haya sido para llevarse a su mujer. Así que esa es una escena de crimen: la vamos a registrar hoy mismo y compartiremos lo que encontremos. Nendick nos ayudará si se despierta en algún momento. Pero considerando que eso no va a suceder pronto, nos aproximaremos al caso desde tres lugares distintos. Primero, el asunto de los mensajes que llegaron aquí al D. C. Segundo, la escena de Minnesota. Tercero, la escena de Colorado.

—¿Allí tienen a gente al cargo? —preguntó Froelich.

—En ambos lugares —dijo Bannon—. Nuestro personal de balística supone que el arma de Colorado fue un subfusil Heckler & Koch que se llama M P5.

—Ya habíamos llegado a esa conclusión —dijo Neagley—. Y probablemente estaba silenciado, lo cual hace que sea el MP5SD6.

Bannon asintió:

—Usted es una de los dos exmilitares, ¿no es así? En ese caso ya habrá visto subfusiles MP5 antes. Igual que yo. Son armas militares y paramilitares. Los usa la policía y los escuadrones federales de SWAT, gente así.

Después se quedó callado y miró hacia todas esas caras reunidas, como si sus palabras trajesen algo más de lo que había dicho.

—¿Y en Minnesota? —preguntó Neagley.

—Encontramos la bala —respondió Bannon—. Rastreamos la granja con un detector de metales. Estaba enterrada en el barro a unos veinticinco centímetros de profundidad. Lo que encaja con un disparo que se haya hecho desde una colina boscosa a unos ciento veinte metros en dirección norte. Quizás a unos veinticinco metros de altura.

—¿Qué bala era? —preguntó Reacher.

—7,62 milímetros OTAN —respondió Bannon.

Reacher asintió:

—¿La analizaron?

—¿En busca de qué?

—Del tipo de disparo.

Bannon asintió:

—Baja potencia, poca carga.

—Munición subsónica —dijo Reacher—. Con ese calibre tiene que ser un fusil Vaime MI2 con silenciador.

—Que también es un arma policial y paramilitar —dijo Bannon —. La que suelen usar las unidades antiterroristas y gente así.

Miró otra vez a su alrededor, como invitando a que alguien hiciera algún comentario. Nadie hizo ninguno. Por lo que continuó.

—¿Saben qué? —preguntó.

—¿Qué?

—Si ponen una lista de los que compran Heckler & Koch MP5 en Estados Unidos al lado de una lista de los que compran Vaime Mk2 solo encontraréis a un comprador oficial en ambas.

—¿Quién?

—El Servicio Secreto de los Estados Unidos.

La sala se quedó en silencio. Nadie dijo. Alguien llamó a la puerta. El agente de guardia. Se quedó allí de pie, centrado en el marco de la puerta.

—Acaba de llegar la correspondencia —anunció—. Algo que tienen que ver.

Lo apoyaron sobre la mesa de la sala de reuniones. Era un sobre marrón, común, con solapa adhesiva y cierre metálico. Tenía una etiqueta autoadhesiva con la siguiente dirección impresa con ordenador: *Brook Armstrong, Senado de los Estados Unidos, Washington D.* C. Y en una nítida tipografía Times New Roman, negro sobre blanco. Bannon abrió su maletín y sacó un par de guantes blancos de algodón. Se los puso, mano derecha, mano izquierda. Se los ajustó en los dedos.

—Me los dieron en el laboratorio —dijo—. Para circunstancias especiales. Preferimos no usar látex. Para que no se confundan los rastros de talco.

Los guantes eran torpes. Tuvo que deslizar el sobre hasta el borde de la mesa para poder levantarlo. Lo cogió con una mano y buscó algo para abrirlo. Reacher sacó de su bolsillo la navaja de cerámica y la abrió. Se la ofreció con el mango hacia delante. Bannon la cogió e introdujo la punta de la hoja bajo la esquina de la

solapa. Movió el sobre hacia atrás y la navaja hacia delante. La hoja rasgó el papel como si cortara el aire. Le devolvió la navaja a Reacher y apretó los lados del sobre para que se formara una boca. Miró dentro. Le dio la vuelta al sobre y cayó algo.

Era una sola hoja de papel tamaño carta. Papel blanco grueso. Aterrizó, se deslizó unos centímetros sobre la madera pulida y frenó. Tenía una pregunta impresa en dos líneas, centradas entre los márgenes, un poco por encima de la mitad de la hoja. Cinco palabras, con el ya conocido y solemne tipo de letra: *¿Te ha gustado la demostración?* La última palabra era la única de la segunda línea. Esa separación le daba cierta clase de énfasis.

Bannon le dio la vuelta al sobre y miró el sello.

—Las Vegas de nuevo —dijo—. El sábado. Tienen mucha confianza en sí mismos, ¿no? Le preguntan si le gustó la demostración tres días antes de llevarla a cabo.

—Tenemos que irnos —dijo Froelich—. El avión sale a las diez. Quiero a Reacher y a Neagley conmigo. Ya han estado allí. Conocen el terreno.

Stuyvesant levantó la mano. Un gesto impreciso. Podía significar *vale* o lo *que sea o no me molesten*, Reacher no supo identificarlo.

—Quiero dos reuniones diarias —dijo Bannon—. Aquí mismo, ¿a las siete de la mañana y a las diez de la noche, quizás?

—Si estamos en la ciudad, sí —dijo Froelich.

Se dirigió hacia la puerta. Reacher y Neagley la siguieron fuera de la sala. Reacher le tocó el brazo a Froelich y con un gesto sutil le tiró del codo y la hizo girar hacia la izquierda en vez de hacia la derecha, por el pasillo que conducía a su oficina.

—Haz la búsqueda en la base de datos —le susurró.

Ella miró la hora en su reloj:

—Es un proceso demasiado lento.

—Iníciala ahora y que quede recopilando información el resto del día.

—¿No lo hará Bannon?

—Probablemente. Pero verificar algo dos veces nunca le hizo daño a nadie.

Ella se detuvo. Luego se dio la vuelta y se dirigió hacia el interior de la planta. Encendió las luces de su oficina y el ordenador. La base de datos del Centro Nacional de Información

Criminal tenía un complejo protocolo de búsqueda. Introdujo su contraseña, hizo clic con el cursor en la casilla de búsqueda y escribió *huella de pulgar*.

—Sé más específica —dijo Reacher—. Eso te va a dar mil millones de casos intrascendentes de huellas dactilares.

Volvió hacia atrás y escribió *huella de pulgar + documento + carta +firma*.

—¿Así? —preguntó.

Él se encogió de hombros:

—Nací antes de que se inventaran estas cosas.

—Es un comienzo —dijo Neagley—. Si lo necesitamos, podemos mejorarlo después.

Así que Froelich le dio a *buscar*, el disco duro comenzó a zumbar y la casilla de búsqueda desapareció de la pantalla.

—Vamos —dijo.

Trasladar a un vicepresidente electo bajo amenaza desde el Distrito de Columbia hasta el gran estado de Dakota del Norte era una tarea complicada. Requería ocho vehículos distintos del Servicio Secreto, cuatro coches de policía, un total de veinte agentes y un avión. Por su parte, la organización local del acto político requería doce agentes, cuarenta policías locales, cuatro vehículos de la policía estatal y dos unidades caninas locales. Froelich pasó un total de cuatro horas hablando por radio para coordinar todo el operativo.

Dejó su Suburban en el garaje y usó una limusina Town Car con chófer para poder concentrarse en dar órdenes. Reacher y Neagley se sentaron con ella en la parte de atrás. Se dirigieron hacia Georgetown y aparcaron cerca de la casa de Armstrong. Treinta minutos después el coche de las armas y dos Suburban se unieron a ellos. Otros quince minutos después apareció un Cadillac blindado y aparcó con la puerta del pasajero muy pegada a la carpa. Después dos coches patrulla de la policía local cortaron la calle, por arriba y por abajo. Las luces parpadeaban. Todos los vehículos tenían encendidos los focos delanteros. El cielo estaba gris oscuro y caía una leve llovizna. Todos mantenían los motores en marcha para dejar encendida la calefacción, y junto al bordillo de la acera se iba acumulando el humo blanco de los tubos de escape.

Esperaron. Froelich hablaba con la guardia personal en la casa y con la dotación de tierra de la fuerza aérea en Andrews. Hablaba

con los policías en sus coches. Escuchaba los informes de tráfico que llegaban desde un helicóptero de noticias de radio. La ciudad estaba atascada debido al clima. La delegación local de tráfico recomendaba dar un largo rodeo alrededor de la circunvalación. Andrews informó de que los mecánicos habían dado el visto bueno al avión y de que los pilotos ya estaban a bordo. La guardia personal informó de que Armstrong había terminado su café de la mañana.

—Movedlo —dijo ella.

El traslado dentro de la carpa fue invisible, pero ella lo escuchó por el auricular. La limusina se alejó de la acera y una Suburban se le puso delante y se colocó detrás del coche de policía que abría la marcha. La seguía el coche de las armas, luego la limusina de Froelich, luego la segunda Suburban y luego el otro coche de policía. El convoy arrancó y siguió recto por la avenida Wisconsin, cruzando Bethesda, exactamente en la dirección opuesta a Andrews. Pero luego giró a la derecha, se metió en la circunvalación y se incorporó para dar una vuelta rápida en sentido de las agujas de reloj. Para entonces Froelich ya estaba conectada con Bismarck y organizaba los arreglos para cuando llegara. La hora de llegada aproximada era la una en punto, y quería tener todo preparado para poder dormir durante el vuelo.

El convoy entró en Andrews por el norte y giró a la derecha para subirse a la pista. La limusina de Armstrong se detuvo con la puerta del pasajero a seis metros de la parte baja de la escalera del avión. Era un birreactor Gulfstream pintado del color azul ceremonial de la fuerza aérea de los Estados Unidos. Los motores emitían un fuerte ruido y hacían que lloviese sobre el suelo en oleadas finas. Los agentes empezaron a salir de las Suburban, y Armstrong se bajó de su limusina y corrió los seis metros bajo la llovizna. Le siguió su guardia personal, y luego Froelich, Neagley y Reacher. Una furgoneta de prensa contribuyó con dos periodistas. Un segundo equipo de agentes conformado por tres hombres ocupó la retaguardia. El personal de tierra retiró la escalera y una azafata cerró la puerta del avión.

Por dentro no tenía nada que ver con el Air Force One que Reacher había visto en las películas. Era más parecido al autobús de una banda de *rock* de poca monta, un vehículo pequeño y sencillo,

personalizado con doce butacas mejores que las que venían de fábrica. Ocho estaban dispuestas en dos grupos de cuatro con mesas entre cada par enfrentado, y otras cuatro miraban en fila hacia delante en la parte delantera. Las butacas eran de cuero y las mesas de madera, pero parecían fuera de lugar entre un fuselaje utilitario. Había claramente un orden jerárquico con respecto a quién se sentaba en cada sitio. Todos permanecieron de pie en el pasillo hasta que Armstrong eligió su asiento. Optó por el de la ventanilla que miraba hacia atrás del grupo de cuatro que estaba a babor. Los dos periodistas se sentaron en frente. Quizás habían acordado una entrevista para llenar el tiempo de inactividad. Froelich y la guardia personal ocuparon el otro grupo de cuatro asientos. Los agentes de refuerzo y Neagley ocuparon la fila de adelante. A Reacher no le quedó opción. El único asiento libre lo dejaba a un pasillo de distancia de Froelich, pero también justo al lado de Armstrong.

Metió su abrigo en el compartimento de arriba y se sentó. Armstrong lo miró como si ya fueran viejos amigos. Los periodistas lo inspeccionaron. Podía sentir su mirada inquisidora. Le miraban el traje. Los podía ver pensando: *demasiado lujoso para un agente. ¿Quién es este tipo? ¿Un asistente? ¿Un asesor?* Se abrochó el cinturón como si sentarse al lado del vicepresidente electo fuera algo que hacía cada cuatro años, con la precisión de un mecanismo de relojería. Armstrong no hizo nada que pudiera desengañar a la audiencia. Solo se quedó allí sentado, tranquilo, esperando la primera pregunta.

El ruido del motor aumentó y el avión se dirigió hacia la pista. Para cuando despegó y se niveló prácticamente todos salvo los de la mesa de Reacher estaban dormidos. Sencillamente se apagaron, tal como lo hacen los profesionales cuando tienen un rato entre dos períodos de intensa actividad. Froelich estaba acostumbrada a dormir en los aviones. Eso estaba claro. Tenía la cabeza recostada en el hombro y los brazos cuidadosamente cruzados sobre su regazo. Tenía buen aspecto. Los tres agentes a su alrededor estaban echados de una manera un poco menos decorosa. Eran tipos corpulentos. Cuellos fuertes, espaldas anchas, muñecas gruesas. Uno sacaba el pie hacia el pasillo. Parecía calzar un cuarenta y siete, más o menos. Supuso que Neagley estaría dormida detrás de él. Ella podía dormir en cualquier parte. Una vez, durante una larga

vigilancia, la había visto dormir en un árbol. Reacher encontró el botón, reclinó el asiento un poco hacia atrás y se puso cómodo. Pero entonces los periodistas empezaron a hablar. A Armstrong, pero refiriéndose a él.

—¿Nos podría decir cómo se llama, señor, para que conste? —dijo uno de ellos.

Armstrong negó con la cabeza:

—Me temo que por el momento las identidades tendrán que seguir siendo confidenciales —dijo.

—¿Pero podemos asumir que seguimos estando en territorio de la seguridad nacional?

Armstrong sonrió. Casi guiñó el ojo:

—No puedo evitar que asuman cosas —respondió.

Los periodistas tomaron notas. Iniciaron una conversación sobre relaciones internacionales, con un énfasis claro en los recursos y en los presupuestos militares. Reacher no le prestó atención a nada de todo aquello e intentó quedarse dormido. Volvió en sí cuando escuchó una pregunta repetida y sintió que lo miraban. Uno de los periodistas lo estaba observando.

—¿Pero *sí* sigue apoyando la doctrina de la fuerza abrumadora? —le preguntaba a Armstrong el otro periodista.

Armstrong miró a Reacher:

—¿Quiere comentar algo al respecto?

Reacher bostezó:

—Sí, sigo apoyando la fuerza abrumadora. Sin duda. La apoyo en todos y cada uno de sus aspectos. Siempre lo he hecho, créame.

Ambos periodistas tomaron nota. Armstrong asintió juiciosamente. Reacher reclinó un poco más el asiento y se durmió.

Se despertó en el descenso a Bismarck. A su alrededor ya todos estaban despiertos. Froelich hablaba en voz baja con sus agentes para darles las habituales instrucciones operativas. Neagley las escuchaba con los tres hombres que estaban en su fila. Miró por la ventana de Armstrong y vio un cielo azul resplandeciente, sin ninguna nube. Tres mil metros más abajo la tierra parecía parda y tranquila. Vio el río Misuri que serpenteaba de norte a sur a través de una interminable secuencia de lagos azul brillante. Vio la cinta angosta de la I-94 que cruzaba de este a oeste. Vio la mancha marrón de la ciudad de Bismarck, donde se cruzaban el río y la

carretera.

—El perímetro va a quedar a cargo de la policía local —decía Froelich—. Va a haber cuarenta policías de servicio, quizás más. Y policías del estado en coches. Nuestro trabajo es mantenernos juntos. Entraremos y saldremos deprisa. Vamos a llegar con el evento ya comenzado y nos vamos a ir antes de que termine.

—Hay que dejarlos con ganas de más —dijo Armstrong, sin dirigirse a nadie en particular.

—Eso funciona en el mundo del espectáculo —dijo uno de los periodistas.

El avión giró, se ladeó y se acomodó en una trayectoria de planeo larga y superficial. Los asientos que estaban hacia atrás se enderezaron y los cinturones se ajustaron. Los periodistas guardaron sus libretas. Se iban a quedar en el avión. La política local al aire libre no ofrecía ningún atractivo a los periodistas importantes de política exterior.

El avión aterrizó suavemente y se desplazó hacia un rincón de la pista en el que esperaba una caravana de coches. Había un coche de la policía estatal en cada uno de los extremos y tres limusinas Town Car, idénticas, entre uno y otro. Los del pequeño grupo del personal de tierra estaban todos de pie junto a una escalera con ruedas. Armstrong viajó con su guardia personal en la limusina del medio. El equipo de refuerzo subió a la de atrás. Froelich, Reacher y Neagley subieron a la de delante. El aire estaba helado, pero el cielo estaba brillante. El sol era cegador.

—Trabajaréis de manera autónoma —dijo Froelich—. Id a donde sintáis que tenéis que estar.

No había tráfico. Parecía una región vacía. Hicieron un viaje breve y veloz por carreteras de asfalto y, de repente, Reacher vio en la distancia la ya conocida torre de la iglesia y el amontonamiento bajo de las casas alrededor. Había coches aparcados todo a lo largo de la carretera que iba hasta el control de la policía estatal, a cien metros de la entrada del centro comunitario. La caravana pasó el control sin detenerse y se dirigió hacia el aparcamiento. Las vallas estaban decoradas con banderines y ya había bastante gente, quizás trescientas personas. La torre de la iglesia se alzaba por encima de todas ellas, alta, cuadrada, sólida y de un blanco deslumbrante bajo el sol invernal.

—Espero que esta vez hayan registrado hasta el último centímetro —dijo Froelich.

Los cinco coches dieron la vuelta sobre la grava y las piedras crujieron debajo de los neumáticos hasta que terminaron de frenar. Los agentes de refuerzo bajaron primero. Se desplegaron ante el coche de Armstrong, mirando los rostros de la multitud, esperando hasta que Froelich escuchara por radio el «todo despejado» del comandante de la policía local. Lo recibió e instantáneamente se lo transmitió al líder del refuerzo, que lo acató de inmediato, se acercó a la puerta de Armstrong y la abrió de manera ceremoniosa. Reacher estaba impresionado. Era como un *ballet*. Cinco segundos, sereno, digno, pausado, sin ninguna vacilación aparente, pero allí ya se habían mantenido comunicaciones por radio en tres direcciones distintas y se había procedido a la confirmación visual de la seguridad. Era un operativo impecable.

Armstrong salió de su coche al frío. Ya estaba sonriendo con la perfecta sonrisa de *chico local avergonzado por todo el alboroto* y ofreciendo la mano para saludar a su sucesor al frente de la cola de la recepción. Llevaba la cabeza descubierta. Su guardia personal se movía tan cerca de él que prácticamente lo empujaba. Los agentes de refuerzo también se le acercaron, maniobrando como para que los dos más altos de los tres quedaran entre Armstrong y la iglesia. Sus rostros permanecían completamente inexpresivos. Sus abrigos estaban abiertos y sus ojos siempre en movimiento.

—Esa maldita iglesia —dijo Froelich—. Es como una galería de tiro.

—Deberíamos ir a revisarla otra vez —dijo Reacher—. Nosotros, para estar seguros. Haz que lo muevan en sentido contrario a las agujas del reloj hasta que lo hayamos hecho.

—Eso va a hacer que quede *más cerca* de la iglesia.

—Cerca de la iglesia estará más seguro. La iglesia hace que el ángulo hacia abajo sea muy cerrado. Hay celosías de madera alrededor de las campanas. El campo de tiro empieza más o menos a doce metros de la base de la torre. A menos distancia, estaría en un punto ciego.

Froelich levantó la muñeca y habló con su agente líder. Segundos después vieron que conducía a Armstrong hacia la derecha, dando un giro amplio alrededor del predio en sentido

contrario a las agujas del reloj. El nuevo senador los siguió. La multitud cambió de dirección y se movió con ellos.

—Ahora busca a la persona que tiene las llaves de la iglesia —dijo Reacher.

Froelich habló con el capitán de la policía local. Escuchó la respuesta.

—El capillero se reunirá con nosotros allí —dijo—. En cinco minutos.

Se bajaron del coche y avanzaron por el camino de grava hasta la entrada de la iglesia. El aire era muy frío. La cabeza de Armstrong se veía entre el mar de gente. El sol le daba en el pelo. Estaba en el medio del predio, a unos diez metros de la torre. El nuevo senador estaba a su lado. Tenía seis agentes cerca. La multitud se movía con ellos, cambiando lentamente de forma como una criatura mutante. Había abrigos oscuros por todas partes. Sombreros de mujeres, bufandas, gafas de sol. El césped era marrón y había muerto por las heladas nocturnas.

Froelich se puso rígida. Se tapó una oreja con la mano. Levantó la otra mano y habló por el micrófono.

—Mantenedlo cerca de la iglesia —ordenó.

Luego bajó ambas manos y se desabrochó el abrigo. Aflojó el arma en la funda.

—Acaban de llamar unos policías estatales desde la parte más alejada del perímetro —dijo—. Les preocupa un tipo a pie.

—¿Dónde? —preguntó Reacher.

—En la zona.

—¿Descripción?

—No me la dieron.

—¿Cuántos policías hay en el área?

—Más de cuarenta, todo alrededor.

—Que se posicionen mirando hacia fuera. De espaldas a la gente. Todos los ojos puestos en el perímetro más cercano.

Froelich habló con el capitán de policía por la radio y dio la orden. Sus propios ojos estaban por todas partes.

—Me tengo que ir —dijo ella.

Reacher se giró hacia Neagley.

—Revisa las calles —le pidió—. Todos los puntos de acceso que encontramos la vez anterior.

Neagley asintió y se dirigió hacia la entrada. Pasos largos y rápidos, a medio camino entre caminar y correr.

—¿Habéis encontrado puntos de acceso? —preguntó Froelich.

—Como un colador.

Froelich levantó la muñeca:

—Moveos ahora, moveos ahora. Llevadlo contra la pared de la torre. Que quede cubierto por los tres lados. Estad preparados con los coches. Ahora, gente.

Ella escuchó la respuesta. Asintió. Armstrong se estaba acercando a la torre por el otro lado, a unos treinta metros de ellos, fuera de su campo de visión.

—Ve —dijo Reacher—. Yo revisaré la iglesia.

Ella levantó la muñeca.

—Ahora mantenedlo allí —dijo—. Voy de camino.

Se dirigió directamente hacia el predio sin decir ni una palabra más. Reacher quedó solo en el portón de la iglesia. Lo cruzó y se fue hacia el edificio en sí. Esperó en la puerta. Era enorme, de roble tallado, quizás de diez centímetros de espesor. Con bisagras y tirantes de hierro. Cabezas de clavos grandes y negras. Por encima la torre se alzaba unos veinte metros verticalmente hacia el cielo. En la parte más alta había una bandera, un pararrayos y una veleta. La veleta estaba quieta. La bandera colgaba sin moverse. El aire estaba completamente en calma. Era un aire frío y denso, sin ningún tipo de brisa. El tipo de aire que acoge a una bala, la envuelve y la sostiene cariñosamente, sin desviarla.

Un minuto después se oyó el ruido de unos pasos sobre la grava. Reacher miró de reojo hacia el portón y vio que se acercaba el capillero. Era un hombre bajo con una sotana negra que le llegaba a los pies. Llevaba puesto encima un abrigo de cachemir. Un sombrero de piel con orejeras atadas bajo el mentón. Gafas gruesas con montura dorada. En la mano una enorme argolla de alambre de la que colgaba una enorme llave de hierro. Era tan grande que parecía un implemento de utilería para una película cómica de cárceles medievales. Se la dio y Reacher la cogió.

—Es la llave original —dijo—. De 1870.

—Se la devolveré —dijo Reacher—. Espéreme en el predio.

—Puedo esperarle aquí —insistió el capillero.

—En el predio —repitió Reacher—. Será mejor así.

Los ojos del capillero estaban muy abiertos y se agrandaban detrás de las gafas. Se dio vuelta y se alejó por donde había venido. Reacher levantó la vieja llave enorme. Se acercó a la puerta y la colocó a la altura del agujero. La introdujo en la cerradura. La giró con fuerza. No sucedió nada. Lo intentó de nuevo. Nada. Hizo una pausa. Probó el picaporte.

La puerta estaba abierta.

Se abrió quince centímetros con las viejas bisagras de hierro chirriando. Se acordaba del ruido. Había sonado mucho más fuerte cuando había abierto la puerta a las cinco de la mañana. Ahora se perdía entre el grave barullo que hacían las trescientas personas en el predio.

Empujó la puerta hasta dejarla abierta por completo. Hizo otra pausa y luego entró en silencio al interior en penumbra. El edificio era una estructura simple de madera con el techo abovedado. Las paredes estaban pintadas de un blanco de pergamino descolorido. Los bancos eran viejos y brillaban de tan pulidos. Las ventanas tenían vidrieras. En una punta había un altar y un atril elevado con una escalinata para subir. Detrás de algunas puertas había habitaciones. Sacristías, quizás. No estaba seguro de la terminología.

Cerró la puerta por dentro con llave y la escondió en un baúl de madera lleno de himnarios. Avanzó con cuidado por el pasillo central y se quedó quieto escuchando. No pudo oír nada. El lugar olía a madera vieja, a tela polvorienta, a cera de vela y a frío. Siguió avanzando con cuidado y revisó las pequeñas habitaciones tras el altar. Había tres, todas pequeñas, todas con el suelo de madera. Todas vacías salvo por las montañas de libros y la ropa de iglesia.

Retrocedió con cuidado. Cruzó la puerta hacia la base de la torre. Había un espacio cuadrado con tres sogas de campana colgando en el medio. Las sogas tenían fundas bordadas desteñidas de un metro de largo cosidas en los extremos. Los laterales del espacio cuadrado estaban delimitados por una escalera estrecha y empinada que daba vueltas hacia arriba en la penumbra. Se detuvo al pie de la escalera y escuchó con atención. No oyó nada. Comenzó a subir. Después de tres giros consecutivos en ángulo recto la escalera terminaba en un descansillo. Luego había una escalera de

mano atornillada a la pared interior de la torre. Subía unos seis metros hasta una trampilla en el techo. El techo estaba completamente tapado con tablas salvo por los tres agujeros de nueve centímetros para las sogas de las campanas. Si había alguien allí, podía ver y oír por los agujeros. Reacher lo sabía. Cinco días antes había oído a los perros correteando por debajo de él.

Hizo una pausa al pie de la escalera de mano. Se quedó lo más quieto que pudo. Sacó la navaja de cerámica del bolsillo del abrigo, se desprendió del abrigo y de la chaqueta del traje y los dejó apilados en el descansillo. Se agarró y subió el primer escalón. La escalera crujió fuerte por su peso. Subió el siguiente escalón. Volvió a crujir.

Se detuvo. Soltó una mano del escalón y se miró la palma. *Pimienta. La pimienta que había usado hace cinco días seguía estando en la escalera*. Estaba restregada y esparcida por los escalones, quizás por su propio descenso cinco días atrás, quizás por un nuevo ascenso realizado ese mismo día por los policías. *O por alguna otra persona*. Hizo una pausa. Subió un escalón más. La escalera volvió a crujir.

Hizo otra pausa. *Evaluar y calcular*. Estaba en una escalera ruidosa cinco metros por debajo de una trampilla. Por encima de la trampilla la situación era incierta. Estaba desarmado, excepto por una navaja con una hoja de nueve centímetros. Respiró. Abrió la navaja y la apretó entre los dientes. Se estiró con los brazos y se sujetó a los rieles de los lados lo más alto que pudo. Se impulsó hacia arriba. Hizo los cinco metros restantes en tres o cuatro segundos. Al llegar al final dejó un pie y una mano en la escalera y se quedó con el resto del cuerpo colgando. Se estabilizó con la yema de los dedos apoyadas contra el techo. Comprobó con la mano si había algún movimiento.

Ninguno. Se estiró, levantó la trampilla un par de centímetros y la soltó para que se cerrara sola. Apoyó otra vez en el techo la yema de los dedos. Arriba no había ningún movimiento. Ningún temblor, ninguna vibración. Esperó treinta segundos. Siguió sin pasar nada. Volvió a poner todo el cuerpo en la escalera, abrió la trampilla por completo y trepó al campanario.

Vio las campanas, colgando en silencio. Tres, con poleas de hierro movidas por sogas. Las campanas eran pequeñas, negras y de

hierro fundido. Nada que ver con las grandes obras maestras de bronce que engalanan las viejas catedrales europeas. Eran tan solo unos artefactos rurales simples de una historia rural simple. Por entre los tablones de la celosía de madera entraba la luz del sol y arrojaba frías franjas de luz sobre las campanas. El resto de la recámara estaba vacío. Parecía exactamente igual a como él la había dejado.

Pero no.

El polvo estaba revuelto. En el suelo había huellas y marcas desconocidas. Talones y dedos, rodillas y codos. No eran las suyas de hacía cinco días. Estaba seguro. Y en el aire había un leve olor, justo en el borde de su conciencia. Era un olor a sudor, a tensión, a aceite para armas, a acero mecanizado y a casquillos nuevos de latón. Giró despacio sobre sí mismo y el olor se esfumó como si nunca hubiese estado allí. Se quedó quieto y apoyó la yema de los dedos sobre las campanas de hierro, deseando que le entregaran los secretos guardados en sus vibraciones.

Por entre los tablones de las celosías llegaban sonidos, además de la luz del sol. Podía escuchar a un grupo de gente apretado contra la base de la torre veinte metros más abajo. Se acercó y miró hacia allí con los ojos entornados. Las celosías estaban compuestas por unos tablones de madera gastados, separados entre sí y sujetos a un marco en un ángulo de más o menos treinta grados. Llegaba a ver el borde externo de la multitud. El grueso de la gente no se veía. Llegaba a ver a los policías en el perímetro del predio, a treinta metros de distancia, en posición de descanso y de cara a las vallas. Llegaba a ver el edificio del centro comunitario. Llegaba a ver la caravana de vehículos que esperaba pacientemente en la explanada, con los motores en marcha y el humo de los tubos de escape formando nubes blancas en el aire frío. Llegaba a ver las casas que estaban alrededor. Era una buena posición de tiro. Campo limitado, pero solo se necesita un disparo.

Miró hacia arriba. Vio otra trampilla en el techo del campanario y otra escalera de mano que llevaba hasta allí. Junto a la escalera había unos gruesos cables de cobre sujetos al suelo, que bajaban del pararrayos. Estaban verdes por el paso del tiempo. En su visita anterior no se había fijado en el techo. No había sentido ningún deseo de trepar hasta allí y esperar ocho horas expuesto al frío. Pero

para alguien que busque un campo de tiro sin ningún tipo de limitación una tarde soleada, la trampilla habría resultado atractiva. Supuso que sería para subir a cambiar la bandera. El pararrayos y la veleta debían haber estado allí desde 1870, pero la bandera no. Y desde 1870 se le habían añadido muchas estrellas.

Volvió a apretar la navaja entre los dientes y empezó a subir la nueva escalera de mano. Eran cuatro metros de subida. La madera crujía y cedía bajo su peso. Llegó a la mitad y se detuvo. Tenía las manos en los rieles de los lados. Su rostro estaba cerca de los escalones de arriba. Estaban viejos y polvorientos. Salvo en algunos sectores, donde estaban perfectamente limpios. Había dos maneras de trepar por una escalera. O sujetándose a los rieles laterales, o agarrándose a cada peldaño con las manos. Ensayó mentalmente cómo sería el patrón de agarre. Habría contacto, izquierda y derecha en peldaños alternos. Arqueó su cuerpo hacia fuera y miró hacia abajo. Estiró el cuello y miró hacia arriba. Se veían los sectores limpios con ese patrón exacto, a izquierda y derecha en peldaños alternos. Alguien había trepado por esa escalera. Recientemente. Quizás hacía menos de un día o de dos. Quizás hacía menos de una o dos horas. Quizás el capillero, para colgar una bandera recién lavada. Quizás no.

Se quedó colgado y quieto. A sus oídos llegaban las voces de la multitud a través de las celosías. Ahora veía las campanas desde arriba. El fabricante había soldado sus iniciales en la parte superior de cada una, donde el hierro se estrechaba en el hombro. Se podía leer AHB escrito tres veces con líneas temblorosas de estaño derretido.

Subió. Apoyó la yema de los dedos sobre la madera por encima de su cabeza, como antes. Pero estos eran tablones de madera gruesa, probablemente con revestimiento de plomo en la cara externa. Eran duros como una piedra. Podía haber alguien zapateando arriba y él jamás lo notaría al tacto. Subió dos escalones más. Encorvó los hombros y trepó un escalón más hasta quedar agazapado en la parte más alta de la escalera con la trampilla ejerciendo presión sobre su espalda. Sabía que sería pesada. Era probablemente tan gruesa como el techo y estaría impermeabilizada con una membrana de plomo. Con alguna clase de reborde para impedir que se filtre la lluvia. Giró el torso para mirar las bisagras.

Eran de hierro. Estaban un poco oxidadas. Quizás un poco duras.

Respiró largo y húmedo alrededor del mango de la navaja, estiró de golpe las piernas y explotó hacia arriba cruzando la trampilla. La puerta se estrelló hacia atrás y él se subió rápido hacia fuera, sobre el techo, a la cegadora luz del sol. Se sacó la navaja de la boca y se alejó rodando. Su cara rozó contra el techo. Era de plomo, picado, agujereado y oscurecido por más de ciento treinta inviernos. Se levantó de golpe y dio una vuelta completa moviéndose sobre sus rodillas.

Allí arriba no había nadie.

Era como una caja poco profunda revestida de plomo, abierta al cielo por la parte de arriba. Las paredes tenían un metro de alto. El suelo estaba levantado por el medio para anclar el mástil, la veleta y el pararrayos. De cerca eran enormes. El plomo estaba aplicado en capas, cuidadosamente ajustado y soldado en las uniones. En los rincones había embudos para drenar el agua de lluvia y la nieve derretida.

Se arrastró hasta el borde sobre manos y rodillas. No se quería poner de pie. Supuso que allá abajo los agentes tenían la orden de estar atentos a cualquier movimiento aleatorio que se produjera en posiciones elevadas por encima de ellos. Asomó la cabeza por el parapeto. Tiritó en el viento helado. Vio a Armstrong justo por debajo de donde él estaba, a más de veinte metros. El nuevo senador estaba de pie a su lado. Los seis agentes los rodeaban formando un círculo perfecto. Después percibió unos movimientos por el rabillo del ojo. A cien metros de distancia, al otro lado del predio, unos policías corrían. Se estaban reuniendo en un punto cercano al rincón más apartado de las vallas. Miraban algo que parecía estar en el suelo, se alejaban girando y se encorvaban sobre sus radios. Miró otra vez hacia abajo y vio que Froelich se abría paso entre medio de la multitud. Tenía el dedo índice apretado contra el auricular. Se movía deprisa. En dirección a los policías.

Reacher se arrastró hacia atrás y se metió por la trampilla. La cerró por encima de su cabeza y bajó la escalera de mano. Se metió por la otra trampilla y bajó la otra escalera de mano. Cogió el abrigo y la chaqueta y bajó corriendo la escalera sinuosa y estrecha. Pasó al lado de las puntas bordadas de las sogas de las campanas y entró en la zona principal de la iglesia.

La puerta de roble estaba abierta de par en par.

La tapa de la caja con los himnarios estaba levantada y la llave estaba en la cerradura por el lado de dentro. Se acercó y se quedó un metro dentro del edificio. Esperó. Escuchó. Salió corriendo al frío y se detuvo de nuevo dos metros más allá. Se dio la vuelta. No había nadie esperando para tenderle una emboscada. Nadie en absoluto. La zona estaba tranquila y vacía. Llegaba a oír unos ruidos que llegaban del parque, a lo lejos. Se puso el abrigo y se dirigió hacia allí. Vio a un hombre acercarse corriendo, cruzando la grava, rápido y apurado. Llevaba puesto un abrigo largo marrón, de algún tipo de sarga gruesa, a medio camino entre un impermeable y un chaquetón. Ondeaba abierto a sus espaldas. Chaqueta de *tweed* y pantalones de franela bajo el abrigo. Calzado resistente. Tenía el brazo levantado como si estuviera saludando. Una placa dorada en la palma de la mano. Una especie de detective de Bismarck. Quizás el propio capitán de la policía.

—¿La torre está segura? —gritó desde unos seis metros de distancia.

—Está vacía —le contestó Reacher también gritando—. ¿Qué está pasando?

El policía se detuvo y se inclinó hacia delante, respirando agitadamente, con las manos apoyadas en las rodillas.

—Aún no lo sé —dijo en voz alta—. Hay un gran revuelo.

Luego miró por encima del hombro de Reacher hacia la iglesia.

—Demonios, debería haber cerrado la puerta —continuó en voz alta—. No se puede dejar abierta.

Corrió en dirección a la iglesia. Reacher corrió en dirección contraria, hacia el predio. Se encontró con Neagley, que corría hacia allí desde el camino de entrada.

—¿Qué? —gritó ella.

—Está pasando —gritó él.

Siguieron corriendo juntos. Cruzaron el portón y entraron al predio. Froelich se movía deprisa hacia los coches. Ellos cambiaron el rumbo y fueron a encontrarse con ella.

—Un fusil escondido al pie de las vallas —dijo Froelich.

—Alguien estuvo en la iglesia —dijo Reacher. Estaba muy agitado—. En la torre. Probablemente en el tejado. Probablemente todavía está en algún lado.

Froelich lo miró fijamente y por un segundo se quedó completamente quieta. Después levantó la mano y habló por el micrófono que tenía en la muñeca.

—Preparados para abortar —dijo—. Evacuación de emergencia cuando cuente tres.

Su voz era muy tranquila.

—Preparad todos los vehículos. El coche principal y el coche de las armas en dirección al objetivo cuando cuente tres.

Se detuvo un instante.

—Uno, dos, tres, abortad ahora, abortad ahora.

Sucedieron dos cosas simultáneamente. Primero se escuchó un rugido de motores que venía de la caravana de vehículos y estos se separaron como una explosión de estrellas. El coche patrulla que estaba a la cabeza se sacudió hacia delante, el de la retaguardia se movió hacia atrás y las dos primeras limusinas dieron una vuelta cerrada y aceleraron cruzando el camino de grava directas hacia el predio. Al mismo tiempo, la guardia personal saltó hacia Armstrong y literalmente lo escondió. Un agente se puso delante, los otros dos le sujetaron cada uno de un codo y los tres de refuerzo se agruparon, levantaron los brazos por encima de la cabeza de Armstrong desde atrás y lo movieron hacia delante entre la multitud. Era como una jugada de fútbol americano, llena de velocidad y potencia. La gente salió desbandada presa del pánico cuando vieron que los coches invadían el césped en una dirección y que los agentes corrían en dirección contraria para llegar hasta allí. Los coches derraparon hasta quedar detenidos, la guardia personal empujó a Armstrong directamente dentro del primero y el equipo de refuerzo se metió en el segundo.

El primer coche patrulla ya había encendido las luces y las sirenas y avanzaba despacio por la vía de salida. Las dos limusinas cargadas colearon por encima del césped, dieron la vuelta en el predio y se dirigieron hacia la carretera. Se ubicaron detrás del coche patrulla y después los tres vehículos aceleraron con fuerza y se dirigieron hacia fuera mientras la tercera limusina se iba directamente hacia Froelich.

—Podemos atraparlos —le dijo Reacher—. Están aquí mismo, justo ahora.

Ella no respondió. Lo cogió del brazo, cogió del brazo a Neagley

y los subió con ella en la limusina, que rugió siguiendo a los vehículos que iban delante. El segundo coche de policía se les puso detrás, y tan solo veinte cortos segundos después de la orden inicial de abortar, toda la caravana se había formado en una fila compacta y se alejaba ruidosamente de la escena a ciento veinte kilómetros por hora, con todas las luces parpadeando y con todas las sirenas sonando.

Froelich se desplomó en el asiento.

—¿Ves? —dijo ella—. No somos activos. Si pasa algo, salimos corriendo.

ONCE

Froelich se quedó fuera al frío y habló con Armstrong al pie de la escalinata que subía al avión. Fue una conversación breve. Le contó que habían encontrado un fusil escondido y que eso era un motivo más que suficiente para justificar la evacuación. Él no lo discutió. No le hizo ninguna pregunta incómoda. Parecía ignorar completamente cualquier tipo de panorama general. Y no parecía en absoluto preocupado por su propia seguridad. Le ponía más nervioso calcular las consecuencias que todo aquello tendría para la imagen pública de su sucesor. Miró hacia otro lado, valoró mentalmente los pros y los contras, como hacen los políticos, y cuando volvió a mirar a Froelich lo hizo con una tímida sonrisa. *No hubo daños*. Después subió deprisa los escalones hacia el calor del avión, listo para retomar su agenda con los periodistas que se habían quedado a esperarlo.

Esta segunda vez Reacher fue más rápido a la hora de elegir el asiento. Se ubicó en un lugar de la fila delantera que miraba hacia el frente, al lado de Froelich y al otro lado del pasillo con respecto a Neagley. Froelich aprovechó el tiempo de rodaje para hacer una ronda de su equipo, felicitándolos en voz baja por su desempeño. Habló con ellos de uno en uno, acercándose, comentando, escuchando, terminando con un discreto contacto puño con puño como si fueran jugadores de béisbol después de un bateo decisivo. Reacher la observaba. *Una buena líder*, pensó. Froelich volvió a su asiento y se abrochó el cinturón. Se colocó el pelo y se apretó fuerte las sienes con la punta de los dedos, como si estuviese despejando de su mente los hechos anteriores y preparándose para el futuro.

—Deberíamos habernos quedado —dijo Reacher.

—El lugar está repleto de policías —dijo Froelich—. El FBI participará en la búsqueda. Ese es su trabajo. Nosotros nos

centramos en Armstrong. Y a mí esto no me gusta más que a ti.

—¿Qué fusil era? ¿Lo has visto?

Ella negó con la cabeza:

—Recibiremos un informe. Dijeron que estaba en una bolsa. Alguna clase de estuche de vinilo.

—¿Escondido en el césped?

Ella asintió:

—Donde está más alto, al pie de las vallas.

—¿Cuándo cerraron la iglesia?

—A última hora del domingo. Hace más de sesenta horas.

—Por lo que supongo que los tipos a los que estamos buscando la abrieron de algún modo. Es un mecanismo viejo y rudimentario. El ojo de la cerradura es tan grande que prácticamente se puede meter la mano entera.

—¿Estás seguro de que no los has visto?

Reacher negó con la cabeza:

—Pero ellos me han visto a mí. Estaban allí conmigo. Han visto el lugar en el que escondí la llave. Salieron por su cuenta.

—Probablemente le has salvado la vida a Armstrong. Y me has salvado el culo a mí. Aunque no entiendo su plan. ¿Ellos estaban en la iglesia y su fusil estaba a cien metros de distancia?

—Espera hasta que sepamos qué fusil era. Ahí quizás lo entendamos.

El avión giró al final de la pista y aceleró de inmediato. Despegó y ascendió con fuerza. El ruido del motor disminuyó cinco minutos después y Reacher escuchó a los periodistas retomando su conversación sobre política exterior. No hicieron ninguna pregunta acerca de la vuelta anticipada.

Aterrizaron en Andrews a las seis y media hora local. La ciudad estaba tranquila. El puente de Acción de Gracias había comenzado a media tarde. La caravana cogió directamente la avenida Branch, cruzó el centro de la capital y salió otra vez en Georgetown. Llevaron a Armstrong hasta el interior de su casa a través de la carpa blanca. Después los coches dieron la vuelta desganadamente y se dirigieron de vuelta a la base. Stuyvesant no estaba. Reacher y Neagley siguieron a Froelich hasta su despacho y ella accedió a los resultados de su búsqueda en el Centro Nacional de Información Criminal. Eran desesperanzadores. En lo alto de la pantalla había un

pequeño encabezado orgulloso en el que se leía que el programa había recopilado información durante cinco horas y veintitrés minutos y que había encontrado no menos de 243791 resultados. Cualquier informe en el que se mencionaran al menos dos de las cuatro cosas que Froelich había introducido, una huella de un pulgar, un documento, una carta o una firma, figuraba ordenadamente en la lista. La serie comenzaba exactamente hacía veinte años y arrojaba una media de más de treinta entradas por cada uno de los 7035 días que habían transcurrido desde entonces. Froelich miró los primeros doce informes para hacerse una idea y luego se fue moviendo hacia delante por fechas intermedias aleatorias. No había nada ni siquiera remotamente útil.

—Tenemos que ajustar los parámetros —dijo Neagley.

Se agachó junto a Froelich y se acercó el teclado. Despejó la pantalla, fue a la casilla de búsqueda y escribió *huella de pulgar utilizada como firma*. Cogió el ratón e hizo clic en buscar. El disco duro zumbó y la caja de búsqueda desapareció. Sonó el teléfono y Froelich atendió. Escuchó durante un momento y luego colgó.

—Stuyvesant ha vuelto —dijo—. Tiene el informe preliminar del fusil, el que preparó el FBI. Quiere que vayamos a la sala de reuniones.

—Hoy hemos estado cerca de perder —dijo Stuyvesant.

Estaba en la cabecera de la mesa con hojas de documentos enviados por fax desplegadas frente a él. Los papeles estaban llenos de letras oscuras, un poco movidas por la transmisión. Reacher pudo ver el encabezado de la carátula, al revés. A la izquierda había un pequeño sello y a la derecha ponía «Departamento de Justicia de los Estados Unidos, FBI».

—El primer factor es la puerta que estaba sin llave —dijo Stuyvesant—. El FBI supone que la forzaron en el día de hoy, por la mañana temprano. Dicen que hasta un niño con una aguja de tejer doblada podría haberlo hecho. Deberíamos haberla cerrado temporalmente con un candado nuestro.

—No podíamos —dijo Froelich—. Es un edificio histórico. No se puede tocar.

—Entonces deberíamos haber cambiado de lugar.

—Busqué alternativas la primera vez. Los demás lugares eran peores.

—Deberían haber puesto a un agente en el tejado —dijo Neagley.

—No hay presupuesto —replicó Stuyvesant—. Hasta después de la toma de posesión.

—Si llegan —dijo Neagley.

—¿Qué fusil era? —preguntó Reacher, en medio del silencio.

Stuyvesant puso la hoja frente a él:

—¿Cuál diría usted?

—Uno desechable —respondió Reacher—. Uno que de hecho no tenían pensado usar. En mi experiencia, si algo se encuentra tan fácilmente es porque alguien quiere que se encuentre así de fácilmente.

Stuyvesant asintió:

—Apenas se puede decir que era un fusil. Era un viejo rifle vizcachero calibre 22. Mal mantenido, oxidado, probablemente sin usar desde hace una generación. No estaba cargado y no tenía municiones.

—¿Alguna marca que lo identifique?

—Ninguna.

—¿Huellas?

—Por supuesto que no.

Reacher asintió:

—Un señuelo —dijo.

—La puerta sin llave es persuasiva —dijo Stuyvesant—. ¿Usted qué hizo cuando entró, por ejemplo?

—Una vez que estuve dentro, la cerré con llave.

—¿Por qué?

—Porque me gusta, es una cuestión de vigilancia.

—¿Pero si usted fuera a disparar?

—Entonces la habría dejado abierta, más aún si no tenía la llave.

—¿Por qué?

—Para poder salir rápido.

Stuyvesant asintió:

—La puerta sin llave indica que estaban allí para disparar. Mi opinión es que estaban esperando dentro con el MP5 o con el Vaime Mk2. Quizás con ambos. Imaginaron que alguien encontraría el arma de descarte junto a las vallas, que el grueso de la policía de algún modo se dirigiría hacia allí y que nosotros conduciríamos a

Armstrong hacia los vehículos, momento en el cual ellos tendrían la posibilidad de efectuar un disparo limpio.

—Suena bien —intervino Reacher—. Pero yo no vi a nadie allí dentro.

—Una iglesia rural está llena de sitios para esconderse —dijo Stuyvesant—. ¿Revisó la cripta?

—No.

—¿El trascoro?

—No.

—Está llena de sitios —repitió Stuyvesant.

—Sentí que había alguien.

—Sí —dijo Stuyvesant—. Estaban allí. Seguro.

Se hizo un silencio.

—¿Alguien que haya asistido al evento y que no tuviera ningún motivo para estar allí?

Stuyvesant negó con la cabeza:

—Era un caos total. Policías corriendo por todas partes, la gente dispersándose. Para el momento en el que el orden quedó restablecido se habían ido al menos veinte personas. Es comprensible. Estás con una gran cantidad de gente a cielo abierto, alguien encuentra un arma, sales corriendo. ¿Por qué razón no ibas a hacerlo?

—¿Qué hay del hombre a pie que estaba por la zona?

—Solo era un tipo con un abrigo —dijo Stuyvesant—. La policía estatal no llegó a ningún resultado más allá. Probablemente tan solo era un civil dando un paseo. Probablemente no era nadie. Mi opinión es que las personas que buscamos ya estaban en la iglesia en ese momento.

—Algo tiene que haber pasado para que los policías sospecharan —dijo Neagley.

Stuyvesant se encogió de hombros:

—Ya saben cómo funciona esto. ¿Cómo reacciona un policía del estado de Dakota del Norte si está presente el Servicio Secreto? Si hace algo tiene la culpa, y si no hace nada, también. Si alguien le parece sospechoso, tiene que informar incluso si después no puede decir exactamente por qué. Y no les podemos recriminar por eso. Yo preferiría que pecaran de precavidos. No quiero que tengan miedo de estar alerta.

—Así que seguimos sin tener nada —dijo Froelich.

—Seguimos teniendo a Armstrong —replicó Stuyvesant—. Y Armstrong sigue con vida. Por lo que vayan a cenar y vuelvan a las diez para la reunión con el FBI.

Primero volvieron a la oficina de Froelich para ver los resultados de la búsqueda de Neagley en la base del Centro Nacional de Información Criminal. En realidad ya había terminado antes de que ellos salieran del despacho. El encabezado en lo alto de la pantalla decía que la búsqueda había durado nueve centésimas de segundo y no había arrojado ninguna coincidencia. Froelich fue otra vez a la casilla de búsqueda y escribió *huello de pulgar en uno corto*. Hizo clic en *buscar* y observó la pantalla. Se cargó de nuevo inmediatamente, sin ninguna coincidencia, en ocho centésimas de segundo.

—Ahora tardamos incluso menos tiempo en no llegar a ninguna parte —dijo.

Probó con *huella de pulgar en un mensaje*. Mismo resultado, ninguna coincidencia en ocho centésimas de segundo. Probó con *huella de pulgar en una amenaza*. Idéntico resultado, idénticas ocho centésimas de segundo. Suspiró, frustrada.

—Déjame intentarlo a mí —dijo Reacher.

Ella se levantó y él se sentó en su silla y escribió *una carta breve firmada con una huella de pulgar grande*.

—Qué idiota —dijo Neagley.

Reacher hizo clic con el ratón. La pantalla se cargó de nuevo instantáneamente e informó que, en las siete centésimas de segundo que había empleado, el programa no había encontrado ninguna coincidencia.

—Pero fue un nuevo récord de velocidad —dijo Reacher, y sonrió.

Neagley se rio, y el ánimo de frustración se aligeró un poco. Reacher escribió *huella de pulgar y escualeno* y le dio otra vez a *buscar*. Una décima de segundo después la búsqueda arrojó cero resultados.

—Esta vez fue más lento —dijo.

Intentó con *escualeno* solo. Ninguna coincidencia, ocho centésimas de segundo.

Escribió *escualano* con «a». Ninguna coincidencia, ocho centésimas de segundo.

—Olvidaos —dijo—. Vamos a comer.

—Espera —dijo Neagley—. Déjame intentarlo de nuevo. Esto es como una prueba olímpica.

Lo sacó de la silla. Escribió *huella de un pulgar sin explicación*. Le dio a *buscar*. Ninguna coincidencia, seis centésimas de segundo. Sonrió.

—*Seis* centésimas —dijo—. Gente, tenemos un nuevo récord mundial.

—Muy bien —dijo Reacher.

Neagley escribió *huella de pulgar sola sin explicación*. Le dio a *buscar*.

—Esto es divertido —dijo.

Ninguna coincidencia, seis centésimas de segundo.

—Empatados en el primer puesto —dijo Froelich—. Mi turno otra vez.

Se sentó donde estaba Neagley frente al teclado y pensó un largo rato.

—Vale, vamos allá —dijo—. Con esta gano la medalla de oro o nos quedamos aquí toda la noche.

Escribió una sola palabra: *pulgar*. Le dio a *buscar*. La casilla de búsqueda desapareció, la pantalla quedó en pausa durante un segundo entero y se cargó de nuevo con una sola entrada. Un solo párrafo breve. Era un informe de la policía de Sacramento, en California. Un médico de urgencias de un hospital de la ciudad había informado a la comisaría local hacía cinco semanas de que había recibido a un hombre que había perdido el dedo pulgar en un accidente de carpintería. Pero, por las características de la herida, el doctor estaba convencido de que había sido una intervención deliberada aunque no profesional. La policía había hecho el seguimiento y la víctima les había asegurado que sí que había sido un accidente con una sierra eléctrica. Caso cerrado, informe archivado.

—Hay cosas raras en este sistema —dijo Froelich.

—Vamos a comer —insistió Reacher.

—Quizás deberíamos buscar algo vegetariano —propuso Neagley.

Fueron con el coche hasta la rotonda Dupont y comieron en un restaurante armenio. Reacher pidió cordero y Froelich y Neagley comieron platos de garbanzos preparados de distintas maneras. De postre pidieron *baklava* y bebieron tres tacitas de café cada uno, fuerte y con borra. Hablaron mucho, pero de nada en particular.

Nadie quería hablar de Armstrong, de Nendick y su esposa ni de hombres capaces de darle un susto de muerte a alguien y después matar a dos civiles inocentes que por casualidad compartían apellido. Froelich no quería hablar de Joe frente a Reacher, Neagley no quería hablar de Reacher frente a Froelich. Así que hablaron de política, como todo el mundo en el restaurante y probablemente como todo el mundo en la ciudad. Pero era casi imposible hablar de política a finales de noviembre sin mencionar la nueva administración, lo cual les llevaba de vuelta a Armstrong, así que generalizaron de nuevo hacia puntos de vista y convicciones personales. Para eso hacía falta información de contexto, y no mucho después Froelich le preguntaba a Neagley acerca de su vida y su carrera.

Reacher se desconectó de la conversación. Sabía que Neagley no iba a responder preguntas sobre su vida privada. Nunca lo hacía. Nunca lo había hecho. La conocía desde hacía muchos años y no había descubierto absolutamente nada de su historia personal. Asumía que había alguna clase de infelicidad. Era muy común entre la gente del ejército. Algunos se enrolan porque necesitan un trabajo o porque quieren aprender un oficio, otros porque quieren disparar armas pesadas y hacer explotar cosas. Algunos, como el propio Reacher, se enrolan porque está predeterminado. Pero la mayoría se enrola porque busca cohesión, confianza, lealtad y camaradería. Buscan los hermanos, hermanas, padres y madres que no encontraron en ningún otro lugar.

Así que Neagley se saltó la primera parte de su vida y repasó su carrera militar para Froelich, y Reacher no prestó atención y se puso a mirar el restaurante. Había mucha gente. Muchas parejas y familias. Supuso que las personas que iban a cocinar al día siguiente grandes banquetes por el Día de Acción de Gracias no querían cocinar esa noche también. Había un par de caras que casi reconoció. Quizás eran políticos o periodistas de la televisión. Sintonizó otra vez la conversación cuando Neagley empezó a hablar

sobre su nueva carrera en Chicago. Sonaba bien. Se había asociado con un grupo de gente de las fuerzas de seguridad y de las fuerzas armadas. Era una empresa grande. Ofrecían una amplia gama de servicios, desde seguridad informática hasta protección para ejecutivos contra secuestros en el extranjero. Si había que vivir en un solo lugar e ir a trabajar todos los días, probablemente esa era la forma de hacerlo. Parecía satisfecha con su propia vida.

Estaban a punto de pedir una cuarta ronda de café cuando sonó el móvil de Froelich. Eran poco más de las nueve. El restaurante se había vuelto ruidoso y al principio no lo escucharon. Después reconocieron la llamada baja e insistente dentro de su bolso. Froelich sacó el teléfono y contestó. Reacher observó su cara. Vio desconcierto, y después un poco de preocupación.

—Vale —dijo Froelich, y colgó. Miró a Reacher al otro lado de la mesa—. Stuyvesant quiere que vayas a la oficina, ahora mismo, de inmediato.

—¿Yo? —dijo Reacher—. ¿Por qué?

—No lo dijo.

Stuyvesant los estaba esperando en uno de los extremos del mostrador de recepción, al otro lado de la puerta principal. El agente de guardia estaba ocupado en el otro. Todo parecía completamente normal, salvo por un teléfono que estaba justo enfrente de Stuyvesant. Lo habían sacado de su lugar habitual y estaba apoyado en la parte delantera del mostrador, mirando hacia afuera, con el cable colgando hacia atrás. Stuyvesant lo observaba.

—Recibimos una llamada —dijo.

—¿De quién? —preguntó Froelich.

—No dio su nombre. Tampoco un número. El identificador de llamadas estaba bloqueado. Voz de hombre, sin ningún acento específico. Llamó al operador y pidió hablar con el grandullón. Algo en su voz hizo que el agente de guardia se lo tomara en serio, por lo que pasó la llamada, pensando que tal vez el grandullón era yo, ya saben, el jefe. Pero no. La persona que llamó no quería hablar conmigo. Buscaba al grandullón que había visto recientemente.

—¿Ese soy yo?

—Usted es el único grandullón nuevo que anda por aquí.

—¿Por qué iba a querer hablar conmigo?

—Estamos a punto de saberlo. Va a llamar de nuevo a las nueve

y media.

Reacher miró la hora en su reloj. Las nueve y veintidós.

—Son ellos —dijo Froelich—. Te han visto en la iglesia.

—Eso es lo que supongo —dijo Stuyvesant—. Este es nuestro primer contacto real. Tenemos una grabadora ya conectada. Conseguiremos una huella de voz. Y vamos a rastrear la línea. Tiene que hablar todo el tiempo que pueda.

Reacher miró a Neagley. Ella miró su reloj. Negó con la cabeza.

—Ya no hay tiempo suficiente —dijo.

Reacher asintió:

—¿Podemos conseguir un informe meteorológico de Chicago?

—Podría llamar a Andrews —dijo Froelich—. ¿Pero para qué?

—Tú solo hazlo, ¿vale?

Ella se alejó un poco para usar otra línea. El personal del servicio meteorológico de la fuerza aérea tardó cuatro minutos en decirle que en Chicago hacía frío pero estaba despejado y que se esperaban que siguiera así. Reacher volvió a mirar su reloj. Nueve y veintisiete.

—Vale —dijo.

—Recuerde, hable todo el tiempo que pueda —dijo Stuyvesant —. No entienden de dónde ha salido usted. No saben quién es. Eso les preocupa.

—¿Lo del Día de Acción de Gracias está en la página web? —preguntó Reacher.

—Sí —dijo Froelich.

—¿Con la ubicación específica?

—Sí —dijo ella de nuevo.

Nueve y veintiocho.

—¿Qué más hay en la agenda? —preguntó Reacher.

—Wall Street de nuevo en diez días —dijo Froelich—. Eso es todo.

—¿Y este fin de semana?

—Vuelve a Dakota del Norte con su esposa. Mañana a última hora de la tarde.

—¿Eso está en la página web?

Froelich negó con la cabeza:

—No, eso es completamente privado —dijo—. No lo hemos anunciado en ninguna parte.

Nueve y veintinueve.

—Vale —repitió Reacher.

Entonces sonó el teléfono, muy fuerte en medio del silencio.

—Se adelantó un poco —dijo Reacher—. Alguien está ansioso.

—Hable tanto tiempo como pueda —dijo Stuyvesant—. Utilice su curiosidad en su contra. Manténgalos a raya.

Reacher cogió el teléfono:

—Hola —dijo.

—No volverás a tener tanta suerte —dijo una voz.

Reacher la ignoró y prestó toda la atención que pudo al ruido de fondo.

—Eh —dijo la voz—. Quiero hablar contigo.

—Pero yo no quiero hablar contigo, imbécil —dijo Reacher, y colgó.

Stuyvesant y Froelich se quedaron mirándolo.

—¿Qué demonios hace? —preguntó Stuyvesant.

—No tenía muchas ganas de hablar —respondió Reacher.

—Le dije que hablara todo el tiempo que pudiera.

Reacher se encogió de hombros:

—Si quería hacerlo de otra manera, haberlo hecho usted mismo. Podría haberse hecho pasar por mí. Y haber hablado todo lo que quisiera.

—Eso ha sido un sabotaje deliberado.

—No, no lo ha sido. Ha sido una jugada en un partido.

—Esto no es un *partido* de nada.

—Es exactamente eso.

—Necesitábamos información.

—Despierte —dijo Reacher—. No iba a conseguir ningún tipo de información. Stuyvesant se quedó en silencio.

—Quiero un café —dijo Reacher—. Nos hizo irnos del restaurante antes de que hubiéramos terminado.

—Nos quedamos aquí —dijo Stuyvesant—. Podrían llamar de nuevo.

—No lo harán —dijo Reacher.

Esperaron cinco minutos en el mostrador de recepción, lo dieron por perdido y se fueron a la sala de reuniones cada uno con un café en la mano. Neagley se mantenía al margen. Froelich estaba muy callada. Stuyvesant estaba muy enfadado.

—Explíquese —dijo.

Reacher se sentó solo en una de las cabeceras de la mesa. Neagley se colocó en un terreno neutral en el medio de uno de los lados. Froelich y Stuyvesant se sentaron juntos en la otra punta.

—Estos tipos usan agua del grifo para pegar los sobres —dijo Reacher.

—¿Y? —dijo Stuyvesant.

—Y entonces no hay ni una sola posibilidad de que podamos rastrear una llamada suya a la oficina principal del Servicio Secreto de los Estados Unidos, por el amor de Dios. Son *ellos* los que habrían terminado colgando. No les quise dar esa satisfacción. Si se están metiendo conmigo lo tienen que saber, y el que va a tener la ventaja voy a ser yo, no ellos.

—¿Lo ha arruinado todo por ver quién mea más lejos?

—No he arruinado nada —dijo Reacher—. Tenemos toda la información que podíamos llegar a obtener.

—No tenemos absolutamente nada.

—Sí, tienen una huella de voz. El tipo dijo diez palabras. Todos los sonidos de las vocales y unos cuantos de las consonantes. Tienen las características de las oclusivas y algunas de las fricativas.

—Necesitábamos saber dónde estaban, pedazo de idiota.

—Estaban en un teléfono público con el identificador de llamadas bloqueado. En algún lugar del Medio Oeste. Piénselo, Stuyvesant. Hoy estuvieron en Bismarck con armas pesadas. Por lo que se mueven en coche. Ahora estarán en un radio de seiscientos kilómetros de allí. En algún lugar de alguno de seis estados enormes, en un bar o en una tienda rural, usando un teléfono público. Y cualquier persona lo suficientemente inteligente como para pegar los sobres con agua del grifo sabe exactamente en qué momento tiene que colgar una llamada para que no se pueda rastrear.

—Usted no sabe si se mueven en coche o no.

—No —dijo Reacher—. Tiene razón. No lo puedo saber con certeza. Hay una mínima posibilidad de que estuvieran frustrados por cómo salieron hoy las cosas. Enfadados, incluso. Y saben por la página web que mañana tienen otra oportunidad, aquí mismo. Y después de eso no mucho más durante un rato. Por lo que es posible que hayan despachado sus armas y se hayan ido a buscar un avión

para llegar aquí esta noche. En cuyo caso ahora mismo podrían estar en O'Hare, haciendo escala. Podría haber merecido la pena tener algunos policías vigilando quién usaba los teléfonos públicos. Pero tuve tan solo ocho minutos. Podría haber sido práctico que usted lo hubiera pensado antes. Ha tenido media hora. Le avisaron, por el amor de Dios. Podría haber organizado algo fácilmente. En cuyo caso yo habría hablado con ellos hasta que se cansaran, para que a los policías les diese tiempo a mirar bien. Pero usted no ha pensado en eso. No lo ha organizado. No ha organizado nada. Por lo que no me hable a *mí* de sabotaje. No me venga diciendo que soy yo el que ha arruinado algo.

Stuyvesant bajó la vista. No dijo nada.

—Ahora pregúntele para qué quería el informe meteorológico —dijo Neagley.

Stuyvesant no dijo nada.

—¿Por qué querías el informe meteorológico? —preguntó Froelich.

—Porque todavía podía haber habido tiempo para averiguar algo. Si la noche previa al Día de Acción de Gracias había hecho mal tiempo en Chicago, el aeropuerto estaría tan lleno de gente a la espera de los vuelos cancelados que ellos habrían tenido que pasar horas allí sentados. En cuyo caso yo habría inventado alguna excusa para que llamaran más tarde, cuando ya tuviésemos algunos policías en el lugar. Pero había hecho bueno. Por lo que no había habido retrasos, por lo que no teníamos tiempo.

Stuyvesant no dijo nada.

—¿Y el acento? —preguntó Froelich, en voz baja—. ¿Las diez palabras que les concediste te permitieron captar algo?

—Ustedes lo grabaron —dijo Reacher—. Pero yo no noté nada en particular. No es extranjero. No es sureño, no es de la Costa Este. Probablemente sea de alguno de esos sitios con acento más o menos neutro.

La sala se quedó en silencio durante un largo rato.

—Le pido disculpas —dijo Stuyvesant—. Probablemente ha hecho lo correcto.

Reacher negó con la cabeza. Exhaló.

—No se preocupe —dijo—. Nos agarramos a lo que podemos. Había una posibilidad entre un millón de que pudiéramos averiguar

su ubicación. Fue una decisión de un instante, realmente. Algo instintivo. Si están confundidos porque no saben quién soy, yo quiero que sigan así. Que sigan suponiendo cosas. Y mi idea fue que se enfadaran conmigo. Quitarle un poco de atención a Armstrong. Mejor que durante un rato tengan la atención puesta en mí.

—¿Quiere que esta gente lo vaya a buscar a usted en persona?

—Mejor eso a que vayan a buscar en persona a Armstrong.

—¿Está loco? Armstrong tiene a todo el Servicio Secreto alrededor. Usted no.

Reacher sonrió:

—No me preocupan demasiado.

Froelich se revolvió en la silla.

—Así que sí estáis jugando a ver quién mea más lejos —dijo—. Dios, eres igual que Joe, ¿sabes?

—Salvo porque yo sigo vivo —dijo Reacher.

Alguien llamó a la puerta. El agente de guardia asomó la cabeza en la sala.

—El agente especial Bannon está aquí —dijo—. Listo para la reunión de la noche.

Stuyvesant informó a Bannon en privado en su oficina sobre las comunicaciones telefónicas. Regresaron juntos a la sala de reuniones a las diez y diez. Bannon seguía pareciendo más un policía urbano que un agente federal. Tweed Donegal, franela gris, zapatos robustos, cara roja. Como un detective de Chicago, Boston o Nueva York, viejo, sabio y con muchos kilómetros encima. Sujetaba una carpeta delgada con la mano y tenía un aspecto sombrío.

—Nendick sigue inconsciente —anunció.

Nadie dijo nada.

—No está ni mejor ni peor —continuó—. Siguen preocupados por su recuperación.

Se sentó pesadamente en la silla que estaba enfrente de Neagley. Abrió su carpeta y sacó un pequeño taco de fotografías a color. Las repartió por la mesa como si fueran cartas. Dos a cada uno.

—Bruce Armstrong y Brian Armstrong —dijo—. El difunto de Minnesota y el de Colorado, respectivamente.

Las fotografías eran copias grandes a chorro a tinta impresas en papel satinado. No faxeadas. Las familias debían de haber facilitado los originales, que debían haber sido escaneados y enviados por

correo electrónico. Eran fotos familiares, básicamente, ampliadas y recortadas para obtener un primer plano que resultara útil, en el laboratorio del FBI, presumiblemente. Los resultados parecían artificiales. Dos rostros cordiales y abiertos, dos sonrisas inocentes, dos miradas afectuosas dirigidas hacia algo que debía haber estado allí, con ellos, en la foto. En el borde inferior estaban sus nombres cuidadosamente escritos con bolígrafo. Por el mismo Bannon, quizás. *Bruce Armstrong, Brian Armstrong*.

En realidad no se parecían mucho entre ellos. Y ninguno de los dos se parecía mucho a Armstrong. Nadie habría dudado un segundo para diferenciarlos. Tampoco en la oscuridad, ni con prisa. Eran simplemente tres hombres americanos con cabello claro y ojos azules, de entre cuarenta y cincuenta años, eso era todo. Pero precisamente por eso, *sí* se parecían en una cosa. A la hora de dividir y clasificar a la población humana mundial, habría que agotar unas cuantas categorías antes de separarlos. Hombre o mujer, blanco o negro, asiático o caucásico o mongol, alto o bajo, flaco o gordo o normal, joven o viejo o de mediana edad, moreno o rubio, ojos azules o marrones. Se tendrían que hacer todas esas distinciones antes de poder decir que los tres Armstrong no se parecían entre sí.

—¿Qué les parece? —preguntó Bannon.

—Están lo bastante cerca como para sacar algo en claro —respondió Reacher.

—Estoy de acuerdo —dijo Bannon—. Dos viudas y cinco hijos sin padre entre ambos. Gracioso, ¿no?

Nadie respondió a esa pregunta.

—¿Tienen algo más para nosotros? —preguntó Stuyvesant.

—Estamos trabajando duro —dijo Bannon—. Estamos comprobando de nuevo las huellas dactilares. Estamos probando en todas las bases de datos del mundo. Pero no somos optimistas. Hablamos con los vecinos de Nendick. No recibían demasiadas visitas en su casa. Parece ser que sociabilizaban en pareja, casi siempre en un bar a unos quince kilómetros de su casa, camino al aeropuerto. Es un bar de policías. Parece ser que Nendick hace negocios con su situación laboral. Estamos intentando rastrear a cualquier persona con la que se lo haya visto hablar más de lo normal.

—¿Y hace dos semanas? —dijo Stuyvesant—. ¿Cuándo se llevaron a la mujer? Tuvo que haber alguna clase de revuelo.

Bannon negó con la cabeza:

—El movimiento diurno en su calle es considerable. Mamás todoterreno por todas partes. Pero es un pozo seco. Nadie recuerda nada. Podría haber sucedido de noche, por supuesto.

—No, yo creo que Nendick la entregó en algún lugar —dijo Reacher—. Yo creo que le obligaron a hacer eso. Como una tortura refinada. Para subrayar su responsabilidad. Para añadirle algo más al miedo.

—Es posible —dijo Bannon—. Está muy asustado, de eso no hay ninguna duda.

Reacher asintió:

—Yo creo que estos tipos son realmente buenos con los matices psicológicos crueles. Creo que esa es la razón por la cual algunos de los mensajes llegaron directamente aquí. Para Armstrong no hay nada peor que enterarse de que está metido en problemas por la gente que lo tiene que proteger.

—Pero no se está enterando —dijo Neagley.

Bannon no hizo ningún comentario al respecto. Stuyvesant hizo una pausa.

—¿Algo más?

—Hemos llegado a la conclusión de que no van a recibir más mensajes —dijo Bannon—. Darán el golpe a la hora y en el lugar que ellos elijan, y obviamente no les avisarán de cuándo y dónde. Y a la inversa: si lo intentan y fracasan, no querrán que lo sepan de antemano, pues de lo contrario parecerían ineficaces.

—¿Algún presentimiento con respecto a cuándo y dónde?

—Hablaremos de eso mañana por la mañana. Ahora mismo estamos trabajando en la teoría. ¿Asumo que mañana por la mañana vienen todos?

—¿Por qué no íbamos a venir?

—Es el Día de Acción de Gracias.

—Armstrong trabaja, por lo que nosotros también trabajamos.

—¿Qué tiene que hacer?

—Comportarse como un buen hombre en un refugio para personas sin hogar.

—¿Es una decisión inteligente?

Stuyvesant simplemente se encogió de hombros.

—No tenemos alternativa —dijo Froelich—. La Constitución dice que en el Día de Acción de Gracias los políticos tienen que servir pavo en la peor zona de la ciudad que puedan encontrar.

—Bueno, esperen hasta que hablemos mañana por la mañana —dijo Bannon—. Quizás quieran hacerle cambiar de opinión. O modificar la Constitución.

Después se levantó, rodeó la mesa y recogió las fotografías, como si fueran algo muy preciado para él.

Froelich dejó a Neagley en el hotel y después llevó a Reacher con ella hasta su casa. Estuvo en silencio todo el viaje. Perceptible y agresivamente callada. Él aguantó hasta que llegaron al puente y ahí se dio por vencido.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada —respondió ella.

—Algo tiene que pasar —dijo él.

Ella no contestó. Siguió conduciendo y aparcó lo más cerca de su casa que pudo, que fue a dos manzanas. El barrio estaba tranquilo. Era tarde por la noche de una víspera de festivo. La gente estaba en sus casas, cómoda y relajada. Apagó el motor, pero no se bajó del coche. Se quedó allí sentada, mirando hacia delante a través el parabrisas, sin decir nada.

—¿Qué pasa? —preguntó él de nuevo.

—No creo que lo pueda soportar —respondió ella.

—¿El qué?

—Vas a conseguir que te maten —dijo ella—. Como conseguiste que mataran a Joe.

—¿Perdón? —dijo él.

—Ya me has oído.

—Yo no hice que mataran a Joe.

—Él no estaba hecho para ese tipo de cosas. Pero aun así fue y lo hizo. Porque estaba todo el tiempo comparándose. Se vio arrastrado a hacerlo.

—¿Por mí?

—¿Por quién si no? Era tu hermano. Seguía tus pasos.

Reacher no dijo nada.

—¿Por qué tenéis que *ser* así? —dijo ella.

—¿Tenemos? —replicó él—. ¿Así, cómo?

—Vosotros, los hombres —dijo ella—. Vosotros, los militares. Siempre dándose de bruces contra la estupidez.

—¿Es eso lo que estoy haciendo?

—Sabes que sí.

—Yo no he jurado recibir un disparo por un político que no vale nada.

—Yo tampoco. Eso es una forma de hablar. Y hay algunos políticos que sí valen algo.

—¿Y entonces recibirías un disparo por él? ¿O no?

Ella se encogió de hombros:

—No lo sé.

—Y yo no estoy dándome de bruces contra nada.

—Sí. Te *desafiaron*. Y Dios te libre de quedarte tranquilo y echarte a un lado.

—¿*Quieres* que me eche a un lado? ¿O quieres terminar con esto?

—No podéis hacerlo a golpes, como si fuerais ciervos en celo o algo así.

—¿Por qué no? Antes o después va a ser o nosotros o ellos. Así son las cosas. Así son siempre las cosas. ¿Por qué fingir que no es así?

—¿Por qué ir en busca de problemas?

—Yo no voy en busca de problemas. No veo todo esto como un *problema*.

—Bueno, ¿y entonces qué demonios es?

—No lo sé.

—¿No lo *sabes*?

Reacher hizo una pausa.

—¿Conoces a algún abogado? —preguntó.

—¿A algún qué?

—Ya me has oído —dijo él.

—¿Abogados? ¿Es una broma? ¿En esta ciudad? Mires a donde mires hay abogados.

—Vale, imagínate a un abogado. Salido hace veinte años de la facultad de derecho, con mucha experiencia. Alguien le pregunta: ¿me podría redactar este testamento un tanto complejo? ¿Qué contesta? ¿Qué hace? ¿Empieza a temblar de los nervios? ¿Piensa que lo han desafiado? ¿Es una cuestión de testosterona? No,

simplemente dice: por supuesto, claro que puedo. Y después va y lo hace. Porque es su *trabajo*. Así de sencillo.

—Este no es tu trabajo, Reacher.

—Sí, es mi trabajo, prácticamente no hay ninguna diferencia. El Tío Sam me pagó dólares de tus impuestos para que hiciera exactamente este tipo de cosas, durante trece años seguidos. Y estoy seguro de que el Tío Sam no esperaba que me echara a un lado y empezara a cuestionarlo y analizarlo todo.

Ella miraba hacia delante a través del parabrisas. Se estaba empañando rápido a causa de su respiración.

—Hay cientos de personas al otro lado del Servicio Secreto —dijo ella—. En Delitos Económicos. Cientos. No sé exactamente cuántas. Muchas. Buenas personas. Nosotros no investigamos mucho realmente, pero ellos sí. Eso es lo *único* que hacen. Están *para eso*. Joe podría haber elegido a diez de esas personas y las podría haber mandado a Georgia. Podría haber elegido a cincuenta. Pero no lo hizo. Tenía que ir él mismo. Tenía que ir solo. Porque lo desafiaron. No podía echarse hacia atrás. Porque estaba todo el tiempo comparándose.

—Coincido en que no lo debería haber hecho —dijo Reacher—. Del mismo modo que un doctor no debería redactar un testamento. Del mismo modo que un abogado no debería hacer una cirugía.

—Pero tú hiciste que lo hiciera.

Él negó con la cabeza:

—No, yo no hice que lo hiciera —dijo él.

Ella se quedó en silencio.

—Dos cosas, Froelich —dijo él—. Primera: la gente no debería elegir su carrera en función de lo que podría pensar su hermano. Y segunda: la última vez que Joe y yo tuvimos un contacto significativo yo tenía dieciséis años. Él tenía dieciocho. Se estaba yendo a West Point. Yo era un niño. Lo *último* que él tenía en la cabeza era copiarme a mí. ¿Estás loca? Y en realidad después nunca más lo vi. Solo en funerales, básicamente. Pienses lo que pienses de mí como hermano, él no era mejor que yo. No me prestaba atención. Pasaban los años y yo no recibía ninguna noticia suya.

—Seguía tu carrera. Tu madre le mandaba cosas. Se comparaba.

—Nuestra madre murió siete años antes que él. En ese entonces yo apenas tenía una carrera.

—Ganaste la Estrella de Plata en Beirut en tus primeros años.

—Me explotó una bomba —dijo él—. Me dieron una medalla porque no se les ocurrió otra cosa. El ejército es así. Joe lo sabía.

—Se comparaba —insistió ella.

Reacher se movió en su asiento. Vio cómo se formaban pequeños remolinos de condensación en el parabrisas.

—Quizás —dijo—. Pero no conmigo.

—¿Con quién entonces?

—Con nuestro padre, probablemente.

Ella se encogió de hombros:

—Nunca hablaba de *él*.

—Bueno, ahí lo tienes —dijo Reacher—. Evasión. Negación.

—¿Tú crees? ¿Qué tenía de especial vuestro padre?

Reacher miró hacia otro lado. Cerró los ojos.

—Era marine —dijo—. Corea y Vietnam. Una persona muy compartimentada. Un hombre agradable, tímido, dulce y amable, pero también un asesino frío como una piedra. No le tenía miedo a nada. A su lado yo parezco Liberace.

—¿Tú te comparas con él?

Reacher negó con la cabeza. Abrió los ojos.

—No tiene sentido —dijo—. A su lado yo parezco Liberace. Siempre va a ser así, haga lo que haga. Lo cual no es necesariamente malo para el mundo.

—¿No te caía bien?

—Sí. Pero pasaba algo raro. Ya no hay sitio para gente como él.

—Joe no debería haber ido a Georgia —dijo ella.

Reacher asintió:

—No lo discuto —dijo—. Para nada. Pero la culpa fue solo suya. Debería haber sido más sensato.

—Tú también deberías ser más sensato.

—Yo soy muy sensato. Por ejemplo, yo me enrolé en la Policía Militar, no en el Cuerpo de Marines. Por ejemplo, yo no me siento obligado a ir de acá para allá tratando de diseñar un billete nuevo de cien dólares. Hago lo que sé hacer.

—¿Y crees que sabes cómo encontrar a estos tipos?

—Tanto como el basurero sabe recoger la basura. No es astrofísica.

—Eso suena bastante arrogante.

Él negó con la cabeza:

—Escucha, estoy harto de andar justificándome. Es ridículo. ¿Conoces a tus vecinos? ¿Conoces a la gente que vive en esta zona?

—No realmente —respondió ella.

Reacher pasó la mano por el cristal para desempañarlo y señaló hacia afuera por la ventanilla con el pulgar:

—Quizás uno de ellos es una señora mayor que teje jerséis. Vas a ir y le vas a decir: oh Dios mío, ¿qué le pasa, *señora*? No puedo creer que realmente tenga la *desfachatez* de saber cómo tejer *jerséis*.

—¿Estás equiparando el combate armado con tejer *jerséis*?

—Estoy diciendo que todos somos buenos en algo. Y yo soy bueno en esto. Quizás es lo único en lo que soy bueno. No me enorgullece ni tampoco me avergüenza. Simplemente está *ahí*. No lo puedo evitar. Estoy genéticamente programado para ganar, no es más que eso. Durante varias generaciones consecutivas.

—Joe tenía los mismos genes.

—No, tenía el mismo padre y la misma madre. Es distinto.

—Espero que tu fe en ti mismo esté justificada.

—Lo está. Especialmente ahora, con Neagley aquí. *Ella* hace que yo parezca Liberace.

Froelich miró hacia otro lado. Se quedó en silencio.

—¿Qué? —dijo él.

—Está enamorada de ti.

—Tonterías.

Froelich le miró fijamente a los ojos:

—¿Cómo puedes saberlo?

—Nunca le interesó.

Froelich simplemente negó con la cabeza.

—Acabo de hablar con ella de eso —dijo él—. El otro día. Dijo que nunca le interesó. Me dijo eso, palabra por palabra.

—¿Y la creíste?

—¿No se supone que la tenía que creer?

Froelich no dijo nada. Reacher sonrió, despacio.

—¿Qué? ¿Tú crees que *sí* que le interesa? —preguntó él.

—Sonríes igual que Joe —contestó ella—. Un poco tímido, un poco ladeado. Es la sonrisa más increíblemente bonita que jamás haya visto.

—No lo has superado del todo, ¿no? —preguntó él—. A riesgo de ser el último en saberlo. A riesgo de decir algo que es más que sabido.

Ella no contestó. Se bajó del coche y empezó a caminar. Él la siguió. En la calle hacía frío y había humedad. El aire de la noche era pesado. Podía oler el río, y combustible de avión que venía de algún lado. Llegaron a la casa. Ella sacó la llave y abrió la puerta. Entraron.

En el medio del suelo del vestíbulo había una hoja de papel.

DOCE

Era la conocida hoja blanco brillante tamaño carta. Estaba en el piso alineada de manera precisa con los tablones de roble. Estaba en el centro geométrico del recibidor, casi al pie de la escalera, exactamente en el lugar en el que Reacher había dejado la bolsa de basura con su ropa dos noches antes. En ella había una declaración simple, impresa de forma clara, en la conocida tipografía Times New Roman, tamaño 14, en negrita. La declaración tenía cuatro palabras, separadas en dos líneas en el centro de la página: *Va a suceder pronto*. Las dos palabras *Va a* constituían la primera línea. La parte de *suceder pronto* iba sola en la segunda. Parecía un poema o la letra de una canción. Como si estuviese separada así con algún fin dramático, como si tuviese que haber una pausa entre las dos líneas, o una respiración, o un redoble de tambores. *Va a*… ¡bam!… *suceder pronto*. Reacher la miró. El efecto era hipnótico. *Suceder pronto. Suceder pronto*.

—No la toques —dijo Froelich.

—No la iba a tocar —respondió Reacher.

Asomó la cabeza por la puerta y comprobó la calle. Todos los coches cercanos estaban vacíos. Todas las ventanas y cortinas de las casas cercanas estaban cerradas. No había peatones. No había nadie esperando en la oscuridad. Todo estaba tranquilo. Entró de nuevo y cerró la puerta despacio y con cuidado, como para no mover el papel con una corriente de aire.

—¿Cómo entraron aquí? —preguntó Froelich.

—Por la puerta —dijo Reacher—. Probablemente por la parte de atrás.

Froelich desenfundó la SIG-Sauer, cruzaron juntos la sala de estar y entraron en la cocina. La puerta que daba al patio trasero estaba cerrada, pero sin llave. Reacher la abrió unos treinta

centímetros. Examinó los alrededores fuera y no vio absolutamente nada. Abrió la puerta de par en par como para que la luz de dentro se desparramara por la superficie exterior. Se agachó y miró de cerca la placa rayada alrededor del ojo de la cerradura.

—Marcas —dijo—. Ínfimas. Lo han hecho muy bien.

—Están aquí en el D. C. —dijo ella—. Ahora mismo. No están en un bar del Medio Oeste.

Miró hacia la sala de estar a través de la cocina.

—El teléfono —dijo.

Estaba en otra posición sobre la mesa junto al sillón de la chimenea.

—Han usado mi teléfono —dijo ella.

—Para llamarme a mí, probablemente —dijo Reacher.

—¿Huellas?

Él negó con la cabeza:

—Guantes.

—Han estado en mi casa —dijo ella.

Se apartó de la puerta trasera y se detuvo junto a la alacena de la cocina. Bajó la vista para mirar algo y abrió rápido un cajón.

—Se han llevado mi pistola —dijo—. Tenía un arma de repuesto aquí.

—Lo sé —dijo Reacher—. Una vieja Beretta.

Froelich abrió el cajón de al lado:

—Los cargadores tampoco están —dijo—. Tenía municiones aquí.

—Lo sé —dijo Reacher de nuevo—. Debajo de un guante de cocina.

—¿Cómo lo sabes?

—Te registré la casa el lunes por la noche.

—¿Por qué lo hiciste?

—Es una costumbre —dijo él—. No te lo tomes como algo personal.

Ella lo miró y después abrió la alacena en la que tenía escondido dinero. Él la vio revisar la olla de barro. No dijo nada, por lo que Reacher asumió que seguía allí. Archivó la información en el rincón profesional de su mente, como confirmación de una creencia que tenía muy arraigada: *a la gente no le gusta buscar por encima de la altura de su cabeza*.

Después ella se puso tensa. Un nuevo pensamiento.

—Podrían estar todavía en casa —dijo, en voz baja.

Pero no se movió. Era la primera señal de miedo que veía en ella.

—Iré a comprobarlo —dijo él—. A no ser que eso sea una respuesta perjudicial ante un desafío.

Ella simplemente le dio la pistola. Él apagó la luz de la cocina como para que su silueta no se proyectara sobre los escalones del sótano y comenzó a bajar despacio. Prestó atención a los ruidos más allá de los crujidos y los suspiros de la casa, el zumbido y el goteo de la calefacción. Se quedó quieto en la oscuridad y dejó que se le adaptara la vista. Allí no había nadie. Tampoco en el piso de arriba. Nadie escondido al acecho. La gente al acecho emite vibraciones humanas. Zumbidos minúsculos y movimientos. Y él no sentía nada. La casa estaba vacía y en orden, más allá del teléfono fuera de su lugar, la desaparecida Beretta y el mensaje en el suelo del recibidor. Regresó a la cocina y le alcanzó la SIG, con la culata hacia delante.

—Despejada —dijo.

—Será mejor que haga algunas llamadas —dijo ella.

El agente especial Bannon apareció cuarenta minutos más tarde en un sedán del Bureau con tres miembros de su comando especial. Stuyvesant llegó cinco minutos después en una Suburban del departamento. Dejaron los dos vehículos aparcados en doble fila en la calle, con las luces estroboscópicas encendidas. Las casas vecinas quedaron salpicadas por manchas aleatorias de luz, azules, rojas y blancas. Stuyvesant se quedó de pie junto a la puerta abierta.

—Se suponía que no íbamos a recibir más mensajes —dijo.

Bannon estaba arrodillado, mirando la hoja de papel.

—Esto es genérico —dijo—. Nosotros predijimos que no habría especificidad. Y así fue. La palabra *pronto* no significa nada en cuanto a hora y lugar. Es una provocación. Se supone que nos tiene que impresionar su inteligencia.

—Yo ya estaba impresionado por su inteligencia —dijo Stuyvesant.

Bannon alzó la vista para mirar a Froelich:

—¿Cuánto tiempo ha estado fuera?

—Todo el día —dijo Froelich—. Nos fuimos de aquí esta mañana a las seis y media para reunirnos contigo.

—¿Nos fuimos?

—Reacher se está quedando aquí —aclaró.

—A partir de ahora ya no —dijo Bannon—. Ninguno de los dos. Es demasiado peligroso. Los alojaremos en un lugar seguro.

Froelich no dijo nada.

—Ahora mismo estos tipos están en el D. C. —dijo Bannon—. Probablemente se estén reagrupando en algún lado. Probablemente hayan llegado de Dakota del Norte un par de horas después que ustedes. Saben dónde vive. Y nosotros tenemos trabajo que hacer. Esto es una escena de crimen.

—Esto es mi casa —dijo Froelich.

—Es una escena de crimen —repitió Bannon—. Han estado aquí. Tendremos que revolver un poco todo. Va a ser mejor que esperen en otro sitio hasta que lo volvamos a colocar.

Froelich no dijo nada.

—No discuta —dijo Stuyvesant—. Quiero que estén protegidos. Les buscaremos un motel. Con algunos delegados del Cuerpo de Alguaciles en la puerta, hasta que esto termine.

—A Neagley también —dijo Reacher.

Froelich lo miró. Stuyvesant asintió.

—No se preocupe —dijo—. Ya he enviado a alguien a buscarla.

—¿Vecinos? —preguntó Bannon.

—En realidad no los conozco —contestó Froelich.

—Podrían haber visto algo —dijo Bannon. Miró su reloj—. Podrían seguir levantados. Al menos eso espero. Sacar a los testigos de la cama suele ponerlos de muy mal humor.

—Así que cojan lo que vayan a necesitar —dijo Stuyvesant en voz alta—. Nos vamos ahora mismo.

Reacher se quedó de pie en la habitación de invitados de Froelich y tuvo una fuerte sensación de que ya no volvería. Así que cogió sus cosas del baño, la bolsa de basura con su ropa de Atlantic City y todos los trajes y camisas de Joe que todavía estaban limpios. Se guardó calcetines y calzoncillos limpios en los bolsillos. Cargó toda la ropa en una mano y la caja de cartón de Joe debajo del brazo contrario. Bajó la escalera, salió al aire de la noche y se dio cuenta de que por primera vez en más de cinco años se iba de un lugar llevando equipaje. Lo guardó en el maletero de la Suburban y después dio la vuelta y se montó en el asiento trasero. Se quedó

quieto ahí sentado y esperó a Froelich. Ella salió de su casa con una maleta pequeña. Stuyvesant la cogió y la guardó, y los dos se subieron juntos delante. Arrancaron y se alejaron por la calle. Froelich no miró hacia atrás.

Se movieron en dirección norte, después giraron hacia el oeste, pasaron por todos los lugares turísticos y salieron de nuevo del otro lado. Pararon en un motel de Georgetown a unas diez cuadras de la calle de Armstrong. Había un modelo viejo de Crown Vic aparcado en la puerta, y un Town Car nuevo al lado. En el Town Car estaba sentado el conductor. El Crown Vic estaba vacío. El motel era un lugar pequeño y limpio con madera oscura por todas partes. Un cartel discreto. Lo rodeaban tres embajadas con el terreno vallado. Las embajadas eran de países nuevos que Reacher no había oído mencionar jamás, pero sus vallas estaban bien. Era un enclave muy protegido. Había una sola manera de entrar, y un alguacil en el vestíbulo se ocupaba de ella. Otro alguacil en el pasillo sería la guinda del pastel.

Stuyvesant había reservado tres habitaciones. Neagley ya había llegado. Estaba en el vestíbulo. Comprando un refresco en una máquina expendedora y hablando con un tipo corpulento de traje barato y zapatos de agente de policía. Un delegado del Cuerpo de Alguaciles, sin duda. El conductor del Crown Vic. *Su presupuesto para vehículos debe ser menor que el del Servido Secreto*, pensó Reacher. *Al igual que la asignación para ropa*.

Stuyvesant rellenó todos los papeles en recepción y regresó con tres tarjetas de acceso a las habitaciones. Las repartió en una pequeña ceremonia un poco ridícula. Mencionó tres números de habitación. Eran tres números consecutivos. Después metió la mano en el bolsillo y la sacó con las llaves de la Suburban. Se las dio a Froelich.

—Volveré con el tipo que trajo a Neagley —dijo—. Los veré mañana a las siete en punto en la oficina, con Bannon, todos ustedes.

Después dio la vuelta y se fue. Neagley cogió como pudo la tarjeta, el refresco y la bolsa de ropa y se fue en busca de su habitación. Froelich y Reacher fueron detrás de ella, con una tarjeta cada uno. Había otro alguacil al principio del pasillo de los dormitorios. Estaba torpemente sentado en una silla normal de

comedor. Tenía la silla inclinada hacia atrás contra la pared para estar más cómodo. Reacher apretó su desordenado equipaje para poder pasar a su lado y se detuvo en su puerta. Froelich ya estaba dos habitaciones más allá, sin mirar hacia él.

Reacher entró y se encontró con una versión compacta de lo que había visto miles de veces antes. Una sola cama, una silla, una mesa, un teléfono, una televisión pequeña. El resto era genérico. Cortinas floreadas, ya cerradas. Un edredón floreado, almidonado hasta quedar prácticamente rígido. Cosas sin color, de bambú tejido, en las paredes. Una lámina barata sobre la cama, que simulaba ser un plano hecho a mano de alguna parte de algún antiguo templo griego. Guardó su equipaje y colocó sus cosas de baño en el estante encima del lavamanos. Miró la hora en su reloj. Pasaba de medianoche. Ya era el Día de Acción de Gracias. Se quitó la chaqueta de Joe y la tiró encima de la mesa. Se aflojó la corbata y bostezó. Alguien llamó a la puerta. La abrió y vio a Froelich allí de pie.

—Entra —dijo.

—Solo un minuto —dijo ella.

Él volvió a entrar y se sentó en el borde de la cama, para que ella pudiera ocupar la silla. Tenía el pelo despeinado, como si acabara de removérselo con la mano. Le quedaba muy bien. Parecía más joven y, de algún modo, más vulnerable.

—*Sí* que lo he superado —dijo ella.

—Vale —dijo él.

—Pero entiendo por qué podrías pensar que no.

—Vale —repitió.

—Así que creo que esta noche deberíamos estar separados. No querría que te preocuparas por el motivo por el cual estoy aquí. Si *estuviese* aquí.

—Lo que tú quieras —dijo él.

—Es solo que eres tan parecido a él. Es imposible no recordarlo. Puedes verlo, ¿no? Pero nunca has sido un sustituto. Necesito que sepas eso.

—¿Sigues pensando que hice que lo mataran?

Ella miró hacia otro lado:

—Algo hizo que lo mataran —dijo—. Algo que tenía en la cabeza, en su historia. Algo le hizo creer que podía ganar a alguien

a quien no podía ganar. Algo le hizo creer que iba a estar bien cuando no iba a estar bien. Y lo mismo te podría pasar a ti. Eres tonto si no lo ves.

Él asintió. No dijo nada. Ella se puso de pie y pasó a su lado. Él llegó a oler su perfume mientras pasaba.

—Llámame si me necesitas —dijo él.

Ella no respondió. Él no se levantó.

Media hora más tarde alguien llamó otra vez a la puerta y él abrió esperando encontrarse de nuevo con Froelich. Pero era Neagley. Todavía completamente vestida, un poco cansada, pero tranquila.

—¿Estás solo? —le preguntó.

Él asintió.

—¿Dónde está ella? —volvió a preguntar.

—Se ha ido.

—¿Negocios o falta de placer?

—Confusión —dijo él—. La mitad del tiempo quiere que sea Joe, la otra mitad quiere culparme de que lo mataran.

—Sigue enamorada de él.

—Evidentemente.

—Seis años después de que la relación terminara.

—¿Es normal?

Ella se encogió de hombros:

—¿Me lo preguntas a mí? Supongo que algunas personas siguen enamoradas mucho tiempo. Debe haber sido un gran hombre.

—Realmente no llegué a conocerlo tan bien.

—¿Hiciste que lo mataran?

—Claro que no. Estaba a un millón de kilómetros de distancia. Hacía siete años que no hablaba con él. Te lo he contado.

—¿Y entonces cuál es su punto de vista?

—Dice que fue imprudente porque se comparaba conmigo.

—¿Y era así?

—Lo dudo.

—Tú dijiste que después te sentiste culpable. También me contaste eso cuando estábamos mirando los vídeos de las cámaras de seguridad.

—Creo que dije que me enfadó, no que me sentí culpable.

—Enfadado, culpable, es lo mismo. ¿Por qué ibas a sentirte así si no fue tu culpa?

—¿Ahora *tú* estás diciendo que ha sido culpa mía?

—Solo estoy preguntando, ¿a qué se debe la culpa?

—Creció con una impresión errónea.

Reacher se quedó callado y entró en la habitación. Neagley lo siguió. Él se recostó en la cama, con los brazos estirados y las piernas colgando. Ella se sentó en el sillón, donde había estado Froelich.

—Cuéntame lo de la impresión errónea —dijo ella.

—Era corpulento, pero muy estudioso —dijo Reacher—. En los colegios a los que fuimos, ser estudioso era como tener tatuado en la frente *dame una paliza*. Pero a pesar de ser corpulento, no era agresivo. Por lo que le daban palizas regularmente.

—¿Y?

—Yo era dos años más pequeño, pero era corpulento y agresivo, y no muy estudioso. Así que lo empecé a cuidar. Por lealtad, supongo, y además porque me gustaba pelear. Tenía alrededor de seis años. Me metía en todas partes. Aprendí muchas cosas. Aprendí que lo más importante es el estilo. Si parece que vas en serio, los demás se echan mucho para atrás. Aunque a veces no. El primer año tuve a todos los de ocho años encima de mí. Después mejoré. Me peleé en serio con muchas personas. Estaba loco. Se sabía. Cuando llegábamos a algún lugar nuevo la gente aprendía muy rápido que no tenían que molestar a Joe, o de lo contrario el psicópata se les echaría encima.

—Parece que fuiste un niñito adorable.

—Era el ejército. En cualquier otra parte me hubiesen mandado a un reformatorio.

—Lo que dices es que Joe llegó a un punto en que confiaba que sería siempre así.

Reacher asintió:

—Fue así durante diez años, básicamente. Iba y venía, y fue disminuyendo a medida que nos hacíamos mayores. Pero las veces que pasaba era más grave. Yo creo que lo interiorizó. Diez años es mucho tiempo cuando uno está creciendo, interiorizando cosas. Creo que ignorar el peligro se volvió parte de su carácter porque el psicópata siempre le cubría las espaldas. Así que creo que en cierto sentido Froelich tiene razón. *Era* un imprudente. No porque estuviese intentando competir, sino porque en el fondo sentía que se

lo podía permitir. Porque yo siempre lo había cuidado, como su madre siempre lo había alimentado, como el ejército siempre le había dado cobijo.

—¿Cuántos años tenía Joe cuando murió?

—Treinta y ocho.

—Veinte años, Reacher. Tuvo veinte años para readaptarse. Todos nos readaptamos.

—¿Sí? Yo a veces me siento exactamente como el niño de seis años que fui. Todos mirando al psicópata de reojo.

—¿Como quién?

—Como Froelich.

—¿Te ha dicho algo?

—La desconcierto, claramente.

—El Servicio Secreto es una organización civil. Paramilitar en el mejor de los casos. Lo cual es casi tan malo como ser un ciudadano normal.

Él sonrió. No dijo nada.

—¿Entonces? ¿Cuál es el veredicto? —preguntó Neagley—. ¿Ahora vas a andar por la vida pensando que mataste a tu hermano?

—Un poco, quizás —dijo él—. Pero lo superaré.

Ella asintió:

—Lo harás. Y así debe ser. No fue tu culpa. Tenía treinta y ocho años. No estaba esperando que apareciera su hermanito a rescatarlo.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—¿Sobre qué?

—Sobre otra cosa que dijo Froelich.

—¿Se pregunta por qué no tenemos relaciones?

—Eres rápida —dijo él.

—Me di cuenta —dijo Neagley—. Parecía un poco preocupada. Un poco celosa. Fría, incluso. Pero bueno, acababa de patearle el culo con lo de la auditoría.

—Es verdad.

—Tú y yo ni siquiera nos hemos tocado, ¿lo sabías? —dijo ella —. Nunca hemos tenido ningún tipo de contacto físico. Nunca me has dado unas palmaditas en la espalda, nunca me has dado la mano.

Él la miró, y repasó mentalmente esos quince años.

—¿No? —dijo—. ¿Y eso es bueno o malo?

—Es bueno —dijo ella—. Pero no preguntes por qué.

—Vale —dijo él.

—Motivos personales. No preguntes cuáles son. Pero no me gusta que me toquen. Y tú nunca me has tocado. Siempre creí que podías darte cuenta. Y siempre lo he apreciado. Es uno de los motivos por los que siempre me has gustado tanto.

Él no dijo nada.

—Aunque deberías haber ido a un reformatorio —añadió ella.

—Probablemente tú deberías haber estado allí conmigo.

—Habríamos hecho un buen equipo —dijo ella—. *Somos* un buen equipo. Deberías venir a Chicago conmigo.

—Soy un vagabundo —dijo él.

—Vale, no voy a presionar —dijo ella—. Y con Froelich mira el lado positivo. No le hagas caso. Probablemente vale la pena. Es una mujer agradable. Divertíos. Estáis bien juntos.

—Vale —dijo él—. Supongo.

Neagley se levantó y bostezó.

—¿Tú estás bien? —preguntó él.

Ella asintió:

—Sí, estoy bien.

Después se dio un beso en la punta de los dedos y lo sopló hacia él a dos metros de distancia. Salió de la habitación sin decir nada más.

Estaba cansado, pero estaba desvelado, la habitación estaba fría, el colchón era incómodo y no podía dormir. Así que se puso de nuevo el pantalón y la camisa, se acercó al armario y sacó la caja de Joe. No esperaba encontrar nada interesante dentro. Serían cosas abandonadas, nada más. Nadie deja cosas importantes en la casa de una novia cuando sabe que en poco tiempo la va a dejar.

Dejó la caja sobre la cama y abrió las solapas. Lo primero que vio fue un par de zapatos. Estaban guardados tacón con punta a uno de los lados de la caja. Eran zapatos formales negros, de cuero bueno, bastante pesados. Tenían los bordes y las punteras bien cosidos. Cordones finos en cinco agujeros. Importados, probablemente. Pero no italianos. Eran demasiado sustanciosos. Ingleses, quizás. Como la corbata de la fuerza aérea.

Los puso sobre el edredón. Apoyó ambos tacones a quince centímetros y las puntas un poco más separadas. El tacón derecho estaba más gastado que el izquierdo. Los zapatos eran bastante viejos, estaban bastante destrozados. Podía ver en ellos la forma completa de los pies de Joe. La forma completa de su cuerpo, alzándose por encima, como si estuviese allí, de pie, con los zapatos puestos, invisible. Eran como una máscara mortuoria.

Había tres libros en la caja, colocados con el lomo hacia arriba. Uno era *Du cote de chez Swann*, el primer volumen de *À la recherche du temps perdu*, de Marcel Proust. Era una edición francesa de bolsillo con la típica cubierta simple y austera. Lo ojeó. Podía manejar el idioma, pero el contenido se le escapaba. El segundo era un libro de texto sobre análisis estadístico. Era pesado y denso. Lo ojeó y desistió ante el idioma y también ante el contenido. Lo apiló en la cama encima de Proust.

Cogió el tercer libro. Lo miró. Lo reconoció. Se lo había regalado él a Joe, hacía mucho tiempo, para su treinta cumpleaños. Era *Crimen y castigo*, de Dostoyevski. Estaba en inglés, pero lo había comprado en París en una librería de viejo. Se acordaba exactamente de cuánto le había costado, que no había sido mucho. El librero de París lo había relegado a la sección de libros en lenguas extranjeras, y no era ni una primera edición ni nada. Era tan solo un bonito volumen, y una gran historia.

Lo abrió por la portada. Estaba escrita la frase: *Joe. Evita ambas cosas, ¿vale? Feliz cumpleaños. Jack*. Había usado el bolígrafo del librero, y la tinta se había corrido.

Ahora se había descolorido un poco. Después había escrito la dirección en una etiqueta, porque el librero se había ofrecido a enviarlo él mismo. En aquel entonces la dirección era la del Pentágono, porque a los treinta Joe todavía estaba en Inteligencia Militar. El librero se había quedado muy impresionado. *El Pentágono, Arlington, Virginia, Estados Unidos*.

Pasó la portada y fue directo a la primera línea: *A principios de Julio, con un tiempo sumamente caluroso, hacia la tarde, cierto Joven bajó a la calle desde el cuarto que estaba alquilando*. Después siguió ojeando en busca de la escena del asesinato con el hacha, y del libro se cayó un papel doblado. Estaba allí como

marcapáginas, supuso, más o menos en la mitad, cuando Raskolnikov está discutiendo con Svidrigáilov.

Abrió el papel. Era del ejército. Lo podía reconocer por el color y por la textura. Crema opaco, superficie tersa. Era el comienzo de una carta, escrita con la típica y cuidadosa letra de Joe. La fecha era de seis días después de su cumpleaños. El texto decía: *Querido Jack, gracias por el libro. Finalmente llegó. Lo guardaré siempre. Incluso puede que lo lea. Aunque probablemente no lo haga pronto, porque aquí las cosas se están volviendo bastante ajetreadas. Estoy pensando en abandonar el barco e irme al Departamento del Tesoro. Alguien —reconocerías el nombre— me ofreció un trabajo*, y eso era todo. Terminaba abruptamente, en la mitad de la página. La dejó abierta junto a los zapatos. Guardó otra vez los tres libros en la caja. Miró los zapatos y la carta y escuchó dentro de su cabeza, prestando mucha atención, del mismo modo en que una ballena escucha a otra ballena a través de mil kilómetros de océano helado. Pero no oyó nada. Allí no había nada. Nada de nada. Así que metió de nuevo los zapatos en la caja, dobló la carta y la tiró encima. Cerró otra vez las solapas, llevó la caja al otro lado de la habitación y la dejó en equilibrio encima del cesto de basura. Se dio la vuelta en dirección a la cama y escuchó otro golpe en la puerta.

Era Froelich. Tenía puesto el pantalón de traje y la chaqueta. Debajo de la chaqueta no llevaba camisa. Probablemente no llevaba nada. Supuso que se había vestido rápido porque sabía que iba a tener que pasar cerca del alguacil que estaba en el pasillo.

—Todavía estás levantado —dijo ella.

—Pasa —dijo él.

Ella entró en la habitación y esperó a que él cerrara la puerta.

—No estoy enfadada contigo —dijo ella—. No hiciste que mataran a Joe. No creo eso realmente. Y no estoy enfadada con Joe porque se hiciera matar. Simplemente sucedió.

—Estás enfadada con alguien —dijo él.

—Estoy enfadada con él porque me dejó —dijo ella.

Reacher volvió la cama y se sentó en el borde. Esta vez, ella se sentó a su lado.

—Lo he superado —dijo ella—. Completamente. Te lo prometo. Hace mucho tiempo. Pero no he superado la forma en que me

abandonó.

Reacher no dijo nada.

—Y por lo tanto estoy enfadada *conmigo misma* —dijo ella, en voz baja—. Porque le deseé cosas feas. Por dentro. Quería que se estrellara y que ardiera. Y después *sucedió*. Por lo que me siento terriblemente culpable. Y ahora me preocupa que me estés juzgando.

Reacher hizo una pausa.

—No hay nada que juzgar —dijo—. Tampoco hay nada por lo que sentirse culpable. Lo que has deseado es comprensible y no tuvo ninguna influencia sobre lo que le sucedió. ¿Cómo iba a tenerla?

Ella se quedó callada.

—Se le nubló el juicio —dijo Reacher—. Eso es todo. Se arriesgó y tuvo mala suerte. No lo causaste tú. No lo causé yo. Simplemente sucedió.

—Las cosas suceden por un motivo.

Él negó con la cabeza:

—No, no es así —dijo él—. Las cosas no suceden por un motivo. Simplemente suceden. No fue tu culpa. No eres responsable.

—¿Tú crees?

—No eres responsable —repitió—. Nadie es responsable. Salvo quien apretó el gatillo.

—Le deseé cosas feas —dijo ella—. Necesito que me perdones.

—No hay nada que perdonar.

—Necesito que lo digas.

—No puedo —dijo Reacher—. Y no lo haré. No necesitas perdón. No fue tu culpa. Ni la mía. Ni siquiera la de Joe. Simplemente sucedió. Como suceden las cosas.

Ella se quedó callada un rato largo. Después asintió tímidamente y se acercó un poco a él.

—Vale —dijo.

—¿Llevas algo debajo del traje? —preguntó él.

—Sabías que tenía un arma en la cocina.

—Sí, lo sabía.

—¿Por qué registraste mi casa?

—Porque tengo el gen que Joe no tenía. A mí las cosas no me suceden. Yo no tengo mala suerte. ¿Llevas un arma contigo ahora?

—No —dijo ella.

Hubo un silencio.

—Y no hay nada bajo el traje —dijo ella.

—Necesito confirmar esas cosas por mí mismo —dijo él—. Es una cuestión de precaución. Algo pura y exclusivamente genético, entiéndeme.

Le desabrochó el primer botón de la chaqueta. Luego el segundo. Introdujo la mano. Su piel estaba tibia y tersa.

A las seis de la mañana los llamaron de la recepción del motel para despertarlos. *Stuyvesant lo debe haber ordenado así anoche*, pensó Reacher. *Ojalá se hubiera olvidado*. Froelich se revolvió junto a él en la cama. Después abrió de pronto los ojos y se sentó, completamente despierta.

—Feliz Día de Acción de Gracias —dijo él.

—Espero que lo sea —dijo ella—. Tengo un presentimiento con respecto a hoy. Creo que es el día que ganamos o perdemos.

—Me gustan esa clase de días.

—¿Sí?

—Claro —dijo él—. Perder no es una opción, lo cual significa que es el día que ganamos.

Ella apartó las sábanas. La calefacción de la habitación había pasado de demasiado fría a demasiado caliente.

—Vístete de manera casual —dijo ella—. Los trajes no quedan bien en festivo en un comedor social. ¿Se lo puedes decir a Neagley?

—Díselo tú. Vas a pasar por delante de su puerta. No te morderá.

—¿No?

—No —dijo él.

Ella se puso de nuevo el traje y se fue. Él fue hasta el armario y sacó la bolsa con toda la ropa de Atlantic City. La desparramó sobre la cama e hizo lo mejor que pudo para sacarle las arrugas. Después se duchó sin afeitarse. *Quería que tuviese un aspecto casual*, pensó. Encontró a Neagley en el vestíbulo. Tenía puesto sus vaqueros y su sudadera con una cazadora de cuero gastada encima. Había una mesa de bufet con café y magdalenas. Los del Cuerpo de Alguaciles ya se lo habían comido casi todo.

—¿Os habéis besado y reconciliado? —preguntó Neagley.

—Un poco de cada cosa, supongo —respondió él.

Cogió una taza y se sirvió café. Eligió una magdalena integral con pasas. Apareció Froelich, recién duchada y vestida con un vaquero negro, un polo negro y una chaqueta de nailon. Comieron y bebieron todo lo que habían dejado los alguaciles y fueron juntos a la Suburban de Stuyvesant. Aún no eran las siete de la mañana del Día de Acción de Gracias y la ciudad lucía como si la hubieran evacuado el día anterior. Había silencio por todas partes. Hacía frío, pero el aire estaba quieto y suave. Hacía sol y el cielo estaba azul pálido. Los edificios de piedra parecían dorados. Las calles estaban completamente vacías. No tardaron nada en llegar a la oficina. Stuyvesant los estaba esperando en la sala de reuniones. Su interpretación de un estilo casual era un pantalón de vestir gris y un jersey rosa por debajo de una chaqueta deportiva azul brillante. Reacher supuso que todas las etiquetas decían Brooks Brothers, y supuso que la señora Stuyvesant había ido al hospital de Baltimore como era su costumbre los jueves, el Día de Acción de Gracias o cualquier otro día. Bannon estaba sentado enfrente de Stuyvesant. Llevaba la misma chaqueta de *tweed* y el mismo pantalón de franela. Parecería un policía, fuera el día que fuera. Parecía una persona sin demasiadas opciones en su armario.

—A trabajar —dijo Stuyvesant—. Tenemos la agenda muy cargada.

—Primer punto —dijo Bannon—. El FBI recomienda formalmente que la actividad del día de hoy se cancele. Sabemos que los malos están en la ciudad y por lo tanto es razonable asumir que puede haber alguna clase de atentado hostil inminente.

—Cancelar la actividad está fuera de discusión —dijo Stuyvesant —. Pavo gratis en un refugio para personas sin hogar puede sonar trivial, pero esta es una ciudad que vive de los símbolos. Si Armstrong se baja, el daño político sería catastrófico.

—Vale, entonces estaremos en el terreno con ustedes —dijo Bannon—. No para duplicar sus funciones. Nos mantendremos al margen en todo lo que respecta a la seguridad personal de Armstrong. Pero si pasa algo, cuanto más cerca estemos más suerte tendremos.

—¿Alguna información específica? —preguntó Froelich.

Bannon negó con la cabeza:

—Nada —dijo—. Es solo un presentimiento. Pero insisto en que se lo tomen muy en serio.

—Me lo estoy tomando muy en serio —dijo Froelich—. De hecho, voy a cambiar todo el plan. Voy a hacer que el evento sea al aire libre.

—¿Al *aire libre*? —dijo Bannon—. ¿Eso no es peor?

—No —dijo Froelich—. En conjunto, es mejor. Es un salón largo y bajo, básicamente. Con la cocina al fondo. Va a haber mucha gente. No tenemos una posibilidad real de utilizar detectores de metales en las puertas. Estamos a finales de noviembre, y la mayoría de estas personas van a llevar cinco capas de ropa y todo tipo de cosas de metal. No los podemos registrar. No terminaríamos nunca, y quién sabe de cuántas enfermedades se contagiaría mi gente. No podemos usar guantes para hacerlo porque se vería como un insulto. Así que tenemos que aceptar que hay muchas posibilidades de que los malos puedan acercarse y mezclarse con la gente, y tenemos que admitir que no tenemos una manera real de detenerlos.

—¿Y en qué ayuda que el evento sea al aire libre?

—Hay un patio lateral. Pondremos las mesas para servir la comida en una fila larga en ángulo recto con la pared del edificio. Los platos saldrán por la ventana de la cocina. Detrás de la mesa para servir está la pared del patio. Pondremos a Armstrong, a su esposa y a cuatro agentes uno al lado del otro detrás de la mesa para servir, de espaldas a la pared. Los comensales se acercarán por la izquierda, en una sola fila a través de una barrera de agentes. Recibirán su comida y entrarán a sentarse y a comer. A la gente de la televisión también le gustará más. Fuera es siempre mejor para ellos. Y el movimiento será ordenado. De izquierda a derecha a lo largo de la mesa. Armstrong sirve el pavo, la señora Armstrong sirve la guarnición. Siguen su camino, se sientan a comer. Más fácil de representar visualmente.

—¿Cuáles son las ventajas? —preguntó Stuyvesant.

—Muchas —dijo Froelich—. El control de la multitud va a ser mucho mejor. Nadie va a poder sacar un arma antes de acercarse a Armstrong, porque son filtrados por una barrera de agentes todo el tiempo hasta que estén frente a él al otro lado de la mesa. Y si esperaran hasta entonces para hacerlo, ya tendrán cuatro agentes a

su lado.

—¿Y las desventajas?

—Limitadas. Estaremos protegidos por paredes por tres lados. Pero el patio está abierto por el frente. Justo del otro lado de la calle hay un bloque de edificios de cuatro pisos. Antiguos almacenes. Las ventanas están tapiadas, lo cual es una gran ventaja. Pero tendremos que poner un agente en cada piso. Por lo que nos tendremos que olvidar del presupuesto.

Stuyvesant asintió:

—Podemos hacerlo. Buen plan.

—Por una vez el clima nos ayuda —dijo Froelich.

—¿Este es básicamente un plan convencional? —preguntó Bannon—. ¿La manera normal de pensar del Servicio Secreto?

—No quiero hacer ningún comentario al respecto —dijo Froelich —. El Servicio Secreto no discute sus procedimientos.

—Colabora conmigo —dijo Bannon—. Estamos todos del mismo lado.

—Se lo puede decir —dijo Stuyvesant—. Ya estamos metidos en esto.

Froelich se encogió de hombros:

—Vale —dijo—. Supongo que es un plan convencional. En un lugar como este, nuestras opciones son bastante limitadas. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque hemos estado trabajando mucho —dijo Bannon—. Pensando mucho.

—¿Y? —dijo Stuyvesant.

—Hemos observado cuatro factores específicos. Primero: todo esto comenzó hace diecisiete días, ¿correcto?

Stuyvesant asintió.

—¿Y quién lo está sufriendo? —preguntó Bannon—. Esa es la primera pregunta. Segundo: piensen en los homicidios de demostración llevados a cabo en Minnesota y en Colorado. ¿Cómo fueron avisados? Esa es la segunda pregunta. Tercera: ¿qué armas se utilizaron en esos lugares? Y cuarta: ¿cómo llegó el último mensaje al suelo del recibidor de la señorita Froelich?

—¿Qué es lo que está queriendo decir?

—Lo que estoy queriendo decir es que los cuatro factores apuntan en la misma dirección.

—¿En qué dirección?

—¿Cuál es el propósito detrás de los mensajes?

—Son amenazas —dijo Froelich.

—¿A quién están amenazando?

—A Armstrong, por supuesto.

—¿Seguro? Algunos se los enviaron a usted, y otros a él. Pero Armstrong, ¿ha visto *alguna* de las amenazas? ¿Aunque sea las que estaban dirigidas directamente a él? ¿Sabe algo de las cartas?

—Nunca les decimos nada a las personas que estamos encargados de proteger. Esa es la política, desde siempre.

—Así que Armstrong no está sudando, ¿verdad? ¿Quién está sudando?

—Nosotros.

—¿Entonces los mensajes *realmente* apuntan a Armstrong? ¿A juzgar por los hechos? ¿O realmente apuntan al Servicio Secreto de los Estados Unidos?

Froelich no dijo nada.

—Vale —dijo Bannon—. Ahora piensen en Minnesota y Colorado. Vaya demostración. Difícil de llevar a cabo. Seas quien seas, dispararle a alguien requiere decisión, aptitudes, cuidado, pensamiento y preparación. No es fácil. No es algo que uno haga a la ligera. Pero ellos lo hicieron, porque tenían algo que demostrar. ¿Y después qué hicieron? ¿Cómo les avisaron? ¿Cómo les dijeron dónde tenían que buscar?

—No hicieron nada.

—Exacto —dijo Bannon—. Se tomaron todas esas molestias, corrieron todos esos riesgos, y después se sentaron y no hicieron nada. Simplemente esperaron. Y, claro está, los departamentos de policía locales metieron los informes en el Centro Nacional de Información Criminal, los ordenadores del FBI analizaron la base de datos del Centro Nacional tal como están programadas para hacerlo y nosotros los llamamos a ustedes con las buenas noticias.

—¿Y entonces?

—Y entonces díganme, ¿cuántas personas de a pie sabrían que iba a suceder todo esto? ¿Cuántas personas de a pie se quedarían sin hacer nada y correrían el riesgo de que su pequeño drama se ignorase durante un día o dos hasta que ustedes lo leyesen en los periódicos?

—¿Qué es lo que está queriendo decir? ¿Quiénes son?

—¿Qué armas utilizaron?

—Un H&K MP5SD6 y un Vaime MI2 —respondió Reacher.

—Armas bastante esotéricas —dijo Bannon—. Y que legalmente no están disponibles para la venta al público, porque tienen silenciadores. Solo las agencias gubernamentales las pueden comprar. Y solo una agencia gubernamental compra las dos.

—Nosotros —dijo Stuyvesant, en voz baja.

—Sí, ustedes —dijo Bannon—. Y, finalmente, busqué el nombre de la señorita Froelich en la guía telefónica. ¿Y saben qué? No está. No aparece en el listado. Y está claro que en su puerta no había ningún anuncio que dijera: «Soy la jefa de equipo del Servicio Secreto y vivo aquí». ¿Así que cómo supieron estos tipos dónde entregar el último mensaje?

Hubo un largo silencio.

—Me conocen —dijo Froelich en voz baja.

Bannon asintió:

—Lo lamento, pero a partir de este momento el FBI está buscando a alguien del Servicio Secreto. No entre los empleados actuales, porque los empleados actuales habrían estado al tanto de que la amenaza de la demostración se había adelantado y habrían actuado un día antes. Por lo que nos vamos a centrar en exempleados recientes que todavía conozcan los procedimientos. Gente que supiera que ustedes no se lo dirían a Armstrong. Gente que conociera a la señorita Froelich. Gente que también conociera a Nendick, y que supiera dónde encontrarlo. Quizás gente que se fue de aquí bajo sospecha y que todavía está resentida. Con el Servicio Secreto, no con Brook Armstrong. Porque nuestra teoría es que Armstrong es un medio, no un fin. Se van a deshacer de un vicepresidente electo solo para llegar hasta ustedes, exactamente del mismo modo en que se deshicieron de los otros dos Armstrong.

La sala se quedó en silencio.

—¿Cuál sería el móvil? —preguntó Froelich.

Bannon hizo una mueca:

—Los exempleados resentidos son móviles andantes, parlantes, que viven y que respiran. Todos lo sabemos. Todos lo hemos sufrido.

—¿Y la huella? —dijo Stuyvesant—. Nuestro personal está

registrado. Desde siempre.

—Nuestra suposición es que estamos hablando de dos personas. Nuestra evaluación es que el tipo de la huella es un socio desconocido de alguien que trabajó aquí, que es el de los guantes de látex. Por lo que decimos *ellos* meramente por comodidad. No decimos que los dos hayan trabajado aquí. No estamos sugiriendo que tienen a dos renegados.

—Solo un renegado.

—Esa es nuestra teoría —dijo Bannon—. Pero decir *ellos* es útil e instructivo, también, porque son un equipo. *Tenemos* que mirarlos como una unidad. Porque comparten información. Por lo tanto, lo que estoy queriendo decir es que solo uno de ellos trabajó aquí, pero los dos conocen sus secretos.

—Este es un departamento muy grande —dijo Stuyvesant—. Hay mucha rotación de personal. Algunos renuncian. A otros los despiden. Algunos se jubilan. A otros los jubilan.

—Lo estamos comprobando ahora mismo —dijo Bannon—. Estamos recibiendo listados de personal directamente del Tesoro. Estamos retrocediendo cinco años.

—Van a recibir una lista muy larga.

—Tenemos gente suficiente.

Nadie dijo nada.

—Lo siento mucho —dijo Bannon—. A nadie le gusta escuchar que el problema está tan cerca. Pero es la única conclusión a la que se puede llegar. Y no son buenas noticias para días como estos. Esta gente está ahora mismo aquí en la ciudad y saben exactamente lo que ustedes están pensando y haciendo. Por eso, mi consejo es que cancelen todo. Y si no cancelan, entonces mi consejo es que tengan mucho cuidado.

Stuyvesant asintió en medio del silencio:

—Lo tendremos —dijo—. Puede contar con ello.

—Mi gente estará en el lugar con dos horas de anticipación —dijo Bannon.

—La nuestra estará allí tres horas antes —respondió Froelich.

Bannon esbozó una sonrisita apretada, empujó su silla hacia atrás y se puso de pie:

—Nos vemos allí —dijo.

Salió de la sala y cerró la puerta, con firmeza, pero sin hacer

ruido.

Stuyvesant miró su reloj:

—¿Entonces?

Se habían quedado sentados en silencio durante un rato, y después habían ido hasta la recepción y habían bebido café. Después se habían juntado otra vez en la sala de reuniones, en las mismas sillas, todos mirando el lugar que Bannon había dejado vacío, como si todavía estuviese allí.

—¿Entonces? —repitió Stuyvesant.

Nadie dijo nada.

—Es inevitable, supongo —dijo Stuyvesant—. No nos pueden endilgar al de la huella dactilar, pero el otro es *definitivamente* uno de los nuestros. En el edificio Hoover deben estar todos sonriendo. Con sonrisas de oreja a oreja. Riéndose de nosotros.

—¿Pero eso hace que estén equivocados? —preguntó Neagley.

—No —dijo Froelich—. Estos tipos saben dónde vivo. Por lo que creo que Bannon tiene razón.

Stuyvesant se estremeció, como si el árbitro hubiera gritado *strike uno*.

—¿Y a usted qué le parece? —le preguntó a Neagley.

—Que se preocupen por el ADN en los sobres suena a que son personas de dentro —dijo Neagley—. Pero hay algo que no me convence. Si están familiarizados con sus procedimientos, entonces no interpretaron muy bien la situación de Bismarck. Ustedes dijeron que ellos esperaban que los policías se movieran hacia el fusil que habían dejado de señuelo y que Armstrong se moviera hacia los coches, y de ese modo cruzaría su campo de tiro. Pero no sucedió eso. Armstrong esperó en el punto ciego y los coches se acercaron a donde estaba él.

Froelich negó con la cabeza:

—No, me temo que su interpretación fue correcta —dijo—. Normalmente Armstrong habría estado en el medio del predio, para que la gente lo pudiera ver bien. En el centro mismo de la situación. Por lo general no les obligamos a que se muevan por los bordes. Fue un cambio de último minuto para mantenerlo cerca de la iglesia. Basado en la información que nos facilitó Reacher. Y normalmente no hay ningún modo de que yo permitiera que una limusina de tracción trasera maniobrara sobre el césped. Es demasiado fácil que

ser quede atascada. Es una regla básica. Pero yo sabía que el suelo estaba seco y firme. Estaba prácticamente congelado. Así que improvisé. Esa maniobra a alguien de dentro le habría parecido algo completamente fuera de lo normal. Habría sido lo último que hubiesen esperado. Los habría sorprendido por completo.

Silencio.

—Entonces la teoría de Bannon es perfectamente plausible —dijo Neagley—. Lo lamento mucho.

Stuyvesant asintió despacio. *Strike dos*.

—¿Reacher? —dijo.

—No puedo discutir ni una sola palabra de todo esto.

Strike tres. Stuyvesant dejó caer la cabeza, como si su última esperanza lo hubiese abandonado.

—Pero no me lo creo —dijo Reacher.

Stuyvesant levantó la cabeza otra vez.

—Me alegra que estén investigando en esa dirección —dijo Reacher—. Porque hay que investigarla, supongo. Tenemos que eliminar todas las posibilidades. Y ellos se van a empeñar como locos. Si tienen razón, se encargarán de eso por nosotros, sin duda. Por lo que tenemos una cosa menos de la cual preocuparnos. Pero estoy casi seguro de que están perdiendo el tiempo.

—¿Por qué? —preguntó Froelich.

—Porque estoy casi seguro de que ninguna de estas dos personas ha trabajado nunca aquí.

—¿Y quiénes son?

—Yo creo que los dos son personas de fuera. Creo que son entre dos y diez años mayores que Armstrong, criados y educados en zonas rurales remotas donde las escuelas eran decentes, pero los impuestos bajos.

—¿Qué?

—Piensen en todo lo que sabemos. Piensen en todo lo que hemos visto. Y después piensen en la parte más pequeñita de todo ello. El componente más diminuto.

—Cuéntanos —dijo Froelich.

Stuyvesant miró otra vez su reloj. Negó con la cabeza:

—Ahora no —dijo—. Tenemos que movernos. Nos lo puede contar más tarde. ¿Pero está seguro?

—Los dos son de fuera —dijo Reacher—. Garantizado. Está en la

Constitución.

TRECE

Todas las ciudades tienen un punto a partir del cual la parte buena se vuelve mala. Washington D. C. no era la excepción. La frontera entre lo deseable y lo indeseable se movía en un bucle accidentado e irregular, que se abría aquí y allá para dejar que entraran las manzanas recuperadas, y se hundía en otras zonas para reclamar las conquistas propias. En algunos lugares estaba atravesado por pasillos gentrificados. En otros funcionaba gradualmente, matizándose de forma imperceptible a lo largo de cientos de metros por calles en las que se podía comprar treinta variedades distintas de té en un extremo y en el otro cobrar cheques al treinta por ciento de su valor.

El refugio elegido para la visita de Armstrong estaba ubicado en el medio de la tierra de nadie que está al norte de Union Station. Al este había vías de tren y patios ferroviarios. Al oeste una autopista se metía bajo tierra por un túnel. Todo alrededor había edificios deteriorados. Algunos eran almacenes y otros eran viviendas. Algunos estaban abandonados, otros no. El refugio era exactamente como lo había descrito Froelich. Era una construcción baja y larga de una sola planta, de ladrillo. En sus paredes se abrían grandes ventanas con marcos de metal, espaciadas de manera regular. Al lado tenía un patio del doble de su tamaño. Unas paredes altas de ladrillo cerraban el patio por tres de los lados. Era imposible deducir la función original del edificio. Quizás había sido un establo, en los tiempos en que los cargamentos que llegaban a Union Station se retiraban en carros tirados por caballos. Quizás después había sido adaptado con ventanas nuevas para ser utilizado como almacén de camiones cuando los caballos desaparecieron. Quizás durante algún tiempo había servido de oficina. Era imposible saberlo.

Cada noche alojaba a cincuenta personas sin hogar. Las

despertaban temprano por la mañana, les daban el desayuno y las devolvían a las calles. Entonces apilaban y apartaban a un lado los cincuenta catres, fregaban el suelo y rociaban el ambiente con desinfectante. Llevaban hasta allí mesas y sillas de metal y las colocaban donde habían estado las camas. Había comida y cena todos los días, y a las nueve de la noche tenía lugar la transformación inversa en dormitorio.

Pero ese día era diferente. El Día de Acción de Gracias siempre era diferente, y ese año todavía más. La llamada para despertarse tuvo lugar un poco más temprano y el desayuno se sirvió un poco más deprisa. A los pernoctantes los invitaron a irse media hora antes de lo normal, lo que para ellos representaba un palo doble, porque las ciudades están notablemente tranquilas el Día de Acción de Gracias y lo que se recibe mendigando es pésimo. Limpiaron el suelo más concienzudamente de lo normal y rociaron más desinfectante en el ambiente. Colocaron las mesas con mayor exactitud, alinearon las sillas con mayor precisión y había más voluntarios disponibles, todos con sudaderas blancas limpias con el nombre del benefactor impreso en rojo brillante.

Los primeros agentes del Servicio Secreto en llegar fueron los del equipo de reconocimiento. Tenían un mapa topográfico de la ciudad a gran escala y una mirilla telescópica de un fusil desmontada. Un agente recorrió todos los pasos que Armstrong tenía previsto dar. A cada paso se detenía, se daba la vuelta, observaba por la mirilla y daba aviso de cada ventana y azotea que veía. Porque si podía ver una azotea o una ventana, desde esa azotea o desde esa ventana un potencial francotirador podía verlo a él. El agente con el mapa identificaba el edificio en cuestión, comprobaba la escala y calculaba la distancia. Todo lo que estaba a menos de doscientos metros lo marcaba con negro.

Pero era una buena ubicación. Los únicos escondites disponibles para francotiradores estaban en las azoteas de los almacenes abandonados de cuatro pisos que estaban enfrente. El que tenía el mapa terminó su trabajo con una línea recta de cinco cruces negras, nada más. Escribió *comprobado con mirilla, cielo despejado, 0845 hs, todas las ubicaciones sospechosas registradas* en la parte inferior del mapa, firmó con su nombre y añadió la fecha. El agente con la mirilla también firmó, enrollaron el mapa y lo guardaron en

la parte de atrás de una Suburban del departamento, a la espera de Froelich.

Después apareció en la escena un convoy de furgonetas de la policía con cinco unidades caninas distintas. Una unidad despejó el refugio. Otras dos fueron a los almacenes. Las últimas dos eran de perros detectores de explosivos que registraron las calles adyacentes en todas las direcciones en un radio de cuatrocientos metros. Más allá de los cuatrocientos metros, el laberinto de calles demostraba que había demasiadas rutas de acceso potenciales para registrar, y por lo tanto también demasiadas para poner bombas con una posibilidad realista de tener éxito. Cuando se anunciaba que un edificio o una calle eran seguros, un agente de policía del D. C. se colocaba allí. El cielo seguía despejado y seguía brillando el sol. Daba una sensación de calidez. Mantenía las quejas al mínimo.

A las nueve y media el refugio era el epicentro de un territorio seguro de setecientos cincuenta metros cuadrados. Había agentes de policía del D. C. controlando el perímetro a pie y en coche, y otros cincuenta más en el interior. Juntos constituían la mayor parte de la población local. La ciudad seguía tranquila. Algunos de los residentes del refugio estaban por ahí dando vueltas. No había ningún lugar productivo al que ir, y sabían por experiencia que llegar temprano a la cola de la comida era mejor que llegar tarde. Los políticos no entendían nada del control de porciones, y tras los primeros treinta minutos los restos podían comenzar a ser escasos.

Froelich llegó a las diez en punto, al volante de una Suburban, con Reacher y Neagley. Stuyvesant iba detrás en una segunda Suburban. Detrás de él había cuatro furgonetas más, que transportaban a cinco francotiradores del departamento y a quince agentes de servicio. Froelich aparcó en la acera muy pegada a la base de la pared del almacén. Normalmente habría bloqueado la calle más allá de la entrada del refugio, pero no quería revelar a los espectadores la dirección por la que tenía previsto llegar Armstrong. Estaba programado que entrara por el sur, pero con esa información y diez minutos sobre un mapa era posible adivinar todo su recorrido desde Georgetown.

Reunió a su gente en el patio del refugio y envió a los francotiradores a asegurar las azoteas de los almacenes. Iban a estar allí arriba tres horas antes de que empezara el evento, pero eso era

normal. Por lo general eran los primeros en llegar y los últimos en irse. Stuyvesant llamó a Reacher y le pidió que subiera con ellos.

—Venga a verme luego —dijo—. Quiero saber de primera mano cómo de mala es la situación.

Así que Reacher cruzó la calle con un agente llamado Crosetti, pasaron junto a un policía y entraron en un vestíbulo lleno de basura y excrementos de rata. El hueco de la escalera estaba en el centro. Crosetti llevaba un chaleco antibalas y un fusil en un estuche rígido. Pero estaba en forma. Llegó arriba medio piso por delante de Reacher.

La escalera terminaba en el cobertizo de una azotea. Había una puerta de madera que se abría hacia afuera. Detrás brillaba el sol. La azotea era plana. El suelo era de asfalto. Había cadáveres de palomas por todas partes, claraboyas sucias de cristal armado y sombreritos de metal sobre conductos de ventilación. Terminaba en un muro bajo, rematado con placas de piedra erosionada. Crosetti caminó hacia el borde izquierdo, y luego hacia el derecho. Estableció contacto visual con sus colegas a ambos lados. Después caminó hacia el frente para comprobar la vista. Reacher ya estaba allí.

La vista era buena y mala. Buena en el sentido convencional, porque hacía sol y estaban en un quinto piso y en una zona baja de la ciudad. Mala porque el patio del refugio estaba justo debajo de ellos. Era como mirar de arriba dentro de una caja de zapatos, a un metro de altura y a un metro de distancia. El muro contra el que iba a estar de pie Armstrong estaba justo enfrente, en línea recta. Era de ladrillo viejo y parecía el paredón de fusilamiento de alguna cárcel extranjera. Acertar el tiro sería más fácil que pescar en una pecera.

—¿Cuántos metros hay hasta allí? —preguntó Reacher.

—¿Cuál es tu cálculo? —dijo Crosetti.

Reacher apoyó las rodillas contra el muro de la azotea y miró hacia afuera y hacia abajo:

—¿Ochenta y cinco? —dijo.

Crosetti abrió un bolsillo del chaleco y sacó un telémetro:

—Láser —dijo. Lo encendió y lo alineó—. Ochenta y cuatro hasta la pared —dijo—. Ochenta y tres hasta la cabeza de Armstrong. Buen cálculo.

—¿Hace viento?

—Una suave corriente térmica que se levanta desde el cemento de ahí abajo —dijo Crosetti—. Probablemente solo eso. Nada importante.

—Es como estar a su lado, prácticamente —dijo Reacher.

—No te preocupes —dijo Crosetti—. Mientras esté yo aquí arriba no puede haber nadie más. Hoy mi trabajo es ese. Somos centinelas, no francotiradores.

—¿Dónde te vas a poner? —preguntó Reacher.

Crosetti recorrió con la vista todo el terreno de su pequeño dominio y señaló:

—Allí, supongo —dijo—. Metido en el rincón más alejado. Paralelo al muro frontal. Un pequeño giro a la izquierda y tengo el patio cubierto. Un pequeño giro a la derecha y tengo cubierta la salida de la escalera.

—Buen plan —dijo Reacher—. ¿Necesitas algo?

Crosetti negó con la cabeza.

—Vale —dijo Reacher—. Te dejo con tu tarea. Intenta no dormirte, ¿sí?

Crosetti sonrió:

—No suelo dormirme.

—Bien —dijo Reacher—. Me gusta eso en un centinela.

Bajó los cinco pisos en medio de la oscuridad y salió al sol. Cruzó la calle y miró hacia arriba. Vio a Crosetti colocado en el ángulo del rincón. Pudo ver su cabeza y sus rodillas. También el cañón del fusil. Se recortaba hacia arriba contra el cielo brillante en un ángulo distendido de cuarenta y cinco grados. Lo saludó con la mano. Crosetti le devolvió el saludo. Siguió caminando y se encontró con Stuyvesant en el patio. Era difícil no verlo, dado el color de su jersey y la claridad del día.

—Todo bien ahí arriba —dijo Reacher—. Es una plataforma increíble, pero mientras sus hombres la cuiden estaremos seguros.

Stuyvesant asintió, se dio la vuelta y miró hacia arriba. Las cinco azoteas del almacén se veían desde el patio. En las cinco había francotiradores. Se veían las siluetas de las cinco cabezas y de los cañones de los cinco fusiles.

—Froelich lo estaba buscando —dijo Stuyvesant.

Más cerca del edificio el personal del refugio y algunos agentes ponían unas mesas largas con caballetes en su sitio. El extremo

derecho quedaría pegado a la pared del refugio. El extremo izquierdo quedaría a un metro del muro del patio que estaba al otro lado. Detrás de la fila de mesas habría un recinto de dos metros de profundidad. Armstrong y su esposa estarían allí con cuatro agentes. Justo por detrás de ellos quedaría el paredón de fusilamiento. De cerca no parecía tan feo. Los viejos ladrillos parecían más cálidos por el sol. Rústicos, incluso amigables. Reacher les dio la espalda y alzó la vista hacia las azoteas del almacén. Crosetti volvió a saludar con la mano. *No me he dormido*, decía el saludo.

—Reacher —Froelich le llamó en voz alta.

Reacher se dio la vuelta y la vio salir del refugio y avanzar hacia él. Llevaba una carpetilla con muchas hojas enganchadas en la mano. Estaba alerta, atareada, a cargo, al mando. Se la veía espléndida. La ropa negra realzaba su figura esbelta y hacía que los ojos le resplandecieran de azul. Decenas de agentes y veintenas de policías daban vueltas a su alrededor, todos bajo su control personal.

—Aquí estamos bien —dijo—. Así que quiero que vayas a dar una vuelta. A echar un vistazo. Neagley ya está por allí. Ya sabes lo que tienes buscar.

—Sienta bien, ¿verdad? —le preguntó él.

—¿El qué?

—Hacer algo realmente bien —respondió él—. Estar al cargo.

—¿Crees que lo estoy haciendo bien?

—Eres la mejor —dijo él—. Esto es tremendo. Armstrong es un hombre con suerte.

—Eso espero —dijo ella.

—Créetelo —dijo él.

Ella sonrió, fugaz y tímidamente, y siguió su camino, ojeando sus papeles. Él se dio la vuelta hacia el otro lado y volvió a la calle. Giró a la derecha y planeó mentalmente una ruta que lo mantuviera en un radio de una manzana y media.

En la esquina había policías y comenzaba una multitud de personas desharrapadas a la espera de comida gratis. En la misma calle, a cincuenta metros del refugio, dos furgonetas de televisión se preparaban. Las antenas hidráulicas se desplegaban solas y las parabólicas rotaban en todas direcciones. Había técnicos desenrollando cables y cargando cámaras al hombro. Vio a Bannon

con seis hombres y una mujer, y supuso que eran el comando especial del FBI. Acababan de llegar. Bannon había desplegado un mapa sobre el capó de su coche y sus agentes estaban agrupados a su alrededor mirándolo. Reacher lo saludó de lejos, giró a la izquierda y pasó por el extremo de un callejón que desembocaba en la parte de atrás de los almacenes. Oyó un tren sobre las vías que estaban más adelante. De la entrada del callejón se estaba encargando un agente de policía del D. C., que miraba hacia fuera, en posición de descanso. Cerca de allí estaba aparcado un coche patrulla. Con otro policía adentro. Policías por todas partes. La factura por las horas extra iba a ser digna de ver.

Había tiendas en muy mal estado salpicadas por todas partes, pero todas estaban cerradas por el festivo. Algunos de los escaparates eran iglesias, también cerradas. Más cerca de las vías había talleres mecánicos, todos con las persianas bajadas y sin movimiento. Había una casa de empeños con un señor muy viejo delante, limpiando el escaparate. Era lo único que se movía en toda la calle. Su negocio era alto y estrecho, y al otro lado del cristal tenía alambres de púas tipo concertina. El mostrador estaba lleno de toda clase de cacharros. Había relojes, abrigos, instrumentos de música, radio despertadores, sombreros, tocadiscos, radios para coche, prismáticos, lucecitas de Navidad. En los cristales había carteles en los que se ofrecía comprar prácticamente cualquier cosa que hubiera sido fabricada alguna vez. Si no crecía del suelo ni se movía solo, el hombre pagaría por ese objeto. También ofrecía servicios. Cambiaba cheques, tasaba joyas, reparaba relojes. Había una bandeja con relojes de exhibición. La mayoría eran antiguos, de cuerda, con cristales abultados y grandes números cuadrados y luminiscentes y agujas esculpidas. Reacher miró otra vez el cartel: *Se Reparan Relojes*. Después volvió a mirar al viejo. La espuma de jabón le llegaba a los codos.

—¿Arregla relojes? —le preguntó.

—¿Qué tiene? —respondió el viejo. Tenía mucho acento. Ruso, probablemente.

—Una pregunta —dijo Reacher.

—Pensé que tenía un reloj para arreglar. Originalmente ese era mi negocio. Antes del cuarzo.

—Mi reloj funciona bien —dijo Reacher—. Lo siento.

Se remangó el puño para mirar la hora. Once y cuarto.

—A ver. Déjeme verlo —le pidió el viejo.

Reacher estiró el brazo.

—Bulova —dijo el viejo—. Edición militar americana de antes de la Guerra del Golfo. Un buen reloj. ¿Se lo ha comprado a un soldado?

—No, yo he sido soldado.

El viejo asintió:

—Yo también. En el Ejército Rojo. ¿Cuál es la pregunta?

—¿Ha oído hablar del escualeno?

—Es un lubricante.

—¿Usted lo usa?

—De vez en cuando. Ya no arreglo tantos relojes. No desde el cuarzo.

—¿Dónde lo consigue?

—¿Es una broma?

—No —dijo Reacher—. Es una pregunta.

—¿Quiere saber dónde consigo mi escualeno?

—Para eso sirven las preguntas. Buscan obtener cierta información.

El viejo sonrió:

—Lo llevo conmigo.

—¿Dónde?

—Ahora mismo lo está viendo.

—¿Sí?

El viejo asintió:

—Y yo estoy viendo el suyo.

—¿Mi qué?

—Su provisión de escualeno.

—Yo no tengo escualeno —dijo Reacher—. Se saca del hígado del tiburón. Hace mucho que no estoy cerca de un tiburón.

El viejo negó con la cabeza:

—¿Ve? El sistema soviético ha sido muy criticado, y créame que nunca tuve ningún inconveniente en decir la verdad al respecto. Pero al menos teníamos una buena educación. Especialmente en ciencias naturales.

—C-treinta-H-cincuenta —dijo Reacher—. Es un hidrocarburo acíclico. Que hidrogenado se convierte en escualano con «a».

—¿Entiende algo de lo que está diciendo?

—No —respondió Reacher—. No realmente.

—El escualeno es un aceite —dijo el viejo—. Se produce de manera natural tan solo en dos lugares de la biosfera conocida. Uno es el hígado de los tiburones. El otro es un producto sebáceo en la piel alrededor de la nariz de los seres humanos.

Reacher se tocó la nariz:

—¿Lo mismo? ¿En el hígado de los tiburones y en la nariz de la gente?

El viejo asintió:

—La misma estructura molecular. Por lo que si necesito escualeno para lubricar un reloj, me pongo un poco en la yema del dedo. Así.

Se secó la mano en el pantalón, estiró un dedo y lo frotó hacia abajo en el punto donde la nariz se une con la cara. Después alzó la yema del dedo para inspeccionarla.

—Ponga eso en el engranaje y listo —dijo.

—Ya veo —dijo Reacher.

—¿Quiere vender el Bulova?

Reacher negó con la cabeza:

—Tiene valor sentimental —dijo.

—¿Por el ejército? —preguntó el viejo—. Usted es un *nekulturny*.

El viejo regresó a su tarea y Reacher siguió caminando.

—Feliz Día de Acción de Gracias —le gritó. No hubo respuesta.

Se encontró con Neagley a una manzana del refugio. Se acercaba caminando en la dirección contraria. Se dio la vuelta y volvió con él, manteniendo su habitual distancia respecto a su hombro.

—Bonito día —dijo ella—. ¿No?

—No lo sé —respondió.

—¿Cómo lo harías?

—No lo haría —dijo él—. No aquí. No en Washington D. C. Este es su patio trasero. Esperaría una oportunidad mejor en algún otro sitio.

—Yo también —dijo ella—. Pero fallaron en Bismarck. Wall Street dentro de diez días no les sirve. Después se pondrían ya muy avanzado diciembre, y a eso le siguen más vacaciones y después la toma de posesión. Así que se están quedando sin oportunidades. Y

sabemos que están aquí en la ciudad.

Reacher no dijo nada. Pasaron caminando al lado de Bannon. Estaba sentado en su coche.

Volvieron al refugio a las doce en punto del mediodía. Stuyvesant estaba de pie cerca de la entrada. Los saludó haciendo un cauteloso gesto con la cabeza. En el patio estaba todo preparado. Las mesas para servir estaban alineadas. Tenían manteles blancos inmaculados que colgaban hasta el suelo. Encima de las mesas había calentadores de comida desplegados en línea. Había cucharones y cucharas de mango largo, todo cuidadosamente colocado. La ventana de la cocina daba directamente al recinto detrás de las mesas. El salón del refugio estaba dispuesto para la comida. Había vallas de la policía colocadas de manera que la gente se viera obligada a avanzar por el borde izquierdo del patio. Luego tendrían que girar a la derecha, delante de la zona donde se servía. Luego otra vez a la derecha, a lo largo de la pared del refugio, y desde allí entrarían por la puerta. Froelich especificaba las posiciones a cada uno de los agentes de servicio. Cuatro estarían en la entrada del patio. Seis dirigirían la fila hasta la zona donde se serviría la comida. Uno en cada uno de los bordes del recinto, del lado de fuera. Otros tres patrullarían la cola de salida.

—Muy bien, presten atención —gritó Froelich—. Recuerden: es muy fácil parecerse a una persona sin hogar, pero muy difícil ser *exactamente* igual que una persona sin hogar. Mírenles los pies. ¿Su calzado es adecuado? Mírenles las manos. Lo que buscamos son guantes o suciedad adherida y vieja. Mírenles las caras. Tienen que ser flacos. Con las mejillas hundidas. Su pelo tiene que estar sucio. Pelo sin lavar desde hace un mes o un año. La ropa tiene que estar *amoldada* al cuerpo. ¿Alguna pregunta?

Nadie dijo nada.

—Ante cualquier duda, actúen primero y piensen después —dijo Froelich en voz alta—. Yo voy a estar al otro lado de las mesas con los Armstrong y su guardia personal. De ustedes depende que no nos cuelen a nadie que no les guste, ¿de acuerdo?

Miró su reloj:

—Las doce y cinco —dijo—. Nos quedan cincuenta y cinco minutos.

Reacher pasó de lado por el borde izquierdo de las mesas para

servir y se situó dentro del recinto. Detrás de él había una pared. A su derecha había una pared. A su izquierda estaban las ventanas del refugio. Delante a la derecha estaría la cola para acercarse. Cada individuo iba a pasar por delante de cuatro agentes a la entrada del patio y de seis más a medida que fuera avanzando. Eso suma diez pares de ojos desconfiados antes de quedarse cara a cara con Armstrong. Delante a la izquierda estaba la cola de salida. Tres agentes que hacían pasar a las personas al salón. Alzó la vista. Enfrente estaban los almacenes. Cinco centinelas en cinco azoteas. Crosetti lo saludó con la mano. Él le devolvió el saludo.

—¿Todo bien? —preguntó Froelich.

Estaba frente a él al otro lado de la mesa. Él sonrió.

—¿Con salsa o sin salsa? —preguntó él.

—Nosotros comeremos después —dijo ella—. Quiero que Neagley y tú os mováis libremente por el patio. Quedaos cerca de la cola de salida, así tenéis una visión más amplia.

—Vale —dijo él.

—¿Sigues pensando que lo estoy haciendo bien?

Él señaló hacia la izquierda:

—No me gustan esas ventanas —dijo—. Supón que alguien consigue avanzar toda la cola, mantiene la cabeza gacha, se comporta correctamente, le sirven la comida, entra, se sienta y después saca un arma y dispara por la ventana.

Ella asintió:

—Ya lo pensé —dijo—. Hice venir a tres policías del perímetro. Voy a poner uno en cada ventana, de pie, de cara al salón.

—Con eso debería bastar —dijo él—. Gran trabajo.

—Y nosotros vamos a llevar chalecos antibalas —dijo ella—. Todos los que estemos en el recinto. Los Armstrong también —miró otra vez su reloj—. Cuarenta y cinco minutos —dijo—. Ven conmigo.

Salieron del patio y cruzaron la calle hasta donde ella había aparcado la Suburban. Estaba bajo la oscura sombra que proyectaba el muro del almacén. Abrió la puerta del maletero. La sombra y el cristal polarizado hacían que dentro estuviese oscuro. El espacio de carga estaba cuidadosamente abarrotado de equipos. Pero el asiento trasero estaba vacío.

—Podríamos meternos —dijo Reacher—. Ya sabes, darnos unos

besos.

—No podríamos.

—Dijiste que hacer estas cosas en el trabajo era divertido.

—Me refería a la oficina.

—¿Es una invitación?

Ella hizo una pausa. Se irguió. Sonrió.

—Vale —dijo—. ¿Por qué no? Me podría gustar.

Después sonrió más aún.

—Vale —repitió—. Cuando Armstrong esté seguro, vamos y tenemos sexo sobre el escritorio de Stuyvesant. Para celebrarlo.

Se inclinó hacia delante, cogió su chaleco, se estiró y lo besó en la mejilla. Luego lo esquivó y comenzó a alejarse. Él cerró la puerta del maletero y ella lo cerró con el mando a más de diez metros de distancia.

A falta de treinta minutos Froelich se puso el chaleco debajo de la chaqueta y comprobó todo por radio. Le dijo al jefe de la policía que podía empezar a acercar a la gente a la entrada. Les dijo a los medios de comunicación que podían meterse en el patio para empezar a grabar. A falta de quince minutos anunció que los Armstrong estaban de camino.

—Sacad la comida —dijo en voz alta.

Los del personal de cocina entraron todos juntos al recinto y los cocineros les pasaban las ollas de comida por la ventana de la cocina. Reacher se apoyó contra la pared del refugio al final de la cola de las mesas para servir, del lado de la gente. Puso la espalda contra los ladrillos entre la ventana de la cocina y la primera ventana del salón. Miraría directamente la cola de la comida. Medio giro a la izquierda, y quedaba de frente a la cola de gente que se acercaba. Medio giro a la derecha, y quedaba de frente el recinto. Iban a tener que pasar a su lado con el plato de comida lleno. Quería verlos de cerca. Neagley se situó a dos metros de distancia, en el patio, donde las vallas formaban un ángulo. Froelich caminaba de un lado a otro cerca de ella, nerviosa, repasando las comprobaciones de último minuto por centésima vez.

—Llegada inminente —dijo por el micrófono de la muñeca—. El conductor dice que están a dos manzanas. Los que estáis en el tejado, ¿los veis?

Escuchó por el auricular y después habló de nuevo.

—A dos manzanas —repitió.

El personal de cocina terminó de cargar los calentadores de comida y desapareció. Reacher no podía verla debido a las paredes de ladrillo, pero escuchó la caravana de coches. Varios motores potentes y neumáticos anchos acercándose rápido, frenando fuerte. Un coche de la policía local pasó por delante de la entrada, luego una Suburban y luego un Cadillac se detuvo en el portón. Un agente se acercó y abrió la puerta. Armstrong se bajó, se dio la vuelta y le ofreció la mano a su esposa. Los cámaras se movieron hacia allí. Los Armstrong se quedaron de pie uno al lado del otro, hicieron una breve pausa junto a la puerta de la limusina y sonrieron a la cámara. La señora Armstrong era una mujer alta y rubia cuyos genes habían llegado directamente de Escandinavia unos cientos de años atrás. Eso estaba claro. Llevaba unos vaqueros ajustados y una cazadora acolchada de plumas de oca una talla más grande que la suya, para que le entrara el chaleco antibalas. Su pelo, peinado hacia atrás con laca, le formaba un marco alrededor de la cara. Parecía un poco incómoda con los vaqueros, como si no estuviese acostumbrada a usarlos.

Armstrong también llevaba vaqueros, pero los suyos estaban tan gastados que parecían los únicos pantalones que tenía. Llevaba una chaqueta de cuadros rojos abrochada hasta arriba. Un poco pequeña para ocultar la forma del chaleco antibalas ante la mirada de un experto. Llevaba la cabeza descubierta, pero se había cepillado el pelo. Su guardia personal los rodeó y los llevó al patio. Las cámaras fueron grabando a medida que el grupo avanzaba. Los agentes personales iban vestidos como Froelich. Vaqueros negros y chaquetas negras de nailon con la cremallera cerrada sobre los chalecos antibalas. Dos llevaban gafas de sol. Uno llevaba una gorra de béisbol negra. Todos llevaban auriculares y algo se les abultaba en la cintura donde llevaban las pistolas.

Froelich los hizo pasar al recinto que estaba detrás de las mesas para servir. Un agente se puso en cada extremo y los dos permanecieron allí de brazos cruzados, solo para vigilar a las personas. El tercer agente, Froelich y los Armstrong se pusieron en el medio para servir la comida. Dieron algunas vueltas y después se establecieron: el tercer agente a la izquierda, luego Armstrong, luego Froelich y por último la esposa de Armstrong, a la derecha.

Armstrong cogió un cazo con una mano y un cucharón con la otra. Se aseguró de que las cámaras lo estaban enfocando y alzó los utensilios en alto, como si fueran armas.

—Feliz Día de Acción de Gracias a todos —gritó.

La gente empezó a entrar despacio por el portón. Era una multitud sumisa. Se movían de manera aletargada y hablaban poco. Ninguna charla excitada, ningún zumbido de fondo. Nada que ver con el vestíbulo del hotel en la recepción de donantes. La mayoría estaban envueltos en varias capas de ropa pesada. Algunos tenían cinturones hechos con cuerdas. Llevaban sombreros, guantes sin dedos y sus caras estaban cansadas. Todos tenían que ir pasando hacia la izquierda y hacia la derecha y hacia la izquierda y hacia la derecha por delante de seis agentes que hacían de barrera. Por fin el primero de la cola superó al último agente, recibió un plato de plástico de manos del primero que estaba sirviendo y fue sometido al resplandor de la sonrisa de Armstrong. Armstrong le puso una pata de pavo en el plato. El tipo avanzó y Froelich le sirvió unas verduras. La esposa de Armstrong le añadió la guarnición. Después el tipo pasó despacio junto a Reacher y se dirigió hacia dentro en busca de una mesa. La comida olía bien y el tipo olía mal.

Así continuó durante cinco minutos. Cada vez que una olla se vaciaba era remplazada por otra que les pasaban por la ventana de la cocina. Armstrong sonreía como si se lo estuviese pasando bien. La fila de personas sin hogar avanzaba despacio. Las cámaras filmaban. El único ruido que se oía era el repiqueteo de los utensilios de metal en los recipientes para servir y las repetidas banalidades de las personas que servían. *¡Que lo disfrute! ¡Feliz Día de Acción de Gracias! ¡Gracias por venir!*

Reacher miró a Neagley. Ella alzó las cejas. Él miró hacia arriba a las azoteas del almacén. Miró a Froelich, atareada con su cucharón. Observó a la gente de la televisión. Estaban claramente aburridos. Aunque iban a grabar durante una hora entera, sabían que reducirían el material a ocho segundos como máximo con un trillado comentario escrito por encima. «El vicepresidente electo Armstrong ha servido hoy el tradicional pavo del Día de Acción de Gracias en un refugio para gente sin hogar en Washington D. C.». Corte a los titulares del primer cuarto de los partidos de fútbol americano.

Todavía quedaban treinta personas en la cola cuando sucedió.

Reacher sintió un impacto como arenoso y apagado cerca de él y algo le picó en la mejilla derecha. Por el rabillo del ojo vio una nubecita de polvo alrededor de un pequeño orificio en la superficie de la pared del fondo. Ningún ruido. De ningún tipo. Una milésima de segundo después su cerebro le dijo: *bala. Silenciador*. Miró la cola. Nadie se movía. Giró bruscamente la cabeza hacia la izquierda y hacia arriba. *La azotea. Crosetti no estaba. Crosetti estaba. Veinte metros alejado de su posición. Estaba disparando. No era Crosetti.*

Luego intentó vencer al tiempo y moverse más rápido de lo que la espantosa cámara lenta del pánico le permitía. Se impulsó contra la pared, llenó sus pulmones de aire y se giró hacia Froelich tan lentamente como un hombre corriendo por el agua dentro de una piscina. Su boca se abrió y en su garganta se formaron palabras desesperadas que trató de gritar. Pero ella ya se le había adelantado.

Estaba gritando:

—¡U-n a-r-m-a!

Giraba a cámara lenta. Su cucharón volaba suelto por el aire, trazando un arco por encima de la mesa, brillando al sol, chorreando comida. Ella estaba a la izquierda de Armstrong. Saltaba de lado hacia él. Su brazo izquierdo barría hacia arriba para protegerlo. Saltaba como un jugador de baloncesto que intenta hacer un gancho. Rotando en el aire. Le apoyó la mano derecha en el hombro para pivotear y utilizó el impulso de la izquierda para darse la vuelta y quedar frente a él. Levantó las rodillas y aterrizó en la parte alta de su pecho. Él se quedó sin aire, las piernas se le doblaron y estaba cayéndose de espaldas cuando la segunda bala silenciada le dio a ella en el cuello. No hubo ningún ruido. Ningún ruido de ningún tipo. Solo un chorro de sangre brillante y viva bajo la luz del sol, que salió hacia atrás, tan sutil como la niebla del otoño.

Quedó allí suspendida en una nube larga y cónica, como vapor, rosa e iridiscente. Se estiró mientras ella caía. El cucharón atravesó la nube de sangre, cayendo de punta, alterándole la forma. Se estiró en una curva larga y grácil. Ella se derrumbó y dejó su sangre en el aire como un signo de interrogación. Reacher giró la cabeza como

peleando contra una enorme resistencia y vio la inclinación de un hombro a lo lejos, en la azotea, retrocediendo hasta desaparecer de su vista. Volvió a darse la vuelta infinitamente despacio, hacia el patio, y vio la flecha rosa y húmeda de la sangre de Froelich apuntando abajo hacia un lugar al otro lado de las mesas que ya no se llegaba a ver.

El tiempo se reanudó y sucedieron cien cosas al mismo tiempo, todas a gran velocidad, todas con un ruido estremecedor. Unos agentes cubrieron a la esposa de Armstrong y la tiraron al suelo. Ella gritaba muy fuerte. Chillaba desesperadamente. Otros agentes sacaron sus armas y empezaron a disparar contra la azotea del almacén. Se escucharon gritos y lamentos por parte de la multitud. La gente salió desbandada. Corría hacia todas partes bajo el repetido ruido atronador de las poderosas armas de fuego. Reacher sujetó las mesas, las arrojó tras de sí y se abrió paso hacia los despojos de Froelich. Unos agentes sacaban a Armstrong de debajo de ella. Se escuchaban los motores de coches que aceleraban. Neumáticos que rechinaban. Armas que disparaban. Había humo en el aire. Sonaban sirenas. Armstrong desapareció del suelo y Reacher cayó de rodillas al lado de Froelich, en medio de un charco de sangre, y levantó su cabeza entre sus brazos. Toda su gracilidad había desaparecido. Estaba completamente blanda y quieta, como si su ropa estuviera vacía. Pero tenía los ojos muy abiertos. Se movían despacio de un lado al otro, buscando, como si algo le produjera curiosidad.

—¿Él está bien? —susurró.

Su voz se oyó muy baja, pero alerta.

—Seguro —respondió Reacher.

Le deslizó una mano por debajo de la cabeza. Sintió el cable del auricular. Sintió la sangre. Estaba empapada. Palpitaba hacia afuera. Era más que palpitar. Era como un chorro tibio y firme, impulsado por toda su presión sanguínea. Se abría paso y burbujeaba entre sus dedos apretados como un potente grifo de una bañera a la que alguien le estuviese regulando la presión, fuerte y suave, fuerte y suave. Le levantó la cabeza, la echó un poco hacia atrás y vio la herida abierta del agujero de salida en el lado delantero derecho del cuello. Le salía sangre. Como un río. Como una inundación. Era sangre arterial, derramándose de su cuerpo.

—Un médico —gritó él.

Nadie lo escuchó. Su voz no se oía. Había demasiado ruido. Los agentes que estaban a su alrededor disparaban a la azotea del almacén. Había un estruendo y un estampido de armas constante. Volaban casquillos usados, le caían en la espalda, rebotaban y golpeaban contra el suelo haciendo ruiditos metálicos que él escuchaba con total claridad.

—Dime que no fue uno de los nuestros —susurró Froelich.

—No fue uno de los vuestros —dijo él.

Ella dejó caer la barbilla encima del pecho. La sangre le manaba entre los pliegues de la piel. Se derramaba y le empapaba la camisa. Formaba un charco en el suelo y se escurría por entre las junturas del cemento. Él presionó fuerte con toda la palma de la mano contra su nuca. Estaba resbaladiza. Apretó más. El caudal de sangre le impedía empujar más fuerte, como si le alejara la mano a fuerza de salir. Su mano resbalaba y flotaba en la marea.

—Un médico —gritó de nuevo, más fuerte.

Pero sabía que era inútil. Probablemente pesaba cincuenta y cinco kilos, lo que significaba que tenía ocho o nueve pintas de sangre en el cuerpo. La mayor parte ya no estaba allí. Estaba en el suelo sobre el que Reacher estaba arrodillado. El corazón hacía su trabajo, latiendo con fuerza, bombeando su preciosa sangre directamente hacia fuera sobre el cemento alrededor de sus piernas.

—Un médico —bramó.

Nadie se acercó a ellos.

Ella lo miró directamente a la cara:

—¿Te acuerdas? —susurró.

Él se le acercó más.

—¿Cómo nos conocimos? —susurró de nuevo.

—Me acuerdo —respondió él.

Ella sonrió débilmente, como si su respuesta la dejara completamente satisfecha. Ahora estaba muy pálida. Había sangre en el suelo por todas partes. Era un gran charco en expansión. Estaba tibio y pegajoso. Ahora de su cuello salía espuma. Sus arterias estaban vacías y se llenaban de aire. Se le movieron los ojos en la cabeza y después se asentaron en la cara de Reacher. Sus labios estaban completamente blancos. Poniéndose azules. Aleteaban sin emitir sonido, ensayando sus últimas palabras.

—Te quiero, Joe —susurró.

Luego sonrió, pacíficamente.

—Yo también te quiero —dijo él.

La sostuvo un largo rato hasta que se desangró y murió en sus brazos, más o menos al mismo tiempo que Stuyvesant daba la orden de alto el fuego. De repente se hizo un silencio absoluto. El penetrante olor a cobre de la sangre caliente y el frío hedor ácido del humo de las armas quedaron suspendidos en el aire. Reacher levantó la cabeza, miró hacia atrás y vio a un periodista abriéndose paso hacia donde él estaba con la cámara apuntando al suelo como si fuera un cañón. Vio que Neagley le frenaba. Vio que el periodista la empujaba. Ella no parecía haber movido ni un músculo pero de pronto él se caía. Vio que Neagley cogía la cámara y la tiraba directamente contra el paredón de fusilamiento. Escuchó cómo se rompía contra el suelo. Escuchó la sirena de una ambulancia que empezaba a sonar a lo lejos. Después otra. Escuchó coches de policía. Pies que corrían. Vio los pantalones grises y rectos de Stuyvesant junto a su cara. Estaba de pie sobre la sangre de Froelich.

Stuyvesant no hizo nada de nada. Solo permaneció allí durante lo que pareció mucho tiempo hasta que todos oyeron a la ambulancia en el patio. Entonces se agachó e intentó apartar a Reacher. Reacher esperó hasta que los paramédicos estuvieran muy cerca. Entonces apoyó muy suavemente la cabeza de Froelich sobre el cemento. Se puso de pie, mareado, acalambrado, inestable. Stuyvesant lo cogió del codo y se alejó caminando con él.

—Ni siquiera sé cómo se llamaba —dijo Reacher.

—Mary Ellen —le dijo Stuyvesant.

Durante un momento los paramédicos se movieron apresurados alrededor de ella. Después se quedaron quietos, desistieron y la taparon con una sábana. La dejaron allí para los médicos forenses y los investigadores de la escena del crimen. Reacher vaciló y se sentó de nuevo, con la espalda contra la pared, las manos sobre las rodillas, la cabeza entre las manos. Tenía la ropa empapada de sangre. Neagley se le sentó a su lado, a pocos centímetros de distancia. Stuyvesant se puso de puntillas frente a los dos.

—¿Qué está pasando? —preguntó Reacher.

—Están bloqueando los accesos —respondió Stuyvesant—.

Carreteras, puentes, aeropuertos. Bannon está al mando. Tiene a toda su gente en la calle, y a policías locales, alguaciles, policías de Virginia, agentes estatales. Más algunos de los nuestros. Los atraparemos.

—Cogerán el tren —dijo Reacher—. Estamos al lado de Union Station.

Stuyvesant asintió:

—Están registrando todos los trenes —dijo—. Los atraparemos.

—¿Armstrong está bien?

—Totalmente ileso. Froelich cumplió con su deber.

Hubo un largo silencio. Reacher alzó la vista.

—¿Qué ha pasado en la azotea? —preguntó—. ¿Dónde estaba Crosetti?

Stuyvesant miró para otro lado.

—Lo engañaron —dijo—. Está en la escalera. También ha muerto. Un disparo en la cabeza. Con el mismo fusil con silenciador, probablemente.

Otro largo silencio.

—¿De dónde era Crosetti? —preguntó Reacher.

—De Nueva York, creo —dijo Stuyvesant—. Quizás de Jersey. De esa zona.

—No sirve. ¿De dónde era Froelich?

—Era una chica de Wyoming.

Reacher asintió:

—Con eso bastará —dijo—. ¿Dónde está Armstrong ahora?

—No se lo puedo decir —dijo Stuyvesant—. Es parte del procedimiento.

Reacher alzó la mano y se miró la palma. Estaba toda manchada de sangre. Todas las líneas y las cicatrices estaban marcadas en rojo.

—Dígamelo —dijo—. O le rompo el cuello.

Stuyvesant no dijo nada.

—¿Dónde está? —repitió Reacher.

—En la Casa Blanca —dijo Stuyvesant—. En una habitación segura. Es parte del procedimiento.

—Necesito hablar con él.

—¿Ahora?

—Ahora mismo.

—No puede.

Reacher miró hacia otra parte, más allá de las mesas tiradas:

—Sí puedo.

—No puedo dejar que haga eso.

—Entonces trate de detenerme.

Stuyvesant se quedó callado un buen rato.

—Deje que lo llame primero —dijo.

Se puso de pie nerviosamente y se alejó caminando.

—¿Estás bien? —preguntó Neagley.

—Es como lo de Joe, otra vez —dijo Reacher—. Como Molly Beth Gordon.

—No podías haber hecho nada.

—¿Lo has visto?

Neagley asintió.

—Recibió un disparo por él —dijo Reacher—. Me dijo que era una forma de hablar.

—Fue instintivo —dijo Neagley—. Y ha tenido mala suerte. No le dio al chaleco antibalas por un centímetro y medio. Una bala subsónica habría rebotado, directamente.

—¿Has visto al que disparó?

Neagley negó con la cabeza:

—Estaba mirando hacia delante. ¿Tú lo has visto?

—Muy poco —dijo Reacher—. Era un hombre.

—Qué horror —dijo Neagley.

Reacher asintió y se limpió las palmas en los pantalones, en la parte de adelante y en la de atrás. Después se pasó las manos por el pelo:

—Si trabajara en una compañía de seguros ni siquiera miraría a los viejos amigos de Joe. Les diría que se suiciden y que les ahorren los inconvenientes a los malos.

—¿Y ahora qué?

Él se encogió de hombros:

—Tú deberías volver a Chicago.

—¿Y tú?

—Me voy a quedar por aquí.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

—El FBI los cogerá.

—No si yo los cojo antes —dijo Reacher.

—¿Ya lo has decidido?

—La sostuve mientras se moría desangrada. No me voy a marchar así sin más. —Entonces yo también me quedo.

—Estaré bien solo.

—Ya lo sé —dijo Neagley—. Pero estarás mejor si me quedo contigo.

Reacher asintió.

—¿Qué te dijo? —preguntó Neagley.

—A mí no me dijo nada. Pensaba que era Joe.

Vio a Stuyvesant acercarse otra vez cruzando el patio. Reacher se levantó apoyando las dos manos contra la pared.

—Armstrong nos recibirá —dijo Stuyvesant—. ¿Quiere ir a cambiarse primero? Reacher bajó la vista para mirarse la ropa. Estaba empapada con la sangre de Froelich en grandes manchas irregulares. Se estaba enfriando, secando y oscureciendo.

—No —dijo—. No quiero ir a cambiarme primero.

Usaron la Suburban en la que había llegado Stuyvesant. Seguía siendo el Día de Acción de Gracias y el D. C. seguía tranquilo. No vieron casi ninguna actividad civil. Casi todo lo que se movía en la calle era parte de las fuerzas de seguridad. Había un doble anillo de barricadas policiales en cada acceso a la Casa Blanca. Stuyvesant mantuvo sus estroboscópicas encendidas y en todos los atascos le hicieron gestos con la mano para que avanzara. Mostró su carné en la entrada para vehículos de la Casa Blanca y aparcó delante del Ala Oeste. Un marine centinela los condujo hasta un guardia del Servicio Secreto que los llevó al interior. Bajaron dos pisos por una escalera hasta llegar a un sótano abovedado de ladrillo. Ahí abajo estaban las salas de máquinas. Y otras salas con puertas de acero. El guardia se detuvo frente a una de esas puertas y golpeó con fuerza.

Un integrante de la guardia personal de Armstrong abrió la puerta desde dentro. Seguía llevando el chaleco antibalas. Seguía llevando gafas de sol, aunque en la habitación no había ventanas. Solo tubos fluorescentes brillantes en el techo. Armstrong y su esposa estaban sentados en sillas junto a una mesa en el centro del espacio. Los otros dos agentes estaban apoyados en las paredes. La habitación estaba en silencio. La esposa de Armstrong había estado llorando. Eso estaba claro. El lateral de la cara de Armstrong estaba manchado con la sangre de Froelich. Parecía abatido. Como si toda

esa cuestión de la Casa Blanca ya no le pareciera divertida.

—¿Cuál es la situación? —preguntó.

—Dos bajas —dijo Stuyvesant sin alzar la voz—. El centinela en la azotea del almacén y M. E. Ambos murieron allí.

La esposa de Armstrong giró la cabeza como si la hubieran abofeteado.

—¿Cogieron a los culpables? —preguntó Armstrong.

—El FBI está a cargo de la búsqueda —dijo Stuyvesant—. Es solo cuestión de tiempo.

—Quiero ayudar —dijo Armstrong.

—Va a ayudar —dijo Reacher.

Armstrong asintió:

—¿Qué puedo hacer?

—Puede emitir un comunicado oficial —dijo Reacher—. Inmediatamente. A tiempo de que los canales de televisión lo transmitan en los telediarios de la noche.

—¿Diciendo qué?

—Diciendo que cancela su fin de semana de descanso en Dakota del Norte por respeto a los dos agentes muertos en acto de servicio. Diciendo que se va a quedar en su casa de Georgetown y no va a ir a absolutamente ninguna parte antes de asistir al acto conmemorativo de su agente líder en su pueblo natal de Wyoming el domingo por la mañana. Averigüe el nombre del pueblo y menciónelo alto y claro.

Armstrong asintió de nuevo:

—Vale —dijo—. Puedo hacer eso, supongo. ¿Pero por qué?

—Porque no lo van a intentar de nuevo aquí en el D. C. No con toda la seguridad que usted va a tener en su casa. Así que regresarán a su ciudad y esperarán. Lo cual me da tiempo hasta el domingo para averiguar dónde viven.

—¿A usted? ¿No los encontrará hoy el FBI?

—Si es así, genial. Yo puedo seguir mi camino.

—¿Y si no los encuentran?

—Entonces los encontraré yo.

—¿Y si *usted* falla?

—No está en mis planes fallar. Pero si así fuera, iré a Wyoming y lo intentaré de nuevo. En el acto de Froelich. Los estaré esperando allí.

—No —dijo Stuyvesant—. No puedo permitir eso. ¿Está loco? No podemos asegurar una situación en el oeste con setenta y dos horas de anticipación. Y no puedo usar a un protegido como *cebo*.

—No tiene por qué ir en serio —dijo Reacher—. Probablemente ni siquiera *haya* acto conmemorativo. Solo tiene que anunciarlo.

Armstrong negó con la cabeza:

—No lo puedo decir si no lo va a haber. Y si lo hay, no puedo anunciarlo y no ir.

—Si quiere ayudar, eso es lo que tiene que hacer.

Armstrong no dijo nada.

Dejaron a los Armstrong en el sótano del Ala Oeste y fueron escoltados de vuelta ala Suburban. El sol seguía brillando y el cielo seguía azul. Los edificios seguían blancos y dorados. Seguía siendo un día glorioso.

—Llévenos de vuelta al motel —dijo Reacher—. Me quiero dar una ducha. Después me quiero reunir con Bannon.

—¿Por qué? —preguntó Stuyvesant.

—Porque soy un testigo —respondió Reacher—. Yo vi a la persona que disparó. En la azotea. Le vi la espalda por los pelos, cuando se alejaba del borde.

—¿Tiene una descripción?

—No realmente —dijo Reacher—. Apenas lo vi. No podría describirlo. Pero había algo en su manera de moverse. Lo he visto antes.

CATORCE

Reacher se quitó la ropa. Estaba dura, fría y pegajosa de sangre. La tiró en el suelo del armario y entró en el baño. Abrió la ducha. El agua en la base bajo sus pies corrió primero de color rojo, después rosa y después transparente. Se lavó el pelo dos veces y se afeitó minuciosamente. Se vistió con otra de las camisas de Joe y con otro de sus trajes, y eligió la corbata de regimiento que le había comprado Froelich, a modo de homenaje. Después salió y regresó al vestíbulo.

Neagley lo estaba esperando. Ella también se había cambiado. Llevaba puesto un traje negro. Era el viejo estilo del ejército. *Si tienes dudas, vístete de manera formal*. Tenía una taza de café lista para él. Estaba hablando con los delegados del Cuerpo de Alguaciles. Eran otros. Los del turno de día, supuso.

—Stuyvesant volverá a buscarnos —le dijo ella—. Después iremos a reunirnos con Bannon.

Él asintió. En su presencia los delegados se quedaron en silencio. Como con respeto. Hacia él o a causa de Froelich, no lo sabía.

—Un golpe duro —dijo uno.

Reacher miró hacia otra parte:

—Supongo que sí —respondió. Después le miró de nuevo—. Pero bueno, cosas que pasan —dijo.

Neagley esbozó una sonrisa. Era el viejo estilo del ejército. *Si tienes dudas, sé irreverente*.

Stuyvesant llegó una hora después y los llevó al Edificio Hoover. La distribución de poder había cambiado. Matar agentes federales era un delito federal, por lo que ahora el FBI estaba firmemente al mando. Ahora era lisa y llanamente una persecución. Bannon se encontró con ellos en el vestíbulo principal y subieron en ascensor hasta su sala de reuniones. Era mejor que la del Tesoro. Estaba

revestida de madera y tenía ventanas. Había una larga mesa con botellas de agua mineral y vasos, agrupados en distintos sectores. Bannon se comportó de manera perceptiblemente democrática y evitó la cabecera de la mesa. Se sentó en una de las sillas laterales. Neagley se ubicó de ese mismo lado, con dos sillas de por medio.

Reacher se sentó frente a ella. Stuyvesant eligió un lugar a tres sillas de Reacher y se sirvió un vaso de agua.

—Qué día —dijo Bannon en medio del silencio—. Mi agencia envía su más sentido pésame a la suya.

—No los han encontrado —dijo Stuyvesant.

—Recibimos información del médico forense —dijo Bannon—. A Crosetti le dispararon en la cabeza con munición 7,62 OTAN. Murió instantáneamente. A Froelich le dispararon en la garganta desde atrás, probablemente con el mismo arma. La bala le cortó la arteria carótida. Pero supongo que eso ya lo saben.

—No los han encontrado —repitió.

Bannon negó con la cabeza:

—Es el Día de Acción de Gracias —dijo—. Y eso tiene ventajas y desventajas. La principal desventaja es que estamos cortos de personal por el festivo, y ustedes también, y también la policía local y todos los demás. La principal ventaja es que la ciudad está muy tranquila. Comparativamente, más tranquila que nosotros cortos de personal. Tal y como se han dado las cosas, nosotros constituíamos la mayor parte de la población de la ciudad cinco minutos después de que sucedieran los hechos.

—Pero no los han encontrado.

Bannon negó otra vez con la cabeza:

—No —dijo—. No los hemos encontrado. Seguimos buscando, por supuesto, pero siendo realistas deberíamos decir que a estas alturas ya están fuera del Distrito.

—Maravilloso —dijo Stuyvesant.

Bannon puso una mueca:

—Lo que hacemos no es ninguna proeza. Pero no se gana nada recriminándonos. Porque nosotros les podríamos recriminar a ustedes. Alguien cruzó la barrera que *ustedes* pusieron. Alguien engañó a *su* hombre en la azotea —dijo, mirando a Stuyvesant a los ojos.

—Lo hemos pagado —dijo Stuyvesant—. Con creces.

—¿Cómo ha sucedido? —preguntó Neagley—. ¿Cómo llegaron hasta ahí arriba?

—No por el frente —dijo Bannon—. Había un montón de policías vigilando el frente. No vieron nada, y no pueden haberse quedado todos dormidos en el momento crucial. Tampoco por el callejón trasero. Había un policía a pie y uno en un coche vigilando en cada extremo. Los cuatro dicen que tampoco vieron a nadie, y les creemos a todos. Por lo que pensamos que los malos entraron a un edificio una manzana más allá. Lo atravesaron y salieron por una puerta trasera en la mitad del callejón. Cruzaron los tres metros del callejón, entraron por la parte de atrás del almacén y subieron por la escalera. Sin duda salieron del mismo modo. Pero probablemente lo hicieron corriendo, al escapar.

—¿Cómo engañaron a Crosetti? —dijo Stuyvesant—. Era un buen agente.

—Sí, era un buen agente —dijo Reacher—. Me gustó.

Bannon se encogió de hombros otra vez:

—Siempre hay una manera, ¿no?

Miró alrededor de la sala, del modo en que lo hacía cuando quería que la gente entendiera más de lo que estaba diciendo. Nadie respondió.

—¿Registraron los trenes? —preguntó Reacher.

Bannon asintió:

—Minuciosamente. Estaban muy concurridos. Gente viajando a comer con sus familias. Pero fuimos meticulosos.

—¿Encontraron el fusil?

Bannon simplemente negó con la cabeza. Reacher lo miró fijamente.

—¿Se escaparon *cargando un fusil*? —preguntó.

Nadie dijo nada. Bannon miró a Reacher.

—Usted vio a la persona que disparó —dijo.

Reacher asintió:

—Muy poco, durante un cuarto de segundo quizás. Su silueta, cuando se alejaba.

—Y cree que lo ha visto antes.

—Pero no sé dónde.

—Maravilloso —dijo Bannon.

—Había algo en su manera de moverse, eso es todo. La forma de

su cuerpo. Su ropa, quizás. Pero no soy capaz de recordarlo. Como la siguiente frase de una vieja canción.

—¿Era el tipo del vídeo del garaje?

—No —dijo Reacher.

Bannon asintió:

—Sea como sea, no importa demasiado. Es lógico que lo haya visto antes. Han estado en el mismo lugar al mismo tiempo, en Bismarck seguro, y quizás en alguna otra parte. Sabemos que ellos le han visto *a usted*. Por la llamada telefónica. Pero estaría bien tener un nombre y un rostro, supongo.

—Le avisaré —dijo Reacher.

—¿Su teoría sigue en pie? —preguntó Stuyvesant.

—Sí —dijo Bannon—. Seguimos buscando entre sus exempleados. Ahora más que nunca. Porque creemos que esa es la razón por la cual Crosetti abandonó su puesto. Creemos que vio a alguien a quien conocía y en quien confiaba.

Recorrieron en coche un kilómetro hacia el oeste por la avenida Pennsylvania, aparcaron en el garaje y subieron a la sala de reuniones del Servicio Secreto. Sin Froelich cada centímetro del recorrido fue amargo.

—Qué horror —dijo Stuyvesant—. Nunca había perdido a un agente. Veinticinco años. Y hoy he perdido a dos en un día. *Quiero* coger a estos tipos.

—Ya son hombres muertos —dijo Reacher.

—Todas las pruebas están en nuestra contra —dijo Stuyvesant.

—¿Qué quiere decir? ¿Que si son de los suyos no quiere cogerlos?

—No quiero que *sean* de los nuestros.

—No creo que *sean* de los suyos —dijo Reacher—. Pero en cualquiera de los casos, van a caer. Seamos sinceros al respecto. Cruzaron tantos límites que ya he dejado de contar.

—No quiero que sean de los nuestros —repitió Stuyvesant—. Pero me temo que Bannon podría tener razón.

—Es una cosa o la otra —dijo Reacher—. Eso es todo. O tiene razón o está equivocado. Si tiene razón, lo sabremos muy pronto, porque se va a desvivir por demostrárnoslo. La cuestión es que nunca considerará la posibilidad de estar equivocado. Tiene demasiadas ganas de tener razón.

—Dígame que está equivocado.

—Yo creo que *está* equivocado. Y el lado bueno es que si yo estoy equivocado en que él está equivocado, no importa lo más mínimo. Porque no va a dejar ningún rincón sin revisar. Podemos confiar plenamente en él. No necesita nuestra ayuda. Nuestra responsabilidad es buscar donde él *no* está buscando. Que, de todos modos, creo yo que es el lugar en el que efectivamente hay que buscar.

—Solo dígame que está equivocado.

—Lo que él tiene es como una gran pirámide haciendo equilibrio sobre su propio vértice. Muy impresionante, hasta que se derrumba. Está apostando todo al hecho de que nadie le dijo nada a Armstrong. Pero eso no tiene lógica. Quizás estos tipos sí *están* apuntando a Armstrong de manera personal. Quizás simplemente no sabían que no se lo dirían.

Stuyvesant asintió.

—Podría creerme esa versión —dijo—. Dios sabe que me la quiero creer. Pero está el asunto del Centro Nacional de Información Criminal. Bannon tenía razón en eso. Si estuvieran por fuera de nuestra comunidad, se habrían encargado de señalarnos a Minnesota y a Colorado ellos mismos. Tenemos que admitir eso.

—Las armas también son convincentes —dijo Neagley—. Y lo del domicilio de Froelich.

Reacher asintió:

—Lo mismo con la huella del pulgar, de hecho. Si realmente queremos deprimirnos, deberíamos valorar si quizás ellos *sabían* que la huella dactilar no arrojaría resultados. Quizás hicieron la prueba desde este lado.

—Genial —dijo Stuyvesant.

—Pero no creo —dijo Reacher.

—¿Por qué no?

—Vaya a buscar los mensajes y obsérvelos atentamente.

Stuyvesant esperó un instante, se levantó lentamente y salió de la sala. Regresó tres minutos más tarde con una carpeta. La abrió y colocó las seis fotografías oficiales del FBI en una línea ordenada a lo largo de la mesa. Seguía llevando el jersey rosa. El llamativo color se reflejó en las superficies brillantes de veinte por veinticinco cuando se inclinó para mirarlas. Neagley rodeó la mesa y los tres se

sentaron uno al lado del otro para leer los mensajes del lado correcto.

—Vale —dijo Reacher—. Examínenlos. En todos sus aspectos. Y recuerden por qué lo están haciendo. Lo están haciendo por Froelich.

La hilera de fotos tenía un metro veinte de largo, y tuvieron que ponerse de pie y moverse de izquierda a derecha junto a la mesa para verlas todas.

Vas a morir.

El vicepresidente electo Armstrong va a morir.

El día en el cual morirá Armstrong se avecina deprisa.

Hoy se llevará a cabo una demostración de su vulnerabilidad.

¿Te ha gustado la demostración?

Va a suceder pronto.

—¿Y entonces? —preguntó Stuyvesant.

—Miren el cuarto mensaje —dijo Reacher—. *Vulnerabilidad* está escrito correctamente.

—¿Y entonces?

—Es una palabra complicada. Y mire el último mensaje. *Va a* es correcto. Mucha gente se confunde, ya saben, *va a suceder y va a suceder*. Tienen punto al final, salvo por la que termina con el signo de pregunta de cierre.

—¿Y entonces?

—Los mensajes son razonablemente cultos.

—Sí.

—Ahora miren el tercer mensaje.

—¿Qué pasa?

—¿Neagley? —preguntó Reacher.

—Es un poco sofisticado —dijo ella—. Singular y un poco anticuado. Eso de *en el cual*. Y el *se avecina deprisa*.

—Exacto —dijo Reacher—. Un poco arcaico.

—¿Pero qué demuestra eso? —preguntó Stuyvesant.

—Nada, en realidad —dijo Reacher—. Pero sugiere algo. ¿Han leído la Constitución alguna vez?

—¿Cuál? ¿La de los Estados Unidos?

—Claro.

—Supongo que la he leído —dijo Stuyvesant—. Hace mucho

tiempo, probablemente.

—Yo también —dijo Reacher—. En una de las escuelas a las que fui nos dieron un ejemplar a cada uno. Era un librito delgado, con tapas de cartón grueso. Muy fino cuando estaba cerrado. Los bordes eran duros. Lo usábamos para darnos golpes de karate. Dolía como el demonio.

—¿Y entonces?

—Es un documento legal, básicamente. Histórico, también, por supuesto, pero es fundamentalmente legal. Así que cuando alguien lo imprime en formato libro, no se puede modificar. Hay que reproducirlo palabra por palabra de manera exacta, de lo contrario no sería válido. No pueden modernizar el lenguaje, no lo pueden pulir.

—Obviamente no.

—Las primeras partes son de 1787. La última enmienda en mi edición era la vigesimosexta, de 1971, que establecía la edad de voto en los dieciocho años. Un arco de ciento ochenta y cuatro años. Con todo reproducido exactamente como se escribió en su momento.

—¿Y entonces?

—Una de las cosas que recuerdo es que, en la primera parte, *vicepresidente* está escrito todo junto y sin guion entre las dos palabras. Ocurre lo mismo en la última parte. Todo junto y sin guion. Pero en lo que se escribió en el período del medio, *hay* guion. Pone *Vicepresidente* con un guion entre las dos palabras. Por lo que más o menos desde la década de 1860 hasta quizás la década de 1930 se consideraba correcto el uso de un guion ahí.

—Estos tipos usan un guion —dijo Stuyvesant.

—Claro que lo hacen —dijo Reacher—. Está ahí mismo, en el segundo mensaje.

—¿Y qué significa?

—Dos cosas —respondió Reacher—. Sabemos que prestaban atención en clase, porque son razonablemente cultos. Así que significa, en primer lugar, que fueron al colegio en algún lugar en el que usaban libros de texto viejos y antiguos manuales pertenecientes a una época completamente distinta. Lo cual explica la sensación arcaica del tercer mensaje, quizás. Y que es la razón por la cual se me ocurrió que podían ser de una zona rural pobre

con un bajo presupuesto educativo. En segundo lugar, significa que nunca trabajaron para el Servicio Secreto. Porque ustedes están hasta arriba de papeles. Nunca he visto algo así, ni siquiera en el ejército. Cualquiera que haya trabajado aquí habría escrito *vicepresidente* un millón de veces a lo largo de su carrera. Todas en la forma moderna, sin el guion. Se habrían acostumbrado a eso totalmente.

Hubo un silencio durante un momento.

—Quizás lo ha escrito el otro —dijo Stuyvesant—. El que no ha trabajado aquí. El de la huella del pulgar.

—Eso no cambia nada —dijo Reacher—. Como dedujo Bannon, son una sola unidad. Son colaboradores. Y perfeccionistas. Si uno lo hubiese escrito mal, el otro lo habría corregido. Pero no lo corrigieron, por lo que ninguno de ellos sabía que estaba mal. Por lo que ninguno de ellos ha trabajado aquí.

Stuyvesant se quedó en silencio durante un largo rato.

—Quiero creérmelo —dijo—. Pero está basando todo en un guion.

—No lo subestime —dijo Reacher.

—No lo estoy subestimando —dijo Stuyvesant—. Estoy pensando.

—¿Si estoy loco?

—Si puedo permitirme respaldar esta clase de corazonada.

—Esa es la belleza del asunto —dijo Reacher—. No importa si estoy completamente equivocado. Porque el FBI se está encargando del escenario alternativo.

—Podría ser a propósito —dijo Neagley—. Podrían estar desorientándonos. Tratando de disfrazar su formación o su nivel educativo. Despistándonos.

Reacher negó con la cabeza.

—No creo —dijo—. Esto es demasiado sutil. Harían las cosas de siempre. Errores de ortografía groseros, mala puntuación. Un guion entre *vice* y *presidente* es algo que uno no distingue si está bien o mal. Es algo que uno hace y nada más.

—¿Cuáles son exactamente las implicaciones? —preguntó Stuyvesant.

—La edad es crucial —dijo Reacher—. Para estar corriendo por todas partes y haciendo estas cosas no pueden tener más de

cincuenta y pocos años. Subir trepando, bajar escaleras. Y no pueden tener menos de cuarenta y cinco, porque la Constitución se lee en los primeros años de secundaria, y seguramente en 1970 todos los colegios de Estados Unidos ya tenían libros nuevos. Yo creo que cursaron los primeros años de secundaria en o hacia el final del período en el cual las escuelas rurales aisladas estaban muy por detrás de su época. Ya saben, quizás colegios con una sola aula, libros de texto de hace cincuenta años y mapas desactualizados en las paredes, en los que uno se sienta rodeado de todos sus primos y primas para escuchar a una anciana de pelo canoso.

—Es muy especulativo —dijo Stuyvesant—. Es otra pirámide haciendo equilibrio sobre su propio vértice. Está todo bien hasta que se derrumba.

Silencio en la sala.

—Bueno, voy a moverme en esa dirección —dijo Reacher—. Con Armstrong o sin Armstrong. Con usted o sin usted. Solo, si es necesario. Por Froelich. Se lo merece.

Stuyvesant asintió:

—Si ninguno de ellos ha trabajado para nosotros, ¿cómo habrían confiado en que el FBI estaba revisando los informes del Centro Nacional de Información Criminal?

—No lo sé —dijo Reacher.

—¿Cómo engañaron a Crosetti?

—No lo sé.

—¿Cómo sabían dónde vivía M. E.?

—Nendick se lo dijo.

Stuyvesant asintió:

—Vale. ¿Pero cuál sería su móvil?

—Un rencor personal contra Armstrong, supongo. Un político debe de ganarse muchísimos enemigos.

Silencio otra vez.

—Quizás sea mitad y mitad —dijo Neagley—. Quizás son personas de fuera con rencor contra el Servicio Secreto. Quizás personas a las que no contrataron para un trabajo. Personas que realmente querían trabajar aquí. Quizás son una especie de estudiosos fanáticos de las fuerzas de seguridad. Podían estar al tanto del asunto del Centro Nacional de Información Criminal. Podían saber cuáles son las armas que ustedes compran.

—Es posible —dijo Stuyvesant—. Nosotros rechazamos a muchas personas. Algunas se enfadan mucho por eso. Podría tener razón.

—No —dijo Reacher—. Está equivocada. ¿Por qué iban a esperar? Me atengo a mi estimación de las edades. Nadie se postula para trabajar en el Servicio Secreto a los cincuenta años. Si los rechazaron alguna vez, tuvo que ser hace veinticinco años. ¿Por qué esperar hasta ahora para tomar represalias?

—Ese también es un buen punto —dijo Stuyvesant.

—Esto tiene que ver con Armstrong de manera personal —dijo Reacher—. Tiene que ser así. Piensen en la línea temporal de todo esto. Piensen en las causas y los efectos. Armstrong se convirtió en candidato durante el verano. Antes de eso nadie había oído hablar de él. Me lo dijo la propia Froelich. Ahora están recibiendo amenazas contra él. ¿Por qué ahora? Por algo que hizo durante la campaña, por eso.

Stuyvesant bajó la mirada en dirección a la mesa. Apoyó las manos encima. Las movió en pequeños círculos ordenados como si debajo hubiera un mantel arrugado que necesitara que hubiera que planchar. Después se inclinó hacia delante y colocó el primer mensaje debajo del segundo. Después los dos debajo del tercero. Continuó haciendo eso hasta que tuvo los seis cuidadosamente apilados. Puso la carpeta debajo del montón y la cerró.

—Bien, esto es lo que vamos a hacer —dijo Stuyvesant—. Le vamos a presentar a Bannon la teoría de Neagley. Alguien a quien nos hemos negado a contratar está más o menos en la misma categoría que alguien a quien hemos despedido en algún momento. El componente amargo sería aproximadamente el mismo. El FBI se puede encargar de todo eso en conjunto. Tienen el personal suficiente. Y el cálculo de probabilidades es que ellos están en lo cierto. Pero sería una negligencia de nuestra parte no considerar la alternativa. Podrían no estar en lo cierto. Así que vamos a dedicarnos a indagar en la teoría de Reacher. Porque tenemos que hacer *oigo*, por Froelich, más allá de todo lo demás. Entonces, ¿por dónde empezamos?

—Con Armstrong —dijo Reacher—. Descubrimos quién lo odia y por qué.

Stuyvesant llamó a alguien de la Oficina de Investigaciones sobre

Protección y le ordenó que fuera inmediatamente a su despacho. Él le dijo encarecidamente que estaba en la cena del Día de Acción de Gracias con su familia. Stuyvesant transigió y le dio dos horas para terminar. Después se dirigió de nuevo hacia el Edificio Hoover para reunirse otra vez con Bannon. Reacher y Neagley esperaron en la recepción. Había una televisión allí, y Reacher quiso ver si Armstrong hacía el anuncio en los primeros telediarios. Faltaba una media hora.

—¿Estás bien? —preguntó Neagley.

—Me siento raro —dijo Reacher—. Como si fuera dos personas. Ella pensó que era Joe el que la acompañaba al final.

—¿Qué habría hecho Joe al respecto?

—Lo mismo que voy a hacer yo, probablemente.

—Entonces ve y hazlo —dijo Neagley—. Para ella siempre fuiste Joe. Tú también puedes hacer lo imposible por ella.

Él no dijo nada.

—Cierra los ojos —dijo Neagley—. Aclara tu mente. Tienes que concentrarte en la persona que disparó.

Reacher negó con la cabeza:

—No lo lograré si me concentro.

—Piensa en otra cosa, entonces. Utiliza la visión periférica. Haz como si miraras hacia otra parte. A la azotea de al lado, quizás.

Reacher cerró los ojos y vio el borde de la azotea bien definido contra el sol. Vio el cielo, brillante y pálido al mismo tiempo. Un cielo de invierno. Con un velo uniforme de niebla por todas partes. Observó el cielo. Recordó los sonidos que había estado oyendo. No mucho por parte de la gente. El repiqueteo de las cucharas con las que estaban sirviendo la comida, y a Froelich que decía *grados por venir*. A la señora Armstrong que decía *disfrute*, nerviosa, como si no estuviese del todo segura de en qué se había metido. Después escuchó el suave *shock* de la primera bala silenciada al impactar contra la pared. Había sido un mal disparo. Había fallado con Armstrong por más de un metro. Probablemente un disparo apurado. El tipo sube la escalera, se detiene en la puerta de la azotea, llama en voz baja a Crosetti. *Y Crosetti responde*. El tipo espera a que Crosetti se le acerque. Quizás retrocede hacia la escalera. Crosetti llega. Recibe un disparo. El cobertizo de la azotea amortigua el sonido del silenciador. El tipo pasa por encima del

cuerpo y corre agazapado hasta el muro bajo de la azotea. Se arrodilla y dispara apresurado, demasiado rápido, antes de haber terminado de colocarse, y falla por más de un metro. El disparo agujerea el ladrillo y un pequeño fragmento vuela y golpea a Reacher en la mejilla. El tipo acciona el cerrojo y apunta más cuidadosamente para el segundo disparo.

Abrió los ojos.

—Quiero que pienses *cómo* lo hicieron —dijo.

—¿Cómo hicieron qué, exactamente? —preguntó Neagley.

—Cómo hicieron para que Crosetti abandonara su puesto. Quiero saber cómo hicieron eso.

Neagley se quedó callada por un momento.

—Me temo que la teoría de Bannon es la que mejor encaja —dijo—. Crosetti alzó la vista y vio a alguien que reconoció.

—Asumamos que no fue así —dijo Reacher—. ¿De qué otra manera pudo haber sido?

—Lo pensaré. Tú piensa en la persona que disparó.

Cerró de nuevo los ojos y miró hacia la azotea de al lado. Y otra vez hacia las mesas en las que servían la comida. Froelich, durante el último minuto de su vida. Recordó la rociada de sangre y su reacción instintiva inmediata. *Fuego letal entrante. ¿Punto de origen?* Había alzado la mirada y había visto… ¿qué? La curva de una espalda o un hombro. Se estaba moviendo. La forma y el movimiento de alguna manera eran una sola cosa.

—Su abrigo —dijo—. La forma del abrigo sobre su cuerpo, y cómo caía cuando se movía.

—¿Ya habías visto ese abrigo?

—Sí.

—¿Color?

—No lo sé. No estoy seguro de que *tuviera* un color.

—¿Textura?

—La textura es importante. No era grueso, no era ligero.

—¿Tweed?

Reacher negó con la cabeza:

—No es el abrigo que vimos en el vídeo del garaje. Tampoco es esa la persona. Esta era más alta y más flaca. Como alargada en la parte alta del cuerpo. Eso le daba la caída al abrigo. Creo que era un abrigo largo.

—Solo le viste el hombro.

—*Ondeaba* como un abrigo largo.

—¿Cómo ondeaba?

—Enérgicamente. Como si el tipo se estuviese moviendo rápido.

—Y así era. Hasta donde él sabía acababa de dispararle a Armstrong.

—No, como si fuese enérgico siempre. Un tipo alto y flaco, con movimientos decididos.

—¿Edad?

—Mayor que nosotros.

—¿Complexión física?

—Media.

—¿Pelo?

—No lo recuerdo.

Mantuvo los ojos cerrados y buscó en su memoria distintos abrigos. *Un abrigo largo, ni grueso ni ligero*. Dejó que su mente se moviera sola, pero siempre regresaba a la tienda de abrigos de Atlantic City. De pie allí frente a un arcoíris de opciones, cinco minutos después de tomar una decisión estúpida al azar que lo había alejado de la paz y tranquilidad de una habitación de motel solitaria en La Jolla, California.

Desistió veinte minutos más tarde y le hizo un gesto al agente de guardia para que subiera el volumen de la televisión y pudieran escuchar el telediario. La historia abrió el boletín informativo, obviamente. La cobertura comenzó con un retrato de estudio de Armstrong en un recuadro detrás del hombro del presentador. Después pasó a un vídeo de Armstrong dándole la mano a su esposa para que bajara de la limusina. Se quedaban de pie juntos y sonreían. Empezaban a caminar y pasaban al lado de la cámara. Después se veía a Armstrong alzando el cazo y el cucharón. Con una sonrisa en la cara. La voz en *off* hizo una pausa lo suficientemente larga como para que se oyera el sonido en vivo: *¡Feliz Día de Acción de Gracias para todos!* Después se vieron siete u ocho segundos filmados un poco más tarde, cuando la fila para recibir la comida ya estaba avanzando.

Después sucedían los hechos.

Gracias al silenciador no se oía ningún disparo, y como no se oía ningún disparo el cámara no se agachó ni se sobresaltó como sucede

habitualmente. La imagen permanecía estable. Y como no se oía ningún disparo parecía completamente inexplicable que Froelich de repente estuviera saltando hacia Armstrong. Vista de frente, la escena era un poco distinta. Saltaba con el pie izquierdo y giraba hacia arriba y de lado. Parecía desesperada, pero elegante. Lo pasaron una vez a la velocidad normal y después lo repitieron a cámara lenta. Le apoyaba la mano derecha en el hombro izquierdo y lo empujaba hacia abajo mientras ella se movía hacia arriba. Daba toda la vuelta con su propio impulso, llevaba las rodillas hacia arriba y simplemente lo derribaba con él. Él caía y ella le seguía en el movimiento descendente. Estaba treinta centímetros por debajo de la altura máxima que había alcanzado cuando llegó la segunda bala y recibió el disparo en el cuello.

—Mierda —dijo Reacher.

Neagley asintió, despacio:

—Fue demasiado rápida. Si hubiera tardado un cuarto de segundo más habría estado en el aire lo suficiente como para que la bala le hubiera impactado en el chaleco.

—Era demasiado buena.

Lo pasaron otra vez, a velocidad normal. Terminaba todo en un segundo. Después dejaron avanzar la grabación. El cámara parecía estar clavado al suelo. Reacher salió cuando irrumpía entre las mesas. Vio a los otros agentes que disparaban. A Froelich ya no se la veía, estaba en el suelo. La cámara se movió hacia abajo por los disparos, pero después subió de nuevo y se empezó a acercar hacia el lugar. El cámara se tropezaba con algo y la imagen tambaleaba. Había unos momentos de confusión total. Después comenzaba a avanzar de nuevo, ávido de una toma de la agente caída. Aparecía la cara de Neagley, y la imagen quedaba en negro. La cobertura regresó al presentador, que miró directamente a cámara y anunció que la reacción de Armstrong había sido inmediata y categórica.

La imagen pasó a una localización al aire libre que Reacher reconoció como el aparcamiento del Ala Oeste. Armstrong estaba allí de pie con su esposa. Los dos seguían con su ropa casual, pero se habían quitado los chalecos antibalas. Alguien le había limpiado a Armstrong la sangre de Froelich que le había quedado en la cara. Se había peinado. Se le veía decidido. Habló con voz baja y controlada, como un hombre cualquiera lidiando con emociones

fuertes. Habló de la gran tristeza que sentía por el hecho de que hubieran muerto dos agentes. Elogió sus cualidades como individuos. Transmitió un sentido pésame para sus familias. Continuó diciendo que esperaba que sus muertes fuesen vistas como una defensa de la democracia y no solo como una defensa de su propia persona. Esperaba que eso les proporcionara a sus familias un pequeño consuelo, y también un gran orgullo plenamente justificado. Prometió un castigo rápido y seguro contra los responsables de tal atrocidad. Le aseguró a los ciudadanos de los Estados Unidos que no había ninguna violencia o intimidación capaz de impedir el normal funcionamiento del gobierno, y que la transición continuaría de acuerdo con lo programado. Pero terminó diciendo que, como muestra de su más absoluto respeto, se iba a quedar en Washington y cancelaba todos los compromisos hasta haber asistido a un acto en memoria de su amiga personal y líder de su equipo de protección. Dijo que el acto tendría lugar el domingo por la mañana, en una pequeña iglesia de un pequeño pueblo de Wyoming llamado Grace, la mejor metáfora para la perdurable grandeza de América.

—Tonterías —dijo el agente de guardia.

—No, está bien lo que dice —dijo Reacher.

El telediario pasó al resumen del primer cuarto de los partidos de fútbol americano. El agente de guardia le quitó el sonido y se dio vuelta. Reacher cerró los ojos.

Pensó en Joe y después en Froelich. Pensó en los dos juntos. Después pensó una vez más en el momento en el que había mirado hacia arriba. La sangre de Froelich cayendo en una curva, la curva del hombro de la persona que había disparado, retirándose, balanceándose, *abalanzándose* hacia el otro lado. El abrigo ondeando con él. *El abrigo*. Lo repasó todo de nuevo, como si la televisión hubiera vuelto a poner su propia cinta. Se detuvo en el abrigo. *Lo vio*. Abrió mucho los ojos.

—¿Ya lo resolviste? —preguntó él.

—No puedo superar el argumento de Bannon —contestó Neagley.

—Dilo.

—Crosetti vio a alguien que conocía y en quien confiaba.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre, por lo que tú dices.

—Vale, dilo de nuevo.

Neagley se encogió de hombros:

—Crosetti vio a un hombre que conocía y en el que confiaba.

Reacher negó con la cabeza:

—Faltan dos palabras. Crosetti vio a un *tipo de* hombre que conocía y en el que confiaba.

—¿Quién? —preguntó ella.

—¿Quién puede entrar y salir de todos lados sin levantar ninguna sospecha?

Neagley lo miró:

—¿Alguien de las fuerzas de seguridad?

Reacher asintió:

—El abrigo era largo, como marrón rojizo, con una trama imprecisa. Demasiado ligero para ser un chaquetón, demasiado grueso para ser un chubasquero, ondeando. Se balanceaba mientras él corría.

—¿Mientras quién corría?

—El policía de Bismarck. El teniente o lo que fuera. Se acercó corriendo a mí cuando salí de la iglesia. Era él el que estaba en la azotea del almacén.

—¿Era un *policía*?

—Esa es una acusación muy seria —dijo Bannon—. Basada en una observación de un cuarto de segundo a noventa metros de distancia en medio de un caos total.

Estaban otra vez en la sala de reuniones del FBI. Stuyvesant no se había movido de allí en ningún momento. Seguía con el jersey rosa puesto. La sala seguía siendo impresionante.

—Era él —dijo Reacher—. No hay duda.

—Todas las huellas dactilares de los policías están registradas —dijo Bannon—. Es una condición del puesto.

—Por lo que su socio no es policía —dijo Reacher—. El hombre del vídeo del garaje.

Nadie dijo nada.

—Era él —repitió Reacher.

—¿Durante cuánto tiempo lo viste en Bismarck? —preguntó Bannon.

—Durante diez segundos, quizás —dijo Reacher—. Iba hacia la

iglesia. Quizás me había visto dentro y se escapó, y cuando me vio salir, se dio la vuelta y se preparó para volver a entrar.

—Diez segundos y cuarto en total —dijo Stuyvesant—. Bismarck es la ciudad de Armstrong. De haber un buen lugar para buscar enemistades, sin duda es ese.

Bannon hizo una mueca:

—¿Descripción?

—Alto —dijo Reacher—. Pelo rubio poniéndose canoso. Cara flaca, cuerpo flaco. Abrigo largo, como una especie de sarga pesada, marrón rojizo, abierto. Chaqueta de *tweed*, camisa blanca, corbata, pantalones de franela gris. Zapatos grandes y gastados.

—¿Edad?

—Entre cuarenta y cinco y cincuenta años.

—¿Rango?

—Me mostró una placa dorada, pero estaba a unos seis metros de distancia. No la pude leer. Me dio la impresión de que era algo antigua. Quizás un detective o un teniente, quizás incluso capitán.

—¿Le dijo algo?

—Gritó desde unos seis metros. Unas docenas de palabras, quizás.

—¿Fue él el que llamó?

—No.

—Por lo que ahora ya los hemos visto a los dos —dijo Stuyvesant—. El hombre más bien bajo con abrigo de *tweed* que vimos en el vídeo del garaje y el policía alto y flaco de Bismarck. El bajo fue el que habló por teléfono, y la huella del pulgar es suya. Él estuvo en Colorado con la ametralladora porque el policía es el francotirador del fusil. Por eso estaba yendo a la torre de la iglesia. Iba a disparar.

Bannon abrió una carpeta. Sacó una hoja. La examinó detenidamente.

—Nuestra oficina de Bismarck hizo una lista de todo el personal presente en el lugar —dijo—. En el predio había cuarenta y dos policías locales. Nadie que excediera el rango de sargento salvo dos: el oficial superior a cargo, que era capitán, y su segundo al mando, que era teniente.

—Podría haber sido uno de esos dos —dijo Reacher.

Bannon suspiró:

—Esto nos pone en una situación difícil.

Stuyvesant lo miró:

—¿Ahora le preocupa molestar al Departamento de Policía de Bismarck? No le ha preocupado mucho molestarnos a nosotros.

—No me preocupa molestar a nadie —dijo Bannon—. Estoy pensando de manera táctica, eso es todo. Si hubiese sido un policía llamaría al capitán o al teniente y le pediría que investigue. No puedo hacerlo al revés. Y va a haber coartadas por todas partes. Los rangos superiores hoy no estarán de servicio por el festivo.

—Llame ahora —dijo Neagley—. Averigüe quién no está en la ciudad. Ellos no pueden haber regresado todavía. Ustedes están vigilando los aeropuertos.

Bannon negó con la cabeza:

—La gente puede no estar hoy en casa por muchos motivos. Están de visita en casas de familiares, cosas así. Y la persona que estamos buscando *podría* estar ya de regreso. Podría haber pasado por los aeropuertos sin ningún inconveniente. Esa es la cuestión, ¿no? Con un caos como el de hoy, con muchas agencias distintas buscando en la calle, donde nadie conoce a nadie, lo único que tiene que hacer es avanzar rápido y mostrar la placa, y podrá pasar cualquier control. Obviamente así accedieron a la zona inmediata. Y así salieron. ¿Qué hay más natural en estas circunstancias que un policía corriendo a toda prisa con la placa en alto?

La sala se quedó en silencio.

—Las hojas de servicio —dijo Stuyvesant—. Deberíamos hacer que el Departamento de Policía de Bismarck nos envíe sus expedientes para que Reacher mire sus fotos.

—Eso llevaría días —dijo Bannon—. ¿Y a quién debería pedírselo? Podría estar hablando directamente con el responsable.

—Entonces hablen con su oficina en Bismarck —dijo Neagley—. No me sorprendería que el FBI de allí tenga informes ilegales de todo el departamento de policía, con fotos.

Bannon sonrió:

—Se supone que no debería saber ese tipo de cosas.

Luego se puso lentamente de pie y fue a su oficina a hacer la llamada correspondiente.

—Así que Armstrong hizo el anuncio, finalmente —dijo Stuyvesant —. ¿Lo han visto? Pero va a tener un coste político, porque no le

puedo dejar ir.

—Solo necesito un señuelo —dijo Reacher—. Mejor para mí si él no va. Y ahora mismo lo que menos me importa es la política.

Stuyvesant no contestó. De nuevo nadie dijo nada. Bannon volvió a la sala quince minutos después. Tenía una expresión completamente neutra.

—Tengo buenas y malas noticias —dijo—. La buena noticia es que Bismarck no es la ciudad más grande del planeta. En el departamento de policía trabajan ciento treinta y ocho personas, de las cuales treinta y dos son civiles, lo cual hace que queden ciento seis policías. Doce son mujeres, por lo que ya estamos en noventa y cuatro. Y gracias a los milagros de los informes de inteligencia ilegales y a la tecnología moderna, en diez minutos recibiremos por correo electrónico las fotos escaneadas de todos ellos.

—¿Cuál es la mala noticia? —preguntó Stuyvesant.

—Más adelante —dijo Bannon—. Después de que Reacher nos haya hecho perder un poco más de tiempo.

Miró alrededor de la sala. No dijo nada más. Al final la espera duró menos de diez minutos. Un agente de traje entró apresuradamente con un fajo de papeles. Los dejó frente a Bannon. Bannon empujó la pila en dirección a Reacher. Reacher la cogió y miró hacia ella. Dieciséis hojas, algunas todavía húmedas de la impresora. En quince de ellas había seis fotos, mientras que en la decimosexta solo había cuatro. Noventa y cuatro caras en total. Empezó por la última. Ninguna de esas cuatro caras estaba ni siquiera cerca.

Cogió la decimoquinta hoja. Recorrió los siguientes seis rostros y dejó otra vez el papel en su sitio. Cogió la decimocuarta. Examinó las seis fotos. Iba rápido. No necesitaba poner demasiada atención. Tenía los rasgos del tipo grabados en la cabeza. Pero el tipo no estaba en la decimocuarta hoja. Ni en la decimotercera.

—¿Cómo de seguro está? —preguntó Stuyvesant.

Nada en la hoja número doce.

—Estoy seguro —dijo Reacher—. Ese era el tipo, y el tipo era policía. Tenía una placa y parecía policía. Era tan parecido a un policía como Bannon.

Nada en la hoja número once. Ni en la número diez.

—Yo no parezco policía —dijo Bannon.

Nada en la novena hoja.

—Tiene exactamente el mismo aspecto que un policía —dijo Reacher—. Lleva abrigo de policía, pantalón de policía, zapatos de policía. Tiene cara de policía.

Nada en la octava hoja.

—Actuaba como un policía —dijo Reacher.

Nada en la séptima hoja.

—Olía como un policía —dijo Reacher.

Nada en la sexta hoja. Nada en la quinta.

—¿Qué le dijo? —preguntó Stuyvesant.

Nada en la cuarta hoja.

—Me preguntó si la iglesia estaba segura —dijo Reacher—. Le pregunté qué estaba pasando. Me dijo que había un gran revuelo. Después me recriminó por haber dejado abierta la puerta de la iglesia. Tal como hablaría un policía.

Nada en la tercera hoja. Ni en la segunda. Cogió la primera y supo instantáneamente que el tipo no estaba allí. Tiró el papel y negó con la cabeza.

—Vale, ahora la mala noticia —dijo Bannon—. No había nadie ahí del Departamento de Policía de Bismarck que estuviera con ropa de civil. Ni una sola persona. Se consideraba una ceremonia. Estaban todos de uniforme. Los cuarenta y dos. Especialmente los oficiales. El capitán y el teniente estaban en uniforme *de gala*. Con guantes blancos y todo.

—El tipo era un policía de Bismarck —dijo Reacher.

—No —dijo Bannon—. No era un policía de Bismarck. En el mejor de los casos era alguien haciéndose pasar por un policía de Bismarck.

Reacher no dijo nada.

—Pero obviamente lo estaba haciendo muy bien —dijo Bannon —. Le convenció a usted, por ejemplo. Claramente tenía el aspecto y el comportamiento adecuado.

Nadie dijo nada.

—Por lo que me temo que no cambió nada —dijo Bannon—. Seguimos buscando a exempleados recientes del Servicio Secreto. ¿Porque quién mejor para hacerse pasar por un policía de provincia que otro veterano de las fuerzas de seguridad que trabajó toda su carrera junto a policías de provincia en eventos exactamente iguales

a ese?

QUINCE

El administrativo de la Oficina de Investigaciones de Protección estaba esperando cuando Reacher y Neagley y Stuyvesant regresaron al edificio del Tesoro. Estaba de pie en la recepción vestido con un jersey de lana y pantalón azul, como si hubiese llegado directamente de la mesa familiar. Tenía más o menos la misma edad que Reacher y parecía un profesor universitario, salvo por sus ojos. Tenían una mirada culta y cansada, como los de alguien que ha visto unas cuantas cosas y que ha escuchado bastantes más. Se llamaba Swain. Stuyvesant lo presentó y desapareció. Swain condujo a Reacher y a Neagley por pasillos por los que todavía no habían pasado hasta llegar a una habitación que claramente servía tanto de biblioteca como de sala de lectura. Tenía una docena de sillas dispuestas mirando hacia un podio y tres de las paredes estaban cubiertas de estanterías con libros. En la cuarta pared había una hilera de puestos con ordenadores sobre escritorios. Una impresora junto a cada ordenador.

—Escuché lo que está diciendo el FBI —dijo Swain.

—¿Te lo crees? —preguntó Reacher.

Swain se encogió de hombros.

—¿Sí o no? —preguntó Reacher.

—Supongo que no es imposible —dijo Swain—. Pero no hay motivo para creer que es probable. Es tan probable como que sean exagentes del FBI. O agentes *actuales* del FBI. Como agencia nosotros somos mejores que ellos. Quizás están tratando de hundirnos.

—¿Crees que deberíamos buscar en esa dirección?

—Eres el hermano de Joe Reacher, ¿no es así?

Reacher asintió.

—Yo trabajé con él —dijo Swain—. Hace muchísimo tiempo.

—¿Y?

—Solía incentivar en su equipo las observaciones aleatorias.

—Yo también —dijo Reacher—. ¿Tienes alguna?

—Mi trabajo es estrictamente el de un especialista —dijo Swain —. ¿Comprendes? Soy tan solo un investigador. Un académico, en realidad. Estoy aquí para analizar.

—¿Y?

—La situación parece distinta a cualquier otra cosa que haya visto antes. El odio es demasiado evidente. Los asesinatos se dividen en dos grupos, ideológicos o funcionales. Un asesinato funcional ocurre cuando te deshaces de alguien por algún motivo político o económico específico. Un asesinato ideológico ocurre cuando matas a alguien porque lo odias, básicamente. Ha habido muchos atentados siguiendo alguna de estas dos líneas a lo largo de los años. No puedo decir nada de ninguno salvo que la mayoría no llegan muy lejos. Y que sin duda siempre hay mucho odio involucrado. Pero por lo general está bien escondido, en el nivel de los conspiradores. Susurran entre ellos. Lo único que vemos nosotros es el resultado. Pero esta vez el odio está ahí mismo, frente a nosotros. Se tomaron muchas molestias y corrieron muchos riesgos para asegurarse de que nosotros sepamos todo al respecto.

—¿Y cuál es tu conclusión?

—Creo que la primera etapa fue extraordinaria. ¿Los mensajes? Piensen en los riesgos. Piensen en la energía que se necesita para minimizar esos riesgos. En esa primera etapa invirtieron una cantidad de recursos increíble. Por lo que debo asumir que sintieron que valía la pena.

—Pero no fue así —dijo Neagley—. Armstrong ni siquiera vio ninguno de esos mensajes. Perdieron el tiempo.

—Mero desconocimiento —dijo Swain—. ¿Sabían *ustedes* que no hablamos bajo ningún concepto de las amenazas con nuestros protegidos?

—No —dijo Neagley—. Me sorprendió.

—Nadie lo sabe —dijo Swain—. Todos se sorprenden. Estos tipos creyeron que estaban llegando directamente a él. Por lo que estoy convencido de que es personal. Dirigido a él, no a nosotros.

—Pensamos lo mismo —dijo Reacher—. ¿Tienes algún motivo específico?

—Creeréis que soy un ingenuo —respondió Swain—. Pero no me

parece que alguien que trabaja o haya trabajado para nosotros hubiese matado a los otros dos Armstrong. No así sin más.

Reacher se encogió de hombros:

—Quizás eres un ingenuo. Quizás no. Pero no importa. De todos modos nosotros estamos convencidos.

—¿Cuál es su motivo?

—El guion en el segundo mensaje.

—¿El guion? —dijo Swain. Luego hizo una pausa—. Sí, ya veo. Es plausible, pero un poco circunstancial, ¿no le parece?

—Sea como sea, estamos trabajando con la conjetura de que fue algo personal.

—Vale, ¿pero por qué? La única respuesta posible es que lo odian espantosamente. Primero querían provocarlo, asustarlo, hacerlo sufrir. Matarlo sin más no era suficiente para ellos.

—¿Entonces quiénes son? ¿Quién lo odia tanto?

Swain hizo un gesto con la mano, como apartando esa pregunta.

—Otra cosa —dijo—. Esto puede parecer un poco extraño, pero yo creo que estamos contando mal. ¿Cuántos mensajes hubo?

—Seis —dijo Reacher.

—No —dijo Swain—. Yo creo que hubo siete.

—¿Dónde está el séptimo?

—Nendick —respondió Swain—. Yo creo que Nendick entregó el segundo mensaje y *fue* el tercero. Cuarenta y ocho horas después de que ustedes llegaran, dieron con Nendick, lo que es muy rápido. Pero con el debido respeto, habríamos llegado a él de todos modos, antes o después. Era inevitable. Si no era el personal de limpieza, tenían que ser los vídeos. Por lo que habríamos llegado ahí. ¿Y qué nos estaba esperando? Nendick no fue solo un método de entrega. Fue un mensaje *en sí mismo*. Demostró lo que esta gente es capaz de hacer. Si uno asume que Armstrong estaba al tanto, a esas alturas ya hubiera estado bastante asustado.

—Entonces hay nueve mensajes —dijo Neagley—. Sobre esa base, deberíamos añadir los acontecimientos de Minnesota y de Colorado.

—Absolutamente —dijo Swain—. ¿Veis a lo que me refiero? Todo esto tiene el miedo como objetivo. Cada detalle. Supongamos que Armstrong *hubiera estado* siempre al tanto. Recibe el primer mensaje, se preocupa. *Nosotros* recibimos el segundo mensaje, se

preocupa aún más. Rastreamos de dónde viene y empieza a sentirse mejor, pero no, se pone aún peor porque encontramos a Nendick muerto de miedo. Después recibimos la amenaza de la demostración, se preocupa un poco más. Después la demostración se lleva a cabo, y queda devastado por lo despiadada que fue.

Reacher no dijo nada. Solo miraba al suelo.

—Crees que estoy sobreanalizando —dijo Swain.

Reacher negó con la cabeza, todavía al suelo:

—No, creo que yo estoy subanalizando. Quizás. Probablemente. Porque ¿qué son las huellas del pulgar?

—Son otra forma de provocación —dijo Swain—. Están para presumir. Son un acertijo. Una burla. Como una manera de decir *no pueden cogerme*.

—¿Cuánto tiempo trabajaste con mi hermano?

—Cinco años. Trabajé *para* él, en realidad. Dije *con él* en un vano intento de adjudicarme un poco de estatus.

—¿Era un buen jefe?

—Era un gran jefe —dijo Swain—. Un gran tipo en general.

—¿Y hacía sesiones de observación aleatoria?

Swain asintió:

—Eran divertidas. Cualquiera podía decir cualquier cosa.

—¿Él participaba?

—De manera muy lateral.

Reacher alzó la vista:

—Acabas de decir que todo esto tiene el miedo como objetivo, cada detalle. Después has dicho que las huellas del pulgar eran otra forma de provocación. Por lo que no todo es lo mismo, ¿no es así? Algo es distinto.

Swain se encogió de hombros:

—Podría desarrollarlo. Las huellas del pulgar inducen el miedo de que son demasiado inteligentes para ser atrapados. Es otra clase de miedo, pero sigue siendo *miedo*.

Reacher miró hacia otra parte. Se quedó callado. Treinta segundos, un minuto entero.

—Voy a ceder —dijo—. Finalmente. Voy a ser como Joe. Llevo su traje. Me he estado acostando con su novia. Sigo conociendo viejos colegas suyos. Por lo que ahora voy a hacer una observación lateral aleatoria algo extraña, tal como, al parecer, hacía él.

—¿Cuál es la observación? —dijo Neagley.

—Creo que se nos ha escapado algo —dijo Reacher—. Que simplemente lo pasamos por alto.

—¿El qué?

—Tengo algunas imágenes raras dando vueltas en la cabeza. Como por ejemplo la secretaria de Stuyvesant haciendo cosas en su escritorio.

—¿Qué cosas?

—Creo que lo de la huella del pulgar lo interpretamos justo al revés. Todo el tiempo hemos asumido que ellos sabían que esa huella no se podía rastrear. Pero creo que estamos completamente equivocados. Creo que ocurre lo contrario. Creo que ellos esperaban que *se pudiese* rastrear.

—¿Por qué?

—Porque creo que lo de la huella del pulgar es exactamente igual que lo de Nendick. Hoy me encontré con un relojero. Me dijo de dónde proviene el escualeno.

—Del hígado del tiburón —dijo Neagley.

—Y de la nariz de la gente —dijo Reacher—. Es lo mismo. Esa película de grasa con la que te despiertas por las mañanas es escualeno. Exactamente la misma composición química.

—¿Entonces?

—Entonces creo que los tipos que buscamos apostaron y no tuvieron suerte. Supongamos que eliges a una persona al azar, de sexo masculino y de más o menos sesenta o setenta años. ¿Qué probabilidades hay de que le hayan tomado las huellas dactilares al menos una vez en la vida?

—Bastantes, supongo —dijo Neagley—. A todos los inmigrantes les toman las huellas dactilares. Si es americano, lo habrían reclutado para ir a Corea o a Vietnam y le habrían tomado las huellas dactilares incluso si no fue. Le habrían tomado las huellas dactilares en el caso de haber sido arrestado alguna vez, y también si fue empleado público.

—O empleado de ciertas empresas privadas —dijo Swain—. Muchas exigen las huellas. Los bancos, los grandes comercios, ese tipo de empresas.

—Vale —dijo Reacher—. Lo que quería decir es lo siguiente: no creo que la huella del pulgar sea de uno de ellos. Creo que es de

alguna persona completamente ajena a la cuestión. Una persona inocente. Alguien a quien eligieron al azar. Y se suponía que la huella nos llevaría directamente a ese alguien.

La sala se quedó en silencio. Neagley miró a Reacher.

—¿Para qué? —dijo.

—Para que encontráramos a otro Nendick —dijo él—. La huella del pulgar estaba *en* todos los mensajes, y la persona a quien pertenece *era* un mensaje, del mismo modo que Swain dice que Nendick lo era. Se suponía que nosotros rastrearíamos la huella, daríamos con la persona y nos encontraríamos con una situación exactamente igual a la de Nendick. Una víctima aterrorizada, demasiado asustada como para abrir la boca y decirnos algo. Un mensaje en sí mismo. Pero de una manera puramente accidental, los tipos dieron con alguien a quien nunca le habían tomado las huellas dactilares, y por lo tanto no lo encontramos.

—Pero hubo seis mensajes en papel —dijo Swain—. Probablemente veinte días desde que dejaron el primero en el correo hasta que entregaron el último en la casa de Froelich. ¿Eso qué significa? ¿Todos los mensajes estaban preparados con antelación? Sin duda, eso sería demasiada planificación.

—Es posible —dijo Neagley—. Podrían haber impreso docenas de versiones, una para cada situación.

—No —dijo Reacher—. Yo creo que las imprimían a medida que iban sucediendo las cosas. Creo que la huella del pulgar la tuvieron todo el tiempo a su disposición.

—¿Cómo? —preguntó Swain—. ¿Secuestraron a alguien y lo tuvieron de rehén? ¿Lo escondieron en algún lado? ¿Lo llevan con ellos a todas partes?

—No funcionaría —dijo Neagley—. No pueden pretender que encontremos a alguien que no está en su casa.

—Está en su casa —dijo Reacher—. Pero su pulgar no.

Nadie dijo nada.

—Enciende un ordenador —dijo Reacher—. Busca la palabra *pulgar en* el Centro Nacional de Información Criminal.

—En Sacramento tenemos una oficina importante —dijo Bannon—. Ya se están moviendo tres agentes. También un médico. Lo sabremos en una hora.

Esta vez se había acercado Bannon. Estaban en la sala de

reuniones del Servicio Secreto, Stuyvesant en la cabecera de la mesa, Reacher, Neagley y Swain juntos de un lado, Bannon solo del otro.

—Es una idea muy extraña —dijo Bannon—. ¿Qué habrían hecho? ¿Guardarlo en el congelador?

—Probablemente —dijo Reacher—. Lo descongelan un poco, se lo restriegan por la nariz, estampan la huella en el papel. De la misma manera que la secretaria de Stuyvesant con su sello de goma. Probablemente con el tiempo se va secando un poco, que es la razón por la cual el porcentaje de escualeno es cada vez más elevado.

—¿Qué implicaciones tiene? —dijo Stuyvesant—. Asumir que usted tiene razón.

Reacher hizo una mueca:

—Podríamos cambiar una suposición importante. Podríamos suponer que los dos tienen sus huellas dactilares registradas, y que los dos usaron guantes de látex.

—Dos renegados —dijo Bannon.

—No necesariamente nuestros —dijo Stuyvesant.

—Explíquenme entonces los demás factores —dijo Bannon.

Stuyvesant se quedó callado. Bannon se encogió de hombros.

—Vamos —dijo—. Tenemos una hora. Y no quiero estar buscando en el sitio equivocado. Por lo que convénzanme. Demuéstrenme que son ciudadanos particulares que están apuntando a Armstrong de manera personal.

Stuyvesant miró a Swain, pero Swain no dijo nada.

—El tiempo corre —dijo Bannon.

—Este no es el contexto ideal —dijo Swain.

Bannon sonrió:

—¿Qué, solo le predican al coro?

Nadie dijo nada.

—No tienen caso —dijo Bannon—. O sea, ¿a quién le importa un vicepresidente? No son nadie. ¿Cómo era? ¿Un balde de saliva caliente?

—Era una jarra —dijo Swain—. John Nance Garner dijo que la vicepresidencia no vale ni una jarra de saliva caliente. También se refirió a ella como la rueda de repuesto del coche del gobierno. Fue el primer compañero de fórmula de Roosevelt. John Adams la

señaló como el puesto más insignificante que inventó el hombre, y eso que fue el primer vicepresidente.

—¿Y a quién le puede importar tanto dispararle a una rueda de repuesto o a una jarra de saliva?

—Permíteme empezar por el principio —dijo Swain—. ¿Qué hace un vicepresidente?

—Se queda sentado —dijo Bannon—. A la espera de que se muera el líder.

Swain asintió:

—Otra persona dijo que el trabajo del vicepresidente consistía sencillamente en esperar. A que el presidente muera, claro, pero con más frecuencia su propia candidatura ocho años después. Pero en el corto plazo, ¿para *qué* sirve el vicepresidente?

—Escapa a mi comprensión —respondió Bannon.

—Está ahí para ser candidato —dijo Swain—. Básicamente para eso. La vida que le está diseñada dura desde el momento en que lo nombran, en verano, hasta el día de las elecciones. Es útil durante cuatro o cinco meses como máximo. Empieza siendo un estimulante para la campaña. A mediados de verano todo el mundo está ya aburridísimo de los candidatos presidenciales, por lo que el anuncio del vicepresidente les da un incentivo a las campañas. De repente todos tenemos otra cosa de la que hablar. Otra persona para analizar. Examinamos sus cualidades y sus precedentes. Nos fijamos lo bien que equilibra la fórmula. Esa es su primera función. Equilibrio y contraste. El candidato a vicepresidente *es* lo que el candidato presidencial no es, y viceversa. Joven, viejo, atrevido, aburrido, del norte, del sur, tonto, inteligente, duro, blando, rico, pobre.

—Se entiende la idea —dijo Bannon.

—Está ahí por lo que *es* —dijo Swain—. Al principio no es nada más que una foto y una biografía. Es un *concepto*. Después empiezan sus obligaciones. Debe tener aptitudes para hacer campaña, obviamente. Porque está ahí para ser el perro de presa. Debe ser capaz de decir las cosas que el candidato presidencial no puede decir. Si en los guiones de la campaña hay un ataque o un insulto, el que lo tiene que salir a decir es el candidato a vicepresidente. Mientras tanto el candidato presidencial está en alguna otra parte interpretando perfectamente su papel de hombre

de Estado. Después llegan las elecciones, el candidato presidencial va a la Casa Blanca y al vicepresidente lo guardan en el armario. El primer jueves de noviembre se acabó su utilidad.

—¿Armstrong era bueno en ese tipo de cosas?

—Excelente. La verdad es que era muy bueno haciendo campaña negativa, pero en las encuestas no se notó porque mantuvo esa agradable sonrisa en su cara todo el tiempo. La verdad es que era letal.

—¿Y ustedes creen que se metió con tantas personas como para ser asesinado por eso?

Swain asintió:

—Ese es el material con el que estoy trabajando ahora. Estoy analizando todos sus discursos y comentarios, contrastando sus ataques con el perfil de la gente a la que atacaba.

—El contexto es elocuente —dijo Stuyvesant—. Eso nadie lo puede discutir. Estuvo en la Cámara de Representantes durante seis años y otros seis en el Senado, y apenas recibió cartas desagradables. Todo esto fue provocado por algo reciente.

—Y su historia reciente es la campaña —dijo Swain.

—¿No hay nada en su historial? —preguntó Bannon.

Swain negó con la cabeza:

—Estamos cubiertos de cuatro maneras distintas —dijo—. La primera y más reciente fue la comprobación que hicieron ustedes en el FBI cuando fue nombrado. Tenemos una copia y ahí no hay nada. Después tenemos las averiguaciones que hizo la oposición para cada una de sus campañas, esta vez y las dos veces que se presentó a cargos en el Congreso. Ellos encontraron muchas más cosas. Y está limpio.

—¿Fuentes de Dakota del Norte?

—Nada —dijo Swain—. Hablamos con todos los periódicos de allí, naturalmente. Los periodistas locales lo saben todo, y no hay nada malo.

—Por lo que fue la campaña —dijo Stuyvesant—. Hizo que alguien se enfadase.

—Alguien que tiene armas del Servicio Secreto —dijo Bannon—. Alguien que está al tanto de la cooperación entre el Servicio Secreto y el FBI. Alguien que sabe que no pueden enviar por correo algo al vicepresidente sin que sea revisado por la oficina del Servicio

Secreto. Alguien que sabía dónde vivía Froelich. ¿Han escuchado hablar alguna vez de la prueba del pato? ¿Si parece un pato, suena como un pato, camina como un pato?

Stuyvesant no dijo nada. Bannon miró su reloj. Sacó su móvil del bolsillo y lo dejó en la mesa, enfrente suyo. Allí se quedó, en silencio.

—Me quedo con la teoría que tengo —dijo Bannon—. Salvo que ahora voy a considerar que los dos tipos eran de los suyos. Es decir, si este teléfono suena y resulta que Reacher tiene razón.

El teléfono sonó en ese mismo momento. La melodía que tenía seleccionada era una versioncita chillona de una obertura clásica famosa. Sonaba ridícula en la quietud seria de la sala. Cogió el teléfono y atendió la llamada. La presuntuosa melodía se interrumpió. Alguien deber haber dicho ¿*jefe*? Porque él dijo *sí* y luego se limitó a escuchar, no más de nueve o diez segundos. Después colgó y guardó el teléfono otra vez en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Sacramento? —preguntó Stuyvesant.

—No —dijo Bannon—. Una llamada local. Encontraron el fusil.

Se separaron de Swain y se dirigieron a los laboratorios del FBI en el Edificio Hoover. Una plantilla de expertos estaba allí reunida. Todos tenían un aspecto muy parecido al de Swain, académicos y científicos a los que los habían sacado de sus casas. Estaban vestidos como padres de familia que se habían preparado para permanecer inertes frente al partido de fútbol durante el resto del día. Un par ya habían tomado unas cuantas cervezas. Eso estaba claro. Neagley conocía a uno, vagamente, de sus meses de entrenamiento en los laboratorios, hacía ya muchos años.

—¿Era un Vaime MI2? —preguntó Bannon.

—Sin duda —dijo uno de los técnicos.

—¿Tenía número de serie?

El tipo negó con la cabeza:

—Lo quitaron con ácido.

—¿Algo que puedan hacer al respecto?

El tipo negó con la cabeza de nuevo:

—No —dijo—. Si fuese un número estampado, podríamos buscar debajo y encontrar suficientes restos en el metal como para recuperarlo, pero Vaime utiliza un método de grabado en vez de

uno de estampado. No podemos hacer nada.

—¿Dónde está ahora?

—Le estamos aplicando vapores en busca de huellas dactilares —dijo el tipo—. Pero es inútil. No obtuvimos nada con el fluoroscopo. Tampoco con el láser. Lo limpiaron todo.

—¿Dónde lo han encontrado?

—En el almacén. Detrás de la puerta de una de las habitaciones del tercer piso.

—Supongo que esperaron allí —dijo Bannon—. Quizás cinco minutos, porque salieron en el momento de máximo caos. Mentes frías.

—¿Casquillos? —preguntó Neagley.

—Ninguno —dijo el técnico—. Deben haberlos recogido. Pero tenemos las cuatro balas. Las tres de hoy están totalmente abolladas por el impacto en superficies duras. Pero la de Minnesota está intacta. El barro la conservó.

Se acercó a un banco de laboratorio en el que las balas estaban dispuestas sobre una hoja de papel de carnicería blanca y limpia. Tres eran unas masas amorfas debido al impacto. Una de esas tres estaba limpia. Era la que había fallado con Armstrong y había dado contra la pared. Las otras dos estaban manchadas de los residuos negros de los sesos de Crosetti y de la sangre de Froelich, respectivamente. Restos de tejido humano se habían impreso en el recubrimiento de cobre y se habían quemado sobre la superficie caliente, formando los típicos dibujos de un tejido de encaje. Pero los dibujos habían colapsado cuando las balas siguieron su recorrido e impactaron contra lo que estaba a continuación. La pared del fondo, en el caso de Froelich. La pared interna del pasillo, presumiblemente, en el de Crosetti. La bala de Minnesota parecía nueva. Su recorrido por el barro de la granja la había dejado limpia.

—Traigan el fusil —dijo Bannon.

Lo sacaron del laboratorio todavía oliendo a los vapores calientes y superadhesivos que le habían echado por encima con la esperanza de encontrar huellas dactilares. Era un arma insulsa, austera, angulosa. Estaba pintada con la pintura epoxi negra que le venía de fábrica. Tenía un cerrojo compacto y corto y un cañón relativamente corto también, alargado por el voluminoso silenciador. Sobre él había una mirilla muy potente.

—Esa no es la mirilla correcta —dijo Reacher—. Es una Hensoldt. Vaime usa mirillas Bushnell.

—Sí, está modificado —dijo uno de los técnicos—. Ya hemos dejado constancia.

—¿Modificado por la fábrica?

El hombre negó con la cabeza:

—No creo —dijo—. Es de gran calidad, pero no es un trabajo de fábrica.

—¿Y qué significa? —preguntó Bannon.

—No estoy seguro —dijo Reacher.

—¿Una mirilla Hensoldt es mejor que una Bushnell?

—En realidad no. Las dos son buenas. Como BMW y Mercedes. Como Canon y Nikon.

—¿Y alguien podría llegar a preferir una de las dos?

—No alguien del gobierno —dijo Reacher—. ¿Qué dirías si uno de tus fotógrafos de escenas criminales viniese y te dijera: quiero una Canon en vez de la Nikon que me dieron?

—Probablemente le diría que se fuera al diablo.

—Exacto. Trabaja con lo que tiene. Por lo que no veo a alguien yendo al armero de su departamento a pedirle que tire una Bushnell de mil dólares solo porque prefiere una Hensoldt de mil dólares.

—¿Y por qué la cambiaron?

—No estoy seguro —dijo Reacher de nuevo—. Porque estaba dañada, quizás. Si un fusil se cae al suelo no es raro que la mirilla quede dañada. Pero en un taller del gobierno usarían otra Bushnell. A la hora de comprar no compran solo los fusiles. También compran montones de cajas de repuestos.

—¿Y si se hubiesen acabado? ¿Y si las mirillas se rompiesen con mucha frecuencia?

—Supongo que entonces podrían llegar a usar una Hensoldt. Por lo general, las Hensoldt vienen con los fusiles SIG. Tienen que revisar otra vez sus listas. Averiguar si hay alguien que compre Vaime y SIG para sus francotiradores.

—¿El SIG también viene con silenciador?

—No —dijo Reacher.

—Es eso, entonces —dijo Bannon—. Una misma agencia necesita dos tipos de fusiles para francotiradores, compra Vaime como opción con silenciador y SIG como opción sin silenciador. En

los almacenes de repuestos tienen los dos tipos de mirilla. Cuando se quedan sin Bushnell empiezan a usar las Hensoldt.

—Es posible —dijo Reacher—. Deberían hacer las averiguaciones correspondientes. Deberían preguntar específicamente si alguien montó una mirilla Hensoldt en un fusil Vaime. Y si eso no sucedió, deberían empezar a preguntar en las armerías comerciales. Empiecen con las más caras. Estos son artículos raros. Podría ser importante.

Stuyvesant miraba a lo lejos. Por cómo le caían los hombros se notaba que estaba preocupado.

—¿Qué? —preguntó Reacher.

Stuyvesant enfocó la mirada y negó con la cabeza. Hizo un pequeño gesto de derrota.

—Me temo que nosotros compramos SIG —dijo, en voz baja—. Recibimos un lote de SG550 hace alrededor de cinco años. Semiautomáticos sin silenciador, como opción alternativa. Pero no los usamos mucho porque el mecanismo automático los vuelve demasiado imprecisos para situaciones de mucha gente en distancias cortas. La mayoría están guardados. Ahora usamos siempre los Vaime. Por lo que estoy seguro de que los almacenes en los que se guardan los repuestos de los SIG están llenos.

La sala se quedó callada un momento. Después volvió a sonar el teléfono de Bannon. La oberturita infame chilló en medio del silencio. Apretó el botón para atenderla, se lo acercó a la oreja, dijo *sí* y escuchó.

—Ya veo —dijo. Escuchó un poco más.

—¿El doctor ha opinado lo mismo? —preguntó. Escuchó un poco más.

—Ya veo —dijo, y escuchó.

—Supongo —dijo, y escuchó.

—¿Dos? —preguntó, y escuchó.

—Vale —dijo, y colgó.

—Al piso de arriba —dijo. Estaba pálido.

Stuyvesant, Reacher y Neagley lo siguieron hasta el ascensor y subieron con él a la sala de reuniones. Él se sentó en la cabecera de la mesa y los otros se quedaron juntos cerca del otro extremo, como si no quisieran acercarse demasiado a lo que tenía que decirles. Al otro lado de la ventana el cielo estaba completamente oscuro. El

Día de Acción de Gracias se estaba acercando a su fin.

—Se llama Andretti —dijo Bannon—. Tiene setenta y tres años, es carpintero jubilado y bombero voluntario jubilado. Tiene nietas. Lo presionaron con eso.

—¿Ha confesado? —preguntó Neagley.

—Un poco —dijo Bannon—. Parece que está hecho de una madera más dura que Nendick.

—¿Cómo fue la situación?

—Suele ir a un bar de policías a las afueras de Sacramento, de sus días como bombero. Ahí conoció a dos tipos.

—¿Eran policías? —preguntó Reacher.

—Tenían aspecto de policías —dijo Bannon—. Así los describió. Empezaron a charlar y a mostrarse fotos de sus familias. Empezaron a hablar de lo podrido que está el mundo, y de las cosas que harían para protegerlas a ellas de todo eso. Fue gradual, dijo.

—¿Y?

—Se quedó callado durante un rato, pero después nuestro médico le miró la mano. Le habían cortado quirúrgicamente el pulgar izquierdo. Bueno, no tan *quirúrgicamente*. Entre cercenado y amputado, dijo el médico. Pero se notaba la intención de hacerlo con cuidado. Andretti se atuvo a su historia de la carpintería. El médico dijo que era imposible que se lo hubiese hecho con una sierra. O sea, *imposible*. A Andretti pareció alegrarle que lo contradijeran, y habló un poco más.

—¿Y?

—Vive solo. Es viudo. Los dos tipos con aspecto de policía lo convencieron para que los invitara a su casa. Le preguntaban: ¿qué harías para proteger a tu familia? O sea: ¿qué *harías*? ¿Hasta dónde llegarías? Al principio era todo retórico, y después, de un momento a otro, se volvió práctico. Le dijeron que iba a tener que entregar su pulgar o a sus nietas. Él elegía. Lo sujetaron y lo hicieron. Se llevaron sus fotos y la agenda. Le dijeron que ahora podían reconocer a sus nietas y que sabían dónde vivían. Le dijeron que les arrancarían los ovarios de la misma manera que le habían arrancado el pulgar a él. Y él les creyó, obviamente. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Acababa de sufrirlo en carne *propia*. Le robaron una nevera portátil de la cocina y un poco de hielo del congelador para transportar el pulgar. Lo dejaron ahí y él se fue al hospital.

Silencio en la sala.

—¿Descripciones? —preguntó Stuyvesant.

Bannon negó con la cabeza:

—Estaba demasiado asustado —dijo—. Mi gente le habló de Protección de Testigos para toda la familia, pero no va a aceptar. Mi conjetura es que ya nos dijo todo lo que nos va a decir.

—¿Enviaron a la policía científica a la casa?

—Andretti limpió todo. Lo obligaron. Lo vigilaron mientras lo hacía.

—¿Qué hay con el bar? ¿Alguien los vio hablando?

—Iremos a preguntar. Pero esto fue hace casi seis semanas. No tengan muchas expectativas.

Nadie dijo nada durante un largo rato.

—¿Reacher? —dijo Neagley.

—¿Qué?

—¿En qué estás pensando?

Él se encogió de hombros.

—Estoy pensando en Dostoyevski —dijo—. Acabo de encontrar el ejemplar de *Crimen y castigo* que le mandé a Joe por un cumpleaños. Me acuerdo de que casi le mando *Los hermanos Karamazov*, pero al final decidí que no. ¿Lo has leído?

Neagley negó con la cabeza.

—En parte trata de lo que hicieron los turcos en Bulgaria —dijo —. Estaban ocurriendo violaciones y saqueos de todo tipo. Ahorcaban a prisioneros por la mañana, después de haberles hecho pasar su última noche con las orejas clavadas a unas vallas. Lanzaban bebés por el aire y los cazaban con las bayonetas. Decían que lo mejor era hacerlo delante de las madres. Iván Karamazov estaba seriamente decepcionado con todo eso. Decía que *ningún animal podría ser jamás tan cruel como el hombre, tan ingeniosa y tan artísticamente cruel*. Después pensé en estos tipos obligando a Andretti a limpiar su casa mientras ellos lo vigilaban. Supongo que lo tuvo que hacer con una sola mano. Probablemente le costó mucho. Dostoyevski puso sus sentimientos en un libro. Yo no tengo su talento. Así que pienso que voy a encontrar a esos tipos y a hacerles ver el error de los métodos que adoptaron de la manera en que mi propio talento me lo permita.

—No pensé que usted fuera un gran lector —dijo Bannon.

—Me las arreglo.

—Y le aconsejaría que no se tome la justicia por su mano.

—Ese es un concepto muy elevado para un agente especial.

—Sea como sea, no quiero a nadie actuando de forma autónoma.

Reacher asintió:

—Apuntado —dijo.

Bannon sonrió:

—¿Ya ha resuelto el acertijo?

—¿Qué acertijo?

—Asumimos que el fusil Vaime estuvo en Minnesota el martes y ayer en Dakota del Norte. Y hoy está aquí en el D. C. No lo trajeron en avión, eso seguro, porque meter armas largas en un vuelo comercial deja un rastro de documentación kilométrico. Y Dakota del Norte está demasiado lejos como para llegar hasta aquí en coche en el tiempo en que lo hicieron. Por lo que uno de ellos estaba solo con el Heckler & Koch en Bismarck mientras que el otro venía en coche desde Minnesota hasta acá con el Vaime. O si los dos estuvieron en Bismarck, entonces deben tener dos Vaime, uno allí y otro guardado aquí. Y si los dos estaban en Bismarck pero tienen un solo Vaime, entonces alguien más tuvo que llevárselo a ellos desde Minnesota, en cuyo caso nos estamos enfrentando a tres personas, no a dos.

Nadie dijo nada.

—Voy a volver para ir a ver Swain —dijo Reacher—. Iré caminando. Me hará bien.

—Iré contigo —dijo Neagley.

Eran unos ochocientos metros rápidos hacia el oeste por la avenida Pennsylvania. El cielo seguía despejado, lo que hacía que el aire de la noche fuera frío. Podían verse algunas estrellas a través de la ligera niebla de la ciudad y del brillo naranja del alumbrado público. A lo lejos había una luna pequeña. No había tráfico. Pasaron por el Federal Triangle y la mole del Departamento del Tesoro se les echó encima todavía más. Los controles policiales de la Casa Blanca ya no estaban. La ciudad había vuelto a la normalidad. Era como si nunca hubiese sucedido nada.

—¿Estás bien? —preguntó Neagley.

—Enfrentándome a la realidad —respondió Reacher—. Me estoy

haciendo viejo. Soy más lento mentalmente. Me alegró mucho haber llegado a Nendick tan rápido, pero se suponía que iba a llegar hasta él de inmediato. Así que en realidad fue un pésimo trabajo. Lo mismo que con la huella del pulgar. Pasamos horas dándole vueltas a esa maldita huella. Días y días. Retorcimos todo para hacerla encajar. Nunca vimos la verdadera intención.

—Pero al final llegamos.

—Y me siento culpable, como de costumbre.

—¿Por qué?

—Le dije a Froelich que lo estaba haciendo bien —dijo Reacher —. Pero debería haberle dicho que duplicara la cantidad de centinelas en la azotea. Uno en el borde, el otro en la escalera. Eso podría haberla salvado.

Neagley se quedó en silencio. Seis pasos, siete.

—Era su trabajo, no el tuyo —dijo—. No te sientas culpable. No eres responsable de todo el mundo.

Reacher no dijo nada. Siguió caminando.

—Y estaban disfrazados de policías —continuó Neagley—. Habrían burlado a dos centinelas igual que burlaron a uno. Habrían burlado a una *docena* de centinelas. La realidad es que *burlaron* a una docena de centinelas. Más que eso. Tiene que haber sido así. El área estaba abarrotada de policías. Nadie podría haberlo hecho de otra forma. Son cosas que pasan.

Reacher no dijo nada.

—Dos centinelas, los habrían matado *a los dos* —concluyó Neagley—. Otra baja no habría ayudado a nadie.

—¿Crees que Bannon parece un policía? —preguntó Reacher.

—¿Crees que son tres? —le preguntó Neagley.

—No. Es imposible. Esto es un trabajo de dos personas. Bannon no está viendo algo muy obvio. Gajes del oficio para una mente como la suya.

—¿Qué es lo que no está viendo?

—¿Tú crees que parece un policía?

Neagley esbozó una sonrisa:

—Tiene exactamente el mismo aspecto que un policía —dijo—. Probablemente fue policía antes de incorporarse al Bureau.

—¿Qué es lo que hace que parezca un policía?

—Todo. Absolutamente todo. Lo lleva en la sangre.

Reacher se quedó callado. Siguieron caminando.

—Algo en el discurso de Froelich —dijo él—. Justo antes de que llegara Armstrong. Se lo estaba advirtiendo a su gente. Dijo que era muy fácil parecerse un poco a una persona sin hogar, pero muy difícil ser exactamente igual que una persona sin hogar. Yo creo que con los policías ocurre lo mismo. Si yo me pusiera una chaqueta deportiva de *tweed*, un pantalón de franela gris y unos zapatos normales, y luciese una placa dorada, ¿parecería un policía?

—Un poco. Pero no exactamente.

—Pero estos tipos *sí* parecen exactamente policías. Vi a uno de ellos y no lo dudé. Y entran y salen de todas partes sin que nadie les pregunte nada.

—Eso explicaría muchas cosas —dijo Neagley—. En el bar de policías con Nendick estaban como en su casa. Y con Andretti.

—Es como la prueba del pato de Bannon —dijo Reacher—. Parecen policías, caminan como policías, hablan como policías.

—Y eso explicaría por qué sabían lo del ADN en los sobres, y el asunto del Centro Nacional de Información Criminal. Si fuesen policías sabrían que el FBI maneja toda esa información.

—Y las armas. Podrían infiltrarse en equipos SWAT de segunda línea o entre especialistas de la Policía Estatal. Especialmente conocerían los artículos reparados con mirillas no reglamentarias.

—Pero nosotros sabemos que no son policías. Has revisado noventa y cuatro fotos.

—Sabemos que no son policías de Bismarck —dijo Reacher—. Quizás son policías de algún otro lugar.

Swain todavía estaba esperándolos. Parecía disgustado. No necesariamente por la espera. Parecía una persona a punto de recibir malas noticias, y a punto de darlas también. Miró a Reacher como preguntándole algo. Reacher asintió una vez.

—Se llama Andretti —dijo Reacher—. Está en la misma situación que Nendick, básicamente. Está aguantando mejor, pero tampoco va a hablar.

Swain no dijo nada.

—Punto para ti —dijo Reacher—. Tú hiciste la conexión. Y el fusil era un Vaime con una mirilla Hensoldt donde debería haber tenido una Bushnell.

—No soy especialista en armas de fuego —dijo Swain.

—Nos tienes que decir todo lo que sabes acerca de la campaña. ¿Quién se enfadó con Armstrong?

Hubo un breve silencio. Luego Swain miró hacia otro lado.

—Nadie —dijo—. Lo que dije allí no era verdad. Lo cierto es que terminé el análisis hace varios días. Molestó a algunas personas, sin duda. Pero a nadie muy importante. Nada fuera de lo común.

—¿Y por qué lo dijiste?

—Quería despistar al FBI, eso es todo. No creo que haya sido uno de los nuestros. No me gusta que agredan así a nuestra agencia.

Reacher no dijo nada.

—Lo hice por Froelich y por Crosetti —dijo Swain—. Se merecen algo mejor que eso.

—Así que tú tienes un presentimiento y nosotros tenemos un guion —dijo Reacher—. La mayoría de los casos que tuve que resolver en mi vida tenían pruebas más consistentes.

—¿Y qué hacemos?

—Buscar en otra parte —dijo Neagley—. Si no es una cuestión política, tiene que ser algo personal.

—No sé si les puedo dar esa información —dijo Swain—. Se supone que es confidencial.

—¿Ha hecho algo malo?

—No, de ser así se habrían enterado durante la campaña.

—¿Entonces cuál es el problema?

—¿Le es fiel a su esposa? —preguntó Reacher.

—Sí —dijo Swain.

—¿Ella le es fiel a él?

—Sí.

—¿Está metido en algún negocio extraño?

—No.

—Por lo que todo lo demás es información de contexto. ¿Qué daño puede hacer que le echemos un vistazo?

—Supongo que ninguno.

—Entonces vayamos.

Recorrieron los pasillos traseros en dirección a la biblioteca, pero cuando llegaron estaba sonando el teléfono. Swain lo cogió y después se lo pasó a Reacher.

—Stuyvesant, para ti —dijo.

Reacher escuchó durante un minuto y después colgó.

—Está viniendo Armstrong —dijo—. Está molesto y desvelado, y quiere hablar con cualquier persona que encuentre que haya estado hoy en el lugar de los hechos.

Dejaron a Swain en la biblioteca y regresaron a la sala de reuniones. Stuyvesant llegó un minuto después. Seguía llevando su ropa de golf. Seguía teniendo sangre de Froelich en los zapatos. Salpicada en los bordes, negra y seca. Parecía estar al límite del agotamiento físico. Y mentalmente destrozado. Reacher ya lo había visto antes. Un hombre cuida su carrera durante veinticinco años y todo se desmorona en un solo día terrible. Lo puede ocasionar un atentado suicida, un accidente de helicóptero, unos secretos que se filtran o una escalada de renuncias. Acto seguido la maquinaria retributiva se pone en marcha y una carrera impecable en la que solo se cosecharon elogios queda destruida de un plumazo, porque todo tiene que ser *culpa* de alguien. Son cosas que pasan, pero nunca en el informe final oficial de la comisión de investigaciones.

—Vamos a ser pocos —dijo Stuyvesant—. Le di veinticuatro horas a la mayor parte de los efectivos y no los voy a hacer volver solo porque la persona a la que protegemos no puede dormir.

Cinco minutos más tarde llegaron otras dos personas. Reacher las reconoció. Una era uno de los francotiradores que estaban en la azotea y la otra era uno de los agentes que hacían de barrera alrededor de la fila para la comida. Saludaron asintiendo con cansancio, se dieron la vuelta y fueron a buscar café. Regresaron con un vaso de plástico para cada uno de los que estaban allí.

La seguridad de Armstrong lo precedió como la capa externa de una burbuja invisible. Se comunicaron por la radio con el edificio mientras todavía estaba a un kilómetro y medio de distancia. Hubo una segunda llamada cuando llegó al garaje. Se informó de su avance en el ascensor. Uno de los hombres de su guardia personal entró en la recepción y dio la señal de todo despejado. Los otros dos condujeron a Armstrong hasta dentro. El procedimiento se repitió en la puerta de la sala de reuniones. El primer agente entró, miró alrededor y habló por el puño de su camisa, y Armstrong lo esquivó y entró en la sala.

Se había puesto una ropa casual que no le quedaba bien. Llevaba pantalones de pana, un jersey con dibujos y una chaqueta de gamuza. Todos los colores combinaban y las telas eran rígidas y

nuevas. Era la primera disonancia que Reacher le veía. Era como si se hubiese preguntado a sí mismo *¿qué se pondría un vicepresidente?* En vez de coger lo primero que encontrase en el armario. Saludó a todos asintiendo de manera sombría y se acercó a la mesa. No habló con nadie. Parecía incómodo. El silencio creció. Llegó un punto en el que ya era intolerable.

—¿Cómo está su esposa, señor? —preguntó el francotirador.

La pregunta política perfecta, pensó Reacher. Era una invitación a hablar de los sentimientos de otra persona, que siempre es más fácil que hablar de los propios. Era colegiada, en cuanto que decía *aquí estamos todos del lado de dentro, por lo que hablemos de alguien que no lo está*. Y decía: *esta es su oportunidad para agradecernos por haberle salvado el culo a ella*, y *también a usted*.

—Está muy conmocionada —dijo Armstrong—. Fue terrible. Quiere que sepan cuánto lo lamenta. De hecho ha estado tratándome con mucha dureza. Dice que está mal que los ponga a ustedes en peligro.

La respuesta política perfecta, pensó Reacher. Invitaba a ser respondida de una sola manera: *estamos haciendo nuestro trabajo, señor*.

—Es nuestro trabajo, señor —dijo Stuyvesant—. Si no fuera usted, sería otra persona.

—Gracias —dijo Armstrong—. Por ser tan amables. Y gracias por el magnífico trabajo del día de hoy. De mi parte y de la de mi esposa. Desde lo más profundo de nuestro corazón. No soy una persona supersticiosa, pero de alguna manera siento que estoy en deuda con ustedes. En el sentido de que no me sentiré libre de obligaciones hasta que no haya hecho algo por ustedes. Por lo que no duden en pedírmelo. Lo que sea, formal o informal, individual o colectivo. Soy su amigo de por vida.

Nadie dijo nada.

—Cuéntenme algo de Crosetti —dijo Armstrong—. ¿Tenía familia?

El francotirador asintió:

—Esposa e hijo —dijo—. El chico tiene ocho años, creo.

Armstrong miró hacia otro lado:

—Lo siento mucho —dijo.

Silencio en la sala.

—¿Hay algo que pueda hacer por ellos? —preguntó Armstrong.

—Estarán en buenas manos —dijo Stuyvesant.

—Froelich tenía a sus padres en Wyoming —dijo Armstrong—. Eso es todo. No estaba casada. No tenía hermanos ni hermanas. He hablado con sus padres hoy, más temprano. Después de que ustedes vinieran a la Casa Blanca. Sentí que debía expresarles mis condolencias de manera personal. Y sentí que tenía que informarles de mi anuncio antes de salir por la televisión. Sentí que no podía tergiversar la situación sin su permiso solo para plantar un señuelo. Pero les gustó la idea de un acto conmemorativo el domingo. Tanto que de hecho lo van a llevar a cabo. Habrá acto, después de todo.

Nadie dijo nada. Armstrong eligió un punto en la pared y lo miró muy fijamente.

—Quiero asistir —dijo—. De hecho, *voy a* asistir.

—No puedo permitirlo —dijo Stuyvesant.

Armstrong no dijo nada.

—Es decir, mi consejo es que no vaya —se corrigió.

—La mataron por mi culpa. Quiero asistir al acto. Es lo mínimo que puedo hacer. De hecho, quiero decir unas palabras en él. Supongo que debería hablar de nuevo con sus padres.

—Estoy seguro de que para ellos sería un honor, pero hay cuestiones de seguridad.

—Respeto su opinión, por supuesto —dijo Armstrong—. Pero no es negociable. Iré por mi cuenta si es necesario. Podría preferir ir por mi cuenta.

—Eso no es posible —dijo Stuyvesant.

Armstrong asintió:

—Entonces busque a tres agentes que quieran estar allí conmigo. Y solo tres. No podemos transformarlo en un circo. Llegaremos y nos iremos rápido, sin ser anunciados.

—Lo ha anunciado en la televisión nacional.

—No es negociable —repitió Armstrong—. No querrán que todo se transforme en un circo. No sería justo. Así que no habrá ni representantes de la prensa ni canales de televisión. Solo nosotros.

Stuyvesant no dijo nada.

—Voy a estar presente en la ceremonia —dijo Armstrong—. La mataron por mi culpa.

—Ella sabía cuáles eran los riesgos —dijo Stuyvesant—. Todos

sabemos cuáles son los riesgos. Estamos aquí porque queremos estar aquí.

Armstrong asintió:

—He hablado con el director del FBI. Me dijo que los sospechosos se escaparon.

—Es tan solo cuestión de tiempo —dijo Stuyvesant.

—Mi hija está en la Antártida —dijo Armstrong—. Es casi pleno verano allá. Hace veinte grados bajo cero. En una semana o dos quizás suba a dieciocho bajo cero. Acabamos de hablar por teléfono satelital. Dice que la sensación es increíblemente cálida. Hemos tenido la misma conversación durante los últimos dos años. Yo solía tomarlo como una especie de metáfora. En el sentido de que todo es relativo, nada es *tan* malo, uno se puede acostumbrar a cualquier cosa. Pero ahora ya no sé. No creo que supere nunca lo de hoy. Estoy vivo porque otra persona está muerta.

Silencio en la sala.

—Ella sabía lo que estaba haciendo —dijo Stuyvesant—. Somos todos voluntarios.

—Era estupenda, ¿no?

—Dígame cuándo quiere conocer a la persona que la va a remplazar.

—Ahora no —dijo Armstrong—. Mañana, quizás. Y pregunte por lo del domingo. Tres voluntarios. Amigos de ella a los que de todos modos les gustaría estar presentes en el acto.

Stuyvesant se quedó callado. Después se encogió de hombros.

—Vale —dijo.

Armstrong asintió:

—Se lo agradezco. Y gracias por lo de hoy. A todos. De mi parte y de la de mi esposa. En realidad es eso lo que vine a decir.

Su guardia personal comprendió la señal y lo trasladaron hacia la puerta. La invisible burbuja de seguridad se alejó con él, sondeando hacia delante, comprobando hacia los lados y hacia atrás. Tres minutos después se comunicaron por radio desde su coche. Estaba asegurado y en movimiento en dirección noroeste hacia Georgetown.

—Mierda —dijo Stuyvesant—. Ahora, además, el domingo va a ser una maldita pesadilla.

Nadie miró a Reacher, salvo Neagley. Salieron solos y

encontraron a Swain en la recepción. Tenía el abrigo puesto.

—Me voy a casa —d jo.

—En una hora —dijo Reacher—. Primero nos vas a enseñar los expedientes.

DIECISÉIS

Los expedientes eran biográficos. Había doce en total. Once eran paquetes de información de todo tipo, como recortes de diarios, entrevistas, declaraciones y otros materiales sin procesar. El duodécimo era un resumen exhaustivo de los once primeros. Era grueso como una Biblia medieval y se leía como un libro. Narraba toda la historia de la vida de Brook Armstrong, y cada hecho sustantivo iba seguido de un número entre paréntesis. El número indicaba en una escala del uno al diez cómo de bien autentificado estaba el hecho. La mayor parte de los números eran un diez.

La historia comenzaba en la página uno con sus padres. Su madre había crecido en Oregón, se había mudado al estado de Washington para ir a la universidad y había regresado a Oregón para trabajar como farmacéutica. También se daban detalles de sus padres y de sus hermanos, y había una lista completa de toda su educación desde el jardín de infancia hasta sus estudios de posgrado. Había una lista en orden cronológico de sus primeros empleadores, y los comienzos de su propia farmacia ocupaban tres páginas. Seguía siendo la propietaria de esa farmacia y seguía recibiendo ingresos del negocio, pero se había jubilado y tenía una enfermedad que se temía era terminal.

Se daba cuenta de la educación de su padre. Su servicio militar tenía una fecha de inicio y una fecha de baja médica, pero no había otros detalles más allá de eso. Había nacido en Oregón y se había casado con la farmacéutica al regresar a su vida civil. Se mudaron a un pueblo apartado en el rincón suroeste del estado y se compró una empresa maderera con dinero familiar. Los recién casados tuvieron una hija poco después y Brook Armstrong nació dos años más tarde. La empresa familiar prosperó y alcanzó un tamaño decente. Su progreso y su desarrollo ocupaban varias páginas. Les proporcionaba un agradable estilo de vida provinciano.

La biografía de la hermana tenía un centímetro y medio de espesor, así que Reacher se la saltó y empezó con la educación de Brook. Comenzaba como la de todos, en el jardín de infancia. Había infinidad de detalles. Demasiados como para prestarles mucha atención, por lo que la leyó por encima. Armstrong pasó por todo el sistema escolar local. Era bueno en deporte. Sacaba notas excelentes. El padre tuvo un derrame cerebral y murió justo después de que Armstrong se fuera a la universidad. Vendieron la empresa maderera. La farmacia siguió prosperando. Armstrong pasó siete años en dos universidades distintas, primero Cornell, en el norte del estado de Nueva York, y después Stanford, en California. Tenía el pelo largo pero no se demostró que consumiera drogas. En Stanford conoció a una chica de Bismarck. Los dos estaban cursando estudios de posgrado en ciencias políticas. Se casaron. Establecieron su hogar en Dakota del Norte y él comenzó su carrera política haciendo campaña por una banca en la legislatura del estado.

—Tengo que volver a casa —dijo Swain—. Es el Día de Acción de Gracias, tengo hijos y mi esposa me va a matar.

Reacher miró lo que le quedaba del expediente. Armstrong estaba comenzando su primera elección menor y todavía faltaban quince centímetros de páginas. Las pasó con el pulgar.

—¿No hay nada aquí que nos pueda preocupar? —preguntó.

—No hay nada en ningún lado —respondió Swain.

—¿Todo el documento sigue con este nivel de detalle?

—Se pone peor.

—¿Voy a encontrar algo si me paso toda la noche leyendo?

—No.

—¿Se usó todo esto en la campaña de este verano?

Swain asintió:

—Claro. Es una gran biografía. Por eso lo eligieron. De hecho, muchos de los detalles los sacamos de la campaña.

—¿Y estás seguro de que nadie se sintió herido *por* la campaña?

—Estoy seguro.

—¿Y entonces de dónde viene tu presentimiento? ¿Quién odia tanto a Armstrong y por qué?

—No lo sé exactamente —dijo Swain—. Es solo un presentimiento.

Reacher asintió:

—Vale —dijo—. Vete a tu casa.

Swain recogió su abrigo y se fue a toda prisa, y Reacher empezó a pasar los años restantes. Neagley ojeaba el interminable material original. Los dos desistieron una hora después.

—¿Conclusiones? —preguntó Neagley.

—Swain tiene un trabajo muy aburrido —respondió Reacher.

Ella sonrió:

—Estoy de acuerdo —dijo.

—Pero hay algo que de alguna manera me llama la atención. Algo que no está aquí, más que algo que sí *está*. Las campañas son cínicas, ¿no? Esta gente utilizaría cualquier cosa del pasado que los haga quedar bien. Por ejemplo, aquí tenemos a su madre. Tenemos una enorme cantidad de detalles de su educación universitaria y de su farmacia. ¿Por qué?

—Para interpelar a las mujeres independientes y a las personas con empresas pequeñas.

—Vale, y después tenemos material sobre su enfermedad. ¿Por qué?

—Para que Armstrong parezca un hijo que se preocupa. Muy responsable y con valores familiares. Lo humaniza. Y respalda su punto de vista acerca del sistema de salud.

—Y tenemos muchísima información acerca de la empresa maderera de su padre.

—Otra vez para el *lobby* empresarial. Y toca cuestiones de medioambiente. Árboles, explotación forestal y todo ese tipo de cosas. Armstrong puede decir que sabe lo que dice por experiencia. Lo vivió de muy cerca.

—Exacto —dijo Reacher—. Sea cual sea el tema, sea cual sea el electorado, tienen un hueso para tirarles.

—¿Y entonces?

—Pasaron por alto el servicio militar. Y en general esas cosas gustan mucho en una campaña. Si tu padre estuvo en el ejército, lo normal es que lo gritaras a los cuatro vientos para abarcar otra buena cantidad de temas. Pero no hay ningún detalle sobre eso. Se alistó, le dieron la baja. Eso es lo único que sabemos. ¿Ves a lo que me refiero? El resto de cosas están perfectamente detalladas, pero esa no. Llama la atención.

—El padre murió hace muchísimo tiempo.

—No importa. Si hubiesen podido sacar algo positivo de eso lo habrían mirado desde todos los ángulos. ¿Y por qué le dieron la baja médica? Si hubiese sido una herida habrían sacado algo de ahí, seguro. Incluso de haber sido en un accidente de entrenamiento. El tipo habría sido un gran héroe. ¿Y sabes qué? No me gustan las bajas médicas que no tienen ninguna explicación. Sabes cómo era. Te hace preguntarte cosas, ¿no?

—Supongo que sí. Pero no puede estar relacionado. Sucedió antes de que Armstrong hubiera nacido. Además, ese hombre murió hace casi treinta años. Y como tú mismo has dicho, todo esto fue provocado por algo que Armstrong hizo durante la campaña.

Reacher asintió:

—Pero aun así me gustaría saber algo más al respecto. Podríamos preguntarle directamente a Armstrong, supongo.

—No lo necesitamos —dijo Neagley—. Yo puedo averiguarlo, si realmente quieres que lo haga. Puedo hacer algunas llamadas. Tenemos muchísimos contactos. La gente que cree que puede trabajar con nosotros cuando deje su trabajo suele estar interesada en causarnos buena impresión.

Reacher bostezó:

—Vale, hazlo. Mañana a primera hora.

—Lo haré esta noche. Las fuerzas armadas siguen operando las veinticuatro horas del día. No cambió nada desde que nos fuimos.

—Deberías dormir. Esto puede esperar.

—Ya nunca duermo.

Reacher bostezó de nuevo:

—Bueno, yo me voy a dormir.

—Un mal día —dijo Neagley.

Reacher asintió:

—Pésimo. Así que si quieres haz las llamadas, pero no me despiertes para decirme nada. Me lo dices mañana.

El agente que estaba de guardia esa noche les pidió un coche para que los llevaran al motel de Georgetown y Reacher se fue directo a su habitación. Estaba silenciosa, tranquila y vacía. La habían limpiado y recogido. Habían hecho la cama. La caja de Joe ya no estaba. Se sentó un momento en la silla y se preguntó si Stuyvesant había pensado en cancelar la reserva de Froelich. Después sintió la presión del silencio nocturno y se sintió agobiado por la sensación

de *que faltaba* algo. Una sensación de ausencia. Cosas que deberían estar allí y no estaban. *¿Qué cosas exactamente?* Froelich, por supuesto. Le dolía que no estuviera. Debería estar allí, y no estaba. Había estado allí la última vez que él estuvo en esa habitación. Temprano por la mañana. *Hoy es el día que ganamos o perdemos*, le había dicho. *Perder no es una opción*, había respondido él.

Algo *faltaba*. Quizás Joe. Quizás muchas cosas. Había muchas cosas que faltaban en su vida. Cosas sin hacer, cosas sin decir. *¿Qué cosas exactamente?* Quizás lo único que tenía en la cabeza era la carrera militar del padre de Armstrong. *Pero quizás era más que eso. ¿Faltaba alguna otra cosa?* Cerró los ojos, se concentró y buscó, pero lo único que vio fue la lluvia rosa de la sangre de Froelich trazando un arco hacia atrás bajo la luz del sol. Así que abrió los ojos de nuevo, se quitó la ropa y se duchó por tercera vez en el día. Se encontró mirando hacia abajo, hacia la base de la ducha, como si siguiese esperando que el agua corriera de color rojo. Pero el suelo se mantuvo blanco y el agua transparente.

La cama estaba fría y dura y las sábanas nuevas estaban rígidas por el almidón. Se metió dentro solo, miró el techo durante una hora y pensó muy concentrado. Después desconectó de manera abrupta y se obligó a dormir. Soñó que su hermano paseaba con Froelich de la mano, que era verano y daban la vuelta entera a la ensenada del Tidal Basin. La luz era suave y dorada y la sangre que a ella le salía del cuello a chorros quedaba suspendida en el aire cálido, a un metro y medio del suelo, como una brillante cinta roja. Se quedaba allí suspendida sin que la tocara ninguna de las personas que pasaban, y trazaba un círculo completo de un kilómetro y medio cuando ella y Joe llegaban de nuevo al lugar del que habían partido. Después ella se transformaba en Swain y Joe en el policía de Bismarck. El abrigo del policía ondeaba a medida que él avanzaba y Swain les decía *creo que contamos mal* a todas las personas con las que se cruzaba. Después Swain se transformaba en Armstrong. Armstrong sonreía con su sonrisa brillante de político, decía lo *siento mucho* y el policía se daba la vuelta, sacaba un gran arma de debajo de su abrigo ondeante, accionaba despacio el cerrojo y le disparaba a Armstrong en la cabeza. No se escuchaba ningún ruido, porque el arma tenía silenciador. Ningún ruido,

tampoco cuando Armstrong caía al agua y se alejaba flotando.
A las seis de la mañana llamaron de la recepción para despertarlo y un minuto después alguien golpeó la puerta. Reacher salió de la cama, se envolvió una toalla alrededor de la cintura y miró por la mirilla. Era Neagley, con un café para él. Estaba vestida y lista para salir. La hizo pasar, se sentó en la cama y empezó a beber su café mientras ella recorría el espacio estrecho que conducía a la ventana. Estaba excitada. Parecía que hubiese estado tomando café toda la noche.

—Vale, ¿el padre de Armstrong? —dijo, como si estuviese haciendo la pregunta por él—. Lo llamaron a filas justo al final de Corea. Nunca llegó a estar en servicio activo. Pero hizo la formación de oficial, salió con grado de subteniente y lo asignaron a una división de infantería. Estaba destinado en Alabama, en un lugar que ya no existe desde hace mucho tiempo. Tenían la orden de estar preparados para una batalla que todos sabían que había terminado. Y ya sabes cómo fueron ahí las cosas, ¿no es cierto?

Reacher asintió de manera soñolienta. Bebió un poco de café.

—Un capitán imbécil organizando competencias interminables —dijo—. Puntos por esto, puntos por aquello, deducciones por todas partes, a fin de mes la Compañía B gana una bandera para colgar en su cuartel por patearle el culo a la Compañía A.

—Y Armstrong padre por lo general ganaba —dijo Neagley—. Estaba al frente de una unidad rigurosa. Pero tenía un problema de temperamento. Era impredecible. Si alguien cometía algún error y perdía puntos, podía volverse loco. Sucedió un par de veces. No las típicas tonterías de un oficial. En los expedientes se describen como serios ataques de ira incontrolable. Iba demasiado lejos, como si no pudiera parar.

—¿Y?

—Se lo pasaron dos veces. No era constante. Era algo puramente episódico.

Pero la tercera vez hubo una agresión física seria y lo echaron por eso. Y, básicamente, lo taparon. Le dieron una baja psiquiátrica y lo registraron como un estrés de guerra genérico, aunque nunca había sido un oficial de combate.

Reacher puso una mueca:

—Debe de haber tenido amigos. Y tú también, para llegar tan al

fondo de los expedientes.

—Estuve toda la noche hablando por teléfono. A Stuyvesant le va a dar un infarto cuando vea la cuenta del motel.

—¿Cuántas víctimas individuales?

—Fue lo primero que pensé, pero podemos despreocuparnos. Fueron tres, una por cada incidente. Uno murió en acto de servicio en Vietnam, otro murió hace diez años en Palm Springs y el tercero tiene más de setenta años, vive en Florida.

—Un pozo seco —dijo Reacher.

—Pero explica por qué lo han excluido de la campaña.

Reacher asintió. Bebió un poco de café:

—¿Hay alguna posibilidad de que Armstrong haya heredado ese temperamento? Froelich dijo que lo había visto enfadado.

—Eso fue lo segundo que pensé —dijo Neagley—. Es factible. Había algo por ahí debajo de la superficie cuando empezó a insistir con ir al acto, ¿no? Pero asumo que el cuadro general habría salido a la luz ya hace mucho tiempo. Se ha presentado como candidato a una u otra cosa durante toda su vida. Y todo esto empezó con la campaña este verano. En eso ya estamos de acuerdo.

Reacher asintió, vagamente:

—La campaña —repitió.

Se quedó sentado quieto con el vaso de café en la mano. Miró fijamente la pared, un minuto entero, luego dos.

—¿Qué? —preguntó Neagley.

Él no contestó. Se puso de pie y se acercó a la ventana. Corrió las cortinas y vio fracciones y fragmentos del D. C. bajo el cielo gris del amanecer.

—¿Qué *hizo* Armstrong en la campaña? —preguntó.

—Muchas cosas.

—¿Cuántos representantes tiene Nuevo México?

—No lo sé —dijo Neagley.

—Creo que son tres. ¿Sabes cómo se llaman?

—No.

—¿Reconocerías a alguno de ellos en la calle?

—No.

—¿Oklahoma?

—No lo sé. ¿Cinco?

—Seis, creo. ¿Sabes cómo se llaman?

—Uno es muy desagradable, eso lo sé. No me acuerdo de cómo se llama.

—¿Los senadores de Tennessee?

—¿A dónde quieres llegar?

Reacher miró por la ventana.

—Tenemos la enfermedad de la circunvalación —dijo—. Estamos todos atrapados acá dentro. No lo estamos mirando como personas reales. Para la mayoría de la gente del país todos estos políticos son unos completos desconocidos. Tú misma lo has dicho. Has dicho que te interesa la política pero que no podrías nombrar a los cien senadores. Y la mayoría de la gente está mil veces menos interesada que tú. La mayoría de la gente no reconocería al segundo senador de otro estado ni siquiera si se le acercase corriendo a morderle el culo. O a la segunda senadora, como habría dicho Froelich. Ella de hecho admitió que nadie había oído hablar de Armstrong antes.

—¿Y entonces?

—Y entonces Armstrong en la campaña hizo una cosa absolutamente fundamental, elemental, básica. Se dio a conocer al público, a nivel nacional. Por primera vez en su vida la gente común más allá de su estado y de su círculo de amigos le vio la cara. Escuchó su nombre. Por primera vez. Creo que todo esto podría ser tan simple como eso.

—¿En qué sentido?

—Supongamos que se le aparece la cara de Armstrong a alguien de una época completamente distinta de su vida. Así de la nada. Como una conmoción repentina.

—¿Alguien como quién?

—Como una persona cualquiera, en algún lugar, a la que hace mucho tiempo un joven que perdió los estribos le dio una paliza. Una situación así. Quizás en un bar, quizás por una chica. Quizás al hacerlo la humilló. Nunca vio al tipo de nuevo, pero el incidente le infecta la cabeza. Pasan los años, y de repente aquel joven está ahí, en todos los periódicos y en la televisión. Es un político, candidato a vicepresidente. Nunca había escuchado hablar de él en los años anteriores, porque no ve C-SPAN o CNN. Pero ahora está por todas partes, en su cara. ¿Qué hace? Si está políticamente informado podría ponerse en contacto con la oposición y contarles todo. Pero

no lo está, porque esta es la primera vez que lo ha visto desde la pelea en el bar, hace una vida. ¿Entonces qué hace? Su imagen lo trae todo de vuelta. Le ha estado infectando la cabeza.

—Piensas en alguna clase de venganza.

Reacher asintió:

—Lo que explicaría el asunto de Swain sobre que querían que sufriera. Pero quizás Swain buscó en el sitio equivocado. Quizás todos estuvimos buscando en el sitio equivocado. Porque quizás esto no es algo personal en contra de Armstrong el político. Quizás es algo personal en contra de Armstrong el hombre. Quizás es algo *realmente* personal.

Neagley dejó de moverse de un lado para el otro y se sentó en la silla:

—Es poco convincente —dijo—. La gente supera las cosas, ¿no?

—¿Sí?

—Por lo general sí.

Reacher bajó la vista y la miró:

—Tú no has superado lo que hace que no te guste que te toquen.

La habitación se quedó en silencio.

—Vale —dijo—. La gente *normal* supera las cosas.

—La gente normal no secuestra mujeres ni corta pulgares ni mata a personas inocentes.

Ella asintió:

—Vale —repitió—. Es una teoría. ¿Pero adónde nos puede llevar?

—A Armstrong, quizás —dijo Reacher—. Pero esa sería una conversación difícil de tener con un vicepresidente electo. ¿Y se acordaría, además? Si heredó la clase de temperamento que hace que a alguien lo echen del ejército, podría haber tenido docenas de peleas en el pasado. Es corpulento. Podría haber desplegado el caos a lo largo y a lo ancho antes de volver a tenerlo bajo control.

—¿Y su esposa? Están juntos desde hace mucho tiempo.

Reacher no dijo nada.

—Es hora de irnos —dijo Neagley—. Tenemos que reunirnos con Bannon a las siete. ¿Se lo vamos a decir?

—No —dijo Reacher—. No nos escucharía.

—Ve a ducharte —dijo Neagley.

Reacher asintió:

—Pero antes, una cosa más. Que hizo que anoche no pudiera dormir durante una hora. Me estuvo fastidiando. Algo que falta, o algo que no se hizo.

Neagley se encogió de hombros:

—Vale —dijo—. Lo pensaré. Ahora mueve el culo.

Se vistió con el último de los trajes de Joe. Era gris oscuro y fino como la seda. Usó la última de las camisas limpias. Estaba toda almidonada y blanca como nieve nueva. La última corbata era azul marino con un dibujo diminuto que se repetía. Si se miraba muy de cerca se veía que el elemento repetido en toda la corbata era un dibujo esquemático de la mano de un *pitcher* sujetando una pelota de béisbol, preparándose para lanzar una bola de nudillos.

Quedó con Neagley fuera en el vestíbulo, comió un muffin del bufet y se llevó un vaso de café al Town Car del Servido Secreto. Llegaron tarde a la sala de reuniones. Bannon y Stuyvesant ya estaban allí. Bannon seguía vestido como un policía local. Stuyvesant llevaba otra vez un traje de Brooks Brothers. Reacher y Neagley dejaron un asiento libre entre ellos y Stuyvesant. Bannon miró el sitio vacío, como si simbolizara la ausencia de Froelich.

—El FBI no va a tener agentes en Grace, Wyoming —dijo—. Lo pidió Armstrong especialmente, a través del director. No quiere que sea un circo.

—Me parece bien —dijo Reacher.

—Están perdiendo el tiempo —dijo Bannon—. Cumplimos solo porque nos alegra hacerlo. Los malos saben cómo funciona. Se dedicaban a esto. Habrán entendido que su anuncio era una trampa. Por lo que no aparecerán.

Reacher asintió:

—No será el primer viaje que desperdicio.

—No actúes de forma autónoma.

—No va a *haber* que actuar, según lo que tú dices.

Bannon asintió:

—Llegaron las pruebas de balística —dijo—. El fusil que encontramos en el almacén es definitivamente el mismo arma que disparó la bala de Minnesota.

—¿Y cómo llegó hasta aquí? —preguntó Stuyvesant.

—Anoche quemamos más de cien horas de trabajo —dijo Bannon—. Lo único que le puedo decir con seguridad es cómo no

llegó hasta aquí. No llegó en avión. Corroboramos todos las llegadas comerciales en ocho aeropuertos distintos y no había ni una sola declaración de armas de fuego. Después rastreamos todos los vuelos privados a los mismos ocho aeropuertos. Nada ni remotamente sospechoso.

—¿Entonces lo trajeron en coche? —dijo Reacher.

Bannon asintió:

—Pero de Bismarck al D. C. hay más de dos mil kilómetros. Son más de veinte horas como mínimo absoluto, incluso conduciendo como un loco. Imposible en nuestro plazo de tiempo. Así que el fusil no estuvo nunca en Bismarck. Vino directamente desde Minnesota, lo que supuso un poco más de mil setecientos kilómetros en cuarenta y ocho horas. Eso lo podría haber hecho tu abuela.

—Mi abuela no sabía conducir —dijo Reacher—. ¿Siguen pensando que son tres?

Bannon negó con la cabeza:

—No, pensándolo bien nos quedamos con la idea de que son dos. En conjunto se perfila mejor así. Asumimos que el equipo estaba separado en uno y uno entre Minnesota y Colorado el martes, y se mantuvo separado después. El tipo que simuló ser un policía de Bismarck estaba actuando en solitario en la iglesia. Asumimos que tenía solo el subfusil. Lo cual tiene sentido, porque sabía que Armstrong estaría cubierto de agentes apenas descubrieran el fusil que había dejado de señuelo. Y un subfusil es mejor que un fusil contra un grupo de gente amontonada. Especialmente un H&K MP5. Nuestro personal dice que es tan preciso como un fusil a cien metros y mucho más potente. Cargadores de treinta balas, con él habría cosido a los seis agentes y habría llegado a Armstrong sin ninguna dificultad.

—¿Y entonces por qué el otro se molestó en venir hasta aquí? —preguntó Stuyvesant.

—Porque son de los suyos —dijo Bannon—. Son profesionales realistas. Sabían cuáles eran las probabilidades. Sabían que no podían garantizar el éxito en un lugar en concreto. Por lo que estudiaron la agenda de Armstrong y planearon moverse por separado para cubrir todas las bases.

Stuyvesant no dijo nada.

—Pero ayer estaban juntos —dijo Reacher—. Estás diciendo que

el primer tipo trajo el Vaime en coche hasta aquí y yo vi al de Bismarck en la azotea del almacén.

Bannon asintió:

—Ya no había necesidad de moverse por separado, porque ayer era la última buena oportunidad en un tiempo. El tipo de Bismarck debe haber venido en avión, en un vuelo comercial, no mucho después de que la fuerza aérea los trajera a ustedes de regreso.

—¿Y dónde está el H&K? Lo tiene que haber dejado en Bismarck en algún lugar entre la iglesia y el aeropuerto. ¿Lo han encontrado?

—No —dijo Bannon—. Pero seguimos buscando.

—¿Y quién era el tipo que el policía estatal vio en la zona?

—Lo descartamos. Casi seguro solamente un civil.

Reacher negó con la cabeza:

—¿Entonces el que estaba actuando en solitario escondió el fusil de señuelo y volvió a pie a la iglesia con el H&K sin ayuda de nadie?

—No veo por qué no.

—¿Alguna vez se escondió y se colocó para disparar a alguien?

—No —dijo Bannon.

—Yo sí —dijo Reacher—. Y no es muy divertido. Tienes que estar cómodo, relajado y alerta. Es algo muscular. Llegas mucho antes de la hora, te preparas, ajustas la posición, estimas la distancia, corroboras el viento, mides el ángulo de elevación o de depresión, calculas la caída de la bala. Luego te quedas allí tendido, con el ojo en la mirilla. Haces que tu respiración se vuelva lenta, dejas que te baje el ritmo cardíaco. ¿Y sabes qué es lo que quieres a esas alturas, más que cualquier otra cosa en el mundo?

—¿Qué?

—Quieres que haya una persona en la que confías cubriéndote la espalda. Toda tu concentración está puesta allí, delante de ti, y empiezas a sentir un escozor en la columna. Si estos tipos son profesionales realistas como dices que son, entonces no hay manera de que uno de ellos se encargara solo de esa torre de iglesia.

Bannon se quedó callado.

—Tiene razón —dijo Neagley—. La mejor conjetura es que el tipo que vieron en la zona era el que cubría las espaldas, que se alejó después de esconder el señuelo. Estaba dando la vuelta, bien apartado de las vallas. El que iba a disparar estaba escondido en la

iglesia, esperando que el otro regresara.

—Lo cual plantea una pregunta —dijo Reacher—. ¿Quién estaba en ese momento en la carretera viniendo desde Minnesota?

Bannon se encogió de hombros:

—Vale —dijo—. Por lo que sí *son* tres.

—¿Todos nuestros? —preguntó Stuyvesant, de manera neutral.

—No veo por qué no —dijo Bannon.

Reacher negó con la cabeza:

—Está obsesionado. ¿Por qué no va y arresta a todos los que trabajaron alguna vez para el Servicio Secreto? Probablemente queden algunos viejos centenarios del primer mandato de Roosevelt.

—Nos atenemos a nuestra teoría —dijo Bannon.

—Bien —dijo Reacher—. Los mantiene alejados de mi camino.

—Ya le advertí sobre la idea de tomarse la justicia por su mano, dos veces.

—Y yo le escuché las dos veces.

La sala se quedó en silencio. Después el rostro de Bannon se suavizó. Miró la silla vacía de Froelich al otro lado.

—Aunque entendería completamente el motivo —dijo Bannon.

Reacher bajó la vista a la mesa:

—Son dos, no tres —dijo—. Estoy de acuerdo contigo, se perfila mejor. En una cuestión así, la mejor opción sería un tipo solo por su cuenta, pero eso nunca es práctico, por lo que tienen que ser dos. Pero no tres. Una tercera persona multiplica el riesgo por cien.

—¿Y entonces qué pasó con el fusil?

—Lo mandaron por mensajería, obviamente —dijo Reacher—. FedEx, UPS o alguien. Quizás incluso por el Servicio Postal de los Estados Unidos. Probablemente lo empacaron con muchas sierras y martillos y lo declararon como un envío de muestras de herramientas. Alguna mentira así. Con la dirección de un motel de acá, a la espera de que llegase. O eso es lo que habría hecho yo.

Bannon pareció avergonzado. No dijo nada. Simplemente se puso de pie y se fue. El pestillo de la puerta hizo un pequeño clic al cerrarse a sus espaldas. La sala se quedó en silencio. Stuyvesant permaneció en su asiento, un poco incómodo.

—Tenemos que hablar —dijo.

—Nos va a despedir —dijo Neagley.

Él asintió. Metió la mano en el bolsillo interno de la chaqueta y la sacó con dos sobres blancos delgados.

—Ya no es un asunto interno —dijo—. Ya lo saben. Se volvió demasiado grande.

—Pero usted sabe que Bannon está buscando en el sitio equivocado.

—Espero que se dé cuenta —dijo Stuyvesant—. Entonces quizás empiece a buscar en el sitio correcto. Mientras tanto, defenderemos a Armstrong. Empezando por esta locura de Wyoming. Eso es lo que hacemos. Eso es lo único que *podemos* hacer. Somos reactivos. Somos defensivos. No tenemos fundamentos legales para contratar a gente externa en un rol activo.

Deslizó el primer sobre por la superficie brillante de la mesa. Lo impulsó con la fuerza suficiente como para que recorriera exactamente dos metros y se detuviera frente a Reacher. Después el segundo, con un movimiento más suave, para que se detuviera frente a Neagley.

—Más tarde —dijo Reacher—. Despídanos más tarde. Denos el resto del día.

—¿Por qué?

—Necesitamos hablar con Armstrong. Neagley y yo solos.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de algo importante —dijo Reacher. Después se quedó callado de nuevo.

—¿Lo que hablamos esta mañana? —le preguntó Neagley.

—No, lo que me obsesionaba anoche.

—¿Algo que falta, algo que no se hizo?

Él negó con la cabeza:

—Fue algo que no se *dijo*.

—¿Qué fue lo que no se dijo?

Él no contestó. Recogió los dos sobres y los deslizó por la mesa en dirección contraria. Stuyvesant los detuvo con la palma de la mano. Los levantó y los sostuvo en alto, indeciso.

—No los puedo dejar hablar con Armstrong sin estar yo —dijo.

—Tendrá que poder —dijo Reacher—. Es la única manera de que hable.

Stuyvesant no dijo nada. Reacher lo miró:

—El sistema de correo. ¿Hace cuánto que le revisan el correo a

Armstrong?

—Desde el principio —dijo Stuyvesant—. Desde que lo eligieron candidato. Es un procedimiento absolutamente estándar.

—¿Cómo funciona?

Stuyvesant se encogió de hombros:

—Es sencillo. Al principio los agentes que estaban en su casa abrían todo lo que le mandaban ahí y teníamos a un hombre en las oficinas del Senado que abría lo que iba allí y otro en Bismarck que revisaba las cosas locales. Pero después de los dos primeros mensajes centralizamos todo aquí por comodidad.

—¿Pero siempre le hicieron llegar todo salvo las amenazas?

—Obviamente.

—¿Conoce a Swain?

—¿El investigador? Lo conozco un poco.

—Debería ascenderlo. O darle una bonificación. O un beso grande en la frente. Porque es la única persona aquí con una idea original en la cabeza. Incluidos nosotros.

—¿Cuál es su idea?

—Necesitamos ver a Armstrong. Lo antes posible. Neagley y yo, solos. Después nos consideraremos despedidos y no nos volverá a ver. Y tampoco volverá a ver a Bannon. Porque su problema quedará resuelto un par de días después.

Stuyvesant se guardó otra vez los dos sobres en el bolsillo.

Era el día después del Día de Acción de Gracias y Armstrong estaba cumpliendo un exilio autoimpuesto de los asuntos públicos, pero organizar una reunión con él fue intensamente problemático. Inmediatamente después de la reunión matutina, Stuyvesant ascendió a uno de los seis rivales masculinos de Froelich para remplazaría, que estaba lleno de toda clase de estupideces machistas del estilo *ahora nosotros podemos hacer esto como corresponde*. Lo mantenía estrictamente bajo control frente a Stuyvesant por cuestiones de sensibilidad, pero interpuso todos los obstáculos que encontró. El primer escollo fue una regla de hacía décadas según la cual la persona protegida no podía estar a solas con visitas sin que estuviera presente al menos un agente de protección. Reacher comprendía la lógica. Incluso en el caso de que los desnudaran para registrarlos en busca de armas, él y Neagley podrían haber desmembrado completamente a Armstrong en más o

menos un segundo y medio. Pero se tenían que reunir con él a solas. Eso era fundamental. Stuyvesant se mostró reacio a desautorizar al nuevo jefe de equipo en su primer día, pero llegado un momento citó las autorizaciones de acceso del Pentágono y decretó que la presencia de dos agentes del otro lado de la puerta sería suficiente. Después llamó a Armstrong a su casa para aclararlo con él personalmente. Colgó el teléfono y dijo que Armstrong parecía un poco preocupado por algo y que llamaría enseguida.

Esperaron. Armstrong llamó veinte minutos después y le dijo a Stuyvesant tres cosas: primero, que la salud de su madre había dado un giro repentino hacia la peor de las situaciones y, por lo tanto, segundo, que quería que le organizaran un vuelo a Oregón para esa misma tarde y, por lo tanto, tercero, que la reunión con Reacher y Neagley tendría que ser breve y tendría que esperar dos horas, lo que tardara en hacer las maletas.

Por lo que Reacher y Neagley fueron a la oficina de Froelich a esperar un poco más, pero ya se la había apropiado el nuevo. La planta ya no estaba. Habían movido los muebles. Habían cambiado de lugar las cosas. Lo único que quedaba de Froelich era un leve vestigio de su perfume en el aire. Así que fueron al área de recepción y se sentaron cómodamente en las sillas de cuero. Miraron la televisión sin sonido. Estaba puesta en un canal de noticias, y vieron otra vez cómo se moría Froelich, silenciosamente y a cámara lenta. Vieron parte de las declaraciones posteriores de Armstrong. Vieron a Bannon siendo entrevistado en la puerta del edificio Hoover. No pidieron que subieran el volumen. Sabían lo que estaría diciendo. Vieron los resúmenes de los partidos de fútbol americano del Día de Acción de Gracias. Después Stuyvesant los llamó de nuevo a su despacho.

Su secretaria no estaba. Con seguridad disfrutaba de un fin de semana largo en su casa. Cruzaron el área vacía de la secretaría y se sentaron frente al escritorio inmaculado de Stuyvesant mientras él repasaba las reglas del encuentro.

—Nada de contacto físico —dijo.

Reacher sonrió:

—¿Ni siquiera estrecharle la mano?

—Supongo que le pueden estrechar la mano —dijo Stuyvesant —. Pero nada más. Y no darán a conocer ninguna información

acerca de la situación actual. No sabe, y no quiero que lo sepa por ustedes. ¿Comprendido?

Reacher asintió.

—Comprendido —dijo Neagley.

—No le molesten y no le abrumen. Recuerden quién es. Y recuerden que está preocupado por su madre.

—Vale —dijo Reacher.

Stuyvesant miró hacia otra parte:

—He decidido que no quiero saber por qué lo quieren ver. Y no quiero saber qué es lo que pasa después, si es que pasa algo. Pero sí quiero darles las gracias por todo lo que han hecho hasta el momento. Su auditoría nos ayudará, y creo que probablemente nos hayan salvado en Bismarck y que sus corazones estuvieron en el lugar correcto durante todo el tiempo. Les estoy muy agradecido por todo eso.

Nadie dijo nada.

—Me voy a retirar —dijo Stuyvesant—. Ahora tendría que pelear por salvar mi carrera, y la verdad es que mi carrera no me gusta tanto como para pelear por salvarla.

—Estos tipos nunca fueron agentes suyos —dijo Reacher.

—Lo sé —dijo Stuyvesant—. Pero he perdido a dos personas. Por lo tanto mi carrera ha terminado. Pero esa es mi decisión. Es problema mío. Lo único que quiero decir es que me alegra haber tenido la oportunidad de conocer al hermano de Joe, y que fue un verdadero placer trabajar con ustedes dos.

Nadie dijo nada.

—Y me alegra que haya estado allí al final para M. E.

Reacher miró hacia otro lado. Stuyvesant sacó otra vez los sobres del bolsillo.

—No sé si esperar que usted tenga razón o que esté equivocado —dijo Stuyvesant—. En lo que respecta a Wyoming. Tendremos a tres agentes y a algunos policías locales. No es demasiada protección, en el caso de que las cosas salgan mal.

Pasó los sobres hacia el otro lado del escritorio.

—Hay un coche esperando abajo —dijo—. Los llevará a Georgetown, y a partir de ahí van por su cuenta.

Bajaron en el ascensor y Reacher se desvió hacia el recibidor principal. Era amplio y gris, estaba oscuro y no había nadie, y sus

pasos resonaron en el mármol frío. Se detuvo debajo del panel tallado y alzó la vista en dirección al nombre de su hermano. Miró el espacio vacío en el que pronto agregarían a Froelich. Después miró hacia otro lado y volvió donde estaba Neagley. Empujaron la pequeña puerta con la ventana de cristal armado y al otro lado los esperaba su coche.

La carpa blanca seguía en su lugar, atravesando la acera delante de la casa de Armstrong. El conductor detuvo el coche con la puerta trasera bien pegada contra el contorno y habló por el micrófono de su muñeca. Un segundo después se abrió la puerta principal de Armstrong y salieron tres agentes. Uno avanzó por el túnel de lona y abrió la puerta del coche. Reacher se bajó y Neagley se deslizó hacia fuera a su lado. El agente cerró otra vez la puerta, permaneció imperturbable junto al bordillo y el coche se fue. El segundo agente extendió los brazos expresando así, con una pequeña mímica, que debían quedarse quietos para ser registrados. Esperaron en medio de la penumbra blanquecina que proyectaba la lona. Neagley se puso tensa en el momento en que unas manos extrañas la palpaban. Pero fue superficial. Apenas la tocaron. Y no encontraron el cuchillo de cerámica de Reacher. Lo tenía escondido en el calcetín.

Los agentes los hicieron pasar al recibidor de Armstrong y cerraron la puerta. La casa era más espaciosa de lo que parecía desde fuera. Era un lugar grande y solemne que parecía haber estado allí cien años y ser capaz de resistir cien más. En el recibidor había antigüedades oscuras, papel rayado en las paredes y conjuntos desordenados de fotos enmarcadas por todas partes. Había alfombras en el suelo extendidos sobre una gruesa moqueta que iba de una pared a otra. Había una vieja maleta apoyada en un rincón, presumiblemente lista para el viaje de emergencia a Oregón.

—Por aquí —dijo uno de los agentes.

Los condujo al interior de la casa y, dando un giro de noventa grados en un pasillo, les llevó hasta una cocina comedor enorme que parecía sacada de una cabaña de madera. Era toda de pino, con una mesa grande en un extremo y todo el equipo de cocina en el otro. Había un fuerte olor a café. Armstrong y su esposa estaban sentados en la mesa con gruesas tazas de cerámica y cuatro periódicos distintos. La señora Armstrong llevaba un chándal y una capa de sudor, como si tuviesen un gimnasio casero en el sótano.

Daba la sensación de que no iba a ir a Oregón con su marido. No estaba maquillada. Parecía un poco cansada y desanimada, como si los acontecimientos del Día de Acción de Gracias hubiesen alterado su sensibilidad de forma esencial. Armstrong por su parte parecía tranquilo. Llevaba una camisa limpia bajo una chaqueta remangada en los antebrazos. Sin corbata. Leía los editoriales del *New York Times* y del *Washington Post*, uno al lado del otro.

—¿Café? —preguntó la señora Armstrong.

Reacher asintió y ella se levantó, fue hasta la zona de la cocina, descolgó de unos ganchos otras dos tazas y las llenó. Regresó con una en cada mano. Reacher no terminaba de entender si era alta o baja. Era una de esas mujeres que parecen bajas con calzado plano y altas en tacones. Les pasó las tazas de manera un tanto inexpresiva. Armstrong dejó de mirar sus periódicos y alzó la vista.

—Lamento lo de su madre —dijo Neagley.

Armstrong asintió:

—Stuyvesant me ha dicho que querían hablar conmigo en privado —dijo.

—En privado estaría bien —dijo Reacher.

—¿Podría estar presente mi esposa?

—Eso depende de la definición que usted tenga de privacidad.

La señora Armstrong miró a su marido:

—Me lo puedes contar después —dijo—. Antes de irte. Si lo necesitas.

Armstrong asintió de nuevo y cerró los periódicos haciendo todo un *show*. Después se levantó, fue hasta la cafetera y volvió a llenar su taza.

—Vamos —dijo.

Los llevó de nuevo por el pasillo en zigzag hasta una habitación lateral. Dos agentes los siguieron y se quedaron fuera, uno a cada lado de la puerta. Armstrong los miró como disculpándose y cerró la puerta. Se dio la vuelta y se quedó de pie detrás de un escritorio. La habitación estaba dispuesta como un estudio, pero era algo más simulado que real. No había ordenador. El escritorio era un mueble grande y viejo de madera oscura. Había sillas de cuero y libros elegidos por el aspecto del lomo. Había paneles de madera en las paredes y una vieja alfombra persa en el suelo. En algún lugar, un ambientador perfumaba la quietud del cuarto. En la pared había

una foto enmarcada en la que se veía a una persona de género indeterminado de pie sobre un témpano de hielo. Él o ella llevaba un enorme anorak con capucha y mitones gruesos que le llegaban hasta los codos. La capucha tenía un gran cuello de pelo que le enmarcaba la cara. Su cara estaba totalmente escondida por una máscara de esquí y unas gafas de nieve polarizadas de color amarillo. Uno de los mitones hasta el codo estaba levantado en señal de saludo.

—Es nuestra hija —dijo Armstrong—. Le pedimos una foto, porque la echamos de menos. Nos mandó esa. Tiene sentido del humor.

Se sentó detrás del escritorio. Reacher y Neagley se sentaron cada uno en una silla.

—Todo esto parece muy confidencial —dijo Armstrong.

Reacher asintió:

—Y al final creo que todos estaremos de acuerdo en que siga siéndolo.

—¿De qué se trata?

—Stuyvesant nos ha transmitido algunas reglas —dijo Reacher —. Voy a empezar a romperlas ahora mismo. El Servicio Secreto interceptó seis mensajes de amenaza dirigidos a usted. El primero llegó por correo hace dieciocho días. Dos más llegaron por correo posteriormente y tres fueron entregados en persona.

Armstrong no dijo nada.

—No parece sorprendido —dijo Reacher.

Armstrong se encogió de hombros:

—La política es una actividad sorprendente —dijo.

—Supongo que sí —dijo Reacher—. Los seis mensajes estaban firmados con la huella dactilar de un pulgar. Rastreamos y dimos con un hombre que vive en California. Le habían amputado y robado el pulgar y lo estaban usando como si fuera un sello de goma.

Armstrong no dijo nada.

—El segundo mensaje apareció en la oficina de Stuyvesant. Al final se demostró que lo había dejado allí un técnico de vigilancia llamado Nendick. La esposa de Nendick había sido secuestrada para forzarlo a actuar. Estaba tan asustado por el peligro que suponía para ella el inevitable interrogatorio al que él sería sometido, que

cayó en una especie de coma. Pero nosotros suponemos que para entonces, de cualquier modo, ella ya estaba muerta.

Armstrong permaneció en silencio.

—En la oficina hay un investigador llamado Swain que hizo una conexión mental importante. Le pareció que estábamos contando mal. Se dio cuenta de que Nendick debía computar como un mensaje en sí mismo, por lo que eran siete, no seis. Después añadimos al hombre de California al que le habían cortado el pulgar y nos dieron ocho mensajes. Además de eso, el martes se produjeron dos homicidios que pasaron a ser los mensajes número nueve y diez. Uno en Minnesota y otro en Colorado. Dos personas de apellido Armstrong y sin ninguna relación de parentesco entre ellas ni con usted fueron asesinadas en una especie de demostración contra usted.

—Oh no —dijo Armstrong.

—Por lo que tenemos diez mensajes —dijo Reacher—. Todos pensados para atormentarlo, pero usted no fue informado de ninguno de ellos. Entonces me empecé a preguntar si no seguiríamos contando mal *todavía*. ¿Y sabe qué? Estoy casi seguro de que sí. Creo que fueron al menos once mensajes.

Silencio en la pequeña habitación.

—¿Cuál sería el número once? —preguntó Armstrong.

—Algo que se nos coló —dijo Reacher—. Algo que llegó por correo, dirigido a usted, algo que el Servicio Secreto no percibió como una amenaza. Algo que no significaba absolutamente nada para ellos, pero que significaba mucho para *usted*.

Armstrong no dijo nada.

—Creo que fue el primero en llegar —dijo Reacher—. Al principio de todo, quizás, incluso antes de que el Servicio Secreto detectara el asunto. Creo que fue una especie de *aviso* que solo usted entendería. Así que creo que usted lo ha sabido todo el tiempo. Creo que usted sabe quién lo está haciendo, y creo que sabe *por qué*.

—Murieron personas —dijo Armstrong—. Esa es una acusación muy fuerte.

—¿La niega?

Armstrong no dijo nada.

Reacher se inclinó hacia delante:

—Hay algunas palabras cruciales que nunca se dijeron —dijo—. La cuestión es que si yo estuviera ahí de pie sirviendo pavo, alguien empezara a disparar y de repente otra persona estuviera muriéndose desangrada encima de mí, antes o después me preguntaría: ¿quiénes demonios *son*? ¿Qué demonios *quieren*? ¿Por qué demonios *hacen* esto? Son preguntas bastante básicas. Yo las habría pronunciado alto y claro, créame. Pero usted no lo hizo. Lo vimos dos veces después. En el sótano de la Casa Blanca y más tarde en la oficina. Habló de muchas cosas. Preguntó: ¿los han cogido ya? Esa era su gran preocupación. Nunca preguntó quiénes podían ser o cuáles podían ser sus motivos. ¿Y por qué no lo preguntó? Solo hay una explicación posible. Ya lo *sabía*.

Armstrong no dijo nada.

—Creo que su esposa también lo sabe —dijo Reacher—. Expresó que estaba disgustada con usted por poner a gente en peligro. No creo que estuviera generalizando. Creo que ella sabe que usted lo sabe, y que ella cree que usted debería habérselo dicho a alguien.

Armstrong permaneció en silencio.

—Por lo que creo que ahora se siente un poco culpable —dijo Reacher—. Creo que ese es el motivo por el cual aceptó anunciar por televisión lo que yo le pedí y que también es el motivo por el cual quiere asistir al acto conmemorativo. Una especie de cargo de conciencia. Porque lo *sabía*, y no se lo dijo a nadie.

—Soy un político —dijo Armstrong—. Tenemos cientos de enemigos. No tenía sentido ponerse a especular.

—Tonterías —dijo Reacher—. Esto no es político. Esto es personal. Sus enemigos políticos no van más allá de algún productor de soja de Dakota del Norte al que usted hizo diez centavos más pobre a la semana por cambiar algún subsidio. O algún viejo senador pretencioso al que usted se negó a apoyar en el voto. El productor de soja podría hacer campaña en su contra en época de elecciones y el senador podría tomarse su tiempo y joderlo en algún asunto importante, pero ninguno de los dos haría lo que están haciendo estos tipos.

Armstrong no dijo nada.

—No soy tonto —dijo Reacher—. Soy un hombre enfadado que vio cómo moría desangrada una mujer a la que le tenía cariño.

—Yo tampoco soy tonto —dijo Armstrong.

—Yo creo que sí. ¿Algo le está volviendo del pasado y cree que puede ignorarlo y esperar lo mejor? ¿No se dio cuenta de que sucedería? Ustedes no tienen perspectiva. ¿Creía que ya era mundialmente famoso porque formaba parte del gobierno y del Senado? Bueno, no es así. La gente normal no ha escuchado hablar de usted hasta la campaña de este verano. ¿Pensaba que ya se conocían todos sus secretitos? Bueno, eso tampoco es así.

Armstrong no dijo nada.

—¿Quiénes son? —preguntó Reacher.

Armstrong se encogió de hombros:

—¿Qué es lo que usted cree?

Reacher hizo una pausa.

—Yo creo que usted tiene un problema de temperamento —dijo —. Igual que su padre. Creo que hace mucho tiempo, antes de que aprendiera a controlarlo, hizo sufrir a mucha gente, y que algunos lo han olvidado, pero otros no. Creo que es parte de la vida de una persona el que alguna vez alguien le haga algo malo. Que le haga daño, que dañe su autoestima o que la fastidie de alguna otra manera. Creo que esta persona en particular lo reprimió durante mucho tiempo hasta que un día encendió la televisión y vio su cara por primera vez en treinta años.

Armstrong se quedó quieto en la silla durante un largo rato.

—¿Cómo de avanzado está el FBI en esta investigación?

—Están perdidos. Están buscando gente que no existe. Nosotros estamos mucho más adelantados que ellos.

—¿Y cuáles son sus intenciones?

—Yo voy a ayudarlo —dijo Reacher—. No es que usted se lo merezca en absoluto. Será exclusivamente la consecuencia de que voy a salir en defensa de Nendick y de su esposa, de un señor de apellido Andretti, de dos personas de apellido Armstrong, de Crosetti y especialmente de Froelich, que era amiga de mi hermano.

Se hizo un silencio.

—¿Esto seguirá siendo confidencial? —preguntó Armstrong.

Reacher asintió:

—Así tendrá que ser. Exclusivamente por mi propio bien.

—Parece que está contemplando tomar medidas muy serias.

—El que juega con fuego se quema.

—Esa es la ley de la selva.

—¿Y usted dónde cree que vive?

Armstrong se quedó callado otro largo rato.

—Así que usted sabrá mi secreto y yo sabré el suyo —dijo.

Reacher asintió:

—Y viviremos felices para siempre.

Hubo otro largo silencio. Duró un minuto entero. Reacher vio cómo desaparecía Armstrong el político y cómo lo remplazaba Armstrong el hombre.

—Usted está equivocado en la mayoría de las cosas —dijo—. Pero no en todas.

Se agachó y abrió un cajón. Sacó un sobre acolchado y lo tiró sobre el escritorio. Patinó sobre la madera brillante y se detuvo a un par de centímetros del borde.

—Supongo que esto cuenta como el primer mensaje —dijo—. Llegó el día de las elecciones. Supongo que al Servicio Secreto le habrá desconcertado un poco, pero no percibieron nada realmente peligroso. Por lo que lo dejaron pasar.

El sobre era un artículo común de papelería comercial. Estaba dirigido a «Brook Armstrong, Senado de los Estados Unidos, Washington D. C.». La dirección estaba impresa en la conocida etiqueta autoadhesiva con la conocida tipografía de ordenador Times New Roman, tamaño catorce, en negrita. Lo habían enviado por correo desde algún lugar del estado de Utah, el 28 de octubre. Habían abierto unas cuantas veces la solapa y la habían vuelto a cerrar. Reacher la levantó y miró dentro del sobre. Lo sostuvo de manera que Neagley también pudiera ver.

En el sobre había tan solo un bate de béisbol en miniatura. Era de esas cosas que se venden como *souvenir* o que vienen de regalo. Era de madera blanda lisa pintada de color miel. Tenía dos centímetros y medio de diámetro en su parte más gruesa y habría tenido alrededor de cuarenta centímetros de largo si no fuera porque estaba partido cerca del extremo del mango. Lo habían roto a propósito. Lo habían serrado parcialmente y después lo habían partido en la parte más delgada. Habían rayado y raspado la parte rota para que pareciera accidental.

—No tengo un problema de temperamento —dijo Armstrong—. Pero tiene razón, mi padre sí. Vivíamos en un pequeño pueblo de Oregón, bastante solitario y aislado. Era básicamente un pueblo

maderero. Un lugar con bastante mezcla. Los dueños de los aserraderos tenían casas grandes, los jefes de cuadrillas tenían casas más pequeñas, las cuadrillas vivían en chozas o en pensiones. Había un colegio. Mi madre era la dueña de la farmacia. Hacia un lado de la carretera estaba el resto del estado, hacia el otro había bosque virgen. Era como estar en la frontera. Era un poco un lugar sin ley, pero no estaba tan mal. De vez en cuando había prostitutas y se bebía mucho, pero en conjunto solo intentaba ser un pueblo americano.

Se quedó callado un momento. Apoyó las manos sobre el escritorio y las miró.

—Yo tenía dieciocho años —dijo—. Había terminado la escuela secundaria y estaba listo para ir a la universidad, pasando mis últimas semanas en casa. Mi hermana estaba de viaje por ahí. Teníamos un buzón en la entrada. Lo había construido mi padre, con la forma de un aserradero en miniatura. Era bonito, estaba hecho con varitas de cedro. En Halloween del año anterior lo habían hecho pedazos, ya saben, la típica cosa de Halloween en la que los chicos duros salen a recorrer las carreteras en coche con un bate de béisbol y rompen buzones. Mi padre escuchó el momento en que lo hicieron y los persiguió, pero no llegó a verlos. Estábamos un poco molestos, porque era un buzón precioso y destruirlo nos pareció una insensatez. Pero mi padre lo construyó de nuevo, más fuerte aún, y de alguna manera se obsesionó con protegerlo. Algunas noches se escondía y lo vigilaba.

—Y los chicos volvieron —dijo Neagley.

Armstrong asintió:

—Más adelante ese mismo verano —dijo—. Dos chicos, en una furgoneta, con un bate. Eran bastante grandes. Yo no los conocía realmente, pero los había visto antes por ahí. Creo que eran hermanos. Chicos duros de verdad, ya saben, delincuentes, unos matones que no vivían en el pueblo, la clase de persona de la que procuras mantenerte alejado. Le dieron un golpe al buzón, mi padre se les echó encima y discutieron. Se burlaron de él, lo amenazaron, insultaron a mi madre. Dijeron tráela, con este bate le enseñaremos lo que es pasarlo bien mejor de lo que se lo puedes enseñar tú. Se pueden imaginar los gestos que acompañaron a esas palabras. Entonces hubo una pelea, y mi padre tuvo suerte. Fue una de esas

veces, dos golpes afortunados y ganó. O quizás fue por su entrenamiento militar. El bate se partió a la mitad, quizás contra el buzón. Yo pensé que eso sería todo, pero entonces mi padre arrastró a los chicos hasta el jardín, buscó una cadena de las que se usaban para los troncos y unos candados y los encadenó a un árbol. Estaban de rodillas, frente a frente alrededor del tronco. Mi padre había perdido la cabeza. Estaba furioso. Los golpeaba con el bate partido. Yo intentaba detenerlo, pero era imposible. Después dijo que él les demostraría con el bate *a ellos* lo que era pasarlo bien, con el extremo roto, a no ser que le rogaran que no lo hiciera. Por lo que le rogaron. Le rogaron durante mucho tiempo y con la voz muy clara.

Se quedó callado de nuevo.

—Yo estuve ahí todo el rato —dijo—. Trataba de calmar a mi padre, eso es todo. Pero ellos me miraban como si estuviera *participando*. Tenían *algo* en la mirada, como si yo estuviese siendo testigo del peor momento de sus vidas. Como si yo estuviese viendo cómo los humillaban completamente, lo que, supongo, es lo peor que se le puede hacer a un abusador. Tenían los ojos llenos de odio. Contra *mí*. Como si estuviesen diciendo: has visto esto, ahora tienes que morir. Fue literalmente así.

—¿Qué sucedió? —preguntó Neagley.

—Mi padre los dejó allí. Dijo que los iba a dejar allí toda la noche y que comenzaría de nuevo a la mañana siguiente. Entramos, él se fue a la cama y yo me escabullí y salí de nuevo una hora más tarde. Iba a dejarlos marchar. Pero ya no estaban. De alguna manera se habían zafado de las cadenas. Se habían escapado. Nunca regresaron. Nunca los volví a ver. Me fui a la universidad, nunca volví a casa realmente, salvo de visita.

—Y su padre murió.

Armstrong asintió:

—Tenía problemas de tensión, lo cual era comprensible, supongo, dada la personalidad que tenía. De algún modo me olvidé de los dos chicos. Era solo un episodio que había ocurrido en el pasado. Pero no me olvidé *realmente* de ellos. Siempre he recordado su mirada. La puedo ver ahora mismo. Era un odio helado.

Eran como dos matones engreídos que no podían soportar que

los vieran de una manera distinta a como querían ser vistos. Como si yo estuviese cometiendo un pecado mortal solo por verlos perder. Como si yo les estuviese *haciendo* algo. Como si fuese su enemigo. Me miraron fijamente. Dejé de tratar de entenderlo. No soy psicólogo. Pero nunca he olvidado esa mirada. Cuando llegó ese paquete no dudé ni un segundo de quién lo había enviado, aunque hayan pasado ya casi treinta años.

—¿Sabía cómo se llamaban? —preguntó Reacher.

Armstrong negó con la cabeza:

—No sabía mucho de ellos, salvo, supongo, que vivían en algún pueblo de los alrededores. ¿Qué es lo que va a hacer?

—Sé lo que me *gustaría* hacer.

—¿Y qué es lo que le gustaría hacer?

—Quiero romperle los dos brazos y no volver a verlo nunca más en mi vida. Porque si hubiese dicho algo el día de las elecciones, Froelich seguiría viva.

—¿Por qué demonios no dijo nada? —preguntó Neagley.

Armstrong negó con la cabeza. Tenía lágrimas en los ojos.

—Porque no tenía idea de que fuera algo serio —dijo él—. De verdad, se lo prometo, por mi hija. ¿No lo ven? Pensé que sería solamente algo para recordarme aquello o para incomodarme. Me pregunté si quizás seguirían pensando que yo había sido culpable en aquel momento, y si me estarían amenazando con avergonzarme o exponerme políticamente, algo así. Obviamente no me preocupaba porque yo no había sido culpable. Cualquiera lo entendería. Y no podía ver ninguna otra razón lógica para que me lo mandaran. Yo era treinta años mayor, y también ellos. Soy un adulto racional, asumí que ellos también. Por lo que pensé que quizás era solo una broma de mal gusto. No pensé que fuera nada *peligroso*. Se lo prometo absolutamente. Es decir, ¿por qué iba a pensar que sí? Por lo que me incomodó durante una hora, y después lo dejé estar. Quizás sí esperaba algún tipo de secuela desagradable, pero resolví que lidiaría con ello cuando sucediera. Pero no hubo ninguna secuela. No sucedió. No hasta donde yo sabía. *Porque nadie me dijo nada*. Hasta ahora. Hasta que *usted* me lo dijo. Y según Stuyvesant usted ni siquiera me lo debería estar diciendo. Y sufrieron y *murieron* personas. Dios, ¿por qué no me informó? Le podría haber contado todo si me hubiese *preguntado*.

Nadie dijo nada.

—Por lo que tiene usted razón y se equivoca —dijo Armstrong —. Sabía quién y por qué, pero no conocía todo el recorrido. No sabía nada de la parte intermedia. Conocía el principio y reconocí el final. Lo supe en cuanto comenzaron los disparos, créame. Es decir, simplemente lo *supe*. Fue una conmoción increíble, de la nada. Pensé algo así como: ¿*esta* es la secuela? Fue una locura. Fue más o menos como estar esperando que un día me tiraran un tomate podrido y en vez de eso recibir un misil nuclear. Pensé que el mundo se había vuelto loco. ¿Me quiere echar la culpa por no haber dicho nada? Está bien, écheme la culpa, pero ¿cómo podría haberlo sabido? ¿Cómo podría haber pronosticado una insensatez semejante?

Un momento de silencio.

—Por lo que este es mi secreto culpable —dijo Armstrong—. No algo malo que haya hecho hace treinta años. Sino que hace tres semanas no tuve capacidad de predecir las implicaciones que iba a tener el paquete.

Nadie dijo nada.

—¿Debería decírselo a Stuyvesant ahora? —preguntó Armstrong.

—Es su decisión —respondió Reacher.

Hubo una larga pausa. Armstrong el hombre desapareció y Armstrong el político volvió para remplazado.

—No se lo quiero decir —dijo Armstrong—. Es malo para él y es malo para mí. Sufrieron y murieron personas. Será visto como un serio error de cálculo de ambas partes. Él debería haber preguntado, yo debería haberlo dicho.

Reacher asintió:

—Por tanto, déjenoslo a nosotros. Usted sabrá nuestro secreto y nosotros sabremos el suyo.

—Y todos viviremos felices para siempre.

—Bueno, todos viviremos —dijo Reacher.

—¿Descripciones? —preguntó Neagley.

—Eran unos chicos —dijo Armstrong—. Quizás de mi edad. Solo me acuerdo de su mirada.

—¿Cómo se llama el pueblo?

—Underwood, en Oregón —contestó Armstrong—. Donde

todavía vive mi madre. Adonde me voy dentro de una hora.

—¿Y estos chicos eran de la zona?

Armstrong miró a Reacher:

—Y usted ha dicho que irían a su casa a esperar.

—Sí —dijo Reacher—. Eso he dicho.

—Y yo estoy yendo hacia allí.

—No se preocupe —dijo Reacher—. Esa teoría está muy desactualizada. Asumo que esperaban que usted se acordara de ellos, y asumo que no anticiparon la falta de comunicación entre usted y el Servicio Secreto. Y seguro no querían que usted pudiera llevarles hasta su puerta. Por lo que su puerta ya no es la misma. Ya no viven en Oregón. De eso podemos estar seguros.

—¿Y cómo los van a encontrar?

Reacher negó con la cabeza:

—No los podemos encontrar. No ahora. No a tiempo. Ellos nos tendrán que encontrar a nosotros. En Wyoming. En el acto conmemorativo.

—Yo también voy a ir. Con una protección mínima.

—Pues espero que todo haya terminado antes de que usted llegue.

—¿Debería decírselo a Stuyvesant? —preguntó Armstrong de nuevo.

—Es su decisión —repitió Reacher.

—No puedo cancelar mi participación. No estaría bien.

—No —dijo Reacher—. Supongo que no estaría bien.

—No se lo puedo decir a Stuyvesant ahora.

—No —dijo Reacher—. Supongo que no puede.

Armstrong no dijo nada. Reacher se levantó para marcharse, y Neagley hizo lo mismo.

—Una última cosa —dijo Reacher—. Creemos que estos tipos ahora son policías.

Armstrong se quedó quieto en la silla. Empezó a mover la cabeza, pero después se detuvo y bajó la vista hacia el escritorio. Se le nubló el rostro, como si estuviese escuchando un leve eco de hacía treinta años.

—Algo durante la paliza —dijo—. Solo lo oí a medias, y estoy seguro de que entonces no lo tuve en cuenta. Pero creo que en un momento dijeron que su padre era policía. Dijeron que podía

meternos en un buen lío.

Reacher no dijo nada.

Los agentes de protección los acompañaron hasta afuera. Recorrieron la carpa de lona y bajaron de la acera a la calle. Giraron hacia el este, subieron a la acera otra vez y se prepararon para el paseo hasta el metro. Eran las últimas horas de la mañana y el aire estaba despejado y frío. El barrio estaba vacío. No había nadie fuera caminando. Neagley abrió el sobre que le había dado Stuyvesant. Dentro tenía un cheque por cinco mil dólares. En el renglón de concepto decía *consulta profesional*. En el sobre de Reacher había dos cheques. Uno era por los mismos cinco mil de honorarios y el otro era por los gastos de la auditoría, hasta el último centavo.

—Deberíamos ir de compras —dijo Neagley—. No podemos ir a cazar a Wyoming vestidos así.

—No quiero que vengas conmigo —dijo Reacher.

DIECISIETE

Tuvieron una discusión ahí mismo, en la calle, mientras caminaban por Georgetown.

—¿Te preocupa mi seguridad? —preguntó Neagley—. Porque no debería preocuparte. No me va a pasar nada. Sé cuidarme sola. Y puedo tomar mis propias decisiones.

—No estoy preocupado por tu seguridad —dijo Reacher.

—¿Qué te preocupa entonces? ¿Mi trabajo? Soy mucho mejor que tú.

—Lo sé.

—¿Y cuál es el problema?

—Tu licencia. Tienes algo que perder.

Neagley no dijo nada.

—Tienes una licencia, ¿no es así? —dijo Reacher—. ¿Para poder dedicarte a lo que te dedicas? Y tienes una oficina, un trabajo, un hogar y un lugar fijo. Después de esto, yo voy a desaparecer. Tú no puedes hacer lo mismo.

—¿Crees que nos van a pillar?

—Yo puedo permitirme correr ese riesgo. Tú no.

—Si no nos pillan no hay ningún riesgo.

Ahora Reacher no dijo nada.

—Es como lo que le dijiste a Bannon —continuó ella—. Cuando esté ahí tirada en el suelo esperando a estos tipos voy a sentir un escozor en la columna. Necesito que me cubras las espaldas.

—Esta no es tu pelea.

—¿Por qué es la tuya? ¿Porque una mujer a la que tu hermano abandonó fue asesinada mientras hacía su trabajo? Es un argumento bastante débil.

Reacher no dijo nada.

—Vale, es tu pelea —dijo Neagley—. Lo sé. Pero eso que en tu cabeza lo *hace ser* tu pelea también hace que sea la *mía*. Porque en

mi cabeza también está. E incluso si no pensáramos lo mismo, si yo tuviera un problema, ¿no me ayudarías?

—Te ayudaría si me lo pidieses.

—Por lo que estamos en paz.

—Salvo porque yo no te lo estoy pidiendo.

—No ahora. Pero lo harás. Estás a más de tres mil kilómetros de Wyoming, no tienes una tarjeta de crédito para comprar el billete de avión, y yo sí. Tu única arma es una navaja con una hoja de nueve centímetros, yo conozco a alguien en Denver que nos dará las armas que queramos, sin preguntas, y tú no. Yo puedo alquilar un coche en Denver para hacer el resto del viaje, y tú no.

Siguieron caminando, veinte metros, treinta.

—Vale —dijo Reacher—. Te lo pido.

—Compraremos ropa en Denver —respondió ella—. Conozco algunos sitios buenos.

Llegaron a Denver antes de las tres de la tarde, hora de la montaña. Las altas llanuras se extendían a su alrededor, de color tostado y como dormidas. El aire era fino y muy frío. Todavía no había nieve, pero estaba al llegar. Los quitanieves de las pistas de aterrizaje estaban alineados y a punto. Las vallas para la nieve estaban preparadas. Las empresas de alquiler de coches habían enviado los sedanes al sur y solo tenían disponibles varios cuatro por cuatro nuevos. En el mostrador de Avis, Neagley firmó el alquiler de una GMC Yukon. Se trasladaron hasta la explanada y la fueron a buscar. Era negra y brillante y se parecía mucho a la Suburban de Froelich, salvo que era sesenta centímetros más corta.

Condujeron hacia la ciudad. Era un viaje muy, muy largo. El espacio parecía infinitamente disponible incluso después de haber estado en el D. C, que no era el lugar más poblado del este. Aparcaron en un garaje del centro, caminaron tres manzanas y Neagley encontró la tienda que estaba buscando. Era un lugar con todo tipo de productos para actividades al aire libre. Tenía desde botas y brújulas hasta productos con zinc diseñados para proteger la nariz de las quemaduras del sol. Compraron un telescopio para observar aves y un mapa a gran escala del centro de Wyoming para senderistas, y después pasaron a los percheros de ropa. Estaban repletos de prendas que uno podía ponerse para caminar por alturas medias de las Montañas Rocosas y después llevar por la ciudad sin

parecer un completo idiota. Neagley eligió un conjunto de senderismo muy resistente en tonos verdes y marrones. Reacher reprodujo sus compras de Atlantic City, al doble de precio y con el doble de calidad. Esta vez añadió un gorro y un par de guantes. Se cambió en el probador. Dejó el último traje de Joe dentro de un cubo de basura.

Neagley encontró un teléfono público en la calle e hizo una pausa en el frío lo suficientemente larga como para realizar una llamada breve. Después volvieron al garaje, sacaron la furgoneta y cruzaron el centro en dirección a la parte más sospechosa de la ciudad. En el aire había un fuerte olor a comida para perro.

—Hay una fábrica aquí —explicó ella.

Reacher asintió:

—No me digas.

De una calle estrecha salieron a una especie de parque industrial y se metieron por un laberinto de estructuras bajas de metal. Había comercios de linóleo, talleres de frenos, sitios en los que podías comprar cuatro neumáticos para nieve por noventa y nueve dólares y otros sitios en los que te ajustaban el coche por veinte. En una esquina había un taller largo y bajo, solo, rodeado de mil metros cuadrados de asfalto partido. El edificio tenía la verja cerrada y un cartel pintado a mano en el que ponía: *Eddie Brown Ingeniería Mecánica*.

—¿Es él? —preguntó Reacher.

Neagley asintió:

—¿Qué queremos?

Reacher se encogió de hombros:

—No tiene sentido planearlo a fondo. Algo corto y algo largo, uno de cada, y supongo que más munición. Con eso debería bastar.

Neagley detuvo la furgoneta frente a la verja y tocó la bocina. Un hombre salió de la entrada para el personal y recorrió la mitad del camino antes de ver quién estaba en el coche. Era alto y macizo de cuello y de hombros. Tenía el pelo rubio y corto y un rostro amable, pero las manos grandes, las muñecas gruesas y no parecía la clase de persona con la que uno se metería así porque sí. Esbozó un saludo, volvió dentro y un momento después la verja se empezó a levantar. Neagley metió la furgoneta y la verja se bajó de nuevo detrás suyo.

Por dentro el edificio tenía la mitad del tamaño que debería haber tenido, pero aparte de eso parecía convincente. El suelo era de cemento con manchas de grasa y aquí y allá había maquinarias para trabajar metales, taladradoras, montañas de planchas metálicas y fardos de varillas de acero. Pero la pared del fondo estaba tres metros más cerca del lado de dentro de lo que indicaban las medidas externas. Claramente al otro lado se escondía una habitación bastante grande.

—Él es Eddie Brown —dijo Neagley.

—No es mi verdadero nombre —aclaró el maromo.

Accedió a la habitación escondida tirando de una gran montaña de chatarra. Estaba toda soldada entre sí y a la vez soldada a un panel de acero que tapaba. Toda la estructura giró sobre unas silenciosas bisagras bien engrasadas como una gigantesca puerta giratoria. El tipo que se hacía llamar Eddie Brown los hizo pasar por allí hacia un escenario completamente distinto.

La habitación escondida estaba limpia como un hospital. Estaba pintada de blanco y las cuatro paredes estaban cubiertas de estantes y exhibidores. En tres de ellas los estantes estaban llenos de armas de mano, algunas en cajas, otras sueltas. En los exhibidores había armas largas, fusiles, carabinas, escopetas y ametralladoras, a lo largo de muchos metros, todas muy limpias y bien colocadas. El aire estaba lleno del hedor del aceite para armas. La cuarta pared estaba ordenada como una biblioteca de cajas de munición. Reacher alcanzaba a oler el latón nuevo, el cartón fresco y unas suaves notas de pólvora.

—Estoy impresionado —dijo.

—Coged lo que necesitéis —dijo Eddie.

—¿Adónde llevan los números de serie?

—Al ejército austríaco —respondió Eddie—. Después, de alguna manera, desaparecen.

Diez minutos más tarde estaban otra vez en la carretera, con la chaqueta nueva de Reacher cuidadosamente desplegada en el espacio de carga de la Yukon, sobre dos Steyr GB nueve milímetros, un subfusil Heckler & Koch MP5 sin silenciador, un fusil M16 y cajas que guardaban doscientas balas para cada arma.

Entraron a Wyoming ya con el cielo oscuro, conduciendo hacia el norte por la I-25. Giraron a la izquierda en Cheyenne y siguieron

por la I-80. Avanzaron hacia el oeste hasta Laramie y después se dirigieron hacia el norte. El pueblo llamado Grace estaba todavía a cinco horas, mucho más allá de Casper. En el mapa se lo veía enclavado en el medio de la nada entre montañas imponentes de un lado y pastizales infinitos del otro.

—Nos detendremos en Medicine Bow —dijo Reacher—. Suena a que es un buen lugar. Apuntaremos a Legar a Grace mañana a amanecer.

En la oscuridad, Medicine Bow no parecía un muy buen lugar, pero a tres kilómetros de distancia tenía un motel con habitaciones disponibles. Neagley las pagó. Después encontraron una parrilla a un kilómetro y medio en la otra dirección y comieron unos bifes de lomo de trescientos cincuenta gramos que les costaron menos que una bebida en el D. C. Empezaron a cerrar e restaurante a su alrededor y captaron la indirecta y emprendieron el viaje de regreso a sus habitaciones. Reacher dejó su abrigo en la camioneta, para esconder de as miradas curiosas a potencia de fuego. Se dijeron buenas noches en e; estacionamiento. Reacher se fue directo a la cama. Escuchó a Neagley en la ducha. Cantaba. El canto llegaba a través de la pared.

Se despertó a as cuatro de la mañana, sábado. Neagley se estaba duchando de nuevo, y seguía cantando. Pensó: ¿cuándo demonios duerme? Salió de la cama y fue al baño. Prendió el agua caliente de la ducha, lo cual debe haber hecho que a de ella saliera fría, porque escuchó un grito apagado del otro lado de la pared. Por lo que cerró el agua y esperó hasta oír que ella hubiera terminado. Después se duchó y se vistió y se encontraron junto al coche. Seguía estando totalmente oscuro. Seguía haciendo mucho frío. El viento soplaba copos de nieve desde el oeste. Caían moviéndose despacio entre las luces del estacionamiento.

—No encuentro café —dijo Neagley.

Encontraron café una hora hacia el norte. En un *diner* junto a la ruta que estaba abriendo para el desayuno. Vieron las luces del lugar un kilómetro y medio antes. Estaba al lado de a entrada a un camino de tierra que se perdía en la oscuridad hacia el Bosque Nacional de Medicine Bow. El *diner* parecía un granero, largo y bajo, con tablones de madera rojos. Frío afuera, calor adentro. Se sentaron en una mesa junto a una ventana con cortinas y comieron

huevos y panceta y tostadas y bebieron café fuerte y amargo.

—*OK*, los llamaremos uno y dos —dijo Neagley—. Uno es el de Bismarck. Tú lo reconocerás. Dos es el del video del garaje. Lo podríamos reconocer por su contextura. Pero no sabemos realmente qué aspecto tiene.

Reacher asintió:

—Por lo que buscaremos al de Bismarck en compañía de algún otro tipo. No tiene sentido planearlo a fondo.

—No te escucho muy entusiasmado.

—Deberías irte a tu casa.

—¿Ahora que te traje hasta acá?

—Tengo un mal presentimiento con todo esto.

—Estás tenso porque mataron a Froelich. Eso es todo. Y no significa que me vaya a pasar algo malo a mí.

Él no dijo nada.

—Somos dos contra dos —dijo Neagley—. Tú y yo contra dos tarados, ¿y estás preocupado?

—No mucho —dijo él.

—Quizás ni vengan. Según Bannon sabrían que es una trampa.

—Vendrán —dijo Reacher—. Los desafiaron. Es una cuestión de testosterona. Y les falta la cantidad suficiente de tornillos como para lanzarse sin pensarlo.

—Si lo hacen, a mí no me va a pasar nada.

—Me sentiría mal si te pasara algo.

—Eso no va a suceder —dijo ella.

—Dime que no te estoy obligando a hacer esto.

—Es mi propia voluntad.

Él asintió:

—Entonces vamos.

Volvieron a la carretera. Flotaban copos de nieve a la luz de los focos delanteros. Caían moviéndose despacio y sin peso desde el oeste y brillaban intensamente en la luz y desaparecían deprisa hacia atrás a medida que la camioneta avanzaba. Eran copos grandes, secos y tupidos, no muchos. La carretera era angosta. Serpenteaba hacia la izquierda y hacia la derecha. La superficie era despareja.

La oscura inmensidad que tenían a su alrededor absorbía el ruido del coche hacia la nada. Avanzaban por un luminoso túnel de

silencio, saltando de un copo de nieve solitario al siguiente.

—Supongo que en Casper habrá un departamento de policía —dijo Reacher.

Neagley asintió mirando hacia delante:

—Podría llegar a tener cien efectivos. Casper es casi tan grande como Cheyenne. Casi tan grande como Bismarck, de hecho.

—Y Grace estará en su jurisdicción —dijo Reacher.

—Y en la de los policías estatales, supongo.

—Por lo que cualquier policía que nos encontremos es uno de los tipos que estamos buscando.

—¿Sigues convencido de que son policías?

Él asintió:

—Es la única manera de que todo tenga sentido. El contacto inicial con Nendick y Andretti en los bares de policías, la familiaridad con el Centro Nacional de Investigación Criminal, el acceso a las armas del gobierno. Además del modo en que entran y salen de todas partes. Multitudes, confusión, con una placa dorada puedes pasar por cualquier parte. Y si Armstrong tiene razón y su padre era policía, estamos ante una buena señal. Es un oficio familiar, como las fuerzas armadas.

—Mi padre no estuvo en las fuerzas armadas.

—Pero el mío sí, ya solo con eso tenemos un cincuenta por ciento. Más que en la mayoría de las profesiones. ¿Y sabes cuál es el factor decisivo?

—¿Cuál?

—Algo de lo que nos deberíamos haber dado cuenta hace mucho. Pero lo pasamos por alto. Nos lo perdimos, totalmente. *Los dos Armstrongs muertos*. ¿Cómo demonios *encuentras* a dos hombres blancos de pelo rubio, ojos azules, con las fechas de nacimiento y los rostros adecuados, y sobre todo con el nombre y apellido adecuados? Es demasiado difícil. Pero estos tipos lo hicieron. Y solo hay manera práctica de hacerlo, que es acudiendo a la base de datos nacional del Registro Automotor. Cualquier información sobre el carné de conducir, los nombres, domicilios, fechas de nacimiento, fotos… Está todo allí, cualquier cosa que necesites. Y nadie tiene acceso salvo los policías, que pueden llamar directamente.

Neagley se quedó callada un momento.

—Vale, *son* policías —dijo.

—Claro que sí. Y somos unos tontos por no haberlo visto el martes.

—Pero dos policías habrían oído hablar de Armstrong hace mucho tiempo, ¿no crees?

—¿Por qué? Los policías solo conocen su pequeño mundo, eso es todo, igual que el resto de las personas. Si trabajas en un departamento de policía rural en Maine, en Florida o en las afueras de San Diego puede que conozcas al mariscal de campo de los New York Giants o al jardinero central de los Chicago White Sox, pero no hay ningún motivo para que hayas oído hablar del segundo senador de Dakota del Norte. A no ser que fueras un fan de la política, y la mayoría de la gente no lo es.

Neagley siguió conduciendo. Muy a la derecha, lejos hacia el este, una franja estrecha de cielo clareó un poco. Se había vuelto del color del carbón oscuro contra la negrura que continuaba más allá. La nieve no era ni más gruesa ni más fina. Los copos grandes y dóciles llegaban desde las montañas moviéndose despacio, flotando a una misma altura, a veces elevándose.

—¿Y de dónde son? —preguntó ella—. ¿Maine, Florida, San Diego? Necesitamos saberlo, porque si vienen en avión solo pueden ir armados con algo que puedan recoger aquí.

—California es una posibilidad —dijo Reacher—. Oregón no. No le habrían revelado su identidad concreta a Armstrong si siguieran viviendo en Oregón. Nevada es una posibilidad. O Utah o Idaho. Cualquier otro lugar ya es demasiado lejos.

—¿Para qué?

—Para estar en un radio razonable con respecto a Sacramento. ¿Cuánto dura una nevera portátil robada con hielo?

Neagley no dijo nada.

—Nevada, Utah o Idaho —dijo Reacher—. Esa es mi apuesta. California no. Seguro que querían una frontera estatal entre ellos y el lugar del que iban a sacar el pulgar. Psicológicamente es más cómodo. Yo creo que están a un día largo en coche de Sacramento. Lo que significa que probablemente también están a un día largo en coche de aquí, en dirección contraria. Por lo que yo creo que van a venir por carretera, armados hasta los dientes.

—¿Cuándo?

—Hoy, si tienen algo de sentido común.

—El bate lo enviaron desde Utah —dijo Neagley.

Reacher asintió:

—Vale, por lo que tachemos Utah. No creo que quisieran enviar algo por correo desde su propio estado.

—Así que Idaho o Nevada —dijo Neagley—. Tendremos que estar atentos a las matrículas.

—Este es un destino turístico. Va a estar lleno de matrículas de otros estados. Nosotros tenemos matrícula de Colorado, por ejemplo.

—¿Cómo pretenden hacerlo?

—Edward Fox —dijo Reacher—. Quieren sobrevivir, y son bastante buenos con el fusil. Ciento veinte metros en Minnesota, noventa en el D. C. Intentarán dispararle cuando esté en la entrada de la iglesia o en algún lugar así. Quizás fuera en el cementerio. Para que caiga al lado de la tumba de alguna otra persona.

Neagley redujo la velocidad y giró a la derecha en la Ruta 220. Era una carretera mejor, más ancha, con el asfalto más nuevo. Discurría junto a un río. El cielo hacia el este estaba más claro. De frente se veía el tenue brillo de la ciudad de Casper, treinta kilómetros hacia el norte. La nieve seguía soplando desde el oeste, lenta y dócil.

—¿Entonces cuál es nuestro plan? —preguntó Neagley.

—Necesitamos ver el terreno —respondió Reacher.

Miró hacia un lado por la ventanilla. Desde que salieron de Denver solo había visto oscuridad.

Se detuvieron en las afueras de Casper a echar gasolina, comprar más café e ir al baño. Después Reacher hizo un turno al volante. Cogió la Ruta 87 en dirección norte saliendo de la ciudad y condujo rápido durante cincuenta kilómetros porque la Ruta 87 era también la I-25 y era ancha y recta. Y condujo rápido porque iban tarde. Hacia el este el amanecer estaba en su máximo esplendor y todavía estaban muy lejos de Grace. El cielo estaba rosado y precioso, y la luz llegaba en rayos brillantes horizontales e iluminaba las laderas de las montañas hacia el oeste. Avanzaban entre las faldas de las colinas. A su derecha, hacia el este, el mundo era básicamente llano, hasta Chicago y más allá. A su izquierda, lejos al oeste, las Montañas Rocosas se alzaban a tres kilómetros de altura. Las partes

más bajas estaban salpicadas de pinos y las cumbres estaban blancas de nieve y salpicadas de peñascos. Durante kilómetros, a ambos lados del asfalto, se extendía el paisaje del desierto alto, con arbustos y hierbas de color tostado centelleando violetas a la luz del sol temprano.

—¿Ya habías estado aquí? —preguntó Neagley.

—No —respondió él.

—Tenemos que girar —dijo ella—. Pronto, hacia el este en dirección a la Cuenca del Trueno.

Reacher repitió mentalmente el nombre, porque le gustaba cómo sonaban las palabras. *Cuenca del Trueno. Cuenca del Trueno*.

Se desvió un poco a la derecha para salir de la autopista y tomar una estrecha carretera local. En los carteles estaban señalizados los pueblos de Midwest y Edgerton. La tierra iba desapareciendo hacia el este. Pinos de treinta metros de alto proyectaban sombras matutinas de cien metros de largo. Había pastizales interminables e irregulares interrumpidos aquí y allá por los restos de viejas industrias. Había cimientos de piedra cuadrados de medio metro de alto y marañas de hierro viejo.

—Petróleo —dijo Neagley—. Y minas de carbón. Todo abandonado hace ochenta años.

—La tierra parece extremadamente llana —dijo Reacher.

Pero sabía que esa apariencia llana era engañosa. El sol bajo le mostraba elevaciones, hondonadas y cuestas pequeñas que no eran nada comparadas con las montañas que tenía a su izquierda pero que estaban muy lejos de ser *llanas*. Estaban en una zona de transición, donde las montañas se iban desplegando de manera aleatoria hacia las altas llanuras. El tumulto geológico de hacía un millón de años se expandía en ondas hasta Nebraska, congelado en el tiempo, generando espacios suficientes para que un hombre a pie se escondiera en un millón de lugares distintos.

—Necesitamos que sea totalmente llano —dijo Neagley.

Reacher asintió mirando hacia delante:

—Salvo por una pequeña colina a cien metros de donde va a estar Armstrong. Y otra pequeña colina cien metros más allá, desde la que podamos vigilar nosotros.

—No va a ser tan sencillo.

—Nunca lo es —dijo Reacher.

Siguieron conduciendo, otra hora completa. Avanzaban hacia el noreste en dirección a la nada. El sol salió del horizonte con claridad. El cielo tenía franjas rosas y violetas. A sus espaldas las Rocosas resplandecían por la luz reflejada. De frente a la derecha los pastizales se extendían en la distancia como un océano tormentoso. Ya no había nieve en el aire. Los copos grandes y dóciles habían desaparecido.

—Gira por aquí —dijo Neagley.

—¿Por aquí?

Reacher detuvo la furgoneta y observó la curva. Era tan solo un camino de tierra, que se dirigía al sur al medio de la nada.

—¿Hay un pueblo allí? —preguntó.

—Según el mapa, sí —respondió Neagley.

Dio marcha atrás y giró. El camino de tierra se extendió durante un kilómetro y medio entre pinos y después se abrió a un paisaje absolutamente vacío.

—Continúa —dijo Neagley.

Siguieron conduciendo, treinta kilómetros, cuarenta. La carretera subía y bajaba. Después alcanzó una altura máxima y la tierra se hundió frente a ellos en un cuenco de césped y arbustos de ochenta kilómetros de ancho. La carretera lo atravesaba recto hacia el sur como una tenue línea de lápiz y cruzaba un río en la base del cuenco. Otras dos carreteras llegaban hasta el puente desde la nada. Había edificios diminutos desparramados aleatoriamente. El conjunto parecía una letra I mayúscula, ligeramente salpicado con viviendas donde los trazos de la letra se unían en el puente.

—Eso es Grace, Wyoming —dijo Neagley—. Donde esta carretera cruza el brazo sur del río Cheyenne.

Reacher detuvo la Yukon. Puso la palanca de cambio en posición de aparcar y cruzó los brazos sobre la parte alta del volante. Se inclinó, apoyó el mentón sobre sus manos y miró hacia el frente a través del parabrisas.

—Deberíamos ir a caballo —dijo.

—Con sombreros blancos —añadió Neagley—. Y unas Colt 45.

—Me quedo con las Steyr —dijo Reacher—. ¿Cuántas maneras de entrar hay?

Neagley deslizó el dedo sobre el mapa:

—Norte o sur —dijo—. Por esta carretera. Las otras dos no van a

ningún lado. Terminan en el monte. Quizás van hacia viejos ranchos ganaderos.

—¿Por dónde vendrán los villanos?

—Si son de Nevada, llegarán por el sur. Si son de Idaho, por el norte.

—Así que no podemos quedarnos aquí y bloquear la carretera.

—Quizás ya están allí.

Uno de los edificios se veía como un minúsculo punto blanco en medio de un cuadrado verde. *Lo iglesia de Froelich*, pensó Reacher. Abrió la puerta y se bajó del coche. Lo rodeó hasta la puerta del maletero y regresó con el telescopio de observar aves. Era como una de las mitades de unos prismáticos enormes. Lo sujetó sobre la puerta abierta y acercó el ojo.

La lente comprimía la visión a una imagen plana y con mucho grano que bailoteaba y se movía con el latido de su corazón. Ajustó el foco hasta que tuvo la sensación de ver el pueblo desde arriba y a un kilómetro de distancia. El río era un corte estrecho. El puente era una estructura de piedra. Los caminos eran todos de tierra. Había más edificios de los que se había imaginado en un primer momento. La iglesia se alzaba sola en media hectárea de terreno dentro del ángulo sur de la K. Tenía los cimientos de piedra y el resto eran tablones de madera pintados de blanco. Tranquilamente podría haber estado en Massachusetts. El terreno se ensanchaba hacia el sur, y era de césped cortado sobre el que había lápidas desperdigadas.

Al sur del cementerio había una cerca, y al otro lado de la cerca había un conjunto de edificios de dos pisos de cedro avejentado. Estaban dispuestas en ángulos aleatorios unas respecto de otras. Al norte de la iglesia, más de lo mismo. Casas, tiendas, graneros. A lo largo de las patas cortas de la K había más edificios. Algunos estaban pintados de blanco. Cerca del centro de la ciudad estaban más juntos, y se iban separando a medida que aumentaba la distancia. El río corría azul y transparente, hacia el este y hacia el norte en medio del océano de hierba. Aquí y allá había coches y furgonetas aparcados. Cierta actividad peatonal. Parecía que la población podía llegar a un par de centenares.

—Era un pueblo ganadero, supongo —dijo Neagley—. Trajeron el tren hasta Casper, pasando por Douglas. Deben de haber

trasladado los rebaños cien o ciento diez kilómetros hacia el sur para poder subirse allí.

—¿Y ahora a qué se dedican? —preguntó Reacher.

Cuando habló, la ciudad se tambaleó tras la lente.

—Ni idea —dijo ella—. Quizás todos invierten en internet.

Le pasó el telescopio y ella ajustó otra vez el foco y miró a través. Él vio cómo la lente se movía un poco hacia arriba, hacia abajo y hacia ambos lados mientras ella iba recorriendo la zona.

—Se pondrán hacia el sur —dijo ella—. Toda la actividad previa al acto va a ocurrir al sur de la iglesia. Tienen un par de graneros viejos cien metros más allá, y algunos accidentes naturales que les pueden ayudar a esconderse.

—¿Cómo pretenden escapar?

La lente se movió tres milímetros a la derecha.

—Habrán previsto que habrá controles policiales al norte y al sur —dijo ella—. Con policías locales. Es evidente. Pueden llegar a burlarlos con sus placas, pero yo no contaría con eso. Esta es una situación completamente distinta. Puede que haya confusión, pero no es un evento multitudinario.

—¿Y entonces cómo?

—Sé cómo lo haría yo —dijo ella—. Evitaría por completo las carreteras. Me iría cruzando los pastizales, hacia el oeste. Sesenta kilómetros campo a través en una cuatro por cuatro grande hasta llegar a la autopista. Dudo que el departamento de policía de Casper tenga un helicóptero. O la Patrulla de Caminos. Solo hay dos autopistas en todo el estado.

—Armstrong vendrá en helicóptero —dijo Reacher—. Probablemente desde alguna base de la fuerza aérea en Nebraska.

—Pero no van a usar su helicóptero para perseguir a los malos. Estarán evacuándolo o llevándolo a un hospital. Estoy segura de que se trata de alguna clase de protocolo estándar.

—La Patrulla de Caminos podría instalarse al norte y al sur de la autopista. Serían advertidos casi una hora antes.

Neagley bajó el telescopio y asintió:

—Yo ya habría pensado en eso. Así que *cruzaría* la autopista y seguiría a través de la hierba. Al oeste de la autopista, entre Casper y la Reserva Wind River, hay veinticinco mil kilómetros cuadrados absolutamente vacíos, que solo están recorridos por una carretera

importante. Desaparecerían mucho antes de que alguien llamara a un helicóptero para iniciar la búsqueda.

—Ese es un plan muy atrevido.

—Yo lo haría —dijo Neagley.

Reacher sonrió:

—Sé que *tú* lo harías. La pregunta es: ¿ellos lo harán? Me pregunto si no darán media vuelta y se olvidarán del tema después de venir y echar un vistazo.

Reacher se subió de nuevo en el asiento del conductor.

—Vamos a trabajar —dijo.

El cuenco era muy poco profundo. Perdieron quizás treinta metros de altitud en los treinta kilómetros que atravesaron con el coche antes de llegar al pueblo. El camino era de tierra aplastada, liso como un cristal, bellamente pulido y contorneado. Un arte anual, supuso Reacher, rehecho cada año una vez derretidas las nieves del invierno y terminadas las lluvias primaverales. Era el tipo de carretera por la que avanzaban los Ford T en los documentales. Iba curvándose a medida que se acercaba al pueblo, como para que el puente cruzara el río en un ángulo recto exacto.

El puente parecía representar el centro geográfico del pueblo. Había un gran almacén que ofrecía servido de correo y desayuno. Detrás había una forja en la que probablemente se reparaba maquinaria de campo desde hacía mucho tiempo. Había una oficina de un proveedor de comida para animales y una ferretería. Había una estación de servicio de un solo surtidor con un letrero que decía: *Reparamos Amortiguadores*. Frente a los edificios las aceras eran de madera. Parecían muelles para barcos flotando en la tierra. Había un hombre curtido y silencioso cargando provisiones en una furgoneta.

—No van a venir aquí —dijo Reacher—. Es el lugar más expuesto que he visto en mi vida.

Neagley negó con la cabeza:

—No van a saberlo hasta que no lo hayan visto. Podrían entrar y salir en diez minutos, pero diez minutos es todo lo que necesitamos.

—¿Dónde nos vamos a quedar?

Ella señaló:

—Allí.

Era una construcción de madera de enebro que tenía una

fachada sencilla con muchas ventanas pequeñas y un cartel que decía: *Habitaciones Limpias*.

—Estupendo —dijo Reacher.

—Demos una vuelta en coche —propuso Neagley—. Vamos a conocer el lugar.

Una letra I tiene solo cuatro direcciones para explorar, y la pata del norte ya la habían recorrido cuando entraron. Reacher dio marcha atrás hasta el puente y se dirigió hacia el noreste, siguiendo el río. La carretera pasaba junto a ocho casas, cuatro a cada lado, y se estrechaba un kilómetro después hasta volverse un precario camino de piedra. Había una valla de alambre de espino perdida en medio de la hierba a la izquierda, y otra igual a la derecha.

—Zona de ranchos ganaderos —dijo Neagley.

Los ranchos estaban claramente a varios kilómetros. Se veían secciones del camino a medida que subía y bajaba en la distancia sobre declives suaves. Reacher dio la vuelta con la furgoneta, regresó y cogió la pata corta que iba hacia el sudeste. Había más casas y estaban más juntas, pero por lo demás el paisaje era similar. Se estrechaba tras haber recorrido la misma distancia y seguía hacia algo que no estaba a la vista. Había más alambre de espino y un enigmático cobertizo de madera sin puerta. Dentro del cobertizo había una furgoneta oxidada rodeada de Yerbajos altos. Parecía que la habían aparcado allí cuando Richard Nixon era vicepresidente.

—Vale, vamos hacia el sur —dijo Neagley—. Veamos la iglesia.

La pata sur se prolongaba ciento diez kilómetros hasta Douglas, pero ellos recorrieron los cinco primeros. La energía eléctrica y las líneas telefónicas del pueblo llegaban desde esa dirección, colgadas de postes alquitranados, ondeando a lo lejos, siguiendo la carretera. La carretera pasaba al lado de la iglesia y del cementerio, luego por el conjunto de edificios de cedro, luego junto a un par de establos abandonados, luego entre veinte o treinta casas pequeñas y después el pueblo terminaba y lo único que se veía era una extensión infinita de pastizales. Pero el terreno no era llano. Había cavidades y concavidades alisadas por diez mil años de vientos y temporales. Ondulaban apaciblemente, hacia arriba y hacia abajo, hasta una profundidad máxima de tres o cuatro metros, como un lento oleaje marino. Estaban todas conectadas en una red. La hierba tenía un metro de alto, y parecía marrón, muerta y quebradiza. Iba de un

lado al otro en oleadas, movida por la brisa perpetua.

—Ahí se podría esconder un pelotón de infantería —dijo Neagley.

Reacher dio la vuelta con la furgoneta y regresó a la iglesia. Se detuvo y aparcó a la altura del cementerio. La iglesia era muy parecida a la de las afueras de Bismarck. Tenía el mismo techo empinado sobre la nave y la misma torre cuadrada, como un bloque. En la torre había un reloj, una veleta, una bandera y un pararrayos. Era blanca, pero no tan brillante. Reacher miró al oeste hacia el horizonte y vio unas nubes negras que se acumulaban a lo lejos en las montañas.

—Va a nevar —dijo.

—No podemos ver nada desde aquí —señaló Neagley.

Tenía razón. La iglesia estaba construida en el fondo del valle del río. Sus cimientos eran probablemente la estructura más baja del pueblo. Se veían unos cien metros de la carretera que iba hacia el norte. Lo mismo hacia el sur. Se extendía en ambas direcciones e iba ascendiendo sobre bancos de nieve poco pronunciados hasta desaparecer.

—Podrían echársenos encima antes de que nos diéramos cuenta —dijo Neagley—. Tenemos que ser capaces de verlos llegar.

Reacher asintió. Abrió la puerta y bajó del coche. Neagley lo siguió y caminaron hacia la iglesia. El aire era frío y seco. El césped del cementerio estaba muerto bajo sus pies. Parecía principios de invierno. Había una tumba nueva marcada con cinta de algodón. Estaba al oeste de la iglesia, sobre césped virgen al final de una hilera de lápidas desgastadas. Reacher se desvió para echar un vistazo. Había cuatro tumbas en fila con el apellido Froelich. Pronto habría una quinta, en un día triste del futuro cercano. Miró el rectángulo de cinta e imaginó el agujero profundo, fresco y con ángulos rectos.

Luego se apartó y miró alrededor. Frente a la iglesia, del lado este de la carretera, había un terreno llano y vacío. Era un espacio lo suficientemente grande como para que aterrice un helicóptero. Se quedó allí de pie e imaginó la llegada del helicóptero, con los rotores emitiendo un ruido sordo, dando la vuelta en el aire para que la puerta del pasajero quedara del lado de la iglesia, aterrizando. Se imaginó el momento en el que Armstrong bajaba.

Cruzaba la carretera. Se acercaba a la iglesia. El pastor probablemente lo recibiría cerca de la puerta. Se movió hacia un lado, se puso donde podría estar Armstrong y alzó la vista. Examinó el territorio hacia el sur y hacia el oeste. *Malas noticias*. Allí había una cierta elevación, y unos ciento cincuenta metros después se veían sinuosidades y sombras en la hierba ondulante, que debían implicar cavidades y pendientes en la tierra que estaba debajo. Pasada esa distancia había más, hasta el infinito.

—¿Cómo de buenos crees que son? —preguntó.

Neagley se encogió de hombros:

—Siempre son mejores o peores de lo que uno espera. Hasta el momento han demostrado ciertas capacidades. Disparando desde arriba, con visibilidad despejada, a través de la hierba, yo me preocuparía hasta una distancia de quinientos metros.

—Si no le aciertan a Armstrong le darán a alguna otra persona por equivocación.

—Stuyvesant tiene que traer un helicóptero de vigilancia. Desde esta ubicación es imposible, pero desde arriba se puede ver todo.

—Armstrong no se lo permitirá —dijo Reacher—. Pero tenemos una manera de estar más altos. Tenemos la torre de la iglesia.

Se dio vuelta y caminó en esa dirección.

—Olvídate de la pensión —dijo—. Nos quedaremos aquí. Los veremos llegar, por el norte o por el sur, de día o de noche. Todo habrá terminado incluso antes de que Stuyvesant o Armstrong estén aquí.

Estaban a tres metros de la iglesia cuando la puerta se abrió y salió un clérigo, seguido de cerca por una pareja de ancianos. El clérigo era de mediana edad y parecía muy serio. Los ancianos tenían quizás unos sesenta años. El hombre era alto y encorvado, y estaba un poco por debajo de su peso. La mujer aún era esbelta y atractiva, era un poco más alta que la media y estaba bien vestida. Tenía el pelo corto y rubio tendiendo a canoso, de esa manera en la que se pone canoso el pelo rubio. Reacher supo quién era de inmediato. Y ella supo quién era él, o pensó que lo sabía. Dejó de hablar, dejó de caminar y lo miró de la misma manera que lo había mirado su hija. Lo miró a la cara, confundida, como si estuviese contrastando semejanzas y diferencias con una imagen mental.

—¿Tú? —dijo—. ¿O…?

Tenía el rostro tenso y cansado. No llevaba maquillaje. Ya no tenía lágrimas en los ojos, pero no había sido así durante los últimos dos días. Estaba claro. Tenían los contornos rojos y estaban arrugados e hinchados.

—Soy el hermano —dijo Reacher—. Lamento mucho su pérdida.

—Y así debe ser —dijo ella—. Porque todo esto es culpa de Joe.

—¿Sí?

—Él la hizo cambiar de trabajo, ¿no? Él no iba a salir con una colega, así que *ella* se tuvo que cambiar. Él no se iba a cambiar. Ella se pasó al lado peligroso y él se quedó exactamente donde estaba, sano y salvo. Y ahora miren lo que pasó.

Reacher hizo una pausa.

—Yo creo que estaba contenta donde estaba —dijo él—. Si no lo hubiera estado, podría haber vuelto a cambiar después. Pero no lo hizo. Y yo creo que eso significa que quería quedarse allí. Era una buena agente y llevaba a cabo tareas importantes.

—¿Cómo podría haber cambiado de nuevo? ¿Para verlo todos los días como si no hubiese pasado nada?

—Me refiero a que podría haber esperado ese año, y después se podría haber cambiado.

—¿Qué diferencia hay en un año? Le rompió el corazón. ¿Cómo iba a poder trabajar *de nuevo* con él?

Reacher no dijo nada.

—¿Va a venir? —preguntó ella.

—No —dijo Reacher—. No va a venir.

—Bien —dijo ella—. Porque no sería bienvenido.

—No, imagino que no —dijo Reacher.

—Supongo que está demasiado *ocupado* —dijo ella.

Se alejó hacia el camino de tierra. El clérigo la siguió, y lo mismo el padre de Froelich. Pero luego él dudó y dio la vuelta.

—Sabe que no es culpa de Joe —dijo el padre de Froelich—. Los dos sabemos que Mary Ellen hacía lo que le gustaba.

Reacher asintió:

—Era genial en su trabajo.

—¿Sí?

—La mejor que han tenido.

El viejo asintió, como satisfecho.

—¿Cómo está Joe? —preguntó—. Lo vi unas cuantas veces.

—Murió —dijo Reacher—. Hace cinco años. Cumpliendo con su deber.

Se hizo un silencio durante un momento.

—Lo lamento mucho —dijo el hombre.

—Pero no se lo diga a su esposa —dijo Reacher—. Si le sirve de algo no saberlo.

El hombre asintió de nuevo, se dio la vuelta y fue a buscar a su esposa con una extraña zancada larga.

—¿Ves? —dijo Neagley en voz baja—. No todo es tu culpa.

Había un tablón de anuncios clavado en el suelo cerca de la entrada de la iglesia. Era como un armario con muy poco fondo montado sobre unas robustas patas de madera. Tenía las puertas de cristal. Tras ellas había un metro cuadrado de fieltro verde con cintas de algodón delgadas clavadas diagonalmente con chinchetas por toda la superficie. Las cintas sujetaban anuncios escritos con máquina de escribir. En lo alto había una lista permanente de los servicios regulares de los domingos. El primero era todas las semanas a las ocho de la mañana. Claramente era una congregación que exigía un elevado compromiso por parte de los feligreses. Al lado de la lista permanente había un aviso mecanografiado apresuradamente en el que decía que el servicio de las ocho de la mañana de ese domingo estaría dedicado a la memoria de Mary Ellen Froelich. Reacher miró su reloj y tembló de frío.

—Veintidós horas —dijo—. Preparémonos.

Acercaron la Yukon a la iglesia y abrieron la puerta del maletero. Se inclinaron juntos y cargaron las cuatro armas. Se quedaron con una Steyr cada uno. Neagley se quedó con el H&K y Reacher con el M16. Se repartieron la munición entre los dos. Después cerraron el coche y lo dejaron ahí.

—¿Se puede entrar con armas en una iglesia? —preguntó Neagley.

—En Texas se puede —dijo Reacher—. Aquí probablemente sea obligatorio.

Abrieron la puerta de roble y entraron. Era muy parecida a la de Bismarck. Reacher se preguntó brevemente si las comunidades rurales habrían comprado sus iglesias por correo, igual que hicieron con todo lo demás. Tenía la misma pintura de color blanco como de pergamino, los mismos bancos lustrosos, el mismo púlpito. Las

mismas tres cuerdas de campana colgando dentro de la torre. La misma escalera. Subieron hasta el descansillo superior y encontraron una escalera de mano atornillada a la pared, con una trampilla arriba.

—Hogar dulce hogar —dijo Reacher.

Él subió primero la escalera de mano, cruzó la trampilla y entró en el campanario. El campanario no era como el de Bismarck. Le habían añadido un reloj. Había un cubo de un metro y medio de mecanismos de metal, montado en el centro sobre vigas de hierro encima de las campanas. El reloj tenía dos esferas, las dos impulsadas simultáneamente por los mismos mecanismos dentro del cubo. Del cubo también salían unas varas largas de hierro, que cruzaban los paneles y la parte posterior de las esferas hasta llegar a las agujas de fuera. Las esferas estaban montadas en las aberturas en las que habían estado las celosías, hacia el este y hacia el oeste. El tictac del mecanismo se escuchaba muy fuerte. Las ruedas y los engranajes repicaban. Producían unas pequeñas resonancias en las mismas campanas.

—No tenemos visibilidad ni hacia el este ni hacia el oeste —dijo Reacher.

Neagley se encogió de hombros:

—Lo único que necesitamos ver es el norte y el sur —dijo—. Las carreteras van en esas direcciones.

—Supongo —dijo él—. Tú te encargas del sur.

Pasó por debajo de las vigas y de las varas de hierro y se arrastró hasta la celosía que miraba hacia el norte. Se arrodilló y miró hacia fuera. La vista era perfecta. Podía ver el puente y el río. Podía ver toda la ciudad. Podía ver el camino de tierra que llevaba hacia el norte. Unos quince kilómetros, quizás. Estaba totalmente vacío.

—¿Estás bien? —gritó.

—Excelente —gritó Neagley de vuelta—. Puedo ver casi hasta Colorado.

—Grita cuando veas algo.

—Tú también.

El reloj sonaba *tong, tong, tong*, una vez por segundo. El ruido era fuerte, preciso y persistente. Se dio la vuelta para mirar el mecanismo y se preguntó si lo volvería loco antes de que lo mandara a dormir. Escuchó el sonido de la aleación de primera

calidad chocando contra la madera tres metros por detrás de él justo cuando Neagley apoyó su subfusil en el suelo. Él dejó su M16 sobre las tablas, junto a sus rodillas. Se movió un poco hasta quedar en la mejor posición posible. Después se colocó para observar y esperar.

DIECIOCHO

El aire estaba frío y a veinte metros del suelo la brisa se convertía en viento. Entraba por las celosías, le raspaba los ojos y lo hacía lloriquear. Habían estado allí dos horas y no había sucedido nada. No habían visto nada ni oído nada salvo el reloj. Se habían aprendido su sonido. Cada *tong* estaba compuesto por un conjunto de frecuencias metálicas distintas, comenzando muy abajo, con el tañido grave y sordo de los engranajes más grandes, y ascendiendo al diminuto clic agudo del escape de palanca para terminar con un débil *ding* que emitía con cierta demora la campana más pequeña. Era el sonido de la locura.

—Veo algo —gritó Neagley—. Un SUV, creo, acercándose por el sur.

Reacher echó un vistazo rápido hacia el norte y se puso de rodillas. Estaba entumecido, con frío y muy incómodo. Alzó el telescopio de observar aves.

—Cógelo —gritó.

Lo lanzó trazando una parábola por encima del eje del reloj. Neagley torció el cuerpo, lo cogió con una mano y se giró de nuevo hacia el panel de las celosías. Acercó el ojo al telescopio.

—Podría ser un nuevo modelo de Chevy Tahoe —gritó—. Dorado claro, metalizado. Le da el sol en el parabrisas. No veo a los ocupantes.

Reacher miró de nuevo hacia el norte. La carretera seguía vacía. Llegaba a ver hasta quince kilómetros de distancia. Llevaría diez minutos recorrer quince kilómetros, incluso yendo rápido. Se puso de pie y estiró los músculos. Pasó por debajo del eje del reloj y se arrastró hasta llegar al lado de Neagley. Ella se movió hacia la derecha y él se frotó los ojos y miró hacia el sur. Se veía un puntito dorado en la carretera, solo, más o menos a unos ocho kilómetros

de distancia.

—No está muy concurrido —dijo ella—. ¿No?

Le pasó el telescopio. Reacher ajustó el foco, apoyó su peso sobre un tablón de la celosía y miró entrecerrando el ojo. La compresión que provocaba el teleobjetivo mantenía la furgoneta en el mismo lugar. Era como si rebotara y se balanceara sobre la carretera, pero sin avanzar ni siquiera un poco. Parecía polvorienta y sucia por el viaje. Tenía un guardabarros delantero grande y cromado, todo salpicado de barro y sal. El parabrisas estaba manchado. El reflejo del sol hacía que fuera imposible ver quién iba dentro.

—¿Por qué está todavía soleado? —dijo—. Pensé que iba a nevar.

—Mira hacia el oeste —dijo Neagley.

Reacher bajó el telescopio, giró y apretó el lado izquierdo de la cara contra las celosías. Cerró el ojo derecho y miró de lado con el izquierdo. El cielo estaba partido en dos. Al oeste estaba casi negro de nubes. Al este estaba azul pálido con un poco de niebla. Múltiples rayos de sol gigantescos caían resplandecientes por entre la neblina en el lugar en el que los dos sistemas climáticos se encontraban.

—Increíble —dijo.

—Una especie de inversión térmica —dijo Neagley—. Espero que siga así o aquí arriba nos congelaremos.

—Está a unos ochenta kilómetros.

—Y el viento por lo general sopla desde el oeste.

—Genial.

Levantó de nuevo el telescopio y buscó la furgoneta dorada. Estaba alrededor de un kilómetro y medio más cerca, sacudiéndose y balanceándose sobre el camino de tierra. Debía estar andando a casi cien kilómetros por hora.

—¿Qué te parece? —dijo Neagley.

—Un hermoso vehículo —dijo él—. Un color horrible.

Observó cómo se acercaba durante un kilómetro y medio más y después le devolvió el telescopio.

—Debería comprobar el norte —dijo.

Se arrastró por debajo del eje del reloj y regresó a su celosía. En el norte no estaba sucediendo nada. La carretera seguía vacía.

Invirtiendo su maniobra previa, apretó la mejilla derecha contra la madera, se tapó el ojo izquierdo con la mano y miró de nuevo hacia el oeste. Las nubes de nieve estaban como agarradas a las montañas. Parecía el día y la noche, con una transición abrupta en el lugar en el que comenzaba la zona de las faldas.

—Es una Chevy Tahoe seguro —gritó Neagley—. Está disminuyendo la velocidad.

—¿Llegas a ver la matrícula?

—Aún no. Ahora está a más o menos un kilómetro y medio, desacelerando.

—¿Llegas a ver quién va dentro?

—Tengo el sol y cristales polarizados. No identifico a los ocupantes. Menos de un kilómetro ahora.

Reacher miró hacia el norte. No había tráfico.

—Matrícula de Nevada, creo —gritó Neagley—. No llego a leerla. Está toda cubierta de barro. Está justo en la entrada al pueblo. Ahora está yendo muy despacio. Parece una vuelta de reconocimiento. No se detiene. Sigo sin poder identificar a los ocupantes. Ahora se está acercando mucho. Estoy viendo el techo de la furgoneta. Polarizado oscuro en la ventanilla lateral trasera. Los voy a perder en cualquier momento. Ahora está justo debajo de nosotros.

Reacher se puso de pie bien pegado a la pared y miró hacia abajo con el mejor ángulo que pudo. La forma en que los tablones de la celosía estaban colocados en el marco generaba un punto ciego de unos doce metros de profundidad.

—¿Dónde está ahora? —gritó.

—No lo sé.

Escuchó el ruido de un motor por encima del sonido del viento. Un V-8 grande, avanzando despacio. Miró hacia abajo y entró en su campo de visión un capó dorado metalizado. Después un techo. Después una ventanilla trasera. La furgoneta pasó por debajo de donde él estaba, atravesó el pueblo y cruzó el puente a unos treinta kilómetros por hora. Siguió avanzando despacio otros cien metros. Después aceleró. Subió de velocidad muy rápido.

—El telescopio —gritó.

Neagley se lo devolvió, él lo apoyó en un tablón de la celosía y observó cómo la furgoneta se alejaba hacia el norte. La luna estaba

polarizada de negro y tenía un arco donde el limpiaparabrisas había barrido la niebla salina. El parachoques trasero era cromado. Pudo ver unas letras en relieve que decían *Chevrolet Tahoe*. La matrícula trasera era indescifrable. Estaba cubierta de sal para carreteras. Vio marcas de manos donde habían sujetado la puerta del maletero para levantarla y bajarla. Tenía toda la pinta de ser una furgoneta que había recorrido muchos kilómetros en el último día o en los últimos dos días.

—Se está yendo —gritó él.

La observó por el telescopio durante todo el recorrido. Rebotaba, se balanceaba y se hacía cada vez más pequeña. Tardó diez minutos enteros en hacer todo el trayecto hasta quedar fuera de su campo de visión. Subió el último montículo de la carretera y luego desapareció con un último destello del sol sobre la pintura dorada.

—¿Algo más? —gritó él.

—El sur está despejado —le gritó Neagley.

—Voy a bajar a buscar el mapa. Puedes vigilar las dos direcciones mientras no esté. Juega un poco al limbo por debajo de esta maldita cosa del reloj.

Se arrastró hasta la trampilla y apoyó los pies en la escalera de mano. Bajó, entumecido, dolorido y con frío. Llegó hasta el descansillo y se dirigió hacia abajo por la escalera caracol. Salió de la torre y de la iglesia hacia la débil luz del sol del mediodía. Cruzó por el cementerio hasta el coche caminando con algo de dificultad. Vio al padre de Froelich al lado de la furgoneta, observándola como si pudiera contestarle alguna pregunta. El viejo vio en el reflejo de la ventanilla que Reacher se acercaba y se dio la vuelta para quedar frente a él.

—El señor Stuyvesant está al teléfono. Quiere hablar con usted —dijo—. Desde la oficina del Servicio Secreto en Washington D. C.

—¿Ahora?

—Está esperando desde hace veinte minutos. Le he estado buscando.

—¿Dónde está el teléfono?

—En mi casa.

La casa de los Froelich era uno de los edificios blancos en la pata corta sudeste de la K. El viejo lo guio con sus zancadas largas. Reacher se tuvo que apresurar para seguirle el paso. La casa tenía

un jardín delantero con una cerca blanca de madera. Estaba lleno de plantas aromáticas y de jardín muertas a causa del frío. Dentro la luz era tenue y el ambiente estaba perfumado. El suelo era de madera oscura. Aquí y allá había alfombras tejidas. El viejo lo condujo hasta el salón de la parte delantera. Debajo de la ventana había una mesa antigua con un teléfono y una foto encima. El teléfono era un modelo viejo con un auricular pesado y un cable en espiral recubierto con tela marrón. La foto era de Froelich, a los dieciocho años, aproximadamente. Tenía el pelo un poco más largo que lo que había decidido tenerlo después, y también un poco más claro. Tenía un rostro abierto e inocente, y una sonrisa dulce. Sus ojos eran de color azul oscuro y estaban llenos de esperanza en el futuro.

No había silla junto a la mesa. Claramente los Froelich eran de una generación que prefería estar de pie al hablar por teléfono. Reacher desenredó el cable y se acercó el teléfono a la oreja.

—¿Stuyvesant? —dijo.

—¿Reacher? ¿Alguna buena noticia para darme?

—Aún no.

—¿Cuál es la situación?

—El acto está programado para las ocho de la mañana —dijo Reacher—. Pero supongo que eso ya lo sabe.

—¿Qué más necesito saber?

—¿Vienen en helicóptero?

—Es el plan. Ahora mismo todavía está en Oregón. Lo vamos a llevar en avión hasta una base aérea en Dakota del Sur y después haremos un breve recorrido en un helicóptero de la fuerza aérea. Seremos ocho personas en total, incluyéndome a mí.

—Él quería que fueran solo tres.

—No puede objetar nada. Somos todos amigos de Froelich.

—¿No pueden decir que tienen un problema mecánico? ¿Y quedarse en Dakota del Sur?

—Se daría cuenta. Y la fuerza aérea no nos seguiría el juego. No querrán pasar a la historia como el motivo por el cual no pudo asistir.

Reacher se irguió y miró por la ventana:

—Vale, verán la iglesia sin dificultad. Aterrizarán al otro lado de la calle hacia el este. Hay un buen lugar allí mismo. Después

Armstrong tiene que recorrer unos cincuenta metros hasta la puerta de la iglesia. El área que está inmediatamente alrededor puedo asegurarla absolutamente. Vamos a estar en la iglesia toda la noche. Pero van a odiar todo lo que está más allá. Hay un campo de tiro de alrededor de ciento cincuenta grados al sur y al oeste. Es totalmente abierto. Y está lleno de lugares para ocultarse.

Silencio en el D. C.

—No puedo hacerlo —dijo Stuyvesant—. No puedo llevarlo a un escenario así. Ni a nadie de los míos. No voy a perder a nadie más.

—Por lo que solo espere lo mejor —dijo Reacher.

—No es mi estilo. Usted y Neagley van a tener que cumplir su objetivo.

—Lo haremos si podemos.

—¿Cómo lo sabré? No tienen radios. Los teléfonos móviles no funcionarán allí. Y es demasiado engorroso seguir utilizando esta línea.

Reacher hizo una pequeña pausa.

—Tenemos una Yukon negra —dijo—. Ahora mismo está aparcada en la carretera, justo al lado de la iglesia, al este. Si sigue allí cuando ustedes lleguen, entonces retírense y vuelvan a casa. Armstrong lo tendrá que aceptar. Pero si no está, entonces nosotros tampoco estamos, y no nos iremos a no ser que hayamos cumplido, ¿me he explicado?

—Bien, comprendido —dijo Stuyvesant—. Una Yukon negra al este de la iglesia, abortamos. Si la Yukon no está, aterrizamos. ¿Registraron el pueblo?

—No podemos registrar casa por casa. Pero es un lugar muy pequeño. Cualquiera que no sea de aquí va a llamar la atención, créame.

—Nendick volvió en sí. Está hablando un poco. Dice lo mismo que Andretti. Se le acercaron los dos y los tomó por policías.

—Son policías. Estamos seguros. ¿Obtuvieron alguna descripción?

—No. Sigue pensando en su esposa. No nos pareció justo decirle que probablemente ya no tenía motivos para hacerlo.

—Pobre hombre.

—Me gustaría poder cerrar de algún modo su situación. Al menos encontrar el cuerpo de su esposa, quizás.

—No estoy planeando un arresto aquí.

Silencio en el D. C.

—Vale —dijo Stuyvesant—. Supongo que no lo veremos en ninguno de los dos casos. Por lo que buena suerte.

—Le deseo lo mismo —dijo Reacher.

Colgó otra vez el auricular y puso el cable sobre la mesa formando un bucle ordenado. Miró el paisaje de fuera. La ventana daba al norte y al este a través de un océano vacío de hierba hasta la cintura. Después se dio la vuelta y vio que el señor Froelich lo estaba observando desde la puerta del salón.

—Están viniendo hacia aquí, ¿no? —preguntó—. Los que mataron a mi hija. Porque está viniendo Armstrong.

—Puede que ya estén aquí —respondió Reacher.

El señor Froelich negó con la cabeza:

—Todo el mundo estaría hablando de eso.

—¿Ha visto la furgoneta dorada?

El viejo asintió:

—Pasó a mi lado yendo muy despacio.

—¿Quién iba dentro?

—No lo vi. Las ventanillas eran oscuras. No quise mirar.

—Vale —dijo Reacher—. Si se entera de que hay alguien nuevo en el pueblo, viene y me lo dice.

El anciano asintió otra vez:

—Lo sabrá tan pronto como yo lo sepa. Y yo lo sabré tan pronto como alguien nuevo llegue. Aquí se corre la voz rápidamente.

—Estaremos en la torre de la iglesia —dijo Reacher.

—¿Están aquí en representación de Armstrong?

Reacher no dijo nada.

—No —continuó el señor Froelich—. Están aquí para vengarse, ¿no es así?

—¿Le incomoda?

—¿A usted?

Los ojos llorosos del hombre recorrieron involuntariamente todo el salón oscuro y se posaron en el rostro adolescente de su hija.

—¿Tiene hijos? —preguntó.

—No —respondió Reacher—. No tengo.

—Yo tampoco —dijo el viejo—. Ya no. Por lo que no me incomoda.

Reacher volvió a la Yukon y cogió el mapa del asiento trasero. Después subió a la torre y se encontró con Neagley moviéndose de un lado a otro entre la cara norte y la sur.

—Todo despejado —dijo por encima del tictac del reloj.

—Ha llamado Stuyvesant —dijo él—. A la casa de los Froelich. Está aterrorizado. Y Nendick se ha despertado. Le pasó lo mismo que a Andretti.

Desplegó el mapa y lo extendió sobre el suelo del campanario. Puso el dedo en Grace. Estaba en el centro de una superficie semejante a un cuadrado delimitada por cuatro carreteras. El cuadrado tenía más o menos ciento treinta kilómetros de lado. El perímetro de la derecha lo conformaba la Ruta 59, que iba desde Douglas, al sur, y cruzaba por un pueblo llamado Bill hasta otro, en el norte, llamado Wright. El borde superior del cuadrado era la Ruta 387, que iba hacia el oeste desde Wright hasta Edgerton. En el mapa las dos carreteras estaban marcadas como secundarias. Ya habían recorrido parte de la 387 y sabían que era una pista de asfalto bastante decente. El borde de la izquierda del cuadrado era la I-25, que bajaba desde Montana, al norte, y seguía recto pasando por Edgerton hasta llegar a Casper. La base del cuadrado también era la I-25, en el punto en que salía de Casper y hacía una curva de noventa grados hacia el este en dirección a Douglas, antes de girar otra vez hacia el sur en dirección a Cheyenne. La carretera que iba de norte a sur y pasaba por Grace dividía el cuadrado de ciento veinte kilómetros de lado en dos rectángulos verticales más o menos idénticos. En el mapa esa carretera era una línea de puntos gris, muy delgada. La leyenda que estaba en el margen la llamaba un camino menor sin pavimentar.

—¿Qué piensas? —preguntó Neagley.

Reacher trazó el cuadrado con el dedo. Amplió el radio y trazó ciento cincuenta kilómetros hacia el este, hacia el norte, hacia el oeste y hacia el sur:

—Creo que en toda la historia del oeste de Estados Unidos nunca nadie simplemente *pasó por* Grace, Wyoming. Es inconcebible. ¿Qué motivo habría para que alguien lo hiciera? Cualquier viaje razonable de sur a norte o de este a oeste dejaría el pueblo completamente al margen. De Casper a Wright, digamos. Del rincón de abajo a la izquierda al de arriba a la derecha. Cogerías la I-25

hacia el este hasta Douglas y la Ruta 59 hacia el norte, saliendo de Douglas y hasta Wright. Venir por Grace no tiene ningún sentido. No te ahorra kilómetros. Solo hace el viaje más lento, porque es un camino de tierra. ¿Y verías el camino? ¿Te acuerdas cuando lo tomamos al norte? Yo pensé que no llevaba a ningún lado.

—Y tenemos un mapa para senderistas —dijo Neagley—. Quizás en un mapa de carretera normal ni siquiera figura.

—Por lo que esa furgoneta pasó por aquí por algún motivo —dijo Reacher—. No accidentalmente, no por diversión.

—Eran ellos —dijo Neagley.

Reacher asintió:

—Estaban haciendo la vuelta de reconocimiento.

—Estoy de acuerdo —dijo Neagley—. ¿Pero les gustó lo que vieron?

Reacher cerró los ojos. *¿Qué vieron? Vieron* un pueblo minúsculo sin sitios seguros para ocultarse. Un lugar para que aterrice un helicóptero a tan solo cincuenta metros de la iglesia. Y un SUV negro que parece un vehículo oficial del Servicio Secreto aparcado en la carretera, grande y evidente. Con matrícula de Colorado, y Denver probablemente sea la oficina rural más cercana del Servicio Secreto.

—No creo que se hayan encontrado con nada demasiado difícil de interpretar —dijo él.

—¿Entonces abortarán? ¿O regresarán?

—Solo hay una manera de averiguarlo —dijo Reacher—. Esperar y ver.

Esperaron. El sol se alejó en la tarde y la temperatura cayó como una piedra. El reloj hacía tres mil seiscientos tics por hora. Neagley salió a caminar un poco y volvió con una bolsa del gran almacén. Improvisaron un almuerzo. Después organizaron un nuevo patrón de vigilancia basado en el hecho de que ningún vehículo podía atravesar ninguno de los dos campos visuales en menos de aproximadamente ocho minutos. Así que se sentaron cómodamente y cada cinco minutos del reloj de Neagley se arrodillaban, iban hasta sus celosías y examinaban la situación en la carretera. Todas las veces sentían una pequeña excitación por la expectativa y todas las veces se decepcionaban. Pero el movimiento físico regular ayudaba contra el frío. Comenzaron a estirar para mantenerse

activos. Hacían flexiones de brazos para mantener el calor. Las balas sueltas que tenían en los bolsillos tintineaban fuerte. *Repique de guerra*, decía Neagley. De vez en cuando Reacher apretaba la cara contra las celosías y miraba la nevada en el oeste. Las nubes seguían bajas y negras, retenidas en su lugar por un muro invisible a más o menos ochenta kilómetros de distancia.

—No van a volver —dijo Neagley—. Tendrían que estar locos para intentar algo aquí.

—Yo creo que están locos —dijo Reacher.

Vigilaba y esperaba, y escuchaba el reloj. Poco antes de las cuatro de la mañana ya había tenido suficiente. Con la hoja del cuchillo raspó la acumulación de pintura blanca vieja y sacó del marco de la celosía uno de los tablones. Era un simple pedazo de madera, de quizás un metro de largo, quizás diez centímetros de ancho, quizás tres centímetros de espesor. Lo sujetó delante suyo como una lanza, avanzó arrastrándose y lo metió en el mecanismo del reloj. Los engranajes se atascaron y el reloj se detuvo. Sacó la madera, volvió arrastrándose y puso de nuevo el tablón en el marco. De repente el silencio fue ensordecedor.

Vigilaron y esperaron. Se puso más frío, hasta el punto de que los dos comenzaron a temblar. Pero el silencio ayudaba. De repente, ayudaba mucho. Reacher se arrastró, comprobó de nuevo la vista parcial que tenía hacia el oeste, volvió y levantó el mapa. Lo miró fijamente, perdido en sus pensamientos. Usó el índice y el pulgar a modo de compás y midió distancias. *Sesenta, ciento veinte, ciento ochenta, doscientos cuarenta kilómetros. Lento, más rápido, rápido, lento. En conjunto, la velocidad media quizás sea sesenta. Cuatro horas*.

—El sol se pone por el oeste —dijo—. Sale por el este.

—En este planeta —dijo Neagley.

Entonces escucharon un crujido debajo de ellos, en la escalera. Escucharon pies en la escalera de mano. La trampilla se levantó unos centímetros, volvió a caer, después se abrió de golpe del todo y el pastor asomó la cabeza al campanario y vio el subfusil que le apuntaba por un lado y el Mi6 que le apuntaba por el otro.

—Necesito hablar con ustedes de este tipo de cosas —dijo—. No esperarán que esté contento teniendo armas en mi iglesia.

Se quedó allí en la escalera de mano. Parecía una cabeza

cortada. Reacher volvió a dejar el M16 en el suelo. El pastor subió un peldaño más.

—Comprendo que la seguridad es necesaria —continuó—. Y es un honor para nosotros recibir al vicepresidente electo, pero realmente no puedo permitir máquinas de destrucción en un edificio sagrado. Esperaba que alguien lo hubiese consultado conmigo.

—¿Máquinas de destrucción? —repitió Neagley.

—¿A qué hora se pone el sol? —preguntó Reacher.

El pastor pareció un poco sorprendido por el cambio de tema. Pero respondió muy amablemente.

—Pronto —dijo—. Cae detrás de las montañas bastante temprano en esta zona. Pero hoy no lo verán. Hay nubes. Se acerca una tormenta de nieve desde el oeste.

—¿Y a qué hora sale?

—¿En esta época del año? Un poco antes de las siete, creo.

—¿Ha escuchado el pronóstico del tiempo para mañana?

—Dicen que bastante parecido a hoy.

—Vale —dijo Reacher—. Gracias.

—¿Ha parado usted el reloj?

—Me estaba volviendo loco.

—Por eso subí. ¿Le molesta si lo pongo en marcha de nuevo?

Reacher se encogió de hombros:

—Es su reloj.

—Sé que el ruido puede ser molesto.

—No importa —dijo Reacher—. Nos iremos de aquí en cuanto se ponga el sol. Con armas y todo.

El pastor terminó de subir al recinto, se inclinó sobre las vigas de hierro y tocó algunas cosas en el mecanismo. Había un dispositivo de ajuste conectado a otro reloj en miniatura que Reacher no había visto antes. Estaba metido entre los engranajes. Tenía una palanca. El pastor consultó su reloj pulsera y con la palanca puso las agujas de fuera en la hora correcta. Las agujas del reloj en miniatura también se movieron. Después simplemente giró un engranaje con la mano hasta que el mecanismo tomó impulso y recomenzó a funcionar por su cuenta. Se escuchó otra vez el pesado *tong, tong, tong*. La campana más pequeña sonaba un poco después, una reverberación diminuta por cada segundo que pasaba.

—Gracias —dijo el pastor.

—Una hora como máximo —dijo Reacher—. Después nos iremos.

El pastor asintió como si hubiese quedado claro lo que había ido a decir y bajó por la trampilla. La cerró después de pasar.

—No nos podemos ir de aquí —dijo Neagley—. ¿Estás loco? Podrían venir de noche sin ningún problema. Quizás eso es exactamente lo que están esperando. Podrían venir con la furgoneta sin encender los focos delanteros.

Reacher miró su reloj.

—Ya están aquí —dijo—. O casi.

—¿Dónde?

—Te lo enseñaré.

Sacó otra vez el tablón de la celosía y se lo pasó a ella. Se arrastró por debajo del eje del reloj hasta la escalera de mano que permitía salir a la azotea. La subió y abrió la trampilla.

—Quédate agachada —gritó.

Reacher se deslizó hacia afuera, manteniendo la barriga pegada al techo. La construcción era casi idéntica a la de la azotea de Bismarck. Había membranas de plomo soldadas por dentro de una caja poco profunda. Desagües en los rincones. Una base fuerte para el mástil, la veleta y el pararrayos. Y una pared de un metro de alto alrededor. Dio un giro completo sobre su tronco, se asomó hacia abajo e hizo que Neagley le pasara el tablón de madera. Después se movió y dejó sitio a ella para que subiese. Había un viento fuerte y hacía muchísimo frío.

—Ahora nos arrodillamos sin asomarnos demasiado —dijo—. Bien cerca, mirando hacia el oeste.

Se arrodillaron juntos, hombro con hombro, agazapados. Él estaba a la derecha, ella a la izquierda. Reacher todavía podía oír el reloj. Podía sentirlo a través del plomo y de los tablones de madera gruesa.

—Vale, así —dijo él. Colocó el listón delante de su cara, con su mano izquierda sujetando el extremo izquierdo. Ella cogió el extremo derecho con su mano derecha. Avanzaron arrodillados hasta quedar muy pegados contra la pared baja. Reacher puso su extremo del listón a la altura en la que terminaba la pared. Ella hizo lo mismo.

—Más —dijo—. Hasta que tengamos una rendija para mirar.

Lo levantaron juntos hasta que quedó horizontal con un par de centímetros de espacio entre el borde inferior y la parte alta de la pared. Miraron por el resquicio. Si alguien observaba la torre con atención podía verlos, pero en general parecía una táctica bastante discreta. En cualquier caso, lo mejor que pudo improvisar.

—Mira hacia el oeste —dijo—. Quizás un poco al suroeste.

Entornaron los ojos hacia donde se estaba poniendo el sol. Se veían sesenta kilómetros de hierba ondulante. Era como un mar, brillante y dorado a la luz del atardecer. Al otro lado la tormenta de nieve lo volvía todo más oscuro. En la zona del medio había neblina y unas láminas horizontales del último sol la atravesaban como proyectándose hacia donde estaban ellos. Había cambiantes cortinas de sol y sombra y colores y arcoíris que no empezaban ni terminaban en ninguna parte.

—Observa los pastizales —dijo él.

—¿Qué se supone que estoy buscando?

—Ya lo verás.

Se quedaron allí arrodillados durante minutos. El sol seguía bajando. Los últimos rayos les llegaban a los ojos cada vez más horizontales. Entonces lo vieron. Lo vieron al mismo tiempo. A más o menos un kilómetro y medio de distancia, en medio del océano de hierba, el sol agonizante proyectó un destello dorado sobre el techo de la Tahoe. Se movía hacia el este por entre los pastizales, muy despacio, acercándose directamente hacia ellos, rebotando suavemente sobre el terreno irregular, subiendo y bajando por las hondonadas y las pendientes, a paso de hombre.

—Fueron inteligentes —dijo Reacher—. Leyeron el mapa y tuvieron la misma idea que tú: ir campo a través hacia el oeste. Pero después vieron el pueblo y supieron que tenían que entrar por ahí también.

El sol se deslizó entre las nubes bajas cincuenta kilómetros hacia el oeste, la sombra resultante cruzó deprisa los pastizales hacia el este y la luz dorada desapareció. El ocaso cayó como si hubiesen accionado un interruptor y después ya no se vio nada más. Bajaron la pantalla que habían hecho con el listón de madera y se apartaron muy pegados al techo. Se arrastraron sobre la membrana y bajaron de nuevo al campanario. Neagley pasó por debajo del eje del reloj y

recogió su Heckler & Koch.

—Aún no —dijo Reacher.

—¿Entonces cuándo?

—¿Qué harán *ellos* ahora?

—Imagino que se acercarán tanto como se atrevan. Luego se establecerán en un lugar y esperarán.

Reacher asintió:

—Darán la vuelta a la furgoneta y la aparcarán mirando hacia el oeste en el mejor hueco que encuentren a cien o doscientos metros de aquí. Comprobarán sus líneas de visión hacia el este y se asegurarán de que pueden ver sin ser vistos. Después esperarán a que llegue Armstrong.

—Son catorce horas.

—Exacto —dijo Reacher—. Los vamos a dejar ahí fuera toda la noche. Dejaremos que pasen frío, se entumezcan y se cansen. Después, cuando salga el sol, les dará de frente. Nosotros llegaremos del lado del sol. Ni siquiera nos verán.

Escondieron las armas largas debajo del banco más cercano a la puerta de la iglesia y dejaron la Yukon donde estaba aparcada. Caminaron en dirección al puente y alquilaron dos habitaciones en la pensión. Después fueron al almacén a buscar algo para cenar. Ya no había sol y la temperatura estaba por debajo de los cero grados. Estaba nevando de nuevo. Había copos grandes y ligeros dando vueltas despacio, reacios a posarse en el suelo. Se arremolinaban, quedaban suspendidos en el aire y ascendían de nuevo como pájaros diminutos.

El mostrador de la comida estaba cerrado, pero la mujer de la tienda se ofreció a calentarles en el microondas algo de lo que tuviera en el congelador. Parecía haber comprendido que Reacher y Neagley eran una avanzada del Servicio Secreto.

Todos parecían saber que se esperaba que Armstrong asistiera al acto. Calentó unas porciones de pastel de carne y algunas verduras blandas. Comieron bajo la poca luz del mostrador. La comida estaba igual de rica que las raciones de combate. La mujer no aceptó que se la pagaran.

Las habitaciones de la pensión estaban limpias, tal como se leía en el anuncio. Tenían paneles de pino en las paredes. Alfombras tejidas en el suelo. Una cama individual en cada una, con edredones

floreados casi transparentes de tanto como se habían lavado. Al final del pasillo había un baño. Reacher dejó que Neagley ocupara la habitación que estaba más cerca. Después fue a visitarlo un rato a su habitación, porque estaba desvelada y quería hablar. Se sentaron uno al lado del otro en la cama, porque no había ningún otro mueble en el que estar.

—Vamos a enfrentarnos a una localización preparada —dijo ella.

—Nosotros dos contra dos tarados —respondió Reacher—. ¿Ahora estás preocupada?

—Se ha vuelto más difícil.

—Dímelo de nuevo —le pidió él—. No te estoy obligando a hacerlo, ¿verdad?

—No lo puedes hacer solo.

Él negó con la cabeza:

—Podría hacerlo solo, con una sola mano y con los ojos vendados.

—No sabemos nada de ellos.

—Pero podemos elaborar una especie de diagnóstico. El alto de Bismarck es el francotirador, y el otro le cubre las espaldas y conduce. Hermano mayor, hermano menor. Va a haber mucha lealtad. Es un asunto entre hermanos. Todo esto es un asunto entre hermanos. Explicarle los motivos a una persona que no fuera cercana sería difícil. No puedes acercarte a alguien desconocido y decirle, sin más: hola, quiero matar a un tío porque su padre me amenazó con meterme un palo por el culo y le tuve que rogar que no lo hiciera.

Neagley no dijo nada.

—No te estoy pidiendo que participes —dijo Reacher.

Neagley sonrió:

—Eres idiota. Estoy preocupada por ti, no por mí.

—A mí no me va a pasar nada —dijo Reacher—. Voy a morir de viejo en una solitaria cama de motel.

—Todo esto es un asunto entre hermanos también para ti, ¿no?

Él asintió:

—Así tiene que ser. Armstrong realmente me importa muy poco. Froelich me gustaba, pero nunca la hubiese conocido si no fuera por Joe.

—¿Te *sientes* solo?

—A veces. Normalmente no.

Ella movió la mano, muy lentamente. Empezó a tres centímetros de la mano de él. Hizo que los tres centímetros demorasen como un millón de kilómetros. Sus dedos se movieron imperceptiblemente sobre el edredón gastado hasta que quedaron a muy poca distancia de los de él. Después se levantaron y se movieron más, hasta que quedaron directamente sobre los de él, solo un poco por encima. Era como si hubiese una capa de aire entre sus manos, tan comprimida que parecía tibia y líquida. Dejó la mano flotando en el aire y la mantuvo quieta. Después aumentó la presión, la bajó y sus dedos tocaron el dorso de los de él, muy suavemente. Movió el codo para que su mano quedara alineada con precisión. Después empujó más fuerte hacia abajo. Tenía la palma tibia. Sus dedos eran largos y estaban más bien fríos. Las puntas apoyadas en los nudillos de él. Se movieron y recorrieron las arrugas, las cicatrices y los tendones. Se metieron entre los suyos. Él le dio la vuelta a su mano. Ella apretó su palma contra la de él. Le entrelazó los dedos y apretó. Él también apretó.

Se quedó cogido de la mano de ella durante cinco largos minutos. Después ella la retiró lentamente. Se puso de pie y caminó hasta la puerta. Sonrió.

—Te veo por la mañana —dijo.

Él durmió mal y se despertó a las cinco, preocupado por el final de la jugada. Lo atormentaban algunas complicaciones. Se destapó y se levantó de la cama. Se vistió en la oscuridad, bajó las escaleras y salió a la noche. Hacía mucho frío y los copos de nieve llegaban con más velocidad. Parecían húmedos y pesados. La tormenta se estaba moviendo hacia el este. Lo que era bueno, supuso.

No había luz. Todas las ventanas del pueblo estaban a oscuras, no había ninguna farola, no había luna, no había estrellas. La torre de la iglesia se alzaba a media distancia, velada, gris y fantasmal. Caminó por el medio del camino de tierra y cruzó el cementerio. Fue hasta la puerta de la iglesia y entró. Subió las escaleras de la torre guiándose por el tacto. Encontró la escalera de mano en la oscuridad y trepó al campanario. El reloj marcaba fuerte el paso de los segundos. Más fuerte que de día. Sonaba como un herrero loco golpeando un yunque con su martillo de hierro una vez por

segundo.

Pasó por debajo del eje del reloj y encontró la siguiente escalera de mano. Trepó en la oscuridad y salió a la azotea. Se arrastró hasta la pared oeste y asomó la cabeza. El paisaje estaba infinitamente oscuro y silencioso. Las montañas desmesuradas que estaban a lo lejos se habían vuelto invisibles. No podía ver nada. No podía oír nada. El aire estaba helado. Esperó.

Esperó treinta minutos al frío. Le empezaron a lloriquear los ojos y a moquear la nariz. Empezó a temblar intensamente. *Si yo tengo frío, ellos estarán prácticamente muertos*, pensó. Y en efecto, después de treinta largos minutos escuchó el sonido que estaba esperando escuchar. Se encendió el motor de la Tahoe. Estaba lejos, pero en el silencio de la noche resultaba ensordecedor. Estaba en algún lugar hacia el oeste, quizás a un par de cientos de metros de distancia. Estuvo en marcha durante diez minutos, haciendo funcionar la calefacción. No podía determinar la ubicación exacta solo mediante el sonido. Pero entonces cometieron un error fatal. Encendieron y apagaron la luz del techo durante un segundo. Reacher vio un breve resplandor amarillo al fondo de la hierba. La furgoneta estaba en una hondonada. Completamente oculta, con el techo muy por debajo de la altura media. Un poco al sur del oeste, pero no mucho. Quizás a ciento cincuenta metros de distancia. Era una buena ubicación. Probablemente utilizarían la misma furgoneta como plataforma de tiro. Te acuestas boca abajo en el techo, apuntas, disparas, bajas, entras, te vas.

Apoyó los dos brazos extendidos a lo largo de la pared, miró directamente hacia el oeste y grabó en su memoria la relación entre el breve destello amarillo y la ubicación de la torre. Estaba a ciento cincuenta metros de distancia, quizás treinta metros al sur de la perpendicular. Se arrastró de vuelta al campanario, pasó junto al martilleante reloj, bajó a la nave. Sacó las armas largas de abajo del banco y las dejó en el suelo frío debajo de la Yukon. No quiso ponerlas dentro. No quiso responder a su destello de luz con uno propio.

Volvió a la pensión y encontró a Neagley saliendo de su habitación. Eran casi las seis de la mañana. Estaba duchada y vestida. Fueron a hablar a la habitación de él.

—¿No podías dormir? —preguntó.

—Nunca duermo —dijo ella—. ¿Siguen allí?

Él asintió:

—Pero hay un problema. No podemos derribarlos donde están. Primero los tenemos que mover.

—¿Por qué?

—Están demasiado cerca. No podemos empezar la Tercera Guerra Mundial una hora antes de que llegue Armstrong. Y no podemos dejar dos cadáveres tirados a ciento cincuenta metros del pueblo. La gente nos vio. Los policías de Casper llegarán temprano. Quizás policías estatales. Tienes que pensar en tu licencia. Tenemos que hacer que se alejen de aquí y derribarlos en algún lugar desierto. Al oeste, donde está nevando, quizás. Va a haber nieve hasta abril. Eso es lo que quiero. Quiero hacerlo lejos y quiero que sea abril antes de que alguien se entere de que pasó algo.

—Vale, ¿cómo?

—Son Edward Fox. No son John Malkovich. Quieren servir para otra guerra. Podemos hacer que huyan si nos lo montamos bien.

Estaban de nuevo en la Yukon antes de las seis y media. Los copos de nieve seguían moviéndose despacio en el aire. Pero por el este el cielo empezaba a aclararse. En el horizonte había una franja violeta oscuro, y después una franja color carbón, y después la negrura de la noche. Verificaron sus armas. Se ataron los zapatos, se abrocharon los abrigos, movieron los hombros para comprobar su libertad de movimiento. Reacher se puso el gorro y el guante izquierdo. Neagley se guardó la Steyr en el bolsillo interno y se colgó el Heckler & Koch en la espalda.

—Nos vemos después —susurró ella.

Reacher caminó hacia el oeste por el cementerio. La vio pasar por encima de la cerca baja y girar un poco hacia el sur, y después vio cómo desaparecía en la oscuridad. Él fue hasta la base de la torre, apoyó la espalda en el centro de la pared oeste y recalculó la posición de la Tahoe. Apuntó directamente hacia allí con el brazo y volvió, moviendo el brazo para compensar los cambios de posición, manteniendo el blanco en la mirilla. Apoyó el M16 en el suelo con el cañón apuntando un poco al suroeste. Se puso detrás de la Yukon, se apoyó en la puerta del maletero y esperó el amanecer.

El amanecer llegó de manera lenta, gradual y magnífica. El color violeta se volvió más claro, se enrojeció en la base y se esparció

hacia fuera hasta que la mitad del cielo quedó teñida de luz. Después apareció un halo naranja en Dakota del Sur, a trescientos kilómetros. La tierra se movió hacia ese lado y el primer arco delgado del sol estalló en el horizonte. El cielo resplandeció de rosa. Unas nubes largas y altas ardieron en rojo. Reacher se quedó observando el sol, esperó hasta que estuvo lo suficientemente alto como para que le dolieran los ojos y después le quitó el seguro a la Yukon y encendió el motor. Lo hizo ruidosamente y además puso la radio a todo volumen. Movió hacia arriba y hacia abajo las flechas del dial hasta que encontró algo de *rock* y dejó la puerta del conductor abierta para que la música envolviera el silencio del amanecer. Después cogió el M16, le sacó el seguro y disparó una sola ráfaga de tres tiros, apuntando un poco al suroeste directamente por encima de la Tahoe escondida. Neagley respondió inmediatamente con otro disparo triple. El MP5 tenía un ciclo más rápido y un sonido característico. Ella estaba entre los pastizales ocupando el tercer vértice de un triángulo cien metros al sur de la furgoneta, y disparó directamente por encima hacia el norte. Él disparó de nuevo, tres más desde el este. Ella volvió a disparar, tres más desde el sur. Las cuatro ráfagas de fuego estallaron, rodaron y resonaron sobre el paisaje. Decían: *sabemos… que… estáis… ahí.*

Esperó treinta segundos, de acuerdo con lo planeado. No hubo ninguna respuesta desde la posición de la Tahoe. Ni luces, ni movimiento, ni disparos. Levantó el fusil de nuevo. Apuntó alto. Apretó el gatillo. *Sabemos*. El Heckler & Koch canturreó lejos a su izquierda. *Que*. Él disparó de nuevo. *Estáis*. Ella disparó de nuevo. *Ahí.*

No hubo respuesta. Durante un segundo se preguntó si no se habrían ido en el transcurso de la última hora. O si habrían sido lo bastante inteligentes como para trasladarse al este de la ciudad. Fueron tontos al atacar con el sol de frente. Se dio la vuelta y lo único que vio a sus espaldas fueron las luces que se encendían en las ventanas. No escuchó nada en ninguna parte salvo el zumbido en sus oídos y el *rock* ensordecedor que salía del coche. Se dio la vuelta, preparado para disparar de nuevo, y vio que la Tahoe salía de entre los pastizales a toda velocidad unos ciento cincuenta metros delante de él. El sol del amanecer reflejaba oro y cromo contra la puerta del maletero. Saltó por encima de una elevación

con las cuatro ruedas en el aire, se estrelló de nuevo contra el suelo y aceleró hacia el este alejándose de él.

Reacher tiró el fusil en el asiento trasero de la Yukon, cerró la puerta, apagó la radio y aceleró de frente cruzando el cementerio. Hizo volar en pedazos la cerca de madera y se metió entre los pastizales. Giró rápido hacia el sur. El terreno era criminal. El coche chocaba, saltaba en los surcos y se sacudía salvajemente sobre extensas ondulaciones. Sujetó el volante con una mano y se abrochó el cinturón con la otra. Tiró bien fuerte del mecanismo de cierre para permanecer pegado al asiento. Vio cómo Neagley se acercaba corriendo entre la hierba a su izquierda. Clavó el freno, abrió la puerta trasera que tenía más cerca de un tirón y ella saltó dentro detrás de él. Arrancó de nuevo el coche, ella cerró de un portazo y pasó como pudo al asiento del copiloto. Se abrochó el cinturón, encajó el Heckler & Koch entre sus rodillas y se agarró al salpicadero con las dos manos como si estuviera en una montaña rusa.

—Perfecto —dijo. Respiraba agitada.

Reacher aceleró. Giró hacia el norte hasta que encontró la marca que la Tahoe había dejado en el pastizal. Colocó la furgoneta sobre esa huella y pisó el acelerador. Ir por ahí era peor que subirse a cualquier montaña rusa. Era una paliza violenta y constante. El coche saltaba, se sacudía y alternativamente despegaba, se estrellaba otra vez contra el suelo y despegaba de nuevo. El motor rugía. El volante se le retorcía entre las manos y golpeaba con la fuerza suficiente como para romperle los pulgares. Estiró los dedos hacia fuera y condujo solo con las palmas de las manos. Tenía miedo de que se le rompiera un eje.

—¿Los ves? —gritó él.

—Todavía no —gritó ella—. Podrían estar a unos trecientos metros.

—Tengo miedo de que se rompa el coche.

Pisó más fuerte el acelerador. Iba a ochenta kilómetros por hora. Después a noventa. Cuanto más rápido iba, mejor avanzaba. La furgoneta pasaba menos tiempo en el suelo.

—Los veo —dijo Neagley en voz alta.

Estaban doscientos metros más adelante, los veían de manera intermitente cada vez que saltaban y se hundían en el océano de

hierba como un loco delfín dorado remontando las olas. Reacher no cedió y se acercó un poco más. Tenía ventaja. Le estaban despejando el camino. Logró acercarse hasta quedar a unos cien metros de ellos y se mantuvo firme. El motor rugía y la suspensión se sacudía, chocaba y golpeaba.

—Pueden huir —gritó Reacher.

—Pero no se pueden esconder —le gritó Neagley.

Diez minutos más tarde estaban quince kilómetros al oeste de Grace y se sentían como si hubiesen recibido una paliza en una pelea a puñetazos. Con cada salto, la cabeza de Reacher daba contra el techo y le dolían los brazos. Sus hombros no aguantaban más. El motor seguía rugiendo. La única manera que tenía para mantener el pie en el acelerador era apretarlo a fondo contra la alfombra. Neagley rebotaba por todas partes a su lado y se golpeaba hacia atrás y hacia delante. Había desistido de sujetarse con los brazos para no destrozarse los codos.

En los kilómetros asesinos que siguieron el terreno se fue transformando en algo distinto. Estaban literalmente en medio de la nada. Grace quedaba treinta kilómetros más atrás y la autopista treinta kilómetros más adelante. Había barrancos cada vez más pronunciados. Cada vez más rocas. Seguía habiendo hierba, y seguía siendo alta, pero era menos gruesa porque las raíces eran menos profundas. Y había nieve. Las briznas de hierba estaban rígidas por el hielo y brotaban de un manto de nieve de quince centímetros de espesor. Los dos coches aminoraron la marcha, a cien metros de distancia entre sí. Un kilómetro y medio después la persecución se había convertido en una ridícula procesión a treinta kilómetros por hora. Bajaban tan despacio como podían por laderas con una pendiente de cuarenta y cinco grados, atravesaban valles con nieve acumulada hasta la altura del capó, escalaban las cuestas con la transmisión bloqueada en la tracción a las cuatro ruedas. Los surcos tenían quizás tres o cuatro metros de profundidad. El viento inagotable que soplaba desde el oeste había acumulado la nieve de tal manera que las laderas de sotavento estaban despejadas y las de barlovento estaban lisas y cubiertas. Había copos en el aire, azotando horizontalmente hacia ellos.

—Nos vamos a quedar atascados —dijo Neagley.

—Entraron por aquí —dijo Reacher—. Se tiene que poder salir.

Perdían de vista la Tahoe cada vez que bajaba un barranco. Apenas la entrevieron cuando ascendieron trabajosamente por una cima y solo lograron volverla a ver cuando ellos mismos alcanzaron lo alto de una cima, tres o cuatro elevaciones después. No había ritmo. No había coordinación. Las dos furgonetas bajaban y subían más o menos al azar. Ahora iban a paso de hombre. Reacher tenía la transmisión en baja y la furgoneta resbalaba y patinaba. Lejos al oeste la tormenta de nieve era feroz. El temporal se acercaba deprisa.

—Es el momento —dijo Reacher—. En cualquiera de estos barrancos, la nieve los tapará todo el invierno.

—Vale, hagámoslo —dijo Neagley.

Bajó la ventanilla y la nieve entró con un vendaval de aire helado. Alzó el Heckler & Koch y lo puso en automático. Reacher aceleró fuerte y se lanzó por las dos siguientes bajadas a la mayor velocidad que le permitió la furgoneta. Después, en la cima de la tercera elevación, clavó el freno y movió rápido el volante hacia la izquierda. La furgoneta derrapó de lado, se deslizó hasta quedarse con la ventanilla del copiloto hacia delante y Neagley asomó el cuerpo y esperó. Cuando la Tahoe dorada subía a cien metros de distancia Neagley disparó una ráfaga larga apuntando bajo a los neumáticos traseros y al tanque de gasolina. La Tahoe hizo una pausa mínima, luego se balanceó sobre la cima de la cuesta y desapareció de nuevo.

Reacher giró el volante, pisó el acelerador y continuó la persecución. Detenerse ahí les hubiera costado quizás otros cien metros. Surcó tres barrancos consecutivos y se detuvo en la cuarta cima. Esperaron, diez segundos, quince. La Tahoe no volvió a aparecer. Esperaron veinte segundos. Treinta.

—¿Dónde demonios está? —dijo Reacher entre dientes.

Bajó con la furgoneta por la ladera de barlovento, a través de la nieve, subió del otro lado. Recto hasta la cima del siguiente barranco. Subió la cuesta, atravesó la cima, bajó por la nieve. Ningún rastro de la Tahoe. Continuó la marcha. Los neumáticos giraban y el motor rugía. Llegó a la cuesta siguiente. Se detuvo en la cima. El terreno bajaba seis metros hacia una gran barranco. Estaba cubierto de nieve y las briznas de hierba heladas apenas sobresalían treinta centímetros por encima. Justo enfrente se veían

las huellas de cuando la Tahoe se dirigió al pueblo el día anterior, casi ocultas por el viento y la nieve fresca. Pero las huellas de salida eran profundas y nuevas. Giraban claramente hacia la derecha y se alejaban hacia el norte con una curva cerrada en el barranco, y después se perdían de vista detrás de una saliente rocosa cubierta de nieve. Estaba todo en silencio. La nieve les llegaba de frente. Les llegaba *desde abajo*, desde el fondo de la pendiente.

Tiempo y espacio, pensó Reacher. Cuatro dimensiones. Un clásico problema táctico. La Tahoe podría haber dado una vuelta en U para tratar de regresar al lugar crucial en el momento crucial. Podría desandar su camino y estar otra vez cerca de la iglesia, justo antes de que llegara Armstrong. Pero perseguirla a ciegas sería un suicidio. Porque podría no estar regresando en absoluto. Podría estar esperando para tenderles una emboscada a la vuelta de la esquina. Pero pasar mucho tiempo pensando en ello también sería un suicidio. Porque podría no estar regresando ni esperando para tenderles una emboscada. Podría estar trazando un círculo para tratar de llegar detrás. Un problema clásico. Reacher miró su reloj. *Casi el punto de no retorno*. Hacía treinta minutos que se habían ido. Por lo que regresar les llevaría cerca de treinta minutos más. Y la llegada de Armstrong estaba prevista para dentro de una hora y cinco minutos.

—¿Tienes ganas de pasar frío? —preguntó.

—No tenemos alternativa —respondió Neagley.

Abrió la puerta y se bajó en medio de la nieve. Corrió torpemente a la derecha, peleando entre los bancos de nieve, sobre las rocas, tratando de conectar las patas de la U. Reacher sacó el pie del freno, sacudió un poco el volante y bajó la pendiente sin dificultad. Giró bruscamente hacia la derecha en el fondo del barranco y siguió las huellas de la Tahoe. Era la mejor solución que podía improvisar. Si la Tahoe *estaba* regresando, no podía esperar para siempre. No tenía ningún sentido volver a la iglesia conduciendo cuidadosamente y llegar allí cuando Armstrong ya estuviera muerto. Y si él *estaba* yendo directamente hacia una emboscada, se alegraba de hacerlo con Neagley a espaldas de sus oponentes con un subfusil en sus manos. Estaba casi convencido de que eso garantizaría su supervivencia.

Pero no había ninguna emboscada. Rodeó las rocas, giró hacia el

este y no vio absolutamente nada excepto huellas solitarias de ruedas en la nieve y a Neagley cincuenta metros más allá con el sol detrás y el arma por encima de la cabeza. Señal de *todo despejado*. Pisó el acelerador y avanzó deprisa hacia ella. La furgoneta rodó, resbaló y derrapó por los surcos que había dejado la Tahoe. Rebotó sobre unas rocas ocultas. Pisó el freno. La furgoneta bandeó, se fue de lado y frenó con las ruedas delanteras en una zanja llena de nieve. Neagley avanzó entre los bancos de nieve y abrió la puerta. Con ella entró una corriente de aire glacial.

—Vamos —dijo. Volvía a respirar agitada—. Nos llevan al menos cinco minutos de ventaja.

Reacher pisó el acelerador. Las cuatro ruedas giraron en vano. La furgoneta se quedó quieta, los cuatro neumáticos chirriaron en la nieve y la parte delantera se hundió aún más.

—Mierda —dijo.

Lo intentó de nuevo. Mismo resultado. La furgoneta se sacudía y se balanceaba pero no iba a ninguna parte. Sacó la transmisión de la posición de baja y lo intentó de nuevo. Mismo resultado. Dejó el motor encendido y puso la marcha atrás, luego primera, luego marcha atrás, luego primera. La furgoneta se balanceaba obstinadamente hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás, quince centímetros, treinta. Pero no salía de la zanja.

Neagley miró su reloj:

—Van por delante de nosotros. Podrían llegar a tiempo.

Reacher asintió, pisó el acelerador y siguió moviendo la palanca de cambios, marcha atrás, primera, marcha atrás. La furgoneta saltaba y se sacudía. Pero no salía de la zanja. Los neumáticos chillaban sobre la nieve cristalizada. La parte delantera se movía de izquierda a derecha con el torque del motor y la parte trasera la seguía.

—Armstrong ya está volando —dijo Neagley—. Y nuestro coche no está aparcado al lado de la iglesia. Por lo que va a proceder y va a aterrizar.

Reacher miró su reloj. Trató de contener el pánico que comenzaba a sentir.

—Hazlo tú —dijo—. Que se siga moviendo hacia delante y hacia atrás.

Se dio la vuelta y cogió sus guantes. Se desabrochó el cinturón,

abrió la puerta y salió a la nieve.

—Y si sale de aquí, sobre todo no frenes —dijo.

Fue a la parte de atrás de la furgoneta. Aplastó y pateó la nieve hasta que tuvo los pies apuntalados en las rocas. Neagley pasó al asiento del conductor. Estableció un ritmo, primera y marcha atrás, primera y marcha atrás, pequeños golpes en el acelerador cuando entraban los cambios. La furgoneta se balanceaba sobre los amortiguadores y empezó a moverse hacia delante y hacia atrás sobre unos cincuenta centímetros de hielo comprimido. Reacher apoyó la espalda contra la puerta del maletero y enganchó las manos por debajo del parachoques trasero. Se movía con la furgoneta cuando iba hacia él. Extendía las piernas y empujaba cuando se alejaba. Las bandas de rodadura estaban llenas de nieve. Al girar hacían saltar por el aire unos pequeños jeroglíficos blancos. El humo del tubo de escape borboteaba cerca de sus rodillas y quedaba suspendido en el aire. Se tambaleaba hacia delante y empujaba hacia atrás, una y otra vez. Ahora la furgoneta se estaba moviendo sesenta centímetros cada vez. Apretó más con las manos. La nieve le soplaba desde el oeste directamente en su cara. Empezó a contar. *Uno, dos… tres. Uno, dos… tres*. Empezó a caminar con la furgoneta hacia atrás y a empujar hacia delante. Ahora se movía un metro con cada cambio de dirección. Formó una cadena de puntos de apoyo. *Uno, dos… tres*. En el último *tres* empujó con todas sus fuerzas. Sintió cómo la furgoneta salía de la zanja. Cómo se caía dentro de nuevo. La puerta del maletero lo golpeó fuerte en la espalda. Se tambaleó hacia delante y afirmó como pudo el agarre. Recuperó el ritmo. Estaba sudando en medio del frío.

Estaba muy agitado. *Uno, dos… tres*. Empujó de nuevo, la furgoneta desapareció y cayó de espaldas en la nieve.

Se levantó y avanzó entre el olor a gasolina que dejaba el tubo de escape. La furgoneta estaba a veinte metros de distancia. Neagley conducía lo más lento que se atrevía. Reacher la perseguía resbalando y patinando. Se movió hacia la derecha para avanzar sobre las marcas que dejaban las ruedas. El terreno se elevaba. Neagley aceleró para mantener el impulso. Él corría rápido pero ella se estaba alejando. Empezó a correr a toda velocidad. Clavaba la punta de las botas en la nieve para no resbalarse. Ella desaceleró en lo alto de la cuesta. La furgoneta subió y pasó por arriba.

Reacher le vio toda la parte de abajo. El tanque de nafta, el diferencial. Neagley frenó suavemente y Reacher agarró la manilla de la puerta, la abrió y avanzó a trompicones cuesta abajo junto a la furgoneta hasta tomar el impulso suficiente como para poder saltar dentro. Se sentó en el asiento y cerró la puerta. Neagley pisó con fuerza el acelerador y la violenta montaña rusa de las sacudidas empezó de nuevo.

—¿Hora? —gritó ella.

Reacher hizo un esfuerzo para mantener quieta la muñeca y mirar el reloj. Estaba demasiado agitado para hablar. Simplemente negó con la cabeza. Llevaban como mínimo diez minutos de retraso. Y eran diez minutos cruciales. La Tahoe llegaría otra vez a su punto de partida en dos minutos y Armstrong aterrizaría cinco minutos después. Neagley siguió conduciendo. Subía las cuestas a toda velocidad, volaba por el aire, se hundía hasta el capó en los bancos de nieve, se abría paso a golpes y volvía a empezar. Al no tener el volante para sujetarse, Reacher se sacudía hacia todos lados. Luchó contra la alternancia entre la gravidez y los golpes físicos y alcanzó a ver borrosamente la hora en su reloj. Miró por el parabrisas el cielo en el este. Tenía el sol de frente. Bajó su mirada hacia el terreno. No había nada. La Tahoe no estaba. Había desaparecido hacía mucho tiempo. Lo único que quedaba eran las huellas en la nieve, dos surcos gemelos y profundos que se iban haciendo más estrechos a medida que se alejaban. Apuntaban decididamente hacia el pueblo de Grace, como flechas. Estaban llenos de cristales de hielo que brillaban rojos y amarillos con las primeras luces del amanecer.

Después cambiaban de dirección. Dibujaban una curva cerrada de noventa grados hacia la izquierda y desaparecían en un barranco norte-sur.

—¿Qué? —gritó Neagley.

—Sigue las huellas —dijo Reacher con voz entrecortada.

El barranco era estrecho, como una zanja. Bajaba por la ladera de manera abrupta. Las huellas de la Tahoe se veían claramente durante unos cincuenta metros y después se desviaban y desaparecían de nuevo, con un giro pronunciado hacia la derecha detrás de una saliente rocosa del tamaño de una casa. Neagley frenó con fuerza en el tramo final de la pendiente. Detuvo el coche. Hizo

una pequeña pausa y la mente de Reacher gritó *¿una emboscada ahora?*, una milésima de segundo después de que el pie de Neagley pisara de nuevo el acelerador y sus manos girasen el volante. La Yukon se encajó en los surcos de la Tahoe y sus dos toneladas de peso la hicieron deslizarse irremediablemente por la pendiente cubierta de hielo. La Tahoe salió de su escondite, marcha atrás, justo delante suyo. Patinó hasta detenerse en medio de su camino. Neagley salió por la puerta antes de que la Yukon se quedara quieta. Rodó en la nieve y avanzó dando tumbos hacia el norte. La Yukon derrapó violentamente y encalló en un banco de nieve. La puerta de Reacher estaba atascada por la profundidad del banco. Usó toda su fuerza, logró abrirla a medias y se escabulló por el hueco. Vio que el conductor salía de la Tahoe, resbalaba y se caía en la nieve. Reacher se alejó rodando y sacó la Steyr del bolsillo. Se revolcó hasta llegar a la parte trasera de la Yukon y se arrastró hacia delante por la nieve del otro lado. El conductor de la Tahoe tenía un fusil en las manos, y avanzaba por la nieve como remando con el cañón, resbalando y patinando. Iba a esconderse entre las rocas. Era el tipo de Bismarck. Sin duda. Rostro flaco, cuerpo largo. Hasta llevaba puesto el mismo abrigo. Capeaba el banco de nieve con el abrigo ondeando tras de sí y pequeñas tormentas de nieve alzándose desde sus rodillas a cada paso. Reacher levantó la Steyr, la estabilizó contra el guardabarros de la Yukon y siguió el recorrido de la cabeza del tipo. Ajustó el dedo en el gatillo. Y entonces escuchó una voz, fuerte y apremiante, a sus espaldas.

—No dispare —gritó.

Se dio la vuelta y vio a un segundo tipo diez metros al noroeste. Neagley iba tropezándose por la nieve delante suyo. Él tenía la Heckler & Koch en la mano izquierda apuntando hacia el suelo. Y una pistola en la derecha, contra la espalda de ella. Era el del vídeo del garaje. Tampoco había duda. Abrigo de *tweed*, bajo, ancho de hombros, un poco rechoncho. Ahora sin sombrero. Tenía el mismo rostro que el tipo de Bismarck, un poco más gordo. El mismo pelo rubio tirando a canoso, un poco más grueso. *Hermanos*.

—Suelte el arma, señor —gritó.

Era una perfecta frase de policía y tenía una perfecta voz de policía. Neagley dijo lo *lamento* moviendo los labios. Reacher le dio la vuelta al arma. La sujetó por el cañón.

—Suelte el arma, señor —gritó el tipo de nuevo.

Su hermano de Bismarck cambió de rumbo, avanzó por la nieve y se acercó. Alzó el fusil. Era un Steyr también, un arma larga y bonita. Estaba cubierto de nieve. Apuntaba directamente a la cabeza de Reacher. El sol bajo de la mañana hacía que el cañón proyectara una sombra de tres metros. Reacher pensó: *¿qué ha pasado con esa solitaria cama de motel?* Los copos de nieve se arremolinaban y hacía mucho frío. Llevó el brazo hacia atrás y lanzó la pistola bien alto. La pistola trazó un arco lento de diez metros en medio de la nevada, aterrizó y se enterró en un banco de nieve. El tipo de Bismarck metió la mano izquierda en el bolsillo y la sacó con su placa. La levantó apoyada contra la palma de la mano. La placa era dorada. Contra un fondo de cuero gastado. El cuero era marrón. El fusil se balanceó. El tipo se guardó de nuevo la placa, se llevó el fusil al hombro y lo sostuvo nivelado y firme.

—Somos oficiales de policía —dijo.

—Lo sé —le dijo Reacher.

Miró alrededor. Estaba nevando con fuerza. La nieve arreciaba y se arremolinaba. La cavidad en la que estaban era como una cueva sin techo. Era probablemente el lugar más solitario del planeta. El tipo del vídeo del garaje acercó a Neagley a empujones. Ella tropezó, él se le arrimó, la empujó hacia un lado y mantuvo la pistola firme en su espalda.

—¿Pero ustedes quiénes son? —preguntó el de Bismarck.

Reacher no contestó. Se limitó a comprobar la geometría. No era favorable. Desde su posición, formaba un triángulo con cada uno de ellos a cuatro metros, y la nieve en el suelo era resbalosa y pesada.

El de Bismarck sonrió:

—¿Están aquí para hacer que este sea un mundo seguro para la democracia?

—Estoy aquí porque eres un pésimo tirador —dijo Reacher—. El jueves mataste a la persona equivocada —luego se movió con mucho cuidado, se subió el puño y miró su reloj. Y sonrió—. Y perdieron de nuevo. Ya es demasiado tarde. Cuando lleguen ya no va a estar.

El de Bismarck solo negó con la cabeza:

—Tenemos un escáner de la policía. En la furgoneta. Estamos escuchando lo que transmite el Departamento de Policía de Casper.

Armstrong lleva veinte minutos de retraso. Hubo un problema climático en Dakota del Sur. Así que decidimos quedarnos por aquí y dejar que nos alcanzaran.

Reacher no dijo nada.

—Porque no nos gustan —dijo el tipo de Bismarck. Hablaba con la cabeza junto a la culata del fusil. Sus labios la rozaban cuando se movían—. Se están metiendo donde no son bienvenidos. En un asunto estrictamente privado. En algo que no les concierne en absoluto. Por lo que considérense arrestados. ¿Se quieren declarar culpables?

Reacher no dijo nada.

—¿O prefieren no declararse nada y sencillamente implorar?

—¿Cómo hicieron ustedes? —dijo Reacher—. ¿Cuándo les arrimaron el bate de béisbol?

El tipo se quedó callado un segundo.

—Su actitud no está contribuyendo a su causa —dijo.

Hizo otra pausa, cinco largos segundos.

—Ha vuelto el jurado —dijo el tipo.

—¿Qué jurado?

—Mi hermano y yo. Este es todo el jurado que tienen. Ahora mismo nosotros somos todo su mundo.

—Lo que sea que haya pasado, fue hace treinta años.

—Si alguien hace algo así, lo tiene que pagar.

—Esa persona ha muerto.

El tipo de Bismarck se encogió de hombros. El cañón del fusil se movió:

—Debería leer la Biblia, amigo mío. La maldad de los padres, ¿nunca oyó hablar de eso?

—¿Qué maldad? Perdieron una pelea, eso es todo.

—Nunca perdemos. Antes o después, siempre ganamos. Y Armstrong lo *vio*. Niño rico mocoso, ahí, contento y sonriente. Un hombre no se olvida de una cosa así.

Reacher no dijo nada. El silencio era total. Cada copo de nieve parecía oírse por separado mientras siseaba y giraba en el aire. *Haz que siga hablando*, pensó Reacher. *Haz que se siga moviendo*. Pero miró esos ojos trastornados y no se le ocurrió nada que decir.

—La mujer viene en la furgoneta —dijo el tipo—. Nos divertiremos un poco con ella después de resolver el tema de

Armstrong. Pero a ti te voy a matar ahora mismo.

—No con ese fusil —dijo Reacher. *Haz que siga hablando. Haz que se siga moviendo*—. El cañón está lleno de nieve. Te estallará en las manos.

Hubo un largo silencio. El tipo calculó la distancia entre él y Reacher solo con una mirada. Después bajó el fusil. Le dio la vuelta en sus manos, rápido, hacia un lado y hacia el otro, el tiempo suficiente como para comprobarlo. El cañón estaba cubierto de nieve congelada. *El M16 está en el asiento trasero de la Yukon*, pensó Reacher. *Pero la puerta no se puede abrir por el banco de nieve*.

—¿Quieres apostar tu vida a un poco de nieve? —preguntó el de Bismarck.

—¿Quieres apostar la tuya? —dijo Reacher—. Explotará la culata, te volará esa fea cara que tienes. Luego recogeré el cañón y te lo meteré por el culo. Haré como si fuera un bate de béisbol.

El rostro del tipo se ensombreció. Pero no apretó el gatillo.

—Apártate del coche —dijo, como buen policía.

Reacher dio un paso largo alejándose de la Yukon, hacia arriba y hacia abajo en la nieve, como vadeando.

—Otro más.

Reacher se movió de nuevo. Estaba a dos metros del coche. A dos metros del M16. A diez metros de su nueve milímetros, allá lejos enterrada en la nieve. Miró alrededor. El hermano de Bismarck sostuvo el fusil con la mano izquierda, metió la derecha debajo del abrigo y la sacó con una pistola. Era una Glock. Negra, cuadrada y fea. Probablemente el arma reglamentaria del departamento de policía. Le sacó el seguro y la levantó con una mano hasta dejarla a la altura de la cara de Reacher.

—Esa tampoco —dijo Reacher.

Haz que siga hablando. Haz que se siga moviendo.

—¿Por qué no?

—Es tu pistola de trabajo. Lo más probable es que ya la hayas usado. Por lo que hay registros. Cuando encuentren mi cuerpo, las pruebas de balística apuntarán directamente hacia ti.

El tipo se quedó quieto un rato largo. No dijo nada. No hizo ningún gesto. Pero guardó la Glock. Levantó el fusil. Retrocedió arrastrando los pies por la nieve hacia la Tahoe. Cruzó el fusil y lo

mantuvo a la altura del pecho de Reacher. Reacher pensó: *aprieta el maldito gatillo. Divirtámonos todos un poco*. El tipo llevó una mano hacia atrás y abrió la puerta trasera de la Tahoe, del lado del conductor. Tiró el fusil a la nieve y sacó una pistola, todo en un movimiento. Era una Beretta M9 vieja, rayada y manchada de aceite seco. El tipo avanzó de nuevo entre la nieve. Se detuvo a dos metros de Reacher. Levantó el brazo. Quitó el seguro con el pulgar y apuntó directamente al rostro de Reacher.

—Un arma descartada —dijo el tipo—. Esta no tiene ningún registro.

Reacher no dijo nada.

—Ahora despídete —susurró.

Nadie se movió.

—Cuando haga clic —dijo Reacher.

Tenía la mirada fija en el arma. Vio la cara de Neagley por el rabillo del ojo. Vio que ella no entendía a qué se refería, pero que de todos modos asentía. Apenas con un mínimo movimiento de sus párpados. Como medio parpadeo. El tipo de Bismarck sonrió. Afirmó el dedo. El nudillo le brilló de blanco. Apretó el gatillo.

Se oyó un clic apagado.

Reacher se echó hacia delante con la navaja de cerámica ya abierta y lo cruzó de lado sobre la frente del tipo. Después cogió el cañón de la Beretta con la mano izquierda, le dio un tirón hacia arriba y uno hacia abajo con todas sus fuerzas contra la rodilla y destrozó el antebrazo del tipo. Lo alejó de un empujón y giró sobre sus talones. Neagley apenas se había movido. Pero el tipo del vídeo del garaje estaba tirado a sus pies inerte en la nieve. Sangraba por los dos oídos. Ella tenía el Heckler & Koch en una mano y la pistola del tipo en la otra.

—¿Sí? —dijo Neagley.

Él asintió. Ella dio un paso atrás para que no le salpicara la ropa, apuntó con la pistola hacia el suelo y le disparó tres veces al tipo del garaje. *Bang, bang… bang*. Dos disparos a la cabeza y después una bala en el pecho, para asegurarse. El sonido de los disparos retumbó y viajó como un trueno. Los dos se dieron la vuelta. El de Bismarck daba tumbos en la nieve, completamente ciego. Tenía la frente cortada hasta el hueso y por la herida le salían chorros de sangre que le tapaban los ojos. Tenía sangre en la nariz y en la

boca. Burbujeaba cada vez que exhalaba agitado. Sostenía su brazo roto. Se tambaleaba, hacia la izquierda y hacia la derecha, girando en círculos, llevando el antebrazo izquierdo hacia su cara, tratando de limpiarse la sangre de los ojos para poder ver.

Reacher lo observó durante un momento, sin ninguna expresión en la cara. Después le sacó el Heckler & Koch a Neagley, lo puso para disparar una sola ronda, esperó hasta que el tipo terminara de hacer una pirueta hacia atrás y le disparó en la garganta por la espalda. Trató de ubicar la bala exactamente en el mismo lugar en el que Froelich había recibido la suya. El casquillo salió disparado, se estrelló en la Tahoe a seis metros de distancia haciendo un fuerte *clang* y el tipo cayó hacia delante boca abajo y se quedó allí quieto mientras la nieve se teñía de rojo brillante a su alrededor. El estruendo del disparo se fue alejando y un silencio absoluto se acercó para remplazado. Reacher y Neagley se quedaron quietos, contuvieron la respiración y escucharon atentamente. No oyeron nada salvo el sonido de la nieve al caer.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Neagley, en voz baja.

—Era la pistola de Froelich —dijo—. Se la robaron de la cocina. Reconocí los rayones y las marcas de aceite. Había dejado guardados los cargadores con las balas puestas durante cinco años.

—Aun así podría haber disparado —dijo Neagley.

—La vida es una apuesta —dijo Reacher—. De principio a fin. ¿No te parece?

El silencio se cerró aún más sobre ellos. Y el frío. Estaban solos en medio de tres mil kilómetros cuadrados de vacío helado, respirando hondo, temblando, un poco mareados por la adrenalina.

—¿Cuánto tiempo durará lo de la iglesia? —preguntó él.

—No sé —dijo Neagley—. ¿Cuarenta minutos? ¿Una hora?

—Por lo que no tenemos necesidad de apresurarnos.

Reacher caminó hundiendo las piernas y recogió la Steyr en el lugar donde se había caído. La nieve ya empezaba a tapar los cuerpos. Sacó las carteras y las placas de los bolsillos. Limpió el cuchillo en el abrigo de sarga del tipo de Bismarck. Abrió las cuatro puertas de la Tahoe para que le entrara la nieve y la enterrara más rápido. Neagley limpió la pistola del tipo del garaje en su abrigo y la tiró. Después regresaron a la Yukon dando tumbos y se subieron. Miraron hacia atrás por última vez. La escena ya estaba envuelta en

nieve nueva, se ponía blanca deprisa. En cuarenta y ocho horas ya habría desaparecido. El viento glacial congelaría toda la secuencia dentro de un cúmulo de nieve este-oeste largo y terso hasta que la volviera a dejar al descubierto el sol primaveral.

Condujo Neagley, despacio. Reacher amontonó las carteras sobre sus rodillas y empezó por las placas. La furgoneta se tambaleaba suavemente y le costó cierto esfuerzo mantenerlas quietas frente a sus ojos el tiempo suficiente como para poder mirarlas.

—Policías locales de Idaho —dijo—. De algún lugar rural al sur de Boise, creo.

Se guardó las dos placas en el bolsillo. Abrió la cartera del de Bismarck. Era de tres cuerpos y de cuero marrón, estaba seca y cuarteada y había adoptado la forma de su contenido. Dentro había una ventana de plástico blanquecino con la credencial de la policía detrás. El rostro flaco del tipo miraba desde la foto.

—Se llamaba Richard Wilson —dijo—. Detective de grado básico.

En la cartera había dos tarjetas de crédito y un carné de conducir de Idaho. Y algunos papeles, y casi trescientos dólares en efectivo. Desparramó los papeles sobre sus rodillas y se guardó el dinero en el bolsillo. Abrió la cartera del tipo del garaje. Era de piel de cocodrilo falsa y negra, y tenía una credencial del mismo departamento de policía.

—Peter Wilson —dijo. Miró el carné de conducir—. Un año más joven.

Peter tenía tres tarjetas de crédito y casi doscientos dólares. Reacher se guardó el dinero en el bolsillo y miró hacia delante. Las nubes de nieve estaban detrás suyo y en el este el cielo estaba despejado. Había salido el sol y lo tenían de frente. En el cielo había un punto negro pequeño. La torre de la iglesia apenas se veía a casi treinta kilómetros de distancia. La Yukon avanzaba hacia allá rebotando de un lado al otro, implacablemente. El punto negro se hizo más grande. Arriba se veía la imagen borrosa de los rotores. Parecía inmóvil en el cielo. Reacher se afirmó contra el salpicadero y miró hacia arriba a través del parabrisas. En la parte alta del cristal había una franja polarizada que cruzaba de un lado al otro. El helicóptero la atravesó despacio. Podía distinguir la forma. Era gordo y abultado en la parte delantera. Probablemente un Night

Hawk. El helicóptero hizo un reconocimiento de la zona de la iglesia y giró hacia allí. Se acercó como un insecto gordo. La Yukon rebotaba suavemente sobre el serrucho del terreno. A Reacher se le cayeron las carteras de las rodillas y los papeles se desparramaron. El helicóptero quedó como suspendido. Luego se balanceó en el aire, colocando la puerta principal hacia la iglesia.

—Palos de golf —dijo Reacher—. No muestras de herramientas.

—¿Qué?

Levantó un papel:

—Un recibo de UPS. Por vía aérea al día siguiente. Desde Minneapolis. Para Richard Wilson, pasajero entrante, a un motel del D. C. Una caja, diez centímetros cuadrados, un metro veinte de largo. Contenido, una bolsa de palos de golf.

Después se quedó callado. Miró otro papel.

—Otra cosa —dijo—. Para Stuyvesant, quizás.

Vieron cómo aterrizaba el helicóptero a lo lejos y frenaron allí mismo en medio de los pastizales vacíos. Bajaron del coche al día frío y soleado, dieron algunas vueltas sin rumbo fijo y se estiraron y bostezaron. La Yukon goteaba fuerte mientras se iba enfriando. Reacher amontonó las placas con las credenciales de la policía y los carnés de conducir sobre el asiento del copiloto y luego tiró las carteras vacías lejos hacia el paisaje.

—Tenemos que desinfectar —dijo.

Limpiaron sus huellas de las cuatro armas y las tiraron en la hierba, al norte y al sur y al este y al oeste. Sacaron la munición que les quedaba en los bolsillos y la lanzaron lejos formando bucles arremolinados de color metálico bajo la luz del sol. A eso le siguió el telescopio de observar aves. Reacher se quedó con el gorro y los guantes. Y con la navaja de cerámica. Se había encariñado.

Después recorrieron en la furgoneta el resto del camino hasta Grace, despacio y en calma, y salieron de los pastizales, cruzaron la cerca rota y el cementerio. Aparcaron cerca del helicóptero y se bajaron. Llegaron a escuchar el lamento del órgano y el sonido de personas cantando dentro de la iglesia. No había mucha gente. No había medios de comunicación. Era una escena decorosa. Había un coche patrulla del Departamento de Policía de Casper a una discreta distancia. Había un miembro de la dotación de la fuerza aérea con su traje de vuelo de pie junto al helicóptero. Estaba vigilante y

alerta. Probablemente no fuera en absoluto ningún miembro de la dotación de la fuerza aérea. Probablemente era uno de los hombres de Stuyvesant con un traje prestado. Probablemente tenía un fusil escondido del otro lado de la puerta de la cabina. Probablemente un Vaime Mk2.

—¿Estás bien? —preguntó Neagley.

—Siempre estoy bien —respondió Reacher—. ¿Tú?

—Estoy tranquila.

Se quedaron allí durante quince minutos, no estaban realmente seguros de si tenían calor o frío. A lo lejos se escuchó una melodía fuerte y triste proveniente del órgano, después silencio y después el ruido apagado de pies que se movían sobre el suelo de madera cubierto de polvo. La puerta grande de roble se abrió y un pequeño grupo de gente salió a la luz del sol. El pastor se detuvo junto a la puerta con los padres de Froelich y habló con todos a medida que se iban yendo.

Armstrong salió algunos minutos después con Stuyvesant a su lado. Los dos llevaban puestos abrigos oscuros. Los rodeaban siete agentes. Armstrong habló con el pastor, les estrechó la mano a los Froelich y habló un poco más. Después su guardia lo condujo hacia el helicóptero. Vio a Reacher y a Neagley y se desvió hacia ellos, con una pregunta en la cara.

—Todos vivimos felices para siempre —dijo Reacher.

Armstrong asintió una vez:

—Gracias —dijo.

—De nada —respondió Reacher.

Armstrong dudó un segundo más y después se dio la vuelta sin darles la mano y siguió caminando hacia el helicóptero. Stuyvesant se acercó después, por su cuenta.

—¿Contentos? —preguntó Stuyvesant.

Reacher sacó de sus bolsillos las placas, los carnés y las credenciales. Stuyvesant juntó las dos manos para poder cogerlo todo.

—Quizás más contentos de lo que pensamos —dijo Reacher—. No eran de los suyos, eso seguro. Eran policías de Idaho, cerca de Boise. Ahí tienen los domicilios. Estoy seguro de que encontrarán lo que necesitan. El ordenador, el papel y la impresora, el pulgar de Andretti en el congelador. Algo más, tal vez.

Sacó un papel del bolsillo.

—También encontré esto —dijo—. Estaba en una de las carteras. Es un recibo. El viernes a la noche fueron a un supermercado y compraron seis cajas de comida congelada y seis botellas de agua.

—¿Y? —dijo Stuyvesant.

Reacher sonrió:

—Mi conjetura es que no estaban haciendo sus compras semanales, no en medio de todas las otras cosas de las que se estaban ocupando. Creo que quizás se estaban asegurando de que la señora Nendick pudiera comer mientras ellos venían hacia aquí. Creo que sigue viva.

Reacher y Neagley se despidieron en el aeropuerto de Denver a última hora de la mañana siguiente, lunes. Reacher puso el cheque de sus honorarios a nombre de ella y ella le compró un billete de primera clase en United a Nueva York La Guardia. La acompañó hasta la puerta de embarque de su vuelo a Chicago. Ya había gente embarcando. Ella no dijo nada. Dejó su bolso en el suelo y se quedó quieta enfrente de él. Luego se estiró y lo abrazó, rápido, como si no supiese muy bien cómo hacerlo. Lo soltó tras un segundo, recogió su bolso y se alejó por la pasarela. No miró hacia atrás.

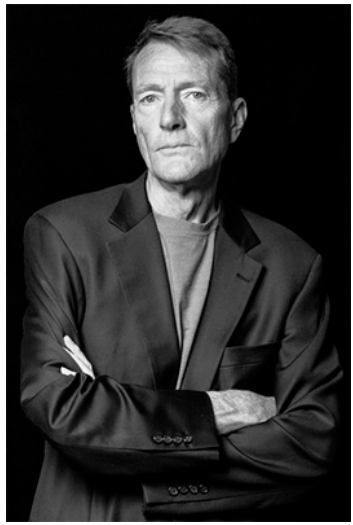
Reacher llegó a La Guardia a última hora de la tarde. Cogió un autobús y un metro hasta Times Square y caminó por la calle 42 hasta que encontró el nuevo club de B. B. King. Una banda de cuatro integrantes estaba terminando su primera función. Eran bastante buenos. Los escuchó hasta que terminó y después fue a hablar con el que le había cortado la entrada.

—¿Estuvo aquí una mujer mayor la semana pasada? —le preguntó—. ¿Que sonaba un poco como Dawn Penn? ¿Con un anciano que la acompañaba al teclado?

El guardia negó con la cabeza:

—Nadie así —dijo—. Aquí no.

Reacher asintió una vez y salió a la brillante oscuridad. En la calle hacía frío. Se dirigió hacia el oeste en busca de Port Authority y de un autobús para salir de la ciudad.



LEE CHILD, (Coventry, 1954) es un escritor británico cuyo verdadero nombre es Jim Grant. Sus novelas son *thrillers* protagonizados por el personaje de ficción Jack Reacher, un exoficial de la policía militar del ejército americano que decide después de dejar el ejército comenzar una vida de vagabundo a lo largo de los Estados Unidos.

En 1974 ingresó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Sheffield pero sin la intención de desarrollar esos estudios profesionalmente. Trabajó en teatro, y durante dieciocho años en la productora Granada Televisión, hasta 1995.

Abandonó la televisión tras una restructuración de la compañía y fue entonces cuando comenzó a escribir novelas. En 1997 fue publicada su primera novela, *Killing Floor*, y en 1998 se traslada a vivir a los Estados Unidos.

No solo tiene la capacidad de atraparnos con narraciones de alta tensión y pulso narrativo, sino que ha hecho gala en sus novelas de un minucioso conocimiento del engranaje de la defensa y la política norteamericana. Sus novelas poseen tramas con grandes dosis de realismo, que ha sabido encajar en episodios recientes de la política exterior de Estados Unidos. Es el único escritor británico que,

después de J. K. Rowling, ha liderado la lista de los más vendidos en todos los formatos a ambos lados del Atlántico.

Su famosa serie protagonizada por Jack Reacher ha vendido más de 40 millones de ejemplares en todo el mundo.